

REGINA ROMAN

Dos lunas para Sofía



Índice

Portada

Dedicatoria

#PocoFlamencaEstaFeria

#DecepciónameOtraVez

#ConsejosAmiguiles

#SurgidaDeMiMente

#UnaFiestaASolas

#SeráQueNoMeQuieres

#HechosSonAmores

#FiestaPalCuerpo

#NuevosHorizontes

#AcercamientosQueLoValen

#MeMarchoParaRecordarla

#BizcochoCaliente

#GenteGuapa

#ExperienciasTraumáticas

#SofíaNoSabeLoQueSiente

#AmigaTengoAlgoAquíQuePalpita

#DosMásDos

#ElIncreíbleDespacho

#ViajandoHaciaElInfinito

#ComoSiNoHubieseUnMañana

#NoPasaNadaVivanLasCañas

#ElSustituto

#MiedoALoQueVendrá

#NoMeCuentasMentiras

#BeberteEstaNoche

#HolaYAdiós

#HechosIncontestables

#PorqueNoEstásYTeEchoDeMenos

#CometiendErrores

#V́ctorYYo

#ExcluidaPorqueŚ

#LaVenganzaSeSirveHelada

#ContentaPorOtrasCosas

#MasoquismoDelGüeno

#PromesasPromesasPromesas

#HuracanesEmocionales

#ElPaqueteQueElCarteroNuncaTrajo
#PosiblementeUnoDeLosMejoresMomen
#Cancelaciones
#SofiaRegalaFavores
#NoTeEnfadesPorFavor
#ChismesQueNoNecesitoSaber
#XimenaNoSiempreHaceLoQueDice
#PorQuéMierdaEresTanSexi
#VueltaACero
#AtentadosALaPaz
#LluviaPenosa
#DisculpaSiTeAmo
#PiesEnPolvorosa
#LazosEnvolventes
#AmigasParaSiempre
#EmpezarIlusiona

#SoyLaQueSoy

#EntreElBlancoYElNegroSiempreEstáEl

#AsíComoSuená

#QuieroQueTeVayas

#DejaDePensarEnÉl

#CumpleañosFeliz

#ImpulsosLocosOtraVez

#CuestiónDeOpiniones

#EllaNoSeMarcha

#SituacionesRealmenteEstúpidas

#CapitánCaosAlMando

#SinDemasiadaBrújula

#EncuentrosFatales

#MeSientoBabosa

#RadicalesLibres

#EnElComienzoEstáLaClave

#DirectoAlCorazón

#ElTictacDeLosRelojes

#EseFríoInvernal

#ConectarConMisLágrimas

#BuenasNochesTerciopelo

#UnPlanDesastroso

#PongaUnAutoEnSuVida

#Maléfica

#Traición

#ElFinalDeAlgo

#SufriendoComoUnCabrón

#MiNovelaLesImportaUnCarajo

#HorizontesQueNoSonYo

#TodoEsNormalOtraVez

#GustosPeculiares

#LaNocheMásOscura

#Afrodisia

#OdaALaSoledad

#AquíMandoYo

#ÉsteSoyYo

#TengoUnaNovelaQueVender

#QuiénPerteneceAQuién

#BebéEnCamino

#LaVisitaQueNoEspero

#AmistadesPeligrosas

#Perdóname

#CorroPeligroYLoSé

#MierdaDeCampo

#PasandoApuros

#PáginasPorPasar

#AbrirLosOjosDuele

#DimeQueNoLoHasHecho

#PielQueArde

#QueLuegoTodoSeSabe

#LoQueTePidoNoMeLoDas

#UnaEstatuaQueNoResponde

#SoñarDespierta

#QuéTePareceMiLetra

Dos años más tarde...

Agradecimientos

Notas

Créditos

*A ti que miraste el mar conmigo
aquella noche.
Porque no supe leer en tus ojos todo
cuanto querías darme*

#PocoFlamencaEstaFer

Sofía

El desprecio se palpa. Es algo sólido, tangible y, por si lo quieres saber, áspero. No se limita a una sensación ni a un tono de voz. Es una pared de

hormigón armado contra la que te das de bruces y te chafas la nariz. Y si quien te lo demuestra es tu novio de los últimos tres años, el mismo que te ha propuesto matrimonio, ese que hace nada aseguraba de rodillas que te adoraba... la cosa sólo puede tildarse de decepcionante.

Regresamos de la Feria de Abril de Sevilla. La nueva supermejoramiga de Sergio, mi novio, se las ha apañado con bastante simpatía para robarme mi legítimo puesto de copiloto, y como él no se opone y yo no defiando mis derechos, no sea que de verdad se maree y vomite, me veo recluida en el asiento

trasero, espectadora muda de su animada charla.

Belén es una chica por la que resulta hartamente difícil sentir aversión: es graciosa, buena gente, chispeante y poco atractiva. Las mujeres estúpidas tendemos a sentirnos seguras frente a una rival si la consideramos en inferioridad de condiciones, cuando deberíamos recordarnos de vez en cuando que «las mosquitas muertas son las peores». Sergio le ríe las gracias y yo, si no me adormilo con el traqueteo del coche, lo imito. Hasta que a ella le da por cantar flamenco y a mí por acompañarla. Apoyada en el respaldo de los asientos

delanteros, asomo la cabeza por el hueco que queda en medio y tarareo la copla, henchida de emoción. Sergio arruga el entrecejo, aleja la cabeza y, a continuación, me gruñe de muy malas maneras que me calle. Por lo visto, le molesta mi voz cerca del oído. Belén continúa como si la cosa no fuera con ella. Pero qué digo, es que no va con ella. Soy yo la fastidiosa, yo la que desafina o la que incordia, no ella. Ella es su más-mejor amiga, de la que últimamente apenas se separa. Me hundo en el asiento, dolida y enfurruñada. El alarido que Sergio acaba de dedicarme es el mecanismo que acciona mi

memoria y los dos días de mierda que llevamos fuera de casa vuelven a mi malherida conciencia.

Nos hospedamos, por supuesto gracias a Belén, desde luego, en casa de un amigo muy pijo al que nunca antes le habíamos visto la cara. Nos adjudicaron una habitación monísima con dos camas, que propuse unir para estar más cerquita y ronronear por la noche, pero Sergio fulminó mi sugerencia con la mirada.

—¿Estás loca? ¿Moverles los muebles?

—Bueno, no te digo que pongamos la casa patas arriba, sólo que retiremos la mesita de noche que separa las camas

y...

—Somos invitados, espero que podamos comportarnos un par de días.

¿A qué venía tanto irritarse?

—En fin, da igual, supongo que puedo soportar un par de noches sin enredar mis pies con los tuyos, pero me parecía tan romántico...

—Hemos venido a la feria, Sofía; aparca esos romanticismos tuyos por un rato.

¿Esos romanticismos míos?

—Disculpa la pregunta; ¿qué más incluye el lote «no, no, ni lo sueñes, Sofía»? Me refiero a si no piensas ponerme un dedo encima en todo el

maldito fin de semana.

Sergio continuó con sus bártulos y no me dedicó ni un pestañeo.

—La verdad, tanto miramiento me suena a mojigatería exagerada hasta para ti, señor clásico. El dueño de la casa tiene menos de noventa años y somos novios formales con casi tres años de oficialidad; nadie pondrá el grito en el cielo si dormimos juntos. Por el amor de Dios, estamos en el siglo veintiuno.

—Simple respeto por la casa ajena.
—Me besó el pelo, distraído.

Me dije que para hacer el sándwich sexual que tenía previsto para aquella noche no necesitaba más de noventa

centímetros de ancho, así que me conformé. Deshicimos lo imprescindible las maletas, yo me puse los mismos vaqueros y una camiseta limpia, y salimos a la calle. Belén se había cambiado el cómodo atuendo de viaje por un vestido de vuelo años cincuenta en raso brocado que la hacía parecer una muñequita. Llevaba el pelo recogido en una coleta con una delicada flor de tela y unos rabillos pintados en el ojo, que nunca antes le había visto. Todos, hasta el cursi de mi Sergio, iban tan elegantes que yo a su lado parecía Dora la exploradora de maniobras militares.

Era tarde para subir a cambiarme y

retrasar la juerga del grupo. Además, para qué mentir, en mi maleta no había caído, ni por casualidad, un trapo parecido que me colocase a la altura. Para aquella gente el grito de guerra parecía ser «antes muertos que sencillos» y, aunque me sentí fatal, me convencí de que con unos vinos se me pasaría el berrinche. Porque en las ferias se bebe, y mucho, ¿verdad que sí?

Me pasé de optimista. Vino, haber, había, pero nadie parecía demasiado interesado en divertirse conmigo, ni siquiera mi novio. Más tarde me

enteraría de que en Sevilla no está bien visto acosar a una chica comprometida y que ésa era la razón de que nadie se dignase dirigirme la palabra, no el hecho de que fuese disfrazada de Frankenstein. Todos los ardores se concentraron en Belén, soltera, que no entera. Los de Sergio también, y yo me fui quedando desplazada en un rincón al que nadie quería acercarse, callada y caldeada por la rabia y el efecto del vino. Joder, allí todo el mundo estaba disfrutando como si el planeta fuera a estallar al día siguiente y yo apenas participaba del jolgorio. No había derecho. Agarré con fuerza el brazo de

mi novio y tironeé de él como una niña caprichosa.

—Vamos a bailar, anda, vamos a bailar.

Me costó que me hiciera caso. Belén desgranaba un chiste y Sergio calentaba motores para cederle la mejor de sus carcajadas.

—A ti nunca se te ha dado bien el flamenqueo —gruñó.

Solté una risita imbeciloide.

—Soy capaz de sacar adelante unos pasitos de sevillanas.

—No me apetece —dijo atrincherándose agobiado.

—Venga, sí, vamos a menear estos

esqueletos oxidados —me secundó Belén, escogiendo pareja de baile entre sus amigos.

Se plantó en el tablao, los brazos por encima de la cabeza, contoneo de caderas a ritmo de guitarra española. Parecía un granito de pimienta pegando botes entre el mar de cabezas, divertida y tan segura del terreno que pisaba que por un segundo sentí el pinchazo agudo de los celos en el pecho. Sergio aceptó seguirme, con una entrega muy poco entusiasta. Todos íbamos un pelín achispados, qué menos, así que el rancio de mi novio se fue animando solo. Al rematar uno de los giros, cuando

nuestros cuerpos empezaban a acoplarse, el hielo a fundirse y yo me las prometía muy felices, Belén lo apresó por el antebrazo y adosó su naricilla de pegote al pecho de mi chico.

—Cambio de parejas.

No fue una propuesta, fue una orden. Medio en volandas, me vi trasladada de sitio y, antes de poder reaccionar u oponerme, el tío que tenía enfrente no era Sergio, sino un desconocido del grupo con el que hasta el momento no había cruzado una palabra.

—¿Vamos a por la tercera? —me instó con gracejo.

Me encogí de hombros y le seguí el

juego.

Puede que de haber estado más sobria no me hubiese dejado arrastrar hacia el rincón menos iluminado de la caseta por un sevillano calentorro con ganas de festival, que obviando el hecho de que mi prometido se encontraba a apenas diez pasos de distancia, empezó a flirtear conmigo con imperdonable maestría.

—¿Te han dicho ya lo guapa que eres?

Madre mía, como frase no era precisamente original. Y si hablamos de estrategia de acercamiento, con lo pegado que lo tenía ya... El chico era

guapete, pero el Montilla fresquito lo había vuelto atrevido y aprovechando el caracoleo de brazos que exige el baile, me estaba metiendo mano sin freno.

—*Ya la sombra de los pinos...* [1]

Tracató. Me rozó una teta. Y mira que se lo puse difícil.

—*Cántame, me dijiste cántame...* [2]

Vuelta, meneílo, otra curva en derrape y sobeo en el mismísimo culo. A ver si os vais a pensar que me importó. Flotaba en una espesa nube de alcohol y no veía a mi alrededor más que floripondios y volantes. Mis pies no se afianzaron en el suelo de madera hasta que un malhumorado Sergio me asió del

brazo y me apartó del aspirante a ligue.

—Ya basta. Te estás poniendo en evidencia.

—¿En evidencia? ¿Yo? —me cachondeé, señalándome el centro del esternón—. Se equivoca, señorito, me limito a bailar.

—Menuda sesión de arrastre te acabas de pegar.

—Hum... Eso no lo entiendo. Estoy dándolo todo, es una feria —añadí, elevando ligeramente el tono.

El ceño de Sergio se cerró sobre sí mismo. Belén nos espiaba con gesto taciturno.

—¿No es verdad, Belén? —pregunté

yo—. ¿No es una fiesta de las mejores?
¡Hemos venido a divertirnos!

—Bebe agua —me ordenó Sergio, metiéndome un botellín de plástico por debajo de las narices.

—No quiero. —Retiré la cara hacia otro lado y, al hacerlo, la caseta completa viró conmigo.

—Estás como una cuba —me reprochó él—; bebe agua te digo.

—Que no me da la gana. Quizá si te ocupases un poco de mí, si hubieses bailado conmigo...

Sergio torció la boca en una mueca que lo desfiguró. La verdad, yo misma me escuchaba y me sonaba patética.

Suplicar atención de aquel modo tristísimo... Opté por conservar una pizca de dignidad marchándome directa a la barra. La música de sevillanas seguía calentando el ambiente y los platos de queso manchego y jamón serrano corrían como el bólido de Fernando Alonso.

Pero seguí por mal camino, empinando el codo por el aburrimiento, y las cosas a mi alrededor se volvieron bultos borrosos. Dejé de importarme que nadie se dirigiera a mí ni para mandarme a la mierda y que Belén tontease con mi Sergio, descarada y con el beneplácito de todos sus estirados

amigotes. Me dediqué a jaleear a rumbosas parejas de bailarines y a tararear letras que no me sabía, con una media lengua que dejó bien claro el breve espacio de tiempo que me faltaba para derrumbarme.

Tres, dos, uno... arcadas.

#DecepciónnameOtraVez

No recuerdo cómo acabé en la cama. Sí que abrí un ojo y el techo giraba. Y que Sergio roncaba en la cama de al lado, más bonito que un san Luis. Dejé que mis pupilas se acostumbrasen a la penumbra y atisbé por debajo de la

colcha. Nadie se había molestado en desnudarme, me habían colado en el lecho con vaqueros y todo. La misma camiseta que olía intensamente a vino y mi vergüenza intacta.

—Sergio —susurré, esperando una respuesta, un gruñido, algo—. Sergioooo...

Silencio absoluto. De tumba total. Insistí sin cortarme un pelo; lo que es la borrachera.

—¡Sergioooo, Sergio! —aullé. Mi novio dio un brinco en la cama—. ¿Duermes? —pregunté con la voz más dulce que la miel. Me sentía juguetona. A ver quién me paraba.

—¡Ahora no, joder! —bramó él, volviéndose sobre el colchón.

Yo me sentía juguetona.

—¿Hace mucho rato que hemos vuelto?

—El que llevas roncando como un hipopótamo.

—Oye, que yo no ronco. —Me dio la risa.

No pareció hacerle ni pizca de gracia.

—Vale, lo que tú digas. Anda, duérmete, que bastante lata has dado ya hoy.

—¿Y lo hemos pasado bien?

—Estupendamente. Sobre todo tú. Te

has bebido hasta el agua de fregar, mona. El equivalente a tu peso en alcohol.

Me incorporé, retiré la colcha, saqué las piernas fuera de la cama y me concedí unos minutos con los pies apoyados en el suelo para que el mundo dejase de dar vueltas en plan molinillo. En cuanto supuse que no me caería de bruces, me desnudé y repté hasta la cama vecina. Sergio había cambiado de postura, otra vez me daba la espalda con generosidad.

—Cari... —insinué mimosa. No hubo respuesta—. Cari, no te amodorres. Es temprano.

—¿Temprano? —aulló—. Por Dios, Sofía, ¡son las seis de la mañana!

—Dame un besito. —
Tambaleándome y con mucho trabajo, conseguí localizar el borde de su cama. Retiré la punta del edredón, dispuesta a meterme dentro, pero Sergio lo recuperó de un tirón y volvió a taparse.

—Duérmete otra vez. Con la moña que has pillado, te vendrá bien.

Imposible. De pronto yo estaba sorprendentemente despejada y con ganas de retozar. Insistí en la idea de tumbarme a su lado, pero mi chico no hizo el menor esfuerzo por dejarme sitio. Me subí encima. A horcajadas.

—¿Se puede saber qué haces? —me espetó, al tiempo que se revolvía igual que un tigre.

—Violetearte.

Yo parecía haberme dejado la dignidad en la caseta de la feria, porque lo único que me planteaba era vencer cuanto antes su reticencia, sin que el rechazo llegara a ofenderme.

—Estate quieta, no me apetece, estoy dormido.

Deslicé osada las manos por debajo del edredón. Se había puesto el pijama y jugueteé con la cinturilla elástica de su pantalón.

—Estás hablando; de dormido nada.

Mis dedos volaron de su cintura a su entrepierna. Y era verdad que no le apetecía. Aquello estaba más plano que la meseta castellana. No me di por vencida. Lo destapé, conmigo a caballito, introduje la mano derecha en su pantalón y agarré la flácida cosita con mucho empeño. Iba a erguirse como que yo me llamaba Sofía.

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo? —refunfuñó. Pero más endeble, con menos furia.

Estos hombres y sus tendones de Aquiles...

Froté y froté, arriba y abajo, complacida al notar cómo «el pequeño»

iba despertando de su extraño letargo y se hinchaba desde dentro. Pronto rebasó mi mano y el movimiento se hizo más largo y menos enérgico.

—Sigue, sigue —rogó Sergio en un cuchicheo.

Yo tenía otros planes. En cuanto su miembro alcanzó el tamaño «vámonos de fiesta», busqué la posición ideal y lo acerqué a mi húmeda vagina, dispuesta a disfrutar como una mona.

—Dame una chupadita —lo oí decir.

Me hice convenientemente la sorda. Para chupaditas estaba yo, con un calentón que ni los fuegos artificiales de Dubái.

—Chis... Estate quietecito, deja, que yo manejo.

Dejó de interrumpir. Me lo introduje de una estocada y me mecí adelante y atrás, buscando mi placer. Tan sólo el mío, aunque el suyo viniese de la mano sin poderlo remediar. Pero yo primero. Me lo debía. Por tantos desplantes y tan pocos mimos, por tanta atención y sonrisas a su superamiga la retaco, por mi infinita paciencia. Me merecía un orgasmo del tamaño del London Eye. Sergio cerró los ojos, jadeó con fuerza y volvió a abrirlos. Mi humedad era ya tanta que se derramaba sobre su vientre. Bajé las manos hasta su pecho y acaricié

sus trabajados pectorales, atravesando el bosque de sedoso vello. Ya llevábamos casi dos años haciéndolo a pelo. Yo tomaba la píldora y mi chico se relajaba. La nuestra era una relación monógama y formal, sin terceros en discordia, sin atisbos de infidelidad. De repente, cuanto más cerca estaba de conseguirlo, él se volteó como un cromo, me empujó contra el colchón y se puso encima, sacudiéndose dentro y fuera como un poseso. Me cortó el ritmo y el punto.

—Despacio, tranquilo —me quejé mohína—; ¿no estabas durmiendo?

—La culpa la tienes tú, con estos

caprichos a deshoras. Ya me has espabilado.

—Pues mira qué gracia...

Observé el techo. Mi novio jadeaba en un peligroso compás con su propio orgasmo y amenazaba con adelantárseme.

Lo que me apetecía, lo que de verdad habría querido, era darle una buena patada y echarlo de la cama después de correrme. Pero aún me faltaba este detalle y no pensaba interrumpir la sesión de sexo rápido. De modo que cerré los ojos, me concentré como pude para recuperar el estado de ánimo previo al revolcón, y en menos de

dos minutos mis pezones parecieron guisantes congelados y mi clítoris se expandió como una esponja empapada. Unos satisfactorios calambres me recorrieron de pies a cabeza.

—¡Síiii! ¡Ohhh, síiii! —gemí, empujada por la fuerza de la explosión.

Sergio me tapó la boca con la mano, quiero suponer que no con intención de asfixiarme, y aceleró hasta vaciarse en mi interior con un murmullo raro, como de abejorro.

—Hum... qué bueno —jadeó.

Todavía temblando, me libré de su mordaza.

—¿Lo ves? Y no querías.

—Venga —me palmeó el culo—, a tu cama.

—¿Ya? ¿Tan pronto? ¿Ni un cariñito, ni unos besitos, ni un «por ahí te pudras»?

—Es muy tarde y mañana hay que madrugar. —Sonaba condescendiente, me irritó. Qué poco había durado el placer postcoito, mecachis en la mar.

—No sé por qué ese sufrimiento. —Lo admito, odio madrugar—. Se supone que estamos de vacaciones, escapada romántica y todo eso.

—En casa ajena —me recordó. Logró que sonara como un reproche.

—Podríamos habernos alojado en un

hotel. Venirnos a casa de unos desconocidos y tener que cumplir horarios no me resulta nada cómodo, en serio.

—Era por quedarnos con Belén.

Ah, claro, Belén, siempre Belén. Belén mañana, tarde, noche y madrugada. Me cago en Belén con todos sus pastores.

—Menudo rollo, tener que verles el careto en el desayuno. —Ahogué un bostezo.

Sergio volvió a empujarme fuera de la cama. Se fue trotando al cuarto de baño sin responderme.

Caí de bruces contra mi almohada.

Para cuando regresó, limpito de sus bajos, yo ya soñaba con los angelitos y con un mundo mejor.

El día siguiente no fue para celebrar. Más de lo mismo. Eso sí, los amigos de Belén ya eran un poco más amigos nuestros y se decidieron a abordarme con preguntas que no me apetecía un pijo responder, y con una charla que me resistía a alimentar. Ahora, de pronto, todo eran sonrisas, piropos y amabilidad. Supongo que o les había hecho gracia la Sofía tajada de la noche anterior, o les daba pena el poquísimo

caso que me hacía mi acompañante oficial. En cualquier caso, ese corto domingo que se redujo a un *brunch* (mezcla de desayuno y almuerzo) tardío pero abundante, hizo realidad el dicho: «El matrimonio es la vía más corta y segura para que una mujer pierda el interés de muchos hombres, para acaparar el desinterés de uno solo».

Sergio y yo aún no estábamos casados. Me lo había pedido y yo le había dado calabazas. Vale, no del todo. Ésa fue su interpretación, yo sólo le rogué que esperásemos. Tenía el doctorado a medio terminar y ninguna prisa. Él iba de escritor por la vida, con

una única novela larga publicada y más proyectos y sueños que realidades. Decididamente, aquellas bullas no tenían sentido. Además, llevaba puesto su anillo, no sé de qué se quejaba.

El caso es que, a partir de ese momento, mi novio había mutado a ermitaño áspero y poco hablador, había perdido la chispa que tanto me atraía y me miraba atravesado. Como si me odiase. Puede sonar exagerado, pero era justo lo que me transmitían algunas de sus coces verbales y su indiferencia. Rencor y odio a partes iguales. Y mi amor se iba enfriando, enfriando...

Vuelvo a la realidad por culpa de las voces de Belén asesinando una balada de Sergio Dalma. No es que yo esté resentida, es que canto bastante mejor, aunque ella tenga la fortuna de no incomodar a mi novio, que va al volante. De hecho, lo encuentro de lo más entregado a su cháchara imparabile. No le responde, eso es cierto, pero la atiende y menea la cabeza en señal de asentimiento y devoción. Algo que no hace conmigo desde hace semanas.

Me desentiendo de todo. Me tumbo a lo largo del asiento con las piernas replegadas, después de quitarme los

zapatos para que a Sergio no le dé un pumba por si mancho la tapicería. El brazo regordete de Belén se agita en horizontal cada vez que lo mueve y su nariz aguileña me saluda en ángulo. Salta sin tomar aire de una historia a otra y Sergio no parece abrumado. ¿En serio está tan fascinado mi novio con esta chica? ¿O es su modo de decirme «cualquiera me vale, cualquiera es mejor que tú»?

#ConsejosAmiguiles

El lunes a mediodía almuerzo con mis dos mejores amigas, Ximena y Paloma. La primera trabaja en la Málaga Film Office y se pasa la vida departiendo con productores, directores creativos y jefes de fotografía. Su mundo es apasionante,

por más que ella se empeñe en jurar que se reduce a pura burocracia y papeleo. Tramitará los expedientes de los permisos para rodajes en la ciudad, no te digo que no, pero también la invitan a un porrón de cócteles y eventos varios, donde se codea con lo mejor de la cinematografía mundial, y tiene un libro de autógrafos que pone a Paloma verde de envidia.

Paloma. ¿Cómo describirla sin que penséis que «visto así, para qué la tienes como amiga»?

Entiendo que la gente viene con su parte buena y su parte mala, que cuando te haces amiga de alguien debes aceptar

el pack completo. Paloma tiene sus cosas, pero es muy buena niña. La han malcriado de pequeña, qué se le va a hacer, de eso no tiene ella la culpa. Es muy pija, muy repipi cuando quiere y viste como mi madre. Se pintaba las uñas de los pies de rojo bermellón cuando sólo teníamos catorce años y ya se hacía la pedicura.

Fuimos compañeras de clase, aunque no demasiado íntimas. Supongo que mi único atractivo para ella por aquella época residía en que sacaba buenas notas y que mi estilo de vida, desenfadado y moderno, no casaba con los rígidos cánones de su familia. Pero

mira lo que son las cosas, tras perder el contacto en nuestros años universitarios, me la encontré ennoviada con Borja, el íntimo compañero de facultad de Sergio, y empezamos a salir los cuatro.

Cuando llego a la cafetería de Los baños del Carmen, Ximena ya aguarda fumando un pitillo en la terraza, con el sol primaveral de Málaga estampado en la cara. Me oye llegar y se da la vuelta radiante. Lleva unos pantalones capri negros, un blusón estampado en blanco y negro y unos preciosos zapatos de charol.

—¡Hola, cielo! ¡Qué guapa vienes!

—¿No habías dejado el tabaco? —

Arrugo la nariz inmediatamente después de besarla.

—Bah, si me aburro, pienso. Y si pienso, fumo. Ya sabes, para controlar los nervios y viceversa.

Mantiene una absurda relación de tira y afloja con un compañero de trabajo medio gay, que le está fundiendo los plomos. Ximena es fantástica y ese chico, un caso perdido. Como cuando se acuestan lo pasan fetén, ella está convencida de que acabará atrayéndolo al lado oscuro, salvo que hay fines de semana en los que no quedan y él liga con un francés como un armario empotrado y encima se lo cuenta. En

esos momentos, mi amiga se desmorona.

Vamos juntas a sentarnos. Ximena aplasta la colilla en el cenicero y me mira con admiración y afecto.

—En serio que te veo monísima; ¿te has hecho algo, bellaca?

—Emborracharme hasta vomitar, bailar un poco, flirtear con una panda de sevillanos calentorros... Seguramente será eso, que dicen que engrandece el ego.

Ximena arquea una ceja.

—Pensé que ibas con Sergio.

—E iba. Pero Sergio estuvo más pendiente de su requeteamiga que de mí. Yo me quedé con todos los demás, que

no permitieron que olvidara lo ideal que soy. —Me meto los dedos hasta la garganta y simulo una arcada.

—Hija, qué quieres que te diga. Mira que la conozco poco, pero tengo a la Belén en cuestión atravesadita.

—Es maja —asumo resignada—. Y está ayudando muchísimo a Sergio.

Adivino que Ximena piensa responder con un improprio, pero se corta porque Paloma aparece balanceándose sobre unos tacones de Loewe a juego con su bolso. Falda midi fruncida y blusita de cuello Peter Pan. Dan ganas de regalarle una camelia y un collar de perlas.

—Disculpádmelo, vengo de la peluquería y se me ha hecho un poco tarde. —Nos besa un poco al aire y se sienta, envuelta en una nube de delicado perfume—. Parece mentira, cuanto más les pides que corran, más torpes se vuelven.

—Ya conoces el dicho —arguye Ximena, haciéndole una seña al camarero—: «Vísteme despacio que tengo prisa». De todos modos, ¿no fuiste a la peluquería ayer?

—Anteayer. Pero hago Pilates a diario, sudo y el peinado se estropea —se defiende Paloma con ardor.

Ximena contiene la risa.

—Ah, ya lo entiendo. ¿Ensalada César para todas? ¿Agua con gas y unas aceitunas?

Asentimos. Qué predecibles somos. Paloma me da una palmadita doble en la rodilla que le pilla más cerca.

—Bueno, ¿qué tal tu periplo por la divina feria sevillana?

—No ha estado mal como experiencia —comento con desgana—, pero las cosas con Sergio siguen fatal.

—Anda ya.

—Palabrita. Sabéis que lleva ausente unos meses, ausente y despegado...

—Desde que lo mandaste al carajo,

a pesar de que se arrodilló y te juró amor eterno. No te extrañe —me interrumpe Paloma muy ofendida.

Parece que la proposición de matrimonio que yo osé despreciar fuera suya.

—Oye, sabes muy bien que eso no fue lo que pasó.

—Sofía le pidió que le dejara terminar el puñetero doctorado para poder labrarse un futuro juntos —interviene Ximena, defensora mayor del reino—. No es pedirle la luna; al fin y al cabo, él carece de ingresos, alguien tendrá que llevar el jornal a casa.

—Sergio es un artista —recalca mi

amiga arrebatada.

Ximena la observa con interés.

—Hija de mi vida, si no fuera porque te conozco y me consta lo colada que estás por tu novio, empezaría a sospechar de tus sentimientos por el suyo.

—Tiene razón, es un artista — convengo yo, divertida por sus piques.

—Bueno... —Ximena chasquea la lengua—, artista, artista, lo que se dice artista...

—Tiene una novela larga publicada —le recuerdo—. Y en una muy buena editorial, además.

—Sólo una —repite Ximena

descreída—. Sin críticas ni reseñas. Ni buenas ni malas. ¿Para cuándo la segunda?

El camarero y su bandeja la salvan del aluvión de protestas que pensaba dedicarle Paloma. Hubo un tiempo en que yo pensaba como ella, veía en Sergio al escritor bohemio y pasado de moda, confiaba en que triunfaría a lo grande en lo suyo. Pero a estas alturas ya se me ha caído la venda de los ojos, más por su actitud cerrada y obtusa que por su verdadero talento. No acepta otra salida para sus manuscritos que la editorial que lo publicó (y que no está, para nada, interesada en repetir), o de

ahí hacia arriba. Nada de bajar un peldaño, ni aceptar ofertas menores. A mantenerse en sus trece lo ayuda el incansable mantra de su agente literario, un escritor frustrado con dudosas relaciones en la industria literaria, al que le importa poco que Sergio se consuma de ansiedad esperando, con tal de llevarse un mordisco mayor, una comisión más jugosa.

—Bueno, dejemos las novelas del ausente —retoma Ximena, estirando su servilleta y colocándosela en el regazo—. ¿Te trata mal?

Paloma está a punto de aullar como un lobo.

—¿Cómo va a tratarla mal? ¿Qué pretendes insinuar con eso? Sergio adora a Sofía, haría cualquier cosa por ella...

Ximena la ignora con mucha clase y un floreo de pestañas.

—¿Puedes dejar que responda la interesada? Graaacias.

—La verdad —me aturullo sólo arrancar, no sé qué palabras escoger para contar esto—, me estoy cansando de ser invisible. Lo de este fin de semana ha sido humillante. Belén lo acapara a todas horas y yo... simplemente no estoy.

—Deberías quitártela de encima —

opina Paloma sorprendiéndonos, con una aceituna entre los dedos.

¿De verdad ha dicho eso?

—Sí, no me miréis raro, esa fulana quiere levantarte el novio. Lo que yo te diga.

Un involuntario escalofrío me recorre la espalda. Mi amiga la pija ha dicho «fulana».

—¿Te ha comentado algo Borja? Quizá Sergio le haya dicho...

—No me lo ha dicho Borja, te lo digo yo. Sergio sólo cuenta lo que ya sabemos, que el padre de Belén tiene buenos contactos editoriales y que hace lo posible por ayudarlo.

—Lo que no sabemos es a qué velocidad, vistos los resultados — ironiza Ximena.

—Es una amistad que sin duda le interesa, pero me huelo que ella quiere más.

—Es más fea que Picio —opina abrupta Ximena.

La reprendo con la mirada.

—No seas superficial, nena. Para enamorar a un tío, el físico a veces no basta.

—Especialmente si es un alma sensible como Sergio —argumenta Paloma con aire soñador—, ese tipo de hombres se fijan en otras cosas.

—¿Qué tiene Belén Recio que Sofía no tenga? Por el amor de Dios, no me jodas. Es una mosquita muerta, fea como un orco de las cavernas.

Sí, eso mismo me pregunto yo. ¿Qué puede atraerle tanto a Sergio de su compañía? No me quejo, Belén me considera su aliada, se porta bien conmigo; de hecho me sacó a rastras de los servicios de la caseta, donde me había dedicado a regar el suelo con todo el vino ingerido. Y no noto que mire a Sergio con especial devoción, más bien es al contrario.

—Sergio es ambicioso —me oigo decir. La encendida cháchara entre mis

amigas se corta de cuajo—. Mantiene la amistad con Belén por puro interés.

—Espero que sea cierto —rezonga Ximena, poco convencida.

—Lo cual no explica la indiferencia que siente por mí —prosigo—. Que me rechace en la cama. Me exhibo en ropa interior de encaje delante de sus narices y no se le escapa ni una miradita de reojo.

—Eso ya es grave.

—A veces son malas rachas —aventura Paloma con un suspiro—, el estrés... Pero él te quiere, estoy segura de que te quiere —remarca, sin perder el aire fantasioso.

Pobrecilla, aún cree en los príncipes azules y, lo que es peor, en Sergio.

Yo no estoy tan segura de creer en él. Bufo, rebufo, resoplo tres veces.

—¿Le has preguntado qué coño le pasa? —sugiere Ximena con su acostumbrada delicadeza.

—Mil y una veces. Y la respuesta siempre es la misma.

—Nada —se adelanta ella—. Como si lo viera.

—Estoy cansada de tirar del carro, cansada de ser el motor de esta relación —digo, notando cómo la congoja se almacena en mi pecho y forma un nudo—. Harta de que entre él, Belén y el

jueguito que se traen entre manos se hayan cargado mi alegría, mi positivismo y mi manera rosa de ver la vida. Ahora todo es gris... perla.

Se me empañan los ojos y retiro el plato de ensalada, incapaz de seguir tragando. Ximena me coge una mano, consternada, y Paloma me agarra la otra.

—¿Cuántos meses llevas callándotelo?

—Desde su declaración fallida —gimo—, entre idas y venidas y con algún día feliz... casi seis.

—La madre que lo parió, qué resentido —farfulla Ximena.

Paloma no tiene valor para llevarle

la contraria.

—El problema es que empiezo a perder la ilusión —admito con un sollozo contenido.

Paloma se lleva las manos a la cabeza, horrorizada.

—Pero ¿qué dices?

—Que tengo un jodido mecanismo de defensa que me enfría en cuanto las relaciones dejan de ser positivas. Que no tengo alma de masoquista, vaya, que empiezo a odiarlo.

—Y deberías agradecérselo a la madre naturaleza o a quien demonios te lo haya regalado —me consuela Ximena, cazando al vuelo una lágrima

que corre por mi mejilla.

—Hacéis una pareja tan bonita... —
es la melodramática aportación de
Paloma—. Los dos tan guapos...

—A lo mejor es Belén y no yo la
media naranja de Sergio, y llevamos tres
años engañándonos como chinos —digo
rindiéndome. Y pido un té bien cargado.

—No digas eso, cielo.

—Ni siquiera vivimos juntos —
parloteo al viento.

—Eso es porque a Sergio le va el
rollo tradicional y prefiere esperar a que
estéis casados...

Esa estupidez, lo único que consigue
es que me remueva en mi silla y me

cabree una *jartá*.

—Follamos, perdón, follábamos como leones; ¿vas a decirme que no acepta compartir piso conmigo por respeto? —Suenas tan sarcástico que hasta yo me asusto.

—No, pero... —balbucea Paloma, momentáneamente perdida.

—Dejaos de idioteces, ni Belén ni Belón. Lo que a Sergio le pasa es que le puede el orgullo —resume Ximena rotunda—. Que no soporta mudarse a tu casa, no tener la suya propia, vivir de prestado a sus treinta años en casa de sus padres, y todo porque no le sale del rabo buscarse un trabajo decente. Mírate

tú.

Me miro. Vaqueros pitillos, zapatos de salón gris con puntera plateada, jersey gris con cuello de pico y cazadora deportiva amarillo mostaza. ¿Qué más?

—Acabando el doctorado y dando clases de aeróbic para sacarte unas perras con las que pagar tu independencia. Cosa que a él ni se le pasa por la tela del juicio.

—En eso quizá tengas razón — acepta tímida nuestra Paloma.

Ximena arquea las cejas en un probable «lo que yo te diga, maja».

—En fin, la cuestión es: ¿qué

piensas hacer?

La pregunta de Ximena me pilla desprevenida. Alzo mis ojos llorosos y no sé qué responder. El camarero viene de camino con mi té doble y arruga el morro al ver las ensaladas casi intactas.

—¿Las retiro? —nos pregunta bastante ofendido—. ¿Ha habido algún problema?

—Ninguno, están buenísimas, como siempre —digo apresurándome a tranquilizarlo.

—Seguir aguantando su humor de perros; ¿acierto? —me asalta de nuevo Ximena, retomando la pregunta anterior.

Me da corte responder teniendo

delante al camarero, aunque a ella le viene de perillas.

—En lugar de estas César va a traernos tres gin-tonics bien regaditos, que necesitamos reponernos de un susto. ¡Hale! ¡Marchando!

#SurgidaDeMiMente

Álex

Quién me habría convencido y en qué día tonto, de que tenía talento artístico. Si lo tuviera no estaría aquí de pie, como un gilipollas integral, mirando un lienzo vacío. Si lo tuviera, seguramente se me ocurriría algo que dibujar. De tenerlo, las musas me visitarían, depositando en mis dedos la capacidad de pintar algo

hermoso.

Nada de eso está pasando, maldita sea. El primer día en clase en que el profesor no se ciñe a modelos prefabricados, la primera ocasión para experimentar con la inspiración genuina, y soy el único alumno que no dibuja nada.

Miro de reojo a mis compañeros. Todos se afanan muy concentrados y, con mayor o menor fortuna, garabatean trazos básicos que luego convertirán en un cuadro. Mi cabeza lleva hueca y vacía ya una hora, y cuanto más la presiono para que dé algún fruto, menos material disponible encuentro.

—Menuda mierda.

—¿Vas a darte por vencido tan pronto?

La voz de mi profesor retumba a mi espalda y me doy la vuelta apesadumbrado. Acabo de levantarme del taburete y empezaba a recoger mis cosas decidido a colgar los pinceles por hoy. Así, de pie y juntos, apenas me llega a la altura del pecho. Los ojillos de halcón de Juan López de Padua me recorren y yo, de inmediato, siento vergüenza.

—Vas a darte por vencido sin siquiera intentarlo —repite como si fuese la peor noticia que podría

recibir.

Nervioso, paso el paño por la punta de los pinceles.

—No estoy inspirado.

—Tienes un enorme talento, Álex —me recuerda.

Agacho la cabeza y miro al suelo. Oh, sí, ¿dónde he oído eso antes? Ya está bien de halagos empalagosos que no me llevan a ninguna parte. Tiene razón mi padre. Esto es una soberana estupidez, debo centrarme en el estudio y empezar a comportarme como un adulto responsable. Invertir las pocas horas que me quedan libres en aprender a pintar puede, muy bien, calificarse de solemne tontería. Lo mío son las líneas rectas; los arquitectos debemos ser tipos esquemáticos, con una sólida carcasa externa que nos proteja de todo rastro de sentimiento. Fríos y calculadores a la hora de repartir el espacio. Siempre he pensado que equilibrar la balanza de las malas energías con una actividad creativa sería inteligente.

Puede que estuviese equivocado.

—Deberías permitir que tu intuición brote libre y sin trabas.

Niego con la cabeza, tratando de no reír. Juan dice

lo que dice muy serio.

—Y eso ¿cómo se hace?

—Pinta con los ojos cerrados.

Lo tranquilo que se queda al soltarlo es lo que más me desconcierta. Debe de notarme el pasmo en la cara, porque se esmera en aclarar:

—No todo el cuadro, desde luego. Los trazos iniciales, los golpes de color.

Me mantengo en un obstinado silencio y él tuerce el cuello en un espasmo.

—Deberías intentarlo, a ver qué sale.

—Sí —asumo con desgana—, ¿por qué no? A ver qué sale.

Juan se retira con un gesto elocuente de las manos, las palmas abiertas hacia el techo. Echo un vistazo a mi alrededor. Nadie se fija en nosotros, en mí. Nadie juzga sus métodos, todos dan por sentado que De Padua es un genio y que todos los que recibimos sus clases somos unos jodidos afortunados.

Devuelvo los bártulos a su lugar con un suspiro y, poco convencido, cierro los ojos y apoyo la parte inferior del puño en el lienzo en blanco, con un carboncillo entre los dedos. Bufo y me dejo llevar.

Algo se agita en mi mente, algo confuso que se resiste a tomar forma. Mi mano se mueve, insegura al principio, frenética después. Unas veces rasga la superficie, otras revolotea por encima sin rozarla. Inspiro hondo y dejo que toda esa sensación extraña fluya. Al cabo de un rato abro los ojos para mirar.

Esperaba encontrarme un borrón, la verdad.

No lo es.

Bajo una maraña de líneas cruzadas, puede distinguirse sin demasiada dificultad un rostro de mujer. Pulido, delicado, de pómulos redondeados y la línea de la mandíbula definida. Boca de corazón, arco de Cupido marcado. Y los ojos... rasgados, felinos, pero sin color. Podría enamorarme de esa cara. Con los ojos cerrados.

Compruebo que los tubos de pintura al óleo están ordenados dentro de su caja y hago una apuesta conmigo mismo. Alargo la mano de nuevo con los párpados bajados y hago pinza con dos dedos sobre el primer tubo que llama mi atención ciega. Pero claro, no todo va a ir sobre ruedas hasta el final.

«Qué estupidez —me digo—. Nadie tiene los ojos de este color. Ningún humano tiene los iris plata.»

Aun así, es el color que empleo. Y cuando la miro de lejos, sé que es la mujer perfecta. Seguramente porque no existe.

#UnaFiestaASolas

Sofía

Sergio no se digna darme ninguna explicación del mal talante que nos amargó el viaje a Sevilla y yo no me rebajo a pedírsela. Jugamos a fingir que

no pasa nada y los días corren infelices en busca de algo a lo que ni siquiera sabemos ponerle nombre. Yo lo quiero, no llevo con él tres años por casualidad, ni por falta de opciones, que me sobran. Soy feliz con Sergio y con nuestras expectativas de futuro juntos. Vamos a casarnos, de eso no cabe duda, aunque no de momento, por Dios y por todos los santos, no tenemos dónde caernos muertos. Aunque mi piso es pequeño, habría bastado, pero para él no es suficiente. Prefiere quedarse en casa de sus padres a plato y mantel puesto. Eso sí, como cualquier otro novio moderno, la mayoría de las noches duerme

conmigo.

Antes.

Ahora no. Últimamente todo son excusas, cansancios y dolores de cabeza, y yo, tonta de mí, lo acepto, rezando para que la racha se esfume, convencida de que tarde o temprano nuestra relación volverá a la normalidad. Sergio es el hombre más importante de mi vida y por esa regla de tres debe convertirse en el padre de mis hijos, esos churumbeles con los que tan a menudo fantaseamos. Vale, quizá estemos atravesando una época negra. A mí la tesis me tiene nerviosa y a él las dificultades del mundillo editorial lo

deprimen. Mal aliño para una ensalada. Con ese panorama es hasta cierto punto comprensible que se vuelque en Belén y en su papi director de periódico con estratégicos contactos, que ha prometido ayudarlo.

Yo, en mi papel de lectora crítica compulsiva, despojada ya del velo de subjetividad que supone estar locamente enamorada del escritor, no tengo tan claro que las novelas de Sergio sean la leche. Más bien del montón, sin rasgos que las hagan sobresalir por encima de otras. Pero cualquiera lo insinúa. Para Belén, Sergio es la reencarnación misma de Dostoievski, y aunque sus

desproporcionados halagos no le hacen ningún bien, tan sólo alimentan un ego ya de por sí inflado, ahí quedo yo como la infame novieta incapaz de reconocer la suerte que tiene con este diamante a medio pulir a mi vera. O como la escritora frustrada, carcomida por la envidia. Nadie se molesta en averiguar que yo ni escribo ni me interesa hacerlo.

La noche de sábado resurge de sus cenizas cuando, casi a última hora de la tarde, Ximena me llama para invitarnos a un sarao en el Museo Picasso. El edificio y sus alrededores han sido escogidos como localización para el rodaje de una novedosa serie de factura

española y corte americano. Allá que vamos. Yo, loca de contenta por airearme de una semana de apuntes y sinsabores. Sergio, rezongando porque no le apetece mezclarse con «una panda de sosos estirados y monotema, que sólo saben alardear de lo suyo». Palabras textuales. Quién fue a hablar.

Consigo convencerlo de que, entre tanto creativo, puede que halle, al asalto, la inspiración que busca, y aunque tengo que tragarme un parraque de los buenos y la cantinela de que no son ideas geniales las que escasean sino editoriales sensibles dispuestas a apostar por su arte, logro que se vista

tan atractivo como en sus mejores tiempos, con vaqueros y una simple camisa blanca sin corbata, bajo una chaqueta de cuadros Harry's. Sus ojos verdes, el pelo oscuro y el hoyuelo en la barbilla bastan. Luce bien por sí solo, sin ayuda de mucha estrategia militar.

Yo me pongo un vestido de punto de seda rojo con la espalda descubierta en una especie de nudo bajo, complicado y favorecedor, y unos zapatos de altos tacones negros. A Sergio le molestan la mayoría de mis zapatos, no me saca muchos centímetros y a poco que me descuide, lo aventajo por media cabeza. De modo que cuando yo, adoradora de

los zapatos de tacón, me los calzo, me reprende sin palabras con una mirada torcida, así como de asco. Da igual, después de tres años ya las toreo divinamente.

Vestidos de domingo, acompañados por Borja y Paloma por si Sergio no encuentra alma gemela con la que pegar la hebra, y con un ánimo regularo, nos plantamos en el cóctel del museo. Ximena, la perfecta anfitriona, viene a nuestro encuentro a darnos la bienvenida y a ofrecernos una copa de champán helado. Al frente, la mesa de bebidas presidida por un magnífico centro de rosas blancas. Los invitados charlan

animada en pequeños grupos que Ximena visita, intercambiando sonrisas, brindis y palabras. Una prole de camareros uniformados recorren la sala armados con bandejas de canapés. Paloma coge uno de salmón, haciendo pinza con los dedos. Borja apunta a la mesa jamonera, donde un cortador profesional saca lonchas de Jabugo casi transparentes y las dispone en un plato. Nos aproximamos.

—No se privan de nada, ¿eh? — ironiza Sergio con retintín.

Miro a mi alrededor por si alguien ha captado su desafortunado comentario. Sobre todo, porque al tiempo que

critica, alarga la mano y acepta un plato rebosante, con ademán codicioso.

Se lo pasea por debajo de la nariz y pone los ojos en blanco.

—De primera —alaba—. Atacando, antes de que esta pandilla espabile, les llegue el aroma del pata negra a las narices y acudan en desbandada.

Lo que dice lo pronuncia con tanto desprecio que siento vergüenza ajena y verdaderas ganas de salir corriendo.

—Sergio, por favor... —ruego con debilidad.

—Ni miento ni exagero; ¿con qué se pagan todos estos ágapes?

—Es una productora privada —me

apresuro a aclarar.

—Ya. —Alza las dos cejas a un tiempo—. Y el museo no recibe ni un céntimo de dinero público, ¿verdad?

—Da la casualidad de que no —replico entre dientes.

Picasso y su fundación no tienen nada que ver, esto es entre nosotros. Sergio trata de ofenderme a mí a través de mi amiga, la organizadora, atacando su trabajo.

—Ya —repite desdeñoso—, eso es lo que nos cuentan.

Borja y Paloma se mantienen en cerrado silencio, contemplando cómo nos arrojamamos cosas a la cara, con

bastante dignidad y sin interferir. Chicos listos.

—¿Te importaría comportarte?

Recupero algo de fuelle, a cada segundo me siento más violenta y me pregunto por qué lo he forzado a venir; estaría mejor en casa de papá y mamá, repantingado en el sofá, viendo capítulos atrasados de *House*.

—¿Insinúas que no estoy a la altura de los demás invitados? —me reta con clara intención de presentar batalla.

Desvió la mirada con azoramiento. Está visto que diga lo que diga, chocaremos. Desde su posición, Ximena me lanza algún que otro vistazo

interrogante. Borja le agarra un brazo a Sergio.

—Venga, pidamos un buen vino con el que regar el jamón —lo anima, ignorando su chirriar de dientes.

Por un momento, pienso que Sergio se zafará del amable gancho de Borja para echarme en cara el nivel social, o la popularidad del resto de los presentes, o mis preferencias, o el esnobismo de Ximena, o... yo qué sé. Se me forma un remolino de angustia en el estómago y oteo a mi alrededor inquieta. Pero no. Se deja arrastrar hasta la mesa de bebidas y se sumerge, sin demasiados peros, en la conversación con su

compañero de toda la vida. Paloma y yo los seguimos, hablando entre dientes.

Transcurre media hora de relativa paz, en la que las ocurrencias de Borja suavizan las tensiones y disipan el malhumor. Puede que la incomodidad de Sergio, sus ganas de marcharse a otro sitio, sólo sean visibles para mí; el caso es que rezo en silencio para que mi novio aplaque su actitud provocadora y se concentre exclusivamente en divertirse, que para eso hemos venido.

—Ven, Sofía, que te presento a una actriz amiga mía. —Ximena aparece de improviso por un costado y me da una palmadita en el hombro—. Os la robo un

momentito.

Me retiro con un esbozo de sonrisa, en parte aliviada por distanciarme del foco belicoso.

—Estás guapísima de la muerte — exclama mi amiga, exagerando, como de costumbre—. De haber venido sola, esta noche habrías vuelto loco al personal. Y te advierto que hay cada uno...

Hago un gesto para que no siga en esa peligrosa dirección.

—Aprovéchalos tú, que yo vengo acompañada y algo me dice que Sergio utilizaría el más mínimo pretexto para liarla. Lo he traído casi a rastras y no se molesta en disimular su irritación.

Ximena hace una mueca de asco intenso.

—Es un imbécil, perdona que te diga. ¿Cuántos actos literarios soporíferos y espantosos te tragas tú por acompañarlo? Esto ni siquiera es trabajo, es una fiesta; comida y bebida gratis por la patilla. ¿Es que no puede limitarse a comer y a callar? Nadie le pide que baile una sardana de agradecimiento.

—Ya te he dicho que está insoportable —cuchicheo cerca de su oído.

—Si quieres, voy y le digo...

—No, no, por favor, tengamos la

fiesta en paz. No le digas nada. —De sobra sé lo bruta que puede llegar a ser mi amiga del alma—. Ahora las bromas de Borja lo han apaciguado.

—Menudo cretino... —Nos detenemos frente a un reducido pero exquisito grupo—. Blanca, ésta es Sofía, la casi hermana de la que te hablé...

La que se vuelve para corresponder a las presentaciones es una chica joven, delgada en extremo, con un apurado y estiloso corte pixie, un vestido de gasa verde de finísimos tirantes y unos Louboutin que me hacen hiperventilar de puro deseo. Mientras nos besamos y nos hacemos cumplidos como mandan los

cánones, yo ando más pendiente del rebaño aislado que forman Sergio, Paloma y Borja, anclados junto al jamonero, riendo de lo más felices.

Suspiro aliviada y disfruto de la intrascendente charla. Por fin un poco de tranquilidad.

#SeráQueNoMeQuieres

Me desembarazo de la actriz anoréxica tan pronto como puedo y regreso al redil más tontorróna de lo que me he ido. Enrosco mi brazo en el de Sergio y me pego a él hasta depositar un beso en su mejilla afeitada. Mi novio recibe el

obsequio tirante y sin devolvérmelo. Me hace una caricia descuidada en el dorso de la mano y se zafa con un indiferente:

—Voy por una copa.

Vuelvo a encontrarme sola y abandonada. Miro a Borja con un desesperado ruego en los ojos.

—¿Qué le pasa? —le pregunto al final.

—¿Qué le pasa a quién?

—A Sergio, no te hagas el tonto. No soporta ni que lo toque —especifico muy dolida.

—Cielo, no seas paranoica, sólo ha ido a por bebida —interviene Paloma.

Pero yo no la miro. Sigo enganchada

de las pupilas indecisas de Borja.

—Dime qué le ocurre. Ha debido de contarte algo —insisto.

Él esquiva la intensidad de mi angustia.

—Nada, mujer, ¿qué le va a pasar? Está jodido, no publica, ya sabes.

No, no sé, si supiera no estaría preguntando, ni deshecha por dentro.

—Se le pasará, nena, son... —nos interrumpe Paloma con atropello.

—Entonces lo habéis notado —concluyo decepcionada—. No son figuraciones mías.

—Esto es absurdo. Al final vas a conseguir crear un problema de verdad,

algo que de momento no existe.

Madre mía, cómo me escuecen los ojos. Parpadeo aturdida.

—¿No te ha abierto su corazón? ¿Es algo que he hecho, que he dicho?

—No, no habla mucho últimamente.
—Borja camufla su azoramiento.

—Se le pasará —zanja Paloma de un tajo. Y su mirada y su tono son un claro «no te metas» a su novio.

Para mí es suficiente. Ocultan información que no quieren compartir conmigo, cosas que casi con seguridad Sergio le ha confesado a Borja en un instante de agobio o debilidad, y de las que yo podría extraer desastrosas

conclusiones. Lo entiendo por parte de Borja. Sergio y él son colegas desde la universidad, pero Paloma... ella es mi amiga, debería defenderme, apoyarme en circunstancias como ésta. La incertidumbre me está matando.

Intercambiamos una mirada cargada de significado y quiero entender que hablaremos más tarde, a solas y tranquilas. A nuestro aire. Me conformo. Entre otras cosas porque Sergio regresa con su copa y el gesto resignado de quien se aviene a soportar contra su voluntad un rollo festivalero de una horita más o menos, que le desagrada. Paloma y Borja se alejan unos metros

con la excusa del jamón, para dejarnos espacio.

Aspiro aire para insuflarme ánimos. «*Yes, Sofía, you can*», me digo. Puedo comportarme como una novia mimosa y seductora, en lugar de como una bruja y apedrearlo, que es de lo que tengo ganas.

—¿No me has traído nada? —Finjo lloriquear al ver sus manos semivacías.

—No me lo has pedido —se defiende cortante.

Es cierto, no se lo he pedido, pero no hace mucho tiempo no habría sido necesario. Olvidados quedan los momentos de color de rosa en que a mi

amor no se le ocurriría pedir una única copa en plan egoísta, sin tenerme presente y traerme otra. No importa. No voy a deprimirme tampoco por eso. Soy una chica independiente y moderna que no necesita a un hombre para empinar el codo. Precisamente pasa un camarero con copas de Rioja y me hago con una.

—¿Brindamos? —ofrezco deshecha en sonrisas, mirándolo fijo a los ojos. En realidad es una simple tregua a su hostilidad lo que pido.

Él hace chocar su vaso de tubo con mi copa sin demasiado interés y se lo lleva a los labios, escrutando el entorno.

—Serán todos muy famosos, no te

digo que no, pero en su casa a la hora de comer. No me suena la cara de nadie.

—Es cine independiente —explico yo, por decir algo. Tampoco reconozco a ningún actor, la verdad, y darle la razón a mi chico me parece un gesto de buena voluntad si quiero que mengüe el mal rollo—. ¿Te vienes a dormir a casa?

La media sonrisa de Sergio se convierte en una mueca de desconcierto que me hiela la sangre.

—¿Para qué?

—No será verdad que me estás preguntando eso... —Me aprieto contra su costado y le susurro al oído—: Para desnudarte de forma lenta y lasciva,

para acariciarte entero, para meterme tu
polla en la boca y llevarte en cohete a
las estrellas, para...

—Ya basta. —Su tono y su gesto son
de auténtico rechazo—. ¿Es que no
puedes dejar de idear guarrerías?

Parpadeo perpleja. Luego disparo a
bocajarro:

—¿Atraviesas una época gatillazo y
yo no me he enterado?

Se ofende mucho, con una cara que
se desencaja conforme avanza la
desastrosa conversación. Puedo
comprobarlo con la sola ventolera que
levantan sus bufidos.

—¡Mi mecanismo de levantamiento

de pesas funciona mejor que nunca! —
ruge.

—Pues no será conmigo —espeto
cabreándome, que ya es hora.

—No digas gilipolleces.

Endurezco el tono cuanto puedo. Lo
vuelvo de acero puro.

—Cuánto hace que no me tocas, ¿eh?
Dime, ¿cuánto?

Sergio se concentra en mirar la
lejana puerta.

—Ni que tuviéramos que estar todo
el santo día dale que te pego como dos
conejos, Sofía, por amor de Dios.

—Ni por amor de Dios ni por tu tía
la de Cuenca, Sergio; no me aclaras qué

coño he hecho para que tengas esa cara, ese mal humor constante, para que parezca que me tienes manía. —La voz se me quiebra al final. Por lo menos consigo que me mire.

—No te tengo manía. —Y desvía otra vez los ojos hacia el fondo de la sala, como si temiese que sus pupilas temblonas lo delaten.

—Mírame cuando me hablas —exijo—. Por lo menos me merezco algo de sinceridad. Sea lo que sea podemos arreglarlo. ¿Es porque te pedí que pospusiéramos la boda? ¿Es por eso?

Se enfurruña, mira a la pared y se niega a responder. Lo cojo del brazo y

tiro de él hacia mí con brusquedad. Si me pinchan, exploto como un globo. Veo que Ximena me lanza miraditas preocupadas desde su privilegiada posición.

—Contesta, ¿es por eso?

—¿Porque me despreciaste? —me escupe a la cara—. No, claro que no, eso ya lo tengo superado.

Aprieto los puños para no estamparlos en sus dientes.

—No hay nada que superar y tampoco te he despreciado. Te pedí tiempo, tiempo que los dos necesitamos para poner en orden nuestras vidas y no condenar al desastre el matrimonio antes

aún de que se celebre. ¿No te parece que es lo más sensato?

Me mira resentido y con las mandíbulas apretadas.

—Eso es lo peor de ti, te crees en posesión de la verdad absoluta. O eso, o más inteligente que nadie. Quizá te interesaría saber una cosa. —Me lanza una mirada triunfante—. Que ya no estoy tan entusiasmado con la idea de la boda, ni siquiera sé si quiero casarme contigo. Es posible que te lo pidiera en llevado por un impulso.

Manda cojones. Los ojos se me llenan de lágrimas. No me explico cómo consigo no derramarlas.

—Al final me das la razón —digo sin embargo, con tal de no dar mi brazo a torcer y conservar mi ruinoso amor propio.

Sergio se encoge de hombros displicente. Me deja plantada tipo geranio y se escabulle hasta la esquina, donde están Paloma y Borja sonrientes, zampando a dos carrillos.

A mí no se me ha perdido nada a su lado. De repente, todos me parecen extraños.

—Vente conmigo, preciosa, no te quedes aquí sola. —Ximena acude al rescate. Me rodea la cintura con un brazo enjoyado y dirige una mirada

asesina a Sergio, que la ignora tan campante. Que el grupo con el que mi amiga estaba hablando nos reciba de tan buen grado es de veras reconfortante. Tengo el corazón encogido como una ciruela pasa.

Simulando reírme como una loca y flotar de felicidad, permanezco cobijada entre ellos, espiando a mi novio con el rabillo del ojo. No me presta atención. Lo veo ir al baño, regresar, separarse de Borja y Paloma, volver a reunirse con ellos, sonreír, beber con expresión apática y hasta carcajearse. Todo menos acercarse a mí o buscarme. Por eso, cuando Ximena me cuchichea al oído

«Vámonos con esta gente a seguir la fiesta a otro lado», no sé negarme.

A ver cómo reacciona Sergio si desaparezco yo a la francesa.

De ningún modo, la verdad. Es como una ducha de hielo picado: ni una llamada, ni un mensaje. Me perdió de vista, volvería solo a casa y no tuvo la decencia de averiguar dónde demonios estaba, si viva o muerta. No me vio irme y nuestros amigos tampoco, simplemente me esfumé en el aire y le importa una mierda. Qué ilusión. El dato indica que algo apesta a fallecimiento reciente.

Nuestra relación, por ejemplo.

Si he de ser sincera, en cuanto puse el pie en la calle, cogida del brazo de Ximena y rodeada por aquel grupo tan variopinto y bullicioso, tuve tentaciones de divertirme. Sin él. A lo grande, como en mis mejores tiempos. Como cuando estaba soltera y todos me reclamaban para sus fiestas porque animaba a un moribundo, porque me reía de mi sombra, montaba un karaoke en un baño y disparaba el cotarro a lo más alto.

Todas esas capacidades las fui enterrando a medida que descubría las inseguridades de Sergio. Él contaba muy bien los chistes, pero si no era el mejor

se ponía mustio. En cuanto otro ser humano vivo le comía un milímetro de protagonismo, se apagaba como una pavesa. Se encogía en un rincón y dejaba hasta de respirar. Por eso yo me transformé en experta animadora de sus gracias y taponé las mías para que no destacaran, asegurándonos de que el gracioso, atractivo e intelectual Sergio concentrase los aplausos y sólo a él le hicieran la ola. Yo fui marchitándome, convirtiéndome en una sosa con tal de verlo contento. ¿Y qué me había dado él a cambio? Pocos reconocimientos, pero casi tres años de amor. ¿Suficiente? Depende de para quién. Creería

merecérselo todo, supongo. O yo estaba demasiado enamorada como para rebelarme y Sergio actuó en consecuencia.

Entre copa y copa, a pesar de las risas y de los guiños de aquellos actores tan simpáticos, no pude reprimir la ansiedad, mirar de continuo la pantalla de mi móvil esperando una señal de preocupación por su parte. No la hubo. El mazazo de decepción fue tal que estuvo a punto de mandarme al otro barrio. Mi corazón roto en pedazos, curado a base de baile y alcohol. Fingir para no morir. Pues sí, el caso es que logré mantener fresca la sonrisa y ágiles

los pies hasta las tres de la madrugada. Con la quinta copa de Rioja en la mano, decidí que no me importaba, y una vez de vuelta en casa, me desmaquillé lo imprescindible y de un salto me colé en la cama para dormir a pierna suelta.

#HechosSonAmores

Pasan cuatro largos y tristes días durante los cuales no sé nada de Sergio. La tierra del remordimiento es un gran pozo y se lo ha tragado. Al cuarto me llama como si nada, dicharachero y feliz, alegando un súbito arrebatado de

inspiración que lo ha tenido encerrado escribiendo sin parar. Hago como que me lo creo.

—¿Salimos esta tarde a dar una vuelta? —propongo, jugueteando con el boli contra la mesita del teléfono.

—No sé...

—Te vendrá bien —insisto machacona—, así te despejas.

—Igual tienes razón.

—Vaya, un cumplido —digo riendo—, creo que voy a desmayarme de la emoción. ¿Aviso a Paloma por si se animan?

—Mejor no, nosotros solos.

Nosotros solos acabaremos

tirándonos los ceniceros a la cabeza o embalsamados de puro tedio. Seguro. Así que cuando cuelgo el teléfono con la cita ya concertada, marco el número de Paloma.

—¿Una cervecita esta tarde para celebrar el adelanto de una primavera casi veraniega? —insinúo chispeante—. Empieza a hacer calor. Sergio me recogerá a las cinco, podemos quedar directamente...

—Imposible —me corta cuando más entusiasmada estoy.

—¿Tienes planes con otra amiga? —Hago pucheros.

—No, es... mi madre. La de Borja.

—¿En qué quedamos? ¿Tu madre o la de él?

—Las dos, en realidad las dos. Quieren que las llevemos de compras.

Una especie de mosca revolotea detrás de mi oreja.

—¿En serio?

—Sí, un rollo, ¿verdad? Hoy no puede ser, cielo, mañana o pasado.

Me lo habría tragado si no le hubiese temblado la voz. Pero Paloma miente fatal, se le nota a la legua y aquí hay gato encerrado. De acuerdo, toca enfrentarse sola a una violenta tarde de asueto con mi novio de casi tres años. Señor, lo pienso y suena a martirio

chino. ¿Qué está pasando?

Malgasto un buen puñado de minutos delante del armario dudando sobre qué ponerme y eso que sólo se trata de una cerveza y un tapeo. Tengo la impresión de estar seleccionando atuendo para una ocasión que marcaré como especial en el calendario de mi vida. No tiene sentido, lo sé, pero por más que lo intento no logro desembarazarme de esa agobiante sensación. Me decanto por un vestido de entretiempo estampado en tonos magenta, medias y botines de medio tacón. Tras mirarme al espejo, decido que el bueno de Sergio no se merece tanto desvelo y me cambio el

vestido por unos vaqueros pitillo, un jersey blanco de punto fino y una cazadora perfecto de piel negra. Deportiva, desenfadada y poco femenina. Para sentirme más fuerte. O menos débil. Mi sexto sentido, avisando de lo que se avecina, se pone a hacer bombear mi corazón a lo salvaje y, cuando bajo a la calle y me encuentro a mi novio esperando dentro del coche, con las gafas de sol puestas y el cejo fruncido, casi no sé escoger las palabras adecuadas para saludar. Abro la portezuela y me siento.

—¿Qué tal?

—Bien, bien. Va haciendo calor,

¿eh?

—Sí, ya mismo playita.

Qué ridiculez de conversación, parecemos dos vecinos que coinciden en un ascensor. Mis ojos vuelan al salpicadero impoluto, donde tantas noches de lujuria desenfrenada he apoyado los pies desnudos para abrir las piernas y que Sergio me hiciera el amor. Sí, en el coche, a hurtadillas, como dos estudiantes alborotados en una noche de luna llena. Ahora esos momentos de humedad y jadeos quedan lejos y en este chico atractivo y moreno no veo más que a un enemigo. Me llama la atención que no ponga el coche en

marcha.

—¿Qué, arrancamos? —lo insto, algo sorprendida por tanta pausa sin explicación.

—Verás, creo que tenemos que hablar —dice con sumo esfuerzo.

—Bien, da la casualidad de que yo también lo creo —convengo—. Vamos a algún sitio agradable y charlamos —contesto, sin perder mi chispita de entusiasmo.

—Sofía, esto no va bien.

Alzo una ceja. «¿Me lo dices o me lo cuentas?»

—El caso es, ¿tiene solución?

—La verdad, no lo sé. Estoy

confuso, agobiado. —Se revuelve el pelo, se frota la frente.

Yo me mantengo impasible viéndolo dudar.

Por un rato nadie dice nada. Supongo que él espera mi reacción, pero no la tengo. Sólo el pulso acelerado, la boca seca, incapaz de decirle lo que pienso, que llevo demasiados meses aguantando sus desprecios, sus silencios, su desinterés. Ni una pizca de compasión, sin explicarme, sin apiadarse, sin empatía, machacando la poca autoestima que me queda. Movida por los nervios hundo el dedo en el salpicadero y enciendo la radio. Saluda

Da Soul y su *Todas las promesas*. Ya ves, ni elegido a propósito. Sergio la desconecta agobiado. Yo la vuelvo a encender.

—¿Todo este rollo que me estás soltando es para plantearme que cortemos?

—Bueno, sí, puede que debiéramos tomarnos un tiempo.

No logra decirlo mirándome de frente. Y eso que sus gafas negras no me permiten llegar a sus pupilas. Cruzo los brazos sobre el pecho y suelto un «Ah, vale» que más parece un escupitajo en un ojo.

—¿Ya no me quieres? —pregunto. Y

es que pese a mi ensayado cinismo, sus palabras me han dolido más, mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—No es eso, Sofía, no simplifiques cosas que son mucho más complicadas —dice con la mandíbula tensa.

—Será porque tú quieres —arremeto—. Tan sencillo como darme un sí o un no. ¿Hay otra persona?

Su rostro se vuelve hacia mí con una mueca sarcástica, sin respuesta.

—Te pregunto si estás con otra chica —digo alterándome—. ¿Eso también es difícil o imposible de responder?

—¿Qué pretendes? ¿Arrinconarme?

—Para ser novelista eres hombre de

pocas palabras —le espeto con mala uva.

—Después de todo lo que hemos pasado juntos, definir sentimientos se me hace cuesta arriba.

—No debería, Sergio, todos tenemos altibajos. Atravesamos una época dura, me refiero a lo profesional. —Me estrujo las manos—. Es imposible que no nos afecte en las demás facetas. Esto podría superarse, la cuestión es si merece la pena.

Guarda silencio. Entonces veo la magia de lo nuestro salir corriendo, el pequeño universo de cartón que habíamos creado a base de abrazos y

promesas, reventar como un cartucho de dinamita. Me revuelvo incómoda en el asiento, mis dedos se acoplan a la manija de la puerta. Es hora de poner punto final a esta absurda pantomima que ya dura demasiado. Lo mejor que tenía se lo di. Sergio me ha dejado seca, ya no me queda nada.

—Está bien. —Sueno rendida y agotada—. Supongo que hasta aquí hemos llegado.

Empujo y vuelco mi peso hacia fuera. Él me atrapa la muñeca izquierda y me obliga a volverme.

—Sé que me voy a arrepentir de esto —musita, con un incomprensible y

súbito lamento.

—No tienes por qué. —Esbozo una sonrisa triste. Mi voz a punto de romperse—: La decisión está tomada desde hace mucho.

Son aproximadamente las seis de la tarde cuando cierro la puerta de su coche y, con ello, una etapa de mi vida. A las diez de la noche me he embutido en un traje diminuto que deja poco a la imaginación y bailo y disfruto hasta las cinco de la madrugada con mis amigas, pero sin Paloma. ¿Es pecado? No, es quererse.

No vuelvo a saber nada de Sergio, al menos de momento. Conozco el sinsabor de una historia de amor, antaño apasionada y repleta de planes, que pasa a ser agua de charco. Mi novio me ha sacado de su vida de un patadón y que yo lo lleve fenomenal, sin llorar por las esquinas más que a ratos, no lo hace menos cruel. ¿Con quién estará liado?

Ximena y yo hacemos una porra: Sergio se acuesta con Belén.

Paloma nos esquivo. Sin embargo, como todo en esta vida, darnos esquinazo eternamente no le es posible y al final cede y tiene que venir con nosotras a comer. Quedamos en el

centro, en un local especializado en tostas, delicatessen ibéricos y vinos españoles, con una decoración cálida, llena de maderas. Un buen lugar para someterla al tercer grado, que no se queje. Ximena escruta el nerviosismo de Paloma por encima de su copa.

—Lo sabías, ¿no? —le pregunto a bocajarro.

—¿A qué te refieres? —Manosea el pie de su copa, medio histérica.

—No te hagas la tonta, Palomita, mona, pónnoslo fácil —ataca Ximena mostrando colmillo.

—Es que no sé de qué se me acusa.

—No seas dramática, nadie te acusa

de nada.

Ese momento de flaqueza mío a ella le da alas.

—Pues no lo parece. Has dicho que lo sabía. ¿Qué se supone que sabía?

—Que Sergio cortaría conmigo, por eso te negaste a que saliéramos juntos aquella tarde. Supongo que fui la última en enterarme, qué humillación.

—No digas bobadas. ¿A cuento de qué iba Sergio a contarme nada a mí?

—A ti no, a Borja.

Paloma enrojece hasta la punta de las orejas. Coge la tostada y mordisquea una esquinita casi a punto de un ataque de nervios.

—Sabía que tenía que hablar contigo, no de qué —se justifica—. Decidimos que lo lógico era que pasarais la tarde solos, sin interrupciones.

—Qué considerados —ironiza Ximena.

—Empeñado como él estaba en que no ocurría nada y que la paranoica era yo, ¿de qué tendríamos que hablar? —la azuzo con mala intención.

—Yo qué sé, Sofía, de vuestras cosas.

Me pone en bandeja la ocasión de taladrarla con una mirada que no admite pretextos.

—¿Está con Belén?

—¿Qué dices? —responde

escandalizada.

Me mantengo firme.

—Que si está con Belén. ¿Sale con ella?

—No. —Baja los ojos al suelo. El silencio pesa. Pesa mucho—. Con una amiga suya.

Ximena da una ruidosa palmada en la mesa.

—¡La muy cabrona! ¡Haciéndole de escopetilla a la amiga!

Yo me he convertido en piedra. Esto sí que no me lo esperaba. Se me desacompa la respiración, me arde la

garganta. Quiero salir corriendo. De pronto entiendo que si no estoy hundida es porque de algún modo pensaba que era una tormenta pasajera, Sergio y su *affair* con Belén, bueno, no iba a durarle mucho, se desengañaría cuando el padre de ella no le consiguiera la mejor editorial del mundo, y volvería a mí con el rabo entre las piernas. Pero las cosas son diferentes.

—¿Una amiga? ¿Me estás diciendo que Sergio está con una amiga de Belén? ¿Cuándo? ¿Cómo? —Muy a mi pesar, siento que me escuecen los ojos y que se me inundan de líquido salado.

—Por lo visto, puso los ojos en

Sergio hace tiempo. Conste que Belén le advirtió que estaba cazado y bien cazado, enamoradísimo de su chica hasta las trancas, o sea de ti.

Entorno los ojos cual hechicera maléfica. Las cosas empiezan a encajar en mi embotado cerebro con tal precisión que casi las oigo crujir: *crack, crick, crack*.

—Y la muy zorra se lo tomó como un reto personal —aventura Ximena con una mala uva capaz de hundir un petrolero.

Veo cómo Paloma se encoge sobre sí misma.

—No sé lo que pasó a continuación,

sólo lo que Borja me dijo: «Sergio se está enredando, esto no va a salir bien».

Por fin reacciono. Un poco a lo bestia, lo reconozco, porque aúllo con tal ímpetu que temo que Paloma se esconda bajo la mesa.

—¿Y no me lo dijiste?

Por si mi alarido no fuera bastante, Ximena me secunda, agitando las manos en el aire.

—Eso, ¿por qué diablos no se lo dijiste?

Los ojos de mi... ¿amiga? se empañan igual que un minuto antes se han empañado los míos. Soy consciente de que estamos siendo injustas

presionándola de esta manera. Está claro por qué me ha sido infiel; era Borja, «su» Borja o yo. Y lo eligió a él, normal. ¿Yo habría hecho lo mismo?

—Joder... al final va a resultar que soy mucho más idiota de lo que pensaba —musito—. Esto no me lo olía. Temí que estuviera colándose por Belén...

—De forma inexplicable, porque es un callo de mucho cuidado —se cuida de matizar Ximena.

—Tendrá su gracia, seguro —me obstino, revolviéndome el pelo—, todas las puerkas la tienen. Pero esto... este personaje fantasma agazapado en las sombras, esperando mi rendición...

¿Quién lo habría dicho? Hostias. Hostias. ¡Hostias! —acabo chillando a medida que maldigo.

—Muchas hostias son éstas, dale alguna a alguien. —Ximena habla y de reojo señala a Paloma.

Se suceden una serie de silencios embarazosos con los que la interfecta reconoce su parte de responsabilidad en este desastre sin marcha atrás. Pero finiquito el mal rato apoyando una mano en el antebrazo de mi amiga. Sí, lo sé, soy una blanda y una gilipollas. Tengo de todo.

—Venga, va, da igual —la animo—. Lo pasado, pasado está.

—¿Cómo que da igual? —pregunta Ximena enervándose.

Le dirijo una mirada de advertencia y calla de inmediato. Luego añade:

—De acuerdo, sí, da lo mismo. A la mierda Sergio y sus amantes. Gracias a Dios, Sofía está feliz y contenta.

Tanto como eso... En fin. ¡Por Dios! No hace ni dos semanas que Sergio y yo lo dejamos y ya están juntos. Esto se ha gestado mucho tiempo atrás, tonta de mí. Pregunta del millón: ¿habrían cambiado las cosas de haber contado yo con esa dolorosa información privilegiada? No. Seguramente habríamos tenido más reproches, más drama, pero no más

soluciones ni más amor. Mejor olvidar, apretar el acelerador en lugar del freno y mirar hacia delante. No voy a deprimirme —me juro—, ese cerdo no se lo merece.

—¿Compartimos otro gin-tonic de postre?

Es mi lamentable modo de hacer las paces. Me irrita la mueca de dolor de Paloma. Menuda reprimenda se está comiendo, la pobre. Mi ex es un cerdo y eso poco tiene que ver con ella.

#FiestaPalCuerpo

¡Fiesta, fiesta! ¡Queremos fiesta, fiesta!

Tras la euforia llega el bajón. Tengo a una Ximena que no me la merezco. No me deja ni a sol ni a sombra, se cuida de que mis ánimos remonten y organiza planes para los fines de semana

imposibles de rechazar. No voy a preguntar cómo se las ha arreglado para conseguir pases VIP para la inauguración del nuevo local que promete convertirse en la sensación de la temporada.

—Ponte remona, que vamos a arrasar —me aconseja por teléfono.

Yo me enfrento a mi armario. Menudo trago.

Quizá a lo largo de estos tres años de amor incondicional por Sergio me he descuidado un pelín y me he olvidado de comprar prendas que me hagan deseable y sexi. Él estaba conmigo y yo daba por hecho que le gustaba tal cual. Escojo un

socorrido vestido negro de precioso escote, ceñido y corto, que combina bastante bien con mis tacones favoritos. Me arreglo el pelo con la plancha y con una ilusión nueva que me asombra. Por algún maravilloso motivo trato de tomarme la ruptura, no a la tremenda ni como un fracaso personal que me haga sentir torpe y miserable, sino más bien como un recomenzar con más fuerza que nunca. ¿Por qué no? El lunes mismo por la tarde.

Hoy es sábado y me voy de juerga. Con ganas de ponerme de alcohol hasta las orejas y una sonrisa atrevida en los labios rojos.

La decoración del bar es un derroche. Como el cuento de Aladino, pero en azul y dorado. Entrar es zambullirse en una realidad paralela, fastuosa. «Voy a pasar mucho por aquí», me digo.

Ximena cruza el umbral de la puerta bailoteando como una mona, con sus largas piernas embutidas en unos pitillos de cuero y su melenita rubia a lo afro. Llamando la atención sin cortarse un pelo. Nos hacemos un hueco entre la multitud agolpada alrededor de la barra, ella agita un brazo por encima de la

cabeza, muestra un poco de escote y en medio minuto tenemos cada una un generoso gin-tonic en la mano. Y de gorra.

—Por nosotras —propone Ximena, alzando la copa—, y porque ningún sieso vuelva a cortarte las alas.

Espero a que el sorbo me baje por la garganta para preguntar:

—¿Sergio te parecía un sieso?

—Los tíos inseguros siempre lo son —responde con un mohín de lo más enigmático.

Tengo la impresión de que me habla de un desconocido.

—Sergio era ocurrente, divertido y

muy guapo —lo definiendo. Bueno, no sé si a él o a mí misma por haberlo elegido.

—Eso último no te lo voy a negar. Pero a tu lado era muy poca cosa.

Abro desmesuradamente los ojos.

—¡Anda ya!

—Mucho queso *pa* tan poco pan, que diría mi padre. El queso, desde luego, eras tú, bombón de canela.

—Discrepo: Sergio tenía talento. Yo nunca sería capaz de escribir un libro y, de hacerlo, sólo un chalado lo publicaría. Mi liquidación de ventas ascendería a cuatro ejemplares, los que compraseis tú, mi padre, mi madre y

puede que Paloma en un arrebató de remordimientos por haber sido tan cabrona.

—¿Y tu hermano? —pregunta por encima del borde de su vaso.

—Mi hermano pasa de ser amable, y teniendo en cuenta que mi novela sería un bodrio...

Ximena chasquea la lengua de forma sonora.

—Vaya con el «yonohesido», qué bien hizo su trabajo.

—¿A quién y a qué te refieres?

—A Sergio, a convencerte de que valías menos que él. ¡Espabila, Sofía!

—Tú, que me miras con muy buenos

ojos —digo riendo.

Por no llorar más bien. Ximena no sabe lo cerca de la llaga que ha colocado el dedo.

—Los de cualquiera con un poco de seso, cariño. Mira, por ahí viene el grupo con el que he quedado. Te los presento.

A veces las sorpresas traen de la mano a personas que no esperabas volver a ver en la vida. Quizá por eso se llaman sorpresas, *cagoentó*.

Son seis, dos chicas y cuatro chicos, achispados, bien vestidos, con caras de

sábado y pies bailongos. Ximena me los va presentando y, por mucho que lo intento, no me quedo con sus nombres. Suenan así como Miguel, Raúl, Álex, Víctor, Patricia y Mariana, pero no distingo quién es quién. De entre todos, dos han tendido una red y han capturado absolutamente toda mi atención.

Una es Patricia, una antigua compañera de facultad con la que solía coincidir en la biblioteca y con la que habré compartido algún que otro café en época de exámenes. No habíamos vuelto a cruzarnos desde que nos hicimos la ridícula foto con birrete para la orla de licenciatura. El otro...

¿Cómo definir una visión cuasicelestial, recién salida de un anuncio con más photoshop que píxeles? Este hombre es un dios perfecto: uno noventa (si no calculo mal con el mareo y la mirada ida), penetrantes y rasgados ojos verdes, pelo negro sedoso y abundante, sonrisa torcida y traviesa. Hay algo oriental en él, un matiz sutil, qué sé yo. No es que lo necesite para ser irresistible, ni mucho menos, pero suma la cualidad de «exótico» a un ejemplar del género masculino ya de por sí pluscuamperfecto. El tipo de chico a cuyo paso se estrellan las bragas y babea todo aquello capaz de producir

humedad. Y, para colmo, se llama Álex.

Álex. ¿Se puede ser más... redondo?

Su beso en mi mejilla, sí, no en el aire ni en el pelo, en mi mejilla, es mullido y caliente. Y se demora un segundo más de lo preciso. Me recorre de pies a cabeza una sacudida eléctrica casi milagrosa. Me tiemblan las rodillas y las palmas de las manos me empiezan a sudar.

¡Madremíadelamorhermoso! ¡Qué bueno está! Capturo un par de veces la visión mágica de esos ojos que parecen lentillas. No es sólo el color, no son sólo las pestañas, es su fuerza, la potencia devastadora con la que te miran

y parece que te arrancan la ropa.

«No caigas en ellos, no te enredes», me digo y me repito.

—Eres Sofía. —Una voz chillona corta de cuajo mis pornográficos pensamientos—. Chica, qué guapa estás y qué alegría verte.

«Pues si tanto te alegras no sé por qué encoges la jeta, *jamía*.»

—Hola, Patricia —respondo cortés y medio enfurruñada—. Igualmente.

De inmediato se engancha a mi brazo y me arrastra lejos de Álex. Bueno, lejos de casi todo el mundo, para ser exactos.

—¿Estás trabajando? ¿Cómo te trata la vida? ¿Te casaste? ¿De qué conoces a

Ximena?

De todo el aluvión, opto por responder sólo a la última pregunta.

—Nos conocemos desde que éramos pequeñas. Ximena es mi hermana del alma.

—Mira tú por dónde. Pues yo soy su vecina. En realidad no de ella, sino de su madre. Me ocupo de acompañarla, vigilarla y darle sus medicinas cuando la crápula de su hija corretea por ahí.

Soltamos una carcajada. Mira, no recordaba que Patricia fuera tan chistosa.

—Alto con esa boca —amenaza Ximena con un ojo bizco.

Patricia ahoga una risita.

Por encima de nuestras tontadas, como envolviéndome sin proponérselo, una punzante mirada desde atrás se me clava en la nuca. Dulce, persistente, poderosa sin dañar, pero constante. Tremendamente sensual. Atisbo de reojo, sin dejar de reírles las gracias a mis amigas. Patricia, en ese momento, nos presenta por segunda vez consecutiva a su prima y ahora sí le planto dos besos distraídos, abrumada por el peso de la atención de ese monumento hecho carne. Él me sonrío y directamente me mareo. No es el efecto de las copas lo que me presiona el

vientre y hace arder mis instintos más primarios, no. Por extraño e inesperado que parezca, es él, es su halo. Y yo no es que haga mucho por remediarlo, si todo a mi alrededor se ha difuminado para extinguirse en las sombras y dejar sólo sus resplandecientes ojos verdes. La gente se mueve y parlotea. Yo tan sólo me fijo en él.

Ximena atosiga a preguntas a uno de los chicos y la prima de Patricia me cuenta no sé qué anécdota de su beca Erasmus. Por favor, debe de hacer cinco mil años de eso, ¿por qué la gente no pierde la memoria? Sonrío como una autómatas y le doy la razón en todo. Sólo

Dios sabe a qué barbaridades estoy asintiendo. El grupo vuelve a apretarse y los componentes masculinos se nos arriman con bastante euforia a Ximena y a mí, interrogándonos acerca de nuestros trabajos y otros datos insustanciales. Álex no. Él permanece algo distanciado, erguido y formal, paseando la copa de la barra a sus preciosos labios carnosos, meneando la cabeza como si hablase consigo mismo. Como si no diera crédito a algo que ve. Puede que esté loco. Guapo de morirse, pero para el manicomio. Eso es. La otra opción implica un estado de perfección tal que debería estar prohibido. De modo que...

se está medicando y con carácter grave, resuelvo.

Alex

Es una ráfaga. Ignoro si de lucidez y apertura al mundo o todo lo contrario. No puedo asimilarlo, pero ahí está. Ella al completo, como un beso abierto de flores blancas, con sus increíbles ojos plateados y el mismo óvalo que yo he dibujado. Sofía se llama.

«No caigas en ellos, no te enredes», me digo, pensando en sus iris.

No puedo reírme enloquecido, como habría querido, sin llamar la atención, pero tampoco puedo dejar de sonreír. No me atrevo a tocarla, no sólo por falta de confianza, sino también por temor a que se esfume en el aire como el humo. Su aparición quiere decirme algo importante. Algo como que una etapa vacía de mi vida se ha cerrado. El ir y venir de cama en cama sin comprometerme, sin responsabilidad

respecto a mis actos, sin remordimientos. Sin encariñarme con el tacto de nadie, sin echar de menos un olor, la seda de un pelo. Puede ser que toda esta fase de inmadurez permanente haya evolucionado a un estado superior. Como los Pokémon. Porque, de otra manera, ¿quién explica su presencia aquí? Ella. Esquivando mi mirada, sonrojándose de un modo tan delicioso que dan ganas de comérsela a besos. Parpadeando tímida, encandilándome sin la menor intención.

Noto una presión placentera en el pecho y otra más demoledora en la entrepierna.

En cuanto me sé a salvo de mí mismo, me acerco a ella. Su olor me atrapa al instante y la necesidad de charlar vuela lejos, porque contemplarla ya es suficiente. Pero es absurdo no ir un palmo más allá.

—¿Qué bebes?

—Gin-tonic de vodka. No se lo digas a nadie —añade en un susurro—. Ponen caras raras.

—¿No deberías cambiarle el nombre?

—Eso es lo de menos, lo importante es el chorrillo de limón natural exprimido. Sin ese ingrediente vital, todos saben igual.

—De modo que me hallo ante una experta coctelera.

Sofía echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada burbujeante. Algo ha ocurrido entre nosotros desde la primera mirada. Somos dos almas antiguas reconociéndose.

—Para nada —admite—, no entiendo un pijo de combinados, soy poco alcohólica.

—Sé que no suena muy original, pero ¿a qué te dedicas?

—Soy... seré doctora en Psicología en unos cuantos meses. De momento juego a ratón de biblioteca enterrado entre estadísticas. ¿Y tú?

Me encanta que me devuelva la pelota. Eso significa que no le disgusta la idea de seguir charlando.

—Algún día seré un arquitecto genial. De momento soy arquitecto a secas.

—O sea, que haces casitas.

—Lo intento.

—Suena igualmente bueno. —Sonríe. Yo la sigo.

—Me miras con ojos amables. Y qué ojos —se me escapa casi sin querer.

Sofía aparta la vista con un delicioso rubor en las

mejillas. No tardo ni dos segundos en arrepentirme. Cosas tontas como ésta los tíos deben de decírselas a puñados, rendidos a sus pies. Y yo no quiero ser uno de ellos, uno más del montón que alaba sus iris de diosa.

—Oyéndonos hablar, cualquiera pensaría que somos unos desgraciados —me sorprende diciendo, con una sonrisa entre los dientes—, y me refiero a nuestro trabajo. Yo, de momento, me gano la vida dando clases de aeróbic, lo cual no es el sumun de la emoción que digamos, pero ser arquitecto es jugar en otra liga, suena interesante.

—Lo es. Si no tienes un padre abogado, con un bufete floreciente, que te mira mal porque no has querido continuar la saga familiar.

—Comprensible.

—Odio el Derecho, me parece la mayor hipocresía del planeta. Cuestión de opiniones, supongo. Mi hermana sí ha seguido sus pasos, la tiene terminando la pasantía.

—¿Pero...? —adivina mi sagaz Sofía.

Me revuelvo el pelo.

—Él sigue deseando que fuera yo. Me temo que

ya no tiene mucho arreglo. —Señalo su copa casi vacía—. ¿Te pido otro?

—No, gracias, no puedo beber a tanta velocidad o pronto me dará el cariñoso.

Esta vez no puedo evitar recurrir al chiste fácil.

—¡Camarero! ¡Seis copas para la señorita! Bien cargadas y rapidito.

Oírla reír de nuevo es como una recompensa en monedas de oro macizo. ¿Qué diablos tiene esta chica para fascinarme al primer golpe de vista? Sí, claro, me refiero a algo más que a ser el vivo retrato de la mujer de mis sueños en movimiento y respirando.

No me cabe duda de que se da cuenta de que la miro embobado. Parece discretamente halagada.

Patricia llega y se mete por medio como una tromba imparable. La agarra de un brazo y la aparta a un lado.

—Tienes que contarme un montón de cosas, tenemos que quedar para comer algún día —le dice—. He roto con mi novio, vuelvo a estar en el mercado de los corazones solitarios y necesito una presencia amiga con la que desahogarme —cotorrea con aire teatral—. ¿Tú sales con alguien?

Bravo. Justo lo que yo deseo saber y no me atrevo a preguntar. Finjo indiferencia y que intervengo en las conversaciones del grupo, cuando en realidad arrimo la oreja y despliego las antenas.

—No, ahora no.

Va a sonar infantil, pero... ¡¡yupi!!

—¿Y aquel chico con el que te conocí en la facultad...? ¿Sergio?

—Sergio, sí, ya terminó. Se hizo un poco demasiado intenso.

Patricia pone los ojos en blanco y cara de sabihonda.

—Sé a lo que te refieres, los hombres no conocen el término medio. O huyen del compromiso como de Satán o te asfixian.

—Algo así —concede Sofía con debilidad.

Patricia sigue parloteando, acaparando todas las palabras disponibles en frases aceleradas, esforzándose mucho por mantener ocupada a Sofía. Yo a Patricia apenas la conozco, es amiga de uno de mis amigos y se ha sumado un par de veces a una ronda de tapas en grupo. Esta noche va y aparece del brazo de su prima, una chica maja pero taciturna, que

sólo nos mira con los ojos muy abiertos, sin participar.

No es que haga demasiada falta, Patricia lo hace por las dos. Vaya por delante que me gusta el carácter alegre de esta chica, y hasta podría disfrutar de su estrepitosa energía si no la notase demasiado interesada en mí, ansiosa. No me gusta. Ni ella más allá de como amiga, ni las sensaciones que despierta en mí, ni el hecho de que le haya mentado a Sofía: sí tiene novio, el mismo desde hace un montón de años. Nuestro común amigo, Víctor, me ha puesto al día.

No pondré trabas a compartir parranda nocturna en grupo con ella, y menos sabiendo que Víctor alimenta planes para aprovechar si se le pone a tiro, pero me molesta que acapare a Sofía y la aleje de mi área de influencia. Habría invertido toda la santa noche en admirar esos ojos radiantes, pero en lugar de eso tengo que conformarme con observarla desde lejos, sin oportunidad de cruzar una sola palabra con ella. «Gracias, Patricia, te lo has montado de puta madre.»

Hacia la una, el objeto de mis deseos sale por la puerta junto con su amiga, compartiendo confidencias. Sin volver la vista atrás.

No duermo en toda la noche.

#NuevosHorizontes

Sofía

Su voz. No la he mencionado, ¿verdad? Otra de las cualidades extraterrestres de Álex Conde es su sensual y aterciopelado tono de voz, algo áspero o

desgarrado, como el de los cantantes italianos. Todo en este chico está calculado al milímetro para seducir. Es un cañón de protones para mujeres, destila sexo por todos sus poros. Sin proponérselo, sin perder la naturalidad, con sólo leves movimientos varoniles. Eso es lo peor y lo más peligroso, que no lo haga adrede.

Después de la primera velada, Patricia me llama en un par de ocasiones y, ante su insistencia, quedamos para comer. Recordamos viejos tiempos y, tras recuperar parte de la confianza perdida por la distancia y el no vernos, se sincera.

—La otra noche no te dije toda la verdad. Sí tengo novio, si es que se le puede llamar así, con la racha que estamos pasando.

—¿Y eso...?

—Pues que no sé si conseguiremos remontar o lo dejaremos correr. Niego su existencia para ir haciéndome a la idea. Lo nuestro es puro desgaste.

—¿Muchos años?

Hace un gesto ampuloso de hastío.

—Una eternidad, casi quince.

—Entonces ya estabais juntos cuando nos conocimos en la universidad —apunto, rememorando sus descarados coqueteos hasta con los bedeles

octogenarios del edificio.

—Sí, pero él estaba fuera, estudiando, y si propagaba por ahí que estaba pillada, nadie me invitaría a salir, ni a cenar, de manera que simplemente... lo omití.

—Una estrategia como otra cualquiera —valoro con ironía, pero sin atreverme a juzgar.

—Puede que no esté muy bien, pero a veces pienso que debería dejarlo. Luego lo miro a la cara, tomo conciencia del cariño que le tengo y no acabo de dar el paso. —Me mira con sus ojillos chispeantes—. Lo sé, soy una cagada, pero ¿eso implica también ser una mala

persona? —agrega con un puchero.

Sonríó afectuosa y le cojo la mano.

—No, mujer, no seré yo la que diga eso. El mundo de las relaciones a veces es tortuoso. Lo que tenemos no nos convence, lo que buscamos no aparece...

—La siguiente palabra queda en suspenso en el aire, soy incapaz de pronunciarla. Lo que acaba de aparecer delante de mis narices me petrifica en el acto.

Sergio, mi Sergio, engalanado hasta las orejas con su camisa blanca y su pantalón oscuro, presumiendo de cinturón de marca y de chica. Sí, de chica. Algún día tenía que pasar.

Patricia se vuelve alarmada por mi súbita palidez. Sergio no nos ve entre el gentío.

—¿Ése no es...?

—Es —la corto para que no siga añadiendo detalles. Mi corazón encogido, arrugado y lloroso no los necesita—. Y ella debe de ser la zorra que se propuso cazarlo.

—¿La conoces?

Niego tristemente con la cabeza. Es una suerte, sólo faltaría.

—Pero me consta que empezó a trabajárselo cuando aún estábamos juntos. Lo de que él no estuviese disponible pareció motivarla mucho.

Ha sido soltar la frase y mutarme los ánimos. De estar desolada a llevarse me los demonios. Aprieto los dientes con un suspiro y decido en simultáneo que Sergio está ya más que fuera de mi vida y que el fortuito encuentro, en el momento en que nuestros ojos se crucen, le dolerá a él más que a mí. A él, que ha sido infiel a saber desde cuándo. A él, que ha cortado conmigo sin las agallas necesarias para confesarme que había otra calentándole el colchón.

Repaso de soslayo a la chica en cuestión. Recatada y vulgar. Una mosquita muerta en el más literal sentido de la palabra. Qué bien me la han

colado, tanto ella como la mosca muerta número uno, doña Belén. A mí, que iba de moderna por la vida, ¡toma! ¡En toda la boca!

Finjo tranquilizarme cogiendo aire y le pido a Patricia que siga con la conversación con naturalidad. No vuelvo a mirar y ellos se acomodan al fondo en una mesa, muy acaramelados. Me asusta percibir que no hay ni pizca de celos en mi reacción, que ni siquiera me molesta el hecho de verlos juntos. Es más un estar furiosa por su falta de sinceridad, por haberme hecho perder el tiempo arrimando esfuerzo a una relación que no se lo merecía en

absoluto. Por haber dejado en mi vida el recuerdo desastroso de una entrega inútil.

—Y como se me cruce alguien que me ponga, lo mando a hacer puñetas — oigo que suelta Patricia.

Sacudo la cabeza y regreso a la Tierra. Ella, siguiendo mis instrucciones, ha reanudado la charla y sólo Dios sabe el rato que lleva cascando sola, mientras yo divago y me autocompadezco. Me pongo de súbito en pie.

—¿Podemos cambiar de bar? — Consulto la hora en mi móvil—. La verdad es que casi debería marcharme

ya.

Cogemos nuestros bolsos sin pedir la cuenta y nos encaminamos hacia la barra para pagar allí, desde donde la mesa de Sergio y su nueva novia es perfectamente visible.

—¿Qué le debemos? —pregunto, buscando el monedero en el fondo del agujero negro que es mi bolso.

—Deja, yo te invito —interviene Patricia vivaracha—. Así me debes una y tenemos excusa para vernos otro día.

Sonrío tensa, porque en ese momento ocurre. Las pupilas de Sergio viran, se encuentran con las mías y me regalan el inmenso placer de ver cómo se le

descompone la cara. No hago amago de saludar, no muevo un músculo. Sólo me esfuerzo por concentrar en una mirada todo el asco que me provocan sus pasadas cortinas de humo y las humillaciones con que logró hacerme sentir una basura, con el único fin de tapar sus mentiras. De tal palo, tal paliza.

Me dirijo a la puerta tratando de controlar el temblor de mis rodillas.

Adiós, Sergio, que te den. Francamente, te deseo lo mejor.

Alex

Ahora que sé que ella existe, el mundo tiene otro color. Sé que suena a tópico, pero lo tiene de verdad. Las cosas cotidianas siguen en su lugar, supongo, pero resaltadas con un brillo especial, y absorben mi atención más allá de lo habitual.

Pienso en Sofía. La huelo a pesar de que no está. La imagino a solas, desnuda y entregada, y mi cuerpo reacciona por sí solo. Fantaseo con que esos ojos diabólicos me miran sólo a mí y la sensación de poder que trae aparejada el poseerla, me excita como a un cabrón ciego.

Ahora tan sólo tenemos que coincidir de nuevo y permitir que las constelaciones se alineen, no a su antojo, sino al mío.

Sofía

Ximena y Patricia han organizado una

salida por su cuenta, incluyéndome en el lote. Es sábado y se molestan en advertirme que el grupo será el mismo con el que coincidimos en la inauguración. Eso significa una cosa: Álex estará allí, volveré a verlo. Puede que averigüe algo más acerca de ese hombre de belleza sobrehumana y voz de terciopelo, sobre el que no me he atrevido a indagar. Ni siquiera sé si tiene novia. Igual es uno de esos golfos que aprovechan las ausencias de su chica para cepillarse todo cuanto se les pone por delante. Claro que es difícil deducir eso de su comportamiento respetuoso y algo indiferente. Tampoco

tuvo ocasión de ir más allá ni de ser atrevido, con Patricia siempre en medio, como el jueves.

La cita es a las diez en la plaza de la Constitución, pero llegamos tarde. No más de seis minutos, ésa es la verdad, y por culpa de Ximena, que me ha llamado tres veces por teléfono para quejarse de que no tenía qué ponerse. Aparece embutida en unos pantalones de cuero negro, un jersey finito crudo y una preciosa chaqueta de punto grueso del mismo color, con mangas de cuero oscuro. En cuanto a mí, he optado por lo práctico y lo seguro. Quiriendo parecer informal y sexi al mismo tiempo, me he

puesto unos vaqueros pitillo, salones de *print* animal forrados de pelito, camiseta desbocada negra con estampado de Guns N'Roses y cazadora vaquera. Al lado de mi amiga vuelvo a parecer la Cenicienta en tienda de campaña. Puede que únicamente me salven mis labios marcados y llenos, pintados de rojo. Al margen de mis recelos, Ximena se deshace en piropos hasta ponerme como una sandía. No menciona a Álex, sólo su culo, su cuerpazo imponente y, en un vistazo general, lo bueno que está. Se queda corta. En la plaza, en el punto de encuentro acordado, no nos espera ni el

gato. Ximena bufa mientras comprueba nuestro retraso en su reloj de pulsera.

—Joder, vaya con los puntuales; ¿ya se han marchado?

—Puede que todavía no hayan venido —sugiero, convencida, no sé bien por qué, de lo contrario.

Ella marca el teléfono de Patricia en su móvil y a medida que los tonos se suceden en vano, la cara se le va desencajando.

—Hija de puta...

—¿No contesta?

—No contesta. —Aprieta colérica el botón de colgar—. Ésa y la sosa de su prima se han adjudicado a los chicos y

se han largado antes de que llegue la competencia, o sea, nosotras.

—No entiendo a cuento de qué. Si le estorbábamos, con no incluirnos en la cita...

—Es que, por lo visto, Álex y Víctor le sugirieron que nos avisara y no habrá querido quedar mal. Está claro que se mueren por tenerlos para ellas solas. *Cachoputa...*

He tenido que hacer un esfuerzo para ubicar a Víctor entre el grupo que me presentaron el otro día. En principio, mi mente sólo grabó a fuego un nombre, un rostro, un cuerpo.

—Xime...

—Ni Xime ni Dios, que tiene novio, joder, y lo lleva todo para adelante, o al menos eso pretende.

—¿Qué hacemos? ¿Tomamos una copa por nuestra cuenta? —propongo, ocultando la decepción que me ocasiona no ver al guaperas.

Ximena se vuelve para mirarme con un brillo malévolo en los ojos. Un brillo que ya conozco de otras veces, de otros líos.

—Tomaremos una copa, pero donde sospecho que están ellos. A éstas les jodo yo el almanaque, no voy a dejar que se vayan de rositas.

Subimos por calle Álamos hasta el

pub irlandés. Según los informes de Ximena, agente secreta, hasta allí ha encaminado sus pasos el escurridizo grupo, y así es. Exactamente en la segunda mesa a la izquierda nada más pasar la barra, están ellos y ellas, rodeados de pintas gigantes, riendo como descosidos a cuenta de no sé qué jueguito de los que aseguran una tajada como un piano de cola.

Ximena clava en Patricia una mirada asesina y ésta ni se molesta en disculparse. Tampoco le gusta vernos aparecer. Como no se mueve de la silla, Ximena me empuja refunfuñando hasta la barra, nos sentamos en un par de

taburetes y pedimos unas cañas de cerveza blanca.

—¡Será cerda! —la oigo farfullar.

En menos de un microsegundo, tengo la imponente presencia de Álex pegada al costado. Con unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca ceñida y un jersey de lana fina, verde como sus centelleantes ojos, cayendo en plan descuidado sobre sus prominentes pectorales. Huele a madera, a bosque y a manantial. Me recorre un brutal espasmo de deseo, de pies a cabeza.

—Vamos, chicas, sentaos a la mesa con los demás, no podéis quedaros aquí apartadas.

Eso, no podemos.

—Ni lo sueñes —es la seca respuesta de Ximena.

A mí, como si me metiese un dedo en el ojo, igual. Contengo el aliento. Álex acaba de sonreír y se le forman dos hoyuelos en las mejillas. El acabose.

—Seguro que no han querido ser descorteses. Quedamos a una hora y han sido puntuales, no le des mayor importancia.

Noto que, aunque le habla a ella, es a mí a quien taladra con su intensa mirada. Por Ximena no hay que preocuparse, el enfado le inmoviliza los ojos, que tiene clavados al frente y sólo

dispone de atención para su jarra de cerveza helada.

—Vamos, Ximena, no estropeemos la noche —insiste Álex con una dulzura capaz de derretir un iceberg.

—Ellas la han estropeado —acusa mi amiga vehemente—. Créeme, nos conocemos, no es la primera vez que salgo con Patricia, y estaría muy bien que se hubiese disculpado.

—Se ha quedado cortada al veros entrar —cuchichea él cómplice.

—Seguramente pensaba que se había librado de nosotras —gruñe Ximena, apartando unos segundos las pupilas del líquido espumoso.

En ese instante, la sonora carcajada de Patricia corta el ambiente.

—Y está borracha —resume Ximena con desdén.

—Eso también. No nos dejéis solos con ellas, dan miedo. —Álex tiende una mano hacia mí y espera, como si su intención fuese sacarme a bailar—. Venga, preciosas, ¿venís a la mesa?

#AcercamientosQueLoV

En cuanto percibo que, a regañadientes, Ximena recupera su bebida y se mueve sobre el taburete, ofrezco la mano y Álex me atrapa los dedos. Es como un latigazo de calor; la energía que desprende su cuerpo, sus ojos

desnudándome y el esbozo de sonrisa de agradecimiento que se le escapa. Si Patricia se lo quería reservar en exclusiva, verlo esforzarse para que cambiemos de opinión y llegar juntos a la mesa es la bofetada más dolorosa que puede llevarse.

El grupo se apretuja para dejarnos espacio y nos saludan alegremente, aliviando tensiones. Patricia y la pava de su prima no abren la boca. Sólo sonrían como bobas y devoran a Álex con los ojos. Sin embargo, yo tengo la impresión, de que a él le importan bien poco.

Y con la excusa de unos juegos

bastante pueriles, consumimos ingentes cantidades de cerveza y mi cerebro empieza a dar vueltas de campana. Cuando voy al baño, Ximena me sigue y, al regresar, ellos se han puesto en pie para cambiar de local.

—Estoy cansada y tengo reventados los artefactos de caminar —me avisa mi amiga. Se parece bastante a un «Me largo en cinco minutos».

—Si quieres nos vamos —accedo, notando yo también la presión de los malditos tacones a lo largo de todo el pie.

Pero uno de los amigos de Álex, el tal Antonio, algo más bajo que él y con

un gracioso tupé castaño claro, decide no ponérselo tan fácil. Rodea a mi amiga por la cintura con una tentadora sonrisa de ladrón de corazones.

—Nada de eso, la noche es joven y acabamos de empezar. No podéis iros.

—La noche será joven, pero yo tengo la impresión de cargar con cien años a la espalda —protesta Ximena, colgándose el bolso al hombro.

—Una copita sólo, la última; si quieres te llevo en brazos. —El chico la mira con ojitos de cachorro abandonado y ella suelta una risita.

—Venga, una sola. Cómo me lías, adulator...

—Cuando quieras irte, avisa, hemos venido en mi moto —explico a modo de disculpa.

—Ni de coña —me corta mi amiga con un dedo estirado—. Pillaré un taxi, no voy a chafarte la noche.

Arqueo las cejas sorprendida. ¿Chafarme qué? ¿Acaso ella ve algo que a mí se me escapa? Viendo el modo en que Antonio se le pega, si alguna de las dos ha ligado, desde luego no soy yo.

—No hay nada que chafar, cuando digas nos piramos.

—¿También eres motera? ¡Qué buena noticia! —Álex se coloca a mi espalda y acopla sus manazas sobre mis

hombros en un gesto distendido de colega amable. El aroma de Legend, de Mont Blanc, me rodea y me caza.

—No es más que una Vespa del siglo pasado, desconchada y pintada de rosa —advierto, no vaya a hacerse ilusiones.

—Da igual, el caso es que disfrutes las dos ruedas. ¿Quieres ver la mía? Ven, que te la enseñe.

Me agarra de la mano y tira de mí sin pedir permiso. Abro desmesuradamente los ojos. ¿El guapo de Álex quiere presumir de cacharrito? ¿Impresionarme con su máquina? Qué infantil me resulta la situación y qué erótica al mismo tiempo. Una

motocicleta potente es, en una primera fase, el sustitutivo más aceptable de su entrepierna.

Me arrastra a la salida. No me disculpo ni con mi amiga ni con los demás, tan sólo me dejo llevar sin darle al gesto mayor importancia.

—¿Dónde nos vemos? —pregunta Álex en voz alta mientras salimos.

—En Dospasos —responde uno de ellos, no sé bien quién, ando muy distraída.

—Te vienes conmigo —decide en una especie de orden que me halaga.

—Pero mi moto...

—Se queda aquí, luego la

recogemos.

—Y Ximena...

—Miguel y Antonio llevan coche, se encargarán de ella. —Su sonrisa, dedicada por entero, me roba el aliento —. Deja de sufrir por todo el mundo, mujer, hace una noche de primavera preciosa, vamos a disfrutarla con un poco de viento.

Tiene razón. Soy demasiado racional. Con todo lo que sucede en mi vida, busco el ingrediente «lógico»; me obligo a pasarlo por el filtro de la inteligencia, a darle un sentido, un significado. A veces culpo a mi carrera por haber perdido parte de mi

espontaneidad y haberme vuelto tan ceñuda, tan... fría. Bueno, esto último quizá tuviese parte de sustento en mis tres insípidos años de relación cuasi amorosa con Sergio.

En serio, la motaza es para lucirla y fardar de ella sin ningún tipo de humildad. ¿Para qué, con una Harley como ésta? Nada de alforjas con tachuelas, ni manguitos de cuero con flecos, sólo la máquina cromada y arrogante en su más salvaje belleza. Álex me ofrece un casco y se cala el otro. Luego se ocupa de abrochármelo.

¡*Mon Dieu*, qué mono es!

—¿Lista?

—Listísima.

—Pues arriba, señorita.

¡Me acaba de palmear el culo!

Apoyo garbosa el pie en el estribo y me acompaño con las manos sobre sus anchos hombros para izarme. Aprovecho y palpo. Son duros, bien cincelados, sólidos como rocas. Apenas un segundo antes, Álex ha levantado una pierna por encima del monstruo mecánico y ha aposentado su poderoso paquete sobre el tanque de gasolina con un movimiento elegante, pero tan sensual y seguro de sí mismo que me arden las bragas. Las

imágenes calenturientas que desfilan por mi mente van a llevarme directa a la combustión espontánea. A ver si arranca prontito y con el fresco se me pasa.

Joder, no sé nada de él, ni siquiera quién es o si sale con alguien, y basta que me mire para perder la noción de las cosas y que todo empiece a importarme un rábano. El motor gruñe sedoso y las ruedas giran, alejándonos de la cervecería donde todo ha comenzado. Cruza el centro de la ciudad a velocidad de paseo y me siento segura y liberada allí contra su espalda de

muralla, alimentándome del aroma a Álex que el viento arrastra en mi dirección. Algunas sensaciones que me invaden, como ésta de plenitud, ya hace tiempo que no las sentía, pero por lo visto no estaban más que almacenadas en algún rincón olvidado de mi saco de capacidades. Está claro que puedo volver a gozar con cosas sencillas como un paseo en moto. Vale, con un tío estupendo pegado a los pechos, no voy a negarlo, pero no es eso lo que me hace tan feliz, de veras.

¿Es que no me cree nadie?

Salgo de Babia al darme cuenta de que Álex enfila hacia el paseo marítimo

y apaga el motor. Claramente, allí no nos espera nadie ni hay ningún bar, sólo el cielo negro, un mar de plato liso bajo la luna llena y el más increíble sosiego que pueda imaginar una mente estresada. Se quita el casco, se revuelve el pelo negro y suspira hondo sin bajarse de la motocicleta.

—Ya lo entiendo —musito chistosa desde debajo de mi casco cerrado—, te has perdido.

—No, sólo quería bajar aquí un rato y oxigenarme. Si fumase, habría salido a la calle con la excusa de un pitillo, pero ya no fumo.

Se apea de la moto con agilidad, sus

dedos buscan mi cuello y el cierre del casco. Me lo quita echándolo con suavidad hacia atrás y la brisa nocturna agita mi melena de color miel. Álex sonríe de medio lado sin dejar de contemplarme; empieza a ser irresistible. Me ofrece la mano y desciendo yo también de la moto, sintiéndome princesa por un nanosegundo.

—Oxigenarte —repito, fingiendo refunfuñar—. ¿Tan agobiante es mi compañía?

Él suelta una alegre carcajada que reverbera por el aire.

—No, por Dios, claro que no. Eres

la compañera más adorable que podría pedir, sólo quería compartir contigo este momento especial.

Deja de mirarme y sus increíbles ojos verdes se pierden en la línea invisible del horizonte.

—No eres el único que acude al mar ciertas noches —murmuro pasado un rato.

Caminamos hacia el murete y nos sentamos con los pies colgando hacia fuera. Álex coloca su casco a la derecha y yo el mío entre ambos. Lleva un casco de chica en la moto; ¿tiene dueña o es de él, siempre listo para el ligue fácil? Analizar eso no me hace demasiada

gracia. Sigo mirando el horizonte, desdibujado y lejano. Entrecierro los párpados y me dejo arrullar por el sonido de las olas.

—Es tan relajante...

—Tenemos la inmensa suerte de vivir en este paraíso —comenta—. Al terminar la carrera, me ofrecieron trabajo en Madrid. Bastante interesante, un estudio pionero en el aprovechamiento de espacios difíciles, que empiezan a hacer historia con diseños casi galácticos. Se han convertido en la firma de moda entre las *celebrities*, actores y ricachones varios.

—Suenan atrayente —coincido.

—Una gran oportunidad a nivel profesional, no te lo niego. Pero la idea de mudarme no me seducía en absoluto.

—La capital tiene muchas cosas buenas: ambiente, movida cultural, miles de chicas guapas...

—¿Y qué hago yo con una chica guapa?

Se vuelve para preguntármelo y fija en mí una pícara mirada. Me pongo tan nerviosa que jadeo. Se me seca la garganta, trago saliva. Mejor tomármelo a broma.

—A mí me vas a preguntar...

Empieza a acercarse demasiado. Pierdo la perspectiva de sus ojos de

esmeralda para centrarla en su boca grande, mullida y húmeda. Cuesta ponerse a salvo de una misma, de esos estúpidos momentos fugaces en los que el cuerpo reacciona como un resorte irrazonable, para bien o para mal. No sé decir qué me empuja a dar un respingo, a alejarme de la turbadora proximidad de unos labios tan deseables como los de Álex y me priva del placer de un beso. Su beso.

Para rematar la faena, suelto un ofendido:

—¿Qué haces?

Está muy oscuro, no podría jurarlo, pero creo que se sonroja. Los dos lo

hacemos y nos quedamos tensos como dos adolescentes pillados en falta, sin saber qué paso dar a continuación. Besarlo es algo que no se me ha pasado por la cabeza. Revolcarme con él entre sábanas, sí. Sentir cómo me penetra en un acceso desenfrenado de locura, también. Empujar contra mis caderas hasta que me corra a gritos. Pero algo tan dulce, íntimo y real como un beso había quedado fuera de mis cálculos. Quizá porque las demás opciones flotan a la deriva en la dimensión de lo inaccesible y nuestras bocas, por contra, se hallan a pocos centímetros de distancia.

Quizá esté irritada por el detalle del segundo casco en la moto, un casco femenino... Enredarme en fantasías de nuevo me da pavor, poner mi corazón, mis puntos flacos al alcance de cualquiera, me altera. Si consigues atrincherarte tras un escudo lo bastante sólido y seguro como para que la mentira de que «no volverán a herirte» parezca verosímil, es complicado asomar la nariz de nuevo a la superficie. Y yo estoy, precisamente, en ese punto sin retorno en el que todo es confusión.

—Perdona. —La voz de seda de Álex me obliga a aterrizar—. Ha sido un impulso.

Aporto normalidad a la situación con una sonrisa de las más anchas de mi repertorio.

—No pasa nada.

—No quiero que te hagas una idea equivocada de mí —añade.

Me da la risa, claro.

—¿Eso no debería ser yo la que lo dijera? Poniendo soniquete de damisela decimonónica remilgada y repipi.

—Eres tan...

—¿Tan?

—Natural —aclara.

—¡Ah! Me habías asustado. —Me llevo melodramática una mano al corazón.

Álex me la atrapa, esa mano chivata que amortigua el furioso palpitar bajo mi esternón, y se la lleva a los labios. Roza apenas mis nudillos, pero la caricia, aterciopelada y húmeda, es como un calambrazo que me sacude entera. La guinda para el pastel de mi bochorno es esa sonrisa tímida con la que por segunda vez se disculpa.

—En serio, perdóname. A veces me dejo arrastrar por lo que más odio.

Lo miro interrogante. El ácido comentario consigue atraer mi atención.

—Parecer lo que creen que soy, un tipo sin corazón, incapaz de sentir nada serio, un picaflor que revolotea de una

mujer a otra sin comprometerse.

—Y no eres así —afirmo aun sin saber.

Líbreme el cielo de preguntar. Acabo de recuperar mi mano, aún candente tras su beso. El mar nos mece con su ritmo somnoliento. Todo es demasiado perfecto como para romperlo en pedazos con una pregunta inconveniente.

—No, no lo soy, soy un hombre normal, con sueños y esperanzas, como cualquier otro.

—Algo como un planteamiento de vida clásico; ¿casarte, tener hijos y todo eso?

—No sé si llego a tanto. Al menos, de momento es demasiado pronto.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y dos.

Ahora sí que nos estamos conociendo. Ahora sí lo besaría. Mierda, qué rarita soy.

Gira hacia mí su cuerpo glorioso y separa las piernas. Me atraganto. No quiero mirarle el paquete, no quiero, no quiero...

—Tienes suerte de ser un tío — bromeo acalorada—. Si fueras mujer, ya te estarían amenazando con el arroz que se pasa, el reloj biológico y otras quinientas mil coñas marineras.

—No he dicho que no vaya a hacerlo, en su momento. Y sobre todo, cuando llegue.

—¿El momento?

—Ella.

El modo en que me mira, la manera felina en que esas cuatro letras se combinan bailando con su lengua y con sus labios para formar una palabra, me nublan la vista. Hay sexo palpitando en el pronombre y esa mirada suya, fogosa y verde, me deja por completo desnuda, a su merced. Me revuelvo nerviosa y bajo los pies hasta apoyarlos en el suelo.

—Deberíamos ir pensando en

marcharnos.

La luna, redonda y chata, cuelga del cielo y al tiempo se refleja en el mar. Doble círculo, dos lunas para Sofía, dos lunas para un momento irrepetible.

Álex se pone firme de un brinco.

—Claro que sí. Te he retenido demasiado tiempo.

—Oye, que he estado encantada, buena conversación y el mar. Soy una chica simplona, de gustos sencillos. Pero me pregunto qué se habrá figurado Ximena.

—O Patricia —añade con un retintín malicioso.

Me encojo de hombros.

—Para ser sincera, de la opinión de Patricia puedo prescindir. Esta noche me ha dejado bien claro lo que mi amistad significa para ella si se trata de salirse con la suya.

—*Touché.* Cosas de mujeres. Vosotras os entendéis.

—Eso es lo peor, que no nos entendemos. —Giro el cuello y miro por última vez la doble luna—. Adiós, Mediterráneo. Ha sido un fabuloso regalo.

Nos dirigimos a la motocicleta en silencio. Me alarga el casco y esta vez permite que me lo abroche sola, como si la confianza que antes había propiciado

el acercamiento se hubiese enfriado. Puede que esté castigándome. Eso también.

—Sofía.

—Dime.

—Tengo que salir de viaje durante algo menos de una semana. Es un asunto de trabajo, un hotel de diseño en Valencia del que me estoy ocupando.

—Qué bien —digo casi sin expresión. ¿Para qué me cuenta a mí estas cosas?

—Tengo pensado celebrar una pequeña fiesta en casa cuando regrese.

—Ladea la cabeza, sus ojos recorren mi cara—. Quiero que asistas. Puedes traer

a Ximena si te apetece —se apresura a agregar cuando ve que vacilo.

Sonrío y asiento decidida, mientras entre mis dedos ansiosos suena el clic del cierre del casco.

—Cuenta con nosotras. Te haremos los honores con sumo gusto.

#MeMarchoParaRecord

Álex

Soy un cretino. Un absoluto y completo gilipollas. No debería haber tratado de besarla a las primeras de cambio como tengo por costumbre, ni intimidarla, porque sólo he logrado que se aleje. Cuántas veces tendré que repetirme que ella no es como las demás, no la siento igual. Ahora, gracias a mi torpeza, existe

entre ambos un muro, una barrera, que nada más yo, en mi inmensa estupidez, he creado.

Era irresistible, tenía que haber estado muerto para no intentarlo al menos. Tan salvajemente bella bajo la luz de la luna, tan íntimo el momento, en una escena sólo nuestra. ¿Por qué no? Podría haber funcionado y entonces habría probado qué es morder esos labios de fresa jugosa que parecían llamarme. Húmedos y entreabiertos. Tentadores. No ha funcionado y ahora me encuentro peor que antes, deslumbrado pero perdido. Terriblemente confuso. Si pudiera pedir un deseo, sería ir por la noche a su casa y hundir la nariz en las sábanas que la arropan. Robarle su aroma de hada y guardarlo donde nadie pueda obligarme a compartirlo.

Rezo para que estos días que voy a estar fuera piense un poco en mí. Algún minuto distraído de su jornada podría dedicármelo en silencio, sin siquiera ser consciente de que lo hace.

Yo pensaré en ella y en sus ojos de plata a todas horas.

Sofía

Dospasos es un club por completo desierto. Cuando llegamos a la puerta del bar de donde hemos huido como vulgares ladrones, nos encontramos con eso, con la puerta. Es evidente que nuestros amigos nos han tomado por prófugos y se han largado, abandonándonos a nuestra suerte. Miro el reloj: cuatro menos cuarto de la madrugada. Genial, las horas han volado. Contengo la risa imaginando los bufidos de Patricia al ver que no regresamos. La última en llegar, o sea yo, se larga con el guapo de la fiesta, o

sea Álex. Esto traerá cola, como si lo viera.

No nos bajamos de la moto, para qué; Álex me comenta que volvemos al centro, frente al pub donde mi pobre y desvencijada Vespa rosa espera más sola que la una, y yo me acurruco, sin que se note y sin usar las manos, contra su ancha espalda que me protege de la fría brisa de la madrugada. Entrecierro los ojos y me dejo llevar, somnolienta y por un instante irracionalmente feliz.

Feliz por nada.

Casi me da vergüenza que el

propietario de una rutilante Harley repare en mi achacosa *Martita*. Sergio grabó a fuego en mi mente que es un cacharro horroroso e indigno, que cuanto menos exhiba mucho mejor. Sin embargo, cuando Álex frena su moto, desconecta el motor y me ayuda a bajarme y a quitarme el casco, su reacción está, para mi sorpresa, llena de simpatía y hasta de ternura.

—¿Ésa es tu Vespa? Parece un chicle, qué monada.

—Es vieja como ella sola, ya la compré de segunda mano —contesto abochornada.

Álex le da la vuelta a mi amarga

frase.

—Es un clásico, no te deshagas nunca de ella.

Tuerzo el cuello y le lanzo a mi moto una mirada mucho más benévola. *Martita*, pieza de museo.

—Visto así... A la biblioteca me lleva y me trae sin rechistar, y le he dado buena vida.

—Deberías conformarte —me regaña.

—No, si no me quejo. No es que esté pensando en cambiarla, hay otras muchas cosas antes.

Álex saca una tarjeta del bolsillo interior de su cazadora. Acaba de

quitarse el casco y el pelo abundante, negro y revuelto, le da un toque canalla a lo Jon Kortajarena absolutamente alucinante. Contengo el aliento hasta que me tiende una cartulina gruesa de buena calidad, impresa en vertical, con un diseño modernista y sobrio que me llena de envidia.

—Ahí tienes mi dirección —indica —, la de mi casa, no sólo la de correo.

—¿Le dices a todo el mundo dónde vives? Deberías ser un poquito más cuidadoso.

—No, claro que no. —Su mano de largos dedos vuelve a desaparecer y saca otra tarjeta similar a la que

sostengo, pero con los colores invertidos—. Ésta es mi tarjeta profesional, dirección del estudio, teléfonos y correo electrónico. La que te he dado es personal.

Joder, hace que me sienta especial e importante; una simple tarjeta, mira que soy boba. Se aproxima a mi cuello y cuchichea, provocando un maremoto de vellos de punta:

—Sólo para personas especiales, no se lo digas a nadie.

—Ve tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo —le aseguro muy concentrada.

—Es para la fiesta —me recuerda

con calma—, no te olvides. Te guardaré un matasuegras.

Asiento moviendo la cabeza. De repente me urge marcharme y la prisa y la excitación se entremezclan sin orden ni concierto.

—La semana próxima —insiste.

—La semana próxima —repito como una autómata. Doy tres pasos de espaldas. Espero no tropezar.

—¿Me das tu número de móvil para poder avisarte? Si te olvidas...

Oh, claro, el número de mi... tel... móvil... A fin de cuentas, yo ya tengo el suyo, sería lo justo. Lo miro a través de las pestañas. Álex es demasiado para

mí, demasiado para cualquiera. Pero justo yo soy la que se ha pegado el batacazo del siglo después de tres años de lo que consideraba amor fiable hace tan sólo ocho días y no me veo, por más imaginación que le eche, intercambiando números de teléfono con el primer chico que se cruza en mi carril de bicicletas. Aunque el espécimen en cuestión quite el hipo y a ratos me quemé las bragas.

Se lo doy, claro, cómo no. Se lo silabeo esperando que lo pierda o que regrese tan agotado de su viaje de negocios que se olvide de llamarme. Luego nos despedimos con torpeza y dos castos besos en las mejillas. Me retiro

hasta mi Vespa con su mirada en la nuca o en el trasero, cualquiera sabe, y me pongo el casco, aliviada por quedar de algún modo protegida de su intensidad. Arranco a *Martita*, nos decimos adiós con un gesto de la mano y apretamos los aceleradores.

Cada cual en su dirección.

Suelo ser muy sincera, mal que me pese, por eso no diré que pensé mucho en Álex, porque mentiría. Estrambótica que es una, ¿eh? Un tío rabiosamente guapo, que había intentado robarme un beso en la bocana del puerto. Tiene su

gracia, pero ahí queda la cosa. Ahí quiero yo que se quede, estando como estoy hasta arriba de apuntes y de documentación que pasar a limpio para mi tesis. Cada vez falta menos para el día X, el momento de enfrentarme a la verdad, a su lectura, a mi doctorado y al agotamiento de mis pretextos. Tendré que dejar de menear el culo dando clases de aeróbic, despedirme del gimnasio como no sea en plan clienta, y buscarme una ocupación seria como psicóloga clínica. Qué pereza, con lo bien que se me da el «1,2,3, 1,2,3».

Me digo que no necesito un mujeriego empedernido correteando

desnudo por mi vida. Uff... sin comentarios. Paso la tarde en la biblioteca, revisando manuales hasta suplicar que me arranquen los ojos. Estoy harta, exhausta y loca por tomarme un té con canela y galletas de mantequilla. Le envío un mensaje a Ximena proponiéndole merendar juntas.

He quedado con mi madre en su casa. Vete para allá, se alegrará mucho de verte.

Respondo:

No quiero molestar. Tendréis cosas de que hablar.

Oh, sí, no me jodas: la posología de las pastillas y

sobre cuánto le aguanta la vejiga sin reventar. Anda, no seas egoísta y échame una mano con la hipocondría; pregunta mucho por ti.

De acuerdo, allí nos vemos.

Ximena Dunne y yo nos conocemos desde el colegio y es lo más parecido a una hermana que he tenido nunca, ya que mi hermano es un machote que, aparte de vivir en Dubái, me repudia todos los días del año menos en Navidad, lo que me deja sola y única como la Estatua de la Libertad.

De ella me gusta su frescura, que no tenga pelos en la lengua. Ximena no se corta, siempre va de frente, lo cual es un

lujo cuando quieres que alguien se atreva a contarte lo que no deseas escuchar. Puede que no sea tan transparente ni tan cándida como yo, pero es bastante más sensata. Ella sí que es demasiado queso para cualquier pan, no yo, pobre de mí. Por eso no tiene demasiada suerte con las relaciones amorosas.

Se empeña en disfrazarse de tipa dura, de las que usan a los tíos una noche y les dan pasaporte. Quiere hacerme creer que no sufre y que no los necesita, pero en el fondo, como casi todo ser humano en el planeta, Ximena, mi queridísima amiga, busca un alma

gemela con la que emparejarse, alguien que la valore y la ame con desesperación sin pretender cambiarla.

No me gusta ni mijita el chuleta ese de su oficina con el que queda cada vez más a menudo. Si le pregunto, pone pose y me jura por sus ancestros que sólo es un desahogo: «Voy a aliviarme un rato, mejor eso que tocarme el chichi». Pero el escape se convierte en ansiosa necesidad y dudo que yo sea la única que se da cuenta. Además, al tipo le van más bien los trabucos, me juego el sueldo. Por eso acepto ir a casa de su madre, porque lo que seguramente Ximena no me cuenta es que por culpa

del tal Martos y sus técnicas «aliviatorias», llegará un poco tarde.

Encuentro a Margarita cocinando un pastel, loca de felicidad por la visita y en apariencia del todo normal. Abre la puerta y los brazos casi al mismo tiempo y me estrecha como si fuese otra hija más. Es que nos conocemos desde ya ni se sabe, aunque algunas veces se olvide de mi nombre o haya días en que me confunde con la portera.

—Pasa, chiquilla, pasa. —Me acaricia el pelo y un mechón queda enredado a propósito entre sus dedos—. Lo cara que te vendes, Sofía, mi *arma*. Qué guapa estás, qué largo llevas el

pelo y qué liso. Me encanta.

Me suelta y la sigo a la cocina. El aroma del bizcocho al limón en el horno es el jefe de la casa y lo será por muchas horas, más eficaz que el ambientador más caro. Aspiro con fuerza.

—¡Qué bien huele, por Dios!

—Anda, que no te gustan a ti los pasteles. Sigues tan golosa como cuando eras chica.

Me tapo la boca con la mano, acordándome de cuando me regalaba bolsas de chucherías a espaldas de mi padre dentista.

—Lo mismo, Margarita, lo mismo.

Aunque ya debo privarme por aquello del culo panadero.

Los ojos se le salen de las órbitas midiendo mi trasero embutido en unos pitillos negros. No vale, éstos me quedan bien, muy bien, diría yo. Unas AllStar rojas y una camisa vaquera con sudadera oscura estampada es mi uniforme. Total, para encerrarme a estudiar.

—¡Santo Cristo! —exclama—. ¿Vas a ofender al Señor diciendo semejante patochada? Mi Ximena igual. Puede que a ella sí le sobren unos kilitos.

¿Quién dijo que las madres son justas y te adoran por encima de todas

las cosas?

—Ximena tiene un cuerpo espectacular, unas curvas de infarto y unas caderas redondas como manzanas. Ni se te ocurra acomplejarla. —Tomo asiento frente a la mesa camilla vestida de color café con leche.

—Ni que me hiciera caso —bufa ella—. Si algo tiene mi hija son las ideas muy claras. Lo que su madre pueda aconsejarle, por un oído le entra y por el otro le sale.

—Eso está bien —defiendo a mi amiga con fervor—, saber lo que se quiere e ir a por ello.

—No digo que esté mal, pero a

veces tantos ovarios espantan a la clientela. ¿Té o café?

Uff, ya se le ha olvidado que el café me provoca arcadas. Sobre todo dulce. Pero se acuerda con meridiana claridad de todo lo demás. Olé.

—Té con canela si tienes.

Margarita trastea en unos armarios, deja la canela en rama y la caja de té sobre la encimera y coge el cacillo donde hierve el agua, que llena bajo el grifo del filtro. Todos sus movimientos están perfectamente coordinados y no existen vacilaciones. Hoy se encuentra mejor que nunca.

—Saca tres tazas, anda —dice,

señalando un mueble a mi espalda—. La reina de Roma no tardará en asomar.

Hago lo que me pide, coloco cucharitas en los platos, el azucarero en el centro de la mesa y me vuelvo a sentar, sobre todo para no estorbar en el escaso espacio compartido. En cuanto pone el cazo en el fuego, Margarita se acomoda a mi lado.

—¿Y sabes si sale con alguien?

—¿Quién, Ximena?

—La misma que viste y calza, que no me cuenta *ná*, la puñetera.

—Bueno, ya sabes, entra y sale, tiene amigos pero no se casa con nadie.

Mi «casi madre» postiza aprieta los

labios.

—Veo que tú tampoco sueltas prenda, bandida; qué bien aleccionada te tiene. En fin, tú tómate lo tuyo con tranquilidad, que después del chasco con Sergio... pies de plomo.

Me extraña que esté tan al día. Si algo no tiene Ximena es amor por el cotilleo.

—¿Te lo ha contado tu hija?

—*Naaaaa*, la vecina, Patricia, que por lo visto te conoce.

Asiento despacio.

—Me conoce y está informada al detalle acerca de mis desgracias — farfullo.

—Ayer mismo estuvo aquí y te puso como hoja de perejil.

#BizcochoCaliente

La sigo con una mirada de agonía cuando se levanta porque el agua hierve. Con toda parsimonia, vierte el líquido, que le roba el color a la canela en las tazas, y el sabroso olor me desata las ganas de beber. Aunque me achicharre la

lengua.

—Al bizcocho le queda un ratito para enfriarse —anuncia alegre—. Cómete unas galletas.

—Déjalo, Margarita, prefiero esperar. —Trato de domeñar mi impaciencia—. Cuenta, ¿qué dijo Patricia?

—Mamá, ¿ya le estás poniendo la cabeza loca con tus cotorreos?

Ximena acaba de irrumpir en la cocinita con su vestido años sesenta con estampado de perritos y sus tacones. Parece recién salida de un capítulo de *Mad Men*. Deposita un beso en la sien de su madre y a mí me toca recibirlo en

la coronilla.

—Deja a la chica, más vale que sepa.

—Eso —la animo yo—, deja que me cuente, que si no, no salgo de crédula.

—No adelantéis mucho el chisme, que me vengo meando. —Desaparece pasillo adelante.

Margarita desmolda el bizcocho dorado sobre un plato. Huele tan rico que babeo.

—A mí la Patri no me la da con queso. Vale que entra de vez en cuando y me hace compañía, pero sólo por saber de la vida y milagros de mi hija, y porque a sus años está todavía más sola

que yo. Es una rabina de órdago con tripas por estrenar, lo que yo te diga.

Aparece Ximena alisándose la falda.

—No reniegues, mamá, que buen avío te hace cuando baja por las medicinas.

—Un favor de higos a peras no la convierte en buena —sentencia la sabia mujer.

Estoy completamente de acuerdo. Cabeceo como un tentetieso.

—Venga —exploto sin poderme contener—, dime ya qué soltó por esa boquita de piñón.

—Pues está muy cabreada porque la otra noche te largaste con Álex —se

adelanta Ximena con un resumen ultracomprimido que me sabe a poco.

—Eso es un modo fino de exponerlo —matiza su madre—; te puso como un trapo.

—¿Qué le pasa? ¿Ella quería rollo con Álex?

—Se ve que ha puesto los ojos en el chico —apunta Margarita, cortando el bizcocho con un cuchillo jamonero.

—Será... Pero si tiene novio —gruñe Ximena.

Yo abro la boca y formo con ella un círculo perfecto.

—¿Lo tiene?

—Algo hay, lo que ignoro es el

grado de seriedad.

—Aquí siempre viene contando batallitas y fantasías y al Álex ese me lo viene nombrando desde hace tiempo.

Pues la hemos hecho buena. Pasar no pasó nada, pero a saber Patricia y su calenturienta imaginación.

—A ésa le voy a decir yo cuatro cosas —dice Ximena, abalanzándose sobre el bizcocho.

Su madre le da una palmada en la mano.

—No lo comas caliente, que luego te duele la barriga.

—Anda, *má*, ni que tuviera tres años —dice ella riendo y cortando un pedazo

que es casi una cuarta parte del bizcocho. Me mira—: ¿Quieres?

—Paso. Y no te metas en los mundos de Yupi de Patricia.

—¿Por qué no? No me da la gana que ponga a mi amiga a bajar de un burro, encima sin motivo. No tiene derecho.

—Sin motivo, sin motivo... —la corrijo, porque un ramalazo de mala conciencia me visita.

—Te largaste con él, ¿verdad? —me aprieta Margarita con una cara de viciosilla interesada que me hace mucha gracia.

—Irme me fui, pero no pasó nada de

nada.

Ximena me saca la lengua.

—Eso cuéntaselo a otra más pardilla que yo. —El bizcocho desaparece entero entre sus dientes.

—Hablamos y punto —aclaro con intención.

Ella pone los ojos en blanco.

—Qué antiguos.

Margarita se levanta de su silla.

—Recoged vosotras, que a mí me tocan las pastillas y el jarabe. Si se me olvida, luego empalmo con los supositorios y los comprimidos para la tensión.

—Lo que te gustan las farmacias,

mamá.

—No me gustan, es que tengo muchos achaques y tú no los quieres ver porque no te da la gana. Verás el día que entres por esa puerta y me encuentres tiesa como la mojama.

—Jolines, Margarita, qué funesta — digo carcajeándome para quitarle hierro al asunto.

La madre de mi amiga renquea corredor adelante y Ximena se sienta a la mesa con el plato del bizcocho y el supercuchillo, con el que corta lonchas como colchones hinchables. Se sirve otra, gruesa y esponjosa.

—Tú sigue comiendo eso caliente y

va a tener razón tu madre, verás el dolor de tripa.

—Que no, mujer, que así es como está bueno; en cuanto se enfría ya no me gusta. Y de Álex ¿qué sabes?

Agacho la cabeza, algo avergonzada por no habérselo contado antes.

—Ya ha vuelto de Valencia y esta noche es la fiesta.

Los ojos de Ximena sueltan dos destellos casi eléctricos.

—¡No me jodas! ¿Y qué haces que no te estás poniendo bella?

—No voy a ir.

—Ya me explicarás el motivo — exige, con un talante que vaticina

dificultades.

—Porque me da corte. No conozco a nadie, no son mis amigos.

—Me conoces a mí —me interrumpe—, que pienso ir de escopetilla.

Levanto una mano y se la planto delante de la cara. Significa «Alto».

—No te embales. Ni siquiera lo conozco a él.

Ximena me mira con lástima.

—Chiqui, es una simple fiesta, no el anuncio de tu compromiso. ¿Por qué te empeñas en hacerlo todo taaan difícil?

—No sé si me conviene... ir.

—Pues claro que te conviene. Álex está para chuparse los dedos y te ha

invitado. Tiene un par de amigos interesantes y uno en particular que me podría ayudar a quitarme la jodida espina llamada Martos.

La novedad cambia radicalmente mi negra perspectiva en cuanto a la noche.

—¿En serio? ¿Cuál? ¿Cuál de ellos? ¿Víctor?

Pone cara de asco terminal. Exagerada.

—Víctor es un vainas que quiere engatusar a Patricia. No, el otro. Antonio.

Lo recuerdo bien. El chico de pelo castaño ondulado e inquietantes ojos oscuros. Me alegro por ella. Me alegro

de todo lo que la aleje del tormentoso y engreído Martos.

—De acuerdo, iremos. —Me levanto y dejo las tazas en el fregadero.

—¿Qué te vas a poner? —Se sirve otro pedazo de bizcocho.

Le dirijo una mirada de reproche que ella se pasa por el forro del tutú.

—No lo sé, lo veré cuando llegue a casa. Tengo cinco trapos mal contados, necesito ir de compras con urgencia.

Ximena se mete dos dedos en la boca y simula vomitar.

—¿Ya te está sentando mal el puñetero dulce caliente?

—No, es la idea de ir de *shopping*.

Me horroriza. Ya sé, ya sé que debo de ser la única mujer sobre la faz de la Tierra que cambiaría una tarde de compras por una buena partida de póquer.

Esa tarde, Álex me había escrito. Un recordatorio cordial y muy amable de su fiesta, animándome a asistir, sola o acompañada:

En cualquiera de los dos formatos serás más que bienvenida, concluía.

Y yo, contando con el apoyo de la incombustible Ximena y sin tiempo para

ir de tiendas, tengo que ingeniármelas con lo disponible para componer un modelito resultón. Reviso el estado y color de mis piernas. Los días empiezan a ofrecer cortas jornadas de playa, a fin de acumular ese precioso color dorado del bronceado marítimo. Sin embargo, todo mi cuerpo es una pálida aspirina con cara de ratita de biblioteca. Bufo harta, deseosa de poner punto final al pestiño de la tesis de una vez por todas. Ni siquiera tengo claro a qué quiero dedicarme después.

Pienso en Sergio, el traidor. Mientras duró lo nuestro, los pasos parecían marcados de antemano, no eran

cuestionables. Se trataba de llegar lo más lejos posible en la dirección elegida, y tras la licenciatura estaba el doctorado. ¿O era un maquiavélico modo de demorar lo inevitable? La boda. Con el escollo de mis estudios de posgrado, el compromiso con Sergio quedaba de inmediato bloqueado en el tiempo y el espacio. No dudé al decidir que los haría. Sin embargo, ahora ya no lo tengo tan claro.

¿Camisa? ¿Rojo? Las dos cosas. Tejido sedoso discretamente brillante, mangas arremangadas, mis sempiternos pitillos negros (algún día tendrán que arrancármelos con agua hirviendo,

pegados a la piel) y taconazos. El pelo limpio y suelto y unos pendientes de filigrana imitando a los antiguos, que concentran la atención de todas las miradas. Remato con un bolso-cartera dorado envejecido, a juego con la joyería. Labios rojos. Temperamento de fuego. Ganas. Muchas ganas de revivir y divertirme. ¿Por qué no? Fiesta, Álex, allá vamos.

Esta vez me recoge Ximena, escarmentada por mi última desaparición. La noto desencajada y algo pálida con su sofisticado mono

negro de una sola manga.

—¿Te pasa algo?

—Al final tendrá razón mi madre con la masa caliente. Me están matando los retortijones.

—Oye, no tenemos que ir si no te encuentras bien —contesto—. Nos quedamos en casa y te preparo una manzanilla con limón...

—Pero ¿qué dices, loca? Vas a ir a esa fiesta y vas a rematar lo que quiera que empezaste con ese pedazo de maromo impresionante. Vas a joder a Patricia la agoniosa y a hundir en la miseria al cretino de tu ex.

Arranca el motor de su coche y se

incorpora al tráfico fluido del sábado noche.

Yo no sé cómo decirlo.

—No es que no suene a plan apetecible, pero no hay nada con Álex, ni empezado ni por empezar.

—Te ha invitado a su casa —razona Ximena con calma.

—Como amiga —puntualizo.

—Así se empieza. No desbarates las cosas antes de tiempo.

Se oye un rugido inhumano y Ximena se lleva la mano libre al vientre con una mueca de intenso dolor.

—Joder...

—Oye, insisto. Que si no te

encuentras bien...

—A callar. Pon la radio. ¿Te sabes la dirección?

—Paseo del Limonar —respondo de mala gana.

Ximena silba alto y claro.

—Ricachoncete, ¿no?

—Por lo visto es arquitecto en activo.

—Debería estar prohibido que un solo ser humano concentre tantas virtudes. No se puede estar como un tren, ser inteligente, simpático y además tener pasta. Todo al mismo tiempo. Da mucho asco.

—El mundo está muy mal repartido

—comento lacónica.

—¿Estará Antonio?

—Seguramente; Álex y él son muy colegas.

Ximena sonríe y en la oscuridad amortiguada del coche, sus dientes relucen blancos y bien alineados.

—La noche promete. Si no fuera por este jodido dolor de barriga...

Álex vive en el ático de un precioso edificio rodeado de jardines privados, en una zona exclusiva. Al pulsar el botón del telefonillo y responder, nos asalta una marabunta de música y voces

entremezcladas. Debe de haber mucha gente y parece que se lo están pasando en grande. Claro, qué estúpida soy; es una fiesta, no un funeral, y si en algún absurdo segundo he dudado de la popularidad y capacidad de convocatoria de ese gigantón con rostro de ángel, es que estoy chiflada.

Subimos en el lujoso ascensor y nos miramos nerviosas tras apretar el timbre. Espero que sea Álex quien nos abra, de repente me muero de ganas de verlo, pero no. El anfitrión debe de andar muy ocupado, asegurándose de que los invitados estén bien atendidos, y con lo que nos encontramos es con la

lujuriosa mirada de Víctor dándonos un repaso de ven aquí y no te menees.

—Vaya, vaya, vaya. —Y el tono de su voz lo dice todo, ya que él apenas dice nada.

—¿Se puede? —Ximena no sólo rompe el hielo, sino que además le plantifica dos besos y le da un empujoncito para abrirse paso.

Entre la cara de estupefacción de él y el paso firme y resuelto de ella, me siento como si allanase una morada ajena.

Víctor me retiene un poco más de la cuenta, con la mano apoyada en mi cintura en un peligroso descenso hacia

mi culo. Su beso de bienvenida es largo y pegajoso y logro zafarme justo cuando va a pellizcarme el trasero.

—¡Menuda animación! —exclama Ximena unos pasos por delante.

Corro a reunirme con ella. No conozco a nadie y es su aplastante seguridad la que me protege.

El apartamento es una maravilla de muchos metros cuadrados. Un par de paredes forradas con lajas de pizarra, ante las que destacan finas estatuas tailandesas de piedra clara. El mobiliario justo, mucho cuero, una chimenea de gas con piedrecitas en la base y un montón de arte abstracto

colgado de las paredes. Enormes cristalerías separan el salón de la terraza, donde se agolpa gran parte de la masa festivalera.

Hay que tener valor para traer a tu espléndido hogar a toda esa gente, que en menos de una hora estarán borrachos, despendolados y se convertirán en potenciales destrozadores de cosas frágiles. Álex, sin embargo, parece de lo más calmado.

#GenteGuapa

Lo veo cerca de la frontera de cristal del salón, semiapoyado en el respaldo del sofá de cuero de color café, charlando con una pareja, un vaso lánguidamente sujeto en su mano, más atractivo que nunca. Serán los días que me han pasado

por encima sin verlo, pero sus ojos penetran más, su mandíbula es más cuadrada y su porte más formidable. Lleva una simple camisa azul con las mangas remangadas hasta debajo del codo, unos vaqueros oscuros y, sobre el suave vello de su pecho, en el triángulo que revelan los pocos botones abiertos de la camisa, brilla una pequeña cruz de oro.

Me palpita de éxtasis la entrepierna.

Enseguida nos descubre, se despide de la pareja y nos aborda a Ximena y a mí con los brazos abiertos.

—Me alegro de que os hayáis decidido a venir.

Ximena desfigura su bonita cara con una mueca sin precedentes.

—Lo dirás por ella; no creo que te importase un rábano verme o no a mí aparecer por aquí.

Es tan franca y tan hiriente que cualquier otro hombre habría quedado fuera de juego, pero claro, Álex no es cualquier hombre. Se inclina sobre ella, le retira el pelo que le estorba y le susurra al oído:

—Puede que alguien llamado Antonio sí dé saltos de auténtica alegría. Creo que anda aburrido y a la espera por la terraza.

Ximena da un brinco.

—Oído cocina —canturrea, antes de salir corriendo.

Al acabar de reírme, noto la punzante mirada de Álex fija en mi rostro y el nervioso burbujeo que su atención provoca en mi cuerpo.

—Mil gracias por venir, estás preciosa. ¿Qué bebes?

—Un gin-tonic estará bien.

—¿De vodka?

Sonrío al darme cuenta de que recuerda detalles nimios pero vitales.

—Veo que empiezas fuerte —añade él.

—Si está mal visto, me conformo con un Cola Cao calentito.

—Eso mejor guardarlo para el desayuno.

Tiene un modo de susurrarlo tan erótico, que la simple idea de compartir con él el comienzo de un día me descompone. Debe de ser que, desde que lo conocí, vivo en un estado de permanente excitación... o que soy una calentorra de cuidado que debería medicarse con bromuro.

—Espero que añadirle zumo de limón natural rebaje la pena de mi terrible crimen, señor inspector —
cuchicheo con innegable actitud provocadora.

Veo la punta de la lengua de Álex

asomar por la comisura de su boca y pierdo comba de inmediato. Él me ofrece el brazo con actitud caballerosa y me sonrío de un modo capaz de derretir el Polo Norte.

—No le diremos a nadie que eres una infame borrachina devoradora de vodka ruso. —Me guiña un ojo.

—Se lo agradezco, señor. —Ensayo una caída de pestañas sumisa y de lo más efectiva.

¡Qué tensión sexual sin resolver, por Dios! Me guía hasta la cocina, incorporada al fondo de la sala como parte del comedor. No estamos solos, desde luego; el espacio abierto da

cabida a todo el que se le antoje dar una vuelta por allí mostrando sus modelitos elegantes, atufando el ambiente con sus deliciosos perfumes, alardeando de conversación interesante con sus copas en alto... presumiendo, al fin y al cabo. Pero cuando Álex abre la nevera, se inclina, regalándome una indescriptible panorámica de su firme trasero, agarra un par de olorosos limones y se entretiene en cortarlos sobre la encimera con movimientos lentos, hombro con hombro, todo el bullicio a nuestro alrededor parece esfumarse como por encanto. Solos. Él y yo por una micra de segundo.

¿Lo deseo? ¿Es el impulso lógico hacia un físico increíble o algo más? No. Es demasiado pronto. Nadie, ni siquiera yo, puede plantar flores en una tierra aún plagada de malas hierbas. Aun así, el calor que emana de su cuerpo y las enigmáticas sonrisas que intercambiamos mientras exprimimos los limones en una jarrita, son un soplo de optimismo en un camino oscuro como boca de lobo. Me he empeñado en ayudar, por lo que nos repartimos los cítricos y, al terminar, tenemos las manos empapadas. Sin apartar un solo instante sus ojos de los míos, Álex coge un trapo de cocina, sujeta mis manos

entre las suyas y, con cuidado, me las seca. Boqueo agitada.

—¡Álex! ¡Álex! ¿Tienes un segundo?

Tenía que pasar tarde o temprano.

Aquí hay muchas mujeres y no han venido por el whisky. Todas están pendientes de él y de sus indeseadas compañías femeninas. En este momento, yo soy el difuso foco de atención de más de una, y en cuanto su estela me abandona, inconscientemente me encojo, porque la llamada parece sacarlo del trance en que lo había sumido nuestra burbuja de intimidad. Me suelta las manos, se deshace del trapo mojado y se disculpa con brevedad:

—Enseguida vengo.

Lo sustituye un Víctor muy interesado en hacerme de barman y prepararme un gin-tonic bien cargadito.

—Hola, soy Silvia. —Una chica rubia, preciosa, se acerca a nosotros con los andares de una reina—. ¿Y tú eres...?

—Sofía.

Me pregunto si será la novia de Alex o la propietaria del ático. Rezuma poderío por todos sus poros y sus voluminosos y turgentes pechos, desafiando desde el escote de su vestido estampado de finos tirantes, son una oda a la belleza explosiva, por no hablar de

sus botas de ante negro hasta la rodilla.

—¿Eres amiga de mi hermano?

La miro sin entender, pero esperanzada.

—¿Tu hermano?

—Sí, Álex es mi hermano. —Me sonrío—. ¿Qué tomas?

—Vodka- tonic con limón exprimido.

—Nunca he probado esa receta; ¿me pones un poco?

Me vuelvo hacia la encimera. Víctor ha desaparecido.

Silvia resulta ser chispeante, divertida y ocurrente, además de guapa a rabiar. Sí, hay gente que parece tenerlo todo. Pero su sonrisa es tan franca, sus

ojos verdes idénticos a los de su bendito hermano brillan de tal forma al hablar, que se te cuele dentro hasta lo más hondo. En un santiamén te has enamorado de Silvia en todos los sentidos y si se aleja la echas de menos. Un ángel que revolotea de aquí para allá atendiendo a los presentes, desparramando su encanto como la lluvia de estrellas de una ninfa.

Ximena se me acerca con la cara verde y un vaso de agua en la mano.

—Cielo, me marchó a casa. Esta puñetera diarrea se ha empeñado en troncharme la noche.

—Me voy contigo. No pienso... —

Mi frase se queda en el aire.

Por encima del hombro de mi amiga, destacan Álex y su nueva camarada, una despampanante rubia de pelo largo, algo mayor que él, con la que comparte confianzas a corta distancia y que se molesta en estirarle el cuello de la camisa y alborotarle el pelo.

Dios, qué guapa es. La segunda más guapa después de Silvia, pero no creo que también sea su hermana, la suerte no repite tan seguido. Alertada por mi gesto de pasmada, Ximena se da la vuelta y se queda con la copla.

—Tú sigue en la fiesta y cuando te hartes pillas un taxi.

—Pero...

—He sido yo la que la ha fastidiado zampándome el bizcocho caliente. No es justo que pagues tú por mi mala cabeza. Vigila que Antonio no se marche con nadie. —Se muerde el labio inferior y pone los ojos en blanco. Qué graciosa es la *jodía*.

—Pero si te vas... no conozco a esta gente —gimoteo, implorando lo imposible.

Una mano de impecable manicura se posa en mi hombro.

—¿Cómo que no conoces a nadie? Me tienes a mí, que soy el alma de la fiesta. Debes quedarte para hacer la

crónica... —Silvia se cuelga de mi brazo y señala a su alrededor con un dedo tieso— cuando todos éstos muerdan el polvo, borrachos como cubas.

—Ximena, ésta es Silvia, la hermana de Álex —las presento sin perder un segundo.

—Puedes añadir *pequeña* a lo de *hermana*, me gusta cómo suena.

—Veo que te dejo en buenas manos.
—Mi amiga me besa en ambas mejillas —. Pásalo de vicio y mañana me llamas y me lo cuentas.

Aprieta los ojos, soportando el agudo dolor de otro retortijón.

—¿Llegarás bien? —pregunto

preocupada.

—Llegaré. Y con eso me conformo.

Adiós a ambas.

Sale por la puerta como una exhalación y mis ojos vuelan, sin querer, a la escena previa, donde la rubia se estaba comiendo el espacio íntimo de Álex. Tanta belleza y cercanía me colocan en una inferioridad de condiciones repugnante.

—¿Qué hace mi madre aquí?

Directamente me mareo.

—¿Tu madre?

—Nuestra madre, mejor dicho. Cada vez que Álex monta una fiesta, tiene que pasarse a controlar —explica Silvia con

un mohín de fastidio.

—¿Ésa... ésa es vuestra madre?

No puedo creerlo.

—Sí, la pesada y perfeccionista Silvia sénior.

—Creía que era una modelo o algo así.

Silvia me regala una carcajada como un cascabel.

—No eres la primera que lo piensa. Me preguntan si se trata de alguna compañera de Álex de la agencia.

—¿De la agencia?

Por lo visto no sé nada de nada. Empiezo a preguntarme qué diablos pinto yo en un festival privado, haciendo

el ridículo ante la familia del jefe, y gala de mi absoluta ignorancia. A Silvia no parece importarle.

—Seguramente no te lo habrá contado, rara vez lo hace. Creo que le da vergüenza, cosa que no entiendo. Álex trabaja como modelo. Algo esporádico, claro, pero le pagan muy bien.

—¿Y tú? ¿Tú también?

—No. Yo tengo un novio muy celoso, que conoce bien la vida de los modelos y me amargaría si me exhibo.

—Lo confiesa riendo sin ningún pudor ni modestia—. Paso de enfadarme por un puñado de fotos, ¿no te parece?

Me encojo de hombros sin saber bien qué decir. A mi derecha, Álex y su espectacular madre se despiden y él la acompaña a la puerta, seguido de cerca por un Víctor complaciente, con una sonrisa que huele a falso. Vuelvo a pensar en Silvia. No parece una de esas chicas timoratas que se dejan manejar por parejas dominantes.

—Él ya me admira todo el tiempo y me dice lo bella que soy —prosigue ella—. Si salir en una revista ayuda a reparar un ego ruinoso, créeme, el mío está sano como una pera. No necesito más alientos, me basta con los que tengo.

—Vaya —se me escapa.

—Vaya ¿qué?

—Eres muy sincera. La gente no suele ir tan de frente. Acabas de conocerme y ya sé tanto de ti...

Silvia suelta otra de sus carcajadas cómplices.

—Bueno, básicamente sabes que odio ser modelo. ¿A qué te dedicas tú?

—Sobrevivo dando clases de aeróbic hasta que acabe el doctorado en Psicología.

—¡Vaya, qué nivel!

—Créeme, no tengo nada claro qué haré después; vivo tranquila sin grandes lujos, pero me gusta lo que hago. Y con

la crisis las cosas se han puesto muy difíciles. ¿De dónde voy a sacar para abrir una consulta? —Quiero usar un tono desenfadado que le quite hierro al peor dilema de mi vida—. Puede que haga como Escarlata O'Hara, pensarlo mañana.

—Soy abogada recién liberada de la pasantía y dispongo de un despacho vacío en la oficina que comparto con una compañera de promoción, si te interesa...

Dudo. Suena tan atractivo...

—Por favor, piénsatelo. En serio, sería fabuloso. Mi colega es más triste que un entierro de tercera y las jornadas

se me hacen interminables, sería genial tener a alguien como tú por allí.

—Deja que lea la puñetera tesis primero y hablamos —me comprometo, con ganas de aceptar desde ese mismo instante.

Da un par de saltitos entusiastas.

—Di que sí, di que sí. Brindemos para celebrarlo.

—¿Las señoritas quieren copas? Aquí traigo algo.

Es Víctor de nuevo, armado con dos gin-tonics que nos entrega con ceremonia. Por cortesía lo acepto, aunque es de ginebra. Silvia frunce el cejo.

—Yo voy a cambiar de registro. Me paso al ron cola.

Víctor retira el segundo vaso con un mohín de desencanto.

—¿Te lo traigo?

—No, ya voy yo, gracias.

Me deja sola con la sombra de Álex, que me observa con desconfianza. Cauteloso y prudente, Víctor me cuenta que son amigos inseparables desde la infancia y que hasta solían tener novia al mismo tiempo. Pero no me aclara en qué situación se hallan ahora, aunque yo lo vea de lo más liberado.

Víctor es moreno, tan alto y robusto como Álex, aunque menos guapo. Sé que

se podría decir que es cuestión de gustos, pero no. Álex le gusta absolutamente a todo el mundo y Víctor sólo a unos pocos. Da una pizca de miedo, con su rostro cuadrado y su mirada escrutadora de malas pulgas. Un troglodita moderno de los que te empotran contra la pared y cuando te piden que abras las piernas no es para metértela, sino para sacarla porque ya se han corrido. En definitiva, Víctor me gusta regular; las personas que no miran a los ojos me producen repelús y no me tranquiliza que esté tan pendiente de mí, con una sonrisa suavona de oreja a oreja.

Tampoco es que Álex me esté haciendo mucho caso. Justo ahora está poniendo música.

—¿No bebes? —me insta Víctor, señalando mi copa y llevándose la suya a los labios—. La noche es joven.

—Di que sí. Joven y eterna como los vampiros.

—Te gusta Álex —me suelta a bocajarro.

Estoy a punto de escupir el buche de gin-tonic.

No lo pregunta, lo afirma, y eso me hace sentir débil y vulnerable. ¿Qué responder?

—Me cae muy bien y si he venido es

porque me ha invitado.

—Tenéis poco en común —asegura, con la mirada perdida entre las volutas de humo de su cigarrillo. Segundo hachazo y da en la diana.

—Es cierto —replico sin desmoronarme—, tengo poco en común con la mayoría de mis amigos, pero eso es justo lo que busco, gente distinta que me enriquezca.

—Lo contrario debe de ser aburrido —valora, sustituyendo su mueca belicosa por otra más amable.

Me relajo y bebo un largo trago de mi gin-tonic. Mi garganta reseca da palmas, aunque no sea vodka.

—No entiendo cómo no tienes novio, no me cabe en la cabeza —retoma Víctor pertinaz—; eres preciosa.

La intensidad de su análisis me intimida. Noto que empiezo a sudar, es desagradable.

—Digamos que estoy en medio de una pausa vital, un descanso tras una larga relación.

—Larga y satisfactoria —califica con cierta sorna.

—Insatisfactoria más bien. —Suspiro—. En fin, no está bien hablar mal de los difuntos. —Sonrío críptica y Víctor enarca sorprendido una ceja.

—¿Se murió?

—No. Pasó a mejor vida con otra más tonta que yo.

Nos entra la risa. Al final va a resultar que a Víctor se le puede domesticar, simple cuestión de humor, paciencia y mano izquierda. Su amenazador físico debe de jugarle malas pasadas, como a Álex la insoportable perfección del suyo. Recuerdo la confesión de uno y siento lástima por el otro. Al rato, Silvia viene a sustituir a Víctor, con el que yo ya charlo animada y en calma.

Le pregunto por su novio, que está de viaje de trabajo, y ella saca su móvil y me muestra unas fotos. André tiene la

piel de color canela y los ojos negro azabache, de los que miran atravesando.

—Es muy guapo —observo.

—Es modelo. —Lo dice con cero entusiasmo y menos orgullo—. Vaya vida la suya, pendiente de un gramo, de la tableta de chocolate y de los aviones; menuda mierda.

—Pero la relación con él funciona, ¿verdad? — pregunto titubeando. Las palabras se niegan a acudir a mi boca después de formarse en mi cerebro. Me noto torpe y borracha demasiado pronto —. Quiero decir...

—Sí, te entiendo, el problema no es él, es el mundo frívolo que lo rodea. De

ser como mi hermano, algo esporádico, podría soportarlo, pero para André ésta es su profesión. Y me tiene un pelín amargada.

#Experiencias Traumáticas

Voy a replicar algo ingenioso que se me olvida enseguida. El suelo tiembla bajo mis pies y por un instante todo gira enloquecido. Tengo que apoyarme en una columna cercana para no caer de bruces al suelo. Silvia me sujeta de un

brazo con preocupación.

—Oye, ¿te encuentras bien?

Señor, qué vergüenza admitir que estoy ciega como un piojo, que apenas puedo hablar y que sudo y jadeo de puro bochorno.

—No... no demasiado. Yo...

—Ven, siéntate, anda.

Me retira la copa casi vacía de las manos y la deja sobre una mesita. Luego me acompaña al sofá de cuero atestado de gente charlando y colmando ceniceros. Llego a trompicones.

—¿Mejor?

Niego con la cabeza.

—Te traigo un poco de agua y si no

mejoras te sacaré a la terraza a que te dé el fresco. —Se pone en pie y me dirige una última mirada de evaluación—. Poco aguante, ¿eh?

—No es normal, apenas he bebido —consigo balbucir.

Tengo la boca pastosa y la lengua como un trozo de cartón mojado.

De acuerdo, no es que yo sea un cosaco, pero hasta cuatro copas no hacen mella en mi organismo. Sin embargo, hoy, con sólo un par estoy perdiendo la noción de la realidad. Cuando Silvia regresa, con un vaso de agua fresca, yo me he quedado sin color, sufro arcadas que no llevan a ninguna

parte y soy incapaz de mantener los ojos abiertos y la espalda erguida. Las exquisitas amistades de Álex me hacen el vacío por mera precaución y pronto estoy sola en el sofá.

—Nena, ¿tan malita estás? —Silvia, mi protectora, me aparta el pelo mojado de la cara—. Vamos afuera.

Me cuesta un mundo levantarme. Lo hacen entre tres chicos, hasta que huelo la proximidad de Álex, sus movimientos resueltos, sus brazos fornidos sujetándome, y mi sabia cabeza se apoya lacia en su pecho.

—Dejadla, yo me ocupo —lo oigo decir, sin que yo pueda articular ni una

palabra de agradecimiento.

Lo siguiente que recuerdo es el tacto fresco y sedoso de unas maravillosas sábanas limpias y a Silvia quitándome los zapatos. Demonios. Si Dios no lo remedia, voy a vomitar hasta la primera papilla. No recuerdo un malestar parecido ni en los pedos criminales de mis años universitarios. Algo no encaja.

—Que descanse aquí en la oscuridad y sin ruido. Pasaremos de vez en cuando a ver cómo se encuentra —le dice Álex a su hermana, que asiente sin rechistar.

—Está muy pálida. ¿Qué hago? ¿Llamo a un médico?

—No creo que haga falta. Agua

abundante y un poco de tranquilidad.

—Le ha debido de hacer reacción el alcohol con algo más. Puede que se esté medicando, no sé.

—De momento tampoco se lo podemos preguntar.

Álex me tapa con amorosa dedicación. Quiero decirle que los oigo, aunque no sea capaz de responder. Y que todo es un error. No estoy enferma, no he tomado nada antes de salir de casa. Quiero morirme. No hay explicación para una catástrofe como ésta. Oigo a Álex repetir que me dejen descansar y cerrar la puerta tras él, y me quedo sumida en un silencio relativo, sólo

interrumpido por la música que llega amortiguada desde el salón.

Silvia me visita y me fuerza a beber un vaso de agua fría.

—No puedo, no puedo, tengo náuseas —protesto, apretando los párpados.

—Si vomitas, mejor.

Pero no lo hago. Y ella se marcha sinceramente preocupada. El líquido consigue calmar el ardor de mi árida garganta y me relaja hasta el punto de permitirme conciliar un extraño sueño, inquieto, pero por increíble que parezca, reparador.

Estoy en su dormitorio, en su cama,

entre sus sábanas. Mi cabeza reposa sobre la almohada donde cada noche Álex apoya la mejilla y todo vibra con el sello de su esencia. Lástima no estar en mis cabales, en pleno uso de mis facultades para poder gozarlo como merece. Me despiertan unas manos ávidas acariciando mi pelo, luego mi cara, reptando por mi cuello. Un aliento a alcohol demasiado cercano para ser cortés, que trata de besarme y me susurra cosas sucias al oído. Apenas puedo despegar los párpados. Las manos desconocidas aferran mi cara y me obligan a mirar sin ver, en una dirección determinada. Una lengua

caliente recorre la comisura de mis labios.

—Piensa que soy él. Bésame pensando que soy él —ordena un sonido gutural.

Quiero gemir, quiero hasta gritar. Empujar a Víctor lejos, exigirle que se me quite de encima, pero mis miembros no me obedecen. Soy una muñeca de trapo lacia e inservible que no sabe defenderse.

—¡Bésame!

—Quítale las manos de encima —trona Álex, abordándolo por sorpresa desde atrás.

—Tío...

—¡He dicho que no la toques! ¿Es que no la has liado ya bastante?

Desaparece el peso que representa el cuerpo de Víctor y acierto a distinguir dos bultos enormes de pie junto a la cama.

—¿Crees que no sé lo que has hecho? Cabrón, en mi casa, no, Víctor, en mi casa no te admito esas cerdadas. —Su voz corta como un hacha afilada. ¿Qué ocurre?

—No le he hecho nada, sólo quería... el pelo... acariciarla...

—No me refiero a eso, mamón, le has echado algo en la bebida, mira cómo está.

—Está borracha —corrige Víctor con una risita malvada—, igual que yo, igual que todos.

—Y una mierda, sólo se ha tomado dos copas, lo sé bien.

—No le has quitado el ojo de encima, ¿eh, golfo?

—Sal de aquí, Víctor. Y procura que no vuelva a pillarte cerca de Sofía.

—Te juro que no le...

—No me jures, nos conocemos. Ya me sé tus gracias y no me gustan.

—Joder, vaya si te importa la niñata.

—No tiene que ver con que me importe. Eso a lo que juegas es miserable y asqueroso.

—No, colega...

—¡Sal ya, hostias!

Una orden como ésa no puede desobedecerse. No vuelvo a oír las quejas de Víctor, ha debido de marcharse. La palma ardiente de Álex roza mi frente. Ojalá se quedara ahí pegada para siempre y, con su mano, el resto de su glorioso cuerpo. Estoy incapacitada para gobernar mis impulsos, sí, pero el deseo vaga a sus anchas, disperso y desatado. En este instante soy consciente de la atracción que Álex ejerce sobre mí y lo que daría por el beso que días atrás rechacé como una imbécil. Estúpida estrecha...

—Has tenido que meterla en tu cama, claro.

La frase suena como una guillotina que suelta de golpe su cuchilla. Es una mujer, pero no Silvia.

—¿No has visto cómo está? —se defiende él con brío.

—¡Hay más dormitorios!

—No lo he pensado, seguramente he ido a lo fácil.

—Qué asco me dan las tías borrachas. Seguro que lo ha hecho para llamar tu atención.

Álex suelta una risa cínica. Menos mal, yo le habría arrancado las muelas a esa bocazas. Algo es algo.

—Lo dudo mucho.

—Hay muchas mujeres en tu fiesta y todas te bailan el agua buscando algo más. Ni una sola persona aquí esta noche sabe que soy tu novia. Ni me has presentado ni me das el lugar que merezco. Delante de la gente me tratas... como a una más.

—No digas tonterías, Camila. Venga, salgamos, no vaya a despertarse.

—Que le den por el culo —ladra la asquerosa cerca de mi cara.

Yo estoy muy despierta. Demasiado despierta por desgracia.

—Cuida esa lengua, joder.

—¿Para qué sigues conmigo si no

me quieres, para qué? —aúlla ella con un rasgo de completa histeria.

—No es momento ni lugar —susurra Álex, firme y contenido.

—Para ti nunca es el momento adecuado. Estoy hasta los cojones de...

No quiero interrumpir, pero no soy dueña de mis actos. Me muevo en la cama en una especie de agobiante duermevela y se me revuelve el pelo suelto sobre los almohadones.

—Salgamos de aquí —decide Álex en un cuchicheo—, hablemos en la terraza.

—La terraza está hasta los topes de gente. Ésta es la única zona tranquila;

¿por qué, si no, has traído aquí a tu amiguita?

El tono impertinente de la tal Camila empieza a sacar de quicio a mi chico. De hecho, me sorprende su capacidad de aguante.

—Te he dicho que no es mi amiguita; es una invitada a mi casa, indispueta, y es mi responsabilidad atenderla, eso es todo.

—Sí, por lo visto cada tía que se te cruza se convierte en tu responsabilidad, todas menos yo, que salgo contigo. Vamos, no me jodas.

—Camila, baja la voz.

Jesús, qué situación tan

desagradable. Ahí los tengo a los dos, discutiendo por mi causa. Soy el indeseado epicentro de un huracán del que quiero escapar. Una tipa infame, a la que ni siquiera conozco, se permite el lujo de insultarme creyendo que no la oigo. Si aspiro a algo es a levantarme y a salir corriendo, pasándole por encima a ser posible. Pero no llego a mover un meñique, estoy aletargada, anestesiada y medio muerta. Ojalá también estuviese sorda.

—¿Sabes qué te digo? —Camila reanuda la lucha—. Que me marcho. Ahí te quedas, con tus acosadoras borrachas y calentonas. Que te las folles a gusto.

—¡Camila, me cago en la leche!

Creo adivinar que trata de agarrarla del brazo y ella se zafa de un tirón muy poco aristocrático, porque veo a Álex solo, con la frente pegada a la puerta de su dormitorio, segundos antes de propinarle a ésta la madre de todos los puñetazos, imagino que para dar salida a su frustración y no partirle la cara a Camila. También es posible que lo del puñetazo sea un sueño. Estoy muy perjudicada y en estas condiciones mi percepción no es del todo fiable.

Va a ser que sí. Que no lo imaginé ni fue un espejismo, vaya. Porque cuando abro los ojos, sorprendentemente

espabilada, unos tímidos rayos de sol se cuelan entre las cortinas corridas y en la puerta, frente a mí, saluda un tremebundo boquete que pone los pelos de punta.

Saco las piernas de la cama, todavía atontada por las horas de sueño o el efecto de lo que fuese, tanteo el suelo en penumbra hasta encontrar mis zapatos y meto los pies dentro. Una punzada de dolor me recorre hasta la mitad de la pantorrilla. Me pregunto si me caeré de bruces al intentar ponerme en pie, porque me tambaleo un poco. Hay suerte. Me agarro a una estantería y luego nada. Doy pasos en vertical en

dirección al salón, mientras los ojos se me acostumbran a la luz.

No quiero ni suponer el estado de mis pelos, debo de parecer una loca, seguro. Silvia viene a mi encuentro, fresca como una rosa, sin signos de cansancio ni de haber trasnochado en su preciosa cara y, sonriendo, me pregunta cómo estoy. Hago lo imposible por sonreír.

—Como si me hubiera pasado por encima un tractor de campo —explico—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las siete.

—Joder. —Me froto las sienes—.

¿Y seguís de juerga?

—Quedamos unos pocos, los de confianza, los mejores. —Se engancha a mi brazo—. Voy a preparar café; ¿te sientes con ánimos?

No sólo eso, también me empeño en ayudarla, aunque, la verdad, soy más bien un trasto inservible en mitad de cualquier espacio. Silvia me conduce hasta el sofá y yo me dejo llevar, dócil como un corderillo, saludando avergonzada a los presentes. Advierto que no está Álex, tampoco Víctor ni la tal Camila de los huevos, a la que no llegué a ver la cara. Sólo Silvia, el bueno de Antonio, Miguel y por último Álex, que resucita de entre los muertos

por un pasillo lateral, más guapo que nunca, con el pelo húmedo oliendo a recién duchado. Me invaden de pies a cabeza unos lujuriosos pensamientos que lo incluyen y que me hacen enrojecer.

—Bienvenida, bella durmiente. — Me rodea cariñoso los hombros con su largo brazo—. ¿Qué tal has descansado?

—Bien, bien —me aturullo mirando al suelo—, la verdad, no pretendía...

—No pasa nada, es encantador tenerte en el grupo de los íntimos — interviene Antonio.

—¿Preparo churros?! —grita Silvia desde la cocina.

Todos corean un «sí» entusiasmado

y, para mi asombro, mi estómago babea y bate palmas en lugar de revolverse, que es lo que toca tras una resaca.

—Veo que tu hermana lo mismo sirve para un roto que para un descosido —le digo a Álex admirada.

Él alza las cejas irónico.

—Puede que sea lo que parece, pero como no vaya yo a pelearme con la freidora, acabaremos desayunando con los bomberos.

—Yo mejor me voy —digo de repente—, ya he molestado bastante. —Miro desesperada a mi alrededor, buscando mi bolso.

Antonio se levanta y tira de mí hasta

acoplarme con los demás en torno a la mesa.

—De eso nada. La primera comida del día es sagrada. Además, estamos echando un Monopoly y alguien tendrá que sustituir a Álex mientras hace de cocinero. Aprovecha, nos está desplumando a todos.

Sonrío reconfortada y acepto. ¡Diablos!, me encuentro muy bien aquí con ellos. Con toda probabilidad todos estén al tanto de la cerdada de Víctor con mi copa y sólo pretendan ser amables, pero se comportan como un grupo de buenos amigos. Cuando el desayuno está listo y encima de la mesa,

Álex juega conmigo de pareja y dejamos a los demás sin blanca. Me tomo dos cafés, de forma milagrosa no vomito, y me pongo morada de churros crujientes. Cuando la reunión empieza a disolverse, Silvia me trae mi bolso, intacto.

—Lo guardé en el armario de mi hermano, por si acaso.

La miro con agradecimiento. ¿Cómo se puede estar tan bonita después de una noche sin pegar ojo, bebiendo y dando saltos? Yo parezco un puto mapache.

—¿Tienes coche? —me pregunta Álex.

—Cojo un taxi.

—No, qué va, te llevo —se ofrece.

Lo único que deseo, fervientemente además, es librarme del cepo de su mirada. Alex tiene novia, el muy cabrón. La esconde en la sombra, pero la tiene. Y estaba tonteando conmigo. Menudo sinvergüenza. No lo comenta, lo deja estar, y mientras, aprovechando mi ignorancia y mis defensas rendidas ante su imponente físico y la fascinación innegable que provoca, se me cuela dentro, como un mal veneno.

#SofíaNoSabeLoQueSie

Hay que ser capullo, egoísta y mal nacido... Y alto, guapo de morirse, irresistible y seductor. El pack supervivencia de luxe no basta con este tío.

—Tengo el coche aquí mismo, en el

garaje.

Me agarra del codo y apenas me permite despedirme del grupo, que se quedan despatarrados en su sofá.

Silvia llega corriendo y me da un abrazo.

—Te llamo, guapa. Quedamos para tomar algo o a comer un día de éstos.

—Encantada —acepto, espiando de reojo a Álex, que coge un manojito de llaves de un cajón del mueble de la entrada.

No quiero que me lleve a ninguna parte, no quiero quedarme a solas con alguien tan potencialmente peligroso y, sobre todo, procuro olvidar las duras

palabras que intercambió con Camila. No más cuernos, por favor, ni propios ni ajenos, que los de Sergio aún me duelen.

Álex tiene un coche acorde con las circunstancias, o sea, con él. Un Q5 beige metalizado, con tapicería de cuero de color caramelo que huele a gloria bendita. Me abre la puerta con la intención de ayudarme a subir, pero yo soy más rápida: doy un salto, aprovechando que llevo pantalones, y lo único que le cedo es una ligera sonrisa, más concentrada en el salpicadero que en él. No puedo caer en esta trampa tan burda. Los he oído discutir, Camila es real, no una invención mía, y el hecho de

que Álex no la mencione siquiera no hace sino empeorar las cosas.

El objeto de mis tormentos se pone al volante y me dedica un cariñoso mohín de complicidad.

—¿Preparada?

—Locuela por llegar a casa, si te soy sincera —gruño, sin acercarme a la amabilidad ni de lejos.

—Espero que a pesar de todo... lo hayas pasado... en fin, que no haya sido tan malo.

Sonrío, esta vez mirándolo con el rabillo del ojo.

—La fiesta ha sido genial, no tienes de qué preocuparte. Que yo no sepa

beber es problema exclusivamente mío —añado con maldad.

Calculo el tiempo que emplea su cara divina en perder el color. Sí señor, Sofía, ahí, patadón directo al hígado en sentido figurado. Se lo merece. Por estar tan bueno y tener novia, *cachocabrón*.

Su casa y la mía no están muy lejos, casi podría haber huido corriendo, de no ser por el mal cuerpo y los infernales tacones. Álex detiene el Audi frente a mi portal y yo me veo de nuevo transportada a la tarde en que Sergio me mandó a paseo sobre el mismo metro

cuadrado. La saliva se me vuelve amarga. Por eso, en cuanto veo que desconecta el motor y gira el cuerpo en mi dirección, dispuesto al charloteo, me descompongo y mi mano vuela angustiada a la manija de la puerta. Álex me agarra por el codo y siento un calambrazo en el más crudo sentido del término «eléctrico».

—¿Con quién pasas la mayor parte del tiempo? ¿Quién es tu jefe?

—No tengo jefe. —Me extraña la pregunta—. Lo que más se le aproxima es mi director de tesis.

—Dime que es gay —me apremia.

Yo me río. Él no; por chorras que me

parezcan sus preguntas, él parece tomárselas muy en serio.

—No, pero casi. Ronda los setenta y es un abuelete adorable. Te encantaría, seguro, a ti y a todo el mundo.

Resopla aliviado y se inclina un poco hacia atrás. La distancia me hace sentirme un pelín más segura.

—Ya me dejas más tranquilo. Yo no podría trabajar teniéndote cerca.

—Pues él ni se inmuta, te lo garantizo.

Como me quedo sin munición, bajo la manija y me dispongo a huir a lo cobarde. Álex reacciona enseguida, acortando ese metro que yo tanto

apreciaba. Su aroma narcótico me envuelve de nuevo.

—¿Así nos despedimos? —protesta contrariado.

—¿Cómo quieres que me despida?

No da pistas, se limita a dejar que una sonrisa canalla se le refleje en los ojos. Para no meterme en líos, le doy dos besos apresurados en sus mejillas recién afeitadas y esbozo una sonrisita de circunstancias que no convence a nadie. Entonces sucede. Compartimos de nuevo «ese» momento especial que no tiene nombre ni puede tenerlo, porque es pura tensión sexual bombeando poderío. Nuestras miradas se encuentran. No doy

pie con bola. Al final, abro a tientas la puerta y empujo.

—Nos vemos esta semana, ¿no? — sugiere.

—Nos vemos —respondo sin comprometerme.

No echo la vista atrás, sólo corro lo mejor que puedo, sabiendo que llevo sus ojos verdes clavados en el trasero y la melena hecha un desastre. Mal comienzo para nada perdurable.

Álex

Lo último que espero encontrarme al bajar del tren de Valencia es a Camila aguardándome. Habíamos

cortado después de mil y una peleas durante un viaje juntos que no fue sino una intentona de zurcir un descosido que más bien era un desgarró. Discutimos como fieras desde que cogimos el avión hasta que nos volvimos precipitadamente, cuatro días antes de lo previsto, por culpa de una convivencia insoportable.

A veces pienso que Camila está trastornada, ve fantasmas, da por sentadas cosas que no existen más que en su mente y nada la detiene cuando ha decidido montarme una escena. Se le crispa la cara, los ojos le brillan de un modo extraño, chilla e insulta, fuera de sí. Durante esos episodios no parece la chica de la que me enamoré. Me pregunto si existió alguna vez o todo ha sido un error desde el principio.

Conocí a Camila en una barbacoa de amigos, recién llegada de Francia, tímida y coqueta. Una muñeca con ademanes de pajarillo asustado, que lo miraba todo desde abajo, unos pocos segundos, porque a más no se atrevía.

Me llamó la atención su desamparo; a todos los hombres nos fascina el papel de salvador, sentirnos imprescindibles en la vida de nuestra chica. Si ella depende de nosotros en mayor o menor medida, somos

felices como absurdos pavos hinchados. Y me gustaba que no supiera nada de mí, que no prejuzgase mi pasado de impenitente don Juan. La mirada de Camila posada sobre mis manos era pura y sin reproches. Cero celos. No albergaba dudas ni se pensó dos veces entregarse con una inocencia que rayaba lo dramático. Ahora me pregunto si fingía. Si sabía más que yo, más que los demás, y me engañaba. Quién sabe.

Caí en el cepo como un estúpido, decidido a ejercer de maestro e introducirla en los «misterios misterios» del sexo. ¡Ya ves! En sólo dos meses de relación intermitente, Camila ya había sentado las bases de sus tiránicas condiciones. Nada de amigas en las redes sociales, nada de encuentros (ni casuales) con mis ex, no importaba lo buena que fuese nuestra relación. Si encontraba una clave en mi correo electrónico o en mi móvil, podía estar gritando una semana, hasta que, por no oírla, yo la eliminaba. Creé una segunda cuenta de correo, que mantengo en secreto para gozar de un mínimo de intimidad. Y de margen de maniobra, eso también.

Los buenos ratos decrecieron en número y las

escenas grotescas se dispararon. Delante de mis padres, de mis amigos, en el estudio, con mis socios en la sala contigua... Mi hermana la odia y mi secretaria está al tanto de las veces que soy capaz de correrme en una noche. Cuando Camila prende la mecha del griterío, ya no hay quien la pare. Luego estalla en llanto, se deshace en disculpas y me ruega que la perdone. Me duele tanto verla sufrir de ese modo...

Al principio tenía razón, no lo niego; yo andaba con tres chicas al mismo tiempo, alternando salidas con ella y con las demás, pero con el paso de las semanas... Joder, detesto las discusiones interminables, las malas caras, las recriminaciones. Y de todo eso Camila tiene en abundancia. Fui cortando lazos con las otras y al final sólo quedó ella.

Por lo visto no era suficiente.

No puedo ni comprar relajadamente en un centro comercial, porque enseguida me acusa de flirtear con la dependienta. Me asfixia. Me ahogo. No sé cómo manejar la situación. Dejarla es lo más lógico, pero sus lágrimas siempre consiguen ablandarme. Por eso, cuando la vi en el andén con su carita de niña buena esperando mi llegada... me entraron ganas de

suicidarme.

Me gusta Sofía, me tiene cautivado, la energía que emana ella es como un cartel de neón que advierte que allí todo es fácil. Una chica de risa fácil, respuestas agudas y pocas complicaciones. Una mujer inteligente, segura de sí misma, que no me haría la vida imposible. Un hada con ojos de plata, la chica de mis sueños...

Hasta que bajé del tren, creí que era libre.

Sofía

A pesar de que soy ecologista convencida, paso veinte largos minutos bajo la ducha. Desprendiéndome de la sensación de pertenecerle que me ha pegado su mirada. Dos intensos focos verdes que se adueñan de mi voluntad en menos de un parpadeo. Creo que nunca,

en los años que tengo, un hombre me había mirado traspasándome la piel, gritándome «¡Eres mía!», que fue lo que sentí al atraparme él en su tela de araña. Un entramado de seda igualmente peligroso, porque si te enreda el corazón, sólo puedes rezar. Lo has perdido sin remedio.

Levanto la cara y dejo que el agua caliente me golpee con su dulce martilleo.

No debo encapricharme de un chico comprometido, por muy increíble que él sea. A estas alturas no tengo por qué comprar un billete seguro al sufrimiento. Primero debo cerrar mis heridas, luego

miraré alrededor en busca de alguien bueno que me quiera, un hombre tierno y comprensivo que no convierta mi vida en un caos demencial. Álex no.

Y ahora tampoco. Es demasiado pronto. Con la puñalada de Sergio aún viva y sangrando, no debo dejarme engatusar.

Pero claro, si las cosas llegaran a nuestra vida en el momento propicio, no habría nadie descontento, todo Cristo cruzaría los pasos de cebra bailando como monos, en el sumun del delirio dicharachero.

Salgo de la ducha y me envuelvo en un albornoz de color mandarina. Cojo

una toalla y me seco el pelo. Al mirarme al espejo, me asalta el recuerdo de Víctor echado sobre mí, tratando de besarme y susurrando «Piensa que soy él». Se me revuelve el estómago. Sacudo la cabeza para espantar los malos pensamientos.

Ha sido una chiquillada. ¿Qué esperaba? ¿Aprovecharse de mí? Por Dios, qué desagradable, lo que no me había pasado de universitaria en las discotecas, me pasa a los veintinueve en una fiesta privada. Qué razón tiene mi madre con su cantinela de «Cuidadito, no te echen algo en la bebida». ¡Ay, mamá! Esto no pienso contártelo,

vergüenza me da sólo de pensarlo.

Y luego está Álex. Vuelvo sobre Álex. Ese susurrante «Piensa que soy él»...

Al menos una persona, Víctor, sospecha mi atracción por el gigante. Si vuelvo a salir con ellos, y pienso hacerlo, deberé ser más cuidadosa. La culpa la tiene Álex, con las sonrisas que me dedica, son tan sexis... Por otro lado, ese hombre ni me conviene ni está libre, ¿qué carajo tengo que plantearme?

Desperdicio la tarde del domingo despatarrada en el sofá, comiendo patatas fritas y viendo películas, dormitando a ratos, recuperándome de

los estragos de la juerga. Más feliz que una perdiz, hasta que suena el teléfono.

—Guarri, ¿durmiendo la mona?

—Hola, Ximena, yo también te quiero —musito adormilada—. ¿Qué tal tu tripa?

—Tirando. ¿A qué hora terminó el sarao? Qué coraje perdérmelo cuando la cosa con Antonio avanzaba.

—Entonces... ¿él y tú...?

—Digamos que hemos congeniado. —Suelta una risita picante—. No me ves, pero te estoy guiñando un ojo.

—¿Ese modo de congeniar? — Pongo especial énfasis en el «ese».

—De momento, sin quiquis a la

vista, pero ¿te conté que me pidió el teléfono?

—No, no me lo dijiste, mala mujer. Genial, ¿no? ¿Te ha llamado ya?

—Ni yo misma me lo creo, pero sí, me ha invitado al cine y a un tapeo esta misma tarde.

Mi corazón da un doble salto mortal sin red. Al menos a una de nosotras le sonrío la vida. A mí me han drogado y plantificado por delante una novia cabreada, el panorama no puede ennegrecérseme más. ¿O sí?

—Qué requete, Ximena, te vas de parranda con...

—Nones.

—¿Eingggg? ¿Cómo que nones? ¿Juegas a hacerte la dura? Mira que no te pega.

—No, chata, no puedo separarme del váter, que no es lo mismo. Ahora que lo dices, puede que hasta me beneficie, porque negarme me convierte en pieza deseable, y como lo de la diarrea no pienso confesarlo...

No puedo contener las carcajadas. Ximena y sus cosas son superiores a mis fuerzas.

—¿Y tú con el espectacular dueño de la casa? Dime que acabasteis revueltos en la cama.

Hago un gesto de hastío, invisible

para Ximena. En la cama sí, pero no precisamente revueltos. Mejor. Mejor así, me apaciguo a mí misma. Sofía no quiere problemas y Sofía no lo quiere a él.

—Lamento desilusionarte, pero nada de eso. Resulta que el señorito tiene novia —refunfuño, forzándome a tenerlo muy presente.

El graznido de Ximena me torpedea los tímpanos.

—¿Qué me dices?! ¿Y por qué iba entonces detrás de ti?

—No iba detrás de nadie, amiga; coincidimos en algunas aficiones, charlamos y nos invitó a una fiesta. Ahí

acaba todo. No ha dado muestras de interés alguno.

—*Amosandaaaaaa...* ¿A quién quieres engañar, rubia? Dime que no lo has notado.

—*Fan-ta-se-as.* Las mujeres enseguida nos hacemos ilusiones, joder.

—¿No te gusta?

—¿Quieres no hacerme esas preguntas tan tontas? ¿A quién no va a dislocarle semejante monumento?

—A mí —suelta tan pancha—. Los tíos tan guapos me dan grima.

—A mí ganas de lamerlos de abajo arriba —replico.

—No, si luego la pilingui soy yo —

dice riendo.

—Pero no es el caso, con Álex no hay mucho que hacer.

Debería haber sido más drástica. Tendría que haber cambiado el «mucho» por «nada». Algo dentro de mí que se resiste a cambiar de dirección, piensa dar pero que mucha guerra.

—Y la tal novia ¿de dónde narices ha salido? —machaca Ximena—. Porque el rato que estuve en la fiesta, no vi nada que se pareciese a una pareja.

—Te aseguro que estaba allí. Se llama Camila y los pillé en plena bronca —contesto con solemnidad.

—Eso suena bien, a la mierda la

gui. Porque con ese nombre, española no creo que sea, y si lo es, tendrá unos padres raros, raros, raros.

—Ahora que lo dices, puede que tuviera algo de acento... —Buceo en la maraña de mi memoria—. Yo no soy así, Xime, no voy a aprovechar que atraviesan un mal momento para meterme por medio.

—Es exactamente lo que hicieron contigo —sentencia ella.

—Por eso mismo. —Espero que haya sonado de lo más radical, porque es mi intención.

—Hija, dormirás a pata suelta con la conciencia bien tranquila, pero te

pierdes lo más bueno.

—No es ése el tipo de relación al que aspiro. Me merezco algo mejor — remarco, endureciendo aún más el tono.

Ximena permanece callada un rato. Diría que reflexiona y que mi casi sollozo le acaba de ablandar el carácter.

—Tienes razón, perdona, pensaba con la entrepierna. Claro que lo mereces, cariño, lo mejor de lo mejor, un Christian Grey para ti solita... Bueno, quizá tampoco sea el ejemplo más afortunado. Es la descomposición de vientre, que me tiene espesa.

#AmigaTengoAlgoAquí

Vuelvo a reírme. Esta Ximena... Si de algo no dudo es de su preocupación por mi bienestar sentimental, y Álex se mete por los ojos, hay que reconocerlo, no la culpo. Dejo el sofá con el teléfono pegado a la oreja y vago por el salón de

mi apartamento. Me detengo ante el espejo del recibidor y ahogo un alarido de espanto. Al haberme quedado dormida con el pelo húmedo, se me ha rizado donde le ha dado la gana. Esa loca de ahí no soy yo.

—Me da igual que Álex tenga novia y que por ahí no avancemos, yo tampoco busco un novio. Pienso seguir siendo su amiga, sin contar con que Silvia, su hermana, es un encanto.

—Oye, a ver si voy a tener que ponerme celosa.

—Para mí tú siempre serás la *number one*, chatina —le digo con mimo.

Ella suspira hondo.

—Te llegaré, cielo. Alguien maravilloso que te hará muy feliz y yo estaré ahí para verlo.

De repente siento mucha pena de mí misma, de mi soledad, y las lágrimas invaden mis ojos. Bajo la cabeza y asiento como si Ximena pudiera verme. Es fantástico tenerla como amiga, pero soy el ser más desgraciado de la galaxia. Se aleja la fase inicial de euforia y empiezo a ser plenamente consciente de que me han estafado y humillado de la peor manera.

—Toda la gente con la que antes salíamos pertenece al bando de Sergio y

andarán haciéndole la ola a la nueva — digo con amargura—; nos hemos quedado solas. ¿Sabes que desde que cortamos no he tenido noticias de Paloma?

—¿Ni una llamada de ésas de compromiso para interesarse por la salud?

—Ni eso.

—Menuda guarra —suelta mi amiga, que si de algo carece es de pelos en la lengua—. Siempre te dije que era una interesada cursi que no me gustaba.

—Pues tenías razón —admito humilde—; de modo que no hay nada malo en gestionarme un nuevo grupo de

amigos, y con Patricia no puedo contar...

—Otra que tal baila. Ha dejado de visitar a mi madre y anteayer cambió de acera para evitar saludarme. De arpías venenosas anda el mundo lleno. Pero quedo yo —reclama con ímpetu.

—Claro que sí. A ti te quiero lo más lejos posible de Martos y Antonio te pone. Perfecto. Pues todos en cuchipandi a pasarlo como los indios.

Sospecho que Ximena desconfía de mi despreocupado optimismo.

—Sofía, eres un poco masoca, ¿no?

—¿Por qué lo dices?

—¿Has pensado qué ocurrirá si la tal Camila también aparece?

—Nada. No pasará nada —afirmo tajante—. Mirándola de frente, tendré aún más claro a quién no debo acercarme.

—Pero es que a Álex tú le gustas.

—Ximena —la corto—, déjalo estar.

Me despido con un gimoteo del que sólo yo conozco el significado y me trago las lágrimas. Patética, sola, abandonada en pijama un domingo por la tarde, sin nadie que me quiera, aunque media hora antes, repantingada en el sofá, me sintiera la reina de Saba.

Malditas hormonas cambiantes... Un momento, ¿me toca la regla? Porque estos cambios de humor tan bruscos e injustificados... Rebusco en mi bolso y saco la agenda. Me limpio el agüilla que destila mi nariz con el revés de la manga, mientras busco la fecha de mi última menstruación. Suelo señalarlas con un punto gordo y rojo en rotulador. Ahí, bien visible. Aun así, tardo en encontrarla. ¡Leñe! ¿Tanto tiempo hace? El veinte de marzo y estamos acabando abril. Cuento por encima. Siete días de retraso, *cagoentó*. No se me ha ocurrido tomar en consideración la posibilidad de un... un... Empiezan a temblarme las

piernas y tengo que sentarme en la cama, casi con toda seguridad, blanca como una pared de cortijo andaluz. ¿Yo embarazada? ¿De Sergio? ¿Puede ser a estas alturas?

Tiro la agenda como si me abrasara al rincón más lejano, donde queda abierta y desmadejada, y luego me tumbo sobre el edredón, me abrazo a la almohada y aúllo a pleno pulmón, como un lobo a la luna. Se puede ser desgraciada, pero lo mío es de traca valenciana. Madredelamorhermoso, preñada de un indeseable al que no quiero ni me quiere.

Cuando me hartó de berrear, me

arrastro hacia el salón y reviso mi móvil. Cero noticias de Álex el bombonazo. ¿Remordimientos por lo sucedido en su casa, o demasiado ocupado calmando a Camila? Da lo mismo, unas letras preguntando qué tal me encuentro no cuestan dinero y habrían demostrado su interés por mí. Ah, claro, que no le intereso lo más mínimo y eso es lo único que demuestra.

Me acurruco en el tresillo a gimotear hasta quedarme dormida. Dos horas más tarde me despierta el ring-ring del teléfono. Ni miro la pantalla.

—¿Diga?

—¿Sofía? —Es la voz de una chica

que no logro ubicar.

—Sí, ¿quién eres?

—Silvia, Silvia Conde. Llamaba para ver si todo va bien.

—Oh, sí, estupendamente, vagueando como una perdida.

Se ríe. Es una risa alegre y estimulante.

—Yo estoy haciendo justo lo mismo. André llega esta noche de viaje y se acaba mi reinado sobre el mando a distancia, pero mientras tanto... Oye, lamento muchísimo que te pusieras malita, se te aguló la fiesta.

Apuesto una mano a que su hermano le ha contado los detalles más

escabrosos. Ya sabe que mi aparente borrachera no fue producto del arrebato y el vicio.

—Bueno, son cosas que pasan, la próxima vez me limitaré al mosto — replico, apretando los dientes y maldiciendo a Víctor.

—Cuando pensé que te desmayabas, estuve a punto de gritar lo de «¡¿Hay algún médico en la sala?!». Perdona, siempre he tenido ganas de decirlo.

Suelto una carcajada de buena gana. Silvia, chica maravillosa en todos los sentidos, que yo estaría encantada de la vida de echarme como amiga íntima. Y no, Álex y su parentesco con ella no

tienen nada que ver, Silvia brilla por sí sola.

—Seguramente mi organismo no estaba para fiestas, tan simple como eso.

—¿Estás enferma?

—No del todo, más bien jodida.

Se abre una pausa congelada que no tarda en cristalizar. Veo oportuno explicarme, ya que ella no se atreve a curiosear en mis intimidades.

—Terminé con mi novio hará un mes más o menos. Todo está demasiado reciente.

—¿Y doloroso?

—Debería serlo, pero cuando acabó sentí alivio. Eso sí, lamento el fracaso,

me han ofendido y se han reído de mí. No son penas de amor las mías. Tengo la autoestima machacada y si esas circunstancias terroríficas se reflejan en el físico... bueno, debería descansar un año entero en un balneario.

—Perdona que lo pregunte, pero... ¿cómo puede haber alguien tan imbécil como para dejarte?

Ahora es mi turno de carcajadas, en este caso amargas.

—Ya ves, el abandono es lo de menos. Dejarme, pisotearme, pegármela con otra y montárselo de manera que la culpa parezca por entero mía.

—¡Menudo cabrón manipulador! —

exclama sin dar crédito.

—Eso dije yo en su momento.

—Sofía...

—Dime.

—Eres una chica fabulosa. —Voy a interrumpirla, pero me lo impide—. No, espera, supongo que estarás harta de oírlo, porque es la verdad, pero el mundo no anda sobrado de personas como tú, tan completas.

Pero ¿qué dice si no me conoce? Aun así, qué requetebién me hace escucharla aquí, ahora.

—Eres preciosa, amable, inteligente y divertida.

—¿Todo eso? Bah, seguro que se te

escapa algo —bromeo.

—Seguro. En un abrir y cerrar de ojos tendrás una fila interminable de tíos buenos aporreando tu puerta y suplicándote un minuto de atención...

«¿Qué tal tu hermano en vanguardia? Ojo, que si son sus nudillos los que llaman los primeros, no dejaré espacio para nadie más, lo juro por las bragas de santa Polinela.»

—... Y te podrás permitir el lujo de rechazarlos a todos si te sale del moño —concluye Silvia con tono de triunfo.

La verdad, no necesito esos homenajes para sentirme importante ni mejor persona. Y me habría hecho feliz

que mencionase a Álex como candidato, aunque fuera de pasada. No lo ha hecho, pero piropos tan sentidos hay que agradecerlos, así que sonrió y balbuceo tonterías, un poco cohibida.

—Te llamo esta semana y tomamos algo.

—Ya estará aquí tu novio y tendrás ganas de verlo.

—Esta noche me las quito todas, te lo aseguro. Luego volverá a la rutina. Tiene un par de sesiones largas esta semana y eso implica una tarde completa o dos de libertad.

—Muy bien —accedo—, llama cuando quieras, me hará bien salir de la

biblioteca.

¡Hala! Ya tengo una cita. Aunque no precisamente con quien deseo.

A una hora a la que no debería estar permitido molestar a nadie, el teléfono de mi mesita de noche vibra y me despierta de un plácido sueño en el que Álex es el protagonista absoluto. No hay nada malo en fantasear un poquillo, ¿no? Imaginar escenas idílicas en las que ese hombre guapérrimo, rendido por completo a mis encantos, despliega su repertorio amoroso, me desnuda y me hace suya, comenzando con un beso de

tornillo que yo vivo, no entiendo por qué, a cámara lenta. Primero me mira como me miró la mañana tras la fiesta en su casa, cuando me llevó a la mía. Me inmoviliza como hacen las serpientes con los pajarillos antes de devorarlos, a continuación se inclina sobre mí, y yo, sabiendo lo que sigue, tiemblo como una hoja. Su fuerte mano viaja a mi nuca, me revuelve un poco el pelo y me atrapa. La otra mano se desliza por mi mejilla, primero hacia arriba, luego girando para bajar recorriendo el mismo camino, pero con el dorso de los dedos. Mi impaciencia se desborda y él ralentiza aún más sus movimientos. Pretende

enloquecerme.

Ring, riiiiingggggg.

—¡Joder! Ya voy, ya voy... —Tanteo con la mano en la oscuridad y golpeo un sinfín de objetos hasta dar con el auricular del horrible aparato, que vuela a mi oreja. Como sea mi madre con alguna melindrez de las suyas, se las carga—. ¡Digaaaaa!

—¡Uissss, qué gritos, criatura! ¿Qué vas a dejar para cuando te despellejen?

—¿Luluis? Pero ¿qué hora es? —Despego un ojo. El segundo aún no puedo.

—Alrededor de la una. No me dirás que ya estabas roncando —dice con su

suave voz de cuentacuentos—. Oh, sí, de acuerdo; a juzgar por tus rugidos de dragona preñada, estabas dándole a Morfeo por detrás.

—Me has cortado el sueño en lo mejor, no te lo perdonaré en la vida. — Me desperezo y trato de incorporarme un poquito, apoyando la espalda contra el cabecero.

—Pero si no has madrugado.

—Lo he hecho. Y para más inri me he pasado el día en duermevela intermitente.

—Entonces no estás cansada. Escucha, ¿vienes mañana al gimnasio?

—Me falta poco para acabar la

tesis. Entro en barrena, Lulu, fase final. No tendré más remedio que reorganizar la agenda para este último mes. Mañana mismo hablo con Teresa y reviso el horario de mis clases.

—He pensado que te sustituiré en las que haga falta si te ponen alguna pega. No quiero perderte.

Esa confesión me espabila del todo.

—¿Has oído algo? ¿Es que piensan despedirme?

—Bueno, ya sabes que el zorrón de Teresa piensa que el gimnasio es sólo suyo porque se está beneficiando al ciego del dueño. Y te tiene inquina, Sofía, eso te consta, aunque te lo echés a

la espalda. Cuando le pasas por delante, puedo oír sus colmillos rayando el suelo.

—Es una hija de puta —resumo feliz.

—Que te pondrá de patitas en la calle con cualquier excusa. Por eso te llamo...

—A horas intempestivas —puntualizo con una chispa de humor.

—Te quejarás encima...

—No, cielo, no me quejo. Te quiero por encima de todas las cosas vivas, lo sabes.

—Cuando hables con ella, déjale bien claro que tu horario será justo el

mismo que viene siendo. Unas clases las darás tú y otras las daré yo. Entre nosotros nos arreglamos. Y si pudieras evitar tratarlo con la zorrís e ir directamente a Paco, sería genial. A él lo tienes en el bote.

—Por eso ella me odia.

—Que le den, que yo lo pago. ¿Te ha quedado claro? No hay alteraciones.

¿Que no las hay? ¿Le parecerá poca alteración sustituir a una profesora de aeróbic rubia y menuda por un profesor de yoga de metro noventa, fibroso, gay y con un sentido del humor ácido y de lo más peculiar? No sé yo...

—Luluis —empiezo con tiento—, no

tienes por qué hacerlo, lo tuyo no son los movimientos bruscos.

—Calla, tonta, si lo estoy deseando. Un cambio de aires, un despejarse, un no pensar en Momo...

—¿Has dicho Momo?

Me llega un gimoteo afectado desde el otro lado del hilo.

—¿Os habéis peleado?

Un sorbido de mocos a la desesperada. Mi Luluis ha estado llorando.

—Un poco mucho. Es un maniático caprichoso decidido a volverme turulato. Ahora te amo, ahora te odio... Ya sabes, tan pronto soy el centro de su

universo como no me recuerda en una semana. ¡No puedo soportarlo!

Su aullido se cuela en mis oídos soñolientos y tiene el efecto de una sirena de bomberos conectada directamente a mi sien.

—¡Luluis!

—¡Es un maltratador psicológico y, a pesar de ello, lo quieroooo!

—Cariño, tranquilízate, esas acusaciones tan serias no las hagas a la ligera.

—Pretende volverme chalado con esta montaña rusa emocional —dice lloriqueando.

—Mañana hablamos tranquilos, a

ver si podemos clarificar las cosas. No mereces sufrir de esa manera...

Lo oigo respirar hondo, del mismo modo que lo hace durante sus clases.

—¡Inhaaaaaaleeeee! —dice en inglés.

—Eso, eso, toma aire.

—Ok, mañana hablamos —me despide con precipitación—, pero no de Momo; se ha marchado a Barcelona unos días. No olvides lo que te he dicho. Puntea a la zorripuerca de Teresa y pide ver sólo a Paco.

Antes de que pueda darme cuenta o reaccionar, me encuentro con el teléfono en la mano y el pitido monótono de una

conversación interrumpida. Lo miro como una estúpida. Ahora sé que no pegaré ojo en toda la noche. Tengo los nervios a flor de piel y tiemblo pensando en el sufrimiento de mi pobre y sensible amigo, aunque él parece haber pasado página.

Si pagasen por noche de insomnio, yo me habría construido ya un chalet en Pedralbes.

#DosMásDos

Está claro que Silvia quiere ser mi amiga al margen de su hermano. Pues bien, yo voy a demostrarle que deseo lo mismo. No cederé a la terrible tentación de interrogarla, cultivaremos nuestros propios temas de conversación.

—¿Sobre qué va tu tesis?

—Maltrato psicológico. Ya está casi lista, la leeré en poco más de un mes, me muero de ganas.

—Menudo temita. —Silvia se lleva una patata frita mojada en mayonesa, directa a la boca—. Interesante y peligroso.

—Porque es invisible —apunto. Creo que ella sabe de lo que hablo.

—Nadie quiere ir al juzgado a defender uno de éstos. Son casos que los letrados dan por perdidos antes de empezar.

—Teniendo en cuenta la proporción de suicidios, y que el abuso psicológico

es el origen y fundamento del físico, esa panda de politicuchos interesados deberían situarlo a nivel uno de importancia.

—Podrías ayudarme tanto... —Posa una mano en mi antebrazo apoyando sus palabras—. Espero que decidas venirte conmigo al despacho, haríamos grandes cosas.

—No creas que no me tienta, pero la idea de dedicarme a la Psicología clínica me entusiasma tan poco... —La cara de Silvia es un poema al escucharme—. Sí, ya sé que te preguntarás para qué diablos he estudiado esto pues. Y la respuesta es

bastante bochornosa: por conseguir un título, el que fuera. Nada me gustaba demasiado ni demasiado poco, no llegaba a decidirme. También habría querido ser periodista o bióloga, o cirujana, y cuando lo pienso y veo que ninguna de esas profesiones tiene que ver con la otra, deduzco que carezco de vocación. Eso me entristece y me acompleja.

—No debería, el trabajo no es más que un medio para ganarse la vida — resume ella pragmática.

—Bueno, de acuerdo, pero ¿sería mucho pedir sentir verdadera pasión por algo, sentirte vibrante y vivo cuando te

dedicas a ello en cuerpo y alma?

—¿Y que esa pasión te dé de comer?

—pregunta queriendo asegurarse.

Asiento, por un momento más pendiente del café que de mis torpes respuestas.

—Sí, es mucho pedir. Muchísimo — dice.

—Tú disfrutas con la abogacía.

—Ni me lo planteé siquiera. Cuando creces sabiendo que heredarás el despacho y los clientes de tu padre, hay que ser muy rebelde para tirar por otro camino. Me temo que yo no lo soy. — Esboza una sonrisa tímida—. Fue una especie de dedicación preprogramada.

—Pero tu hermano...

—Sí, para todos fue una sorpresa que Álex antepusiera su vocación. Todo se reduce a que él odia el Derecho, y en cambio a mí, si bien no me volvía loca de entusiasmo, tampoco me horrorizaba. ¿Y sabes qué? Ahora adoro lo que hago, plantear las estrategias de defensa, aunque el trato con los clientes sea a veces una pesadilla y cobrar se convierta en misión imposible.

Me fijo en cómo le brillan los ojos al hablar de su profesión y la catalogo como afortunada. Algo que difícilmente podría aplicárseme a mí, con el batiburrillo mental que tengo respecto a

mi futuro.

—A eso me refiero. Qué envidia me das.

—Deja que te enseñe el despacho — me ofrece de repente, emocionada—. No está muy lejos.

—Pero, Silvia, yo aún...

Trato de frenar su imparable vehemencia, pero ella se levanta de un brinco, mira la cuenta, deja un billete de diez euros bajo el cenicero limpio y me agarra del brazo la mar de resuelta.

Resulta indudable que es una chica que sabe lo que quiere, cuándo y a qué velocidad.

Caminamos por calle Larios y cuando ya casi alcanzamos el borde de la plaza de la Constitución, Silvia apunta con el dedo uno de los antiguos edificios rehabilitados, de techos a más de tres metros de altura y ventanales alargados, donde siempre he soñado vivir.

—Ahí es.

Y esa simple frase consigue que me derrita de ganas.

El portal es precioso. Todo se ve brillante y nuevo, sin embargo, el suelo de mármol multicolor, los encajes de piedra en las paredes y la barandilla de

madera de la escalera se ajustan a lo esperable en un inmueble de la época. Casi puedo oír el frufú de las largas faldas de las damas del diecinueve paseando por los corredores. Se me encoge el estómago con un sofocante revoloteo de mariposas. Tengo una imaginación que con nada se desborda. Basta con que me ubique en un decorado un poco fuera de lo habitual, para que vuele sola inventando historias de amor. Y este edificio lo tiene todo. ¡Todo! Hasta ascensor con reja.

—¿Funciona? —pregunto con cierto temor.

Silvia sonrío más que satisfecha por

mi apabullamiento.

—A la perfección. Aunque estamos en el primero, lo probaremos para que vivas la experiencia.

Madre mía, es un milagro que no lo hayan desinstalado y sustituido por una caja claustrofóbica y metálica, con puertas de seguridad modernas. Alguien ha preferido invertir un buen montón de dinero y conservar en glorioso estado el elevador original. Silvia parece leerme el pensamiento.

—Mi padre adora estos cachivaches antediluvianos, se empeñó en restaurarlo.

Qué suerte. Por lo general, el mío

sólo adora los partidos de fútbol si va ganando su equipo. Sonrío tensa, consciente de la distancia entre nuestras familias y, en consecuencia, entre Álex Conde y una servidora.

El ascensor arranca con un suave traqueteo. Huele a maderas nobles bien barnizadas, tiene espejos bruñidos y laterales de cristal de colores encajados en mosaico. El trayecto es breve. Silvia empuja la puerta doble y, a continuación, la reja dorada. Salimos a un descansillo amplio y cuadrado con sólo dos puertas enfrentadas, lo que da una idea previa de los metros cuadrados de los pisos. Sí, muchos.

Silvia saca un llavero de su bolso, un gato metálico articulado, con cientos de cristalitos como diamantes incrustados, y abre la puerta que está bajo la letra «A».

Qué bien huele dentro. A libros, madera y flores. Y se respira paz. Un sosiego envolvente, mágico, tranquilizador. Todo lo que cualquiera en sus cabales podría haber esperado del despacho perfecto está aquí, entre estas paredes de techo lejano y ventanales al patio de luces.

—¡Qué sitio tan... bonito! — exclamo, lamentando no haber escogido un adjetivo más vistoso—. Así da gusto

trabajar.

Silvia suelta una risita encantadora.

—Esa impresión es justo la que quería causarte. Y no has visto nada, esto es sólo el recibidor. —Señala el mostrador, curiosamente moderno en contraste con el estilo arquitectónico—. Y nuestra pieza más preciada, Helen C. Rogue. El alma de este cuchitril.

Reparo en la joven que está en la recepción, tan discreta y callada hasta el momento, que, embobada como estoy, ni siquiera la he visto. Es morena, con el pelo hasta los hombros, lacio y brillante, de piel luminosa y hermosa sonrisa. Me saluda con una mezcla de respeto y

extrema simpatía. No sé qué me gusta más así de entrada, si ella o esta increíble oficina.

—Ven, que te enseñe mi despacho, la sala de juntas... —Alguien que se esconde en el corredor de la derecha llama su atención—. Carla, ¿eres tú? Sal, que te presento a una buena amiga y futura socia.

De la habitación de al lado surge una chica bajita y menuda, con gafas y sonrisa timorata. Antítesis de la refulgente Silvia, la abogada con apariencia de modelo. Carla es el vivo retrato de un asustadizo ratón de biblioteca. Pese a su aspecto anodino e

inofensivo, me mira molesta, con el gruñido que se reserva a las moscas que se atreven a posarse sobre un plato de crema de langosta. Silvia nos presenta y lanzamos un par de besos al aire como si de verdad nos alegrásemos de conocernos, aunque la mirada de saeta que me dedica no es muy amistosa que digamos.

Demonios, ¿por qué me mira así? No vengo a quitarle nada. ¿O sí? ¿La atención de Silvia? ¿Su afecto? ¿Es que acaso no tiene suficiente para las dos? Con sólo un intercambio de miradas ya no me siento bienvenida. Mira qué bien, ya tengo pretexto para rechazar un

despacho que a todas luces no puedo costearme ni en sueños.

Por último, cuando todo el vetusto decorado de película de época ya me ha robado el corazón, Silvia me propina el golpe de gracia:

—Y en último lugar, tu despacho.

—Silvia, no me ilusiones... —le ruego lastimera.

Pero le importan muy poco mis reparos y miserias, me agarra del brazo y tira de mí por el pasillo hasta una puerta al fondo.

—He reservado lo mejor para el final, para que te lleves buen sabor de boca; no seas aguafiestas y deja de

protestar.

¡Oh, *Santa Madonna!* No deberían existir habitaciones como ésta. Una enorme mesa de despacho con un iMac ultrafino de veintiuna pulgadas y un sillón giratorio de cuero blanco, exactamente igual al del despacho de Silvia. Estanterías de madera patinadas en gris perla muy claro, casi empolvado, envejecidas y hermosas, llenas de libros y manuales encuadernados en piel. Un sofá Chester tapizado en crudo y una mesita de café hecha con la mitad de una puerta antigua, tallada de forma artesanal a navaja, con un cristal encima. No consigo cerrar la boca ni

soltar la exclamación que esto se merece. Silvia salta y palmotea traviesa.

—Sabía que te iba a gustar.

—Silvia... —Me dirijo al ventanal alargado, que corta en dos la pared, de suelo a techo, y atisbo la calle Larios desde la posición privilegiada que me brinda la altura. Me vuelvo para mirarla con una nota de pesadumbre en los ojos. Prefiero tragarme el orgullo y ser sincera—. Silvia, te agradezco que pensaras en mí, pero yo, simplemente, no puedo costearme un alquiler así.

Ella avanza los pasos necesarios para cogerme las manos y mira por encima del hombro para asegurarse de

que Carla no espía. La otra abogada y su cara avinagrada se han refugiado en su despacho un microsegundo después de saludarnos, sin dar muestras de mayor interés. Estamos solas.

—Oye, no hace falta, no lo necesito. Este despacho fue el primer lugar de trabajo de mi padre y está pagado. —Baja la voz—. Carla costea su parte y con eso y un poco más cubro el sueldo de Helen. ¿Ves? Los números cuadran, no necesito otra renta para funcionar, créeme.

—No voy a instalarme aquí gratis —me opongo, sintiéndome peor que antes.

—No será gratis, me haces mucha

falta, será a cambio de tu trabajo. Harás informes psicológicos para mis asuntos de familia y atenderás a mis clientes si necesitan un empujoncito para superar los traumas del divorcio. Tendrás clientela asegurada, al margen de la que consigas por tu cuenta. Trabajaremos en equipo. Por favor, dime que aceptas, dime que sí.

—No sé... —Bufo confusa.

Cualquiera que la vea rogar creerá que soy yo la que le hace el favor de su vida.

—Siempre he querido tener una hermana —me confiesa—. Álex es el mejor, no te quepa duda, pero es chico. Me falta una confidente, alguien que

piense igual que yo, que entienda mis neuras.

No puedo evitar reírme. Silvia parece tan equilibrada, que la palabra «neurás» chirría en su boca.

—Tú no tienes de eso —le digo.

—Las apariencias engañan; soy una loca del tinte como otra cualquiera y cuando se me va la pinza mi hermano no sirve, sale corriendo y se esconde en el armario. Álex odia discutir. ¿No querrías ser mi hermana postiza? —pide con un pucherito.

Desvío turbada los ojos. Ella ignora lo cerca del corazón que anda la llaga donde acaba de poner el dedo.

—Yo también echo en falta esa alma gemela. Ni siquiera tengo cerca a alguien como Álex. Mi hermano vive su vida muy lejos y yo llevo sacándome las castañas del fuego sola desde pequeña.

Suena tan prometedor, tanto como agradable es verme allí sentada, ante la mesa de este despacho divino. Sí. En esas condiciones me ilusiona la idea de ejercer. Casi puedo ver a mis pacientes saltando de alegría camino de la puerta, felices y completamente curados, tan complacidos como yo.

—Y aquí podrías colocar tu diván —sugiere la voz soñadora de Silvia, añadiendo un detalle más al carrusel de

«innumerables motivos por los que si rehúsas estás chalada».

Ahogo un suspiro, todavía anonadada por la visión de la impresionante sala de juntas con su gran mesa y sus ocho butacas de piel beige, más propia de una multinacional que de un bufete legal. Aquí todo me viene grande. Sin embargo, me vuelvo hacia Silvia con un extraño brillo en los ojos. Y acepto.

#ElIncreíbleDespacho

Lo de que ejercer o no tu carrera te desepite de ilusión, va a ser que depende de que un fabuloso despacho aguarde a que te saques el doctorado, o, por el contrario, tengas las mismas posibilidades de abrir consulta que de

que se te declare David Gandy hincado de rodillas. A mí me ha tocado la lotería. Silvia me abrazó saltando de júbilo cuando le dije que sí y yo me he puesto las pilas en la biblioteca a tal punto que en un par de semanas tendré lista la tesis. Pero con esto me anticipo a cosas que han ocurrido mucho antes. Me centro.

Tres días después de deslumbrarme con su oficina de la calle Larios, la rubia vuelve a llamarme.

—Atiende, preciosa, se han alineado los planetas —me anuncia festiva—: Uno dice que tú querías renovarte el guardarropa.

—Ay, sí —recuerdo con pesar—, cómo me hace falta.

—Otro, que yo vuelvo a disponer de una tarde ociosa; mi amor anda por el aseo marítimo en bicicleta, posando para una marca de ropa deportiva. El tercer planeta de la conjunción sugiere que mi amiga dueña de una boutique acaba de traer la colección de verano y nos hará unos descuentos relocos. ¿Te animas?

La boutique de Marie Lou, así se llama la amiga de Silvia, es uno de esos locales extravagantes y carísimos en los que yo no me atrevería a entrar ni borracha, con una decoración próxima a

una escena de *Alicia en el País de las Maravillas*, y tiene prendas, con sus correspondientes etiquetas de precio colgando, que te dejan turulata. Ambas cosas: la ropa y lo que piden por ella. Silvia se las apaña con bastante habilidad para convencerme de que tanto esfuerzo entre doctorado y curro merece su recompensa y que me debo a mí misma un premio de, digamos, doscientos euros.

—Es probable que encontremos algunas bragas que se aproximen a esa cantidad.

—Me refiero a doscientos euros al mes durante algunos meses — gorjea

Silvia divertida. Yo me atraganto; después de este susto no lo cuento.

—¿Qué dices? —me exalto.

—¿No tienes un sueldo como profesora del gimnasio?

—Sí, pero...

—Pero nada. Sales poco, el alquiler del piso lo tienes controlado, vas a darte un gusto y renovar el armario, que te hace falta, y en paz.

—Si no lo niego —tartamudeo—, pero mis ahorros son para después.

—¿Cómo que para después? ¿Para cuándo mejor que ahora?

Le cojo las manos a esta loca y lauerzo a tranquilizarse. Que pare de dar

brincos al menos.

—Para cuando me doctore, Silvia, para cuando me lance al mundo cruel y me toque enfrentar gastos desesperados.

—Claro, y que el mundo cruel ese te pille sin un calzado adecuado y el maquillaje perfecto. Anda ya. Aparte, un pajarito me ha contado que ya tienes oficina y que no te saldrá cara.

Me ruborizo hasta que mis orejas alcanzan los cien grados. Agacho la cabeza.

—No me abochornes. ¿Lo ves? No quiero ir de gratis a ninguna parte.

Silvia me obliga a levantar la barbilla.

—¿Otra vez? Me refiero a que no necesitarás pagar el alquiler con dinero, no que vayas a aprovecharte de nadie. Vamos, mujer, no te sientas mal, no seas tonta. Además, te lo repito, todo lo que adquieras ahora te vendrá bien para tu vida profesional de luego.

No respondo. Ella busca mis ojos, contorsionándose hasta arrancarme una carcajada.

—¿Sí? —insiste con una mueca cómica.

Meneo atónita la cabeza, aguantando la risa.

—¿Siempre te sales con la tuya, bruja?

Tira de mí y atravesamos la tienda a la carrera.

—Siempre. Mira qué vestido. Con esas caderas de modelo, te va a quedar de muerte, fijo.

Al cabo de un par de horas salimos de la tienda que da miedo vernos, cargadas hasta las cejas, evitando hacer siquiera un cálculo por encima de lo que me he gastado. Silvia ha negociado los plazos a razón de setenta y cinco euros al mes el resto de mi vida, y yo me contento con poder afrontarlos. Punto final. No le doy más vueltas.

Nos vamos a celebrarlo con unas cañas heladas, patatas fritas y un buen

plato de aceitunas. Después llegan los calamares y las albóndigas. Y cuando más llena tengo la boca, aparece Álex. Como surgido de la nada, más guapo que nunca, dispuesto a cortarme la respiración con una mirada. Se me forma un nudo en la garganta mientras lo veo besar a su hermana y luego a mí, dos veces en las mejillas, como si nada. Es casi mediodía y huele a recién duchado, a menta y limón. Me alboroto tanto que prefiero hacerme la distraída y llevarme un buen puñado de patatas fritas a la boca.

—¿Os importa?

No sé para qué pregunta si ya se ha

cogido una silla y se une a nosotras como «una más», con ganas de palique. Que lo atienda Silvia. Yo bastante ocupación tengo con no ahogarme teniéndolo tan cerca y contando los días que llevo sin verlo. Sólo son cinco, de lunes a viernes. ¿Por qué me parece una eternidad? ¿Y cuál es el motivo de que aparezca aquí de repente? ¿Lo habrá avisado su hermana? ¿Querría verme y se lo ha pedido?

—¿No, Sofía? —lo oigo decir.

—¿Eh? —Salgo de mi limbo particular y me lo encuentro mirándome a la cara con esos ojos verde hierba que deberían estar multados. Trago saliva

como una quinceañera asustada, necesito unos minutos para recomponerme—. Perdona, no te escuchaba —me disculpo con un esbozo de sonrisa.

—Que si nos damos una vuelta este fin de semana.

—¡Todos juntos! —aplaude Silvia, pidiéndole otras dos cervezas por señas al camarero.

—Sí, claro —respondo atropellándome. En ese momento, para acabar de aturullarme, me suena el teléfono. Pido disculpas, abandono la mesa para buscar un recodo discreto y atiendo a Ximena—. ¿Qué hay, amiga?

—¿Por dónde andas? —Suena a

funeral, la verdad.

—En el centro, he salido a comprarme unas cosillas antes de echar a correr por la calle desnuda por completo.

—¿Que has salido de compras?
¿Sola?

Carraspeo.

—No, la verdad, con Silvia.

Silencio de reproche al otro lado de la línea.

—Podrías haberme avisado, me habría gustado acompañarte, ya sabes que me lo tenías prometido.

Se me desploma el ánimo. Tiene razón. Tanto tiempo esperando con

paciencia a que le diera el sí para salir juntas y al final voy y me alío con alguien a quien prácticamente acabo de conocer. Vago por la acera sintiéndome miserable. Odio a la gente que es del último que llega y así me estoy comportando yo con mi fiel Ximena.

—Verás, no fue algo premeditado, nos hemos encontrado por casualidad —miento, no con la energía suficiente como para sonar sincera—. Se ha ofrecido a presentarme a una amiga dueña de una boutique... —Dejo la frase en el aire. Ximena acaba de darme la puntilla con un lánguido «Ah, ya»—. Y ahora, para colmo, acaba de aparecer

Álex.

—¿Habíais quedado? —pregunta, de repente interesada.

—¡No! —Ese monosílabo brota de mis labios como un disparo—. Ha aparecido aquí sin más, se ha sentado y está haciendo planes para el fin de semana.

—En los que espero que te incluya —completa Ximena con sorna.

—Bueno, claro, y a ti también. Irá Antonio. Irán todos.

—Genial, acepto, me irá de perlas como estrategia de acercamiento a Don Estirado.

—¿Ése quién es? —Me he perdido.

—El señorito Antonio, que no ha vuelto a dar señales de vida desde que amable y dulcemente rechacé su invitación del domingo por los motivos escatológicos que ya te constan.

—Joder, qué exigente, ¿no?

—Típico engreído pagado de sí mismo, pero me voy a divertir.

—¿Ya no te pone?

—Me sigue gustando tanto o más, pero tengo mis dudas acerca de adónde puedo llegar con un hombre como él. ¿Te digo una cosa y no te lo tomarás a la tremenda? —Gimo de forma débil—. Ese grupito está cortado por el mismo patrón: Antonio, Miguel, Raúl, Víctor y,

por supuesto, el mascarón de proa del barco pirata, Álex, que me imagino que actúa de reclamo para atraer a las chicas.

Desvió los ojos hacia él, que sigue en la mesa charlando alegre con Silvia. Es tan endemoniadamente perfecto... Noto en la boca del estómago una punzada difícil de ignorar.

—¿Sigues ahí?! —me chilla Ximena.

—Sigo, sigo. Es probable que tengas razón —asumo con desánimo.

—Bien, entonces ya sabes —deja caer pizpireta y jovial.

—¿Ya sé?

—Claro, no te enamores, no albergues esperanzas, no te derritas y, sobre todo, no construyas castillos que se desbaratarán de un soplido, como la cabaña de los cerditos. A entretenerse tocan —concluye mi amiga con un aullido de triunfo.

Me deja confusa. ¿Eso es lo que haremos? ¿Zambullirnos de cabeza en el peligro y tratar de demostrar que somos más listas que ellos? Valiente insensatez. ¿No es más razonable salir huyendo cuanto antes y cuanto más lejos mejor? En este campo de minas, dos almas sensiblonas como nosotras sólo pueden salir escaldadas. Yo peor que ella,

porque a mí me puede el romanticismo, me emboba y me atonta, hace de mí un pelele. En cuanto follo, me enamoro, y en esas circunstancias es cuando envidio la entereza de Ximena, que es capaz de sacudirse un romance de encima sin que se le mueva un pelo.

Tras colgar, regreso a la mesa con una sonrisa rota, muestra del caos que gira en mi cabeza. Habría dado el dinero que no tengo con tal de que Álex no volviese hacia mí su atractivo rostro, con esos ojos ardientes maravillosamente verdes que me empapan la entrepierna.

—¿Ocupada?

—Es una amiga —digo, apuntando al móvil y arrepintiéndome en el acto. No le debo explicaciones a nadie y menos a él.

Casi sin atender a mis últimas palabras, él se pone en pie apoyándose en las rodillas y se sacude los vaqueros caídos, que le sientan de pecado. Mierda y tres veces mierda. Miro para otro lado fingiendo indiferencia.

—Me marchó —anuncia. Y es como si me golpearan con una piedra en mitad de la cara—. Tengo toneladas de planos esperando en el estudio.

Ay, qué mono. Ahora es él quien da explicaciones. Hago lo imposible por

ignorar ese culo pluscuamperfecto escondido bajo el pantalón. Hasta me entran ganas de silbar.

—Nos vemos mañana sábado —es su despedida al besarme, mareándome con su aroma de agua fresca, demorándose una pizca más de la cuenta con sus labios sobre mi mejilla.

Sofoco un suspiro. Lo veo alejarse y termino de disfrutar mi cerveza con Silvia, aparcando la sensación de vacío, la pregunta de dónde y con quién saldrá esta noche. Respondo de forma automática a los frívolos comentarios de la preciosa rubia. Al menos, ella no es peligrosa.

Las horas que pasan hasta la tarde-noche del sábado las malgasto ideando mil horrores con Camila como protagonista. Me figuro que aparece en el bar donde nos reunimos, deslumbrante, embutida en un vestido del tamaño de un calcetín, melena y piernas interminables, físico de modelo rusa de sugerentes ojos rasgados tipo sirena, al lado de la que yo parecería la princesa Fiona en su estado de ogra verdosa. Álex le dedicaría el mil por cien de su atención sin reservar para mí ni una triste migaja. Pero bueno, a eso

voy, ¿no? A poner a prueba mi masoquismo. Camila es real y, sana o no, ellos tenían una relación antes de que yo apareciera. Voy a tragarme una amarga píldora que me inmunice contra los encantos de Álex Conde, que son muchos.

Para la ocasión tiro de estreno: sería genial poder ponerme un vestido especialmente corto y sexi, escogido por Silvia en persona, y que jamás pensé que me atrevería a lucir, pero que en esta especie de juego macabro de voluntades, con mi revolucionaria diosa interior pidiendo guerra, lencería atrevida y liguero, encajaría al

milímetro. Pero estoy con la regla (¡Por Dios, qué alivio! ¡No estoy embarazada de Sergio!) y paso de accidentes, ya he tenido muchos, demasiados. De modo que escojo otro vestido, entallado y rojo, algo menos osado pero muy favorecedor. Así, aunque sea para nadie en particular, esta noche Sofía se viste asesina y letal.

#ViajandoHaciaElInfini

No me cuesta convencer a Ximena de que vayamos hasta el centro en mi Vespa rosa. Se ve que tiene bien planificada la noche y que, de un modo u otro, incluye a Antonio, un revolcón y su apartamento, de modo que poco le debe preocupar el

medio para volver a casa. Bien por ella. Yo todo lo que llevo es una máscara falsa de digna felicidad, que se estrellará contra el suelo en cuanto la rutilante Camila aparezca.

Quedamos en vernos con los demás en un local de tapas exquisitas y vinos de reserva, y Álex llega, absolutamente guapo, con la única compañía de Víctor flanqueándolo y muchas ganas de cachondeo. Un hormigueo me recorre el cuerpo de pies a cabeza con sólo mirarlo. Vaqueros gris oscuro, camiseta azul marino muy lavada, cazadora de cuero marrón y un fular anudado de forma pecaminosa al cuello. Cuando dan

las doce, ya no pienso en Camila ni en la amenaza que representa. A estas horas, por completo seducida por las miradas insinuantes de Álex, por el halo de lujuria y sexo que desprende en cada movimiento que me dedica, colgadísima de su atención centrada en mi persona, de los halagos que me regala, me tiraría por un terraplén si me lo pidiese.

Volvemos al cortejo de la noche en que nos conocimos, antes de la fiesta en su casa, de su novia y de mi ridículo. Antes de que todo se torciera. Nuestras manos nerviosas coinciden más de una vez aleteando sobre la barra cuando vamos a coger los vasos. Resulta

excitante, ráfagas eléctricas que me sacuden a cada rato con mayor intensidad. Si en lugar de los dedos lo que colisiona son las miradas, la cosa empeora. Se arremolina el deseo en mi vientre, arrastrándome a un estado febril en el que apenas piso el suelo. Sólo puedo pensar en arrojarme a sus brazos, rogar para que me bese y me desnude, y no de modo necesario en este orden.

Silvia acude con su novio modelo, André, el alucinante, exótico mulato de ojos de obsidiana y espesas pestañas. Junto a él, la piel de alabastro de mi amiga y su larga melena rubia destacan viéndose aún más claras. Hacen muy

buena pareja. André es parlanchín y accesible, con don de gentes. Asegura que ya tenía ganas de conocerme, después de lo bien que Silvia le habla de mí, y nos cuenta un sinfín de anécdotas curiosas relacionadas con su trabajo en el extranjero. La conversación y las risas que nos echamos sirven de excusa para contonearme delante de Álex con toda mi artillería pesada: cruces de piernas, dedos enredados en los mechones, sexis caídas de ojos, sonrisitas apabullantes y demás. El repertorio completo.

Y él me mira. Más que eso, me devora con sus increíbles ojos de gato,

aunque yo finja indiferencia. La temperatura en alza se combina con el placer de sentirme deseada. Van subiendo mariposas por mi estómago, arriba, hacia el escote, reptando a mi cuello conforme avanza la noche.

En el otro extremo de la barra, Antonio y Ximena pelan la pava al más puro estilo «me pones mogollón y no lo oculto». Un chico sobradito y algo pedante, que ahora se muestra cortés y hasta tímido en su charla con mi amiga, a la que arranca una carcajada tras otra. Los pillo mirándose con los ojos brillantes de lujuria y al rato se limitan a desaparecer. Me huelo que caso de

deslizarme por lo oscuro, los sorprendería morreándose. Me alegro por ella. A ver qué pasa conmigo.

Pasa que cuando todos empezamos a hartarnos de la música de Mozart y Puccini reconvertida al tecno y Álex anuncia a voz en grito que se toma la penúltima en Cuba22, no muy lejos de allí, pero lo suficiente como para tener que recurrir a las motos, las parejitas anuncian retirada.

—Nosotros nos vamos a la cama, estamos rendidos —es la despedida de André, con Silvia agarrada posesivamente por la cintura y uno de sus zapatos en la mano.

—Estos malditos zapatos me hacen rozaduras —gruñe ella.

—Yo también paso —dice Miguel, con una seña imperceptible a Raúl.

Ahora o nunca, Sofía, coge aire.

—Yo creo que me tomaré esa copa contigo en Cuba —acepto con un mohín pícaro—, aunque juro que será la última, nada de penúltimas ni de gaitas.

El modo en que todos celebran mi intervención y la sonrisa lobuna que se dibuja en los perfectos labios de Álex me inducen a pensar en una especie de trampa urdida para dejarnos solos. Qué maravilla, cada mochuelo a su olivo y el chico de mis sueños y yo con un par de

horas de deseable intimidad y algo de alcohol por delante, con el beneplácito de todos sus amigos. Hasta que...

—Yo también os acompaño, no tengo sueño. Paso de meterme en casa tan pronto.

¡¡¡¡¿Comorrrrrr?!!!!

El capullo de Víctor acaba de pegársenos a la chepa, no puedo creerlo. ¿De verdad es tan ingenuo como acaba de aparentar o todo lo contrario? Un cabrón malnacido, dispuesto a fastidiarnos la cita. Me haría tremendamente feliz endiñarle una buena colleja ahí donde termina el cuello. So pedazo de imbécil.

—¿Vamos en las motos? —pregunta Álex con mucho menos fuelle y entusiasmo que hace unos minutos.

Estoy tentada de confesar que lo he pensado mejor y que no voy, pero puede ser que una vez en el bar Víctor se percate de que sobra, que está estorbando, y pique billete. La noche aún puede salvarse, me niego a darla por perdida. Salimos a la calle y despedimos a los que se quedan. Álex no me ofrece compartir la moto, el asiento de atrás ya se lo ha adjudicado su inseparable Víctor, que lo que trae es coche, por aquello del aparcamiento difícil en los alrededores de Cuba22. Nos

ha jodido, qué caradura, reventando el ambiente que nos hemos esforzado en crear. Hasta el fondo.

Hemos logrado, quién sabe si queriendo o sin querer, una situación de lo más insólita. Tres amigos rígidos e incómodos que no saben qué decirse, en un bar de copas para parejitas, con música romántica y sugerente, luz tenue y una escopetilla de metro noventa llamada Víctor, que de repente se me antoja más siniestro que nunca. Álex pide copas para todos y Víctor me ofrece conversación de la trivial, interesándose por mi doctorado. Ya ves, ni que le importara. Trata de hacerse el

simpático, el enrollado, pero la sola mención del nombre del bar debería haberlo alertado de que Álex proponía una cita íntima. Una cita a dos, *cachocabrón*. Los demás se han retirado discretamente, ¿por qué él no? Por joder, está claro.

Cojo el cubata de manos de Álex, que si bien no parece feliz del todo, tampoco acaba de ponerle al petardo de su amigo el careto de asco que la situación requiere. Poco a poco me voy aislando, permitiendo que sean ellos los que hablen, manteniéndome al margen de la animada cháchara en la que Víctor lleva la voz cantante y Álex asiente,

cabecea o suelta monosílabos a discreción. Nos acomodamos en una mesa con varias sillas dispersas alrededor y nos dedicamos a observar cómo otras parejas se hacen carantoñas. Menuda caca.

Toda mi excitación, el húmedo deseo de hace un rato, se ha evaporado y lo que queda, mirándolos de reojo a los dos, es rabia contenida. Víctor es un cerdo envidioso y entrometido, que obviamente no soporta la idea de que su amigo y yo avancemos un solo paso en ninguna dirección. Puede que me pase de dura al juzgarlo, pero cuesta trabajo imaginar que se nos haya colgado sin

segundas intenciones, por pura inocencia. ¡Álex y yo no somos tan divertidos, leñe!

Suspiro. La luz se ha hecho más escasa si cabe y las parejas se meten mano en los sofás sin ningún recato. Otra vez fantaseo con el tacto de Álex sobre mi piel, templándome, haciéndome vibrar. Lo deseo con todas mis fuerzas, espero que él también. ¿Él también? Entonces ¿por qué diablos no me ha propuesto al oído una escapada, en lugar de invitar a los cuatro vientos a todo el que quisiera apuntarse a una penúltima copa en Cuba22?

De repente las cosas ya no están tan

claras, ni el interés de Álex por mí tampoco. ¿Y si todo es una absurda película de terror que yo misma me he montado? ¿Y si al final el odioso Víctor me ha hecho un favor evitando que hiciese el *ridi* entregándome a Álex como una borracha enamorada?

Vuelvo a espiarlos en silencio, sonriendo de vez en cuando para disimular mi malestar, preguntándome qué demonios hago allí sin hablar con nadie y sin disfrutar, con lo que me duelen los pies. Víctor no es buena persona, me drogó para aprovecharse de mí, algo que hasta entonces sólo había leído en las novelas. Puede volver a

intentarlo. Su tono distendido y su semblante bonachón no logran engañarme. Dejo de golpe el vaso a medias sobre la mesa y me pongo en pie con precipitación. Por Dios, qué aburrimiento más grande.

—Me marchó, es tardísimo y tengo los pies como si me los hubiese torturado la Inquisición.

Me inclino hacia ellos tras indicarles con un gesto que no se muevan, que conozco el camino hasta la puerta. Me domina un turbador sentimiento, mezcla de enfado, temor y humillación. ¿Es que no puedo dejar de ponerme en evidencia allí donde me

encuentre con Álex?

—Nos vemos, chicos —me despido, aparentando normalidad.

—Nos vemos —responde Víctor en tono alegre.

Álex no despega los labios y yo maldigo su nombre y mi obsesión perversa, mientras arranco la vieja Vespa rosa.

Llego a la entrada del garaje de mi casa en apenas veinte minutos. En Málaga, si sales por el centro, no hay grandes distancias, todo queda muy a mano y la brisa de mediados de mayo es

una gozada con sólo echarte una cazadora ligera por los hombros. A lo lejos me parece distinguir una silueta tan endiabladamente deseada que me pregunto si será un espejismo.

No, no lo es.

Es Álex, a horcajadas sobre su imponente moto como un Top Gun del siglo XXI, esperándome con una sonrisa colgada de la comisura de los labios. El corazón me salta de felicidad dentro del pecho, pero me las arreglo con bastante dignidad para hacerme la dura y aminorar la velocidad de *Martita* hasta ponerme a su altura.

—Deja que adivine: se me ha

olvidado el bolso en el bar y vienes a traérmelo —bromeo, muy en mi papel.

Álex esboza una encantadora sonrisa. Cuando se pone tímido es para comérselo enterito.

—Sería una buena excusa, mira. Mierda no haberseme ocurrido.

—¿Dónde te has dejado al escudero? —Empiezo a modificar el tono de voz, haciéndolo más sugerente.

—En su puñetera casa —responde con un violento graznido.

—Vaya, esa respuesta tan brusca sí que no me la esperaba.

—Se lo merece, por fastidiarnos el fin de juerga.

No he apagado el motor de mi moto y la Vespa continúa encendida, ronroneando. Y a mí me falta el canto de un duro para ponerme de rodillas y hacer justo lo mismo.

—¿Y viene usted por...? —Simulo no tener ni idea de qué va el rollo, como si el erotismo que bailotea en su sonrisa no fuera lo bastante explícito.

—Asegurarme de que entra usted sana y salva en el garaje y aparca sin llevarse por delante ninguna columna.

Frunzo el morrito.

—Tengo que confesar que la bebida me confunde... un poquito —digo, humedeciéndome los labios.

Los ojos verdes de Álex sueltan un destello.

—¿Mucho?

—Lo suficiente como para perder la cabeza, aunque no para darme con los pilares del parking.

—Señorita, pienso hacerle un examen de aliento, a fondo —me advierte, encendiendo su moto.

Echo atrás la cabeza, mucho más contenta de lo que recuerdo haber estado en los dos últimos meses, acciono la maneta del acelerador y me sitúo frente al portón del garaje. Oigo a Álex detrás de mí, jugueteando con su propio acelerador. Apoyado en el sillín, mi

sexo palpita impaciente. Las mariposas de los cuentos revolotean por mi vientre y el deseo ya se anticipa en mis pezones endurecidos.

Mierda. Estoy con la regla, por poco me olvido.

Bastante chafada, aprieto el mando de apertura y la enorme puerta metálica comienza a abrirse para nosotros. No importa, me consuelo, todavía puede ser que las circunstancias cambien en mi beneficio. Seguida por Álex, desciendo la rampa, me adentro en las tripas del edificio y me dirijo a mi plaza. Aparco a *Martita* con parsimonia, disfrutando malévolamente del hecho de que él me espere

montado en su moto. Acabo de poner el seguro y, con las llaves en la mano y actitud chulesca, me doy la vuelta interrogante.

—Misión cumplida.

No me muevo del sitio. El modo en que me devora con la mirada me fascina. Hace un gesto con el índice derecho para que me acerque.

Obedezco a cámara lenta, poniendo a prueba su resistencia. Cuando me detengo a su altura, nos miramos con irrespetuosa fijeza. Está claro que nos deseamos. Voy a disfrutar de estos instantes irrepetibles, de los primeros contactos, del primer beso... Alargo la

mano hacia la llave de su moto y la apago. La Harley suspira y calla.

—¿Nunca te han dicho que mantener un motor encendido dentro de un habitáculo cerrado es, además de peligroso, antiecológico? —lo sermoneo con tono de repelente sabelotodo.

—Menos mal que te tengo cerca, Doña Perfecta.

Aprovecha la mínima distancia que nos separa y me cubre las mejillas con las manos. Son cálidas, enormes y suaves. Me entran ganas de acurrucarme y frotarme con ellas. Avanzo un pasito más hasta quedar prácticamente pegados. Que él siga montado en la

moto, con las largas piernas separadas y el bulto del paquete a punto de estallar me parece tan sexi...

—Sofía... —susurra con esa voz suya, grave, radiofónica e irresistible, antes de reclamar mi boca y cubrir mis labios con los suyos.

Es un beso dulce, lento y demoledor, que va a más y acaba enloqueciéndome de puro profundo. Es... el origen de todos los besos. Porque besa de escándalo. Sabe bien cómo deshacerme a base de mordisquitos, caricias labio con labio y enredos de lengua. Lo que comienza como algo tímido se va fortificando y termina en un derroche de

sensual pasión, con gemidos intercalados que harían enrojecer a cualquiera de mis vecinos si hubieran aparecido por allí. Al despegarse las bocas, se encuentran nuestras frentes y nuestros alientos consiguen fundirse en el nimio espacio que nos separa, dispuestos a comenzar de nuevo, a devorarnos sin piedad. Elevo la vista, prudente, y detecto una sonrisa en la comisura de sus deliciosos labios.

—Nena, estos besos son de los que no se olvidan.

—No, no se olvidan —convengo con entrega, exigiendo otro de inmediato.

Álex aferra mi cintura y, sin

soltarme, logra bajarse de la moto, poner la pata de cabra y desentenderse de la máquina para empujarme jugueteón contra la pared, empotrarme en ella, hundir la mano libre entre los mechones de mi pelo y asolar mi boca de nuevo sin permitirme ni respirar. No es que yo quiera, desde luego. Su evidente erección clavada en mi vientre actúa como un imán poderoso, una especie de conexión con el más allá, que promete propulsarme directa al cielo. La mano de Álex navega de mi cintura a mis nalgas y se agarra a mi culo, masajeándolo con ansia. La otra recorre el camino de mi cuello y se ancla en mi

escote.

—¿Subimos a tu apartamento? —
pide contra mis labios. Logra que suene
casi como una súplica.

—No puedo —respondo, sin dejar
de besarlo. Mi temperatura, enloquecida
por completo, ha ascendido muchos
grados.

—Qué tontería, ¿cómo no vas a
poder? —Castiga mi rechazo con un
mordisquito picante en el labio superior.

—Estoy con la regla —confieso en
un murmullo, muerta de vergüenza.

Cuelo las manos por el cuello de su
camiseta y llego hasta la nuca. ¡Jesús!
Huele tan bien y es tan firme y suave...

—No me importa —dice impaciente—, de verdad que no me importa.

—Pero a mí sí. No es eso lo que quiero en mi primera vez contigo, quiero un recuerdo agradable —le muerdo la lengua—, sexi —le lamo el cuello—, lujurioso —tiro de él hacia la oscuridad de la escalera—, morboso —le clavo unos ojos casi nublados por el deseo— y absolutamente inolvidable.

—Tú ya eres inolvidable sin necesidad de meterte en la cama —asegura, siguiéndome dócil.

En cuanto lo empujo contra los escalones, él se medio tumba, con sus piernas interminables estiradas, y yo me

subo el vestido y me siento a horcajadas sobre su erección, por completo desinhibida. Tramo mi venganza. Estoy pero que muy cachonda, es cierto. Mucho. Más de lo que nunca estuve con Sergio ni siquiera al principio de nuestra relación. Pero no lo suficiente como para perder el juicio. A pesar de lo que Álex me atrae, su falta de sinceridad resulta ofensiva. ¿Qué pasa con Camila? ¿Por qué no la nombra y se comporta como si no existiera? Ignora que yo los oí discutir y cómo ella reclamaba su lugar como novia oficial. Y aquí lo tengo, tratando de seducirme de la peor manera, abriéndose paso

hasta la intimidad de mi apartamento para follarme como si no hubiese un mañana.

#ComoSiNoHubieseUnM

De acuerdo, es lo mismo que deseo yo, pero no va a salirse con la suya. Me encargaré de que regrese a casa frustrado y bien jodido, con los huevos hinchados y cosas en las que pensar. Me inclino sobre su pecho firme y deseable,

apoyo las dos manos y volvemos a comernos los labios. ¡Señor, qué bueno está! Lo obligo a apoyar la cabeza en el último escalón y dejo caer sobre él mi peso. Paseo las manos por sus abdominales. Joder, desde fuera, por encima de la ropa, se pueden contar los cuadradillos de la tableta. No sé si es cuestión de la postura o de esa extrañísima resolución de *vendetta* que acaba de embargarme, pero no le dejo meter baza. Aquí la batuta la llevo yo. Recreándome en su piel suave, empiezo a subirle la camiseta.

—¿No sería mejor que... fuésemos a...? —consigue decir entre beso y beso.

Le muerdo el piquito del labio.

—Aquí mejor, mucho mejor —
cuchicheo, pegada a su oreja.

Noto que el vello se le eriza. Soy mala, muy mala.

—Pueden vernos —considera algo apurado—. Cualquiera vecino al que se le ocurra bajar o subir...

—¿A estas horas? Nadie baja al garaje por la escalera y en este bloque son todos muy decentes —digo cachondeándome—, llevan rato durmiendo. Además, ¿no te da morbo que puedan descubrirnos?

—Desde luego que sí —admite con un ronroneo, tirando de mi vestido hacia

arriba, dejándolo enrollado a la altura de mis caderas—, pero te advierto que en pocos minutos no seré capaz de frenar.

Me acaricia los muslos arriba y abajo, poniéndome la piel de gallina, hasta toparse con mis glúteos. Separa los dedos y sus grandes manos abarcan al completo mis cachetes. Yo ando de besuqueo en su apetecible pecho, pero respondo a su presión empujando las caderas contra su bajo vientre. Empiezo a balancearme lenta y libidinosamente. Bajo mis bragas empapadas por completo, mi clítoris late en agonía. Me estoy comportando como una guarra,

pero se lo merece. Voy a usarlo y a tirarlo luego como un pañuelo de papel de los que llevamos en la guantera del coche. Por cabrón. Por mujeriego. Por jugar a dos bandas. Porque necesito un orgasmo apoteósico.

Hago cálculos mentales. El fatal desenlace con Sergio vino precedido, como suele pasar, de una sequía sexual lamentable que me dejó árida, desolada. Luego todo el rollo de la tesis, el proceso de documentación, las idas y venidas a la universidad y la biblioteca me han mantenido muy ocupada. Apenas he salido... Total, ¿cuánto hace que no follo?

Gimo bajito contra su boca. A un hombre que besa de esa forma, con este ardor, una no quiere dejar de devorarlo bajo ningún pretexto. Y lo tengo tan fácil, sólo seguir ahí un poco más. La postura, las piernas separadas me dan acceso directo al enorme bulto que cubren los vaqueros y a mí sólo me protege una finísima tela de encaje mojada, a través de la cual recorro su maciza longitud. Noto cómo la respiración se nos acelera y se vuelve jadeo, cómo me quema la cara y la razón se convierte en una mancha borrosa. Mi sexo inflamado pide más y los temblores que anuncian el inminente orgasmo me

sacuden sin tregua. Ya viene. Y va a ser glorioso.

De repente freno.

—¿Qué pasa?

No le respondo. ¿Qué voy a decir, que he tenido una iluminación divina que me ha hecho ver de repente que me importa lo que piense de mí? Puede sonar moñas y anticuado, pero a pesar de todo lo que embarra su reputación, quisiera causarle buen efecto, y masturbarme a su costa, despatarrada en una escalera, no es la mejor vía para fascinarlo. ¿O sí?

Menos mal que en mi torbellino de dudas Álex me agarra las caderas con

más fuerza, sondea el silencio, me observa con malicia y empuja con suavidad mi trasero contra su miembro. Con la decisión que a mí me flaquea.

—Vamos —me anima—, no tengas miedo.

Jesús, estoy demasiado caliente como para tener nada que no sea el orgasmo del siglo. Retorno a mis quehaceres con frenesí. Hago girar mi pelvis y combino el delicioso movimiento con un frotar arriba y abajo que en menos de un segundo me hace saltar las lágrimas.

—Sofía, Sofía —musita.

Hago como que no lo oigo,

demasiado concentrada en mi propio e intensísimo placer.

—Casi no te reconozco...

Suelto una risita mordaz.

—Será porque casi no sabes quién puedo llegar a ser.

Me lame el cuello. Me muero en este instante.

—Eso suena a misterio y a...

No lo dejo acabar. Estallo, catapultada al infinito cielo de los placeres con un orgasmo explosivo que me abre en canal, me arquea hacia atrás y me derrumba, alcanzando el límite, contra el hueco de su hombro. Todo sin quitarnos la ropa.

—Sofía... —murmura amoroso y algo perplejo.

Respondo con un gemido casi gutural:

—Tengo que irme.

Con cierta dificultad me incorporo y lo miro a los ojos.

—No vas a dejarme así, ¿verdad?

—Señala su pene, a punto de reventar los botones del vaquero.

—No me encuentro bien... —Ni siquiera termino la frase. Mientras me regodeo en el corte que se está llevando el guaperas, me retiro los mechones de pelo revuelto de la cara, con la más inocente de mis expresiones ensayadas

—. Otro día, ¿vale?

—Pero...

—Es muy tarde y tienes razón, podrían vernos.

Le paso una pierna por encima y me pongo en pie, tirando del vestido hasta alisarlo. Sus ojos recorren mis muslos hasta el límite de mis braguitas, que no le permito disfrutar.

Veo cómo se sacude el estupor agitando la cabeza, con la bragueta a un tris de la explosión nuclear. Me aparto unos pasos y aguardo a que se levante. Necesito unos segundos para reaccionar como una humana racional y ponerme en marcha.

Bastante confuso, Álex se dirige a su Harley y yo lo sigo. Sin articular palabra, se sube en ella. Lo miro coqueta. Él me mira a mí sin comprender la faena que acabo de hacerle. Lo que son los tíos cuando se les chafa el plan del polvo previsto. No esperaba que me rodease la cintura con su largo brazo y me atrajera en su dirección. Antes de poder negarme, vuelvo a tener su frente pegada a la mía y sus dientes atrapan traviosos mi labio inferior.

—Otro día —repite su gemido sensual.

—Sí —respondo.

—Otro día mucho más, todo.

—Todo —boqueo.

—Sube a la moto, que me tienes que abrir la puerta de la calle.

Aunque su orden ha vuelto a ponerme como los palillos de un churrero, aprieto los tacones contra el suelo y me reafirmo.

—Te abro desde aquí sin problema.

Me dejo besar ronroneando y luego me aparto, decidida a no perder el porcentaje de poder recién conquistado. Si le importo algo, de algún modo, ya tiene en qué pensar. Mirándolo desde una distancia mínima, la palabra sexi se le queda muy corta. Sobre esa moto

grandiosa, con los vaqueros gastados ajustando sus muslos interminables.

—Si llego a saber que ibas a dejarme así, te habría atado —me amenaza con un deje pícaro.

No parece muy enfadado, mierda. ¿Y si no le afecta lo más mínimo mi patética intentona de control?

—Hum —acierto a responder.

Lo veo poner los ojos en blanco.

—¿Te van las cosas extremas?

—Define «extrema» —contesto enfadada.

—Mejor no me cuentes —dice riendo.

—Eso, no quieras saberlo todo de

una tacada.

—Otro día es tu lema —me repite sugerente, antes de besarme cariñoso la punta de la nariz—. Hum, ¿a qué hueles, nena?

—A Bulgari clásico.

—Delicioso, podría acostumbrarme.

—Bien, ya sé qué regalarte cuando sea tu cumpleaños —me pitorreo.

—¿Crees que te lo voy a rechazar? Empaparía todas mis sábanas y almohadas, con tal de tener este aroma inspirador cerca del rostro. Todas las noches, todo el tiempo.

Me cuesta mantener la pose de dura con las piernas temblonas y derretida

por dentro. Suerte que al instante me invade una malévola sensación de triunfo. «¡Jódete! Tú tendrás a tu Camila, pero yo tengo mi orgasmo y voy a dormir satisfecha como un bebé.» Aprieto el botón del mando y oigo cómo se abre el portón. Acelera y, antes de enfilar la rampa, se vuelve para mirarme por encima del hombro, con una media sonrisa canalla que me pone a mil quinientos grados.

—Duerme muy bien, Sofía, la próxima vez te juro que no tendré piedad.

—¡Misericordia, señor! —payaseo, fingiendo arrodillarme.

—¿Me mandas a casa con los huevos como dos campanas y pides clemencia? Ni de coña. Por Dios, san Miguel y san Jorge que sucumbirás, doncella.

Nos reímos. Lo veo marcharse y suspiro como una tonta. Adiós, Álex, adiós, líbrame de tu maleficio.

Por desgracia, las cosas rara vez salen como las planeamos y si de estados de ánimo se trata, la estadística falla con estrépito. Cuando me pegué el filete con Álex en la escalera del garaje, lo hice con conocimiento de causa y un

par de elementos dados por sentado: no volvería a verlo más que en grupo, nada de encuentros furtivos a solas, lo de Camila no estaba claro y yo iba a hacer lo imposible por impedir que de nuevo me rompiesen el corazón. Gocé mi pequeña satisfacción, mi brujil venganza. Ahora tocaba centrarse en la tesis y recoger de una vez por todas el jodido papelito del doctorado, para poner la primera piedra de otra etapa de mi vida. Sin morriñas, sin mirar atrás.

Pero Álex ha resultado ser algo distinto a un mero pasatiempo y en cuestión de día y medio, el revolcón me sabe a poco. Quiero más de aquellos

besos, más surtido de caricias, deseo su cuerpo desnudo debajo o encima del mío. Y sobre todo necesito sentirlo dentro. No hay modo de quitármelo de la cabeza, como una mala obsesión. No borro de mi memoria su expresión de incredulidad cuando se cercioró de que no follaríamos ni lo aliviaría de ninguna manera. Ni su velo de tristeza al marcharse. Vale, puede que no tuviera que ver con la tristeza, más bien con un rollo cortado en el peor momento y un dolor de huevos de los que hacen época.

En cualquier caso, el daño que pude infligirle entonces, ahora no me sacia, estoy de nuevo en el punto de partida,

cuando me apetecía verlo a diario y me sorprendía a mí misma pensando en él, en su voz de terciopelo y en su mirada de actor de telenovelas.

Mierda. Qué dura es la vida de las solteras con pretensiones.

Cierro la libreta de apuntes y me froto los ojos agotados con un largo bostezo. Menudo petardo. Estoy a punto de decir adiós muy buenas a las bombillas que iluminan las mesas, cuando de forma inesperada aparece el profesor Martínez. Él es quien dirige mi tesis. Llevaba un par de semanas sin

verlo, desde nuestra última reunión en la que marcó las directrices que guiarían el fin de mi trabajo de doctorado. Ya sólo resta pulir el final bajo su supervisión. Siendo honesta, la perspectiva de su visto bueno me tiene muy excitada. Sin embargo, levanto la vista de mis apuntes y reparo en sus ojeras y el tono ceniciento de su cara arrugada.

—Señorita Echegaray, qué ejemplo de aplicación; ¿sabe la hora que es?

—Hora de marcharme, profesor — respondo con una sonrisa, mientras apilo libretas y notas.

—Lleva aquí mucho tiempo, la he visto al entrar.

—Bueno, le mentiría si le dijera que no estoy impaciente por leer la tesis y finiquitar esta etapa tan inestable de mi vida.

Frunce el cejo, ya de por sí arrugado.

—¿Inestable?

—Ya imagina a qué me refiero: dar por concluida mi formación, conseguir un título, encontrar un trabajo. Soy una adulta a medias o una estudiante demasiado crecida y no sé qué es más vergonzoso.

—Sofía, ya tienes un título —señala extrañado.

—Ya, sí, bueno, pero decidí no

quedarme ahí...

«Y aquí me tienes, aburrida, loca de confusión y, de repente, desinteresada.»

El buen profesor apoya una mano en el tablero de la mesa y con un suspiro se deja caer sobre una silla. Yo, que ya me había levantado, por deferencia vuelvo a sentarme.

—Vas a ser una psicóloga sensacional, Sofía. Eres empática y tu intuición es vibrante y activa. Si además has optado por ser doctora, no te rindas cuando el final está tan cerca.

—Yo no he dicho que... —
Seguramente lo ha entendido mal.

—No pierdas el entusiasmo, que no

afloje tu energía, porque el setenta y cinco por ciento de la clave del éxito es cuánto de nosotros mismos y de nuestras almas vertemos en cada proyecto.

Esbozo una sonrisa. Su voz débil y algo apagada resulta reconfortante. El profesor Martínez es, con mucho, el docente al que más admiro de todo el claustro universitario. Destila sabiduría, sus frases lapidarias son como las de un abuelo sapientísimo. Por desgracia, yo no conocí a los míos, por eso lo escogí. Soy tozuda, pero ante él me dejo guiar y en su presencia me crezco. Sin ningún dato escabroso, ha vuelto a dar en la clave: mi impaciencia me impide

disfrutar de lo que pasa.

Apoya los viejos pies sobre el entarimado y yo me levanto también, como una autómata.

—Luego recordarás estas jornadas especiales. Estás despidiéndote de tu etapa universitaria, chiquilla. Relájate y saca provecho.

Ya quisiera verlo yo tan de color de rosa como él. El caso es que odio cada segundo que paso entre estos apuntes y estoy a punto de reventar de inquietud. Tengo una agobiante sensación de estancamiento. Menos mal que todo pronto va a cambiar para siempre.

Salgo de la biblioteca y enfilo calle

Alcazabilla para internarme en el entramado de callejuelas del centro. He quedado con Ximena para picar algo juntas a la hora de la cena. La muy pectorra se ha mantenido en sus trece de no contarme nada por teléfono y yo me muero de ganas de conocer el desenlace de su historia con Antonio, el estirado amable.

Cruzo la plaza de la Merced y, cuando más embebida estoy en mis lúgubres pensamientos de estudiante pasada de fecha, algo alto, duro, flexible como un junco, y sudoroso, se me echa encima sobresaltándome.

—Págame un café con leche —exige

la cara congestionada que me mira desde arriba.

—¡Luluis!

—No llevo un chavo encima y necesito cafeína con urgencia —suelta de corrido, dando saltitos parado en el sitio—. Llevo corriendo... ¡veinte minutos!

Menudo récord. No voy a reírme. No voy a reírme.

—Pero si tú no corres ni aunque te persigan.

—Porque es contrario a la placidez del Ying, pero he decidido poner en forma mi sistema de cardio. ¡No me mires así, bombón, es por ti!

No, si al final tendré yo la culpa y todo.

—¿Por mí? ¿Me lo explicas?

—Para sustituirte en las clases de aeróbic. No sé cómo aguantas una hora completa dale que te pego al ritmo de esa música estridente. ¡Es el acabose!
—grita con un aspaviento de lo más teatral.

—Me has convencido. Te invito a ese café.

#NoPasaNadaVivanLasC

Estamos a pocos pasos de un mesón andaluz de esos que los turistas toman al asalto y abarrotan hasta las vigas del techo, algo lógico si tenemos en cuenta que enfrente tienen las ruinas del anfiteatro romano y a un tiro de piedra el

maravilloso castillo árabe de la Alcazaba. Pero somos afortunados y encontramos una mesita al fondo, que un ángel parece habernos reservado.

—Por Dios, qué calor. Verás el verano achicharrante que nos espera — protesta mi amigo, cogiendo un fajo de servilletas de papel para secarse la cara y el cráneo rapado.

Yo me preocupo.

—Luluis, no pareces tú con ese estrés que manejas. Casi estoy por pedirte que no me sustituyas. Por tu bien y el de tu equilibrio cósmico... o como se llame.

Le quita importancia con la mano y

aprovecha para atraer la atención del camarero.

—Un café con leche con hielo. Y tú ¿qué quieres?

—He quedado con Ximena para cenar. Supongo que no pasa nada si empiezo con una caña.

—Café con leche y cerveza —se asegura el camarero, observando perplejo la extraña pareja que debemos de formar.

Luluis, como dicta su estrambótico carácter, ya ha vuelto a mutar de estado de ánimo. Ahora sonrío tan calmado, desconcertándome con sus vivaces ojos castaños.

—Al final le cogeré gusto a esto de huir calle adelante. —Me asombra la rapidez con la que desaparece el café con leche en su garganta, sin darles tiempo a los cubitos a derretirse. Levanta la mirada limpia y fresca de nuevo—. Listo para regresar a casa trotando como un galgo.

—¿Te apetecen unas tapas con Ximena? —ofrezco—. Es mi mejor amiga, tú eres mi mejor amigo, en fin, creo que hace mucho que deberíais conoceros.

—¿Y que me enamore con locura y te sea infiel? —Luluis ya se ha puesto en pie.

En realidad se llama Luis a secas, pero está convencido de que antaño fue una aristocrática dama francesa que murió guillotizada por mor de su sangre azulona, y lo de «Lulu» lo emociona. Alarga una mano inmensa y bronceada y me acaricia la barbilla.

—Gracias por el combustible, bombón, nos vemos mañana en el gimnasio.

Asiento, buscando a tientas mi bolso.

—Ya sabes, nada de explicaciones a la guarra Teresa. Directamente a Paco. Para algo todavía es el dueño, aunque ni él mismo se lo crea.

Sería ingrato no admitir lo afortunada que soy teniendo a Ximena Dunne como amiga íntima. A veces creo que cualquiera de las dos haría lo que fuese por echarle una mano a la otra, sacarla de un apuro o apoyarla en público aunque no lleve razón. También gozamos de la confianza suficiente como para cantarnos las cuarenta a solas o delante de una copa de vino. Eso es simplemente genial. La veo llegar con su andar resuelto, ese atrevido corte de pelo rubio que luce y sus gafas. Mi amiga tiene aroma a eficacia y pinta de

«resuelveproblemas» infalible. Nos sonreímos ya antes de que llegue a la mesa del bar donde nos hemos citado. La amenazo con un dedo mientras tira de la silla, aunque no parece que le importe mucho.

—Te lo advierto —adopto mi más intimidatoria pose de dura—, como no desembuches hasta la última gota de información...

—Folla como los propios ángeles —me interrumpe con los ojos en blanco y una risita soñadora—. ¡Ya era hora, coño! ¡Tanto tiempo esperando a que apareciera! —Me coge una mano con vehemencia, ni siquiera me concede el

tiempo necesario para chillar cuantísimo me alegro—. ¿Y tú?

Sacudo la melena, algo azorada. Ahí está la pregunta que no quiero contestar. Casi me sonrojo al recordar el modo en que me corrí sobre la bragueta de Álex, abierta de piernas en una escalera. Eso sí, en el cuerpo lo llevo, menudo gustazo.

—Xime, tiene novia —le recuerdo, eludiendo el tema principal.

—Sí, una novia fantasma. ¿Cómo acabó la marcha? ¿Te lo tiraste?

Está visto que no hay quien la amilane. ¿Cuándo se ha vuelto mi amiga tan descarada y malhablada? No puedo

evitar reírme. Ni mentir.

—Nada de eso. Tomamos la última copa en Cuba22, Álex, el bueno de Víctor y una servidora —resumo con resignación.

—¿Víctor el pegatinas? —La miro interrogante—. Sí, así lo ha bautizado Antonio. Dice que es imposible separarlo de Álex, que son tan íntimos que se ajusta al estado civil del otro para poder irse de juergas juntitos. Si Álex está ocupado, Víctor saldrá con alguien sin ser muy selectivo, lo primero que encuentre. —Revisa la carta de tapas con expresión hambrienta—. Si el guaperas se queda soltero, el pegatinas

le endiña a la de turno un patadón en el culo ipsofacto y no se pone ni rojo.

No puedo creerlo. ¿Hasta ese punto llega?

—¿Y no te ha contado nada de la tal Camila?

—Sí, que está loca. ¿Te apetece una ensaladilla de huevas y unos calamares a la romana?

—Lo que quieras. ¿Cómo que está loca?

—Y unos montaditos —le dice Ximena al camarero, más pendiente de la cena que de mi descalabro—. Como una chota. Lo tiene amargado al pobre.

—Entonces admite que ella existe —

afirmo lobuna, entornando los párpados.

—¿Quién lo niega? Pero que exista no implica que la cosa vaya bien. Ni siquiera que tenerla al lado sea sano y conveniente. En palabras de Antonio, la francesita es una tipa neurótica, de la que convendría deshacerse cuanto antes.

Me estremezco. Suena a crimen organizado.

—Si él la convirtió en su novia por algo será —insisto. Y es francesa, joder qué chic. Yo de Málaga centro.

—Si ni siquiera es una relación de verdad, es un tira y afloja. Están más tiempo peleados que juntos.

—Ya, pero... Verás como en el peor

momento reaparece. Si lo sabré yo...

Ximena se desespera conmigo.

—Vamos a ver, Sofía, no voy a llamar sacrificio a la cosa, porque Álex es tan guapo que deberían multarlo y a ti cobrarte por cepillártelo, pero la llamaré caridad.

—¿Caridad?

Me he perdido, como de costumbre. Seré muy buena psicóloga según la gente, pero la brújula con Ximena me vale de poco.

— Por caridad cristiana, ayúdalo a librarse de esa garrapata, mujer.

—¿Cómo?

—Engatúsalo, fascínalo, ábrele los

ojos. Tú sabrás, no creo que a estas alturas quede mucho que enseñarte.

—¿Cómo tengo que decirte que no pienso ser segundo plato de nadie? — Endurezco mi tono, ofendida hasta los tuétanos—. Álex es mayorcito para alejarse o no de una relación perjudicial. —Me enfurruño, con la impresión de que Ximena, en plena euforia enamoraticia, está tomándose un poco a chufra mis emociones—. Y me niego a seguir hablando de este tema. Cuéntame cosas fabulosas y a Álex Conde que le den.

Sí sí, que le den. Qué fácil decirlo. Tengo alojada una piedra en la garganta

por no saber de él desde el sábado pasado. *Missing* total. Otra vez. *Cagoentó*. Estoy vacía y no lo quiero reconocer. El tono alegre y distendido de Ximena me devuelve a la realidad. El barullo del restaurante va en aumento, los ejecutivos abandonan sus claustros y vienen a finiquitar la jornada con unos vinitos.

—Hay un puesto vacante en la Madrid Film Office —anuncia ella como si nada.

Parpadeo con asombro. Recuerdo haberla oído hablar maravillas de los proyectos que lleva a cabo esa delegación.

—Habrás formalizado tu solicitud, ¿verdad? —Lo digo sin pensar, porque lo cierto es que no quiero, por nada del mundo, que un trabajo deslumbrante y prometedor secuestre a mi amiga.

—Sí, claro, pero para nada, esos puestazos los asignan a dedo entre los enchufados. He presentado los papeles por inercia pero... —Chasquea la lengua con impotencia—. Total, soñar es gratis.

—Y tu madre...

Se enturbia su sonrisa.

—Ésa es otra. No le da la gana de tomarse las pastillas, me tiene frita. —Nerviosa, se atusa el tupé rubio y da un par de sorbos seguidos a su caña de

cerveza—. No puedo estar en todo y la cerda de Patricia ha dejado de colaborar. No es que tenga ninguna obligación, pero...

—¿En serio sigue con eso?

—Eso y retirarme definitivamente el saludo sin titubear siquiera.

De inmediato me siento culpable y hundo los ojos en el suelo.

—Debe de estar que trina con lo de Álex, ella iba a por él a lo descarado.

—Es una rancia que no tiene ni una amiga de verdad. Tuvo que venir su prima de no sé dónde para que saliera a airearse. En cuanto al pobre novio... mejor ni mencionarlo.

—Pero con tu madre se portaba —le recuerdo en todo lastimero.

—Intentando recortar distancias conmigo. —Se encoge de hombros—. No es que me importe, ya no me fío de ella.

—Necesitas a alguien que acompañe a tu madre y la vigile.

Ximena suspira hondo y sentido. Aunque ella lo lleve con ligereza y una espléndida sonrisa, carga un problemón terrible sobre sus espaldas. Es hija única y la responsabilidad de Margarita, con una demencia senil precoz que ya empieza a derivar en dolencias más serias, le quita el sueño.

—Ya me las arreglaré. Mi madre es muy exagerada, tampoco es tan grave, sólo se trata de que se tome la medicación... Uff. Venga, hablemos de hombres y de planes guarros.

—Paso.

—Ya te animo yo. ¡Camarero! ¡Otras dos cañas!

En el nuevo tramo del paseo marítimo, las fábricas que antaño empujaron el tejido industrial de la provincia ya hace lustros que han muerto. Sólo subsisten las altísimas chimeneas de ladrillo rojo, brotando

directamente de las entrañas de la tierra como colosales pulmones aéreos por donde la tierra recalentada respira. Aprieto el botón del móvil y corto la llamada con una sonrisa bobalicona de oreja a oreja. Era Silvia para desearme la energía que me falta en este último empujón y recordarme entre risas y exclamaciones de ánimo que asistirá a la lectura de mi tesis. No me salvo de preguntarme si Álex vendrá con ella. Me amonesto. Ha sido una ráfaga fugaz de pensamiento, pero ahí está. Un chico que es posible que esté colgado de otra y con el que no mantengo el menor contacto, monopoliza mis pensamientos,

y aunque ya he decidido que mi amistad con Silvia está por encima de ese enojoso detalle...

No, está claro que no vendrá. ¿Qué pintaría Álex en la lectura de mi tesis?

Acabo de subir la escalera del edificio que la Diputación Provincial ha cedido a la universidad. Aquí se han mudado los departamentos y los despachos. Es un bloque moderno y acristalado, con vistas directas al mar. Noto en los glúteos la punzada de las agujetas. Precisamente esta semana, cuando he arreglado con Luluis mi problemática sustitución, mi compañera de body-pump se ha roto una pierna y

me encomiendan sus clases. Hago doblete y me paso la tarde pegando saltos como un saltamontes furioso. Recorro el pasillo camino de los cubículos del departamento.

La gente que se entrega a la docencia responde a un perfil específico: son callados, curiosos y concienzudos, ratoncillos grises de biblioteca, que salen poco y a los que abrumba la música alta y el humo de los cigarros. Han logrado que su pátina impregne la atmósfera. Los profesores son aburridos, incluidas las eminencias como el mío. Pronto dejaré de venir y no me enteraré de cuándo se jubila. Es tan mayor y

continúa tan apegado a su cátedra como cuando la consiguió. Eso es amor vocacional y no el mío.

Apoyo la mano sobre la madera fría de la puerta y empujo con suavidad. Los haces de luz amarilla se filtran por las rendijas y forman conos luminosos que se estrellan contra las estanterías plagadas de volúmenes. Hay un desconocido de espaldas cuando entro. Mide por lo menos un metro ochenta y cinco, tiene ancha la espalda y, desde luego, no es el doctor Martínez.

—Buenas tardes —tartamudeo, cohibida de repente—. ¿No está el doctor...?

Cuando se da la vuelta y me mira directo a los ojos, dos cosas suceden a velocidad de saeta: una, estoy a punto de arder por combustión espontánea. Dos, me olvido de respirar. Se puede ser guapo en idéntica medida y diferente estilo. Pienso en Álex. Éste es moreno, sus ojos parecen cristales de color azabache y esa sonrisa entre dulce y enigmática con la que me recibe hace que mis bragas se estampen contra el suelo, metafóricamente hablando. Dios, ¡soy una guarrilla despendolada!

—¿Quién lo busca?

—Sofía... —Por un instante pierdo por completo la noción de la realidad y

sondeo en mi cerebro adormilado en busca de mi apellido y, de paso, de alguna frase impactante con la que impresionarlo—. Echegaray. El profesor Martínez dirige mi tesis —añado, a modo de aclaración.

Ahora sí. El dios inalcanzable que tengo delante y que deja en pañales casi todo lo conocido, hace un gesto de entendimiento y me tiende una mano. La miro aterrada. Es enorme y preciosa, proporcionada, de dedos largos y, para colmo, bronceada.

—Soy Mario Vallés, subjefe del departamento, adjunto de Martínez.

Parpadeo. ¿Cómo es que nunca antes

lo había visto?

—Recién trasladado —agrega. Y en mi mente atormentada se hace la luz—. Me temo que tengo malas noticias.

Su tono es grave y solemne y su carismática sonrisa se enfría por un momento. Me tenso y mi voz tiembla cuando pregunto si le ha ocurrido algo al profesor.

—¿La verdad? Está ingresado en el hospital. Sufrió una angina de pecho ayer por la tarde. Fue todo muy repentino e inesperado.

—No sabía nada. —Me quedo sin palabras.

—Últimamente trabajaba

demasiado, llegó a agotarse.

—Lo sé, era imposible convencerlo para que pasara menos horas en la universidad. —Miro consternada a mi alrededor—. Estas paredes y las del viejo edificio son su vida.

—Esperemos que se recupere del todo, pero mientras eso sucede y los médicos le permiten reincorporarse, me ha pedido que te ayude con las correcciones finales de tu tesis.

Analizo un microsegundo lo que eso supone: horas y horas de estudio encerrada con este hombre impresionante, y me entran ganas de marcarme unas sevillanas. Olé por una

vez mi buena suerte.

—Espero que no te importe —lo oigo murmurar.

Balbuceo un estúpido «no» que no convence a nadie, porque suena más bien a «sí».

—Sé que a estas alturas del trabajo es engorroso cambiar de director, por eso trataré de interferir lo menos posible. —Vuelve a encandilarme con su sonrisa—. La parte positiva es que casi cada cosa y dato ya están en su lugar.

#ElSustituto

Quando soy capaz de volver a pensar y respirar al compás, veo que me está ofreciendo una silla en la interminable mesa de trabajo del departamento. Acepto con torpeza y logro aposentar el culo y dejar los libros y la mochila

donde menos estorban. El guapérrimo se deja caer en otra, abre con parsimonia una carpeta y trata de imprimir a su deje un aire profesional que no le pega a su impresionante físico. Sigo con ojos hipnotizados el sensual vaivén de sus manos.

—Has elegido un tema de singular importancia, el maltrato psicológico. ¿Algún motivo en especial?

—La indefensión de las víctimas, la falta de comprensión y apoyo social a que se ven abocadas, el obstáculo del diagnóstico como depresión común y los elevados índices de suicidio —cacareo tras tragar saliva. Menudo nudo se me ha

formado en la garganta.

—Disculpa si te incomoda la pregunta, puedes decidir no responder y lo entenderé. ¿Lo has vivido en tus propias carnes?

Me siento muy dichosa de poder negarlo. Sergio era un auténtico tocapelotas, cretino e infiel, pero nunca me maltrató del modo que hacen los perversos.

—Veo que orientas gran parte del estudio al hombre como víctima. Interesante.

Aguardo callada. Si a él lo mío le parece interesante, a mí el físico que Dios, la naturaleza y sus padres le han

otorgado me parece de otro planeta. Es casi tan guapo como Álex. O más o menos igual, no sé decirlo, estoy más impresionada que lúcida. Seguro que también está comprometido, a los buenos los cazan enseguida. Espío con disimulo sus dedos. Ni rastro de anillos ni de marcas.

—Bien, ¿por dónde quieres que empecemos?

«Por desnudarnos. Ropa interior al suelo. Ya.»

Me esfuerzo por oxigenarme, intento que no me altere su proximidad, lucho por concentrarme en el trabajo pendiente y en el millar de folios extendidos sobre

la mesa, pero me resulta im-po-si-ble. Está tan presente, y me afecta en una medida que me irrita. Yo antes no era así, me estoy convirtiendo en una calentorra ninfómana y desesperada.

—He revisado los borradores — dice. Y se calla. No añade nada más.

Yo frunzo el cejo. No es difícil deducir que algo falla de forma estrepitosa en mis planteamientos.

—Están mal —digo alicaída.

El guapísimo profesor se apresura a tranquilizarme.

—Nada de eso, el contenido es excepcional. La estructura distrae un poco. Será cuestión de unos días

modificarla.

—No dispongo de mucho más —le recuerdo—, hoy es martes y la lectura de la tesis está prevista para el lunes de dentro de dos semanas.

—Bien. —Hace un gesto positivo y animoso con la cabeza. Un mechón oscuro y brillante resbala sobre su frente y yo me muerdo el labio con lujuria—. Manos a la obra, no hay tiempo que perder.

Mario viste como un profesor de Oxford, clásico, elegante y con un punto pijo que contrasta con su flequillo alborotado y rebelde: pantalones de pinzas, polo de manga corta y mocasines

de piel vuelta. En invierno me lo imagino con un chaleco de punto y chaqueta a cuadros Harry's. A su lado parezco la novia de Pedro Picapiedra. Me abochorna no haberme arreglado con un poco de cuidado. Claro, quién se iba a imaginar que la cita no era con mi querido vejestorio cegato.

Carraspeo, trato de retomar el hilo y atender a lo que está diciendo. Ojalá no se le ocurra sorprenderme con ninguna pregunta ahora que estoy en las nubes. Es mi nuevo director de tesis, todo un profesional serio, sin culpa de que yo sea una pazguata cachondona que se queda boquiabierta ante un físico

espectacular.

—Plantea estos cambios y miraremos a ver cómo quedan —me dice, garabateando un esquema en la primera página en blanco de una libreta.

Trago saliva con dificultad y asiento como si supiera de qué habla.

Por el amor de Dios, soy patética. Ando por la vida muerta de hambre y, a falta de Álex, quiero que este tipo imponente me dé de comer. Pero no. Él mantiene un rictus concentrado, sólo trata de ser amable. Toso y fuerzo a mi cerebro a incorporarse a las indicaciones, aunque sea a empellones.

La quincena me la roban delante de mis narices y he de confesar que ha supuesto una ardua prueba pasar tantísimas horas cerca de Mario, compartiendo mesa y material de papelería, fingiendo concentración, simulando que no me ponen nerviosa sus ojazos y la cortesía casi sacerdotal con que me trata. Desde luego, teniendo en cuenta lo intenso de la última semana antes del punto final a mi trabajo de doctorado, habría sido infinitamente más sencillo pasarla codo con codo con Martínez. Creo que he batido todos mis récords de «cómo ser ridícula sin

importarte un carajo que el interesado se cosque», espiando de reojo los gestos de Mario, su sonrisa de anuncio, la línea firme de su mentón, ¡sus antebrazos cincelados! Parece la estatua de un dios griego hecha carne. Eso por no mencionar una vez más sus ojos negros, que no parecen de esta galaxia.

¿Estoy tratando de barrer a Álex de mis pensamientos?

Porque Mario me causa un extraño efecto, me desasosiega y me vuelve torpe, sí, pero siempre hasta el límite de poder controlarme sin rebasarlo. Y es que, a diferencia de Álex, no coquetea conmigo, no me lanza miradas

incendiarias ni trata de rozarme con ninguna excusa penosa. Marca las distancias, se nota que para él soy trabajo y que sólo intenta ser agradable. Lo nuestro es cuestión de quince días y luego ya no nos veremos más. No logro imaginar ningún lazo de unión futura con la universidad. Mi vida será otra, con toda probabilidad en un lujosísimo despacho en mitad del centro histórico.

—Has sido muy concienzuda sacando conclusiones —me dice. Y su voz es como una pieza de terciopelo que pasa por encima de las palabras y las acaricia—. Eso va a gustarle al tribunal, ya lo verás. ¿Estás nerviosa?

Consigo mirarlo sin ponerme bizca.

—Como un flan, deseando acabar con esto.

Me sonrío comprensivo.

—Creo que es el momento perfecto para una pausa. ¿Café?

Pongo cara de asco.

—Mejor té, si no es problema — digo. Cualquier cosa con tal de despejarme. Tengo los ojos secos de tanto papel impreso.

Al ponernos en pie, compruebo una vez más lo alto que es, y como suelo venir al departamento en vaqueros y bailarinas, le llego apenas al pecho. Un pecho ancho y fibroso, escondido bajo

sus camisas y polos de estilo recatado. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y recorre los pasillos hasta el jardín exterior que nos separa de la cafetería, ajeno al tumulto que causa entre la población femenina. Este chico no es consciente del poder que tiene, una especie de Indiana Jones moderno. Su desinterés por todas no impide que salude con educación. ¿Será gay? O simplemente tiene novia. Qué estúpida soy, claro que sí. No va a contármelo, no hemos tanteado esos niveles de confianza, pero cae por su propio peso. Es impensable que un ejemplar así no tenga ya la etiqueta de «propiedad

privada» y viva bien sujeto con cuerda de la mejor calidad.

Decido blindar mis emociones, pero fantaseo con la imagen de la afortunada que se lo ha llevado al huerto, preguntándome qué le habrá dado para asegurarse su fidelidad cuasieterna, mientras él pide café con leche, un té con limón, unos donuts y nos sentamos a una mesa apartada, elegida a conciencia.

—Esta mañana he estado hablando con el doctor Martínez.

Me pongo como una amapola. Seré bruta, ni siquiera me he interesado lo bastante por su estado.

—¿Qué tal sigue?

—Muy bien, agotado pero fuera de peligro. Su único deber es descansar, a ver si lo conseguimos. Es el hombre más activo que he conocido nunca. Hasta se ha empeñado en asistir a la lectura de tu tesis.

Vuelvo a temblar de rodillas a pies.

—Vaya, hombre, has tenido que recordármelo —exclamo pesarosa—, ahora que casi había conseguido olvidarme de que es el lunes...

Coloca una manaza sobre mi hombro y me sonrío con afecto. Puede que no sea eso lo que persigue, pero hace que me arda la entepierna y me eche a sudar. El contacto actúa como un hierro al rojo

vivo sobre mi piel desnuda. Esto es lo que viene siendo tensión sexual desatada... sólo por mi parte. Por desgracia.

—Lo harás estupendamente. El tema es interesante, original y lo manejas con soltura. No te ofendas, pero se nota la edad, el aplomo, la experiencia vital.

Lo miro atravesada y casi ofendida. No con la intensidad con que él me mira a mí, pero lo intento. Si no fuese por su tono dulce, incapaz de herir, me habría sentado como un tiro lo que acabo de oír. Aun así me retuerzo.

—Perdón: ¿acaba usted de llamarme vieja, señor demasiado joven para ser

jefe de departamento?

Suelta una limpia carcajada, que lo hace, si eso es posible, mucho más atractivo todavía. Algunas chicas de las mesas vecinas clavan en él sus ojos codiciosos y a mí me fulminan con envidia. «¡Os equivocáis, chicas, no soy la rival! —me entran ganas de gritarles—. Esta maravilla de la naturaleza me pertenece sólo por una quincena y está haciendo conmigo lo mismo que con todas: triturar mis esperanzas futuras de encontrar un hombre y considerarlo guapo.» Las comparaciones son odiosas, lo sé, pero tener delante chicos como Mario y como Álex hace que en el resto

del universo se apague la luz y nada en absoluto brille.

Por cierto, Álex... Me relamo.

—No soy demasiado joven para dirigir un departamento como adjunto —precisa divertido.

—Ni yo demasiado mayor para sacarme el doctorado —refunfuño, dándole al donuts un mordisco salvaje—. De acuerdo, no era algo que tuviese muy claro al licenciarme, me pasé unos años trabajando aquí y allá y luego tomé la decisión. No es un pecado.

—Desde luego que no. Yo, por el contrario, sí que conocía la dirección de mis pasos desde mucho antes. Cuando

acabé la carrera ya llevaba dos años trabajando en el departamento. Empecé muy pronto, ésa es mi única ventaja.

—¿Cómo es que nunca te he visto?
—me oigo preguntar, y me sobresalto porque no ha sonado muy indiferente que digamos.

La sorpresa de que me haya abierto mínimamente su corazón y haya desvelado algún detalle de su vida privada es una novedad que me ha descolocado por completo y me empuja a la imprudencia.

—Estudié en Sevilla, he pasado en la universidad de allí todos estos años.

—¿Eres sevillano?

—Mi madre es sevillana. Del barrio de los Remedios.

—Y tu padre malagueño —deduzco, dándole vueltas a mi taza de café. Apenas puedo parpadear, hipnotizada por esos ojos. Para que luego digan que el color de los míos es raro.

Estoy tan absorbida por la emoción que ni reparo en que no contesta, que su mirada se nubla y se hunde en la mesa.

—¿Y de qué conocías al doctor Martínez?

Vuelve a animarse.

—Es un viejo amigo de la familia. Creo que fue por él por lo que estudié Psicología. Siempre quise ser piloto de

aeronaves.

Me atraganto con el buche de té y estoy a punto de espurreárselo encima. Sólo me faltaba imaginarlo con un uniforme de piloto de caza para cortarme la respiración el resto de mi vida. La perdición, vaya.

—Un gran cambio —consigo balbucear—. Creo que la universidad va más con tu estilo —añado, refiriéndome a sus prendas clásicas y pulcras.

La verdad es que mis conclusiones brotan de la fachada, de la apariencia exterior. Lo desconozco todo acerca de este chico. Es probable que me esté equivocando, debería ser más cauta e

inteligente. Pero está tan bueno que marea, es algo que, dado mi estado de soltera ansiosa y necesitada, no puedo reprimir. Se encoge de hombros a la par que sonrío. Sí, hasta merece la pena hacer el ridículo si van a darte como recompensa una sonrisa así.

—Nunca se sabe —responde pensativo—, la vida da muchas vueltas y al doblar la esquina que menos te piensas, todo se tumba de espaldas.

Me quedo alelada, incapaz de contestar, y salgo a trompicones de mi sopor cuando lo oigo decir que volvemos al trabajo.

—Hay que rematar esos flecos

sueltos de la argumentación inicial —me dice, mientras deja un billete de diez euros en el platito de la cuenta.

No se entretiene en esperar el cambio, seguro que lo hay, las consumiciones en la cafetería estudiantil son muy baratas. Se levanta en todo su esplendor y yo lo sigo como una autómata, sin poner nada de mi voluntad, sólo los pies.

Al enfrentarnos al pasillo medio en penumbra, una congoja extraña se me agarra al pecho y forma una bola dura que no me permite respirar. La voz de Mario desgranando sus directrices didácticas se apaga en la distancia y

dejo de entenderlo, aunque lo siga oyendo. ¿Qué me está pasando? Ahora camino más despacio, me rezago y noto nacer el llanto. Simultáneamente con mi gran vergüenza por no poder controlarlo.

#MiedoALoQueVendrá

La expresión plácida y relajada de Mario se descompone. Se vuelve hacia mis lágrimas compungido, me interroga acerca del súbito sofocón.

—No... no lo sé —consigo decir.
Mis hipidos suben de volumen, son cada

vez peores.

—¿He hecho... he dicho algo...? —
pregunta desesperado.

Me da mucha pena, sólo yo tengo la culpa, necesito un abrazo bien fuerte.

—Ya no volveré más a estos edificios —gimoteo—, ni veré al profesor Martínez. Además, comienza una nueva etapa, me enfrento a la vida... Yo... —Alzo unos ojos desconsolados que se topan de bruces con dos luceros negros e intensos—. Estoy muerta de miedo.

Mario chista para tranquilizarme y me retira del paso en mitad del pasillo, arrastrándome hasta un corredor lateral

mucho más estrecho. Me tiene cogida por los hombros y la deliciosa presión que ejercen sus dedos contra mi carne me afloja las piernas.

—Son los nervios del preestreno — me asegura con una voz aterciopelada irresistible—. Venga, Sofía, quiero que me enseñes a la mujer valiente que se esconde tras esta llorera.

Me paso la manga a toda velocidad por la cara. Seguramente sólo logro emborronarme el maquillaje y parecer un oso panda.

—Soy una histérica —me disculpo con un mohín lastimero.

—Es normal. —Con una alegre

carcajada Mario me estrecha entre sus brazos y yo me derrito, embriagada por su cercanía y el maravilloso aroma que desprende su piel. ¡Señor! Huele demasiado bien, esto no es sano. Me quedo allí, arrebujada, disfrutando de forma egoísta de la energía que me transmite—. Me ocurrió algo parecido la mañana del examen de conducir, me temblaban tanto los pies que no atinaba con los pedales y en lugar de agarrar la palanca de cambio, aferré la rodilla de la examinadora.

—Le daría un ataque a la buena mujer, supongo.

Sorbo los mocos. «Di que sí, hija,

todo glamour.»

En ese momento soy del todo consciente del peso de una mirada clavada en nosotros y en nuestra tierna escena de consuelo. Hay una mujer joven, rubia y esbelta, parapetada tras unas carpetas, que reprueba con ojos fríos nuestro acercamiento. Es como sentir un millar de alfileres clavándoseme en la cara. Retrocedo y me distancio, aunque aprovecho para palpar el duro pecho trabajado de Mario y calentarme otro poco. Debe de ser un placer embutirse con él entre sábanas y retozar sin pausa hasta el amanecer.

—Al menos, dime que aprobaste.

—Aprobé.

Él sonrío y me seca una lágrima con la punta del índice.

—Del mismo modo que tú triunfarás con tu doctorado. Venga, respira hondo y grítale al mundo: «¡Aquí estoy yo!».

¿Lo estoy?

La verdad es que la aguda puñalada visual que nos ha lanzado esa mujer, a la que creo haber visto de vez en cuando por el departamento del edificio antiguo, cargada de libracos, dando órdenes a diestro y siniestro, abusando de la benevolencia del doctor Martínez, me ha noqueado. La incomodidad hace que me sienta más expuesta a los encantos de

Mario y bastante más vulnerable.

—¿Volvemos al departamento? — pregunta él con amabilidad.

Yo me entretengo poniéndome un mechón detrás de la oreja y asiento sin hablar. Voy a concentrarme en las puñeteras correcciones y me marcharé a casa cuanto antes, lejos y a salvo del influjo del Doctor Jones.

Pido permiso para pasar por el baño a retocarme los churretes. Al regresar, y por culpa de mi sigilosa apertura de puerta, soy testigo inocente de una conversación muy desagradable, llena

de reproches. Es la rubia increpando a Mario, que la mira impasible, con las manos en los bolsillos del pantalón.

—Recuerde, señor Vallés, que acaba de incorporarse al claustro, no lo conocemos. Si desea forjarse una reputación de profesor serio e intachable, tendrá que esforzarse. Nadie va a regalarle nada ni dará nada por supuesto, por más que las referencias del profesor Martínez sobre su persona sean inmejorables. Lo que acabo de presenciar hace muy difícil confiar en su prudencia.

—Me gustaría que me explicase qué es en concreto lo que cree haber visto

—la reta Mario con cierta pachorra. Su voz es ahora más airada, autoritaria, y ejerce sobre mí un desconocido efecto afrodisíaco.

A la rubia se le marca la arruga del entrecejo.

—No me obligue a entrar en detalles desagradables. Baste recordar que las relaciones entre profesores y alumnado están terminantemente vetadas.

En la comisura de los preciosos labios de Mario aparece una sonrisa de incredulidad.

—¿Relaciones? Paula, creo que su exacerbada imaginación le está jugando una mala pasada.

—No me diga eso...

¡Está coqueteando! El modo en que la tal Paula lo repasa con ojos sedientos, la manera en que cimbrea las caderas y se humedece los labios con la punta de la lengua me lo indica sin lugar a dudas. Soy mujer. Sé interpretar esas cosas.

—Lamentaría ser la causa de un mal comienzo. Seamos amigos, se lo ruego.

—Inmoviliza el brazo con una mano de uñas rojas—. El profesor Martínez se jubilará en breve y vas a sustituirlo —añade, tuteándolo de repente—. Es el principio de una larga y fructífera relación profesional que no deseo enturbiar. No merece la pena —concluye

con desprecio.

Tengo la impresión de que me dedica la frase con todo su desdén añadido.

Me siento fatal. Este absurdo malentendido está creándole problemas a Mario. Espero a que la rubia desaparezca entre sonrisas falsas y entonces carraspeo y hago como que llego en ese momento. A Mario se le ha chafado el humor, está sombrío y ya no bromea. Concentro el cien por cien de mi atención en los documentos que inundan la mesa y dejo de fantasear con el cuerpo del profesor Vallés y sus apabullantes atributos de masculinidad.

«Un poquito de por favor, Sofía.»

Vuelan los días, algo más tensos de lo que habíamos supuesto. Con nada más que un par de minutos de recriminación, Paula ha conseguido abrir una brecha insalvable en nuestra incipiente amistad. Me duele mucho, y no sólo porque Mario sea un hombre increíblemente guapo, sino porque además es buena persona, inteligente, comprensivo y amable. Por la calle no abunda gente con sus dones, es una desgracia no poder conservar su afecto.

Sé que he jurado ante el espejo que

no saldré de juerga para ir el lunes a la lectura de la tesis descansada como un oso tras la hibernación, pero mi fuerza de voluntad no supera el sábado, después de que Ximena me llame a todas horas aconsejándome dar una vuelta para despejarme, y un viernes noche miserable y en soledad, en que me atiborro de gominolas y pelis malas. Siendo sincera, me traicionan las ganas de encontrarme con Álex. De nuevo.

A ver qué me pongo. Diablos, qué poca inspiración. Tengo las piernas blancas como la leche, en cuanto me libre de la carga del doctorado me tumbaré en la playa de La Malagueta y

me adosaré a la arena con un Calippo de fresa en la mano, cual coquina afortunada. Nada de faldas, pues. Me encajo unos vaqueros y los combino con un top de brocado bronce con manga sisa, cuello barco y péplum. Queda muy bonito, favorece mi piel pálida, lo cual, más que difícil, llega a la categoría de milagroso. Me encaramo a mis tacones, me recojo la melena en una coleta tirante y, al maquillarme, tiño de rojo pasión mi boca como estandarte guerrero. Pienso disipar tensiones y ponerme de jarana hasta las orejas.

Trinco los mandos de *Martita* y al instante echo de menos a mi habitual

paquete, esa rubia parlanchina de flequillo largo y garboso llamada Ximena Dunne. Mi mejor amiga. No tengo derecho a sentirme triste, el motivo de que ella no viaje en el asiento de atrás de mi vieja Vespa es su relación con Antonio, que marcha viento en popa. El amigo engreído de Álex y su interés, al parecer sincero, están curando el alma de mi Ximena. Al imbécil de su compañero de trabajo, que la torturaba con su eterna duda, que le den. Ningún hombre que no tenga claras las cosas debería arrimarse a una mujer para confundirla con malas artes y palabritas dulces.

Son las nueve y media de la noche y es una delicia atravesar el paseo Reding y, a continuación, el parque de Málaga con *Martita* a medio gas. El airecillo se estampa en mi cara, templado y agradable. Desearía que siempre fuera verano y recorrer con mi moto esta ciudad que lame el mar. Claro que también querría ser siempre estudiante y no asumir las responsabilidades que trae aparejadas incorporarse a una vida laboral activa de adulto pringado. Y eso que refunfuñaba porque tenía exámenes. Quién pudiese recuperar ahora esos

años de gozosa libertad.

Encuentro un casi prodigioso hueco donde aparcar la moto, cerca del pasaje de Chinitas. En pleno centro y sábado, todo rebosa y las calles peatonales bullen de vida. Dirijo mis pasos hacia Gorkis, donde hemos quedado para tomar un vino y unas tapas, con un ligero picor en los muslos, excitada ante la perspectiva de volver a ver a Álex, mi particular «ojos del Guadiana», que aparece y desaparece sin avisar. Distingo a mi grupo al fondo del local, riendo y haciendo aspavientos. No es muy difícil, son todos tan altos... Ximena y su singular estilo, sus gafas de pasta

negra, su flequillazo y esa sonrisa franca e impenitente que tanto la adorna. Y Silvia, preciosa, embutida en un vestido negro de topos blancos estilo Grease, recostada amorosa contra el pecho de su André. Mis ojos vagan buscando a Álex y no reprimo un bufido de desilusión. No ha venido. Los que sí están se alegran de verme y me abren los brazos.

Enseguida tengo una cerveza helada entre las manos y una tosta de queso de cabra ahumado, con cebolla caramelizada por encima, a libre disposición. Observo el modo devoto en que Antonio persigue los movimientos de mi amiga y me satisface comprobar

que la respeta y la admira. Parece que la cosa va en serio y aunque el pellizco de perderla me apriete fuerte la boca del estómago, egoísmos aparte me chifla verla enamorada. La carita le brilla con una luz especial.

Para cuando cambiamos de local, aún no sé nada del objeto de mis desvelos.

—Sofía, me temo que tengo malas noticias. —Silvia se ha zafado del estrecho abrazo de André y corretea hasta mí con semblante adusto.

Me tenso. No me gustan las conversaciones que empiezan con esa fea frase.

—Mi abuelo está bastante malito — prosigue ella—, lo han ingresado y salimos para Madrid mañana mismo toda la familia.

Mierda. ¿Toda la familia? Eso incluye también a Álex, por descontado.

—Aún no sabemos la fecha de regreso, pero no estaré en Málaga el lunes para la lectura de tu tesis. Créeme que lo siento, sé que te lo prometí...

Disfrazo la decepción como puedo, cogiéndole una mano.

—No pasa nada, mujer, lo primero es lo primero. ¿Qué tiene?

—Achaques de la edad, son noventa y cinco años y mucho vivido. El nonno

fue en sus tiempos tan golfo como su nieto Alejandro. Todo va a salirte de perlas, ya verás. Te llamaré y cuando vuelva saldremos a comer para celebrarlo. ¿Te das cuenta de que para entonces ya serás toda una señora doctora a la que habrá que llamar de usted? —dice, con los ojos brillantes de entusiasmo.

No sé por qué todo el mundo se empeña en revestir la cosa de una pompa y un boato que estoy segura que no tiene. Hago una mueca de disgusto.

—No me lo recuerdes, suena espantoso.

—¿Que va a ser espantoso ni que

ocho cuartos? Es el principio del resto de tu vida, no veo el momento de que te instales en el despacho.

—A tu compañera no le gusto ni pizca —silabeo.

—¿Por qué dices eso?

—Lo presiento. Psicología innata lo llaman. —Le guiño un ojo traviesa.

Silvia se encoge de hombros, mostrándome lo poco que le importa.

—Tiene dos trabajos, enfadarse y desenfadarse. En muy celosa y algo introvertida, puede que tema que tú y yo hagamos piña y la dejemos fuera.

—Eso no va a pasar, qué tontería. —
Me llevo la jarra a los labios.

La expresión en la cara maquillada de Silvia es cuando menos críptica.

—Bueno, si alguien me pregunta, no pienso negar que tengo más *feeling* contigo que con ella. Es tan huraña que hay que sacarle las palabras con sacacorchos.

Voy a responder algo simpático, pero no llego a hacerlo porque Álex aparece, destacando entre el mar de cabezas, y mi estómago pega un doble salto mortal y se llena de cosquillas. Es tan guapo que corta el aliento. Lleva un vaquero desgastado a la cadera y una simple camisa blanca remangada hasta el codo que le sienta de guante y pecado.

Sus delirantes ojos verdes me localizan y emiten un destello peligroso. Sus labios se estiran en una sonrisa y mis bragas se queman en el acto. Es increíble el efecto físico de esta droga dura llamada Alejandro el Grande.

Lo de grande entendedlo en la mayor extensión de la palabra, abarcándolo por completo.

Intercambia el típico saludo chocando la mano abierta con sus colegas, besa a Ximena en la mejilla, a su hermana en la frente y luego se detiene ante mí. Nos observamos largamente para crear expectación, antes de que se incline sobre mi cuello, me

retire el pelo por encima del hombro y aproveche la aproximación del beso lento cerca de la oreja para susurrarme:

—Te he echado de menos.

#NoMeCuentasMentiras

Esta maldita reencarnación de Apolo tiene loco mi corazón. No sé a qué juega. Su peculiar bienvenida y sus ojazos, que chisporrotean sin apartarse de mí, me desconciertan. Le gusto, hasta ahí llego. Y sabe que él me gusta a mí,

sabe al menos que su presencia y la energía tremenda que emana, su insultante seguridad, me dejan indefensa una y otra vez. No importa que luego desaparezca durante días e incluso semanas, que no dé la menor explicación de dónde se mete, que no se moleste en cortejarme. De todo eso me olvido en cuanto lo tengo cerca. Estoy seducida de la peor manera, de antemano, y lo que más me fastidia es haber sido tan ilusa como para creer que con aquel ataque a sexo abierto en el garaje yo mermaba sus recursos o le haría alguna mella. La que se ha quedado tocada para los restos soy yo y, desde que ocurrió, los únicos

minutos que he conseguido apartarlo de mi mente han sido los que pasé trabajando junto a Mario.

Debe de ser por lo mucho que me preocupa mi tesis, claro está.

En mitad de mi animada charla con Ximena y Silvia lo veo acercarse, tan alto y fabuloso como si Thor bajase a la tierra a darse un garbeo entre los corrientes mortales y, de paso, dejarlos en ridículo.

Se me seca la boca. Sobre todo porque llega con dos copas en la mano, me ofrece una y mis amigas musitan una excusa tontorróna que ni oigo siquiera y se apartan. Tiene vía libre y su presa, o

sea, yo, lo mira asustada por su incierto destino.

—No me bebes nada —me reprocha animado, con un guiño cómplice—, eso no puede ser. El lunes lees tu tesis, ¿verdad?

Me asombra que esté al tanto de mi calendario. Me asombra y me halaga. Sobre todo teniendo en cuenta que lo último que supo de mí fue que lo utilizaba con descaro para orgasmearme y a partir de ahí nada. Respondo asintiendo y bufando, como si lo mío fuese una sentencia carcelaria.

—Me habría encantado estar allí para apoyarte. En realidad queríamos ir

los dos, Silvia y yo, pero... Ya te lo habré contado. —Su semblante se ensombrece y siento que debo corresponder con alguna frase.

—Sí, lo de tu abuelo. Lo lamento de corazón, espero que no sea grave.

—Es muy mayor, hay que ir haciéndose a la idea. —De pronto mira al techo y su voz se quiebra. No es una impresión mía, se ha roto un pedacito del gran Álex—. Me va a costar asumir que ya no esté, prácticamente me ha criado. Cuando éramos pequeños y hasta hace muy poco, en verano mis padres hacían una escapada romántica de mes y medio y a nosotros no nos importaba,

porque nos dejaban en Asturias con los abuelos. Gracias a la tía, Silvia podría ser un genio en la cocina y yo sé pescar escurridizas truchas de río. También por su causa empecé a amar la arquitectura.

—¿En serio? ¿Fueron esos veranos el germen de tu infidelidad al negocio familiar?

No sé por qué, después de pronunciarla, la palabra «infidelidad» me retumba en los oídos.

—Sí, junto a mi abuelo construía cosas. Empezamos por casitas para pájaros, estructuras sencillas que primero diseñaba en papel. Poco imaginaba él lo que estaba sembrando

en mí. Era magistrado de la Audiencia Provincial hasta que se jubiló.

Ríe emocionado con su historia. Los abuelos. Esos seres magníficos y especiales.

—Bien, las fuerzas están equilibradas —digo—. Supongo que desde cierto punto de vista es saludable que las profesiones se renueven. A nivel familiar supone una inyección de sangre fresca, por muy vetusta que sea la tradición.

—Creo que el pobre viejo se culpabilizará del desastre hasta el fin de sus días, pero yo no me canso de decirle que soy feliz.

Lo dice con pasión. No me cabe la menor duda de que lo está sintiendo desde las tripas, desde donde deben sentirse las cosas importantes. Y, para mi desgracia, encuentro un detalle más del que colgarme. Don Perfecto ha llegado a la ciudad y ha chocado con mi vida, dispuesto a ponerla patas arriba.

—¿Estás nerviosa con lo de la tesis?

—Un poco, para qué voy a mentirte.

—Lo harás fenomenal y luego...

No más «lo harás de puta madre», no lo soporto. Me muero por preguntarle qué hay de Camila, si ella es la razón de que haya llegado tarde. Pero no me atrevo, no dispongo de la confianza que

necesitaría para dar ese paso. Mantengo viva una duda que poco a poco me desangra.

—Luego, la vida terrible y verdadera abre sus fauces y me devorará —aseguro con toda una colección de aspavientos dramáticos que lo hacen reír—. Si te digo que ayer entré en barrena y sufrí un ataque de pánico que por poco me muero...

Dejo de hablar porque se ha acercado tanto que su nariz casi toca la mía y el dulzor de su aliento mentolado me envuelve como una manta de cálido cachemir. Veo que levanta una mano, que sus dedos sujetan un mechón de mi pelo,

me lo colocan detrás de la oreja y se pasean, vueltos del revés, por mi mejilla. Suavemente. Las mariposas se trasladan de ahí a mis pechos y de mis pezones al vientre. Es insoportable de puro intenso.

—Vaya por Dios, lástima no haber aparecido yo por ahí para consolarte. — Me clava las pupilas. Sin compasión ninguna—. No quiero verte llorar nunca en la vida.

Trago saliva con mucho trabajo. No entiendo por qué me mira como si me poseyera y me habla como si fuese de su propiedad, pero que se preocupe por mí me gusta. Me encanta que me toque. Yo

también quiero tocarlo en la más amplia acepción del término.

—¿Nos escapamos con discreción y disimulo? —me propone, con el mismo murmullo insinuante que me descoloca.

—Como si no se fuesen a dar cuenta... —contesto, tan aterrorizada como estimulada.

—Es cuestión de estrategia militar —bromea. Los largos dedos continúan su ascenso, rozan mi oreja y la acarician —. Nos lanzamos al centro del local como si fuera una pista, como locos a darlo todo en un baile cualquiera. Nos confundimos con el mogollón. Cruzamos hasta el otro lado y... ¡Tacháaan!

Salimos tan tranquilos por la puerta. —
Me clava esos iris esmeralda que no
puedo driblar—. Quiero compensarte
por mi ausencia del lunes.

—No tienes que...

—Es que ya me había comprado los
pompones de animador, no imaginas lo
requetebién que se me da agitarlos; ¡So-
fí-a, So-fí-a! —chilla con voz aguda,
imitando a una *cheer-leader* americana
bastante bestiaja.

Golpeo su hombro con el puño sin
conseguir que se altere lo más mínimo,
mientras a mí me parece haberle atizado
a un muro de hormigón.

—Vas a hacer que te eche de menos,

en serio —lo amonesto sin dejar de reír.

—Ése es justo el plan, me decepciona que no te hayas dado cuenta.

—Señala el área central del local, donde en una ligera penumbra multicolor los cuerpos de los bailones se contonean enloquecidos y giran como peonzas fuera de control—. ¿Fase uno de una huida formidable?

—Fase uno. —Acepto resignada la mano que me ofrece.

Lo que de verdad siento es que el corazón se me irá corriendo por el suelo y no habrá forma humana de recuperarlo. Metidos en el follón más tremendo, esquivando empujones y pisotones de

diverso calibre, compruebo que Álex se mueve divinamente. Mierda. No puede ser que todo lo haga bien. Se acerca insinuante, gritándome mil cosas con esos ojos de color hierba recién regada, y se pega a mi cuerpo provocándome peligrosas taquicardias.

No sé cómo la primera noche fui tan estúpida como para no besarlo. Hará bien pensando que soy una estrecha. ¿Una estrecha? ¿Después del numerito que monté en el garaje? Hará bien pensando que soy un zorrón que folla en cualquier esquina oscura. Respiro hondo. Sus movimientos son toda una invitación al sexo afrodisíaco.

Provocador...

Visto lo visto, que tiene novia y lo oculta, y que, en lugar de atenderla, aprovecha su ausencia para divertirse conmigo y arrastrarme a la cama, Álex es un golfo de primera, ya lo dice su hermana. Y con ese físico despampanante está acostumbrado a que las mujeres se le tiren a las zapatillas, de modo que quizá haya sido mi frikismo del día del encuentro lo único que mantenga vivo su interés por mí. Eso y que a la fecha aún no se me haya colado dentro.

Algo me dice que de esta noche no pasa, hoy no hay quien me salve. Puede

que zanjar esto de la manera más brusca sea la solución.

En cuanto nota que me ha subido la temperatura, se aleja y todo mi cuerpo reacciona mal ante la distancia y el viento que corre entre nosotros. El suave vello que le recorre el pecho se adivina por la abertura de la camisa y mirarlo sólo consigue que las punzadas de mi sexo se vuelvan más húmedas y violentas.

Me falta el aire. Quiero irme ya.

Hace rato que he perdido la conciencia de si lo que me rodea son bultos o personas vivas. Me muevo por inercia, desesperada por arrojarme a sus

brazos y rogarle que me bese hasta asesinarme. Tanto pensar calenturas me lleva a enlazar unos cuantos traspiés que me precipitan sobre mi pareja de baile sin premeditación. Deseado sí, planeado, nada. Un tremendo golpe de calor explota en mi cara y las rodillas me tiemblan un poco. Álex me sujeta, sus grandes manos me acarician igual que sus ojos y cuando se arrima y entierra la boca en el hueco de mi oreja para susurrarme «Fase dos, larguémonos con viento fresco ahora que no mira nadie», siento que me dará un telele y no acertaré a disfrutar de lo que me depare la noche.

Huimos. Juntos y de extranjeros. Lanzo una última mirada al animado grupo, a mis amigas que charlan felices con sus parejas, y me juzgo algo menos mala. También tengo derecho a un poco de divertimento. Puede que no esté en igualdad de condiciones, mi acompañante no es mi pareja oficial, ni siquiera está libre, pero este revolcón lo quiero, lo necesito, me lo merezco. Nadie va a privarme del placer que me auguro. Ni siquiera yo.

No consigue convencerme de que vaya con él en su motocicleta. Me gustaría, pero no voy a dejar aquí a *Martita* y que todo el mundo al salir

confirme que me he escapado para retozar con Álex. Prefiero que no vean ninguna de las dos motos y flote el beneficio de la duda.

Qué estupidez, preocuparme por mi maltrecha reputación a estas alturas, ¿qué más da?

—Te sigo —repito con una sonrisa de encantadora de serpientes, a horcajadas sobre la Vespa, mientras me encajo el casco.

Álex me mira con el gesto contrariado de quien no se anda con sutilezas cuando le niegan un capricho. Por encima de que sea una prueba más de que simplemente toma lo que desea

sin pedir permiso, su boquita fruncida dispara mis ganas de devorarlo.

Enfilamos el paseo iluminado y casi desierto, rumbo a su apartamento. La excitación anticipada por lo que va a pasar me conduce del tirón a un estado de euforia próximo a la borrachera.

Álex vive en un precioso edificio cerca del mar. El portal destila tanto lujo y glamour que dan ganas de quedarse a vivir allí, junto a los buzones. Hoy su ático parece distinto al día de la fiesta: está a oscuras, no hay música ni gente desparramada en los

sofás. No hay ningún Víctor añadiendo aliños indeseados a mi copa. Sólo estamos él, yo y mis puñeteros nervios. Veo que aprieta un pequeño mando y las luces indirectas que bañan el salón de una cremosa luminosidad naranja se prenden como por arte de magia. Lo mismo ocurre con la música, suave, envolvente. El prelude perfecto para una noche de amor interminable.

—¿Quieres tomar algo? —La voz de terciopelo de Álex me sorprende por la espalda.

Si de mí depende, prefiero un doble salto mortal directo al colchón, pero supongo que pretende crear algo de

ambiente y no quedaría fino que me lo cargase, así que acepto.

—Whisky con soda por seguir con lo mismo. Si no, mañana me dolerá la cabeza.

Su rápida mirada sugiere que serán otras cosas las que probablemente me duelan. Escapo cruzando la sala hasta el ventanal y lo dejo cerca del mueble-bar.

—No podemos permitirlo —se mofa—. Será la jornada de reflexión, debes estar descansada y a punto para el lunes.

—¡Que no me lo recuerdes! —Me abrazo con un estremecimiento y miro fuera—. Preciosa vista.

—Sólo es el mar. —Aparece por un

flanco y me pone el vaso chato en las manos.

—Sólo —repito hosca—, qué desagradecido.

En lugar de responderme, me retira el pelo del cuello y me lo desnuda. Ahí lo tiene, expuesto y a su capricho. Noto que se acerca más, su aliento corre por mi piel, la caldea y la humedece. Podría haberme besado ya, pero el muy capullo sabe lo que se hace, me está obligando a sufrir y a claudicar. Cierro los ojos y aprieto los párpados en el instante mismo en que sus labios firmes se posan sobre el lateral de mi cuello y succionan con suavidad. Mis pezones reaccionan a

tanta velocidad que resulta doloroso. Tras esa primera e intensa toma de contacto, se suceden otros dos besos pequeños, juguetones, que convierten la piel de todo mi cuerpo en papel de seda, sensible al extremo. Aunque me quedo sin probar su lengua. Álex va a dosificar sus caricias, me temo.

Inspira hondo.

—Hueles de maravilla. Desde la noche que te conocí, conservo el recuerdo de ese aroma justo aquí —se señala la nariz con la punta del dedo— y aquí. —Se apunta a la cabeza—. ¿Qué es?

Vaya, un guapo con mala memoria.

Arrugo el entrecejo y me apoyo en el ligero enfado para relajarme.

—Ya te lo dije, Bulgari...

—No, me refiero a más adentro. No al perfume que te hayas puesto, sino al tuyo. ¿A qué huele tu piel?

—Tú dirás.

—Es como mandarina dulce y menta.

—Una mezcla realmente insólita — alabo.

Ahora sus manos dibujan pequeños círculos sobre mis hombros. Tiemblo.

—Como tú. —Me hace volverme hasta quedarnos de frente—. No suena muy original, pero te juro que me ha salido del alma.

Para qué negarlo, estoy demasiado nerviosa como para degustar la copa. No necesito más alcohol para desinhibirme y él no tiene nada entre las manos, sólo un largo mechón de mi coleta, que enrosca y desenrosca nervioso entre los dedos.

—¿Tú... no bebes?

Álex me quita el vaso de las manos y, sin mirar siquiera, lo deja sobre una mesita. Coge mi cara con ambas palmas y se acerca hasta que por fin nuestras narices se tocan.

—Sólo hay una cosa que desee beber esta noche.

#BeberteEstaNoche

Ese susurro sensual, plagado de promesas tremendamente eróticas, me vuelve loca. Soy yo la que busca su boca y aplasta los labios contra los suyos. Son mis brazos los que se alzan impacientes para enredarse en torno a su

cuello, es mi garganta la que gime excitada bajo el acoso y derribo a que me somete su experta lengua. Sería capaz de besarlo una noche entera. Cada paso de baile de nuestras bocas, cada danza de nuestros labios mojados, supera en perfección al anterior. Pasamos de acariciarnos a mordernos con ansia.

—Esos ojos tuyos... —musita Álex, pegado a mí— me están quitando el sueño.

Acompaña la sugerente frase con una hábil maniobra con la que me desabrocha el top por la espalda. Lo hace resbalar a lo largo de mis brazos y,

para cuando me doy cuenta, porque las notas de Coldplay con *Gravity*[3] brotan de la nada y me envuelven, lo único que me separa de su piel es su camisa blanca y mi sujetador de encaje de color borgoña.

—No consigo dejar de pensar en ti
—me susurra al oído.

Sus dientes me muerden el lóbulo de la oreja y sus grandes manos galopan arriba y abajo por mis brazos. De repente estoy en el cielo.

Mis dedos vuelan solos hasta los botones de su camisa. Puede que carezca de su práctica, pero pongo mucha voluntad, que es lo que cuenta. En un

abrir y cerrar de ojos lo tengo desnudo de cintura para arriba y lo que mis asombradas pupilas contemplan no pertenece a este planeta.

Álex encarna el modelo en el que debieron de inspirarse los griegos para sus monumentos. De sus anchos hombros cuadrados surgen unos pectorales magníficos, abiertos en abanico, hermosamente esculpidos. El relieve en su justa medida. Los abdominales marcados, la ambicionada «V», el toque mágico que transforma cualquier cuerpo fabuloso en extraordinario, se delinea a ambos flancos de su ombligo de un modo tan natural...

Dejo que mis manos rodeen su nuca y lo atraigo con total descaró para que el beso se haga más profundo. Esa lengua sabia me está robando el sentido, mi temperatura ya no es humana y los latigazos que descargan mi vientre y mis pezones, no creo haberlos sentido en mis veintinueve años de vida, nunca jamás.

Esto son ganas y lo demás tonterías.

Álex

Todas las consecuencias con nombre de Camila se agolpan en mi mente, me despedazan sin piedad. Sus gritos, sus amenazas y, finalmente, sus lágrimas amargas suplicando perdón. Sé que me arrepentiré de esto, de ser tan débil frente a la chica de los ojos de

plata. En este momento Sofía me mira, toda su cara sonríe y borra de un plumazo el temor que me paraliza.

No voy a perderla. No al menos esta noche.

Sofía

Mientras echo hacia atrás su camisa y dejo que resbale por su espalda hasta caer al suelo, él se encarga del cierre de mis pantalones. Son muy ajustados, me temo que nos embarcamos en un peldaño de la fase calentamiento que deberá enfrentar algún que otro obstáculo.

Pero no. Este hombre tiene una soltura que da susto. Cuando apenas los ha deslizado por mis caderas, con un

solo brazo me rodea la cintura, me alza en vilo y me sostiene en volandas mientras con la mano libre desprende los zapatos de mis pies y la ropa de mi cuerpo. Alucino. Estoy en ropa interior, pegada a él, y yo no voy a saber hacer lo mismo.

—Eres preciosa , nena —murmura contra mis labios.

Yo ya lo sé. Y no es que sea una engreída del demonio, es que ya me lo han dicho sus ojos, sus manos, sus caricias, su boca al poseerme. Todo en Álex me grita que lo fascino, que me desea, que nos pertenecemos, quién sabe por qué, al menos en este momento.

No puedo más que estar de acuerdo. Rendida. Ansiosa. Demente. Necesito sentirlo dentro ya, con una urgencia demoledora que reduce a la insignificancia mis reparos, sus obligaciones y nuestras dudas. Si los espíritus son capaces de gritar, los nuestros aúllan clamando por una fusión inmediata.

Álex me coge en sus brazos y me conduce hasta el dormitorio. Vuelve a hacer gala de su portentoso poderío físico, abriendo la cama sin soltarme. El juego de sábanas es de seda, una inaudita mixtura entre frescor y suavidad. La bajera es azul añil, como

las almohadas. La funda del edredón de plumas, negra. Es como abrir de par en par la noche. Me deposita encima con tanto cuidado que hasta yo temo romperme. Nuestras miradas se encuentran, en ese momento insensato pero irrepetible, cuando yo estoy tendida boca arriba, encendida de deseo, anhelante en una espera que se me antoja eterna, y él se inclina lenta y lujuriosamente sobre mí, apoyándose en los antebrazos y las rodillas, después de librarse de toda la ropa que le estorbaba.

No puedo impedir que mis ojos sedientos vuelen a su entrepierna.

¡Válgame Dios! ¡Es enorme! Siento el modo en que su peso me cubre, los acordes de la sensual canción me rozan como volátiles plumas, el mundo a mi alrededor hace tiempo que ha desaparecido. Ahora, con esos dos luceros verdes desnudándome hasta los huesos, me siento catapultada al espacio exterior, a una franja sin gravedad donde todo es azul marino salpicado de estrellitas brillantes.

«Amor... has tardado tanto en llegar... ¿Puedes oír mi corazón latiendo? ¿Puedes oír ese sonido? Porque no puedo dejar de pensar que no me detendré ahora.»

La proximidad de Álex es pura magia. Su tacto, sexo en estado original. Cuando su lengua dibuja circulitos alrededor de mis pechos y luego sube y sus dientes se clavan lo justo para excitarme en mis clavículas y en mi cuello, estalla el anhelo de que se aplique a fondo, succione y me marque con un buen chupetón que declare a todo pulmón que le pertenezco.

¡Al carajo los preliminares!

—Quítame las bragas —reclamo con un murmullo agónico que parece complacerlo mucho.

Lo está dilatando a conciencia, sus dedos viajan a toda velocidad por el

interior de mis muslos sin apenas detenerse en mi pubis, para volver a abandonar mi entrepierna con un aleteo insoportable, como si fuese necesario calentarme más de lo que ya lo estoy. Las calderas del *Titanic* me tendrían envidia, debo de estar a punto de combustión, no puedo más. Álex sonrío malvado y continúa enloqueciéndome con su rosario de lametones en el cuello. Aprieto los abultados músculos de su espalda tensa, me acomodo bajo sus caderas y, con decisión, conduzco una de sus manos hasta el encaje de mi ropa interior.

—Estás empapada —observa, como

si el muy tunante no lo supiera ya.

Mi humedad es de tal calibre que podría replicar solita los lagos de Covadonga sobre las sábanas.

—Por favor, por favor —imploro, al borde mismo del precipicio. Y al hablar mi pelvis asciende y lo busca con desesperación.

De un solo tirón, Álex me despoja de las bragas y cubre mi sexo con toda la mano. No introduce los dedos. No me acaricia. Se limita a cerrar la palma sobre él, generando una cámara de hueca humedad que dispara mi deseo a lo más alto. Me ha distraído y con la otra mano me ha desabrochado el sujetador. Besa

mis pezones, los pellizca con los dientes, los succiona con fuerza y por último los lame. Una tortura de las peores, con la que no contaba.

Trato de darme la vuelta, subirme a horcajadas y tomar las riendas de este polvazo inconmensurable, pero Álex y su superioridad física no me lo permiten. Él manda, él marca el ritmo, deliberadamente lento, para hacerme sufrir hasta el delirio. Y entonces comprendo que se está vengando Yo lo utilicé para mi propio placer aquella noche en la escalera del garaje, parece que haga mil años, y el muy rencoroso me la ha guardado y se la está cobrando.

Bueno, supongo que me lo merezco.

Noto que se incorpora y su cabeza busca el triángulo entre mis muslos. Si me besa ahí, desde luego que no respondo. Pero lo único que me regala es una apresurada pasada de su lengua y un tierno beso en el monte de Venus, que me desconcierta. A continuación se coloca sobre mí, me separa con sutileza las rodillas y de una única y certera estocada me penetra hasta lo más hondo.

Un gemido de absoluta agonía escapa de mi garganta, mis uñas se clavan sin misericordia en su espalda y la sensación de estar íntimamente unida a él, llena, repleta, me invade y me

conduce al galope a un orgasmo monstruoso. La tensión acumulada escapa a borbotones. Álex entra y sale de mi cuerpo a un ritmo acelerado y regular. Estoy en un tris de abandonarme del todo y ponerme a gritar como una posesa. No puedo volver a tener otro clímax, no tan seguido, pero entonces un pensamiento de lo más escabroso atraviesa mi cerebro como un rayo.

—¡El preservativo!

—No te preocupes, nena, está colocado y en su sitio —me asegura con un jadeo ronco, sin parar de penetrarme. Una y otra vez.

¿Sí? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Tan ida

estoy que ni siquiera me he dado cuenta?

Algo dentro de mí confirma su afirmación y me relajo. Con sólo un par de empujones más, Álex me conduce a la carrera al orgasmo, y no se me ocurre pensar en vecinos escandalizados cuando me corro con un sonoro alarido que brota de lo más recóndito de mi ser. Él me sigue con un rugido poderoso que por un momento lo convierte en león. El rey de la selva con cuerpo grandioso de hombre. La escalada, la cumbre y el descenso han sido tan intensos que quedamos uno bajo el otro, extenuados, silenciosos y felices.

Cierro los ojos y suspiro. Álex me

acaricia el pelo.

—No ha podido ser mejor, princesa. De haber tenido expectativas, las habrías superado con creces.

Levanto una micra la cabeza. Con él encima casi no puedo moverme y apenas respirar, pero no cambiaría este instante por nada del mundo.

—¿No las tenías? —gruño.

—No —responde con una chispa de humor en su tono—. Tenía la absoluta seguridad de que sería perfecto.

Hunde los dedos entre mis mechones revueltos hasta llegar a mi nuca. Roza mi piel con pequeñas pasadas y me estremezco. Cuando sale de mí y se

dirige al baño, compruebo que no me ha mentado, llevaba preservativo. Lo que no sé es cómo se las ha arreglado para ponérselo sin que yo me diera cuenta. Este tío puñetero no es de esta galaxia. Oigo el sonido del agua en el cuarto contiguo, mientras me siento adormilada, perezosa y más contenta de lo que recuerdo haberlo estado en los tres últimos años. Estiro brazos y piernas y me abrazo a una almohada mullida que huele a nosotros.

Álex regresa con una toalla de tocador, esponjosa y mojada, con la que cuidadosamente limpia mi sexo. Se dedica a ello como una geisha a la

ceremonia del té. No puedo decir que no me sorprenda verlo tan solícito, tan entregado, recreándose en cada pliegue de mi vulva, repartiendo dulces besitos por el interior de mis muslos, provocándome temblores y escalofríos, y que mi inicial timidez ante un acto tan íntimo mute en lujuria de la peor.

Ya lo deseo de nuevo, con la misma fuerza de hace un rato, como si no lo hubiéramos hecho. No estoy saciada, ni mucho menos.

—No sigas por ahí —le advierto cuando la cálida humedad de su lengua alcanza mi pubis y toda la parte inferior de mi cuerpo vibra y se yergue buscando

placer.

Álex aparta la toalla con una peligrosa sonrisa canalla, que avanza mucho de lo que ocurrirá a continuación.

—Estás deliciosa —musita. Y diluye esa palabra en un lametón vigoroso justo encima de mi clítoris. Gimo y mi trasero salta con vida propia. Él se vale de la cercanía para mordisquearme allí donde acaba de sembrar una acuciante necesidad. Separo las piernas sin ningún pudor, dispuesta a pasarlo en grande.

Álex

La beso con ansia, con urgencia, casi con desesperación. La beso como si la muerte me pisara los talones o fuese a marcharme mañana para nunca regresar. No podría soportar la idea de no volver a verla. Cada curva de su cuerpo, cada concavidad está construida a medida para mis manos, para mi cincel. Permití su pequeño juego travieso en el garaje... Pero ahora soy yo el que manda. Y en nombre de todos los infiernos... vaya si es gratificante.

Sofía

Los vaivenes de su lengua son diabólicos, largos o cortos en su justa medida. Me chupa como si fuese un helado o todo mi sexo estuviese cubierto de crema pastelera. Diría que está disfrutando. Enredo las manos, las dos,

en su espeso cabello negro y le doy discretos tironcitos, que, sumados a mis jadeos, cada vez a mayor volumen, marcan el ritmo de su obsequio oral. En menos de dos minutos tengo los pezones como el timbre de un castillo y unas ganas locas de sentirlo dentro hasta lo más hondo, cosa que Álex parece adivinar y, siguiendo el reguero de besos que deposita desde mi pubis depilado hasta mi ombligo, y de ahí por todo mi vientre hasta mis pechos, el esternón, que recibe otra buena colección de lametones, se ancla en mi cuello, donde se demora más de lo conveniente, poniendo en pie con la

caricia de su aliento hasta mi último vello disponible.

—Deliciosa —repite como hablando consigo mismo—. Eres todo un manjar, Sofía.

Me gusta cómo suena mi nombre en sus labios, el modo en que su voz grave acaricia cada sílaba y la convierte en un susurro erótico. Me sorprende tumbándose sobre mí, apresando mis muñecas y elevando mis brazos por encima de mi cabeza, inmovilizándome sin parar de besarme. Desde el salón llega la voz inconfundible de Michael Bublé. Entro directa en barrena. Ya no hay quien me pare.

Gruño, jadeo y basculo las caderas indicándole sin hablar que quiero que me penetre cuanto antes, que me regale más, mucho más de lo anterior. Me mantiene quieta con una manaza sobre mis muñecas y con la otra coge un preservativo de la mesita de noche. Desgarra el envoltorio con los dientes y dejo de ver su mano libre, sólo siento un pequeño movimiento sobre mi pelvis y a continuación su pene hermoso y erecto se pasea ufano por mi abertura, rozándola de modo casual sin decidirse a entrar.

—No hace falta que llame, la puerta está abierta —bromea, anticipándose a

mis pensamientos.

Sí. Abierta. Y me temo que de forma invariablemente lo esté cada vez que a Álex Conde se le ocurra venir de visita.

No es un futuro muy halagüeño colgarme de esta manera, teniendo en cuenta que está comprometido con otra no sé hasta qué punto. Soy una estúpida sin excusa. De sobra sé de la existencia de Camila, aunque nadie hable ni se refiera a ella. Yo sola me he metido en este tinglado emocional, él no me ha obligado. Tan sólo decidí enterrarla en algún rincón oscuro y dormido de mi cerebro, pero la certeza de que ahí sigue, viva y presente en la vida de

Álex, condicionando su actitud para conmigo, me golpea como un puño apretado en mitad del rostro.

Me estoy enamorando de un hombre que pertenece a otra.

Pero mis recelos son algo que olvido en cuanto su miembro atraviesa mi débil defensa y me colma entera, lenta e inexorablemente. Adopta un ritmo con el que, de seguro, pretende atormentarme. Lento, potente. Sale de mí casi por completo, me abandona para volver a entrar, impetuoso hasta tocar mi útero. Me convulsiono. Esto es demasiado. Jadeo como una loba en celo ya desde las primeras embestidas y no

necesito más que ese leve movimiento suyo para que el millar de mariposas encerradas en mi vientre explodieran y alcen el vuelo.

Me derramo por completo, me licúo, soy miel espesa y caliente resbalando sobre la piel de mi amante. Nos quedamos dormidos al arrullo de dos corazones acelerados, satisfechos. Cuando vuelvo a abrir los ojos ya ha amanecido y Álex me rodea con su fuerte brazo.

Soy feliz.

#HolaYAdiós

Floto en una exuberante nube rosada que me eleva por encima del bien y del mal. Entre borrones, me asalta un recuerdo: es posible, sólo posible, que Alex y yo hayamos hecho el amor cinco veces en lugar de las cuatro que recuerdo con

nitidez. Esto ha sido un no parar sobrehumano. Los dos sumábamos una caldera a tope de combustible, incapaz de parar una vez puesta en marcha. Hemos pasado la noche dormitando a ratos, buscándonos a tientas, rozándonos a propósito y explotando si ocurría. Nunca antes nadie me ha amado con tanta intensidad, las jornadas de lujuria desenfrenada con Sergio parecen un chiste a la luz de esta nueva experiencia. Toda mujer debería probar al menos una vez en su vida lo que es sentirse deseada, venerada y seducida hasta el límite de sus sentidos.

Estiro el cuello para mirarlo. Es tan

bello, tan perfecto, que no parece real. Tiene unas pestañas larguísimas que sombrean sus pómulos y todo en él raya la divinidad. Respira hondo y cadencioso y su poderoso pecho sube y baja meciendo mi cabeza. El suave vello me hace cosquillas en la cara. Levanto los dedos y juego con él. Entonces, la insistente chicharra de un despertador digital se interpone entre la dicha absoluta y Sofía Echeagaray. Siento ganas de encontrarlo, dondequiera que esté, y estrellarlo contra la pared.

Álex se remueve inquieto y, aún dormido, observo el modo en que frunce el labio superior. Absolutamente

comestible. Quiero que sea mío por encima de todas las cosas. Y quiero pertenecerle hasta el fin de mis días. Rezo por que al desayunar ponga las cartas boca arriba en lo relativo a Camila. Oír de su boca que esa historia es agua pasada y que no implica un obstáculo en lo que está por venir entre nosotros.

En lugar de eso, abre de golpe sus ojos verdes y, con un sobresalto que me separa con brusquedad de su calidez, salta de la cama, desorientado y desnudo.

«Ole, ole, ole.»

Ya empieza a caerme bien el

puñetero despertador.

Ruedo sobre el colchón, quedo boca abajo y observo con una pícaro sonrisa su desconcierto. Álex entierra los dedos entre los oscuros mechones de su pelo y los aparta a un lado.

—¿Qué hora es?

—No tengo la menor idea —silabeo.

Estoy la mar de relajada, disfrutando del espectáculo de su erección matutina y... de todo lo demás.

—Joder, tengo que preparar la maleta. —Se dirige al cuarto de baño, pero no llega a entrar. Da media vuelta y regresa. Camina en círculos tontos que a mí me encantan—. Salimos para Madrid

dentro de un rato.

Salgo del absurdo encantamiento al que me somete su desmesurada belleza y bajo a tierra. No me ha besado, no se ha alegrado de verme, ni siquiera me ha sonreído. Me folla sin descanso toda la noche, nubla mi entendimiento con un sinfín de frases bonitas y ahora resulta que encontrar sus calzoncillos es más importante que yo. Me cambia el humor en lo que dura el pestañeo de una pija. Me levanto de esa cama enorme, dos por dos metros con toda su seda y su insaciable olor a sexo del bueno, decepcionada y furiosa. Paso por delante de Álex buscando mi sujetador

y, por primera vez, el muy capullo parece verme.

—¿Adónde vas tan deprisa, princesa?

Me agarra del brazo y tira. No puedo impedir quedar adosada a su pecho. La sensación de júbilo y deseo contenido vuelve a dominarme. A su lado, las emociones juegan a la montaña rusa.

—Yo también tengo prisa, mañana leo mi tesis, ¿recuerdas? —digo con todo el brío que puedo.

Me está mirando con ese brillo suyo en las pupilas y una sonrisa canalla en la comisura de los labios. ¡Jesús! Me derrito enterita. Aun así, trato de

mostrarme digna y airada. Me zafó de su abrazo antes de que su boca capture la mía y ya no haya vuelta atrás. Me temo que soy de todo menos inmune a sus múltiples encantos. Para eso necesitaría siglos de entrenamiento y ser ciega.

—Prohibido marcharse sin pasar por la ducha, pequeña. ¿No has leído el cartel en la puerta?

No me he alejado lo suficiente y ahora le basta alargar un brazo para rodear mi cintura y cazarme como a un conejillo asustado. Si me mira de ese modo, atraviesa mi piel y consigue que me tiemblen las rodillas.

—Ya me ducharé en casa, allí tengo

mis cosas —me resisto con debilidad.

La nariz de Álex toca la mía, la frota, sus labios reptan por mi mejilla, de ahí a mi sien y de nuevo en sentido descendente, buscando peligrosamente mi cuello. Tengo que evitarlo al precio que sea. Al primer chupetón soy capaz de prometerle las instalaciones de la NASA.

—Aquí también hay gel de colores de esos que os gustan a las chicas —susurra pegado a mi oreja. Cierro los ojos, aguanto la respiración y me mantengo firme.

—Que supongo guardas para tus visitas femeninas. ¿O me equivoco? —

No me molesto en disimular la mala uva.

Parece mentira lo pronto y fácil que se desinflan los sueños románticos.

Él se divierte a mi costa, mis pullas no lo ofenden en absoluto. Me zarandea entre sus brazos y mis pechos bailotean contra su torso. Como no podía ser de otro modo, mis pezones me traicionan de un modo escandaloso.

—No tengo por qué negar que me gustan las mujeres.

—Dijiste que no eras como la gente pensaba —refunfuño, concentrada en mi enfado. La cándida inocencia de su sonrisa resulta de lo más insolente.

—¿Y cómo piensa la gente que soy?

¡Vaya! Un ataque de amnesia en pelota picada de buena mañana. Su pene responde a mi cercanía y me golpea el ombligo. Sus caricias son sugerentes, creo que busca algo...

—Un golfo. Dijiste que eras sensato. —Me besa y pierdo por un momento el hilo de mis pensamientos.

—Existen los golfos sensatos. —Pasea la lengua por mis labios. Me muerde.

—Sensible... —Vuelve a hacerlo. Gimo bajito—. Y fiel —ronroneo.

He dicho «fiel». La palabra mágica. Ahora él debería sacar el espinoso tema de Camila, pero no lo hace y yo ya he

permitido que su lengua conecte con la mía. Sorbe mi sustancia, la esencia de mi alma. Estoy perdida por completo. Me arrastra al baño y, sin dejar de besarme y tocarme por todas partes, acciona los mandos de la ducha. Todos mis esfuerzos por huir son en vano, no lo consigo. Supongo que tampoco pongo todo mi empeño, sé que podría hacerlo mejor, pero no me da la gana.

Álex aferra mi trasero, me eleva un metro del suelo y me empotra contra la pared. No me lo pienso demasiado, mis piernas rodean sus caderas, mis brazos su cuello. El agua nos moja en una delicada lluvia fina y perfumada, que

parece un salpicado de besos. Echo atrás la cabeza y expongo la garganta. Con mi gesto reclamo que me muerda, que me haga temblar. El pene de él despierta hambriento por lo que veo, y en plena forma. Ya lo tengo dentro y su dueño me embiste a un ritmo endiablado, casi con furia, algo que no acabo de entender.

Puede que se esté despidiendo.

Sí, es eso. Se marcha y no sé cuándo volveré a verlo. Voy a echarlo de menos y más después de esta megamaratón de sexo de altísima calidad. Me ha enredado, se lo ha montado de maravilla, antes de largarse ha decidido

marcarme a fuego y le ha salido redondo. Ardo. Mi sexo hierve y yo jadeo enloquecida. Los gruñidos de placer de Álex acompañan el bascular de sus caderas y su miembro entra y sale de mi vagina engrasada, a toda velocidad. ¡Oh, Dios! Esto es fabuloso, apenas hemos terminado y ya tengo nuevas ganas de él. Cuando salga por la puerta no podré dar un paso, voy a parecer una india sin caballo el resto de la semana. Seguramente lo que pretendía el muy cabrón.

Un estallido de placer que se reparte en oleadas por todo mi ser, interrumpe de cuajo tan concienzudos pensamientos.

No comprendo por qué no puedo limitarme a disfrutar como una demente sin hacerme tantas preguntas ni darle tantísimas vueltas al coco. Debo aprender a desconectar.

Mis pechos se estampan contra el suyo, me dejo conducir hasta un clímax imparable y esta vez Álex se deshace de forma simultánea. Noto sus espasmos dentro de mí, pegados a mis entrañas, gemelos con los míos. Nos quedamos en la misma postura, mi espalda contra la pared, sus grandes manos recogiendo mi trasero como una bandeja, mis piernas y brazos atados a él, nuestras respiraciones agotadas pero al compás.

Lo mejor llega cuando nos miramos: ahí nace la magia más intensa, en una ráfaga de comunicación muda que nos conecta y nos ata de un modo que no sabría describir. Me hago poco a poco consciente de lo que ha pasado, de que seguimos bajo la ducha, de que la melena empapada enmarca mi cara y que nuestra piel despide vapores altamente eróticos. Álex ha vuelto a ponerse el condón mientras yo flotaba semiinconsciente en las nubes. Al menos uno de los dos es precavido, me alegro. Su boca busca la mía, me besa en los labios con dulzura, musita que soy maravillosa, que amarme es toda una

experiencia.

Todo vibra de modo tan perfecto que sólo lo quiebra el hecho de que sea domingo y debamos separarnos en lugar de exprimir juntos el resto del día más deprimente de la semana. Su viaje. Mi tesis. La madre que nos parió.

—¿Fresa o coco? —lo oigo preguntar.

Deduzco que se refiere al champú. Me deja en el suelo con delicadeza y en cuanto mis pies tocan tierra, él se desembaraza del preservativo. Su miembro continúa manteniendo una garbosa semierección.

Lo dicho. Este hombre no pertenece

a esta dimensión.

Me alegro de encontrar a la vieja *Martita* esperando en la puerta. Es como una vuelta a casa anticipada. La despedida no ha sido triste ni dramática: Álex me ha lavado el pelo y yo lo he enjabonado por todas partes, aprovechando para zamparme una buena sesión de toqueteo que me alivie y me consuele hasta la próxima. He tratado de disimular la ansiedad que me provoca esta separación sin promesas y me he hecho un pelín la interesante. Él ha preparado café con una máquina de ésas

modernas, té, y ha desplegado sobre la barra de su cocina el mayor surtido de galletas variadas que imaginar pueda un alma golosa como la mía. Hemos jugado a probarlas todas, hemos bromeado como dos chiquillos, descubierto que el chocolate nos priva y el gluten nos hincha la barriga. Cosas en común, qué bien.

Pero nada más.

Me dirijo a la puerta con una extraña sensación de vacío en el estómago y los pelos a lo afro. Entonces él me ha acariciado la melena, me ha atraído con un gesto posesivo y me ha susurrado con los párpados semicerrados:

—Hasta la vuelta, princesa. Ya le he pedido a Víctor que te cuide para mí.

Acaba de colocar una especie de tiritita en mi maltrecho corazón, que aún no sabe cómo tomarse el ajetreo emocional de los últimos días.

Contemplo mi casa con espíritu crítico, hasta concluir que la decoración de mi apartamento es una pizca infantiloides y bastante cutre comparada con el superático de Don Perfecto. Pero es mío y de nadie más. Me alegro de no haber cedido a los chantajes y las presiones de Sergio para que dejase el

alquiler y me embarcase en una compra. Es pequeño, barato, y es mi reino. Daenerys Targaryen, madre de dragones, liberadora de esclavos, por los siglos de los siglos. Suena el teléfono fijo y fantaseo con que se trata de Álex, hasta que reparo en que no sabe el número. La voz oscura y resacosa de Ximena me da la bienvenida y por primera vez en mucho tiempo creo que no lo habrá pasado mejor que yo. Me muero de ganas de contárselo todo.

—Cómo desapareciste sin avisar, pendona —me reclama con su chisporroteo de costumbre—. Espero que la huida haya valido la pena.

—No lo sabes tú bien —canturreo —; ese hombre no es de este mundo, amiga.

—Maquinón en la cama, ¿a que sí? Lo lleva pintado en la frente.

—¿Comentó algo Silvia al notar nuestra ausencia?

—Ni media palabra, Creo que acabó discutiendo con André. No quise meter las narices, pero se retiraron para chillarse bajito y con muchos aspavientos, ya sabes a qué me refiero.

—Sí, a decirse lindeces sin que se note, me suena. —Rememoro *ipso facto* los «finales felices de noches con Sergio» y compadezco a la zorra que me

lo arrebató. Que le aproveche.

—Has tenido suerte, cielo, tu noche parece haber sido la única que se salva *cum laudem*.

—No irás a decirme que no te fuiste del bar pegadita a tu Antonio.

—Sí, claro que me fui, y con grandes planes por cierto, pero aterrizamos de madrugada en comisaría por culpa de mi madre. Salió a la calle y se perdió.

—¿Qué dices? —pregunto alterándome—. ¿Está bien?

—Ha aparecido, no te preocupes, dos calles más allá en camisón y pantuflas, completamente desorientada. No dejo de darle vueltas a lo que podría

haber pasado si la madre de Patricia no hubiera salido por casualidad al descansillo y visto abierta la puerta de par en par. Avisó enseguida, y eso que desde que Patricia me niega su amistad, ella tampoco se ocupa como antes de echarle un ojo a mamá. A saber lo que le habrá contado esa bruja, con lo unidas que estaban las dos vecinas —remata con un rugido fiero que me da miedo hasta a mí.

—Deberías hablar con ella y aclarar...

—No, Sofía, debería tomar una decisión madura y responsable respecto al problema. Empezar, por ejemplo,

admitiendo que mi madre no está en condiciones de vivir sola.

El hervidor de agua indica con su molesto silbido que los cien grados centígrados están disponibles y acudo a la cocina con el teléfono pegado a la oreja. Soy muy afortunada por no tener más marrón de que ocuparme que mi propio patetismo. Ximena no tiene hermanos, por lo que asume ella sola el cuidado de su madre.

—¿Hablas de internarla en una residencia? —Vuelco el agua sobre las bolsitas de té en mi taza de medio litro, comprada exprofeso para mis mogollónicas infusiones.

—Por ejemplo. Tengo que preguntar precios, igual es algo inalcanzable, pero ella tiene su paguita de viudez y yo podría aportar algo cada mes, tengo un buen sueldo. —Suspira—. A ver, no es que me haga ni pizca de gracia.

—Parece mentira —musito apesadumbrada—, cuando está bien está tan bien...

—Ya. Y cuando se le va la pinza no se acuerda ni de cómo se llama. Necesita vigilancia las veinticuatro horas, por no hablar de su medicación.

—Y en cuanto a lo de ese traslado a Madrid del que me hablaste...

Regreso al sofá y me retrepo con las

piernas flexionadas.

—Ahí está, no se sabe nada todavía, pero si cuajara...

—Tener solventado lo de tu madre facilitaría mucho las cosas —razono en un pobre intento por animarla. Puede que el efecto sea precisamente el contrario.

—Sí, las facilitaría. En fin —imprime un nuevo ímpetu a sus palabras. Ximena es única reponiéndose—, así que has follado como si se fuesen a fundir los casquetes polares, ¿no, perri? Me alegro, tía, ya era hora de que te metieras un alegrón en ese cuerpo desaprovechado que tienes.

—Bueno... —vacilo—, a ver si es pan para hoy y hambre para mañana. Se marcha de viaje y tiene novia. Ésos son hechos incontestables.

#HechosIncontestables

Ximena no está de acuerdo y me lo comunica con un chasqueo repetitivo de lengua.

—Lo del viaje, pase. Lo de la novia... tengo mis dudas. Le gustas, Sofía, se le nota a la legua.

—¿Hasta qué punto? —digo estúpidamente, buscando reafirmaciones a las que agarrarme.

—Hija, ¿hace falta que te lo diga después de pasar la noche con él entre sábanas? Se huele la química entre vosotros y de la tal Camila nada se sabe. Es posible que lo estén dejando o que lo hayan dejado incluso y esté muy reciente. No sería el primero que se embarca en una relación sin haber zanjado del todo la anterior.

A mí me lo va a contar. Sin embargo, y pese a que la experiencia «Sergio» rompe mis reglas y mis esquemas, yo tengo mi propia teoría al respecto.

—Me niego a ser la «chica escalón». Rara vez funciona.

—Calla y disfruta, joder, que todo lo tienes que analizar y convertirlo en una fórmula matemática. Sé un poco espontánea, fluye con las cosas, tómalas como vengan y ve resolviendo sobre la marcha.

—Odio enredarme en algo cuando ni siquiera sé si quiero.

—Claro que quieres, ¿cómo no vas a querer? Lo de Sergio aún colea, tú no buscas nada serio. Pues a disfrutar. No seas tan cerebral, mujer, déjate llevar.

Suspiro concentrada. Ojalá fuese más como Ximena y menos como yo

misma.

—Dicho por ti no suena nada mal —
admito a regañadientes.

Temo reconocer que la paliza erótico-festiva vivida con Álex me haya afectado hasta los tuétanos.

Mi amiga me regala una de sus alegres carcajadas campanilleras.

—Y mañana, el gran momento.

Acaba de marearme. Por un rato he conseguido olvidarme de la maldita tesis y ahora...

—El momentazo, sí. Dios, qué apuro.

—Ahí estaremos Antonio y yo. Y quién sabe si también mi madre.

—Será un placer, os necesito. Recuerda que es un punto de inflexión decisivo en mi vida. A partir de pasado mañana nada será igual.

—Se acabaron los pretextos — bromea.

Pero es cierto. Rigurosamente cierto que superado ese paso tendré que agarrar mi vida por los cuernos y ponerme a torear.

—Se terminaron. Estoy resuelta y decidida, ¿no se nota en la fortaleza de mi tono? —miento con el mayor descaro.

—¿Te instalarás con Silvia en su despacho?

—Creo que sí, lo haré. No renunciaré a las clases en el gimnasio de momento, pero es una gran oportunidad.

—Lo es, amiga, sería un crimen desperdiciarla. En fin, te dejo; hoy cocino para mi mami excursionista y he invitado a Antonio a acompañarnos. No sabes lo bien que se portó anoche con todo este dramón tan desagradable y las buenas migas que ha hecho con la autora de mis días. ¿Te apuntas?

No rompería esa fabulosa armonía familiar por nada del mundo. ¿Qué pinto yo allí?

—Te lo agradezco, pero dedicaré lo que queda de domingo a repasar la tesis

y el discurso de mañana. Ya sabes, para hacer el ridículo lo menos posible, que no salgas jurando que no me conoces de nada.

—Irá como la seda, ¿qué te apuestas?

—Qué ganas tengo de que acabe...

Hoy, el paraninfo de la facultad me intimida, más tremendo, más solemne que nunca. La piedra impenetrable pesa y mis manos sudan. Si no fuese porque me moriría de vergüenza, creo que podría desmayarme tan tranquila. Mi lado coqueto es el que esta mañana se ha

enfrentado al armario, dispuesto a malgastar treinta minutos que no me sobran para escoger una ropa que cumpla los requisitos de formal más sexi. Difícil, pero no imposible. Es en Mario en quien pienso, me gustaría impresionarlo, que opine que estoy guapa y me regale una vez más esa sonrisa suya indecente y volátil. Al final, esa parte osada de mí que no entiendo y mi yo adormilado y asustado escogemos una falda lápiz azul marino, salones de color nude y camiseta sport estampada en vivos colores. Junto hace muy bonito, es discreto y moderno. La falda se ciñe a mis caderas de forma

vertiginosa y la camiseta se agarra a mis pechos con tal frenesí que quizá el adjetivo «discreto» quede un poco fuera de lugar. Eso sí, bonito hace.

Cuando llego a la puerta, el profesor Martínez, que ya espera, abre los brazos y me sonrío. Está más viejo y delgado si cabe y le veo menos pelo, pero los ojos le brillan de entusiasmo y orgullo. Me estrecha contento como el abuelete que parece ser.

—Sofía, estás preciosa.

—Lo que estoy es histérica. ¿Y usted? ¿Cómo se encuentra? Recuperado veo. —Falto a la verdad con un entusiasmo más falso que las

monedas de veintidós.

—Estos achaques ya no están dispuestos a perdonar a nadie, pero vamos tirando. Lamento haberme perdido las puntadas finales de tu doctorado, no tengo perdón. Me ha contado un pajarito que has realizado un trabajo brillante.

Oteo a mi alrededor buscando al pajarito sin encontrarlo.

—Nada que usted no sembrase de antemano y que en gran parte le deba — respondo modesta. El profesor me da unas palmaditas en la mano y por detrás aparecen Ximena, su madre, relajada y sonriente, y Antonio. Parecen ya una

auténtica familia. ¿Y mis padres? ¿Dónde demonios se meten? Siempre tarde, van a llegar tarde hasta a sus funerales. Cualquiera diría, si sólo tienen que venir desde Fuengirola, no son ni veinte minutos en coche... Qué manía. Saludo a todo el mundo, presento al profesor, Ximena intercambia conmigo una miradita interrogante y aprovecha el abrazo para cuchichearme al oído:

—A ver, ¿cuándo llega ese tío bueno que te ha dirigido la tesis? ¿Es que no piensa aparecer?

Y dale. No tengo respuesta que ofrecerle, qué más quisiera yo.

—Que no me ha dirigido la tesis, sólo me ha dado el último empujón.

Se le pone cara de guarrilla viciosa.

—Ya me gustaría que te metiera un empujón, pero de los que yo me sé, a ver si se te alegra la jeta, hermana.

—Mira que eres burra...

—Sincera. ¿Qué? ¿Por qué se esconde el doctorcito morbososo?

—No tengo la menor idea. Nunca me aseguró que fuera a venir, simplemente lo di por hecho —lamento, sin disimular mi decepción—. ¡Y no es morbososo para nada!

—Qué rabia quedarme sin echarle el ojo, ya me había hecho mis ilusiones.

—Y yo, no creas, aunque si no está, mejor, no estaré tan atacada.

Un bedel uniformado asoma la cabeza, dice mi nombre y nos invita a entrar. En cero segundos mis rodillas se tambalean y temo no ser capaz de articular ni una sola palabra. Tengo la mente más blanca que los manteles domingueros de mi madre la tardona.

Pero todos me confortan con sus miradas de aprecio y de dos zancadas me planto en la sala delante del tribunal, dispuesta a jugarme el todo por el todo. Se inicia la cuenta atrás. Antes de arrancar con mi exposición, la puerta doble se abre una última vez y de forma

apresurada se cuelan mis padres y, ¡oh, sorpresa!, el bueno de Víctor.

Ha sido espantoso. Al menos al principio. No ubicaba los datos de los informes y parecía imposible que mi cerebro estructurase nada coherente. Pero tras un par de respiraciones hondas que por poco me dejan en coma, termino olvidándome de todo lo no fundamental y me centro en el tema al que he dedicado los últimos dos años de mi vida. Son ruedas sobre raíles engrasados, suena esquemático y sencillo, tengo la certeza de que me

están comprendiendo hasta mis padres. Los miembros del tribunal asienten con la cabeza de vez en cuando. Ese gesto benévolo me da alas.

No sé a quién echo más de menos, si a Álex para pavonearme, lucirme y convertirme en algo deseable, o a Mario para que se sienta orgulloso de su esfuerzo. El caso es que a ninguno lo tengo; lo más cercano a mí es un viejecito casi jubilado que me contempla arrobado, juntando las puntas de los dedos, y a un altísimo Víctor sentado al fondo tras mis padres, que me devora con ojos codiciosos y me envía señales que no logro descifrar.

Cuando quiero darme cuenta, todo ha pasado y ha sido un éxito. Los jueces me felicitan efusivos y yo hago lo imposible por secarme las manos sudorosas antes del apretón. Los veo a todos contentos, oigo alto y claro un «Enhorabuena, doctora», mi madre se arroja en mis brazos gimoteando emocionada y empiezo a percatarme de que todo es real.

Joder, qué alivio, sólo faltaba que lo hubiera soñado.

Mi padre avanza un paso y me agarra como si fuese una estatuilla de porcelana. No se atreve a achucharme como haría con un chico. Con mi

hermano, sin ir más lejos, que me ha deseado toda la suerte del mundo, literal, con un mensaje de móvil.

—Mi niña doctora en Psicología, qué satisfacción. Hay que celebrarlo, elegid sitio, que vamos a comer.

Ximena acaba de permitirme respirar y se cuelga del brazo de su madre.

—Bueno, nosotros mejor nos vamos retirando.

Mi padre no está dispuesto a que nadie le chafe los planes, es su gran día. Lo comparto, para mí también lo sería si a la inútil de mi hija por fin se le acabaran los pretextos con nombre de

universidad.

—Nada de eso, vamos todos. Y usted, profesor Martínez, será un gran honor que nos acompañe.

Se dirigen pausados hacia la puerta y yo los sigo como una autómatas. Es curioso, Víctor no ha hecho amago de desvincularse, como sería de esperar. ¿Ximena sí respeta la intimidad familiar y él no? Menudo caradura, todo sea por almorzar de gorra.

—Qué chico más guapo, hija. —Ya está mi madre elucubrando.

No te cuento si le pusiera el ojo encima a Álex. Niego tajante con la cabeza y pienso en él.

—Es un amigo, sólo un amigo.

Me lo temía, en estas lides nunca me equivoco. Durante la comida, mi madre interroga a Víctor a conciencia y yo me pongo rojo sandía. ¿Cuándo aprenderá esta mujer a mantener callada la boca? ¿No ve que me abochorna con su emperramiento en buscarme novio a la desesperada?

—Y tú ¿cuánto mides, Víctor? —ronronea como si lo quisiera para ella —. Mira que eres alto...

—Mamá, por favor —suplico con los ojos en blanco.

Pero él se hincha como un pollo relleno y jura que no le molesta en absoluto la indiscreción.

—Algo menos de metro noventa, señora.

—Qué barbaridad. Un hombre así te protege de todo mal —me alecciona ella.

No hace ninguna falta, me sé de otro igual, que me agarra por el trasero y me empotra contra la pared con una soltura pasmosa. Alejandro el Grande. No es cuestión de maña, es fuerza y poderío.

Señor, ya he mojado las bragas, el efecto Álex es poco menos que instantáneo. Pero no está.

El que sí estaba y se ha comportado de una manera ciertamente rara ha sido Mario. Lo he divisado al final de un pasillo, antes de abandonar el edificio de la facultad. Me miraba descarado, con el hombro apoyado en una columna. He supuesto que nos saldría al encuentro, que la ocasión y la presencia del doctor Martínez lo requerían, pero para mi total pasmo, pasado un minuto se ha erguido y ha desaparecido por un corredor lateral, sin saludar siquiera con la mano. Raro, raro, raro. ¿A que sí?

Salgo del limbo porque mi madre me endiña un codazo para, a continuación, batir las pestañas delante de Víctor.

Estoy desconcertada.

—Sí, soy un buen amigo —está afirmando él con voz untuosa, mientras me coge la mano y pasea el pulgar por mi muñeca, dando a entender que hay mucho más.

Mi madre bate palmas con las orejas, mi padre resopla y yo me irrito bajo la atenta mirada inspectora de Ximena Dunne. Algo no va bien. Retiro furiosa los dedos en cuanto puedo y miro a mi amiga. Enarca las cejas y sé que es un mensaje en clave, luego hablaremos largo y tendido. Lo surrealista de la situación empieza a desquiciarme y estoy a puntísimo de

soltar una buena burrada, cuando Víctor pronuncia las palabras mágicas:

—Le he prometido a alguien que cuidaré de ella.

Oh, frase balsámica. Ahí está la explicación de todo. Mi calma, mi stop remordimientos. Álex le ha pedido que me cuide hasta su vuelta, sí, acabo de recordar la expresión tentadora con que me lo comunicó el domingo. Resulta que Víctor no es ningún acosador, no persigue fines siniestros ni me espía. Es sólo mi guardián, mi protector hasta que mi amor regrese.

Me destenso, sonrío de oreja a oreja y de repente la comida está mucho más

sabrosa y el vino más frío. ¿Mi amor? ¿Yo he dicho eso? ¿Después de una mera colección de polvos increíbles ya mariposeo reclamando barbaridades? Definitivamente, estoy para que mediquen.

Posponemos los planes de tomar café y pasteles con Ximena y Antonio, por la preocupación que supone dejar sola a la señora Dunne. Mis padres se han ofrecido a acompañarla lo que haga falta, pero mi amiga prefiere dar por finalizado el festival y, si encarta, retomar otro día. La noto preocupada,

tanto como contrariado a Víctor, que me propone ir los dos a tomar una copa. ¿La verdad? No me apetece.

—Estoy muy cansada, agotada de tanta tensión. Menuda quincena esta mía —me quejo, recordando en un flash fugaz los ojos negros de Mario en mitad de sus explicaciones—. Lo único que deseo es llegar a casa, darme un baño caliente y acostarme temprano. Tengo novedades a las que acostumbrar el cuerpo.

El profesor Martínez da un paso adelante y coge mis manos con cariño. Sigue marchito, pero sus mejillas se han sonrosado un tanto y sus ojitos brillan

alegres. No cabe duda de que comparte mi triunfo. Se ha dedicado a calentarles las orejas a mis padres con la ristra interminable de mis talentos, la mayoría de los cuales juro no reconocer.

—Espero volver a verte pronto, que no desaparezcas de nuestras vidas para siempre. ¿Te has vuelto a plantear dar clases, aunque sea en régimen de sustitución?

—Nunca se sabe, profesor. De momento me aventuro con el ejercicio de la profesión y a ver qué pasa.

Nos besamos y nos despedimos. Mis padres regresan junto al mar de Fuengirola. Con Víctor, Ximena y

Antonio quedo para el viernes, y la rosada *Martita* me devuelve al hogar. Hoy es la primera tarde del resto de mi vida.

#PorqueNoEstásYTeEch

Alcanzo el viernes atravesando una semana menos placentera de lo que hubiese deseado. Álex, desaparecido en combate, si exceptúo un mensaje de móvil con un florido «¡¡¡Enhorabuena!!!» y un sinfin de

muñequitos flotando alrededor. Su hermana sí. Silvia me telefona el mismo lunes para interesarse por el momentazo «fin de tesis».

—¿Preparada para lo que se avecina? —pregunta intimidándome—. ¿Ilusionada?

—Mucho —convengo con cierta debilidad.

Tengo yo mis dudas... Dar saltos en un gimnasio al ritmo de la música es tan gratificante y tan sin riesgo de demandas por impericia laboral... Creo que me quedaría como profesora de aeróbic el resto de mis días, tengo demasiado miedo. Pero todos están en lo cierto,

Ximena, Silvia, mi familia. Hay que dar nuevos pasos, armarse de valor y agarrar la sartén por el mango. Pregunto por el abuelo, las perspectivas no son lo que se dice halagüeñas.

—Está más malito de lo que nos adelantaron. Es duro verlo tan apagado. El abuelo era el árbol que nos cobijaba a todos, parecía indestructible y ahora...

—La congoja quiebra su voz y me siento tan mal recordando a mi propio abuelo, que lágrimas de solidaridad acuden a mis ojos.

—Ya verás cómo se recupera —digo sin creerlo.

—Con que no sufra nos

conformamos. —Leo en su tono una triste resignación.

Controlo la tentación de preguntarle por Álex, ya que ella no lo nombra, pero su ausencia me pellizca la boca del estómago como una pinza con dientes de sierra.

Nuestra conversación se diluye en trivialidades y acabo dándome cuenta de que no podré incorporarme al despacho, como quería, hasta la vuelta de Silvia y que tengo por delante un reposo de demasiados días.

Me embarco en concienzudas limpiezas generales al ritmo de Pet Shop Boys, a continuación organizo los

armarios, separo la ropa apta para mi futuro profesional y hasta me entretengo en montarme conjuntitos. Parece mentira lo que la necesidad y un puñado de básicos pueden dar de sí. Me mato con la mopa, visito a mis padres, tomo café con las amigas y con Luluis, acudo al gimnasio a dar mis clases y sólo es miércoles, puñetas. Me aburro. Como una mona. No es que todo esto sirva de justificación a nada, pero son las razones por las que cedo a la invitación de Víctor para tomar algo. Es muy insistente, lo lleva proponiendo desde el mismo lunes por la noche, como si mi confesión de cansancio y derrota tras la

lectura de la tesis se la hubiese llevado el viento.

Vale. Pues finalmente acepto. Lo hago porque no veo maldad ninguna en tapear algo con un amigo y porque, de algún modo, estar con Víctor se asimila un poquito a estar con Álex. Lo reconozco, en mi mente calenturienta y en ningún sitio más, pero esa fantasía loca es el resorte que empuja mi cita.

Lo que no admito son recogidas en su coche. Hasta el centro llego sola con mi *Martita*.

Víctor acude diez minutos tarde. Es, de una larga ristra de cosas que no me espero, lo primero que hace. Lo segundo

es darme dos cariñosos besos y lo tercero sonreír con timidez. Iba preparada para lidiar con un puñado de miradas depredadoras, pero resulta que no, Víctor es todo cortesía y buenas maneras.

Me he vestido en un abrir y cerrar de ojos y me he maquillado sólo una pizca. Estoy convencida de que el mismo Álex que a mí no me llama con él sí que habla y que Víctor le contará este encuentro. Quiero tener buen aspecto, pero no seducirlo, de modo que me embuto en unos vaqueros azul oscuro, una camiseta de U2 con el retrato del niño soldado y una chaqueta sastre de lino también azul

oscuro, con unas bonitas sandalias de tiras de medio tacón. Voy cómoda y se nota, y la relajada conversación con mi acompañante acaba por calmarme del todo. Hablamos de música y reímos. Descubro que es un imitador chistoso e impecable. Luego, la conversación vira: el tema es ahora Alejandro, pero no soy yo quien lo saca.

—Debe de estar pasándolo fatal — comenta, dándole un par de vueltas a su jarra de cerveza—. Seguro que no lo admitirá nunca, porque procura hacerse siempre el fuerte, pero me consta lo unido que está a su abuelo; prácticamente lo ha criado.

Me gusta el tono tierno que emplea para referirse a su amigo.

—Os conocéis desde hace mucho, él y tú, ¿verdad?

—Desde el colegio. Éramos dos tapones de alberca, pequeñajos, todos se reían de nosotros hasta que dimos el estirón. Y si juntos nos defendimos cuando no abultábamos, juntos disfrutamos de la tranquilidad de sacarles tres cabezas a los demás.

—Hum... Dos guerrilleros —señalo etiquetándolos, y tuerzo la boca.

—No, para nada —niega riendo—, somos muy pacíficos, siempre lo hemos sido. La gente se lo piensa antes de

meterse con nosotros. Bueno, te hablo como si fuésemos camorristas callejeros, pero esos tiempos de autodefensa ya pasaron.

—Se nota lo mucho que lo aprecias —observo con delicadeza.

Su sonrisa se ensancha.

—Somos como hermanos. Volvimos a coincidir en la universidad y en muy pocas ocasiones nos hemos separado.

—¿También eres arquitecto? No lo sabía.

—Es que no ejerzo. Compongo música, es a lo que me he estado dedicando hasta ahora. Pero no da para vivir, son malos tiempos para la lírica.

—Se encoge de hombros—. Álex me ha convencido de que me sume a su estudio.

Vaya, así que van a ser mosqueteros de nuevo. Este Víctor es una caja de sorpresas, tanta sensibilidad en un cuerpote tan grande es algo que no me esperaba. Creo que hasta le perdono la putada de la fiesta.

—Puede que sea una buena idea, supongo que vas a aceptar.

Su mueca encubierta por primera vez expresa disgusto.

—¿Te digo la verdad? No me apetece un pijo. Ese curro implica tratar codo a codo con mucho ricachón

engreído y exigente, de los que se empeñan en una marquesina volada de un kilómetro cuadrado y no aceptan un no por respuesta. Piensan que porque pagan tienen derecho a pedirte la luna. —El tono agrio de su voz me jura que habla desde las tripas y que es sincero —. No los aguanto. Álex se ha criado entre ellos, pero yo... Supongo que con los años y la inactividad me he vuelto demasiado bohemio.

Sonrío para tranquilizarlo. Se contagia enseguida.

—Pero diré que sí, claro está. Necesito comer y Álex es mi amigo. — Sus ojos emiten un destello—. ¿Con

quién podría estar mejor?

Repito con Víctor una tarde más, lo que teniendo en cuenta que salimos por primera vez el miércoles y quedo con Ximena el viernes, equivale a vernos todos los días. Tanto es así que cuando llegamos en amena charla al restaurante El Clandestino, donde vamos a cenar con Ximena y Antonio, mi amiga apunta a él con el mentón y me interroga con la mirada. Yo me hago la tonta, es fácil desviar la conversación hacia otros derroteros.

—¡Xime! ¡Gafas nuevas! Qué

preciosidad, son rojas, qué bien te combinan con el pelo rubio.

Pero ella no se anda con chiquitas; se pone de pie, grazna algo de un pis, me atrapa el brazo y tira de mí hasta acorralarme en el pasillo que conduce a los baños. Miro apurada a los chicos, que se quedan recibiendo mesa. Cuando me suelta me froto la zona prensada del bíceps y protesto:

—Hija, qué bruta. ¿Qué quieres, aparte de desmenuzarme el brazo?

—Pero ¡¿qué haces todo el día pegada a ése?! —ruge.

—¿Pegada? —Pongo mi mejor cara de inocencia, la más recurrente y

efectiva; parezco el gato de *Shrek*—.
¿Qué dices?

—¿A ti no te gustaba Álex?

—Y me sigue gustando.

—¿Entonces...?

—Entonces ¿qué? Ximena, creo que te estás montando una película de terror. Por si no te has percatado, Álex no está, no sé para cuándo tiene previsto volver, aunque tampoco es que importe mucho, porque no se ha molestado en llamarme ni un solo día.

Mis argumentos llenos de rencor tienen peso, no me lo puede negar. Por eso se ha quedado sin habla. Pero mierda, es sólo un segundo. Ximena se

recompone a una velocidad que da miedo y vuelve a la carga.

—¿El aburrimiento justifica que le des esperanzas a su mejor amigo?

—¿Esperanzas? Yo no le estoy dando esperanzas a nadie. —Me lo pienso mejor, esto no tiene ni pies ni cabeza—. Perdone, joven, ¿esperanzas sobre qué?

—A ver... —Ximena pone los ojos en blanco, como si tuviera por amiga al ser más idiota del universo y tuviese que explicárselo todo despacito y mascado—. Víctor está loco por ti.

Reculo un paso.

—Anda ya.

—No te has dado cuenta, claro, tú en tu línea —deduce, acompañándose de una palmada de triunfo.

—Claro que no me he dado cuenta, porque eso no está pasando, te lo has inventado todo, lianta, que eres una lianta.

—No he sido yo, es Antonio quien me lo ha dicho —se defiende.

Eso no mejora las cosas.

—¿Él también lo piensa? Si es un despropósito —afirmo horrorizada, pálida como la cal.

—No, cariño, él no lo piensa, él lo ha visto como cualquiera con dos dedos de frente. Ese chico te mira con deseo

desde el día uno. Eres su *brownie* coronado con helado de crema.

Por un instante me sitúo en la tesitura de que el descabellado planteamiento de Ximena pueda ser real y me estremezco.

—No me ha dado razones para... Quiero decir, hemos salido apenas dos veces a tomar algo, nada íntimo, ya sabes. Se ha portado amigablemente, educado, ni por asomo una insinuación. —Me froto agobiada las sienes—. Álex le pidió que cuidara de mí antes de irse. No sé qué pensar.

—Cielo, piensa lo que te parezca, pero piénsalo rapidito y corta de cuajo

estas salidas en parejita que pueden traer de la mano muchos malentendidos.

—Tengo derecho a salir —digo rebelándome.

—Nadie te dice lo contrario, pero vigila con quién. Si quieres guardarle ausencias a Álex, como las antiguas, por mí fenómeno, pero sal en grupo y nada de favorecer a uno por encima de los demás.

Creo que tiene razón. No toda la razón, pero parte. Yo no actúo de mala fe, por eso no calculo las consecuencias de mis actos si alguien los retuerce. Ahora lo pienso en frío y admito que podría pensarse... No, qué locura, Víctor

y yo, qué chorrada, si hasta anteayer lo odiaba, presa de un rechazo irracional y lo miraba como a un acosador peligroso.

Mi estómago que ruge es el detonante que pone punto final a mis cavilaciones.

—Vamos a la mesa, se estarán preguntando qué nos traemos entre manos con tanto secretito —decide Ximena, mirando por encima de sus gafas.

—Que sepas que me has amargado la noche. Ya no podré mirar a Víctor de la misma forma sabiendo lo que sé —digo con amargura.

Ella mueve los ojos y me hace un

mohín.

—Lo que creemos saber —corrige.

Un fuegucillo de indignación me sube cuello arriba y me explota directamente en las mejillas.

—¿Ahora es «creemos»? La madre que te parió, Ximena, vas a volverme loca.

Qué bueno es el vino, que todo lo cura. O lo adormece. O lo disfraza. En menos de una hora, con cuatro copas seguidas a bocajarro, me importa mierda y media lo que persiga Víctor, lo que piense la gente y el color de la corbata

del mayordomo del rey. Tengo muy claro quién me gusta, a quién deseo y por quién palpitan mis hormonas locas. También sé que soy un ser ruin y despreciable que desea al hombre de una prójima. Y lo deseo al punto de perder la cordura. Pasaría por encima de cualquier cosa o persona con tal de tenerlo. Pero al final mi mente sobrevuela tanto al hermoso Álex como al misterioso Víctor y caigo en las redes del recuerdo de Camila. Me deprimó tanto pensando en la novia fantasma que me invento un súbito dolor de cabeza que me permite escabullirme y refugiarme sin más consecuencias en

casa. ¿La verdad? Querría meterme debajo de la cama y no salir hasta que Álex volviese, me sacara a rastras y se me comiera a besos.

No sé si son los remordimientos por mi deseo prohibido o la borrachera. El caso es que duermo como un ceporro rubio.

#CometiendosErrores

Abro un ojo. Sólo uno. Lo justo para recordar que es sábado y no tengo grandes planes en la bandeja de pendientes. Álex no está, la tesis no está, Víctor no me interesa, y la amiga que más quiero seguramente retoza entre

sábanas con un muchachote de buen ver de nombre Antonio.

Me arrastro fuera de la cama, grogui todavía, y, a tientas, mis manos localizan el hervidor y el resto de los aparejos de pesca que me permitirán fabricar un té decente. No soy persona hasta inyectarme teína en vena. Sostengo la taza con las dos manos y me encaramo a la encimera, sorbiendo el delicioso líquido ámbar con deleite.

Estoy a punto de comenzar mi segunda semana sin Álex, un capullo sin ninguna prisa por ponerse en contacto conmigo. Nada en el móvil, ni un triste correo electrónico. Ninguna señal por

leve que sea que me permita deducir que piensa en mí. Este silencio se me hace insoportable. Vino, folló, venció y se las piró. Con una novia oculta en alguna parte y, por lo visto, cero respeto a los sentimientos de las personas. La culpa es mía por no atender a las alarmas, debería haber tenido muy presente que él mismo, la noche que nos conocimos, me advirtió de esa imagen externa no tan impecable como desearía, y con su tono socarrón de hipnotizador de serpientes logró venderme el cuento chino de que las apariencias engañan y que no era lo que parecía. O sí.

Desde luego, engañan, por ejemplo

en Víctor, pero no en el caso de Álex. Este indomable devorador de hembras incautas está acostumbrado a salirse con la suya y a que los ligueros se desabrochen y caigan al suelo a su paso, empujados más por su magnetismo que por la fuerza de la gravedad. Maldito seas, pedazo de...

Mi móvil chilla y me lanzo desde lo alto del fregadero, dispuesta a encontrarlo antes de dar por perdida la llamada. Podría ser él, podría haber decidido dejar de hacerse el duro o estar sufriendo un montón mi ausencia. Podría... ¿Dónde demonios dejé el móvil anoche? Ya lo veo, dentro de uno

de los zapatos. Lo agarro y aprieto el botón verde en el último nanosegundo. Ni siquiera dispongo de tiempo para ver quién llama. Por eso respondo con un dulce y sugerente «Dígame». Por si acaso.

Es Silvia. Y parece alterada. Le pregunto por la salud de su abuelo pero, impaciente y decidida a cambiar de tema con prisas, me asegura que se encuentra mejor.

—Es André. Ese cretino del diablo cree que voy a pasar por alto todas sus chorradas. —Me suelta un ciclón de palabras atropelladas sin respirar.

Me froto los ojos a ver si consigo

despejarlos de la modorra que todavía me cuelga.

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis discutido?

—No, eso es lo peor, no hemos discutido, porque con André no se discute. Es una pared muerta que ni siente ni padece, tratar de razonar con él es como querer que hable una piedra. Todo se convierte en un monólogo de dirección única.

—Debe de ser frustrante —digo, a juzgar por lo agudo de su voz al final de la frase.

—Más que frustrante. Te entran ganas de estrangularlo y sabes que se

dejaría. Esa pasividad total, esa calma chicha...

—Silvia, te rechinan los dientes.

No me hace el menor caso.

—¿Significa que no le importo lo suficiente como para discutir en busca de un arreglo?

Bostezo con disimulo.

—No lo sé, cariño, de entrada, deduzco que por alguna causa evita las confrontaciones.

—Es un cobarde, como todos los tíos —remacha—, ¿es eso?

—No podría afirmarlo —digo escabulléndome. Desde luego, no pienso aventurarme con un diagnóstico a lo

loco que condicione la reacción de la temperamental Silvia—. De todos modos, aclárame de qué va la cosa.

—André es modelo. —Empieza contándome lo único que ya sé—. Desde que lo conocí está acostumbrado a hacer su santa voluntad, a no depender de nadie, ya que todas sus novias pasaron por el aro por pánico a perderlo. Y digo *novias* porque soy muy respetuosa, pero antes de mí André no había tenido una relación seria absolutamente con nadie.

—¿Y...? —la animo.

—Yo no soy así, Sofía; si me comprometo con lo nuestro, exijo que él haga otro tanto y necesito que me

dedique atención y tiempo. Ahora mismo lo estoy pasando fatal con lo del abuelo y me sale con que se marcha seis meses a Nueva York a trabajar para una agencia de publicidad en exclusiva. ¡¡Seis meses!! —aúlla—. ¿Sabes lo que eso significa? Seis meses que pueden convertirse en muchos más si la cosa funciona. —La oigo sorber. Debe de estar llorando, pero no me deja meter baza ni para consolarla—. Esto es el fin. ¿Cómo se atreve a abandonarme con tan poco estilo?

No se me ocurre qué responder que no la irrite todavía más. Echa chispas y no está siendo demasiado razonable,

pero cualquiera lo insinúa.

—A ver, Silvia, es su trabajo.

—Y yo soy su novia —replica cortante.

—Sí. ¿Tienes la impresión de que se quita de en medio para evitar resolver algún conflicto entre vosotros?

—¿A qué conflicto te refieres? No tenemos ningún conflicto que yo sepa — responde a la defensiva.

—Eso quería oír —la sereno con mi voz pausada—. ¿Ves? No es que esté evitando resolver nada, tampoco huye. Es tan sólo un trabajo, una oportunidad surgida que le conviene y que no quiere desaprovechar. Implicará sacrificios,

desde luego, pero tú ya sabías a qué se dedicaba André desde...

Me interrumpe hecha un basilisco.

—¿Se puede saber de qué parte estás tú?

¡Señor! Parece decepcionada. De algún modo he de hacerle entender que soy psicóloga y que trato de ayudarla analizando el conflicto desde la distancia, bajo un prisma imparcial. Si lo que busca son palmaditas en la espalda y gratificaciones fáciles... también puedo dárselas. Soy como Groucho Marx, tengo de todo, aunque no al mismo nivel de sinceridad.

—Sólo trato de aislar el problema.

¿Qué es exactamente lo que temes? ¿Que te olvide, que te sea infiel?

—André me adora, no se iría con otra ni de coña.

Lo afirma con tal contundencia que ni por un instante me atrevo a dudarlo.

—Eso es bueno, esa seguridad que tienes prueba que lo vuestro tiene cimientos sólidos. Piensa en positivo, a veces un alejamiento controlado reaviva las llamas de la pasión.

—Nuestra pasión está más sana que una pera, no necesita fuelles ni charambainas —refunfuña. Casi puedo verla cruzando los brazos bajo el pecho.

—Te echará de menos, eso es genial.

E irás a verlo en vacaciones —continúo, dando rienda suelta a un entusiasmo febril que no sé de dónde ha salido. El té, que ya empieza a hacer su trabajo—. Y antes de que te des cuenta estará de vuelta.

—Menuda faena, quedarse sola. Yo era hasta hoy una chica comprometida, con plan fijo los fines de semana. Ahora ¿qué se supone que soy? ¿Una soltera sin libertad? ¿Una comprometida sin acompañante? Porque tendré la soledad de una soltera y la falta de libertad de una ennoviada.

—Bueno, Silvia, entiendo que quieres a André y que la situación ideal

es estar juntos, pero él está luchando por despuntar en su carrera, igual que tú en la tuya, y a veces hay escollos que superar. Estoy segura de que nada que suponga poner en peligro vuestra relación. Si acaso saldrá reforzada. Mientras esperas, trata de no comerte mucho el coco y límitate a disfrutar. Tienes a tus amigas; sal y entra con ellas y en paz.

—Hum...

—¿Cómo que «hum»? —pregunto divertida.

—Llevo demasiado tiempo enganchada a André y me he ido alejando de mis amigas; ahora llevan

otro rollo o también tienen novio.

—¡Pues las recuperas! —exclamo desesperada. De hecho, tanta negatividad empieza a agotarme. Le proponga lo que le proponga, siempre acabamos en un callejón sin salida—. Vamos, Silvia, que no te reconozco, muchacha. ¿Dónde está la rubia echada para adelante que siempre has sido?

—Estoy cabreada —se justifica—. Mucho. André no tiene derecho a arruinar así mi vida de la noche a la mañana.

Empiezo a indignarme. Resoplo y aprieto los párpados. Tres, dos, uno... «Aguanta, Sofía, aguanta el parraque.»

—Ni que lo hiciera adrede —le espeto.

—Deja de defenderlo, joder. Si fuese yo la que se marchara lejos, comprobarías lo poco razonable que puede llegar a ser.

—El reconocido gen egoísta de los hombres, he oído hablar de él —bromeo casi sin ganas. ¡Dios, me ha dejado exhausta!

—Bueno, ya veremos en qué desemboca toda esta tragicomedia. Te dejo, tesoro, espero volver pronto y que salgamos juntas un rato a divertirnos, que falta me hace. Este pueblo es precioso, pero siento que me asfixio. —

Ya ves, ni que Málaga fuera Nueva York —. Y otra cosa: disculpa que me haya desahogado contigo, menuda brasa te he dado, mona.

Chasqueo la lengua.

—Bah, para eso están las amigas — digo con la boca chica.

—Tú sí que eres una de verdad. Cuídate mucho, Sofía, ya estoy deseando volver.

Colgamos sin haber mencionado el nombre de Álex y no puedo evitar sentir un desasosiego descorazonador. No hay otra forma de quitármelo de la cabeza que ponerme a sacarles brillo a los accesorios del baño y de la cocina. Eso

sí, a ritmo de *I Will Survive*,^[4] de Gloria Gaynor, que para algo es todo un himno de las que creemos poder sobrevivir al desamor.

Por la tarde quien me llama es Ximena. Me pilla vagueando desparramada en el sofá. El esperado y lógico bajón tras el chute de adrenalina de la quincena con Mario, los revolcones múltiples con Álex y la lectura de la tesis ya está aquí y ha venido para quedarse. Me invade un terrorífico abatimiento que me pienso curar durmiendo, viendo pelis y

zampando guarrerías. Porque yo lo valgo. Y porque sólo se prolongará un puñado de días más, los que tarde Silvia en volver y yo en incorporarme al superdespacho y fabricarme un prometedor futuro.

Por desgracia, la desazón de Ximena es mucho más seria. Ha cometido el grave error de comentarle a Antonio sus planes de ingresar a su madre y él ha puesto el grito en el cielo.

—¿Se puede saber en qué lo afecta?
—pregunto muy perdida, con franqueza.

—Aparte de la buena onda que tiene con ella... —Hace una pausa y suspira—. Mi chico es huérfano de madre

desde los siete años. Creo que por eso se ha encariñado así con la mía. La lleva y la trae al médico cuando hace falta, se preocupa tanto que a su lado yo parezco Maléfica sin tocado de cuernos.

—No te quejes, esa implicación es genial —la reprendo.

—*Meeec*. —Imita el sonido de una bocina—. No, no lo es, para nada. Es un horror, sobre todo cuando, para evitar el conveniente ingreso de su aspirante a suegra, me propone que nos vayamos a vivir juntos y que entre los dos la cuidemos.

—¿Que os vayáis a...? —Me quedo sin palabras. No es que no sea un

ofrecimiento generoso, pero es a todas luces muy precipitado.

—¿Lo entiendes ahora? Virgen de las bragas vueltas, llevamos saliendo dos meses y pico. Hasta ahora me limitaba a divertirme sin pensar en nada más y me viene con esto por la retaguardia... Vivir juntos y encerrarnos a cuidar de mi madre. Sofía, no quiero sonar desalmada y acaparadora, pero no es eso lo que busco en la vida, aspiro a algo más, a llegar a alguna parte. ¿Hago mal en desearlo? —Se le quiebra la voz y a mí el corazón se me raja por la mitad.

—No, cariño, ¿qué vas a hacer mal?

—Me siento culpable.

—Y es comprensible, pero no forzosamente cierto.

—Necesito que alguien a quien respeto, tú por ejemplo, me diga que lo estoy haciendo bien, que no soy un ser despreciable, sólo humana.

—No eres despreciable, eres una humana maravillosa y la persona más empática que he conocido nunca. Escucha, Antonio acabará entendiendo que lo que propone no es maduro ni puede funcionar. El día que decidáis vivir juntos, necesitaréis intimidad, plazos de adaptación, combinar vuestras rutinas... ya sabes. No sería saludable

comenzar una etapa tan nueva atados al cuidado de una enferma. Podría dar al traste con vuestra relación.

—Menos mal que tú también lo piensas, necesitaba oírlo.

—Medita despacio lo que quieres hacer —le aconsejo—, sin prisas, y decide por ti misma, sin presiones. Es tu vida. Además está ese posible traslado a Madrid...

Que tan triste me pone, pero que me cuidaré muy mucho de expresar. Si es su sueño, lo respetaré por más que me duela.

—Eso, sí. Los jefes me han sorprendido con que hay muchas

posibilidades de que resulte elegida y, la verdad, tampoco sé qué decidir llegado el momento. Era mi gran ilusión hasta que conocí a Antonio, ahora no podría abandonarlo por nada del mundo. Joder, quiero que me despierten a besos por las mañanas y él lo hace. ¿Por qué todo se complica en el peor momento?

Me muestro de acuerdo. Las pocas cosas buenas que nos pasan deberían venir dosificadas, cada una pedirle permiso a la anterior: «Oye, cosa estupenda, ¿has acabado? Bien, es mi turno». Pero no, las muy puñeteras llegan cuando les apetece y se apelotonan de modo que tengas que

elegir una u otra y lo malo de eso es que te obliga a renunciar a alguna de ellas.

—Lo único que puedo aconsejarte es que no te calientes la cabeza a priori. Cuando te digan «Ximena Dunne, ha sido usted seleccionada para el codiciado puesto en la capital», entonces y sólo entonces, sopesas los pros y los contras y tomas una decisión.

—Sí, claro —acepta poco convencida—, al menos mientras llega viviré tranquila.

—Porque también puede ocurrir que no llegue.

—Lo sé, he aprendido a no fiarme de los jefes. Sin embargo, es una

posibilidad que no sé si quiero contemplar, me dan demasiadas esperanzas.

—Tranquila mientras tanto —le aconsejo con ternura y una chispa de cansancio—. A otra cosa, mariposa.

—¿Tienes planes para la noche?

—Sí, quedarme tumbada poniéndome al día con un montón de series, leer algo que no sea Psicología aplicada y recuperar fuerzas. La adrenalina me ha mantenido en tensión todo este mes y ahora que los niveles vuelven a la normalidad empiezo a desmoronarme. Estoy como lacia.

—¿Y mañana?

—Más de lo mismo —digo atrincherándome.

—Perfecto, parece un magnífico plan. Oye, amiga... —Deja en suspenso la frase y me niego a cortar el silencio porque quiero que continúe—. Esta tarde he visto a Sergio.

Calla en espera de alguna exclamación por mi parte, o una pregunta que manifieste interés, pero no me inmuto.

—Iba solo —añade con cautela.

—Me importa poco. No —me corrijo—, poco sería algo. No me importa nada si va solo, acompañado o vuelto del revés. Sergio ha salido de mi

vida.

Ximena sabe de sobra lo que eso implica. No me caracterizo por ser una persona rencorosa, soy buena gente, pero cuando acabo con alguien he acabado para los restos. No planearé una venganza, no hablaré mal de él o ella a sus espaldas, tampoco preguntaré por su vida. La gente que me falla de un modo tan estrepitoso como hizo él, de repente es como si no existieran. Lo cual trae a mi mente al perfectísimo Álex, el que viene, folletea y desaparece. El hombre de los mil misterios. El que de algún modo también me ha fallado o está en vías de hacerlo. Puede que debiera

colocarlo en la estantería de los invisibles, empezar a olvidarlo, pasar de él, pero algo poderoso me lo impide. Cada vez que me viene a la mente, no soy dueña de mi voluntad, pierdo la cabeza y sólo deseo acurrucarme entre sus brazos, acogerlo en mis entrañas y jadear medio asfixiada de gusto.

—Puede que haya cortado con esa chica con la que salía —oigo comentar a Ximena.

«¡Ah, coño, hablábamos de Sergio!»

—No volvería con él ni aunque se arrastrara de rodillas lamiendo el suelo. Aunque fuese el último hombre sobre la faz de la Tierra y la ecuación fuera o

Sergio o coserme la entrepierna.

—Escogerías el hilo —adivina mi amiga divertida.

—Has acertado. Bueno, rubia peligrosa, te dejo, que el sofá me llama insistente y está demasiado guapo hoy como para despreciarlo. ¿Sales con Antonio?

—Eso pensaba, pero me ha propuesto cenar y ver un par de pelis en casa de mi madre para no dejarla sola. Me parece bien, la verdad; hoy la he notado muy distraída.

Nos despedimos con cariño. Ximena se merece lo mejor. No debería sentirse culpable por desear un futuro brillante y

un poco de tranquilidad en la vida.

Yo tampoco. A ver si me lo grabo entre ceja y ceja.

#VictorYYo

Llega el lunes y de la percha que sostengo en la mano cuelga un vestido veraniego de flores y falda de vuelo, que combina a las mil maravillas con mis sandalias de cuña rosa fucsia. Ayer recurrí a mis más ingeniosas excusas

para evitar salir con Víctor. La verdad es que al margen de sus intenciones, más o menos honrosas, es un pelín demasiado persistente. Me da la impresión de que tiene mucho tiempo libre y de que se aburre tanto como yo, que la ausencia de su amigo le afecta de manera similar a la mía. Parece perdido y tristón. Me compadecí tanto que tuve que atarme corto para no sucumbir (una vez más) y aceptar esa cervecita con tapa de ibéricos que me estaba tentando.

Soy una blandengue, lo sé, vivo con ello. Pero tiré de algún resorte prodigioso y me mantuve firme. Desperdicié el domingo sin hacer nada.

Hoy es otro día, un lunes de principios de verano que llama al paseo y tengo unos planes fabulosos. Voy al centro a encargarme unas tarjetas profesionales, donde un señor con mucho gusto estampará mi nombre y la ilustre dirección del despacho de Silvia, junto al rimbombante título de «psicóloga». ¿O «doctora en psicología»? ¿Suena muy presuntuoso? Y si suena, ¿para qué demonios me he esforzado tanto luchando por un doctorado de mierda del que ahora me avergüenzo?

Decidido. Pondré «doctora en psicología».

Salgo de la imprenta con un cosquilleo nervioso en la boca del estómago y cientos de planes tomando forma en mi subconsciente. El subidón de ánimo me vuelve imprudente. Tanto, que me aventuro a subir a intimar con Carla y, si se tercia, hasta invitarla a un café.

Toco el timbre, absorbiendo todo lo de mi alrededor con los ojos. Me parece incluso más bonito ahora que el primer día que vinimos. Cualquier profesional se sentiría incentivado con una decoración y un entorno tan sugerentes, y de cara a los clientes no cabe negar que suma puntos y prestigio. Mientras me

abren la puerta, canturreo y meneo el culete al ritmo de los brazos. Toda yo destilo felicidad.

Tras la madera tallada aparece una cara preciosa, simpática y ovalada, con unos relucientes ojos castaños y una irreprochable sonrisa adornada con un *piercing*.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Soy... Sofía Echegaray —logro articular. Los nervios me traban la lengua.

—Disculpe... —Mi nombre es evidente que no le dice nada.

—La amiga psicóloga de Silvia Conde. Estuve aquí hace tiempo. Voy a

incorporarme al despacho vacío de la oficina en cuanto ella regrese...

La luz se hace en el rostro de la secretaria y sus ojazos brillan aún más si cabe. Me tiende una mano franca, que me apresuro a estrechar.

—¡Claro que sí! Por favor, qué torpe, ya la recuerdo, y Silvia me habló de usted. Pero pase, pase.

Que no me tutee no le resta cordialidad a su tono y, aunque no me hace muy dichosa esa formalidad que digamos, interpreto que es una regla que mi amiga ha impuesto en su bufete y me propongo respetarla. Doy los pasos necesarios para salir del descansillo y

la morena cierra la puerta a mi espalda.

—Bienvenida. Soy Helen. Helen C. Rogue. Secretaria y alma de esta oficina. Necesitaré saber si prefiere café o té y, en su caso, cómo le gusta que lo prepare. Si desea que le pase las llamadas directamente o se las filtre. Puede acordar una palabra clave con la que me indique a quién no quiere ver... Si los lápices los usa de mina fina o gruesa, los bolis de gel o normales...

Helen es encantadora, lo decido sobre la marcha, mientras la veo contabilizar con los dedos pasillo adelante, hasta conducirme a la que en breve será mi guarida de trabajo. No lo

soñé, es tan acogedora, bien decorada y luminosa como la recordaba. Suspiro ilusionada y giro sobre mis tacones.

—Acordaremos todo eso, Helen, no te preocupes. ¿Está Carla en la oficina?

—Sí, por supuesto; ¿quiere que la avise?

—Me gustaría invitarla a un café... Si no la interrumpo, claro —preciso.

Helen me hace una seña discreta con la mano y asiente.

—Enseguida vuelvo.

Me deja delante del ventanal, largo hasta el suelo, disfrutando de las vistas del caótico lunes en la calle más céntrica de mi Málaga natal. A veces la

vida sonrío y no está mellada.

—Puede pasar al despacho de al lado —me informa Helen con su sempiterna sonrisa—. Por cierto, precioso vestido.

Sonrío agradecida. Allá voy. Puede que la primera impresión de la chica con la que compartiré espacio no fuese muy prometedora, pero estoy dispuesta a ganármela como sea. Detesto que alguien que ni siquiera me conoce me haga la cruz porque sí y me juzgue en negativo, tanto como odio ir a trabajar con el ambiente tenso. Decididamente, aquí esto tiene que cambiar.

Pero cuando leo el desplante pintado

en la fría expresión de Carla, ya no estoy tan segura de lograrlo. Esta chica intimida lo suyo.

—¿Ya te incorporas? ¿Tan pronto?

Es un escupitajo verbal en toda regla, interpretable como «¿Tanta prisa tienes? Porque nosotras no es que te echemos mucho en falta», que me cargo a la espalda y la desarmo con una sonrisa. A ver si consigo recordar que soy psicóloga, debería poder hacerlo. Pero ello implicaría que he pensado y racionalizado las cosas antes de vomitarlas y yo no soy así; hipocresía cero, soy todo impulsos, demasiada honestidad y transparencia, como dice

Ximena. Me da lo mismo. «En peores plazas hemos toreado, Sofía.»

—La verdad, no. Prefiero esperar a la vuelta de Silvia, pero he venido a encargarme unas tarjetas y he querido pasar a saludarte.

Arquea ambas cejas. Su sorpresa es evidente, no fingida.

—¿A mí?

—A ti. E invitarte a un café si no estás muy liada.

Leo el desconcierto más absoluto en su rostro y luego el esbozo de una tímida sonrisa que enseguida se enfría me sorprende. Se pone en pie y alinea con precipitación un montón de expedientes.

—Hoy imposible, me voy al juzgado en un rato, pero... te lo agradezco.

—En otra ocasión, entonces — sugiero sin venirme abajo.

—En otra ocasión —confirma.

Le hago una seña con la cabeza y salgo de sus dominios para aventurarme en los míos. Tengo el despacho más bonito del mundo, a ver qué detallitos puedo comprar en Ikea para personalizarlo y hacerlo especial. Una foto de Álex en bolas seguro que me mantendría entretenida.

Al día siguiente aparco mis planes

de pasar el día en el almacén sueco del diseño para ajustarme a la agenda de Ximena, que me quiere acompañar, y, puesta a hacer estupideces, mi vacío interior me lanza a la mayor de todas las disponibles: dirijo a Martita al departamento de la facultad de Psicología, en el nuevo paseo marítimo, dispuesta a saborear el mejor té de mano del guapísimo Mario Vallés.

Me llevo el corte de mi vida, más o menos como el del día anterior con Carla, sólo que más humillante y amargo. Definitivamente, no es mi semana de la suerte.

Golpeo con los nudillos la puerta

del departamento. Tardan una eternidad en abrirme y, cuando lo hacen, es la rubia descafeinada la que aparece. Sus ojos grandes y un poco saltones me revisan de abajo arriba. Me alegro de no llevar puesto nada demasiado llamativo a lo que pueda sacar punta: unos pantalones harem negros, un top multicolor sujeto por finos tirantes, con un broche de piedras brillantes en mitad de la espalda, y unas sandalias escotadas casi planas.

—¿Hola? —Doy el primer paso, ya que ella parece catatónica.

—Señorita Echegaray —silabea con mala baba y evidente disgusto al

reconocerme.

—Doctora Echegaray —rectifico con sorna—. Por fin.

—Sí, es cierto, debo darle la enhorabuena por su reciente título.

¿Son figuraciones mías o la muy cabrita se ha encargado de recalcar el «reciente», lo que equivale a llamarme «novata de mierda»? Sigue parapetada tras la puerta, como si protegiera el foso del castillo, asomando apenas tras la rendija.

—Se lo agradezco —replico cortés—. ¿El profesor Martínez no está?

—Se jubiló de forma definitiva hará unos veinticinco días.

Acuso el golpe. ¿Nadie me ha avisado? Me habría gustado despedirlo con algún detallito personal. Además, cuando un profesor de la antigüedad y jerarquía del doctor Martínez finiquita su larguísima carrera, suele hacerlo con una pequeña fiesta a la que acude casi todo el mundo. ¿Acaso la han celebrado sin mí? Noto el regocijo en los ojillos de búho de la rubia. Ella me habrá impactado el hígado, pero yo también conozco sus puntos flacos.

—¿Y el profesor Vallés?

Paula, la vigilante de la puerta que no me permite pasar, frunce el morro. Seeeeeh.

—Está dando clase —resume escueta.

—No sabía que se hubiese incorporado a la actividad docente —indico extrañada, aparentando estar al tanto de su vida privada. Eso le sienta aún peor.

—Es sólo circunstancial, sustituyendo a Casas López, que se ha tomado el permiso de paternidad.

—¡Vaya! Así que el bueno de Carlitos ha sido papá —exclamo, con una felicidad rayana en lo delirante—. ¡Cuánto me alegro!

—Voy a tener que dejarla, doctora, se me acumula el trabajo.

Iba a proponerle esperar hasta que acaben las clases, más por fastidiar que por otra cosa, pero la muy jodida me cierra la puerta en las narices. Planteándome cuánto de culpa tiene «Pauloca» en que hasta mi director de tesis me haya arrojado al baúl de los recuerdos, desaparezco pasillo adelante, echando humo por las orejas y con los puños apretados. Está claro: sin el amable profesor Martínez en la jefatura y con esa bruja engreída por ahí dando órdenes, creyéndose la emperatriz de Persia, el departamento no volverá a ser el comfortable antro de mis tiempos. Pensar eso supone enterrar muchos

buenos recuerdos. Me duele tanto que quizá por eso no reacciono al divisar a Mario subiendo la escalera, embebido en la lectura de un pequeño libro, pero desencadenando el caos entre la población femenina universitaria. Con sus pantalones chinos verde oscuro y su camisa blanca impoluta y bien planchada, remangada hasta los codos y ceñida a los hombros. El pelo oscuro algo alborotado y los ojos azabache brillando profundos.

Mejor marcharme. Otra vez será.

Al final son veintidós largos,

interminables días, los que Silvia y Álex tardan en regresar de Asturias. El desenlace, nefasto. Tras una engañosa mejoría, el abuelo empeoró y por último falleció. Están tremendamente afectados por el golpe. El anciano se fue sin que ellos se hicieran a la idea. Quedo con ambos hermanos para tomar algo y darles en persona mis condolencias. Me muero de ganas de ver a Álex, al menos con Silvia he mantenido contacto telefónico regular.

Al borde de la histeria, me cambio veinticinco veces de ropa y al final escojo un mono negro de punto de seda sujeto al cuello, que me parece muy

apropiado, y lo adorno con varios brazaletes metálicos anchos. La ansiedad va a matarme, aunque lo que me golpea como un puño es la decepción al ver aparecer a Silvia sola como la una. Le abro los brazos y ella se refugia en ellos de buena gana. Está pálida, más delgada y tiene ojeras. Creo que nunca la he visto tan triste.

—¿Cómo andas de ánimos? Siento muchísimo lo del abuelo.

Me hace un gesto y ocupamos una mesa en la cafetería. Pido un capuchino y un Earl Grey. Observo el modo en que agacha la cabeza y se retuerce los dedos.

—Ha sido espantoso. El pobre... ha sufrido tanto. Habría preferido no verlo. Y ahora sólo pensar en lo que me espera en el despacho, el retraso, los casos, los clientes descontentos...

—Tenía entendido que Carla se hacía cargo.

—Y se ha hecho, no me quejo. Es una buena letrada, pero tan hosca... No me quedan fuerzas para asumir lo que se me viene encima.

—Estás más delgada —observo sin pretender ofenderla.

Ella me da la razón con un débil cabeceo, mientras le seco una lagrimilla escapada de la esquina del ojo.

—Supongo que sólo queda reponerse y pensar en seguir luchando.

—Es cuestión de tiempo —la animo—. Todo termina encajando y si somos inteligentes nos quedamos con los buenos recuerdos.

—Que en el caso de mi abuelo son muchos, te lo aseguro.

Se pasa una mano acelerada por el rostro, como si con el gesto deseara borrar algo de esa infinita tristeza, y me sonrío.

—Y bueno, ¿qué tal tú? ¿Qué tal el trozo de verano que me he perdido? ¿Qué tal de amores?

Sé que no tengo derecho, pero me

hiere tanto que me pregunte eso como que no mencione a su hermano. ¿Tan requetebién disimulo mi interés, que ella no lo ha notado? ¿Y qué hay de cuando nos ha visto escaparnos juntos? ¿Por qué nunca saca el tema? Me desespero confiando en que lo haga. Podría provocarlo yo, pero no me decido. Es terror a lo que pueda oír. ¡Señor! ¡Qué cobarde soy! Decido responder algo, lo que sea, que aparte a Álex y su glorioso pene de mi mente.

—Tengo la lastimosa sensación de estar malgastando la mejor época de mi vida.

—No te flageles, cuando llegue

septiembre te arrojas de cabeza a la piscina del mundo del currante. Has sufrido mucho con esa tesis, tienes los ingresos del gimnasio, tómallo como unas merecidas vacaciones —me reprende por mi insatisfecha hiperactividad.

Y tiene razón, pero me permito aclararle:

—A eso me refiero. Son mis vacaciones, probablemente las únicas que tenga en mucho tiempo, y no hago nada de provecho. Ir a la playa de vez en cuando, ver pelis...

—Encargar preciosas tarjetas de visita —me interrumpe Silvia

sorprendiéndome.

—¿Lo sabes? ¿Te lo ha contado Carla-tíacotillademierda?

Constato que Silvia recupera el buen humor con una alegre carcajada.

—No, me lo dijo Helen. Le has caído fenomenal, vamos a ser un gran equipo. Si no fuera porque tú también estarás ahí a partir de ahora, me espinaría la idea de volver y retomar la rutina.

—Pues me alegro de servir para algo.

No sé cómo ha ocurrido. Una conversación que iba bien encaminada, ha dado un giro imprevisto y me

encuentro hablando otra vez de Silvia en lugar de repasar mi catálogo de penalidades. Habría sido brillante, por ejemplo, oírla preguntar: «¿Qué te falta, Sofía? ¿Qué le falta a este verano de intersección entre tu vida de estudiante y la de adulta para ser perfecto?». A lo que yo habría respondido sin dudar: «Le falta el amor». Pero por mucho que lo desee, hay cosas que no ocurren si no las fuerzas, y cuando apuramos nuestras consumiciones y temo que llegue la despedida, saco valentía del saco, aspiro aire y suelto:

—Me habría gustado poder darle el pésame a tu hermano; ¿por dónde anda?

Silvia pone los ojos en blanco, algo que no me tranquiliza precisamente.

—Su novia se presentó en Asturias al enterarse de lo del abuelo, para asistir al entierro, y allí mismo, delante de mis padres, tuvieron una enganchada de las suyas. No quiero entrar ni salir, pero a esa chica le falta un tornillo. Recorrer mil kilómetros para apoyarlo en un momento terrible y a continuación echarlo todo a rodar por un estúpido ataque de celos sin fundamento. —Silvia se detiene a observar mi cara trémula e inexpresiva—. No conoces a Camila, ¿verdad?

Muevo la cabeza a un lado y a otro.

Intento que mi mímica no desvele nada, pero noto que el asombro se aparta y deja hueco a la rabia. Claro. Ella sí ha podido viajar y convertirse en su apoyo, porque él la mantenía informada del estado de las cosas. A mí no. A mí me folla hasta por las orejas, pero no se digna mandarme ni un triste mensaje. Es obvio el interés que tiene por que yo forme parte de su vida familiar. Cero.

#ExcluidaPorqueSí

Tampoco debería extrañarme, joder, soy la chica a la que una noche de calentón echó una interminable colección de polvos en todas las posturas imaginables. Que yo sepa, no me ha prometido la luna, no tengo derecho a

esperar las deferencias que Álex reserve para su novia oficial, ni a ofenderme por no recibirlas. Sin embargo soy muy contradictoria; al tiempo que me digo esto, contengo las lágrimas para no montar el numerito delante de Silvia. Me duele no haber dispuesto de ninguna oportunidad. Yo habría cruzado sin dudar el mapa de España y habría acogido su pena entre mis pechos. En el buen sentido, en el de consolar. Y, por descontado, no me habría puesto como una hidra por nada en unos momentos tan delicados, cuando todo el mundo a mi alrededor se siente destrozado por la pérdida.

—Está como un cencerro —
despotrica Silvia.

Parpadeo al recordar que Víctor, al definirla, dijo más o menos lo mismo. ¿Es que a nadie le parece normal? Puede que no lo sea. Entonces, si es así, ¿qué hace Álex saliendo con ella? Lo tengo por un chico sensible e inteligente... Bueno, sensible implicaría atento a las necesidades emocionales de los demás, así que como que lo dejo en inteligente a secas.

Después de un breve paseo cogidas del brazo, Silvia y yo nos despedimos con un beso de hermanas y me reconforta pensar que al menos la tengo

a ella. Voy a disfrutar de lo que queda de verano, centrarme en mis clases de aeróbic, distanciarme de Víctor cuanto pueda y almacenar a Álex y su inolvidable forma de hacerme el amor en el rincón más paria y legañoso de mi cerebro. Hay una tal Sofía Echegaray a la que debo demostrarle que hay vida después de Álex Conde y de su alarmante atractivo. Puedo hacerlo. Vivir olvidándolo, digo. Demonios, no es tan difícil...

Quizá no sea la mejor idea enterrar una emoción cuando está aún tan viva.

Rebota y se retuerce dentro de su ataúd hasta que sale fuera y, cuando ocurre, no hay vuelta de hoja. Vale, no lo he admitido, para ser franca creo que ni se me ha notado, pero cuando Silvia ha nombrado a Camila se me ha hecho un nudo en las tripas. Ya tiene poca gracia que la primera vez que menciona a su hermano en mi presencia sea para referirse a su puñetera novia, alias «la cencerro». Maldita sea mi suerte veraniega.

Me escabullo hasta mi apartamento y, sin entretenerme por el camino, voy directa a la ducha. Un buen remojón en frío me pondrá las pilas y lavará las

tonterías que me rondan la cabeza. Sólo consigo llegar al punto de congelación, así que, castañeteándome los dientes y a pique de rompérmelos, manipulo los mandos y permito que el calor me devuelva la conciencia. ¡Hum! Así sí. Mucho mejor.

Dejo caer la esponja al suelo y observo ensimismada su movimiento de latido. Es mi pobre corazón, comprimido y agujereado. La ducha no ha domado mis instintos ni mis ardores ni mi mala leche y cuando vuelvo a aterrizar en el mundo de los vivos, me encuentro, con la melena aún húmeda, en la puerta del estudio de arquitectura de

Álex. No sé ni cómo he llegado.

Hay una encantadora recepcionista vigilando la entrada, que me mira con muchísimo interés. Interés que se incrementa cual cohete propulsado cuando aclaro a quién quiero ver. Por el modo en que sus pupilas recorren mi minifalda pantalón negra, mi camisa de gasa blanca de manga murciélago y mi colgante de cadenas y cuero, por su empeño en anunciarme en persona en vez de usar la línea interna y por cómo se contonea en mi propia cara, con una sonrisilla irreverente en sus labios pintados, deduzco que su intimidad con el jefe supera con creces la que cabe

esperar en una secretaria. Que Álex se la ha pasado por la piedra, vaya.

En ese mágico microsegundo, entre gruñido y graznido, soy de repente consciente de que lo que me atormenta no es que él tuviese novia cuando nos acostamos. Eso yo ya lo sabía y fue mi decisión, yo opté por arriesgarme. No. Es que no lo afronte. Ese engaño a sabiendas me rompe en dos el alma y la conciencia. Es asqueroso. ¿Se avergüenza de ella? ¿No le preocupa que lo vean tonteando con otra? ¿Con qué disculpa justifica sus ausencias? Tengo la acuciante necesidad de echarle en cara dos o tres cosas, pero también

asumo que no es el momento. Se supone que vengo a darle el pésame, lo de su abuelo está tan reciente... Soy una desalmada, una egoísta y un putón. Me pongo en pie como un resorte. Tengo que marcharme de aquí ahora mismo, antes de que sea tarde. Agarro el bolso y corro hasta la puerta de diseño, único obstáculo que me separa de la calle. No sé ni para qué he venido. Metepatas...

—¡Sofía!

Esa voz de erótico terciopelo serpentea a través de la distancia que nos separa y se me cuelga en los oídos para explotar en mi cerebro. Me vuelvo para mirar y sonrío para mitigar mis

temblores. Álex me observa desde su despacho, con un pantalón de traje gris grafito y una camisa celeste con corbata a juego. Sin chaqueta, pero del todo divino. Nos quedamos así, enganchados y silenciosos, pero de un modo tan brutal que todo mi interior arde bajo la mirada resentida de su secretaria.

—¿Pasas? —pregunta él.

Menos mal, yo me he quedado muda.

—Sí, sí, claro. Sólo un momentito —digo con torpeza. Señalo la puerta—. Acabo de recordar que tengo una cita.

Es lo primero que se me viene a la cabeza, pero los ojos esmeralda de Álex sueltan un estallido de apasionado

interés que actúa de efectiva llamada. Me envuelve con su electricidad estática, me rodea como si fuese algo vivo. Me cede el paso y me mide entera cuando entro. Cierra la puerta y la arpa se queda fuera, echando chispas.

«Que te den, mona.»

—Cuanto tiempo, ¿verdad? Estás muy guapa. —Antes de besarme, me clava unos ojos devoradores. Me dejo caer, sin invitación, donde primero pillo.

—Sí, bastante, casi un mes. —Me ruborizo hasta la punta de las orejas. Él sí que está guapo hasta que inventen otras cinco mil palabras mejores para

definirlo—. Siento muchísimo lo de tu abuelo. —Estoy sentada en uno de los confidentes; él rodea la mesa y ocupa su lugar, pero sigue de pie—. En realidad he venido sólo para decirte eso.

—Ha sido difícil, no lo voy a negar.

El boli gira entre sus largos dedos y mi maquiavélica mente rememora el instante en que me ha besado, peligrosamente cerca de la comisura, embriagándome con su aroma, que ya forma parte del rompecabezas en que se está convirtiendo mi patética vida.

Álex

Ha venido. No puedo apartar los ojos de ella. Las heridas abiertas y sangrantes que me he traído del pueblo sanan mejor con su presencia. Todo es más llevadero. Quiero tocarla, la tengo ahí, sentada enfrente, sonriéndome con timidez mientras sus sobrenaturales iris de plata bailotean por el despacho buscando con ansiedad algo donde posarse. Me ha hecho tanta falta que me ahogo al recordarlo. Tengo en carne viva la piel, cada centímetro que ella no acaricia. Y sin embargo me siento culpable. Terriblemente culpable. Por todo, por nada, por lo que deseo, por lo que debo hacer.

No sé si se lo confesaré en algún momento antes del fin de mis días. Nunca se lo he dicho a nadie.

Sofía, te quiero.

Sofía

Álex no tiene que invadir mi espacio personal con su prepotencia, cosa que

hace de un modo divino, para desasosegarme y conseguir que se me seque la boca. Entiendo que esa seguridad con la que se maneja deriva en parte de encontrarse en su madriguera, pero su soltura multicampo es indignante. Álex, seductor venenoso. Maldito. Me desnuda con su insistente mirada.

—¿No vas a darme un beso?

Ya estoy sentada, es un poco ridículo todo.

—Me has besado al llegar.

—Ése he sido yo. Lo que te estoy pidiendo es que ahora seas tú quien tome la iniciativa. Es lo justo, ¿no

crees?

Su tono es desenfadado, se le ve tranquilo, pero sus ojazos verdes laten un poco apagados por la tristeza. Me resisto, atrincherada en mi comfortable silla de cuero. Él parece darse por vencido de momento y posa su redondo trasero, firme y deseable, en la esquina de la mesa. Me da un *flusss*. Digamos que me mareo, pero me recupero enseguida por la cuenta que me trae.

—Tenía muchas ganas de verte... — dice.

Su pie se columpia adelante y atrás, enfundado en un lustroso zapato negro de cordones, y los dedos de sus manos

se entrelazan. Me hipnotiza, me derrito con el menor de sus gestos. No es justo. Soy vulnerable a todo él, hasta a su desprecio. Aunque eso no es precisamente lo que su lenguaje no verbal transmite, es lo que yo temo. El miedo es fuerte, por eso me domina.

A duras penas supero la inspección a que me someten sus pupilas. Este curioso y turbador efecto que me produce, a mí, que presumo de tener mi genio, que hace un cuarto de hora mataba por retorcerle los cataplines, me anula. Bajo el influjo de su luna estoy más domesticada que un pequinés. Me falta alzarme sobre los cuartos traseros

y babear moviendo la cola.

Ay.

Es pronunciar en mi mente «cola» e írseme los ojos disparados al bulto de su pantalón. Sí, lo tengo a tiro, bien a la vista, porque mientras divago y me muerdo los labios hasta hacerme sangre, él ha vuelto caminando al punto de partida y se sitúa a mi lado con la única intención de atormentarme.

Mis sospechas se convierten en certeza al sentir cómo la punta de sus dedos corre desde mi oreja hasta la mandíbula y de ahí al contorno de mis labios. Me erizo como un puercoespín. Alex lo percibe y ronronea satisfecho.

—No creerías lo que te he echado de menos —se atreve a decirme el muy sinvergüenza.

«¿Cuándo? ¿Antes o después de recordar que tenías novia? ¿Antes o durante el folleto? ¿Cuando compartías con ella tus delicados momentos familiares o cuando te doblegaste como un cordero ante su estallido de enfado supino?»

«¡Haberme llamado, *cachocabrón!*»

Todo esto me sacude como una descarga eléctrica. Me contengo. Un poco. ¡No, qué demonios! No voy a atragantarme con mis propios reproches, no me da la gana, ya que he venido hasta

aquí. Así que voy y digo lo último, omitiendo el insulto, que no me parece una vía demasiado conciliadora.

Álex no se inmuta.

—Pensé hacerlo, pero mi humor no era el mejor, la verdad. No al menos el que tú mereces.

¿Tiene respuesta para todo?

Caigo en la cuenta de que me estoy ofreciendo en bandeja, como un pollo relleno para la cena. Este hombre hermoso y sin remordimientos acaba de despreciarme durante casi un mes y, en cuanto sonrío, me vuelve a seducir sin ningún esfuerzo. Básicamente tengo que salir de aquí... zumbando.

Me pongo en pie, fuera de su alcance. El galope en mi pecho no se detiene, espero que sólo yo pueda oírlo. Insegura, me llevo la mano al cabello húmedo, que se me está secando como quiere.

—Me marchó, es tarde —anuncio trémula.

—Una visita breve de verdad —lamenta con un puchero.

—Pasaba por aquí y me ha apetecido decirte cuánto lo siento en persona.

Qué patéticaaaa. Siempre había jurado que me quitaría la vida diez veces antes que recurrir al socorrido

«pasaba por aquí». La mano de Álex cuelga lacia a su costado y yo, sin querer, la miro.

«Tócame. Rodea mi cintura y pégame a ti. Lámeme el cuello como hiciste aquella noche. Extrae los gemidos más profundos y dulces, los que guardo para ocasiones especiales, sentimientos especiales, gente especial. Fóllame o hazme el amor, pero dime que te importo.»

—¿Nos vemos un día de éstos?

Lo plantea con tal naturalidad que mis sueños eróticos se rompen en mil pedazos. A la mierda todos.

—Sí, supongo, un día de éstos.

Antes de llegar a la calle ya he decidido mi estrategia. No volver a verlo. Es el único modo de resistirme a la tentación.

Lo que resta de verano no es mucho, pero puede hacerse eterno si te lo pasas huyendo. Sucumbo a los planes con las amigas, salgo de juerga fuera de Málaga con Luluis y su panda de zens locuelos, pero mi inventiva a la hora de frenar con excusas la fiesta nocturna en mi ciudad no tiene desperdicio. Ni Álex ni Víctor. No quiero hombres atractivos, altos y fornidos revoloteando a mi alrededor.

Tampoco Mario, que estará de vacaciones. El verano es un abismo cruel que marca un antes y un después en algunas relaciones. Como la guerra.

Me las he apañado bastante bien. Si no cuento las lloreras nocturnas cuando me daba por recordar el tacto y los besos de Álex y mi jodida mala suerte, si obvio el hecho de que cierro los ojos y no veo más que su cara, de que estoy a punto de volverme loca, puedo decir que me he liberado del miedo de volver a verlo. Total, esa gente nunca fueron mis amigos hasta hace unos meses, aunque tampoco puede decirse que me lluevan las amistades, tras tres años encadenada

a Sergio y su séquito de fieles. Ninguno se ha dignado llamarme después del episodio «cornamenta» ni para ver cómo ando de salud. Qué majos.

Volviendo a Álex, puede que ya esté preparada para enfrentarme a él sin babear y sin desearlo ciegamente.

#LaVenganzaSeSirveHea

Lo más duro de sobrellevar ha recaído en Ximena, pobrecilla. El estado de salud de su madre ha empeorado. Ya no se limita a dejarse las llaves dentro de casa o a salir por el pan con los rulos puestos sin coscarse, no. Se nos ha

perdido dos veces. Y la segunda recorrió muchos kilómetros antes de que diésemos con ella. Vi la angustia límite pintada en la cara de mi amiga, su llanto inconsolable, que dice mucho, siendo como es una chica dura, que no se arredra con facilidad. Es muy valiente, mi Dunne, pero esto que le ha tocado vivir a veces la supera, por más que ella lo revista de normalidad y lo lleve con humor. La quiero a morir.

Esa noche se movilizaron policías y bomberos y entre todos la encontramos en la linde del barrio de Eugenio Gross, agazapada tras unos contenedores, muertecita de miedo. Tardó unos minutos

en reconocer a su propia hija; estaba confusa y aterrorizada, fue espantoso. Tras este dramático capítulo, aconsejada por los facultativos, Ximena decide ingresar a Margarita en un centro especializado y me toca trabajar a fondo su complejo de culpa para conseguir que remonte. Por desgracia, con esa decisión tan desagradable de tomar como necesaria, su relación con Antonio se resiente.

Ahora estamos en los Baños del Carmen, frente al mar, repantingadas en unas butacas que más bien parecen tumbonas, disfrutando de unos mojitos con mucha yerbabuena, mientras los

rayos del sol del atardecer nos acarician la cara, a falta de algún ser humano que se preste a hacerlo. Al menos en mi caso. El ambiente es bullicioso y bohemio. La gente apura las vacaciones, igual que nosotras. El lunes arranca septiembre y, con el mes, mi nueva vida en el despacho de la calle Larios.

—El sexo con él es de primera, es comprensivo y amable, y eso que parecía un chuleta cuando lo conocí.

—Era un chuleta, Ximena —le recuerdo—; otra cosa es que se haya dejado domesticar por amor...

—Anda ya, no soy capaz ni de que el gato de mi madre me haga caso.

—Porque los gatos son punto y aparte. Prueba con una chuchería en la barandilla de tu terraza.

—Asesina... —Ríe. Y me gusta ver que, con mis bromas, se descarga al fin de tanta tensión—. El caso es que podría haber sido menos perfecto y así yo no sufriría tanto cuando esto termine.

Se me elevan, juntas y sorprendidas, las dos cejas.

—¿He oído bien?

—Esto no funciona, Sofía, Antonio está resentido conmigo por el ingreso de mi madre, tenemos unas broncas terribles, cuando antes todo iba como la seda. Me ha llegado a decir que soy

mala persona.

—Eso es ahora y es una idiotez, ya verás como se le pasa —opino sin la convicción necesaria—. Tienes perfecto derecho a ordenar tu vida.

—Y él a aceptarme o a repudiarme por mis actos, tampoco puedo criticárselo. Noto que ya no me mira igual, es como si hubiese descubierto mi parte oscura y le horripilara. Soy la «horripiximena».

No estoy dispuesta a permitir que mi amiga se flagele de un modo tan cruel.

—Vamos, que él no tendrá también sus cadáveres en el armario. Todos podemos parecer diabólicos en un

momento dado. Mira Álex... —Mierda, ya he vuelto a mi monotema recurrente —. ¿Quién diría que lleva una doble vida?

Ximena me mira con algo que se parece bastante a la compasión.

—¿Quién? Cualquiera. Cualquiera lo diría, cielo. Es de esos tíos pluscuamperfectos, que las tiene babeando las losetas con sólo chasquear los dedos, y puede permitirse las excentricidades que le dé la gana, hasta montárselo con un harén.

Eso es verdad. Yo, por ejemplo, también babeo. Me quedo callada y Ximena me coge una mano con ternura.

—Sigues sin verlo, ¿verdad? —

Asiento—. Haces bien.

Eso me duele. No es lo que quiero oír.

—Tú sí lo habrás visto en estas semanas... supongo. —Trago saliva, insegura de querer que responda.

—Sí, claro, hemos coincidido con el grupo.

—¿Iba con ella?

—No siempre.

No siempre significa algunas veces.

—¿Y cómo es? ¿Es guapa?

Ximena hace amago de acariciarme el pelo. La rehúyo.

—Cielo, no hace falta que te

tortures.

—No, en serio, dímelo. Dime que la tal Camila es una muñequita linda con la que no puedo competir, te juro que me sentiré mucho mejor.

Mi nariz crecerá y crecerá por mentirosa. Lo niego, me niego a mí misma, pero no logro olvidarlo. Deseo con desesperación que nuestros tórridos encuentros sexuales se repitan, cuanto antes. Y no estoy del todo segura de que sólo sea por el sexo.

—Bueno, Camila es... extraña. Atractiva a su modo pero rara. Es alta, bastante. Y corpulenta.

—¿En serio? No me la imaginaba

así.

—Junto a él no desdice, es tan grandote...

Estiro un dedo a modo de advertencia.

—No sigas por ahí, acabarás diciéndome que hacen buena pareja.

—Ella es posesiva, ya sabes, de esas mujeres que agarran a sus maromos de la mano y no los sueltan ni para mear. Marcando terreno.

El suyo, coincido. No el mío. El de ella. Mi saliva se vuelve amarga.

—¿Y sabes qué? —El tono de Ximena vira de la cautela al entusiasmo frenético—. ¡Víctor tiene novia!

—¿Él también?

—Puede que sea un ligue pasajero; sin embargo, allí estaban, cogiditos de los dedos, con menos conversación que dos maniquís de escaparate. Otro par raruno a más no poder. —Se queda un instante colgada de sus pensamientos—. No es por fastidiar, pero creo que me he quedado con el único decente de toda la pandilla.

Hago como que la golpeo y ella se ríe.

—Miguel y Raúl también soy muy majos. Y Álex. ¿Qué le pasa a Álex?

—Es el chico a cuyo paso aplauden los chichis. Demasiado guapo,

demasiado. Sería imposible que no se lo tuviese creído. Im-po-si-ble.

No quiero mantener esta conversación desastrosa. Quiero saber qué pinta tiene la dichosa Camila, que no acabo de enterarme.

—Pese a todo, ¿dirías que es guapa?

—¡Y dale con lo mismo! A mí no me lo parece. Quizá, dada mi subjetividad, no sea una opinión por completo justa.

—Déjalo, así está bien. —Me masajeo las sienes de forma compulsiva—. Acabo de decidir que cuanto menos sepa acerca de esa chica, mucho más feliz seré. Me siento sucia y mezquina por colarme en medio de su historia. Yo

no soy así.

—Digamos que Álex te abrió la puerta...

—Digamos. Pero soy yo la que decide entrar o huir.

Observo los despiertos ojos de Ximena parpadeando veloces tras sus gafas y cuando de forma precipitada me sugiere que nos vayamos, se levanta y me rodea con el brazo, no puedo evitar seguir la dirección de su mirada.

Y entonces lo veo. Maldita sea, debería haberme quedado quietecita, incluso marcharme. ¿Por qué no? ¿Qué mal iba a hacerme ahorrarme el berrinche?

Álex no me ha visto aún. Lleva a una chica morena y alta muy pegada al costado. Ella le sonríe continuamente, atrae su atención de modo constante con frases cortas cerca de su cuello y sutiles caídas de ojos. Sobre todo si él se distrae. Tiene razón Ximena: de Camila no puede decirse que sea un bellezón, sin embargo, tiene un halo de dramatismo que imanta. A saber a qué se debe, pero como me descuide, yo misma quedaré atrapada.

De repente actúo por impulso. Sin pensar.

—Voy por dos helados. —Mi voz suena a falsete, y antes de que mi amiga

abra la boca para bien o para mal, corro hasta el bar atestado de gente y me valgo de mis notables armas de mujer para comprar dos cucuruchos de nata ultracremosos. Como caída del cielo, acompañando el balanceo guerrero de mis caderas mientras vuelvo al sillón, la erótica hecha canción *Beds Are Burning*, [5] de Midnight Oil, empieza a tronar. Va a ver ese gaznápiro de Álex.

Modifico mi posición lo necesario para quedar a la vista, y cuando sé que él me ha localizado, evito que nuestras miradas se encuentren, pero saco la

lengua y lamo el helado del modo más lujurioso y provocativo posible. Ximena contempla mi actuación con los ojos como platos, mientras de su cucurucho empiezan a chorrear gruesos goterones.

—Cómo te pasas, tía —me espeta.

—Chupa tú también, que se te derrite —ordeno.

Lo estoy pasando en grande. Puedo sentir la atención de Álex centrada en mi persona, su desconcierto. La energía que emana me traspasa. Esa virtuosa sensación me da alas y en menos de cuarenta segundos tengo a toda la clientela pendiente de mis libidinosos lametones.

Poco me cuesta imaginar que lo que recorro con tanto gusto con la lengua es el miembro de Álex que vibra entre mis labios. La música ayuda. Me muerdo los labios, me muerdo de gusto.

Se me debe de estar poniendo cara de ninfómana disfrutona, porque Ximena, con todo lo liberal que es, me suplica entre susurros que pare. Ni la miro. No sólo no me detengo, sino que además añado algún gemidito de placer de esos que excitan e incentivan durante el sexo. Prácticamente estoy en trance, lo admito. Y no salgo de él hasta que el helado se acaba. Entonces, juguetona, abro los ojos, mordisqueo la galleta y

vuelvo unas inocentes pupilas hacia mi amiga. Es para morirse de risa, tiene abierta la boca, y la mano pringada de nata derretida. Señalo con la barbilla todo ese helado desperdiciado.

—¿Te la chupo?

—Vete a la mierda, Echegaray.

Menudo espectáculo pornográfico nos has dado a todos.

Le guiño un ojo.

—¿Y lo bien que lo habéis pasado? No refunfuñes. —Me pongo en pie, feliz y resuelta, y echo una miradita de reojo, sin querer, a la mesa ocupada por Álex y Camila.

Él me clava unos ojos verdes

abiertos mucho más allá de la incredulidad y a ella se le ha descompuesto la jeta. Bien por mí.

—¿Nos vamos? —le digo a Ximena—. Y límpiate esas manos. Si no no te subes en la *Martita*, que me la pringas.

#ContentaPorOtrasCosas

Hago un resumen mental de todo lo acaecido hasta la fecha. Mes y pico sin ver a Álex, bueno, sin hablar ni tener nada con él, porque verlo lo vi en los Baños del Carmen, cuando me vengué a lengüetazos. Vale que hice como que no,

pero ya os he contado que era mentira. Vaya si lo sorbí con aquel reojillo... El caso es que, en ese instante fabuloso, mis sentimientos fueron más de resentimiento, rabia y venganza, aliñados con una pizca de soberbia, que de desolación o desamor. De lo cual deduzco, y no es prematuro, que estoy más que curada de esta terrible enfermedad y que puedo ser natural y feliz delante de él y de la pánfila de su novia. Pero eso no ocurrirá hasta la noche del viernes. Hoy empiezo a trabajar y pienso entregarme a mis funciones con total devoción durante toda la semana.

Escojo un traje de chaqueta y pantalón azul marino, con una alegre blusa estampada en rojos, rosa y blancos que se encarga de robarle la seriedad. *Martita* y una servidora nos dirigimos al centro, bebiéndonos el aire fresco de primeros de septiembre. Siento que la emoción burbujea bajo mi ombligo, esto es el comienzo de mi nuevo curso en la vida.

Cuando entro, sólo Helen sale a recibirme. Lleva planchada la lustrosa melena y el *piercing* que luce a dos dedos del labio inferior resalta su expresión pícara y divertida. Me da la bienvenida con un abrazo que

inmediatamente me hace sentir como en casa.

—¿Té, café? —me ofrece.

—Un té estará bien para empezar, gracias.

—Algo más tarde, Silvia la arrastrará hasta la tienda de los horrores, no se podrá resistir.

—¿La tienda de...?

—De los horrores, el maravilloso Lepanto. Toma allí al menos un café al día, el de por la mañana, rodeada de la más tentadora pastelería. Lo dicho — hace una mueca afectada—, un horror.

Suelto una carcajada que me alivia del pánico que ha llegado a encogerme.

—¿Y dices que no hay modo humano de librarse de esa visita?

Helen mueve la cabeza de un lado a otro.

—Al menos de momento no lo han inventado. Es el ritual diario de la jefa. Hasta que se toma el café del Lepanto, sufre de ansiedad extrema. Le aseguro que lo va a notar.

—Bueno, tengo la ventaja de ser muy flexible. ¿Aún no ha llegado nadie?

Helen abandona su sitio tras el moderno mostrador de recepción y encamina sus pasos al pequeño pero bien surtido office que se encuentra detrás y que yo conozco de mi primera

visita.

—No, es usted la primera. Puede ir a su despacho, le llevaré el té. ¿Con o sin acompañamiento? —añade, sacando la cabeza por el hueco de la puerta.

Y yo, que presumo que este despacho con sus rutinas habituales supondrá una dura prueba para mis apetitos golosos, respondo riendo que más solo que la una.

Mi oficina es preciosa, no me canso de decirlo. En la esquina de la mesa con sobre de cristal he colocado un florero plateado con un ramo de rosas de pitiminí rojas, artificiales, que no lo parecen. Alegran tanto el ambiente

blanco y satinado que los ojos vuelan hasta ellas en cuanto entras. Una atracción semejante a la que siente el mundo cuando los iris verdes de Álex Conde aparecen en escena. Imposible no quedar enganchado a su magnetismo, seas hombre o mujer.

Me asomo a la ventana, resuelta a esperar mi brebaje, y reparo en que no tengo ni un cliente. Corrijo: todavía. He repartido un montón de tarjetas por colegios y guarderías, el profesor Martínez dijo que me recomendaría a varios de sus conocidos, y si sumo todo lo que podría llegar con los informes que me anunció Silvia, puede ser que

tenga mucho más trabajo del abarcable. Aun así, de momento los ingresos no me preocupan demasiado, tengo ahorros y seguiré con mi trabajo de profesora de aeróbic. Mantenerme en forma gratis y encima cobrar. Un chollo.

—Aquí tiene su té. —Helen ha entrado sin llamar, con su precioso vestido estampado y una deslumbrante sonrisa de verano—. Carla acaba de llegar y Silvia está al caer.

En efecto, nos llega un ruidoso ajetreo de llaves, seguido de un firme taconeo por el pasillo, que se difumina a la altura de su despacho. Curioso: un rato antes, Carla ha entrado en el suyo

sin hacer el menor ruido. No más de cinco minutos después, la melena rubia y espesa de Silvia y su cara maquillada a la perfección asoman por la puerta.

—Bienvenida, señorita psicóloga. ¡Qué ganas tenía de ver ocupada esa mesa! Enseguida te traigo los expedientes que quiero que trabajes. Te adelanto que algunos son urgentes.

La veo aceleradilla...

Y eso hacemos. Revisamos uno a uno los casos judiciales que mi amiga tramita y decidimos la conveniencia de que vayan o no respaldados por un informe pericial psicológico. Discutimos un poco las decisiones

previas de Silvia y descubro la fortaleza de su carácter. No se baja fácilmente del burro, pero yo cedo, porque al fin y al cabo son sus clientes y ella sabrá mejor quién necesita qué. En un momento dado, mira su reloj de pulsera, pequeñito y dorado. Es un milagro que pueda ver ahí la hora.

—¡Cielos! —aúlla—. ¡Es la hora del café! ¡Vamos, levanta el campo!

Recoge las carpetas a velocidad de relámpago y en menos de un parpadeo la veo esperando en la puerta, con el bolso colgado al hombro y expresión de impaciencia límite. Señalo con un dedo discreto el despacho de Carla.

—¿Ella no viene?

Silvia se encoge de hombros y frunce la nariz, pero me deja hacer.

Golpeo con suavidad con los nudillos y cuando oigo «Pase», me adelanto con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te vienes a Lepanto a pecar con café y algo más?

Detecto su gesto de sorpresa, su inmediato parpadeo y su intención de volver a lo que tiene entre manos, que es un bolígrafo y un montón de papeles.

—No, te lo agradezco, estoy hasta arriba de plazos.

No me ha sonreído en ningún

momento. Me rindo. Cierro la puerta con cuidado y me reúno con Silvia.

—¿Nunca bajáis juntas? No puedo creerlo.

—Al principio sí, claro. Pero es tan aburrida que acabé saliendo sin avisarla siquiera. Total, ¿para qué? Éramos dos pasmarotes mudos enfrentados en una mesa. Prefiero leer el periódico sin la molesta sensación de estar ofendiendo a mi acompañante.

—Mujer, sé que a la oficina no se viene a hacer amigos, pero ya que está...

—Carla llegó a ocupar ese despacho por su currículum inmejorable, en serio, por nada más. Puse un anuncio en el

Colegio de Abogados y ella está sobradamente preparada, eso nunca lo he discutido, pero no somos amigas. Y si atiende a sus habilidades sociales... son para morirse.

—Hay personas a las que les cuesta mucho abrirse, la timidez juega muy malas pasadas y hasta te hace parecer antipática cuando lo que estás deseando es tan sólo que alguien te tienda una mano.

Silvia levanta sus preciosos ojos claros y sonrío con condescendencia. Carecen del matiz intenso de los de su hermano, pero son rasgados y de largas y espesas pestañas.

—Ya salió la psicóloga, estabas tardando. Carla es así, mejor olvídala, que la ratita vive muy a gusto escondida en su madriguera.

—No me pienso dar por vencida.

El brillo del desafío ilumina sus mejillas.

—No llegarás a ninguna parte. ¿Va una apuesta?

—Va, no creas que me amilanas.

—Un fin de semana en Tarifa en algún hotelito moderno. La que pierda paga.

Tiende la mano y se la estrecho sin dudar. Voy a conseguir que Carla se abra al mundo como que me llamo Sofía. Es

mi reto personal del mes. O del año, si de verdad es tan difícil como la pinta Silvia.

—¿Alguna novedad con lo de André?

Viramos del blanco al negro. La guasa se borra de su cara. Aparta la mano y aprieta los dientes.

—Sigue empeñado en irse en cuanto lo llamen. Ya ha cumplimentado todo el papeleo y forma, de modo oficial, parte de esa agencia tan rimbombante. Te juro que como se vaya me pierde, te doy mi palabra.

—Pero si lo quieres, ¿por qué tienes que ser tan extrema?

—Porque no va a dejarme aquí tirada mientras él se divierte rodeado de modelos. No voy a engañarme, amiga; en esas condiciones y con tantos kilómetros de distancia sería prodigioso que se mantuviera fiel. No soy tan necia como para creérmelo.

Ni yo para recordarle que el otro día opinaba justo al revés. Las pasiones de Silvia nadan en remolino y, de repente, explotan.

—¿Y qué tal si enfrentas los sucesos tal cual vayan llegando, en vez de martirizarte con cábalas? Siempre es mejor analizar el presente, y te aseguro que estás malgastando una indecente

cantidad de energía que no te lleva a ninguna parte y que puedes necesitar luego.

Los ojos de Silvia brillan de agradecimiento. Gira sobre su trasero y le pide al camarero dos cruasanes especiales: llevan dentro una gruesa barra de chocolate semiderretido.

—Esto hay que celebrarlo. Te necesitaba en mi vida, psicóloga. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Me emperro en comprar un café para Carla y con la constante risa de Silvia, que me acusa de hacerle la pelota y

jugar sucio de cara a nuestra apuesta, lo subo y vuelvo a adentrarme en los dominios de la fiera, con cara de circunstancias y un dedo tieso que le planto con habilidad delante de las narices, dándole a entender que no pretendo interrumpirla.

—Sólo he pensado que, ya que no puedes bajar, te gustaría tomarlo aquí. Ya me marcho.

Lo digo y a continuación lo hago, y a mi espalda suena un sorprendido y timorato:

—Gracias.

La semana vuela, para mi placer, y ha sido muy productiva. Estamos a viernes y hoy toca salir a divertirse. No tengo miedo, sé que hay muchas probabilidades de que por fin me presenten a Camila de modo oficial, y he ensayado la cara de indiferencia que pienso poner. Eso sí, puede que esté libre de la perniciosa influencia de Álex, pero no de malos pensamientos: les deseo lo peor y a ella la envidio por tenerlo. Sé que suena horrible, pero estoy sufriendo un ataque de sinceridad. En este mundo, la honestidad parece que no se premia, es mejor ser políticamente correcto o hipócrita, y yo tendría que

decir con la boca chica que, ya que no puede ser mío, le deseo a Camila que lo disfrute con salud.

Y una mierda como el sombrero de un mexicano. Lo que esos dos merecen es que a él se le encoja el trabuco hasta convertirse en una diminuta pistolita inservible (y, creedme, la transformación conllevaría trabajo) y que ella lo abandone insatisfecha y frustrada.

Por lo pronto, viendo el mágico efecto que tuvo en Álex el «engullimiento a la erótica» del helado del otro día, pienso ponerme el vestido más atrevido que cuelgue de mi armario,

que para eso tengo bronceadas las piernas y su ausencia me ha impedido lucirlas a discreción.

Es azul tinta y muy corto. Escote halter, abierto a la espalda dejando a la vista mi trabajada musculatura. Me siento sexi y cómoda con él, creo que es la combinación perfecta. Recojo mi pelo lacio en una coleta tirante y alta y me maquillo con cuidado. Hoy los labios serán de un magnético e irresistible rojo pasión, con un ligero toque de brillo.

Diabólico Alejandro el Grande, prepárate para sufrir.

El viaje a lomos de *Martita* con una falda tan escasa me da más problemas de los imaginados. Tengo que blindar mi atención para desoír los pitidos de otros conductores y los comentarios chabacanos acerca de mis piernas cada vez que me detengo en un semáforo. Sé que son bonitas, pero joder, ya no tengo veinte años, no disfruto con los piropos lanzados al viento a grito pelado; más bien me avergüenzan y me hacen sentir ridícula.

Soy rara, lo sé, lo tengo más que asumido, en eso radica mi discutible encanto.

Por fin aparco, llego a la plaza de la

Constitución, aparco y me sumerjo en la marabunta de gente ávida de diversión nocturna, de romper con las energías negras del castigo laboral con un buen rato de charla con los amigos y algo de picar. Entro en el bar y no me cuesta divisar la peña de caras conocidas apelotonadas al fondo. Barro el espacio con mirada ansiosa y allí está, imponente y divino como lo creó la naturaleza, una belleza extrema e imperdonable que me golpea contundente, igual que la primera vez que lo vi.

Ojalá no le hubiese permitido nunca entrar en mi alma, porque hasta ahí es

donde ha llegado con un par de encuentros clandestinos, pero tan sobrados de pasión y hechizo que me ha desquiciado. Lo sé bien, estoy perdida. He venido a ponerlo celoso, a convertirme en el instrumento de su tortura, y aquí me veo, recorriendo su metro ochenta y siete con las piernas temblorosas. Un pantalón vaquero colgado de sus caderas, una camiseta de algodón fino del mismo verde que sus ojos, pegada al cuerpo de modo que los músculos de sus brazos, al descubierto, se hinchan y deshinchán cuando los mueve. Su pelo oscuro, desenfadado y revuelto por culpa del casco. Su boca,

esa boca... Y a su lado, vestida de immaculado blanco, la distingo a ella. No cabe duda de que me ha reconocido y su mente asocia de inmediato las ideas «helado, lengua, zorra pornográfica, peligro». Me hago la sueca, aprovechando que lo tengo a él de espaldas, y la tregua me concede una pizca de merecida tranquilidad.

Saludo a todo el mundo. El grupo parece completo: Ximena, Antonio, Silvia, André, Víctor con la novia desconocida que no me presenta, y algo más retirados el grupo de los impenitentes solteros desesperados por dejar de serlo, Miguel y Raúl.

Da igual. Todo da igual. Soy fuerte y he venido a bailar, a beber y a desmelenarme a lo salvaje.

—Chica, estás hecha un auténtico bombón pastelero —exclama mi Ximena, tan expresiva como de costumbre—. ¡Hombres del mundo! ¿Habéis visto qué maravilla?

La muy boba me agarra del brazo y pretende que pivote sobre mí misma. Ni hablar. Me zafo como puedo, con una risilla histérica y una mirada de soslayo a Álex, que acaba de volverse para mirar. ¡Dios! ¡Oh, Dios! Nos miramos y de repente es como si el mundo se esfumase a nuestro alrededor o nos

tragara un agujero negro. Sólo a los dos. ¿Adónde ha ido a parar mi fortaleza? Lo que siento es tan poderoso que me asusto.

—¿Alguna vez has pensado en dedicarte a modelo? —oigo que pregunta André.

Silvia lo obsequia con una miradita atravesada.

A duras penas contengo la risa floja.

—Por favor, André, tengo casi treinta años; ¿adónde voy?

—Se trabaja con cuerpos estupendos, no con edades. Y tú lo tienes, y una cara preciosa, mejorando lo presente.

Veó que se apura en hacerle una carantoña a su chica para que no se enfade. Qué poco conoce a Silvia, ella no es tan infantil ni por asomo.

¿Verdad que no?

—Para qué vamos a engañarnos, las grandes agencias seleccionan a niñas de trece años, y debería estar prohibido. Y disculpa —me adelanto a su réplica—, entiendo que es tu profesión y conocerás mil excusas que lo justifiquen.

André adopta un aire profundamente profesional. Silvia lo mira arrobada.

—Está claro que una piel de dieciocho años no da igual ante una cámara que una de treinta, eso es

innegable, pero tu piel es perfecta.

—¿Y para qué diablos tanto sacrificio y tanta exigencia si luego las *photoshopean* hasta dejarlas irreconocibles? —irrumpe Ximena con mucho sentido—. Vamos a hincharnos de cerveza y que le den al mundo de las modelos, que son todas unas anoréxicas infelices.

Silvia le propina la madre de todos los codazos justo en las costillas y la manda callar. Xime se repliega y protesta, sin entender demasiado de qué va la historia. Álex y Camila se acercan al grupo y yo, de inmediato, empiezo a sudar.

«Mente fría, Sofi, mente fría.»

—Creo que eres la única que no conoce a Camila —deja caer él, tras saludarme con dos besos en las mejillas, tan corteses como precipitados. La verdad, demasiado, teniendo en cuenta los revolcones de campeonato con los que nos hemos homenajeado—. Camila, Sofía.

No me da tiempo a vomitarle encima. La aludida se me abalanza con una euforia fuera de lugar. Me abraza como si fuese esa prima querida a la que hace años que no ve. Me aturullan bastante sus besos sonoros y sus exageradas demostraciones de afecto.

—Ya tenía ganas de conocerte... despierta. En la fiesta de Álex... Bueno, estabas algo perjudicada. —Suelta una risilla contenida—. Entré a llevarte un vaso de leche, pero dormías.

¿Leche? Zorra mentirosa...

—Es cierto lo de tus ojos, son increíbles, chica. ¿Psicóloga?

¿Quién demonios le ha mencionado mis ojos y por qué?

—Sí, psicóloga recién doctorada. Una pardilla integral, en resumen.

Mi tonta broma consigue que todos menos ella se rían. Su estirada sonrisa se congela y me revela lo falso de su recibimiento. Esta tía me odia desde lo

más profundo de su alma, aunque está tratando de disimular. ¿Por cuánto tiempo será capaz de mantener esa fachada de piedra?

Se reparten las cervezas. Alguien, no sé exactamente quién, se ha encargado de pedir. Una especie de alocado frenesí se apodera de todos. Bebamos hasta desfallecer. Vamos a ser hoy un poquito irresponsables.

#MasoquismoDelGüeno

Al inclinarnos sobre la barra para alcanzar cada cual su caña, Álex y yo coincidimos demasiado cerca. Dos brazos que se rozan, dos caras que quedan más próximas de lo soportable, una tensa sonrisa acompañando una

torpe marcha atrás y un dardo envenenado que me envía Camila a través del aire turbio.

—Coge, cógela tú primero —me dice él, cediéndome caballerosamente terreno.

—No, da igual, para ti, no tengo prisa.

Ximena se desespera. Trinca dos jarras del mostrador y, olvidándose por completo de la presencia de Camila, nos entrega una cerveza a cada uno.

—Acabad ya, leñe, o estarán calentorras antes de que brindemos.

Pero claro, la destinada a Álex acaba en manos de esa chica morena de

mirada siniestra, que alto y bien deletreado responde:

—Gracias, amor.

Brindo como una autómatas por no sé qué y a continuación Camila despliega una vertiginosa estrategia de acoso y derribo que lleva mi nombre. Cada cosa que hace o dice me la dedica. En realidad, está más pendiente de mí que de su novio. Veo que la batalla se presenta cruda, ésta es del tipo obsesivo y le ha dado por mí. Pero será sólo si yo se lo permito. Me deslizo fuera de su alcance hasta el extremo opuesto de la barra, donde los chicos desemparejados hablan de sus cosas, decidida a

intregrarme de la mejor forma y, de paso, coquetear una pizca. Para mi desgracia, su animada conversación se corta de cuajo en cuanto aparezco. Arqueo las cejas entre perpleja y molesta.

—¿Hablabais de algo perverso y prohibido? —bromeo para que se relajen—. Vamos, soy psicóloga, puedo oír todo tipo de espantos.

Raúl me mira dubitativo.

—No sé qué decirte, las mujeres soléis ser bastante corporativistas. — Esboza una simpática media sonrisa que evita que me sienta excluida.

—¿Criticáis a las mujeres en general

o a alguna en particular?

Con un aliciente de complicidad, el mentón de Miguel apunta hacia Camila.

—Álex ha tenido mala suerte — afirma críptico.

Un miserable gozo me inunda el vientre. No soy yo, son los celos.

—¿Tan complicada es? Todos decís lo mismo y me consta que a él lo apreciáis.

—Es una celópata anoréxica desequilibrada.

Exanoréxica. Ahora comprendo las cautelas de Silvia frenando los comentarios de Ximena.

—Un buen paquete para tratamiento

anual —digo riendo para quitarle hierro al asunto.

Todos a estas alturas sospechan más o menos de mi atracción por Álex, no se creerán que me resulte sencillo congraciarme con la que se pavonea de ser su novia, pero tampoco quiero dar la impresión de que disfruto con su despelleje. Aunque así sea.

—Para más de un año, te lo aseguro —dice Miguel entre dientes.

—La debe de chupar como los ángeles —aporta Raúl con tono libidinoso.

Miguel simula darle un puñetazo a la altura del hombro.

—No seas bestia, que hay damas delante.

—De eso es de lo que estabais hablando cuando he llegado, ¿verdad?

—Todas las piezas encajan—. Me pregunto por qué los hombres, por costumbre, achacáis el cuelgue de una mujer a sus talentos sexuales.

—Porque a la vista está que de los otros escasea —sentencia Miguel rotundo—. Y Álex lleva enganchado... a saber el tiempo. Lo retoman, lo dejan, vuelven a empezar, se aman, se odian, pero siempre se pelean... Está como loco.

—Cambiemos de conversación, que

pueden oírnos; ella no nos quita ojo — dice Raúl.

Mierda, ahora que esto empieza a ponerse interesante, no tengo otra que mostrarme de acuerdo.

—Espero que no empecéis a hablar de fútbol, que me las piro —los amenazo, entrecerrando los párpados.

Miro más allá y el panorama se me antoja desolador. Todo son parejitas haciéndose arrumacos: Ximena y Antonio parecen haber hecho las paces. Silvia y André, que por más que ella lo niegue se derrite por su modelo, de otro modo no habría puesto el grito en el cielo con lo de América, y Camila,

enroscada como una serpiente alrededor del cuello de Álex, besuqueándolo con lengua y sin pudor en medio de la cervecería. No se corta un pelo, claro, porque de sus caricias hace la peor provocación dirigida a mi persona. Pretende humillarme exhibiendo esa especie de posesión absoluta sobre alguien que, a juzgar por su lenguaje no verbal, simplemente se deja querer sin disfrutar demasiado. Pero se deja. Y eso es jugar sucio, porque yo estoy delante y es, fuera de toda duda, un golpe bajo. Vomitivo y desagradable. No sé si me lo merezco.

De repente me siento pequeña, con

todo este derroche de amor y corazones rosa a mi alrededor. Me pregunto qué hago yo entre esta gente que sí, me caen bien, por descontado, son mis amigos, Ximena mucho más que eso, pero están todos enamorados y gozan de la suerte de tener al lado al objeto de sus desvelos. Yo, por contra, lo tengo frente a mis narices restregándose con una lagarta a la que me gustaría arrancarle los pelos de raíz.

Qué ridícula soy a veces: creerme curada de su hechizo, de su magnética atracción. Estoy tan en sus redes como tras la primera noche. Tan sedienta de él, de sus besos, de su tacto, como sea

capaz de imaginar. Quiero que Camila se desvanezca como un mal sueño y ocupar su lugar. Ser yo la que acaricie su boca, la que lo abrace, la cintura que él rodea casi por casualidad...

Tratando de olvidar ya me he bebido cuatro copas de vino. Basta. Decido refugiarme en el baño antes de que sea demasiado tarde y mi sentido del honor se derrumbe con estrépito a la vista de todos. Dirijo mis pasos tambaleantes hacia los aseos, repitiendo mi mantra mental a ritmo de poseída: «No estoy celosa, puedo superarlo, no estoy celosa».

Me cago en la mar, qué mal me

encuentro. Miro mis ojeras en el espejo, de pronto triste y decepcionada. Va a ser una dura prueba olvidar a Álex, trabajando con su hermana. Todo se alía para que lo que en un principio me pareció una oportunidad fabulosa ahora aceche como una trampa mortal. No puedo verlo, no puedo tener contacto con este hombre adictivo, y está claro que adictivo más allá de un par de meses. Parece mentira que lo que tanto me martiriza sea también lo que más me ha hecho disfrutar en la vida. Esta lucha absurda que mantengo conmigo misma me está dejando sin energía. Recojo una lágrima revoltosa con la punta del dedo,

cuando la puerta se abre de forma brusca y un desencajado Álex se me echa encima. Me retiro del paso y de su radio de influencia.

—¿Qué haces aquí dentro?

—Buscarte. —Y lo dice rugiendo ansioso, enfadado y sexi. Dios me valga, muuuuy sexi.

—Es el aseo de chicas. —Menuda estupidez, seguro que ya se ha dado cuenta—. Pueden echarte.

—Sofía...

Hace ademán de atrapar mi brazo, pero no se lo permito, me escurro, me cuelo de una zancada en el aseo de minusválidos y le cierro la puerta en las

narices. Para mi total pasmo, la golpea con el puño y repite mi nombre a gritos. Me siento encogida sobre la tapa del váter y me aprieto las manos contra las orejas para no oírlo. Mi nombre en sus labios es venenoso y letal.

—Sofía... Abre la puerta de una jodida vez, tenemos que hablar.

Me trago las lágrimas para evitar que se me salten.

—¡Lárgate! ¡Como entre Camila y te pille aporreando...!

—¡Me importa un cuerno quién me pille y cómo! Si no abres la puerta, te juro que la echo abajo y te saco a rastras.

—¡No me amenes! —le grito indignada.

Esto es como *Gran Hermano*: pasados los cinco primeros días te olvidas de las cámaras y andas tan metido en tu drama personal que pasas de que te estén viendo o escuchando. La necesidad de exponer las emociones y expresarnos supera la cautela. Sabemos que cualquiera podría entrar y oírnos, pero nos da igual. Sí, a mí también.

—¡Pues madura y deja de comportarte como una cría encerrada en el baño! ¡Sofía!

Su última llamada no es una orden, más bien un ruego que me hace flaquear,

ceder y franquearle el paso. Cuando ocupa con su enorme estatura el cubículo mínimo, se parapeta con la puerta ya cerrada a su espalda y los ojos esmeralda brillándole de hambre por mí, es cuando sé que estoy jodida. Quien da primero da dos veces, así que suelto antes de que se ponga tierno y me arrastre al abismo:

—¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Cuándo ibas a contarme que Camila existe y es tu novia?

Me escuecen tanto los ojos que casi no lo veo. Su imagen se desdibuja y se vuelve a formar ante mis doloridas pupilas.

—No es mi novia —afirma con gravedad.

—¿Ah, no? Pues para no serlo se comporta como si te hubiese comprado.

—Siento no haber sido del todo sincero —replica.

Pero en lugar de bajar avergonzado la cabeza, lo reconoce muy digno, con el mentón bien alto, desafiándome con sus ojos que centellean.

—¿Del todo sincero? —imito su tono, burlona—. Álex, ¡no la mencionaste siquiera! Yo sabía que existía, pero sólo porque os oí discutir la noche de la fiesta en tu casa. —No es justo, yo estoy aquí sentada como una

mema en el váter y él ahí, comiéndome el terreno y el arrojito—. Lo que pasa es que dado mi estado penoso y que tú actuabas como si no existiese, llegué a dudar de si había sufrido una alucinación con nombre de mujer. Pero no, por lo visto está viva, coleando y dando bien por el culo. —Ahora consigo trasladarle mi rencor en una mirada desesperada—. Y aún tienes la desfachatez de pasar la noche conmigo.

—Sofía, cuando estuvimos juntos había sacado a Camila de mi vida.

—¡Vaya, qué previsor! ¿Y cómo es que ha vuelto a entrar?

—Se presentó por sorpresa en el

entierro, me pilló destrozado, fuera de juego... —Se pasa nervioso los dedos por el pelo. Ah, parece que el fiero león titubea—. No sé cómo ocurrió, fui un completo gilipollas, lo sé, pero...

—Pero era tan fácil dejarse llevar, ¿verdad? —adivino con amargura.

Él asiente con desgana. Yo me seco las lágrimas que resbalan por encima de mis pómulos con el puño cerrado y toda la rabia que puedo encerrar en ellos.

—Ella siempre está ahí, siempre. Y conoce mis puntos flacos como la palma de su mano.

Está abatido. Por un instante la envidia. Su cercanía, la información

privilegiada de que dispone a mí se me niega. Al segundo que sigue a mi momento de reflexión, Álex me ha cogido la mano y tira de mí hacia su cuerpo.

—Ven.

Ocupa mi lugar en el inodoro cerrado y me sienta en su regazo, amoroso y atento. Sus largas piernas apenas caben en el cubículo, sus dedos se pasean por mi coleta, se enredan, forman bucles. Y mi corazón se desboca.

—No ha habido un solo minuto en que no haya pensado en ti. Y en ese puto helado en los Baños del Carmen... — Busca mis labios con los suyos.

Álex, el chico duro que con sólo mirarme incendia mis bragas, sale con otra. O está atrapado en una relación sin sentido, para mí es lo mismo, porque la causa no modifica el resultado: nunca será libre para amarme y eso me destroza el alma. Debería ser sensata, desembarazarme de su abrazo y salir corriendo para salvar mi cordura, en lugar de permanecer anclada a su entrepierna, que noto crecer, acunada entre sus brazos, por completo esclavizada por su lengua, que se abre paso entre mis dientes y me explora. Un estallido de hormigas traviesas corretean por mi estómago, arriba y

abajo, igual que su boca me saborea y me sella con su marca.

Mientras lo hace, su mano viaja hasta mi mejilla y me la acaricia con el dorso de los dedos, provocándome un estremecimiento que me recorre, violento, de pies a cabeza. Mi cerebro es un hervidero de sensaciones encontradas chocando unas con otras. Va a desencadenarse una catástrofe. Lo sé, lo presiento. Apoyo las manos en su pecho, percibo su dureza, y la forma de abanico de sus pectorales bajo la ligera prenda que viste dispara mi lujuria.

Aun así, logro apartarlo de mí. Mis labios acusan la distancia al

nanosegundo.

—¡Joder! ¿Por qué? ¿Por qué tienes que tener un pasado tan cercano que es más bien presente? —reclamo lastimera.

—Lo solventaré, nena, te lo juro —promete áspero y ronco. Altamente deseable.

Adivino su intención: va a devorarme de nuevo. No puedo permitirlo o no llegaré a echarle en cara todo lo que guardo dentro. Tengo derecho.

—¡No es cuestión de solventarlo! Te has metido en mi vida cuando no tenías libertad para hacerlo. ¿Por qué? Yo era feliz sin ti, estaba en uno de esos

momentos estúpidos en que una se frota las manos y grita: «¡Es jodidamente genial estar soltera!». Justo empezaba a disfrutarlo. Tuviste que aparecer sonriendo, y decirme «Hola, aquí estoy, dispuesto a arruinarte la vida».

Atrapa mi cara con ambas manos, aprieta, me obliga a mirarlo.

—Dispuesto a arruinarte los próximos cincuenta años —afirma tan tranquilo.

—No digas tonterías. —Trato de girar el cuello, de liberarme, pero su fuerza es mayor y no le cuesta impedirlo.

—No eres un capricho, Sofía, no lo

eres. Sé que necesitarás que te lo demuestre y aún no sé cómo, pero encontraré el modo y confiarás en mí.

#PromesasPromesasPro

¡Jesús! Oigo esas promesas desgranadas con voz de oscuro terciopelo y me derrito como un Magnum en Dubái. Ya me tiene. Entera y entregada, como posiblemente quería. Ha ganado y lo peor es que no pienso luchar. Me gusta

demasiado, me enloquece el modo en que me siento cuando me sostiene pegada a él.

Corrige mi postura, me pone de pie frente a frente y sus manos sedientas recorren mis piernas desnudas desde los tobillos hasta el nacimiento de mi vestido. Su frente se apoya en mi pubis y tiene los ojos cerrados. Es un momento ráfaga que se transforma en algo sublime, intenso, íntimo y definitivo. Sus dedos giran hacia el interior de mis muslos buscando espacio y se cuelan por debajo de la tela para regresar a los laterales. Su actitud conlleva cierta rendición que me grita el poder que con

toda probabilidad tenga, aun sin ser consciente, sobre él. Por eso levanto las manos y las hundo en su pelo espeso y sedoso. El aroma asciende e invade mi nariz, mi cerebro, mis sentidos. Quiero besarlo de nuevo pero estoy aquí de pie, presintiendo el próximo movimiento de sus juguetonas manos, que se deslizan hasta mis caderas y ciñen la cinturilla de mis diminutas bragas.

—Álex —musito sin atreverme a alzar la voz.

—Chis. —Él permanece contra mi vientre, inmóvil. Y sólo cuando tira de mi ropa interior hacia el suelo, liberando mi sexo húmedo, sube un poco

la cabeza y me besa la cadera por encima del vestido.

La sensación es arrolladora. Me indica con un suave golpecito que levante un pie, luego el otro, y las bragas, que ya están en el suelo, suben encerradas en su mano hasta su nariz. Inspira, las besa y me dedica un guiño canalla enloquecedor.

—Mi trofeo.

El muy cabrón se las mete en el bolsillo. Intento decirle que no puede dejarme sin ropa interior vistiendo un traje tan corto, pero me atraganto con mi propia saliva. Todo es tan erótico, esas manos de nuevo en movimiento,

serpenteando en torno a mis muslos, empapando mi vagina excitada.

Apenas puedo creer que esté prestándome a este irreverente momento, cuando apenas un par de puertas y un biombo de madera tallada nos separan de la masa bulliciosa y... de ella.

Por los altavoces de los aseos suena una especie de chill-out insinuante que me envuelve y favorece el ambiente sensual, aunque no creo que fuera ése exactamente el objetivo cuando los instalaron. Levanto la cara al techo y me permito cerrar los párpados para

concentrarme en la exquisita sensación de ese tacto cosquilleante recorriendo mi piel.

—Álex, no...

—Desde que te he visto entrar con este vestido —me susurra tan bajito que casi no lo entiendo—, tus piernas, tu cuerpo entero, me han hecho perder la razón.

No puede esperar decirme esas cosas y que me quede tan tranquila. Mis sentidos alerta se percatan de que el susodicho vestido asciende y se repliega sobre la cintura, de que las manos de Álex se colocan contra mis glúteos para empujarme con delicadeza hacia su boca

entreabierta, que entra en contacto con mi pubis.

—Adoro mirarte. Separa las piernas —me indica.

Suspiro pero obedezco. ¡Dios! Estoy disfrutando como nunca del peligro de lo prohibido. Los aseos están vacíos y en completo silencio, pero alguien podría entrar en cualquier momento, rompiendo esta telaraña de intimidad fingida. No estamos a la vista, sólo nosotros sabríamos lo que está sucediendo tras la puerta cerrada, pero esa fantasía es suficiente para disparar mi libido a la estratosfera.

Separo las piernas y me pego a su

boca con una ansiedad que no me molesto en disimular. Separa mis labios, se centra en la vulva. El aliento caliente en torno a mi sexo depilado está volviéndome loca. Levanto una pierna y apoyo el pie en su rodilla. Le abro por completo el acceso. La lengua de Álex es habilidosa, experta en caricias húmedas capaces de transportarte al séptimo cielo al primer lametazo.

Y eso es lo que ocurre.

Me convulsiono entera, me tambaleo, debo sujetarme a sus hombros para no trastabillar. Nos encajamos más y mejor, me chupa, succiona, mordisquea. Mi clítoris reacciona con

una brutal erección que parece contentarlo. Se me escapa un gemido y, en respuesta, acelera, su boca se hace más exigente. Estoy a punto de perder el conocimiento.

—Ven, baja —me dice con un hilo de voz.

Desciendo del limbo, abro los ojos de nuevo y allí lo tengo, su delicioso miembro hinchado clamando recibir atención. Se ha desabrochado la cremallera y el botón del pantalón, sólo lo justo para no resultar cómico, todo lo contrario, es sumamente erótico. Presiento que no voy a poder negarme.

Por encima de mi propia voluntad,

ilusa de mí, lo intento.

—No podemos... aquí... no podemos
—tartamudeo.

—Sí podemos —insiste—, claro que
podemos.

Se pone un preservativo y con la presión de sus dedos sobre mis caderas, dirige el modo como debo moverme. Poco a poco, me coloco en posición y mi sexo se abre para él de forma natural. Noto cómo entra y me empala hasta el fondo. No existe otro lugar de la Tierra en el que quisiera encontrarme ahora que no sea aquí, a horcajadas sobre su regazo, con su pene acariciando sedoso mis entrañas, mis brazos rodeando su

cuello, los suyos mi cintura, mis dedos dibujando letras sobre su nuca. Me levanta con suavidad y me deja caer. Estamos tan perfectamente acoplados y la excitación es tan intensa que sólo necesitaría un par de giros de cadera para explotar como un fuego de pirotecnia. Ya no respiramos, lo nuestro es un jadeo contenido que anticipa el placer que está a punto de llegar. Esa fina capa de sudor que apenas me refresca...

—No puedo, Álex, no puedo más...

—Aguanta, nena, aguanta un poco, sólo un poco...

En ese momento sublime, nos arrolla

el ruidoso exterior: alguien ha abierto la puerta y no con demasiada sutileza. Contenemos el aliento, petrificados y atentos a los movimientos que se suceden fuera, los pasos apresurados que barren el espacio, mientras nuestros sexos hambrientos palpitan por un clímax que no quiere esperar.

—¿Sofía? ¿Sofía?

¡Es Camila! ¡Joder! ¿Cuánto tiempo llevamos ahí amándonos? Hemos perdido por completo la noción de lo que nos rodea. Dirijo a Álex unos ojos desesperados y él, despacio, se lleva un dedo a los labios fruncidos y me pide silencio. No quiero morderme la lengua,

lo que quiero es agitar mi pelvis, quiero que este orgasmo brutal explote y quiero gritar su nombre cuando eso ocurra. En lugar de ello, contengo mi excitación y noto cómo mi temperatura se dispara hasta colorear mis orejas.

Los pasos se alejan, el ruido del establecimiento vuelve a inundar los aseos por unos segundos y a continuación se oye un portazo. Con una sonrisa gamberra casi maléfica, Álex vuelve a la carga con la danza interrumpida, que lleva y trae mis nalgas hasta sus muslos. Se lo doy todo. Todo y mucho más. Atiendo a su reclamo desesperado, a su impaciencia

expresada con jadeos. Y no hace falta casi nada para corrernos a lo salvaje, dejando caer yo la cabeza hacia atrás, apretando él los dientes. Durante lo que dura la demoledora explosión, le clavo las uñas en los hombros y me sujeto fuerte para no marearme. La boca de Álex aparece, impositora, y me roba el último suspiro de entre los labios. Mi orgasmo muere sobre su lengua en forma de delicado gemido.

—Estamos locos. —Río, enfrentando por primera vez su mirada sin ningún reparo.

—Bendita locura —conviene él, frotando la punta de su nariz con la mía.

Nos permitimos unos segundos de relajación, aún vinculados por la carne, exhaustos y dichosos, fantaseando con que somos libres para querernos con total desenfreno. No es así, por descontado, pero es un regalo que nos hacemos antes de planear cómo salir airoso de este tremendo lío.

Me levanto con mimo, su pene continúa semierguido, como si no acabase de estallar hace un minuto produciendo semen como para inundar el condón. Se lo quita con cuidado y lo envuelve con papel higiénico. Mientras se coloca el pantalón, yo tengo mi primer ataque de histeria.

—Ahora ¿qué?

Parece muy tranquilo. ¿Es que sus nervios de acero no se alteran con nada o es simple caradura?

—Ahora nada. Camila no está segura de haberte visto entrar en los aseos. Estaba de espaldas, para ella simplemente has desaparecido. En cuanto a mí, he escapado aprovechando que ha salido a la calle con el móvil, la ha llamado su madre. —Pinza mi barbilla con el pulgar y el índice y acalla mis protestas con un beso impetuoso—. No te preocupes, yo he estado en el baño, tú no.

—¿Tanto rato? —Reviso el estado

de mis mejillas arreboladas.

—Eso es lo de menos.

—Esto no me gusta, no me hace sentir nada bien.

Sé que me entiende, lo leo en sus ojos de increíble verde, que se ensombrecen en un parpadeo.

—Voy a solventarlo, te he dado mi palabra de que lo haré. Esto no es justo para ninguno de nosotros, pero lo que quiero es estar contigo. —Vuelve a acercarse demasiado, me atrapa la barbilla—. Cada día, cada noche, cada segundo de cada minuto de cada hora...

Nos enzarzamos en una nueva y virulenta batalla boca a boca que

ninguno quiere perder. Álex engulle mis labios y yo me pierdo en sus besos maestros.

Cuando nos separamos, con cierto sentimiento de renuncia que nos apaga, me hace una seña angelical y simpática para que espere y se prepara para salir. Hemos acordado que se llevará a Camila lejos de ahí y le aclarará las cosas. Así es como me quedo sola, satisfecha y bien follada, dentro de un aseo, aislada del mundo exterior.

Aguardo más de lo previsto para asegurarme de que cuando me reúna con

el grupo, mi conciencia no tendrá que enfrentarse a la mirada inquisitiva de Camila. Deseo con todo mi corazón que tanto Álex como ella se encuentren ya a kilómetros de distancia del local, del centro, y a poder ser, de la provincia de Málaga. Trago una saliva inesperadamente espesa, me estiro al máximo la falda del vestido, consciente de que lo que llevaba debajo ahora duerme el sueño de los justos en el bolsillo de Álex, y salgo a encarar mi vergüenza. Alguien ha tenido que fijarse adónde íbamos, alguno será muy mal pensado y acertará.

Me palpo las mejillas ardientes con

la punta de los dedos. Estoy ruborizada hasta las cejas, lo sé, me temo que resplandezco cual bombilla de cien vatios. Pero para lo que no estoy preparada es para los ojos acusadores de Camila, que me salen fieros al encuentro nada más verme despuntar.

—¿Dónde has estado metida?! —
ruge.

Parece demasiado interesada.

«¿Por qué demonios estás tú aquí todavía?»

Impido que mi mirada se encuentre con la de Álex, porque un gesto de complicidad así nos delataría. Bien, genial, por el motivo que sea, no ha

cumplido su parte del plan ni la ha retirado de la circulación. Ahora yo, que quisiera asesinarlo con un vistazo como el disparo de un cañón, tengo que contenerme, porque todos comprenderían mi mensaje mudo. Esbozo una sonrisa hipócrita y hasta me muestro sorprendida.

—Estaba ahí detrás, saludando a una amiga.

—Creía que estabas en el baño. Tardabas tanto que pensaba que te encontrabas mal otra vez —deja caer con sibilina malicia.

«Sí, aciertas, me siento mal, miserable, rastrera y otro ciento de

cosas igual de terribles, pero prefiero callármelas, porque me han pagado de maravilla.»

—No, no he pasado por el baño — repito lentamente—. Estaba con una amiga a la que hacía siglos que no veía.

—¿Sí? ¿Quién es?

No soporto su entrometimiento, ni el modo atravesado como me mira. Reparo en lo rojos e hinchados que debo de tener los labios, amén del carmín desaparecido, y me muerdo el inferior en un vano intento por esconder las pruebas del delito que me incriminan. Camila espera en sospechoso silencio. Cuando estoy a punto de mandarla a la

mierda, Álex la agarra por un brazo con escasa diplomacia y tira de ella. El pliegue que junta sus cejas es prueba evidente de su mal humor.

—Ya está bien de preguntar lo que no te incumbe, la estás atosigando.

—Pero...

—Nos marchamos —decide firme. Se da la vuelta hacia el resto, que nos observan con cara de póquer, y arroja un billete de cincuenta sobre el mostrador —. Tenemos que irnos, chicos, invito a la próxima ronda, brindad por nosotros.

Hasta ese «nosotros» se me clava en el pecho y me desangra.

—Pero yo no quiero... —todavía se

opone Camila.

Álex no le hace el menor caso, la arrastra hacia la puerta abriéndose camino entre el océano de personas que ríen y beben, y no se vuelve para mirarme ni una sola vez.

A los quince minutos de perderlo de vista, toda la diversión de la noche del viernes se esfuma para mí. No tiene mucho sentido seguir fingiendo jarana cuando lo que en realidad quiero es una larga ducha que lave mis remordimientos, y abrazarme fuerte a la almohada para recordar cada microsegundo de lo vivido ahí dentro.

Es curioso, lo que me hace sentirme

sucia, al mismo tiempo me hace levitar.

#HuracanesEmocionale

Álex

Conduzco hasta casa de Camila a velocidad endiablada. Estoy pagando la frustración y la rabia con la maneta del acelerador. Cuando me detengo frente al portal desconecto el motor, activo la patilla, estiro las piernas hasta el suelo y dejo que la máquina, suavemente, se venza hacia la izquierda. Me libero del

casco y, como adivino que Camila no tiene la menor intención de moverse, me bajo de la moto y desde mi posición de firmes en la acera la presiono.

—¿No piensas bajarte?

—Yo no quería venirme. ¿Por qué hemos tenido que volver tan pronto? Es viernes, toca divertirse.

—Me temo que esto es lo que hay —sentencio pragmático.

—¿Qué pasa? ¿No soy lo bastante buena para tus amiguitos?

Pasa airada una pierna por encima de la motocicleta, se pone en pie y de un tirón se arranca el casco. Oh, ya está, aquí la tenemos, Camila histérica en estado puro.

—¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo me miran?

Suspiro hondo. Voy a necesitar dosis ingentes de paciencia para superar esto.

—¿Y cómo se supone que te miran?

—Con odio, como si fuese una paria o un bicho raro.

—¿No te planteas que a estas alturas ya han sido testigos de demasiadas pataletas y se cuestionan si

estoy en mis cabales?

—¿Por qué? ¿Por aguantarme? —Da un paso adelante y clava la nariz en mi barbilla. Todos sus poros rezuman ira a punto de estallar—. Supongo que estarías mejor con la mema de... ¿cómo cojones se llama? Ah, sí, Sofía, estarías mejor con ella, que tiene la culpa de todo.

No pienso contestar, como tampoco pienso permitir que ofenda a mi princesa. No le voy a dar cuerda en esa dirección a su enfado, la conozco bien.

En un par de segundos se viene abajo. Me rodea ansiosa el cuello con los brazos y busca en vano mi boca.

—No discutamos. ¿Subes a casa? Todavía podemos arreglarlo.

Tratando de no ser brusco, me deshago de su abrazo.

—Me temo que no, Camila, me temo que esto ha terminado. Aquí y ahora.

Sus ojos se abren desmesurados, como si de verdad mi decisión la pillase desprevenida. Nunca dejarán de asombrarme los violentos cambios en su estado de ánimo.

—¿Vas a dejarme? ¿Es eso? ¿Estás dejándome?
—recalca.

—Ya hace tiempo que te dejé. No puedo más,
discutimos a diario.

—¿Quién no tiene problemas de comunicación?
—expone, como lo más natural sobre la faz del
planeta.

—No se trata sólo de eso, por el amor de Dios;
me montas una escena con sólo que le sonrío a la
cajera del supermercado, controlas el cuentakilómetros
de mi moto, los mensajes de mi móvil,... no lo soporto.

Sus pupilas se dilatan aterrorizadas y sus dedos se
enganchan ávidos al cuello de mi camiseta. Tira hasta
clavarme las costuras en la carne.

—¡Cambiaré, cambiaré, te lo juro! —gime con
agonía.

La expresión de su cara ha vuelto a mudar, de la
incredulidad al pánico. Hasta de su locura me siento
responsable.

—¿Cuántas veces me has prometido lo mismo? —
digo cansado. Sus manos buscan mi pecho. Me aparto
antes de que sea demasiado tarde—. No puedes
cambiar, Camila, no puedes porque eres así, celosa y

obsesa del control.

—¡Porque no quiero perderte! —chilla con los ojos enrojecidos y húmedos—. ¡Y ya ves que no me equivoco!

—No te equivocas esta noche, pero te equivocabas todas las anteriores veces que discutimos por nada hasta agotarnos.

—¡Es Sofía! ¡Es esa zorra hija de...!

—¡No es nadie! ¡Eres tú! ¡Somos los dos juntos! Saco lo peor de mí en esta relación que no quiero prolongar.

Oigo un sollozo lastimero que me parte en dos el corazón.

—Álex, por favor...

—No, no quiero —repito como un mantra. Ya no la miro a ella, miro la punta de mis zapatos, no veo nada. Por eso, cuando con toda su fuerza arroja el casco contra la acera, el estampido me pilla por sorpresa.

—¡Vete a la mierda! ¡Es mejor así, no me mereces! No eres más que un tío con un bonito cascarón, vacío por dentro, lleno de complejos y de ángulos oscuros. A ver cuánto te aguanta... quien sea.

Entra en su portal y se despide con un portazo que hace temblar la puerta. Y a mí me queda la energía indispensable para agacharme y recoger el casco del suelo. Me siento físicamente exhausto, pero mis sentidos se han liberado y los ojos de plata de Sofía invaden mi recuerdo.

Busco un contenedor y me deshago del casco de Camila, ingenuo por sentirme libre. Esta vez, ¿por cuánto tiempo?

Sofía

Matar la noche del viernes y todo el día del sábado esperando oír caer la lluvia con nombre de Álex está acabando conmigo. Compruebo una y otra vez los relojes por si se han estropeado, consciente de que la posibilidad de que

se fastidien a la vez todos los que tengo en casa resulta remota. A las cinco de la madrugada del sábado, por cierto no he salido, me hallo sentada sobre la encimera de mi cocina, tomándome una tila a ver si de una puñetera vez concilio el sueño.

¿No anhelaba emociones en mi vida? «Ahí las tienes, Sofía, todas a mogollón, para que te hinches. Nada mejor para ponerte patas arriba que enamorarte de un tipo indeciso, guapo de morirse, pero voluble, que antes de dedicarte un minuto libre debe cortar con la neurótica de su novia.»

Me retuerzo las manos, ojalá

podría cambiar todo lo que ha pasado, borrar de mi memoria emocional lo ya sentido, porque me va encadenando a una expectativa difusa apenas dibujada en la realidad. No ha llamado, no ha venido, ni siquiera sé si al final la mandó o no a paseo. Puede que mientras yo me consumo de angustia, ellos estén follando en el sofá tan ricamente. Ahora mismo me gustaría ser Ximena y disponer de un arsenal de ofertas de trabajo en Madrid o en el Himalaya. Poner tierra por medio.

Hablando de Ximena... Llamó por teléfono, ansiosa a más no poder, en busca del parte noticiero, claro.

—Cuéntamelo todo, bombón, hasta la última coma —exige así, como si nada.

—¿Qué quieres que te cuente, *jodía*? Son las diez de la mañana de un sábado, debería colgar y ponerte una denuncia.

—¿Tan tarde acabaste anoche? —insinúa maliciosa—. Porque no es que te marchases del bar de madrugada...

—Guárdate el tonito impertinente, mona, ya sé lo que estás pensando, pero no, volví y dormí sola.

Por desgracia.

—Vaya por Dios. Entiendo que los fuegos se sofocasen, te lo beneficiaste en el baño; ¿me equivoco?

Me quedo sin respiración. Dicho así suena tan... carnal. Toso y mi amiga se descojona.

—¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste!

Me da la risa sin poderme contener.

—Pero... ¿un quiqui?

—¡Qué coño de quiqui! Un polvazo en toda regla. Mejor que muchos de cama y colchón.

—Qué fuerte lo tuyo, amiga, menudo valor le has echado, con la fiera allí mismo.

—¿Se notó mucho? —pregunto con verdadero miedo—. Quiero decir, ¿los demás también pensaron...?

—Debería decir que estaba más

claro que el agua. Vale, quizá alguno no estuvo muy atento y otro iba algo borracho, pero el cómputo general... La respuesta es sí.

Cuando debería invadirme la vergüenza, lo que me invade es un inexplicable sentimiento de compasión por Camila. Parece que nadie la acepta, que todos en el bar se regocijaron con mi putada y su ridículo.

—Me dejé llevar —musito a modo de disculpa. No demasiado valiosa, lo reconozco.

—Hasta límites insospechados, guapa. —Vuelve a carcajearse.

Me tapo horrorizada la cara con las

manos, sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro.

—¿Se... oyó algo?

Mis aullidos de hiena en celo, por ejemplo.

—Nada, no temas. Tuvimos que echarle imaginación.

—No seas cerda, Ximena.

¡Jesús! Ahora que lo pienso en frío, me muero del bochorno. Maldita sea, ¿es que los pocos polvos que echo tienen que ser del dominio público? Soy una desgraciada de primera división.

—No, ya en serio. Fue un pelín arriesgado, pero ¿qué es la vida sin una chispa de peligro?

—Todo esto es una mierda mayúscula, Xime — digo lloriqueando.

Presiento que se acabaron las bromas. Lo que estamos compartiendo ahora es serio, trascendental incluso.

—¿Cómo habéis quedado?

—Él iba a cortar con ella.

—Muy oportuno —replica irónica.

Me hiere su crudo análisis de la realidad.

—No dijo exactamente eso.

—¿Ah, no? ¿Y qué dijo entonces?

—Que lo solventaría —rememoro sin fuerzas. La oigo gruñir. Me impaciento—. Lo prometió.

—Ah, bueno, si lo prometió eso ya

cambia las cosas.

—¿Estás siendo cínica?

—Por favor, Sofía, tú eres la psicóloga, no yo. Además de adulta —remacha con mala uva.

Tiene razón, por descontado. Otra cosa muy distinta es que yo esté lista para aceptarlo.

—En realidad crees, igual que yo, que esto es un entretenimiento sin futuro —digo con acritud.

—Mientras lo tomes como pasatiempo, no llegará a grave. Me preocupa que el recreo se convierta en tu tortura.

Guardo silencio. Sofía en modo

pensante. Mi amiga del alma arremete.

—De uno a diez, ¿cómo estás de colada?

—Hum... —No me decido.

—¿Siete?

Me da la risa floja.

—Alrededor de doce.

—¿Doce? —Suelta un chillido de gato al que le pisotean el rabo que me deja sorda—. ¡Jo-der!

—Ximena, folla divinamente, es lo más de lo más —me exculpo con brío.

—Hay mucho buen follador por ahí suelto y algunos son solteros. ¡Búscate otro ya!

—No como él —digo

atrincherándome.

—Chungo, nena, chungo.

—Así me llama él —resalto con tono bobalicón—, nena.

—¡Dios! Acaba de ponérsete voz de gilipuertas, apuesto a que la cara te acompaña —me acusa sin misericordia.

Una pequeña llama de indignación me nace en medio del pecho.

—¿Qué pasa? ¿Acaso a ti no se te ablanda la voz cuando te refieres a tu Antonio?

—A ése mejor ni me lo nombres. ¿Sabes dónde acabamos la noche?

—Imagino que uno sobre el otro, encima del colchón.

—Con mi madre, viendo fotos antiguas mías de cuando era pequeña. Y esta tarde volvemos a la residencia a visitarla. No querrás venir... —insinúa a modo de pregunta.

—La verdad es que no pinto mucho, otra cosa sería que fueses sola. ¿Cómo sigue?

—Tiene sus momentos, hay días que me reconoce y nadie diría que sufre ninguna alteración. Otros... ni siquiera sabe quién soy.

Qué alivio insano me provoca el giro de la conversación. Se acabó dar explicaciones.

—Es espantoso, no puedo imaginar

lo que sentiría en tu lugar. Recuerda que no es ella, cielo, no es que haya dejado de quererte, es esa odiosa enfermedad.

—Lo sé, lo sé. —Sorbe unas lágrimas que me desconsuelan.

—Has hecho bien ingresándola.

—Sofía...

—Dime.

—Creo que voy a marcharme a Madrid, unos meses al menos, y si no de jefa, de becaria.

—¿Y Antonio?

—Que me eche de menos y se la casque a diario a mi salud. —El arrebato emotivo se le ha pasado a velocidad de turbo—. Ahora me acusa

de no implicarme emocionalmente en lo nuestro, de otro modo aceptaría irme a vivir con él.

—¡Eso es chantaje emocional! ¡Si apenas lleváis unos meses saliendo!

—No es eso lo que me frena. Me iría, y si no funciona, me vuelvo a mi cueva y santas pascuas. El problema es que es un cepo, una trampa. Tras entrar yo por la puerta, la siguiente en acoplarse sería mi madre. Y por ahí sí que no paso.

Estoy aún recordando la movida conversación, cuando mi móvil vibra

con la llegada de un mensaje. Es domingo, son casi las doce del mediodía y es el número de Álex. El estómago me da un triple salto mortal.

Baja al portal. Tienes un paquete esperando.

¿Un paquete? ¿De qué habla? ¿Me habrá mandado flores a modo de disculpa? ¿Un regalo? Y sobre todo, ¿reparten en festivos?

Reviso mi indumentaria: short vaquero, camiseta ceñida de manga corta con el monstruo de las galletas vendiendo oro, y unas zapatillas de cordones. Voy que chuto. Estoy

deprimida, enclaustrada en casa, y es domingo. No pienso ver a nadie y un repartidor al que no conozco me importa un bledo. Encierro las llaves de mi apartamento en un puño y bajo por la escalera, que para algo vivo en un segundo.

Pero al abrir la puerta de la calle, literalmente, se me para el corazón.

#ElPaqueteQueElCarter

Tengo a Álex delante, esperando, guapo a reventar, con un vaquero negro y raído que se ciñe a su trasero pecaminoso y respingón, el pelo húmedo tras la ducha y una camiseta roja con el mismo dibujo de la mía. Jodida casualidad. Se me

abre la boca y encajo la mandíbula, incapaz de articular un simple «Hola».

—Buenas tardes. Bonita camiseta —saluda con un esbozo de sonrisa colgando de la comisura, capaz de reventar termómetros.

—Creía que me esperaba un paquete —gruño malhumorada.

Él avanza un paso en mi dirección, haciendo que quedemos muy juntos, ya que yo esta vez no me escapo, y me clava su incipiente erección.

—Aquí lo tienes, loco de alegría por verte —me susurra a la altura del cuello. La reacción de mi cuerpo traidor no se hace esperar, se me eriza todo el vello

— Si alargas un poco la mano derecha dirección la entrepierna, encontrarás el mejor paquete de tu vida.

¿Debería hacerme gracia? Me tiene encandilada con sus ojos verdes y caliente como una perra, pero también me siento frustrada, enfadada y a punto de aullar.

—Engreído —lo insulto, recuperando espacio y calma.

Álex frunce de forma graciosa los labios.

—Te has levantado refunfuñona.

Aprieto los puños. Quiero gritar mi indefensión al verlo ahí indolente, apoyado contra la pared, mirándome

como a una tarta que está a punto de devorar, mientras a mí se me caen las balas de las pistolas al suelo. Quiero arrojarle a esa bonita cara las horas de sufrimiento que llevo sin saber el desenlace de la historia con Camila, pero al mismo tiempo pretendo no parecer una desesperada.

—Odio que jueguen conmigo —le espeto llana y simplemente.

Álex no se turba, vuelve a invadir mi espacio y su brazo rodea posesivo mi cintura. Me mantengo rígida.

—¿No me invitas a subir? Estoy tratando de no abalanzarme sobre ti aquí mismo y la culpa la tiene ese

pantaloncito que llevas puesto...

—No me lo he puesto para ti —me apresuro a aclarar.

La punta de su nariz roza juguetona la mía. Me humedezco los labios reseco.

—Vamos, nena, yo sí traigo algunas cosas para ti, deja que te las dé antes de que se enfríen.

No me da la gana de que todo le resulte tan sencillo. Pero cuando me alejo, él sufre una mutación semejante, como si nuestros sistemas nerviosos estuviesen interconectados.

—Oye, Sofía, mírame a la cara. Mírame y dime que me marche si es eso

lo que quieres.

«¡No! ¿Qué dices? ¿Estás chalado?»

—Déjame en paz.

—No, quiero que lo digas alto y claro. Si es lo que quieres, te lo daré.

¿A quién pretendo engañar? Este tío me pone cachonda con sólo mirar la hora. De mala gana, esclava de mi pulso acelerado, me aparto y entramos. Se dirige al ascensor y yo niego con la cabeza y señalo la escalera.

—¿Está estropeado?

—Son peligrosos —respondo, internándome en la penumbra. Alex me sigue—. Demasiado estrechos.

—Entiendo. Oye, Sofía —parece

que su tono haya perdido de forma definitiva el deje burlón—, nadie está jugando contigo.

Me vuelvo en la intersección entre dos peldaños.

—Sí, tú. Juegas a desesperarme. Se supone que te marchaste para solventar las cosas con Camila.

—Y lo hice.

—Olvidaste llamarme cuanto antes para contármelo.

—Aborrezco los teléfonos, son fríos e impersonales, ciertas cosas hay que hablarlas cara a cara. Además... no me sentía nada bien.

Me revuelvo como una leona herida.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo? ¿Yo sí estaba bien? ¿No se te ocurrió pensar que me carcomían los celos, la incertidumbre?

Hay reproche en mis ojos, aliado con el dolor. Cuando me mira, los suyos brillan con intensidad. Me arrepiento en el acto de haber empleado la palabra «celos» y este tono de histérica terminal.

—Dejarla y venir corriendo a verte a ti era lo menos honorable y moral que podía hacer.

Me pilla con la guardia baja y la llave en la mano. Me quedo un segundo con ella suspendida en el aire y a continuación la introduzco y la giro

dentro de la cerradura. Empujo.

—Tienes razón.

—¿La tengo?

Entiendo lo que me pide. Todo esto es demasiado difícil de soportar. Demasiado sufrimiento.

—Lo siento —digo en un leve susurro.

«Soy culpable de desearte más de lo que me conviene.»

Cuando me quiero dar cuenta, Álex me ha acorralado contra la puerta de mi propia casa. Con los brazos extendidos a ambos lados de mi cabeza y aguantando su peso con las manos, se inclina hacia mí, que apenas alcanzo su

mentón.

—He cometido muchos errores en el pasado —dice emocionado—, no he sido precisamente el mejor de los novios.

—O no has sabido escoger —apunto cortante.

—Es un error también. Y los errores traen aparejadas consecuencias —afirma con cierto tinte de resignación.

—¿Cómo se lo tomó?

Álex entiende enseguida que me refiero a Camila y su semblante se oscurece, se torna sombrío. Se yergue.

—No quiero hablar de eso. Fue bastante desagradable.

—Pero...

«¿Volverá? ¿Volverá a molestarnos? ¿Insistirá en recuperarte? Yo lo haría, no podría soportar la idea de vivir sin ti.»

Álex me interrumpe. Me ha cogido la mano y logra que con sólo un roce sobre los nudillos yo tiemble.

—Ahora, por el motivo que sea, porque me importas, porque sentí algo especial desde la primera vez que te vi, me gustaría hacer las cosas bien, Sofía. —Le sostengo la mirada, espero que no advierta cómo me derrito gota a gota—. Déjame intentarlo.

—Tienes vía libre y el puente sobre el foso de los cocodrilos tendido —le

aseguro sonriendo.

Se inclina sobre mí buscando mis labios y tengo la eufórica convicción de que el día será antológico, para anotar en los anales de mi ya no tan lamentable vida sentimental.

—Preparaos, princesa —me advierte pícaro, apoyado en la esquina de mi boca—, pienso conquistar vuestro castillo hasta los cimientos.

Me acorrala contra la puerta y yo apenas puedo razonar, invadida por ese aroma viril de tío bueno recién duchado que me obnubila. Los ágiles dedos de Álex recorren la línea de mi mandíbula y se desvían de un modo peligroso hacia

mi cuello, mi punto flaco, flaquísimo.

—¿Qué te parecería encerrarnos aquí mismo todo el domingo, encargarnos comida india en abundancia y que apaguen el mundo ahí fuera, si ellos quieren?

Su voz me acaricia, me envuelve y me hipnotiza. El sofocón me sube directamente al cerebro.

—¿Puedo?

Tardo en darme cuenta de que está pidiéndome permiso para dejar el casco que lleva colgado del brazo sobre la consola de la entrada. Estoy *empanaíta* perdida. Cuando lo hago, mi cabeza parece la de un tentetieso.

—Suenan muy prometedor —digo agitada—. Me refiero a lo de encerrarse y pedir comida y todo... —trago saliva con dificultad, mientras algo entre mis piernas empieza a hacer palmas— ... todo eso.

—No permitiremos que se quede sólo en eso, en sonido, ¿verdad?

Tal cual lo pronuncia, busca mi boca y yo me entrego toda. En bandeja de plata, desnuda y cubierta de sushi si pudiera.

Paso de calcular cuánto llevo con los ojos cerrados. Acunada por los

brazos de Álex es una delicia dejarse llevar sin oponer resistencia, sintiéndome querida, deseada hasta los huesos. Fantaseo con la felicidad absoluta, rebobinando de forma repetitiva en mi memoria ese momentazo con mayúsculas en que mi amante, ahora por fin liberado, me roba el primer beso y su boca se las arregla para sorberme la razón y hacerme temblar como una onda sísmica que se propaga por una meseta en la que la tierra arde. Por primera vez me siento vulnerable ante un hombre al que se lo daría todo sin dudar un instante. Es la oportunidad de cruzar el umbral de mis propios miedos.

Poso mi volátil imaginación de nuevo en el parque, movida por el jugueteo constante de sus dedos dibujando líneas rectas en mi espalda. Estamos rendidos, hemos recuperado las semanas malgastadas, amándonos en todas las posturas posibles. Creo que mis ejercicios de contorsionismo se merecen hoy un notable, y eso que nunca he sido especialmente virtuosa ni creativa en la cama. Pero descubro que actuar bajo los efectos de la calentura, sin lógica, sólo por instinto, te endiosa. No somos más que dos animales delicados a la hora de lamerse o tocarse.

—¿Puedo hacerte una pregunta profesional? —La voz grave y seductora de Álex irrumpe en el torbellino de mis pensamientos.

—Claro, pero que sea facilita.

—¿Qué opinas acerca de los sueños premonitorios con la mujer de tu vida?

Contengo la risa con un aspaviento travieso.

—No sabe, no contesta, no tengo mujer de mi vida.

Álex simula golpearme el hombro, aunque lo que en realidad hace es apretar nuestro abrazo.

—Va, venga, es en serio. Quiero saber si crees en ese tipo de sucesos

paranormales.

Hago lo que puedo para mirarlo por encima de mi hombro sin variar demasiado mi postura. Me complace sentirlo ahí tan cerca, las piernas enredadas y las pelvis en peligroso contacto. Él insiste.

—Me refiero a cuando te presentan a alguien cuyo rostro ya has visto antes y todo se convierte en un reconocerse más que en un mero conocerse.

—Interesante —comento pensativa—. ¿Te ha pasado?

Ruego a todos los integrantes del santoral que Álex no destruya este momento sin par hablándome de Camila,

o directamente hundiré la cabeza en el depósito de la cisterna.

Me suelta y de repente siento frío. Sus musculosos brazos, su pecho firme, todo desaparece porque de un brinco abandona la cama. Y yo me quiero morir. Incluso cuando, animado, me dice:

—Espera, ahora vuelvo.

Percibo el súbito frío que me recorre la espalda que él ya no protege. Sale corriendo del dormitorio, desnudo por completo y glorioso, el ser más perfecto del universo conocido, sin pudor alguno.

Álex, oh, Álex.

—¿Sabes por dónde anda mi cazadora? —me pregunta desde el pasillo.

—En algún punto intermedio entre el recibidor y la cama —digo riendo—, tirada por el suelo.

—Ah, sí, aquí, gracias.

Aprovecho mi momentánea soledad para desperezarme, feliz y casi saciada. Y digo «casi», algo que después de la frenética actividad sexual desarrollada en las últimas horas podría parecer un desbarre, porque estoy convencida de que del tacto, las caricias y los besos de Álex no me cansaré mientras conserve el juicio.

—Cierra los ojos —me pide.

Y los suyos acompañan la petición con un destello descarado y verde.

—¿En serio...?

—Cierra los ojos —repite bastante más serio.

Obedezco entre risas. El estado de desquiciada euforia en que me sume su presencia, el rastro de su identidad aún tatuado en mi piel, se aproxima a lo que sentía la víspera de Reyes cuando era una cría. Esas cosas fabulosas se repiten, lo juro.

—Mira esto.

Interrumpe mi engalanada reflexión. Hay algo muy cerca de mi cara, un

objeto que no puedo distinguir bien hasta que abro los párpados para quedarme muda de asombro.

—¿Qué...? ¡Soy yo! —digo, posando los dedos sobre el lienzo desenrollado que me tiende.

Sus pupilas centellean. Sonríe y es adorable, la materialización de un verdadero ángel.

—En efecto, eres tú. Cuatro meses antes de que nos conociéramos —explica con una emocionada mezcla de sentimientos.

—¿Y cómo puede ser? —Parpadeo—. ¿Nos habíamos visto antes, en el centro, en alguna fiesta, en el autobús?

¿Tenemos amigos comunes? —Apuro todas las opciones, a sabiendas de que ninguna encaja en nuestro caso particular.

Álex me observa con fijeza y el brillo sobrenatural de sus iris me marean.

—Te dibujé a ciegas.

Mi boca esboza una «O» perfecta, pero no consigo articular sonido alguno. Estoy muy ocupada escuchando cómo en mi corazón explota algo que libera miles de libélulas blancas. Lloran emocionadas, igual que yo.

—¿Me... me dibujaste? —balbuceo —. ¿Así de fiel?

Repaso una y otra vez el delicado

retrato. Soy yo, de las cejas a la barbilla, la melena rubia suelta, los ojos grises, la nariz pequeña y respingona. Es tan real que da miedo. La conmoción asciende en tromba y forma un agradable nudo en mi garganta. Álex me retira el pelo de la cara y me acaricia la sien con un beso.

—Antes de que asaltaras mi vida ya te soñaba —me dice con exquisita dulzura.

No sé si estaréis de acuerdo conmigo, pero para mí, ésta es la declaración de amor más bonita que me han hecho nunca. La mejor. Y el resto, incluidos los tropiezos del pasado,

Camila..., carecen de importancia. Estoy viviendo mi instante entre las hadas, mágico e irrepetible.

Aparto el retrato y le echo los brazos al cuello. Pienso romper a llorar como una tonta. Tres, dos, uno...

—¿Te das cuenta de que no me quedaba otra salida que buscarte?

Me lo como, me lo como. Me lo como tres veces.

—Has tenido suerte —hipo mimosa.

Él arruga la nariz y me besa con soltura los labios.

—No llames suerte a mi brújula prodigiosa ni a mi infalible instinto.

Conforme desgranamos palabras que

no hacen justicia a lo que sentimos, nuestros cuerpos hacen mejor el trabajo y se buscan con desesperación. Rodamos juntos por la cama y quedo atrapada bajo el peso de Álex, que me besa con adoración. Desde que ha llamado esta mañana a mi puerta, hemos derrochado toneladas de sexo del mejor, así, sin miramientos, como si nos sobrara. Mis pezones, mi espalda, mis costados, el interior de mis brazos y muslos, han conocido el sabor de su lengua y el tacto de sus dientes, mi cuerpo ha reaccionado a sus exigencias como si de verdad estuviese entrenado para ello. Pero ahora, en este instante,

más presentes que nunca, la energía que intercambiamos es tan pura, tan genuina, que desde el fondo de mi alma la convicción me grita que estamos sellando algo duradero.

Su lengua explora mi boca, mientras sus manos recorren mis hombros y brazos desnudos, se deslizan por mis clavículas, redibujan su contorno y luego bajan por el esternón rozando apenas mis pechos, provocando que se agiten, sedientos de su tacto. La escalinata de mis costillas es su siguiente parada y no necesita abrir los ojos, sus dedos hacen el camino a tientas. Está casi recostado sobre mí y

me regala sus más codiciados besos, entregado hasta la demencia a este cruce de sensaciones. Cuando lo noto descender por mi estómago, describir una colección de pequeños círculos alrededor de mi ombligo para finalmente conquistar mi vientre, mis caderas suben de un salto, mi pubis lo reclama y los más íntimos canales de mi sexo se llenan de jugos.

—No puedo creer que estés lista otra vez —dice.

Por su tono, sospecho que no está nada contrariado. Poso las manos en su espalda y me recreo en cada músculo cincelado de este semidiós habitante de

la Tierra. Lo que no es posible es ser tan afortunada. ¿En serio me lo merezco o no es más que una broma pesada que se esfumará cuando más confiada esté?

#PosiblementeUnoDeLo

Álex desliza sus grandes manos a lo largo de mis muslos y se cuela entre mis piernas. Sé lo que viene a continuación, mi cuerpo se anticipa excitado y la temperatura de la sangre dentro de mis venas se dispara. Esa lengua lamiendo

caliente y húmeda, sabiendo con exactitud qué tejidos tocar, qué mordisquear, cuándo succionar y dónde detenerse, me incendia. Me carbonizará si no se detiene, y me asfixiará la angustia si lo hace. El efecto de sus besos justo ahí es inmediato, me domina el deseo más irracional, los latidos de mi corazón viajan a galope tendido y sólo puedo pensar en tenerlo dentro. Sentir el modo en que su miembro me empala y me llena, lo íntimamente suya que soy cuando eso ocurre, cuando nuestras caderas se balancean a la par buscando el placer, el estallido de la carne. Es él, soy yo, somos nosotros,

algo especial, diferente y sublime, algo a lo que nunca pensé poder aspirar.

Clavo las yemas de los dedos en sus hombros esculpidos, como una especie de señal en clave para que cambie de postura, aplace sus lametones por muy fabulosos que resulten y se centre en la parte animal del sexo activo. Quiero que entierre su vástago en mis entrañas hasta el fondo, desquiciarme y derretirme entre jadeos. Eso quiero.

Pero también mi compañero de cama tiene claro lo que desea y es no apartar la lengua de mi clítoris hasta que el más brutal de los orgasmos me sacude y las paredes del interior de mi vagina se

convulsionan de gusto. Entonces y sólo entonces, cambia de postura.

Ya nada será lo mismo en esta casa después de hoy, ni podré enfrentarme con la misma inocencia a la lavadora ni al lavabo del baño. Sobre la primera hemos hecho el amor como dos mandriles y en el segundo he apoyado las manos, con la cara casi adosada al grifo, mientras Álex me follaba desde atrás, pegado a mi espalda, bateando sus deliciosas caderas contra mi trasero, gozando de la oportunidad de verlo todo en el espejo. Sexi, incitante, erótico y un poco sucio. ¿Por qué no?

En eso pienso y me deleito, mientras

agito el cuerpo debajo de Álex y se derraman mis fluidos acudiendo a la apremiante llamada del éxtasis.

—No puedo más —jadeo ya casi sin fuerzas.

—Pues goza, mi amor, no te reprimas.

Tiemblo. La impaciencia que me carcomía, ahora me abrumba. No estoy segura de ser ninguna superwoman y poder soportar estos asaltos maratonianos sin consecuencias. Es la vida sexual de las protagonistas de las películas, la que todas las mujeres románticas soñamos tener, la que sólo unas pocas afortunadas catan. Debería

ser obligatorio y estar prescrito por los médicos. Literalmente noto cómo la sangre avanza por mis circuitos, cada capilar se hincha con el preciado líquido, llenándome de vida en una explosión apoteósica, que acompaño con gritos y gemidos de tal calibre que mis vecinos propondrán una junta extraordinaria de la comunidad con el solo fin de expulsarme.

Aún no me atrevo a gritar su nombre, que se me queda enganchado y tímido en la punta de la lengua; sin embargo ahí está, pugnando por salir. Es pronto, pero vamos muy bien encaminados.

Álex jadea y grita al más puro estilo

masculino, frunciendo el entrecejo, entreabriendo la boca, convirtiéndose en un dios primitivo, hermoso e irresistible. Nuestra piel suda y se desliza una sobre otra. Como si físicamente nos perteneciéramos. Es increíble la sensación de ser amada, deseada de este modo.

—Te necesito, nena. Te necesito de tal modo que me duele —susurra Álex contra mi oído, algo que, como es evidente, no me esperaba. Enseguida, arrepentido de su arranque de debilidad, añade en tono más desenfadado—: ¿Crees que tanto amor es bueno para mi salud mental, doctora?

—Entiendo que se refiere usted a la sesión de ejercicio físico —respondo, siguiéndole la broma. Lo que no quita que la intensidad de su «te necesito» me retumbe en el cerebro, sembrando cuotas de eterna felicidad que ya me encargaré de alargar—. Es posible que cree adicción.

—Puedo vivir con ello... siempre que disponga de mi dosis diaria.

—Si se porta usted bien, si acumula méritos... —suelto con aires de maestrilla sabihonda.

De todas las cosas absurdas que yo, Sofía Echeagaray, podría inspirarle a un hombre, por encima incluso de un retrato

a ciegas, está la necesidad. Jamás pensé que pudiera ocurrir, pero ahora lo oigo, lo interiorizo, lo palpo y lo ansío.

Alguna bendita parte de su boca se ancla en la base de mi dolorido clítoris y ejerce una firme y continua presión, mientras su lengua bailotea describiendo espirales que me conducen a toda velocidad al delirio. No quiero que pare. Si hace falta lo mataré, porque si se detiene seré yo quien se muera. Me pregunto cómo he podido sobrevivir hasta el día de hoy sin este sexo glorioso.

Álex

Me paso el día mintiéndole a la gente, a mi hermana, a mis padres, les aseguro que soy feliz, pero no puedo mentirme a mí mismo. Me asfixio en el pozo que yo solo, con perseverancia, he cavado, y no hay a quién culpar. Camila es una cadena que me une a la desesperanza, a una rutina de sufrimiento que me roba la sonrisa, pero que de algún modo me cuesta romper. ¿Por qué me siento responsable de su desgracia?

¿Será porque un día le prometí un cuento de hadas que jamás pensé cumplir? ¿Porque la seduje por mera diversión y no resultó ser tan dura como las demás? Camila se desmorona entre mis brazos y no sé de lo que sería capaz si la dejo. La idea martillea mi cerebro sin descanso y me impide dormir. Los únicos ratos en que consigo apartarla son los que comparto con mi princesa, la chica de los ojos de plata. Y me siento culpable. Tan culpable como deshonesto. Tengo que alejar a Sofía de toda esta podredumbre, protegerla de la locura de Camila, mantenerla al margen de mi maldición.

Pero ¿cómo lograrlo, si la necesito hasta para que

mis pulmones respiren? ¿Cómo prescindir de lo único que da sentido a cada latido de mi corazón?

Pulso el play de nuevo. Ya van seis veces seguidas. Escucho de modo obsesivo *All of Me*, de John Legend,[6] y esa letra me dice tanto... Ella es, de alguna forma, mi final y mi comienzo.

Miro el cielo y la luna llena que se refleja en el mar. Son dos, parecen dos lunas gemelas que me gustaría regalarle a Sofía.

Seguramente no podría darle más que indecisión, dudas y tormento.

Que Dios me ayude.

Sofía

La jornada del domingo me dejó molida. Exhausta, pero feliz hasta los tuétanos. De hecho, hoy todo mi esqueleto se siente ligero y bailón, con una

inesperada energía que arrebola mis mejillas y hace que mi pelo y mi cutis resplandezcan como nunca. Le sonrío a mi gemela del espejo.

—Buen lunes, guapa. A por todas. Joder, mírate, si hasta tienes los piños más blancos.

Qué maravilla más barata esto del amor, que te arranquen las bragas con los dientes el domingo a la hora del ángelus y no te las vuelvas a colocar hasta las once cuarenta y cinco de la noche.

Esto es vida. Podría acostumbrarme, palabrita.

Cuando Álex dejó mi casa, me colé

dentro de un peto vaquero con una camiseta vieja debajo y bajé a despedirlo al portal. Su moto junto a la acera relucía como una pieza de museo. Señaló la matrícula con una media sonrisa en los labios.

—¿Te has fijado en lo que pone? Son nuestras iniciales, SEA. Sofía enamora a Álex.

Me turbó que pensara eso. Yo había leído directamente «mar» en inglés y se lo dije.

—Le pasa a todo el mundo, así también la leía yo antes de conocerte.

Me atrapó por la cintura y tiró de mí. De pronto tenía una nariz recta y

preciosa moviéndose por mi cuello.

—Ahora me encanta la idea de llevar nuestros nombres unidos sobre mis ruedas.

—Suenas romántico —susurré. Noté que se envaraba.

—No te equivoques, yo no soy romántico —me advirtió con una sonrisa aniñada que me hizo agua el corazón—, dejémoslo en creativo.

—Oh, sí, claro, el señor que construye altas torres torcidas.

—Malvada.

Me pegó a su torso y mi respiración se volvió irregular; su cercanía me provocaba y cuando su boca capturó la

mía y la saqueó a fondo, su saliva me supo a caramelo de crema.

«¡Dios, Álex! Te adoro aunque no me atreva a confesarlo. Quiero que me arrastres de los pelos a tu cama y me hagas el amor hasta caer rendidos.»

Lo cual, conociendo su formidable resistencia, me garantizaba muchas horas de glorioso placer.

—La próxima cita en mi apartamento. —Depositó un par de besos en mi sien y mi mejilla.

—Me parece per-fec-to.

Septiembre en Málaga es un mes

fantástico, mi favorito. Aún puedes ir a la playa, a los turistas se los ha tragado (a Dios gracias) un agujero negro, la ciudad recupera el pulso y su ritmo de calma chicha, todavía hace calor, aunque por las noches refresca, y es una gozada. Soy forofa y frikifán confesa de septiembre. Pero esta vez se me está escurriendo de las manos.

Me visto con una minifalda carpeta azul oscuro, un top de seda a rayas marineras y una chaqueta sastre del mismo azul, con unos frunces en la copa de las mangas. Lo complemento con unos salones de medio tacón, de esos todoterreno que te permiten patearte las

calles hasta caer de bruces, reventada, y un bolsito del mismo color, donde sólo cabe lo imprescindible, ya que la artillería pesada viaja a mi espalda, dentro de una mochila. Es lo más conveniente cuando, como yo, te mueves en moto. Eso sí, hay que ir pensando en cambiarla, la mochila, no la moto, pues se cae a pedazos.

Cuando entro por la puerta, lo primero que veo es a Helen y su *piercing* divino con dos tazas de café en las manos.

—¿A dos bandas? —la ataco en broma—. ¿No es mucho chute eso?

—Resaca infernal —es toda su

respuesta.

Sonrío comprensiva. Yo también la sufro, pero no me la ha provocado el alcohol, lo mío es pura intoxicación erótica. De lo bueno lo mejor. Y quiero más. Pienso repetir en cuanto me dejen.

—Tómatalo con calma, Watson —le digo con sorna, mientras mis pies recorren el pasillo acristalado que conduce a mi despacho. ¿Son figuraciones más u hoy está todo más bonito, más limpio, más elegante?—. ¡Bueeeenas! —grito al aire con buen humor.

Desde las oficinas colindantes me devuelven un «Hola» mortecino y una

especie de gruñido.

Hum, Silvia no ha inaugurado la semana con buen ánimo, me temo. Pongo en marcha el ordenador, reviso los expedientes que tengo sobre la mesa, recupero el informe que dejé por terminar el viernes y consigo concentrarme un par de horas y media sin pausa.

—¿Café o esa agua caliente oscurecida con la que te envenenas? — me pregunta una voz impaciente desde la puerta.

Levanto los ojos y me encuentro con Silvia encaramada a unos taconazos de infarto, falda de tubo negra y blusa de

seda crema que realza su busto, ya de por sí aventurero y voluminoso. Aparto los dedos inquietos del teclado. Mierda, me pilla atravesando una racha de inspiración; no querría interrumpir este informe, que me está quedando chachi.

—Necesito cinco minutos más, con cinco minutitos bastan.

Veo que se le tuerce el morro. ¿Qué diablos le pasa?

—Espero una llamada superimportante. Como llegue antes de nuestro café, me dejas sin desayunar.

Toma ya, «la dejo sin desayunar». Acaba de trasladar la culpa a mi persona y yo me la he tragado enterita.

Si eres buena gente, no basta con ser psicóloga. Conoces el origen y la consecuencia de las cosas, pero no puedes evitar pasar por el aro. Hago unas anotaciones marginales apresuradas y levanto el culo de un salto.

—¡Allá vamos!

La sonrisa vuelve a iluminar la carita de mi amiga. Ahora que me fijo, traía el bolso colgado del brazo. Virgen de las bragas vueltas, qué fe en su capacidad de persuasión.

#Cancelaciones

Los ánimos de Silvia están crispados y reguleros, no hace falta ser un lince para darse cuenta, así que mejor ni nombro a su hermano. Ella no me ha llamado ni enviado un mensaje en todo el fin de semana, igual sospecha lo que se coció

en el baño el viernes y se avergüenza, no digo que sin motivo, de la salida calentona que tiene por amiga. Podría entenderla, no creáis. Pero durante el desayuno vuelve, en cierta medida, a ser la chica dicharachera de costumbre. Con una evidente sombra de tristeza en el semblante. Evidente al menos para mí.

—Te noto preocupada. —La animo a abrirme su alma.

Ella responde apartándose el pelo de la cara.

—No es nada, un poco de cansancio. Odio estas rachas de juicios tan seguidos, cuando el juzgado se apropia de mi agenda, de mi tiempo, y yo no

puedo hacer otra cosa que dejarme llevar.

Recuerdo los comentarios de Álex respecto a su hermana, su incombustible fuerza de voluntad, su tesón.

—Pero te gusta lo que haces, eso es importante.

—Sí, me gusta. Casi todo el tiempo.

Desconozco el motivo, pero Silvia hoy no es del todo la Silvia que conozco. Trato de sonsacarle la causa de su desvelo, por qué anda tan taciturna y distraída, pero no cosecho más que vaguedades.

—¿Te importa si volvemos a la ofi? Estoy agobiada de trabajo y después de

comer me espera un largo rosario de consultas tediosas que me robarán las ganas de cenar.

Podría decirle que, en cambio yo, pienso salir a dar una vuelta con su guapérrimo hermano y, con un poco de suerte, acabaré escocida de tantísimo follar. Pero no sería misericordioso para con su desdicha. Aparte de que son las doce y media y Álex no me ha mandado ni una triste letra al móvil. ¿Qué tal un «Hola, ¿cómo va san lunes?»? Mira que no aspiro a un «Ayer fue el mejor día de mi vida», «Te echo de menos hasta decir basta» o «Hacer el amor contigo es como comer fresas con chocolate».

No. No soy tan absorbente. Pero ¿cero?

Dispongo de toda una colección de corrosivas dudas acerca de la personalidad algo bipolar del chico del que me estoy enamorando perdidamente, que va y viene, me tantea, me desconcierta y se esfuma, y el fenómeno me asusta. ¿Puede la misma persona ser atento, cordial, amable y detallista, tierno como un bollo de leche y, acto seguido, arisco, déspota, insensible y despegado? Porque esos temperamentos que viajan sin ton ni son de un extremo a otro generan montañas rusas emocionales, fortísimas descargas de

adrenalina que conducen al desquiciamiento más absoluto. Como relación, enganchan. Pero son insanas y altamente tóxicas.

Me miro en el espejo del baño. No quiero eso para mí. Debo protegerme, quererme por encima de todas las cosas. La etapa en que le cedí a Sergio el control de mis sentimientos y todos los honores, para que los tirase al suelo, para que pisoteara mi autoestima y mi corazón, ya ha quedado atrás. Álex muestra señales de inestabilidad, al menos en lo que a mí respecta, y debería atenderlas. Me lavo las manos de forma compulsiva antes de volver al trabajo.

La dificultad de los informes que tengo que terminar consigue, y eso es bueno, abstraerme de la problemática que hay a mi alrededor. Lo que no implica que desaparezca, tan sólo la aparco donde no incordie.

A la hora de comer, mi paciencia, que es escasa y cobarde, explota. Aun a riesgo de hacer el ridículo, voy a mandarle un mensaje a Álex. Algo sencillo, cortito, que no me comprometa. Una foto preciosa de un bebé rollizo y un:

¿Qué tal tu día?

Miro la pantalla satisfecha y presiono Enviar. Mierda, me arrepiento sobre la marcha. ¿Un bebé? Sólo a mí se me ocurre mandarle a un chico la foto de un bebé. A ver si se va a creer que quiero preñarme y liarlo... La respuesta no tarda ni medio minuto en aparecer. Mi corazón salta a la comba entre mis costillas.

Terrible, espantoso, pero ya sabes... lunes.

Simpático, de acuerdo, nada más. Ni un «Deseando volver a verte», nada que me haga sentir anhelada o especial.

No me doy por vencida.

¿Te pilló mal?

Visitando una obra.

Ah, eso lo explica todo. Ponerse tontorrón y romántico con un casco amarillo incrustado en el cráneo y un montón de individuos a su alrededor, gritando que les bajen la cubeta de la mezcla, rozaría lo milagroso. Decido ser comprensiva y moderna, a la par que independiente. No lo molestaré más con mi ansia viva por tenerlo, oírlo, olerlo, probarlo, tocarlo... lamerlo. E ídem en sentido inverso.

Me guardo las ganas en el bolsillo y

me tiro de cabeza a un festín de carbohidratos en la conocida hamburguesería de la acera de La Marina. Para compensar la angustia. A ver si funciona.

Soy una chica fácil. Fácil de convencer, se entiende. Hasta cuando soy yo la que esgrime las razones. Y he sido tan coherente y lista a la hora de exponer las causas por las que no debo colgarme de la chepa del deseado Alejandro el Grande, que paso la tarde feliz, zambullida en mis expedientes, y el destino me lo premia cuando menos

me lo espero.

¿Unas tapitas a eso de las ocho?

Besuqueo el móvil ahí donde las letras del mensaje se iluminan. Por fin se ha quitado el jodido casco y ha pensado en mí. Seguro que le apretaba y le bloqueaba el flujo sanguíneo, anulando sus impulsos más primitivos: los sexuales.

¡¡¡¡¡Claro!!!!!!

A las ocho en Gorkis.

Allí estaré como un clavo.

Es lo que contesto, para a continuación preguntarme si no habré sonado muy desesperada. Ya no tiene remedio, mejor quedarme con lo positivo. ¡¡Tengo otra cita!!

Es como subir una cuesta. Pero mojaremos el churro, seremos felices y comeremos perdices.

Y una mierda como el sombrero de un mexicano. A las ocho menos veinte aparece por mi puerta la causa de todas las anulaciones. Una sombría Silvia con los ojos enrojecidos y los labios

convertidos en una fina y peligrosa línea, cargada con cuatro voluminosas carpetas rellenas de papelotes. La observo aproximarse, con pavor. No me atrevo a preguntar si son para mí, pero ella despeja mis dudas cuando las deposita, nerviosa, encima de mi mesa.

—Los necesito para mañana. Es una emergencia.

Se me abren tanto los ojos que por poco pierdo las pestañas.

—¿Qué dices? Estaba a punto de irme —protesto lloriqueando.

—Lo siento, lo siento de verdad, han surgido a última hora.

—Pero, Silvia...

No se me ocurre qué más decir. Lo lógico sería que ella, dado lo tarde que es, no siguiera insistiendo, pero se queda ahí de pie, acariciando con histeria los lomos de los expedientes, mirándome con ojos de pollito huérfano.

—Son juicios vitales, tienes que encontrar algo en lo que pueda apoyarme o estoy perdida —dice con un hilo de voz.

Trago saliva y miro al techo, no recuerdo si en ese orden, pero sí bastante contrariada. Me duele calibrar cuántísima ilusión me hacía pasear un rato esta noche con Álex. Suspiro. Supongo que renunciar a ciertos

placeres forma parte de la idea que una tiene de madurar y ser responsable; no se acaba el mundo por posponer un vino y unas tapas. Y quizá un par de docenas de besos de los nuestros. Y un quedarse en pelota picada, sintiendo cómo las pieles se llaman, se reclaman con deseo y acaban fundiéndose. Y un revolcón detrás de otro en su casa o en la mía.

Joder, ya me duele la cabeza. Agarro las carpetas como si me fuese la vida en ello.

—Sabes que saldré de aquí más tarde de las once de la noche, ¿verdad?
—le reprocho con una velada acusación entre risas.

—Nada de eso, no te dejaré sola. Pedimos comida china y me quedo contigo todo el tiempo que haga falta.

Valiente consuelo. Lo ideal sería que se echara a reír, recogiera los puñeteros expedientes y saliera corriendo al grito de «Inocente, inocente, has *picao*, bacalao» y que yo me marchara a las ocho, como estaba previsto.

—Te debo una, y además muy gorda, en serio. Esto es más que importante.

—Vale, vale; me la cobraré, te lo juro.

—Me siento mucho mejor si me la cobras. Una Conde siempre paga sus deudas, como los Lannister —asegura

camino de la puerta.

En cuanto me quedo sola, el pesar me invade. Cojo el móvil y trato de teclear unas frases que no supuren tristeza.

Lo siento muchísimo, tapeo anulado. Atropellada por un tráiler de trabajo extra.

La respuesta tarda casi veinte minutos en llegar. De hecho, la espera me ha desquiciado tanto que no he podido concentrarme en nada útil y he visitado el baño sin consecuencias unas tres veces.

¡No me digas eso! He anulado mil cosas y he

adelantado el gimnasio para estar libre esta noche.

Ni me nombres la noche, sus sugerentes oscuridades y lo que implica, que se me disparan sin control los flujos corporales. Replico, por decir algo:

Reclamaciones, a tu hermana.

Podrías haber dicho que no.

Me quedo sin habla. Esa respuesta áspera y desagradable no me la esperaba. Tampoco me pone precisamente de buen humor. Álex está al tanto de las condiciones de mi alquiler sin renta. Joder, es mi pago. Si

Silvia me lo pide, yo no puedo negarme, es lo único debo hacer para disponer del mejor despacho del mundo. ¿Acaso es mucho pedir un poquito de comprensión y algo de apoyo moral?

Garabateo de mala uva:

Pues he dicho que sí.

Otro día entonces.

Mierda, no añade sugerencias. Me adelanto.

¿Mañana?

Ok, mañana.

Suena como sin fuerzas, pero al menos ahí lo tengo, sentenciado y escrito. Viva la concreción y el resumen. Me gusta un chico guapo más allá de lo permitido, pero de pocas palabras, con el que, me temo, la comunicación fuera de la cama se prevé complicada.

Adivino que la charla se ha agotado y con más pena que gloria aparto el móvil de mi vista, me saco los zapatos de tacón por debajo de la mesa y abro la primera carpeta. *Cagoentó*. Con lo mona que yo iba pensando en mi cita, con lo que me había acicalado. Con lo que ansiaba sentir los largos dedos

malvados de Álex recorriendo mi piel
piernas arriba...

Lo dicho: *cagoentó*.

#SofíaRegalaFavores

Hora y media más tarde, estoy tan metida en el trabajo que el resto es olvido. Adoro estos aspectos prácticos de la Psicología. Tengo el primer informe casi finiquitado y me encanta cómo está quedando. Decido tomarme

un descanso. Cierro y abro los ojos, me escuecen del esfuerzo. En momentos como éste me gustaría fumarme un pitillo con la ventana abierta, mirando a la calle con los brazos cruzados sobre el pecho y ademanes de dama de hielo, como se ve en las películas. Me gustaría, sí, pero soy deportista y hará quince años que dejé de fumar. No he sentido la menor tentación por regresar al vicio. Aun así, me levanto, voy hacia el ventanal y lo abro. El aire fresco del otoño me saluda directamente en la cara y cuando oigo la voz de Silvia a mi espalda, mi concentración y relax son de tal calibre que me sobresalto.

—¿Un Kit Kat?

—Eso mismo —explico—. Tienes ya listo uno de los informes.

Ella se abalanza con entusiasmo hacia mi mesa. Yo me apoyo en el quicio del ventanal.

—No es por ponerme moños, pero ha quedado genial. Tienes mil excusas razonables para no darle la custodia al tipo ese de apellido impronunciable.

—Eres una máquina y el contrario es checoslovaco —exclama mi amiga fuera de sí, hojeando a toda velocidad las páginas recién impresas. Luego, como si un relámpago cruzara su mente, el brillo insano de sus ojos verdes se calma y

deja los folios despacio en el montón—. ¿Puedo comentarte una cosa?

El tono lúgubre y opaco me preocupa. Asiento con amabilidad. Cierro la ventana y ocupo de nuevo mi sitio tras el escritorio.

—André de forma definitiva se marcha a USA. No ha habido modo de convencerlo.

—Tendrá trabajo esperando, supongo —aventuro.

—Lo tiene —admite a regañadientes.

—¿Por mucho tiempo?

—Más del que estoy dispuesta a soportar: tres campañas ya firmadas, un

cursillo-seminario de no sé qué y lo que surja sobre la marcha, que es un puto eufemismo peligroso para decir «no tengo ni pajolera idea de cuándo volveré».

Mi impresión es que las palabras son cemento y que las muelas de Silvia las mastican, casi puedo oír el repugnante chirrido. La verdad es que no sé cómo alentarla.

—Cariño, trata de ser positiva. André está loco por ti. Cualquiera en su sano juicio estaría loco por ti.

—¿Por cuánto tiempo más? —Se levanta y da vueltas por mi oficina como una fiera enjaulada—. ¿Te haces una

idea de la cantidad de chicas que revolotearán a su alrededor? Tías buenas, tipo ángeles de Victoria, con largas piernas y turgentes tetas.

—Como las que tú tienes. —Enarco las cejas ante lo obvio.

—No —zanja dolida—. Mucho más largas y mucho más turgentes.

Vaya, parece que hemos aterrizado en un callejón sin salida. De ahí no hay quien la saque. Pruebo otra estrategia.

—André ya era modelo cuando lo conociste, sabías que viajes como éste formaban parte de su trabajo.

Por un instante, estoy segura de que soltará una carcajada que le quebrará el

cuello con su potencia.

—Venga ya, Sofía; ¿en serio crees que una se para a pensar en cosas tan estúpidas cuando un tío sexi de la muerte, atractivo y simpático te guiña un ojo y te jura que te quiere?

Seré sincera y hablaré desde mi propia experiencia. «Estooo... no.»

—Imagino que cuando eso pasa, una pierde directamente el juicio y las ligas y se arroja al charco de cabeza.

—Justo. Lo que yo hice. Y aquí me veo un año más tarde, maldiciendo mi suerte.

No estoy para nada de acuerdo con sus quejas, no está siendo justa.

—Suenas amargada y desagradecida —la regaño con cariño—. Ese chico bebe los vientos por ti. No le cortes las alas o más tarde te lo echará en cara.

Cuando Silvia vuelve a mirarme, sus ojos se han endurecido, parece mayor, más rancia.

—Y si no lo hago, seré yo quien me lo reproche. André despliega sus alerones, se aleja de mí y nuestra relación se va al carajo. ¿Qué pretendes? ¿Que aplauda?

—Espera un poco, joder, no te precipites.

Se había sentado de nuevo y se pone en pie de un salto. Me temo que la poca

paciencia que le restaba acaba de derramarse por el suelo y que ya no hay quien la recoja.

—No te das cuenta de que esto hace aguas desde el momento mismo en que pensó en marcharse. Nadie que quiera de verdad a su novia fantasea con una oportunidad laboral a seis mil kilómetros de distancia. ¡Nadie!

Me está chillando. Habla como una desquiciada, con los ojos llorosos, y creo que contaba con que le daría la razón como a los tontos. Da la casualidad de que yo no soy así. Se supone que he estudiado para ayudar a la gente a entrar en razón y también se

supone que un día no muy lejano me pagarán por ello. Tras la explosión de rabia de mi compañera me quedo muda. Permanezco en silencio mirándola cautelosa, sin atreverme a iniciar ninguna de mis geniales insinuaciones. Hay demasiadas cosas contundentes sobre mi mesa que Silvia podría utilizar como arma arrojadiza.

Veo con claridad meridiana que lo que le escuece no es la ínfima e hipotética posibilidad de que André se líe con otra, opción que ella apenas baraja. Es el hecho del abandono lo que no perdona. Que él se marche y ella tenga que quedarse aquí.

Tras la balsámica pausa, es mi amiga la que se viene abajo y renuncia.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Estaba dentro y tenías que sacarlo, lo de menos es con quién. Me ha tocado.

—No quiero quedarme sola, Sofía.

—Corre hasta mí, se arrodilla y apoya la cabeza en mi regazo antes de que pueda evitarlo.

—Mujer, no llores. —Le acaricio el pelo con suavidad—. Ya verás como te echa tanto de menos que vuelve antes de tiempo. No soportará estar sin ti ni dos meses.

—Tengo miedo de perderlo —me

confiesa, mirándome a la cara.

La comprendo.

—André también teme lo mismo, puedes estar segura.

La verdad, me gustaría ser mucho más útil, hallar la palabra mágica que arrample con su desconsuelo, seque sus lágrimas y la lleve a recuperar la confianza perdida. No vamos a engañarnos, ¿para qué? André está como un queso, Manhattan es como Disneylandia para la gente guapa, más de una se lo querrá comer vivo sin quitarle siquiera los zapatos, y aunque Silvia es una belleza impresionante, él no puede jurar que esté libre de

tentación. Cuando te separa todo un océano y sabes a ciencia cierta que nadie va a enterarse, que lo que te follas en NY en NY se queda... Yo en su lugar estaría desolada. De hecho, lo estoy sólo porque esta noche no voy a pasarla con Álex y me torturo preguntándome si rellenará esa agenda súbitamente despejada con otra atractiva afortunada.

Anoche caí rendida en la cama. Mi precioso conjunto marinero quedó en el suelo como una retahíla de olvidos en el camino que va desde la entrada de mi apartamento hasta el dormitorio. Nunca

cierro las cortinas del ventanal; disfruto espiando las luces de la ciudad por la noche, figurándome que ese inmenso cuadro geométrico que se cuelga en mi casa es Nueva York al alcance de mi mano.

Me tiré de cabeza al colchón sin siquiera desmaquillarme y me despejé el tiempo imprescindible para adelantar el despertador treinta minutos. Hoy hay que compensar el desaguizado que provocó el cansancio; me refiero a lavarme la cara a fondo y todas esas cosas.

Llego al despacho mucho antes de la hora. Mis esfuerzos titánicos de anoche no bastaron, eran muchas las páginas de

cada expediente y para emitir una valoración responsable tuve que empaparme de hasta la última letra. Tras el menú a domicilio, obligué a Silvia a marcharse a casa, empeñada como estaba en acompañarme a toda costa. Yo hoy puedo permitirme el lujo de bostezar, apoyarme en las esquinas, pasear con cara de marmota y necesitar que me repitan las cosas seis veces para pillarlas. Ella no. Ella tiene juicios y debe acudir despejada, lista, ya.

Todavía me queda revisar el tercer informe. Encuentro el borrador que dejé casi listo y me sorprende lo agudo de su contenido, esas conclusiones que no

parecen ni más. Siempre he trabajado mejor bajo presión, andar corta de tiempo estimula mis neuronas. Los días más fructíferos de toda mi tarea en el doctorado fueron los previos al punto final. Eso me devuelve el recuerdo del divino Mario. Me pregunto qué habrá sido de él y si la arpía peliteñida con ojos de dragón furioso ya se lo habrá beneficiado, que era, a todas luces, lo que pretendía quitándome de la circulación.

Un momento... ¿acaso me veía como rival? Me da la risa floja. ¿Significa eso que a Mario se le habría escapado algún comentario positivo sobre mí? Para que

Paula monte en cólera y me odie sin conocerme, desde el minuto uno... El subidón de autoestima que experimento tiene el efecto del mejor de los cafés cargados. Me siento invencible, importante, y mis dedos vuelan sobre el teclado. Releo el informe, le doy el visto bueno y se lo envío a Silvia por mail, avisándola por mensaje de que lo tiene en la tablet a plena disposición, así no tendrá que desviarse para recogerlo en su camino al juzgado.

Oigo girar las llaves en la puerta. Helen entra canturreando y, por primera vez, soy yo la que sale a recibirla. Viene preciosa, con su pelo oscuro y sedoso

planchado.

—Joder, Sofía, menudo careto; ¿cuántos tranvías te han pasado por encima, chata?

—Más de uno. Ayer me dieron las tantas con unos informes urgentes y hoy, tras una noche de perros, he madrugado para rematarlos.

—¿Son para Silvia?

—Para los juicios de hoy.

Arruga el entrecejo.

—¿Juicios? ¿Qué juicios? ¿Y en plural?

—Tres para ser exactos. —
Tamborileo sobre el mostrador. Ella, intrigada, consulta la agenda.

—Qué raro, aquí sólo tengo apuntada una toma de declaración a testigos. Ni vistas ni urgencias, pero quién sabe, igual son compromisos que ella ha adquirido por su cuenta y olvidó comentarme. —Cierra airada las tapas de piel—. Luego, si concierto una cita en horas en que se supone que debería estar en la oficina, se me pone hecha una furia. Si nos descoordinamos, esto es lo que pasa.

—Bueno, estaba muy agobiada ayer. —No pienso mencionar sus motivos estrictamente personales y privados, dejémoslo ahí—. Se le habrá pasado, no se lo tengas en cuenta.

La mirada de Helen es sensata y significativa.

—Todos tenemos problemas, pero tratamos de que no afecten a nuestro trabajo. Si pretendo hacer el mío lo mejor posible es precisamente para que Silvia esté contenta.

En ese momento llega Carla y se me olvida lo que iba a replicar. Nos sonríe a las dos, casi nos da un pasmo.

—Buenos días... —Y continúa su cadenciosa marcha por el corredor inundado de luz.

—Ésta ha follado —me cuchichea Helen en cuanto la otra desaparece.

—Cómo eres... —Río.

La recepcionista me dedica una mueca que espera que yo entienda.

—¿Os apetece café? ¿Carla?

—Sí, por favor, vengo dormida —se oye la voz cantarina desde su cubículo.

—Te lo he dicho. No ha pegado ojo la muy guarra. Folla que te folla y ahora nos viene con que se duerme. Yo no me como una rosca, no hay justicia en la Tierra.

Suelto una carcajada de concurso de chistes. Sobre todo, porque me consta que es hablar por hablar. Helen es una chica preciosa, de ojos de pantera, oscuros y rasgados, que se lleva de calle al que le dé la real gana si da un solo

golpe en el suelo con uno de sus *pateaculos*. Lo que pasa es que va de dura, pero un día u otro todos los caparazones se resquebrajan.

Hablando de caparazones...

Rulo por el pasillo canturreando, cuando se ilumina mi móvil. Oteo ilusionada. Lo sé, no son más que las diez de la mañana, no está tan ansioso por verme como para querer comunicarse ya, pero ¿y si...? Vale, ha sido un intento fallido. No es mi dios griego, sino su hermana.

Got it. Eres una crack. Menudos informes. Hoy no paso por la oficina, échame de menos.

Sonrío halagada. Al tiempo, me irrita que jamás de los jamases se refiera a Carla para nada. Es como una inquilina molesta a la que te limitas a cobrarle la renta sin intención de ser cortés. No quiero imaginar el ambiente que se respiraba aquí antes de que yo llegase, dado que ahora parece haberse aflojado la tensión y apenas se dirigen la palabra.

Así que entro en el despacho de Carla, que tiene abierta la puerta de par en par.

—¿Incordio?

—Para nada. ¿Has tomado ya tu dosis de cafeína mañanera?

¿Qué le pasa a esta chica hoy? ¿Ha desayunado lengua?

—Café no, por favor, pero un buen té con hierbabuena sería recibido con aplausos. ¿Bajamos? Tienes razón, necesito un excitante directo en vena.

—Pues andamos igual. —Coge su bolso—. Qué mona vienes hoy. Bueno, me encanta cómo vistes cada día, pero vienes especialmente...

—¿Cómoda?

—Original —dice sorprendiéndome.

De verdad, me extraña que se haya fijado alguna vez en mi ropa, si apenas nos cruzamos un segundo y no despega los ojos del suelo.

Repaso lo que llevo puesto. Me he recogido el pelo en una coleta por falta de tiempo para lavármelo. Me he puesto unos pantalones pijama de tela sedosa burdeos, con un top de manga francesa a juego. Unos aros dorados en las orejas y pare usted de contar. Ah, y mis botines de tacón negro; no sé qué haría sin ellos, con toda probabilidad suicidarme.

—Pues me he vestido tal como me siento —confieso—, predispuesta a la cama y a muchas horas de sueño.

—¿Hoy no viene Silvia?

Pasamos por delante de Helen, que nos despide con cierta pelusilla. Ya me gustaría que pudiera acompañarnos, ya.

—Juicios, muchos juicios —la informo, ahorrando palabras.

—Mejor, tendremos paz y armonía entre estas paredes —musita, desviando la cara y pulsando el botón del ascensor.

—Cualquiera que te oiga pensaría que andáis todo el rato a la greña y no es así. ¿Qué pasa entre vosotras?

—Que no discutimos porque a mí no me da la gana. Porque decidí dejar de irme a casa con un berrinche cada día y de ceder a sus chantajes. Sólo conseguía sentirme culpable, tanto si hacía las cosas como si me negaba a hacerlas. Era inhumano.

Levanta unos ojos implorantes hacia

mí y por primera vez reparo en lo grandes que los tiene. Me cuesta aceptar una imagen tan negativa de la risueña Silvia. Carla percibe mi turbación y mi incapacidad de responder nada coherente.

—Discúlpame, Sofía, sé que os lleváis bien, ella te aprecia muchísimo. O más bien debería decir que eres su último capricho.

Ya estamos en la cafetería, sentadas a una mesa junto a los ventanales, con la calle al alcance de la mano; el tono de Carla se ha afilado, de repente corta. Desvío incómoda la mirada, toso un poco y jugueteo con una servilleta de

papel grueso y sedoso.

—Mira, Carla, respeto esa especie de guerra fría que mantenéis, pero bajo ningún concepto voy a entrar en ella ni a tomar partido por una de las dos en contra de la otra.

Mi compañera de desayuno sonrío amablemente. Otra vez vuelve a parecer inofensiva y quebradiza.

—Perfecto. Y no es ésa mi intención, lamento haber dado la impresión equivocada. De hecho, agradezco mucho tu trato cordial, cualquier otra en tu lugar habría seguido al dedillo las pautas de la dueña del despacho y no me dirigiría la palabra. Sin embargo, tú...

mírate, aquí estamos, compartiendo taza y mantel.

—Intento elaborar mi propio juicio sobre las personas. Dejarse llevar por las opiniones y valoraciones de otro rara vez es justo.

Cuando acabo mi sentido discurso, ella me analiza con curiosidad.

—En serio, eres una *rara avis*, Sofía Echegaray. Si más gente pensara como tú, el mundo sería más soportable.

El piropo es de tal envergadura que no sé qué decir. Menos mal que aparece el camarero y pedimos. La charla vira en otra dirección menos comprometida. Me intereso por su trabajo específico y

me explica un montón de anécdotas, entusiasmada por mi interés.

—Espero poder contar con tus fabulosos informes periciales si alguna vez me hacen falta —me dice.

—Eso no hay ni que mencionarlo.

—Pero se abonarán conforme los honorarios legales establecidos, nada de favores personales.

—Necesito pasta, no pienso discutir ese punto. —Hago un gesto de brindis y aquiescencia con mi taza de té hirviendo.

—Oye, volviendo a la ropa... No será preciso que te diga lo mucho que me mortifica ir de compras y la poca

vista que tengo eligiendo cosas. —No me lo puedo creer, otra como Ximena. ¿Las clonan?—. Mira, parezco mi madre. O mi abuela.

—Otro estilo te sentaría mejor — sugiero con delicadeza— y no te sumaría años.

—¿Puedes ayudarme? —pregunta con agonía—. ¿Me acompañarías en una jornada de *shopping* para renovar mi desastroso armario?

—Claro que sí, pocas cosas me hacen disfrutar más. —Es pronunciar la frase y arrepentirme. Aparece en mi mente el pene erecto y delicioso de Álex. De acuerdo, sí, quitando alguna

que otra cosilla la mar de atrayente, la moda es de lo que más me pirra.

—¿Esta misma tarde? ¿Podemos?

No, desde luego que no. Esta tarde la reservo enterita para el señor Conde, así arda Troya.

—No va a poder ser... —arranco despacio—, tengo otra cita previa e inaplazable. ¿Mañana?

—Sí, mañana, genial. No sabes el favor que me haces, Sofía.

—Creo que el favor es mutuo. Los trapos, los zapatos, los complementos, son un vicio que me domina. Voy a disfrutar ejerciendo de *personal shopper*.

—Me cuesta creerlo. Que alguien pueda sentir placer mareada entre percheros. Odio probarme, nunca sé cómo combinar las cosas y sólo me llevo a casa una prenda anticuada o la madre de todos los dolores de cabeza.

Le guiño exageradamente un ojo para animarla.

—Eso va a cambiar; ¿qué te apuestas?

#NoTeEnfadesPorFavor

Son más de las tres cuando, por fin, mi móvil parpadea con el ansiado mensaje.

¿Hoy a las ocho?

Me apresuro a aceptar, despepitada

de ilusión.

Hoy a las ocho.

¿No más trabajo extra?

Prometido: libre incluso a las siete y media.

A las ocho va bien, ya me he organizado. Te espero en el portal de tu despacho.

Y al cabo de un nanosegundo:

Un beso de los nuestros.

El estómago se me retuerce. Mierda, no tendré tiempo de cambiarme. Voy a salir con Álex con esta especie de

estúpido pijama de color vino que a Carla le gusta tanto. Y un jamón.

Bajo a la calle Larios a la carrera. No en vano estamos en pleno centro de la ciudad. Tardo apenas veinte minutos en ser la feliz poseedora de una minifalda negra con un poco de vuelo en el bajo y unas medias tupidas del mismo color. Con los botines y el top, ahora luzco un puntito sexi. Un retoque de maquillaje en el baño y...

—Joder, Sofía, no has hecho ni el huevo hoy —me reprendo con una sonrisa tonta de niña enamorada en los labios. No puedo borrarla, está ahí anclada bien fuerte y no desaparece

hasta que mi teléfono vibra y me asalta la voz angustiada y llorosa de Ximena.

—¿Qué pasa? No me asustes, que tú nunca lloras.

—Necesito verte, Sofía.

—Pero explícame...

—Es cuestión de vida o muerte —añade sin más explicaciones—. Te lo cuento esta noche, picamos algo juntas cuando salgas, no acepto un no por respuesta.

—¿Es tu madre? —aúllo.

No puedo creer en mis malditos golpes de mala suerte.

—Soy yo. ¿A las ocho?

—No puedo.

—No me dejes tirada, te he avisado de que no podría soportarlo —me dice con inesperada dureza.

—Pero... —balbuceo sin conseguir ordenar las ideas.

—No tienes clase en el gimnasio —me acorrala.

¿Es que también se ha aprendido de memoria mi cuadrante de trabajo?

—Había quedado con Álex —confieso en tono lastimero.

—Pues lo anulas. Las amigas del alma con problemas estamos antes que las pichas, díselo tal cual.

Suspiro. Cierro los ojos. Aprieto los párpados. Esto no puede estar pasando.

—Ayer ya cancelé nuestra cita por motivos de trabajo.

Me hace el mismo caso que a un botijo.

—Porfa, porfa, porfaaaa...

—De acuerdo. —Me rindo con desgana y las tripas revueltas—. Le mando un mensaje ahora mismo.

—Que te desee más y mejor, boba, nada de ponerle las cosas fáciles a un hombre como Álex —me aconseja con tonito impertinente de maestra sabihonda.

—Ya.

—Si todas se arrojan de dientes a sus zapatos, tú serás distinta.

—Ximena, no hace falta que me vendas nuestra cita como un favor, porque sé perfectamente que no lo es. — Me mantengo firme y de inmediato me siento mejor. Mejor pese al desastre—. Voy a anular un encuentro con el tío que me gusta y lo hago por ti. Déjalo estar tal cual. Espero que la cosa valga la pena, teniendo en cuenta que, después de esto, puede que me mande a la mierda.

Yo lo haría.

—Es serio y necesito consejo o acabaré haciendo una tontería.

Gruño, cuelgo y maldigo. En ese orden.

Joder, ¿por qué tuve que estudiar

Psicología? ¿Por qué no me hice, por ejemplo, veterinaria? La gente no acudiría a mí a deshoras para consultarme sus trifulcas, echando por alto la escasa vida sexual de que disfruto. Cojo el móvil para escribir una de las frases más jodidas que recuerdo. Mierda, mierda y tres veces mierda. Esto no va a ser sencillo ni agradable.

Alex, no te lo vas a creer, pero...

Es el contenido de mi primer mensaje. Rezo para que responda con una broma, pero no lo hace. Casi puedo imaginar su perfecto cejo fruncido en

espera de lo que sigue. De acuerdo, si no me queda otra, continúo.

Tampoco puedo salir esta noche.

Ah, ¿no?

Me llega pasado un rato. Y la verdad, suena displicente, despreciativo y me pone de mal humor *ipso facto*. Aclaro a pesar de todo:

Ximena me necesita.

Si llego a saber que estabas tan cotizada, habría escogido otra acompañante para los planes de hoy. Y de ayer. Y posiblemente de mañana.

Lo sé, no tengo disculpa, lo siento.

No sé qué decir, no estoy lo que se dice muy inspirada. Decepcionarlo me causa tanta pena como rabia perderme sus caricias.

Supongo que no hay mucho que objetar a una decisión que ya has tomado.

No te enfades, por favor.

¿Porque me coloques al final de la inmensa cola de fans que esperan turno? No, mujer, qué va, estoy encantado.

Mentiroso, digo, tratando de imprimir algo de humor al momento.

Que te diviertas, Sofía.

Genial. Me quedo como una gilipollas leyendo la frase maldita una y otra vez, hasta que empiezo a ver borroso. «Gracias, Ximena, con tu ayuda y la de los putos informes judiciales, esto mío va viento en popa.»

Cuando mi amiga me abraza, no he conseguido librarme del mal humor. No es aquí donde quiero estar y, sin embargo, sucumbo. Soy una blanda total, qué le voy a hacer. Dos minutos más tarde, me basta mirar sus ojos vidriosos

y rojos para arrepentirme de mi egoísmo y que todo pase a un segundo plano.

—¿De verdad no es tu madre? — insisto, a pesar de que ya me ha dicho que no.

Verla tan afectada me hace cuestionarme la gravedad del tema, y si es tan grave sólo puede ser...

No puedo seguir apostando, se me arroja a los brazos, moqueando e hipando como una descosida. Tiro de ella y consigo que apoye el culo en los bancos tapizados de rojo.

—Le ha pasado algo, ha empeorado, ha tenido un accidente doméstico. O no doméstico —deduzco yo sola.

A duras penas, pasados unos segundos Ximena niega con la cabeza.

—Pienso terminar con Antonio. Esta misma noche.

Su tono es resuelto y firme a pesar del llanto. La camarera se acerca y nos pesca en plena tragedia. Yo ofuscada y sorprendida, ella destrozada en su lloriqueo.

—Si preferís, vuelvo en un rato — sugiere discreta, guardándose la libretita de los pedidos en el bolsillo del delantal, dispuesta a irse por donde ha venido.

Pero el aullido de burra parturienta de Ximena y su zarpa manoteando en el

aire para que no se escape, la dejan clavada en el sitio.

—¡No te marches! —Detiene a la chica con un arañazo que le roza el uniforme—. Tráeme la salchicha más grande que tengas, de esas inabarcables de veintisiete centímetros. Y una jarra de cerveza negra. Helada.

Nuestra amable desconocida observa el mal rato de Ximena como si lo compartiese. Igual también la ha dejado el novio. Pero ¿qué leches? A Ximena no le ha dado calabazas nadie, es ella la que piensa darlas. Entonces ¿por qué demonios llora?

No entiendo nada.

—¿Salsa de mostaza? ¿Cebolla crujiente?

Ximena dice que sí a todo. Yo tengo las tripas revueltas y de momento sólo pido una cerveza con limón. La camarera se ausenta y mi amiga se suena la mocarrera con estrépito.

—Pero ¿así de repente?

—Así de repente ¿qué?

—Dejar a Antonio —explico con infinita paciencia.

—Es un tipo horrible, controlador y metomentodo, que no saca las narices de mi vida y de la de mi madre. No lo soporto ni un minuto más.

Recuerdo que el sexo no lo es todo

justo cuando voy a preguntarle por los polvazos gloriosos que, según ella, echan.

—De acuerdo, pareces segura y las razones son de peso, pero no comprendo a qué viene el sofocón.

El aire se impregna de las notas de *One Year of Love*,^[7] con la voz metálica y peculiar de Freddy Mercury, y los gritos de mi amiga arrecian.

—¡Menuda mierda! ¡Que me quiten esa música!

—Deja tranquilo al DJ y respóndeme.

—Porque pensaba que por fin había encontrado el amor, estaba convencida

de que esta vez era diferente. Y para mucho tiempo. Mis ilusiones rotas, tiradas por el desagüe...

—Xime, yo querría que fueses feliz por encima de todas las cosas, pero si tienes que hacer una pausa, si consideras que lo vuestro ha ido muy deprisa, quizá no sea una mala idea alejarte un tanto; no tiene por qué ser algo definitivo.

—No iba tan deprisa ni tan torcido hasta que mi madre se coló en el cuadro. Y conste que no la culpo a ella. Tampoco es que lo culpe a él por desvivirse, ni por sus traumas de infancia; el pobre bastante tiene... —Se quita las gafas y seca los cristales con la

servilleta húmeda. Las está dejando de pena—. Ha sido un cúmulo asqueroso de circunstancias diversas, que han hecho inviable este noviazgo.

Que Ximena, que pasa de tíos y de compromisos, pronuncie el vocablo «noviazgo», me da la medida de lo mucho que había apostado por lo suyo con Antonio. Por encima de nuestras cabezas revolotea el amor de Queen, preferible a toda una vida de soledad, y decido que enamorarse implica unos riesgos y sacrificios que merece la pena sufrir. La alternativa es meterse entre algodones y vegetar, algo que no va conmigo. Ni con Ximena. Pero ahí sigue,

llorando a moco tendido. Hasta que aparece la salchicha, que ocupa media bandeja, y los ojos le hacen chiribitas. Agarra su contenedor gigante de cerveza y me alarga a mí la mía, dispuesta a brindar por tiempos mejores.

—Al carajo todo y a lo hecho, pecho. Seguro que encuentro otro amante magnífico que me merezca, allá adonde el destino me lleve.

Brindo como una autómatas. Puede que tenga razón, pero no dejo de pensar en Álex.

¿Atascos? Ni de coña. Puede que

Martita sea vieja y esté despellejada, pero las dos formamos un tándem especializado en serpentear entre los coches, eludiendo los bloqueos y las interminables filas de vehículos apretados. Lo único que lamento es el correr de las semanas, el otoño ya avanzado y la próxima llegada del invierno y, con él, la lluvia. Entonces encierro mi moto en el garaje un montón de días y el motivo no es sólo que no me apetezca mojarme, sino también que las Vespas, con sus ruedecitas de juguete, son inestables y peligrosas con el suelo mojado. Como peligroso es también el juego que he iniciado con *Álex*. Una

aparente batalla de poder en la que ambos tan pronto nos deseamos como nos despedazamos a puro mordisco. Reconozco que lo he plantado dos noches seguidas, entiendo que esté molesto, pero han sido faltas justificadas, le consta. Además, no puede esperar que esté disponible cuando él lo pide, una tiene vida... Y todas esas chorradas que me cuento a mí misma para echarle la culpa. Me muero de ganas de caer en sus brazos y sin embargo permito que me entretengan y me priven de semejante manjar. Hay que ser gilipollas.

Por otra parte, no cabe duda de que

es orgulloso, y su costumbre de alargar la mano y simplemente tomar lo que se le antoja, molesta. Visto su comportamiento en la cama, no es difícil anticipar que las mujeres se vuelvan locas por complacerlo. Valiente mujeriego, que salía con otra y se permite el lujo de exigir. Y yo, que sé a ciencia cierta que me estoy engancho, que cada micra que cedo me posee y que me hará penar, lo deajo avanzar, rompiendo mis propias normas de supervivencia. De hecho, estoy que no vivo porque no llama ni escribe y necesito de algún modo saber de él. O quitármelo de la cabeza, aunque a estas

alturas eso ya es misión imposible.

Aparco la moto en la calle Martínez y camino a buen paso por Larios sin querer mirar los escaparates, que me tientan con sus prendas de nueva temporada. Bien, comprobaremos el aguante de ambas partes. Que sepas, Álex Conde, que tengo mucho con lo que distraerme. Por ejemplo, subir la escalera y saludar canturreando a nuestra Helen, que me responde toda animada. ¿Te pongo otro ejemplo? Invadir el despacho de tu hermana, que hoy parece que ha llegado más temprano.

Tu hermana no, Silvia. Silvia tiene

identidad propia, debo disociarlos como personas o nunca dejaré de tener la sensación de que la utilizo a ella para acercarme a él, cuando no puede ser menos cierto.

—¿Qué tal todo ayer? —me intereso, apoyada en el quicio de la puerta. Silvia levanta la cara y me mira como si no supiera de qué hablo—. Los juicios, los informes...

—Ah, sí, claro. Al final no se celebraron. —No consigo evitar que se me descuelgue el gesto—. Pero las periciales son soberbias, me facilitarán mucho el trabajo cuando llegue el momento.

—Ah.

«Cuando llegue el momento.»

Genial. Por redactar esos papelotes planté al hombre con quien me muero por retozar. No hay derecho.

—Te dejo, tengo mucho acumulado para hoy —me despido algo seca.

—En un rato te aviso y tomamos algo.

—Desde luego —acepto sin demasiado entusiasmo.

Trato de enfrascarme en mis tareas, pero la irritación me sube cuello arriba y me calienta las orejas. Tengo la urgente necesidad de golpear algo hasta romperlo, menos mal que esta tarde me

desfogaré dando clases. Echo otro vistazo nervioso al móvil. Nada. De acuerdo, señor Orgullo, ambos podemos seguir esperando, no seré yo la que te escriba.

#ChismesQueNoNecesit

Sospecho que Silvia se huele mi disgusto, porque antes de una hora veo su linda cara asomar por la puerta. Lleva una blusa verde esmeralda que hace un juego diabólico con sus ojos y un pantalón de cuero de color crema que

le sienta como un guante.

—¿Puedo pasar un momento? —me pregunta cortés.

Le hago una seña para que se siente, mientras mis dedos inquietos teclean el final de una frase.

—Oye, el otro día hablé con mi hermano.

Mis pupilas vuelan del monitor a ella. Es la primera vez que me habla de forma abierta y voluntaria de Álex.

—No quiero meterme para nada en vuestras cosas —prosigue—; nosotras somos amigas y los ligues de Álex, más o menos serios, nunca han sido de mi incumbencia. Demasiada historia

surrealista, me habría vuelto majara de querer entenderlo. —Resopla—. Pero... en fin, le aconsejé que fuera prudente, que evite exhibirse por ahí tan... tan pronto.

Parpadeo. Eso es que estamos de luto y yo sin coscarme.

—Camila —aclara ante mi evidente confusión.

—Ah, claro.

Sigo en Babia.

—Está muy enamorada de mi hermano. No es que la defienda ni nada por el estilo, soy una de los muchos que piensan que para él sería mejor no haberla conocido, pero ya me entiendes,

ocurrió y han tenido una relación de cierta entidad, han sido novios, no fue un lío cualquiera.

Me sacude un latigazo de emoción, no precisamente positiva. Acaba de incrustármeme la palabreja en la boca del estómago, y me araña. Gracias por recordármelo, Silvia, gracias, mal rayo te parta.

—Lo entiendo —musito.

¿Lo entiendo?

—Poco a poco y con tacto, las cosas salen mejor. Por descontado, él es libre de ver a quien quiera, pero restregárselo tan pronto por la cara a alguien que casi con seguridad está sufriendo como una

condenada, no me parece bien.

Joder, a mí Camila me importa un comino. Tengo tantas ganas de pegarme a Álex como una lapa mañana, tarde y noche que no he pensado en el tormento de ella. Soy perversa, egoísta y cruel. Y no me preocupa lo más mínimo.

—Málaga resulta pequeña a la hora de la verdad —prosigue Silvia. Sus ojos me buscan y yo me dedico a esquivarla—. Al final todos salimos por las mismas zonas, acabamos coincidiendo.

—Hay algo más —afirmo rotunda, mirándola abiertamente.

—¿Algo más?

—Sí. Otro detalle te preocupa y te lo

estás callando, pero me lo dice tu tono.

Ella esboza una risita traviesa.

—Vaya si eres peligrosa, señora psicóloga. Pues sí, Sofía, no paro de darles vueltas a las reacciones de Camila. Es imprevisible, no sé lo que puede montar si os encuentra juntos.

Eso tiene más lógica, aunque tampoco pienso esconderme. ¿Pensará Álex igual que su hermana?

—Suena complicado.

—Créeme, puede serlo.

—No me hace ni pizca de gracia; mi exnovio me dejó tirada sin previo aviso y a las pocas semanas me lo encontré en un bar, arrimando cebolleta a la tercera

en discordia sin cortarse un pelo — explico con resentimiento—. Que yo sepa no me subí aullando a la barra ni asesiné a nadie.

Silvia me observa divertida.

—No querrás ponerte a su altura. —

Da una suave palmada en la mesa y se pone en pie—. ¿Desayuno? Hasta estoy dispuesta a contar con Carla si eso te hace sonreír.

Lo hago de mala gana. El hecho de que Carla nos acompañe, además de ser inusual y sospechoso, le asegura el fin de la espinosa conversación. Charlaremos de intrascendencias, plazos judiciales y funcionarios huraños, como

si lo viera.

Vuelvo a mirar el móvil una docena de veces, pero continúa mudo. Tengo un millón de preguntas atascadas en la garganta.

Son casi las seis de la tarde cuando entro en el gimnasio donde presto mis servicios como profesora y cedo a la tentación. Le escribo un mensaje a Álex. Negármelo es no cortar esta ansiedad que me presiona el vientre. Un texto directo, conciso y sin florituras, que suene natural:

¿Unas cañitas por fin esta tarde?

Me cuelo a toda velocidad en los vestuarios, me cambio sin perder de vista el teléfono y finalmente lo guardo en el bolso dentro de la taquilla. Mejor. Así no caeré en el error de responder rápida y eufórica cuando acepte, y lo haré sufrir un poquito más. Trato de olvidarme de que la mensajería instantánea existe, mientras camino hacia mi aula y selecciono música de los ochenta. A todo volumen para mitigar mi angustia. El sudor y los saltos de gacela son receta infalible para quitarse pesos de encima. Lo que dura la clase, consigo

flotar por encima de las preocupaciones, los plañones y los enojos. He triunfado.

Regreso acalorada a vestuarios, secándome el sudor que me chorrea por las mejillas, convencida de la fabulosa nota de amor que encontraré escondida en las tripas de mi smartpone, cuando Luluis, el impetuoso profesor de yoga, me sale al encuentro con su sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

—¿Dónde las quieres tomar?

—¿Cómo dices?

Saca el móvil del bolsillo de su pantalón de chándal negro y lo agita en el aire.

—Las cañitas, que dónde las quieres

tomar. —Debo de seguir con cara de gilipuertas integral, porque me aclara—: A ver, me has mandado un mensaje sugiriendo que nos tomemos unas cañas. No lo he soñado, está aquí escrito.

De repente lo comprendo todo y me abalanzo hacia su teléfono para arrebatárselo de las manos.

—¿A ti? ¿Te lo he enviado a ti?

La madre que me parió...

—Mujer, muchas gracias —sisea, muy ofendido hasta el fondo de sus huesos tibetanos.

Mis ojos releen las puñeteras frases. En efecto, tiene razón, en lugar de mandarle el mensaje a Álex, he tecleado

su nombre por error. Seré mema. Ahora me siento fatal.

Con las mejillas ardiendo de vergüenza, le devuelvo el móvil y me disculpo.

—Seré sincera: la invitación iba dirigida a otra persona. —Luluis arquea una sola ceja y me mira con resentimiento—. Pero espera que compruebe si ha dado señales de vida y, en caso contrario, podemos ir por esas cervezas.

«Que me haya escrito, que me haya escrito.»

—Sí, claro, como que te crees que voy a ser segundo plato de nadie, ni

siquiera tuyo, mona —me advierte él todo ofuscado.

¿Es posible ser tan rematadamente idiota? No cabe duda de que lo soy. Mi oferta de tregua enviada al destinatario equivocado y Álex, a estas horas, con los ambiguos consejos de su hermana, sin saber nada de mí.

—Miro una cosa y luego te cuento —explico, mirando a Luluis con franqueza.

Veo que sus rizadas pestañas aletean encantadas en su rostro moreno. Nada le priva más que un chisme.

—Mira, mira, y me cuentas. Aunque no salgamos.

Por poco pierdo los dientes en mi carrera hacia la taquilla. Driblo a tres tías en pelotas, hablando de sus cosas donde más incordian, salto por encima de un banco repleto de bolsas y las llaves se me caen al suelo dos veces antes de marcar la combinación del candado que abre de par en par mis secretos. Busco el móvil con agonía y el aliento contenido.

¡Nada! No puedo creerlo, ¡no hay nada!

Se me atraviesa un gemido de desesperación en la garganta. Dejo caer

la cabeza con los párpados apretados, mientras mis dedos se cierran en torno al teléfono y mi frente busca el apoyo de la taquilla. ¡Coño, qué frío está el metal! Yo estoy peor, yo tiritó de decepción, el corazón se me congela por segundos.

Un momento. ¿Qué se ha creído ese tío? ¿Que se lo merece todo? ¿Que voy a arrastrarme por la acera sólo porque tuve un par de compromisos imprevistos y no lo coloqué a él en primer plano? ¿Que se me cae la baba en cuanto se desabrocha un botón? Esto último lo retiro volando, porque sí, es justo lo que ocurre. ¿Que voy a esconderme bajo las losetas de Málaga centro para evitar que

su ex supra?

Mi maltrecha dignidad regresa y acude en mi ayuda. No voy a rebajarme a llamarlo. Debería ser más flexible y comprensivo y entender cuanto antes que yo no soy Camila la tarada, con pánico crónico a perderlo, capaz de toda clase de rebajas con tal de tenerlo contento. ¿No dice que le encanta mi personalidad? Pues toma dosis doble de orgullo malagueño.

Me yergo muy digna, mando de un empujón el móvil al fondo de mi bolsa tras confirmarle las cañas a Luluis y cojo mis productos de ducha con olor a frambuesa. Tarareo y espanto fantasmas,

mientras la llovizna caliente de la alcachofa barre mi mal humor.

Luluis es vegano convencido y conoce un montón de locales alternativos donde degustar la más rica de las comidas. Me guía hasta un diminuto restaurante vegetariano en una bocacalle de Alcazabilla y le cuento que me he visto obligada a secarme la melena charlando por teléfono con Ximena y que era tan misión imposible consolarla a distancia que la he invitado a venirse.

—Espero que no te importe.

Hace un ademán condescendiente con su expresiva cara. Debería ser actor de comedia. Virgen de las bragas vueltas, qué capacidad de transmitir emociones faciales tiene este chico.

—Esta cuna de la sabiduría oriental —y se refiere a sí mismo— es generosa y permanece abierta a partir de las ocho para cualquier alma descarriada que la precise —entona teatral.

—Ximena no es precisamente un alma descarriada, sólo iba a cortar por lo sano con su novio anoche y algo ha mandado sus planes por la alcantarilla. —Lo pongo en antecedentes—. Que me aspen si entiendo el qué.

—Ya se encargará ella de darnos pelos y señales. —Cubre mimoso mi mano con la suya—. Aprovecha nuestra intimidad para contarme cómo es que llevas tres telediarios con el bombón del año y ya la has cagado dos veces.

Lo reprendo con mi mirada furibunda.

—Es un presuntuoso —contesto.

—Porque puede.

Otro. Lo miro enfadada.

—¡Jesús! No podéis otorgarle tanto mérito a estar bueno...

Me frena con la palma delante del morro.

—A ver, a ver, que estar bueno es

una cosa y Álex Conde juega en otra división.

—¡Si no lo conoces! Total, por un par de fotos que te he enseñado — refunfuño.

—Eso temo, perder el conocimiento cuando se me plante delante en carne y hueso. Sobre todo en carne —puntualiza con una sonrisa pícaro.

—Ser un prodigio de la naturaleza no otorga carta blanca para ofenderse a la primera, que las parejas quedan cuando pueden —digo defendiéndome con brío.

Lo afirmo bien alto, queriendo creerlo a base de escucharme. Las

comisuras de Luluis se curvan irónicas.

—Ya. Las parejas en su primer mes follan como conejos y matan por quedar medio minuto debajo de un puente de mala muerte.

—Será que no soy tan ansiosa —miento—, ni estoy tan necesitada, ni es nuestro primer mes. Pienso tomármelo con tranquilidad.

—Desde luego, pero él es libre de mosquearse con tu falta de interés.

—¡Fue su hermana! ¡Lo ha liado con advertencias absurdas! ¡Y me cargó de trabajo extra! Que por cierto... hay algo que no me encaja en el asunto de sus juicios —añado pensativa.

—Woooo, *¿habemus* secreto?

No podemos seguir con la disección de los misterios de Silvia, porque Ximena aparece por la calle, arrebolada y sudorosa. Viene corriendo, subida en unos zapatos de plataforma dignos de un equilibrista, con su pantalón capri de seda ónice y un precioso top ajustado de pata de gallo blanco y negro. Se detiene frente a nuestra mesa, nos sonrío de forma alternativa a ambos y retira de su cara las gafas cat de pasta oscura, que le dan un aire de diva del cine policíaco de los cincuenta.

—Chicos, me lo he tirado.

#XimenaNoSiempreHac

—Estos giros inesperados del destino me chiflan. —Luluis palmotea feliz.

—¡¿Cómo que te lo has tirado?! —
aúllo—. Se supone que ibas a cortar,
tajante y definitivo.

Sacude la cabeza confundida, agarra

una silla y la arrastra hasta encajarla bajo su culo. Se deja caer como si acarrease una tonelada insoportable sobre los hombros.

—Ya, sí, bueno, ése era el plan, pero apareció más guapo que nunca, con flores, bombones y un montón de arrepentimiento. Me pidió disculpas por entrometerse en mis decisiones respecto a mi madre, me aseguró que respetaría lo que decidiera y...

Abro los ojos con desmesura. Luluis me imita.

—¿Y...? —reclamamos al alimón.

—¡Tuvimos el mejor polvo de la historia! —proclama ella con los brazos

en alto.

«Conociendo los míos, permíteme que lo dude, guapa.» Aun así, medio bar se vuelve para cotillear.

—¿Y dónde está el problema? Buen sexo, chocolate, un ramo... En algún adoquín de esta historia me he perdido —protesta Luluis lloriqueando.

—Pues que ya he aceptado el trabajo en Madrid.

—Joder —se me escapa.

Ximena se echa a llorar, asfixiada por la encrucijada en la que poco a poco se hunde. En cuestión de segundos, regueros de rímel afean su bonita cara. Le alargo un puñado de servilletas para

que se seque.

—¿Eso es amor? —pregunta hipando.

—Eso es estar mal de la cabeza, amiga —contesto entre risas.

—Mira, cuando lo veo, el corazón se me encoge y se me queda pequeñito. Sólo quiero que me abrace y me apriete fuerte.

Sé lo que eso significa, la comprendo muy bien. Ximena está agotada de jugar a ser la fuerte, necesita mimos. No obstante, me mosquea la actitud meditabunda de Luluis, jugueteando con las cuentas de sus pulseras tibetanas. Lo conozco hasta

metido en un saco.

—A ver, escúpelo.

Se hace el sueco. Le golpeo un hombro con el puño, finge doblarse de dolor.

—Vamos, suelta ya lo que sea que te ronda esa cabecita perversa —insisto.

—¿En serio queréis?

Asentimos. Yo enérgica, Ximena hipando como alma en pena.

—Echando polvos no se arregla nada —dictamina.

—Dinos algo que no sepamos — propone mi amiga irritada.

Luluis alza una mano y nos muestra la enorme palma abierta, señal

inequívoca de que no ha llegado al meollo de su mitin.

—Sin embargo... no es menos cierto que estáis en esa fase inicial de la relación en que todo se reduce a un juego. Los tira y afloja son divertidos, las ofensas se olvidan pronto con un buen folleteo y las tensiones se borran con las palabras convenientes. Tú, Sofía, por Dios, ¿cuánto llevas? ¿Dos días y medio? Engáñalo, hazte la interesante, pícalo, vuélvelo loco —me anima, tan convencido de lo que vende que se lo voy a comprar, pida lo que pida—. Y tú, Ximena, algo más, de acuerdo, pero no me negarás que el

revolcón de anoche es el prólogo perfecto para despedirte y dejarle destrozado el corazón.

Ximena parece no entenderlo; Luluis la mira compasivo.

—Y con eso ¿yo qué gano?

—Irá a verte a Madrid cada fin de semana, enganchado a tus caricias como un chihuahua. ¿Que no?

Yo me encuentro a un puñado de kilómetros de distancia, mascando con deleite el nuevo enfoque de mi dramática situación. Ya no tan dramática tras la novedosa visión de mi amigo.

—Leches, Lu, qué buenos consejos das; ¿para qué coño he estudiado yo

nada?

Se sopla las uñas de las manos y les saca brillo contra su camiseta mediante la vieja técnica del frota-frota.

—Estoy pensando en abrir consultorio sentimental y todo, me sale de natural. Venga, gordis, ahora que las penas han menguado, y haciendo una excepción en mi abstinencia, ¿nos emborrachamos?

Sofía, pide un deseo.

De acuerdo, allá voy: pido que el subidón que me ha propiciado el encuentro con Luluis dure más allá del

retorno al hogar. Mi apartamento me recibe cálido, silencioso y acogedor. El escenario ideal para lanzarme de cabeza a la cama y sumirme en un sueño reparador, pero me he desinflado y no sé con exactitud el momento, con lo contenta que yo venía. Recorro a un largo y lujoso baño caliente para sacudirme de encima esta profunda tristeza. Mil veces me prefiero cabreada, al menos no soy una muñeca de trapo sin energía a la que cualquiera, por descuido, podría pisotear. Ese cabrón insolente de Álex me ha desordenado el corazón y no se lo perdono por muchos polvos excelentes

que me eche.

La abundante espuma de jabón crece, acaricia mi piel, cosquillea mis pezones rosados. Me he soltado el pelo y cae como un velo liso por toda mi espalda. Hasta puedo imaginar que son sus largos dedos palpándome. Me relajo y me sumerjo hasta desaparecer de este mundo. El agua perfumada cubre mi cabeza, la luz está apagada y al cuarto de baño sólo llegan las penumbras amortiguadas de las lamparitas del salón. Una luz indirecta, amarilla y agradable, que me ayuda a no pensar.

Alargo la mano y atrapo el patito de goma de aspecto inofensivo, que,

disfrazado de diablillo con su capa y sus cuernecitos, me sonríe desde la repisa de la bañera. Esconde un p rfido secreto que mi madre no imagina cuando viene a visitarme y le juro que es un recuerdo de la niñez, de adorno. Mi consolador acuático megapotente. Pensaba que tardar a en volver a utilizarlo, casi lo desgracio en mi época de vacas flacas con Sergio. Ahora dispongo de una tremend sima y sedosa verga de las de verdad, que tendr a calmada y satisfecha mi entrepierna por los siglos de los siglos...

«No sigas inventando, Sofía. Reconoce que no tienes ni idea de cómo

acabará esto.»

Abro las piernas y con los dedos separo mis labios mayores. La vulva queda al descubierto, huérfana de caricias. Lo pongo en marcha, aplico la cola del patito cerca del clítoris y, deleitándome con la suave vibración, lo paseo en círculos por los alrededores. Permito que la onda placentera crezca y se propague por mi vientre. Los pezones deben de tener una conexión neuronal especial con la fase preorgásmica, porque ya se han endurecido clamando por unos labios y unos dientes que los laman y los mordisquean, que los atrapen y tiren de ellos sin compasión.

No hay nada disponible salvo mis manos, mis propios dedos, que juegan a ser pinzas y los pellizcan al ritmo en que mis caderas inician su balanceo. Me invade la necesidad de ser llenada con urgencia. Algo que no me ocurría antes de saborear las mieles del sexo con Álex, en aquellos benditos tiempos en los que el picoteo incesante y a buena cadencia del vibrador me propulsaba al clímax en pocos minutos, sin echar de menos nada más.

Hay que joderse...

Cojo aire, respiro hondo, imagino su peso aprisionándome, el ardor de su aliento sobre mi cuello dibujando

caminos interminables, explorando mis reacciones. Rememoro el destello de esas dos gemas verdes que tiene por ojos y gimo. La sensación se ha hecho más profunda y más intensa, tengo el vello de punta, el deseo en carne viva. Y estoy sola, ésa es la realidad, pero mi alma se funde con él salvando la distancia.

Aprieto el consolador contra mi vulva. Lo agito casi con desesperación. Distingo el temblor insoportable que anticipa mi orgasmo. Saco una pierna de la bañera, enrosco el pie en el borde, asegurándome, completamente enloquecida. Gruño.

«Acaríciame, bésame, abrázame largo. Hazme tuya, Álex...»

Sucesivas oleadas de sangre ardiendo recorren mi cuerpo, contraen mi sexo, tensan todo mi ser. El clímax me convulsiona, me golpea como una sobrecarga galvánica y letal. Álex está ahí, apoyado indolente en la puerta, casi inclinado, con el pelo oscuro revuelto y la desvergonzada sonrisa canalla que tan cachonda me pone. Observando cómo me masturbo pensando en él, anhelándolo por encima de todas las cosas. Monopoliza mi mente, mis ideas, mis apetitos.

Parpadeo. Ha desaparecido.

El maldito despertador ha decidido tomarse el día libre. O ha sido mi oído. El caso es que son las nueve bien pasaditas cuando abro un ojo, caigo en la cuenta de lo que ha ocurrido, pego un bote en el colchón, cojo el reloj de la mesita de noche y lo zarandeo con ansias de venganza. Será posible...

Me ducho a toda velocidad al compás de *I Want to Break Free*[\[8\]](#) para despejarme, hago con mi pelo lo que puedo, que no es mucho, y me pongo una preciosa diadema dorada en forma de corona de hojas, para mantener a raya

mis mechones alborotados. Una pizca de maquillaje de emergencia y un vestido entallado de paño gris palabra de honor, que da un nuevo significado al concepto de *working look*. Medias con liga de silicona incorporada y taconazos directos al bolso, ya que por las calles corro en manolequinas. Freddy Mercury sigue clamando por su libertad desde el altavoz de mi móvil, como Braveheart. Es una de mis canciones favoritas, que hace que todavía menee el culo cuando cierro la puerta de mi apartamento y salte bailando los peldaños que me separan del portal.

Llueve. Autobús. Lo que faltaba. Mi

retraso crecerá y se multiplicará sin remedio. Aunque... ¿quién me espera? ¿El ordenador y el florero con sus rositas falsas de pitiminí? ¿La cafetería donde cada día desayunamos por puro placer? No tengo clientes citados, no tengo obligaciones a hora fija. «Leñe, Sofía, relájate y disfruta del breve trayecto hasta el centro.»

Me concentro en el resbaloso caer de las gotas de lluvia por los cristales del bus de línea y medito sobre un montón de ideas apiladas sin orden ni concierto: el vuelco en el destino de Ximena, los sabios consejos de Luluis, la posibilidad de hacerme desear con

viejos trucos de adolescente, las consecuencias de los temores de Silvia confiados a su hermano... El timbre que indica mi parada me saca de mis ensoñaciones. Me abro paso entre la gente apretada, medio dormida, y logro bajarme cuando casi arrancamos de nuevo. Al amparo de mi paraguas rojo con una vaca estampada comiendo tréboles, alcanzo el final de la calle Larios.

Fuera chip de ocio, bienvenido chip de currele.

No hay novedades, si exceptúo que Silvia no ha vuelto a nombrar los famosos juicios urgentes ni por asomo.

Tanta prisa, tanta angustia, mi primera cita con Álex al carajo para nada. ¿Lo planeó a propósito? ¿Fue una ofensiva trampa? ¿Sabía que habíamos quedado y de algún modo, por alguna razón malvada que no acierto a admitir, quiso boicotearnos? Me paso la mano por la frente y suelto ofuscada el bolígrafo. De ser cierto, eso se pasaría de maldad, rayaría la perversión, Silvia no es capaz de perjudicarnos de ese modo, somos su hermano y su mejor amiga, dicho por ella, nos quiere, le importamos, somos dos de las personas más valiosas en su día a día.

Me estoy volviendo paranoica,

obsesa y gilipollas. Darle vueltas al coco sin límite no trae nada bueno, sólo ver fantasmas y niebla donde no los hay. Seguramente esos juicios imprevistos sí existían, aunque Helen no los tuviese apuntados en la agenda. Y seguramente se cancelaron porque así son los juzgados. Silvia no se los inventó para fastidiarme la cita.

Bajamos a desayunar sin Carla y trato de comportarme de forma natural. De hecho, subo tan animada que decido que, si a las tres Álex no se ha comunicado conmigo por su cuenta, seré yo la que tire la primera piedra.

No me queda otra. Él parece atrincherado en su absurdo orgullo, algo que no acabo de entender y que no sé si me gusta. Detesto a la gente complicada, que en lugar de hacerse entender encripta sus necesidades y se enfada si no las adivinas. Pero mi humor es tan estupendísimo dos minutos antes de las tres, que doblego mi impaciencia y le escribo.

Probemos a vernos esta tarde, anda.

He preferido ofertarme con un poco de gracia, algo de mimo y sin reproches

que recuerden los tres desastrosos días anteriores. Pero cuando leo la ansiada respuesta, se me encoge el píloro y tengo la impresión de que el cielo descarga su horrorosa tromba de agua sólo para martirizarme.

Lo siento, esta tarde entreno.

¿Entrena? ¿Qué narices entrena? ¿Petanca? ¿Es un entrenamiento más importante que verme, que disfrutar de unas horas a solas los dos, que hacerme el amor a lo salvaje? ¿Piensa entrenar hasta medianoche? Su resentimiento me parece más injusto que nunca. Con qué

facilidad me cambia por una actividad típicamente masculina. Entrenar.

O eso, o pretende alejarse de mí. Caramba, Silvia, tus consejos la han liado bien gorda.

Pues que le den.

Dan las seis menos cuarto cuando otro mensaje interrumpe mi concienzuda labor de psicóloga afanosa, que intenta aparcar la perturbadora imagen de un tío buenísimo de ojazos verdes y cuerpo de pecado allá donde menos estorbe.

Vente al entrenamiento si quieres.

Pongo los ojos en blanco. Oh, vamos, el señor ha tenido a bien invitarme. «El “si quieres” sobra y puedes metértelo por donde mejor te quepa, Álex Conde del diablo.» Me apresuro a teclear una respuesta acorde con la situación y con mi pésimo estado de ánimo.

Muchas gracias, tengo planes.

«Chupa del frasco, Carrasco. Prueba de tu propia medicina.»

A las seis de la tarde, y con la intermediación de Ximena, que interroga

a Antonio, ya sé que el deporte que sise las horas libres de mi chico es el taekwondo, y que entrenan en el pabellón municipal de Martín Carpena. No me llevará demasiado llegar hasta allí en taxi.

Sí, he cambiado de opinión. Como todas las mujeres. No me lo tengáis en cuenta.

#PorQuéMierdaEresTan

El ambiente está cargado de sudor y testosterona, como saetas que me alcanzan nada más asomar por la puerta, y soy sensible a ello. Ahí abajo se oyen gritos y golpes. Se muelen a palos y encima lo llaman ejercicio, ya les vale.

Salgo a unas gradas tapizadas de azul, en un espacio polivalente donde se desarrollan partidos y campeonatos de modalidades deportivas varias. Bajo un par de escalones con cuidado de no caerme rodando, pues son altísimos y peligrosos. Prefiero no arriesgarme a hacer mi entrada triunfal por sorpresa, rodando como una croqueta, de modo que me quito los tacones y salvo la distancia en rampa, grácil como una bailarina. Escojo un asiento en primera fila y vuelvo a calzarme. La verdad es que la grada está prácticamente vacía, no creo que nadie tenga como costumbre asistir a estas prácticas brutales, donde

tíos como castillos se zurren a patada limpia en todo el costillar.

Detecto a Álex enseguida. Imposible no hacerlo, resalta como un diamante limpio sobre una sábana de satén negra. Lleva un kimono blanco ribeteado de oscuro y ensaya un surtido de pateos y vistosos puñetazos contra un chaval que a su lado parece bajito y enclenque. El contrario se protege la cara con un casco rojo y aparatoso y el costado y la tripa con una especie de peto acolchado del mismo color. Álex no, él pelea sin protectores, concentrado y exhibiendo, aun sin querer, esa perfecta anatomía de dios griego que la naturaleza y sus

padres le han dado.

Presto atención a las evoluciones sobre el tatami. Los taekwondokas se enfrentan en parejas, con una sincronización casi musical. El profesor marca el ritmo con gritos cortantes y secos que pretenden ser pautas de golpeo, y Álex encadena un soberbio puñetazo en pleno estómago a su oponente y una patada muy por encima de su cabeza cubierta, con la pierna estirada. Ver su enorme flexibilidad, su técnica depurada y sus largas extremidades me arrastra a un torbellino de pensamientos impuros que tienen que ver con su pene en mi boca, sus caderas

bombeando dentro de mí y sus labios devorándome sin piedad.

Es imposible resistirse a alguien como él.

Terminan con un ritual de saludos orientales que me excita. Verlo acatar la férrea disciplina coreana bañado en sudor genera en mí un efecto muy parecido al de una película porno. De repente, ya sólo pienso en violarlo impunemente en la ducha, o arrancarle la ropa con los dientes si llega a ponérsela. Oculto mis inconfesables pensamientos tras una sonrisa inocente y agito una mano en el aire, aprovechando que sus ojos se desvían hacia la zona de

público, buscando algo que parecen encontrar. La emoción que aflora a su rostro me lo dice todo: está encantado de verme ahí. Atraviesa el tatami con ese estilo seguro de sí mismo que lo caracteriza y se detiene frente a la valla protectora con la única intención de taladrarme con la mirada.

—Si no lo veo, no lo creo. —Esboza su particular sonrisa, esa que trata de marcar distancias sin conseguirlo—. ¿Y esta sorpresa?

Dios, se me comen las ganas de agarrarlo por las solapas del kimono, acercármelo a la boca y zampármelo enterito.

—Si Mahoma no va a la montaña...

—bromeo—. No tenía a nadie majo con quien tapear esta noche.

—Has venido hasta aquí... —
advierte complacido.

—Sin importarme que diluvie. Para expiar mis culpas previas.

En cuanto digo eso, la expresión de su hermosa cara experimenta un cambio visible. Me recorre entera con evidente deseo.

—Te mereces el peor de los castigos por los dos días de indiferencia —dice en tono ronco, cargado de sexo.

Jadeo sin poderlo remediar.

—Ostras, los has contado —me

burlo.

Álex contempla sin pudor mi escote, el movimiento acelerado de mi pecho, que sube y baja con las calenturas. Se relame los labios y mis ojos persiguen por completo hipnotizados el ir y venir de su lengua. Se inclina sobre mí.

—Te follaría aquí mismo tumbada en el suelo —me susurra.

—Hazlo —lo reto.

Vuelve a alejarse. Lo mínimo imprescindible.

—¿Y que todos estos golfos miren lo que es sólo mío? Ni hablar. Me ducho y salgo. Cinco minutos.

—Cuatro.

—Que sean tres y medio. —Me
guiña un ojo.

Lo veo alejarse pasándose los dedos por el cabello húmedo y una punzada directa en el clítoris, que se propaga vagina adentro como una onda sísmica, me recuerda que la sesión nocturna con Pato Donald no fue, ni mucho menos, suficiente.

¡Oh, *Dio mio!*

Así, en italiano, como suena. Sólo puedo decir eso. Gemir a gritos, jadear en llamas y querer más. Alex me vuelve salvaje, impetuosa y egoísta como nunca

lo he sido en la cama. Descubro facetas de mi personalidad ocultas bajo capas de recato, vergüenza o simple falta de curiosidad. Con él me atrevo a explorar los más oscuros recovecos de mi pasión dormida. Es como renacer... pero sin el «como».

Hemos corrido como dementes por la calle hasta llegar a su casa. Apretados a lomos de su moto. Jurando que cuando yo recoja a *Martita* haremos carreras y nos retaremos a la salida de los semáforos, como dos macarras de barrio, soltando carcajadas sin demasiada justificación, exultantes y locos por llegar, para desnudarnos y

entregarnos al placer más íntimo y terrenal. Me besa acorralada contra la puerta de entrada de su casa. Es un beso exigente y bravío, como los que Tarzán le daría a su Jane bajo la luna llena de la selva. Su enorme mano inmoviliza mi nuca y me retiene a su merced, mientras con la lengua separa mis labios a la fuerza y me explora. Me muerde las comisuras, el arco de cupido, luego todo el contorno, entre tirano y juguetón. Con la otra mano se libra del incordio de mi vestido, lo enrolla en las caderas y tantea buscando carne entre las medias, el encaje de las ligas y el *culotte*. Lo oigo suspirar a ras de mi cuello.

—Joder, Sofía, llevas ligas...

«Sí, llevo ligas, van pegadas a las medias y me desembarazo de ellas en cuanto quieras.»

Me restriego mimosa contra su duro pecho. El tiempo que ahorro al no responder lo invierto en desabrocharle la camisa negra de finas rayas grises, casi invisibles. Me encanta cómo viste. Y sin ropa me encanta mucho más. Sus pectorales esculpados, su abdomen marcado, sus oblicuos, todo aparece ante mis ojos cuando abro la prenda y la empujo hacia atrás, rozando sus poderosos hombros. Le doy toda una serie de mordisquitos libidinosos, lamo

sus pezones y hasta me permito un chupeteo. Noto que la cremallera de mi vestido desciende a vertiginosa velocidad y pronto la prenda no es más que un gurrño en el suelo, a mis pies. Álex me coge de la cintura, me eleva unos centímetros y me saca del círculo que forma la tela. Soy tan suya en este momento que no soy de nadie más, ni siquiera mía. Estiro el cuello y lo expongo bien a la vista para que me bese. Estoy a punto de perder el conocimiento.

Un resorte secreto activa el hilo musical y la voz áspera y personal de Leonard Cohen resuena por todas partes.

Álex me arrastra por el pasillo hacia el dormitorio. Ya conozco el perturbador camino, los aromas de su cuarto de baño y de sus sábanas. Caemos enredados sobre la cama, aunque Álex se las ha arreglado para quitarme a mí el sujetador y él los pantalones.

—Quédate sólo con las medias — murmura pegado a mi boca—. Las ligas y los zapatos.

Sonrío bajo su asedio. Las caricias húmedas que tanto echaron de menos mis pechos anoche ahora campan a sus anchas en abundancia. Mis pezones duros y casi doloridos lo señalan con osadía y Álex me los muerde, los tortura

con dulzura para luego calmar su ardor con los labios y la lengua. Estoy tan caliente que podría impulsar yo sola los motores del *Queen Mary*.

—Di que me has echado de menos —exige, mientras cuele ambas manos por los laterales de mi ropa interior de encaje y el *culotte* resbala muslos abajo. Notar su peso directamente contra mi pubis dispara mi excitación hasta lo impensable.

—Dilo tú.

—Fuiste la que me plantó.

—Estaba justificado.

—Eres odiosa.

De repente, desaparece su contacto

junto a mi cara, su pecho apoyado en el mío y su boca repta hasta mi sexo. No necesito nada de eso, los preliminares no harán sino propiciar el incendio por combustión espontánea.

—Y estás empapada, como siempre.

—Fóllame ya, no te entretengas —le pido con un hilo de voz, que se quiebra al primer contacto de sus labios con mi clítoris hinchado.

Me mordisquea y juega. Me está castigando.

Pero igual que yo, es incapaz de disimular la impaciencia. Me desea con cada fibra de su ser y disponemos de tiempo suficiente para repetir. «No dejes

para mañana lo que puedas hacer hoy», debe de pensar cuando se coloca el condón y me penetra hasta el fondo casi con rabia. Me posee con una fiereza animal que muestra su sufrimiento. Lo que sus labios callan me lo grita su cuerpo. Estos dos días sin tocarme han sido un infierno. Me culpa por ello y, a su manera, se venga. Me complace saber que le importo tanto tan pronto. El precio que debo pagar por ello es delicioso, lo haría encantada una y mil veces. Tras un millón de besos ardientes y una danza enloquecida de caderas, nuestros sexos se han frotado lo suficiente como para explosionar. Lo

inevitable ocurre entre el arrebatado y la absoluta locura. El orgasmo se desata como una tormenta en alta mar, yo primero, él después, y yo una segunda vez, persiguiéndolo al galope.

Intensidad a la máxima potencia. El delirio más absoluto.

Quedamos derrotados, muertos de fatiga, pero aún pegados el uno a la otra. Los habilidosos dedos de Álex enredan mis mechones y forman bucles. De vez en cuando, deposita un suave beso en mi sien que me recuerda que está ahí, que piensa estarlo por mucho tiempo. Me adormezco, me dejo seducir por el río de fascinantes baladas que continúan

sonando, enamorándome. Esto es la leche; por mucho que Álex se lo tome a chufia, diciendo que sus canciones son «el depresivo no tóxico más poderoso del mundo», tengo que incluir a Leonard Cohen en mi lista de favoritos.

Nadie puede toserme el viernes, cuando llego al despacho. Reboseo energía, me paso por el forro de la falda los chaparrones de ayer, el sol luce radiante, la vida es bella. Mis ojos brillantes y mis mejillas sonrosadas llaman la atención hasta por la calle. Me cuesta controlar el fluido bailoteo de

mis pies calzados con las bailarinas, que pretenden describir piruetas por su cuenta. Estoy contentuella, vaya. Anoche me marché de casa de Álex arañando la madrugada. Hicimos el amor como posesos, comimos y bebimos sin salir de la cama, y la despedida se alargó lo indecible.

El trabajo me cunde que da miedo. Concierto tres citas para el lunes con pacientes privados que inician terapia. Otro pequeño desafío que Sofía Echegaray está más que dispuesta a superar. El hormigueo de la desazón resulta agradable, el miedo ha desaparecido, llevo brío y dinamismo

inyectados en vena. Y me veo más guapa que nunca.

Para colmar mi felicidad, un mensaje de buenos días pita en mi móvil. Lo escudriño casi a escondidas, para no compartirlo con nadie ni tener que dar explicaciones dolorosas a las compañeras solteras o con goteras en su nido de amor.

Todavía te huelo. Maravillosa Sofía, ojos de plata.

Levitooooooooo.

Pero a medida que el día pasa, se suceden raudas las horas y no vuelvo a recibir noticias de mi chico, el estómago

se me encoge. Admito mi exceso de ansiedad. Debería considerar su comportamiento de lo más natural, está trabajando, mil problemas ocupan su mente, no sólo yo, el placer, lo entiendo... No. No lo entiendo. Yo tengo que atarme los dedos para no escribirle cada cuarto de hora. Me reprimo porque no quiero asustarlo, podría pensar que soy una paranoica maníaca al estilo Camila. Y es entonces cuando mi cerebro se plantea si no será culpa de Álex y de su insoportable perfección que las mujeres pierdan el norte. ¿Sería la francesita una tipa normal, sensata y coordinada antes de enamorarse de él

como una perra en celo?

La ecuación es sencilla: si te pirras por un hombre del montón, hay muchas menos probabilidades de que las arpías formen cola para birlártelo a las primeras de cambio. Si tu medio pomelo es feo con avaricia, la cosa mejora mucho, ya casi puedes apostar a que será para ti solita hasta que te canses. Pero si has osado poner tus desgraciados ojos en un bombón de licor tan apetitoso, escaso y selecto como Álex Conde, tendrás que apechugar con las consecuencias: te van a odiar nada más verte andar por la calle, te pondrán velas negras y

montarán cooperativas para hacerte vudú en grupo. Así de majas somos las mujeres unas con otras, no nos engañemos. ¿Quién no codiciaría meterse entre las sábanas con semejante espécimen? Habría que ser gilipueñas perdida, cegata o vegana para no dejarse impresionar.

Este tipo de relaciones provocan mucho estrés. Siempre pendiente de no perderlo, de que otra mejor no te robe su atención. Por no mencionar lo que supone trabajarse su «amor». Cojo aire a lo bestia y, con los pulmones a tope, me yergo en la silla. A mayor esfuerzo, mayor recompensa, soy una luchadora

que se crece con los retos. Acabo de decidir que voy a relajarme, a fluir, a permitir sin volverme tarumba que Álex marque el ritmo principal de lo nuestro. Me dejaré llevar. No hay nada malo en ello.

Silvia no está de mejor humor que estos días atrás, cabizbaja, sombría y poco habladora. Ha perdido el brillo rutilante que la caracteriza y entiendo por qué cuando, tomando café, me informa de que André se marcha a Nueva York la semana próxima.

—De repente ya no es una amenaza, es una realidad —protesta lloriqueando.

La comprendo. Hasta a mí me duele

su repentina soledad.

Le cojo la mano y se la aprieto con todo el afecto posible. Ella no parece inmutarse.

—Cariño, tómalo lo mejor que puedas. Usa y abusa de Skype, manteneos en contacto, interésate por la evolución de su trabajo...

Me interrumpe con una brusquedad que me descoloca. Hasta aparta la mano de un tirón.

—Estarás de broma. Que se interese él, que para algo es quien me deja tirada como una puta colilla.

—Me refería a que se mantengan vivos los lazos —le explico algo dolida.

—Lo odio, oh, Dios, cómo lo odio en estos momentos.

—Volvamos a la oficina —resuelvo, poniéndome en pie y abonándole la cuenta al camarero.

Tengo el convencimiento de que hoy Silvia no es capaz de ver más allá de sus narices y que tomará todo lo que oiga encaminado a consolarla como una agresión o un insulto. Vale. Pues yo tampoco estoy en modo *samaritana on*.

Subimos en el precioso ascensor casi sin hablarnos. Oigo rechinar sus dientes, es muy desagradable. Y lo peor, nada que esté en mi mano puede mejorar esa situación. Espero poder abandonar

mi escritorio un par de horas después de la comida, para salir zumbando al gimnasio, dar mi última clase de la semana y reencontrarme con el placer ilimitado de los labios de Álex.

Y de lo que no son sus labios.

#VueltaACero

Álex

Tengo calculado el índice de resistencia máxima de Camila después de cada una de sus explosiones: día y medio. No falla. Transcurrido ese breve lapso de tiempo, por monumental que haya sido la bronca, mi ahora exnovia simula olvidarlo todo, perdonar lo imperdonable y me busca y se dirige a mí como si la

última vez que nos vimos no hubieran rodado cabezas.

Es su estilo desquiciante y macabro. Lo era hasta ahora.

No voy a facilitarle el camino, no volverá a posar sus manos nerviosas sobre mi destino. Me he librado de ella y de lo que implica. De su oscuridad. Sofía simboliza la luz más radiante y el contraste alimenta mis días. Cuando he escrito esta mañana, el teclado ha generado un mensaje que en condiciones normales me habría parecido cursi. El Álex que todos conocen jamás de los jamases se atrevería a dedicarle a una chica una frase así, y menos dejando constancia de ello. ¡Jesús! Pero es que me puede la euforia. Tengo la sensación de que ayer robé una bocanada de su fragancia y aún la tengo guardada cerca del pecho, allí donde la temperatura late y le permite expandirse. Me llena todo el organismo, como el foco de magia luminosa que dicen los zen que te invade cuando meditas. No sé con qué compararlo, nunca he meditado, no tengo paciencia para algo así. Si se parece a esto debe de ser maravilloso. Ella es maravillosa. Cuando me permite tocarla, cuando se agita bajo mi peso tras hacerle el amor, cuando se

queda mirándome con esos sorprendentes ojos de plata que me apabullan.

Me repantingo en mi sillón de respaldo alto con una sonrisa bobalicona en los labios, regodeándome en los detalles de la tórrida noche compartida. Debo de parecer un imbécil integral, pero no pasa nada, nadie me ve, estoy solo encerrado en mi despacho, dedicándome a no hacer nada. Pierdo lastimosamente el tiempo y fantaseo con chuminadas. Todas relacionadas con Sofía. Esto no lo había experimentado nunca antes, ni siquiera recuerdo algo similar siendo adolescente, esa edad en la que no sientes tú, sienten las hormonas, cuando dicen que te enamoras del amor.

¿Enamorado... yo?

¿Es posible que una chica me haya cambiado tanto en un abrir y cerrar de ojos? ¿Es posible que se hayan cumplido los vaticinios de mi madre, esos solemnes «Cuando llegue la tuya, verás, te va a quitar de un sopapo todas las tonterías»?

Parpadeo inquieto. No estar del todo seguro de querer que eso pase me acelera el pulso. Una cosa es que una mujer te mole y otra muy distinta... Suena el teléfono de mi mesa por la línea que me comunica con

recepción. Descuelgo y hablo (es un decir) con Mariana, mi secretaria, que sisea misteriosa y se comporta de un modo estrambótico a más no poder.

—Álex, está aquí Camila.

Ahora entiendo. Se me forma un nudo duro y apretado a la altura de la nuez. Literalmente me aprieta a la hora de respirar.

—Le he dicho que no estás —prosigue en un cuchicheo—, es que la he visto muy nerviosa.

Doy gracias porque las innumerables escenitas de celos que Camila ha montado en mi lugar de trabajo, sin importarle un mísero bledo quién la oyese, hayan servido para algo constructivo. Mariana sabe de quién hablamos y cómo se las gasta.

—Has hecho bien, es más, no imaginas lo acertada que has estado, te lo agradezco en el alma.

Siento comportarme como un puñetero cobarde, pero no estoy listo para nuevos enfrentamientos. Me he prometido a mí mismo no volver a verla hasta pasado, al menos, un año. Cuando me borre de su memoria y se haya encaprichado de otro.

—¿Se ha marchado?

—Qué va. Se ha sentado en la sala de espera y ha

acaparado revistas como para pasar un mes completo de acampada.

—Joder...

—No te dejes ver —me suplica la recepcionista—. Si descubre que le he mentado, es capaz de arrancarme los ojos.

—Me veo recluido en este despacho el día entero —gruño, sin poder creer mi jodida mala pata.

—No deja de espiar con el rabillo del ojo.

—Ya supongo. Trata de comportarte con normalidad. Y prepárate para pedirme un take-away al Friday's de enfrente y pasármelo con disimulo a través de la sala de juntas.

—A ver cómo me las arreglo. Como vea la bolsa de comida, va a sospechar.

—O con otro compañero. Por favor, ponlos al corriente a todos. No estoy para nadie. Lo del almuerzo tampoco urge, puedo esperar hasta última hora.

—A ver si se cansa y desaparece... —cuchichea ella, escéptica y preocupada.

Me sobreviene un bochorno insoportable.

—Mariana...

—¿Necesitas algo más?

—Gracias.

—No hay de qué.

Creo que ha sonreído comprensiva y piadosa, aunque no he podido verla. La verdad, mi situación no puede ser más patética.

Así transcurre el viernes al completo. Pasado por el tamiz de la amargura, la vergüenza y la furia mal contenida. Lo que me nace es salir ahí fuera, agarrarla por los pelos y sacarla a tirones de mi estudio y de mi vida. Dejarle meridianamente claro que no tiene derecho a perseguirme. Antes de presentarse aquí por las buenas me ha ametrallado con mensajes y llamadas que no he respondido, pero Camila no es de las que aceptan un no por respuesta. Es inasequible al desaliento.

Según me cuenta Mariana en susurros y a escondidas, mis compañeros entran y salen y la ven allí, esperando en trincheras como si nada. Todos sin excepción han intercambiado miradas significativas con la recepcionista y adivinan que hay tormenta por los alrededores. Camila no almuerza. Permanece allí sin beber ni agua. Mariana tampoco se la ofrece, se

niega a ser amable, con la esperanza de vencerla por agotamiento y que se esfume.

Lo único que consigue es empujarla a una pequeña crisis nerviosa, que monte en cólera y la acuse a gritos de ampararme, de haberme avisado de que ella estaba en el estudio, y por eso no he aparecido. No sirven de nada las explicaciones, sus voces se oyen por encima del hilo musical y yo, que ignoro si en esos momentos hay o no clientes en el despacho, daría lo que no tengo por que se me tragase el parqué.

Mis compañeros salen de sus cubículos acristalados y se meten en medio, defienden la profesionalidad de Mariana, tratan de sosegar los ánimos y de poner paz. Camila los increpa a todos y al final rompe a llorar, como acostumbra. Por milagro aparece Víctor, que la convence para ir a refrescarse y a tomar algo, alegando que ni estoy ni estaré en todo el día, que he viajado fuera el fin de semana para visitar unas obras en Sevilla.

—Pues ¡ella no me ha dicho nada parecido! — acusa a Mariana entre hipidos—. ¡Nada de Sevilla!

—Es información interna y confidencial, Camila, entiéndelo; no se puede ir por ahí contando...

—¡Yo no soy ningún *porahí!* —aúlla, por completo fuera de sí—. ¡Soy su novia! ¡Tengo derecho a saber dónde se mete!

—Venga, vamos a tomarnos un copazo y me cuentas todo lo que quieras —oigo sugerir a Víctor.

Joder, pobrecillo, le va a poner la cabeza como una olla exprés. Le debo una de las mayores.

Me hundo en mi asiento, apoyo los codos sobre la mesa y dejo caer la cabeza sobre las manos. Algo me dice que éste no es el último drama que me tocará sufrir con Camila. A mí y a quienes me rodeen. Al final va a tener razón mi hermana: tengo que tomarme las cosas con calma, no prodigarme demasiado, y menos en compañía. No sacar al león de su madriguera, no provocar su furia, ser paciente. El tiempo juega a mi favor.

Miro el reloj. Coño, son las nueve de la noche y ni siquiera he llamado a Sofía. Tengo náuseas y cero ganas de ver a nadie. Me siento un mierda de marca mayor, me he escondido en mi agujero, bien a salvo, mientras los demás me sacaban las castañas del fuego. Qué asco me doy.

La puerta se abre de forma inesperada y me

sobresalto. Pero no hay motivo, sólo es una sonriente Mariana, que acude a ver cómo estoy.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, oteando por encima la comida que me ha enviado para el almuerzo, casi intacta.

—¿Tú qué crees? Esto es... vergonzoso.

—No es culpa tuya. Esa chica debería mirarse lo suyo y comprarse una buena camisa de fuerza del color que más la favorezca.

Creo que ha intentado hacer un chiste, pero no me veo con ánimos de celebrárselo. Tomo la primera decisión del fin de semana: voy a encerrarme en casa, bajo llave, y emborracharme lenta y facinerosamente. Cuando me despido de Mariana y de la afrenta a mi dignidad que ha supuesto el día de hoy, es lo que pienso.

Pero a eso de la una de la madrugada, las ganas de tocar a Sofía, de impregnarme del olor de su piel, me pueden. Abandono la cama y la botella a medias, me pongo una camiseta cualquiera sobre el vaquero, añado una cazadora de moto y me lanzo de bar en bar por el centro hasta dar con ella.

Sofía

Tomo la falta absoluta de noticias por parte de Álex como lo que es: un asqueroso plantón de los peores. Volvemos a las andadas. Pensaba que tras la noche de ayer habíamos limado asperezas y retornábamos a la época rosa, pero no. Está visto que aún quedan escollos por salvar. Bien, pues trataré de enfrentarlos con mi mejor sonrisa falsa.

Damos un montón de vueltas tontas por el centro. Arrancamos mojando el gaznate con alcohol medio sano en La

buena sidra y continuamos con unas tapas de menú degustación en Los gatos. Voy vestida de putipiji, como dice Ximena cuando se mete conmigo; con un vestido de encaje elástico de color calabaza, que se funde con mi melena miel y que desde lejos da la libidinosa impresión de que voy desnuda. Me he pintado los ojos de gris oscuro y los labios marrón chocolate. Sí, lo que he visto en el espejo antes de dejar mi apartamento me ha gustado. Pero la saliva sigo teniéndola amarga por culpa de Alejandro el Grande.

Helen participa de la fiesta. La he tentado a acompañarnos y, lejos de

negarse, se ha puesto a dar saltos mortales. Eso sí, por poco corre la sangre cuando Silvia me ha pillado invitándola acodada en el mostrador de recepción.

—¿Tienes plan para esta noche? — le he preguntado a Helen, envolviendo mis palabras en un halo de misterio.

—Hum... ¿Qué ponen en la tele? — ha respondido con una mueca resignada.

—¿Te animas a dar una vuelta por el centro? Algo de picar, unas copas en peligroso ascenso de graduación alcohólica, algún que otro baile... Igual hasta ligamos.

Antes de rematar mi frase ya la tenía

palmoteando como una niña chica. Creo que no la había visto tan contenta en mi vida.

—¡Sí, sí, sí, claro que sí!

—Genial, pues a las nueve y media...

—¿Qué pasa? ¿Conmigo no se cuenta?

La dureza del reproche me ha hecho dudar de que fuera la dulce Silvia la que me atacaba por la espalda, pero me he dado la vuelta y ahí estaba, con un pantalón pitillo encerado negro, sandalias de tiras, a pesar del tiempo fresco, y un top de gasa fluida de color cereza que era una virguería.

—Pensé que querrías aprovechar el tiempo que te queda retozando con André —he señalado defendiéndome.

Y es cierto, ni siquiera había sopesado la posibilidad de salir juntas esta noche. Y si viniera, vendría con su novio, igual que Ximena. Y yo, que no sabía qué mierda me iba a encontrar, pasaba de ser la tercera en discordia una vez más. Por eso había decidido colgarme del brazo a otra chica soltera. Al menos tendría alguien con quien compartir pedo y carcajadas.

—Pues es justo todo lo contrario —ha replicado Silvia con retintín—. Al modelito engreído le toca sufrir. Me voy

de marcha y me voy sin él. No pienso aparecer por casa hasta digamos... las seis y media de la mañana, en lamentable estado de casicoma étílico.

—Tú verás —he respondido extrañada.

Desde luego, el cambio experimentado por Silvia desde que André anunció su incorporación a la agencia americana es de tal calibre que apenas la reconozco. Mejor dejarla ir, a su aire, en la dirección que le plazca, porque últimamente no parece muy dada a razonar.

Lo dicho. Ahora me sale con que ha recapacitado y se queda con su churri. Joder, me tiene loca del palomar. Menos mal que sus histerias por una oreja me entran y por la otra me salen; no por nada, es que bastante tengo con las mías. Así que aquí me hallo, en Los gatos, con una copa de Rioja en la mano, charlando con Helen y con Ximena. Echo angustiosas miradas furtivas al móvil, pero no hay más mensajes que los que envían Miguel y Raúl, preguntando que por dónde andamos. En un rato, Antonio también ha llegado y nos reunimos «casi» todos los de siempre, a festejar que no veremos las mesas de nuestros

abominables escritorios hasta el lunes.

Antonio rodea con ambas manos la cintura de Ximena y la estrecha con desbordante pasión. Se me escapa un suspiro melancólico de entre los labios y se me pone cara de pardilla de premio. Así soy yo cuando me encoño y Álex me tiene pillada por completo.

Me alegra comprobar que la presencia de una chica nueva, tan bonita como Helen, activa las antenas de los dos solteros de oro (si excluimos a Álex y a Víctor, que brillan por su ausencia) y que ambos se lanzan a una afanosa lucha por conquistarla, hacerla reír e invitarla a copas hasta que reviente.

A mí me gustaría mucho fumar para tener excusa y salir a airearme a la calle, pero como no la tengo, salgo igualmente. Pa chula, chula, mi pirula.

Estoy negra carbón. Me acuerdo de toda la parentela de Álex Conde y la bendita noche en que se me ocurrió darle patente de corso para que me destrozase el alma.

La plaza de Uncibay es un hervidero de gente joven, y no tan joven, pasándolo bien. Los inviernos malagueños son suaves y complacientes. Apenas llueve y no es preciso ponerse grandes abrigos; con un buen plumas impermeable que haga de barrera para

la humedad ambiente es más que suficiente. Si te apetece, debajo puedes incluso llevar manga corta.

Hay cientos de bares pintados de llamativos colores, rebosantes de luz, vocerío y música pop. Observo el modo en que los chicos se me quedan mirando al pasar. Debo de parecer una paria aquí fuera, al sereno, esperando sabe Dios qué.

#AtentadosALaPaz

Cuando ya me planteo volver al redil y cegar mis penas con una botella de tinto a morro, lo veo acercarse a zancadas de gigante. Mentiría si dijera que la fiera expresión de su rostro crispado no me corta la respiración. Doy media vuelta,

dispuesta a desaparecer dentro del local, pero no soy lo bastante rápida. La mano de Álex me agarra el brazo y tira fuerte hacia sí.

—Sofía.

Recupero mi brazo con violencia y un mohín de desencanto.

—Sofía —insiste, aún más cortante.

Pierdo el habla. Él me sisea a escasos centímetros de la cara y no sé cómo reaccionar. No sé si alegrarme o mostrarme furiosa. No sé si echarle en cara su silencio. Tengo acumulado el resentimiento en la boca del estómago, tirando hacia abajo, es muy desagradable. Y muy absurdo, porque

fui yo la que hace tres días defendía a voz en grito la libertad de los miembros de la pareja y que no se podía uno pasar de posesivo respecto al otro.

La tensión entre nosotros es tan fuerte que puede masticarse. La atracción salvaje que desde el principio nos une sigue ahí, sin embargo sólo soy una chica que se ha revolcado con él unas cuantas veces. Un simple rollo. Ni su novia ni nada parecido. Ni siquiera tenemos establecida la rutina de cuándo vernos, que es el primer paso básico en una relación que arranca.

Esto en cambio funciona basándose en el factor sorpresa. Ahora sí, ahora no,

luego también.

—Llevo horas buscándote de garito en garito —gruñe con la voz rota.

Cualquiera diría que me lo está echando en cara. Yo elevo ambas cejas.

—Pues no sé por qué, cuando existen móviles, llamadas, mensajes... —dejo caer con sibilina intención.

—Vámonos de aquí —ordena, sin satisfacer mi curiosidad.

«¿Por qué diablos no me has llamado?»

Decido hacerme la dura, aunque las piernas ya me tiemblan y va a peor. El brazo que se le ha quedado colgando al distanciarme yo, recupera posiciones y

roza sensualmente mi nuca.

—No me apetece, están todos dentro —mascullo entre dientes.

—Tú y yo, solos. —Me mira entre su flequillo sedoso. Sus pupilas centellean dilatadas, fijas en mí y en mi respuesta—. Los demás me sobran.

—Puede que a ti te sobren —me atrincheró—, pero a mí no me pasa lo mismo. Das por sentadas demasiadas cosas...

Se lo echo en cara porque cuando nos rodean sus amigos se muestra distante y alerta, como si nuestros ardientes encuentros fuesen fruto de mi imaginación. Porque no está todo el

tiempo como yo necesitaría. Lo miro y me agobio. Trato de no pensar que en mi mente sólo late una maldita pregunta, insistente como una migraña: Y mañana, ¿qué?

—Estás increíble —me interrumpe, mirándome de pies a cabeza.

—Pero ¿qué piensas? ¿Que por piropearme...?

—Vámonos.

No ha terminado de decirlo cuando ya me arrastra calle adelante sin demasiado miramiento. Me excito a niveles enfermizos. Debo de ser masoquista perdida. Mi cerebro repasa en microsegundos la escena que he

dejado al salir del bar: Antonio y Ximena haciéndose arrumacos, Helen y su *piercing* felices, adulados a dos flancos por Miguel y Raúl. Nadie va a echarme de menos.

Martita se queda aparcada en la calle Comedias y Álex me sube en volandas a su potente Harley. Me abrocha el casco sin articular una palabra y veo que sus ojos se detienen en el encaje de mis bragas, bien a la vista con el vestido remangado hasta la cadera y las piernas abiertas.

No puedo borrar lo que ya ha visto, pero sí ponerme del color de un coche de bomberos. De modo consciente, ni

cierro las piernas ni me tapo. Ha sonreído al verlo y yo babeo.

Diría que el sabor de su aliento me gusta aún más, si es que tal proeza es posible. Álex es dulce y picante, deseable, sabroso y adictivo. No sabe a chocolate, pero provoca los mismos estragos. Su boca me devora ya en el ascensor, me recorren ávidas sus manos, me manosean. Todo cae bajo su paso de caballo de Atila, la línea de mi mandíbula, mi garganta, el lateral de mi cuello, los lóbulos de las orejas y, por fin, mis labios. Todo claudica sin

condiciones, se rinde y se entrega ante su demoledora pasión. Mete la llave en el ojo de la cerradura sin soltarme la cintura, sin abandonar el beso, y en cuanto tiene la puerta cerrada a nuestras espaldas, sus dedos se cuelan voraces por mi escote y buscan ansiosos mis pezones. Que, como era de esperar, responden. ¡Y de qué modo!

Me arranca literalmente el vestido. Creo que en algún momento he pensado protestar, pero no llego a hacerlo. Prefiero entrecerrar los párpados y concentrarme en el tacto y la presión de su pelvis contra mi cuerpo.

—Voy a hacer que te corras una y

otra vez sin descanso. Tantas veces, que va a dolerte cuando quieras ponerte las bragas —murmura contra mis labios.

Mis dedos se enredan en sus mechones y conforme tiro y lo atraigo hacia mí, el beso se hace más profundo. No llevo nada puesto, a excepción del sujetador de encaje negro tipo *bustier*, un tanga a juego, esas medias tan cómodas con liga incorporada y, por supuesto, los zapatos de tacón alto y todo el vello de punta. Le quito la camiseta. Todavía, después de verlo tantas veces, me sigue asombrando la exquisita perfección de su torso, el suave vello que lo cubre en su justa

medida, el delicioso color canela de sus tetillas. No me contengo, mordisqueo sus pezones en cuanto él me permite zafarme y me estremece el hondo gemido de ronco placer que deja ir.

Se desliza a lo largo de mis caderas, recorre mis piernas con las manos y queda arrodillado delante de mí, como si venerase a una Virgen. Claro que no es precisamente eso lo que ocurre, nada es casto ni inocente con este hombre. Sus habilidosos y largos dedos apartan el minúsculo triángulo del tanga y acarician mi vulva hambrienta e hinchada. Acerca la cara a donde se unen los muslos y la primera pasada de

su lengua mojada sobre mi clítoris me para el corazón. En un abrir y cerrar de ojos, mi pierna derecha reposa sobre su hombro y con la izquierda, y un tacón muy fino, soporto mi peso. Me pregunto cuánto más podré aguantar, si las convulsiones que me provocan sus caricias se transforman en espasmos brutales que se propagan por mi columna vertebral y estallan en el centro de mi vientre. Álex posee mi sexo despacio. Lanzo la cabeza hacia atrás, me arqueo. Ojalá fuese tan valiente como para gritarle todo lo que me pasa por la mente.

«¡Te perdono, te perdono! —aúlla

mi marisabidilla interior—. No me estás dando explicaciones, pero con semejante fogosidad, ¿quién las necesita? Si cada vez que no me llames ni te acuerdes de que existo esto va a ser igual, borra mi número de tu agenda y sácame a rastras de dondequiera que me encuentre, que no puedo pertenecerte más de lo que te pertenezco en este momento.»

Sin marcha atrás. Tengo nublado el juicio y candente la entrepierna. Y coreado por tan tórridas conclusiones, llega mi orgasmo, galopando, agitando al aire sus banderas de vencedor. Un colosal tren de mercancías que pasa

arrollándolo todo y me catapulto directa a la galaxia del máximo placer físico. Todo mi ser tiembla y se contrae por el efecto de la onda expansiva. Ni siquiera noto cómo Álex me coge en brazos y me lleva al dormitorio. Me tumba en la amplia cama y busca mi boca con la suya. ¡Dios! ¡Oh, Dios! Es tan dulce...

Se despoja de los pantalones, de la ropa interior, los calcetines, los zapatos y se tiende a mi lado, de costado, mirándome con una intensidad que me empequeñece. Su respiración sobre mi cuello reactiva todas las sensaciones de un rato antes, como si no me hubiese corrido a gritos. Vuelvo a estar

cachonda como una perra. Vergüenza debería darme.

La culpa la tiene, con toda seguridad, su lengua pérfida, que lame un lado de mi garganta sin permitirme pensar siquiera, mientras mi mano trata en vano de rodear su erección.

A ciegas, Álex está desenrollando un preservativo y prepara la ofensiva definitiva a la fortaleza vikinga.

—Qué mojada estás, joder —dice con un deje de admiración y, por qué no, algo de orgullo masculino. De sobra sabe que si parezco una fuente es por él, por él y sólo por él—. Me encanta.

De una embestida se mete dentro de

mí. Una penetración profunda y casi violenta, que me hace gemir. Mi cuerpo protesta un segundo y enseguida se dilata y lo acoge. Puedo notar los músculos de mi vagina abrazando la parte más dura de Álex, que entra y sale, desesperadamente lenta en un principio, a velocidad endiablada después.

—No voy a aguantar mucho —me advierte.

Ya ves, como si me importara. Yo pensaba que sería incapaz de correrme de nuevo tan pronto y aquí estoy, ardiendo en aceite, a punto de caramelo por segunda vez. Cada fibra de la Sofía que nadie conoce se rinde y se entrega a

esta avasalladora conquista.

—Si sólo pudiese llevarme un recuerdo de mi vida en este planeta, serías tú —musita, pegado a mi oreja—, desnuda en mi cama, con los ojos nublados de placer y la sangre agolpada en las mejillas...

Este pedazo de orgasmo va a ser simultáneo, casi puedo jurarlo.

En efecto, explotamos al unísono con un alarido que debería estar multado. Los corazones de los dos nos golpean contra el pecho como dementes y la respiración no es más que un jadeo cercano al de una carrera. Los ojos de Álex se clavan en mí, los míos en él,

sudamos y nos deseamos como si acabásemos de rozarnos por primera vez.

Entonces lo escuchamos. Porque lo que es oírlo, puede que llevemos rato oyéndolo.

Esos puños aporreando la puerta de su apartamento no pueden ser humanos. Debe de ser como mínimo La Montaña, recién llegado de Desembarco del Rey, dispuesto a tirar abajo lo único que nos protege.

—¿Qué coño...? —exclama Álex, incorporándose de un salto y prestando

mucha más atención de la que yo soy capaz de reunir en todo un día.

No son sólo golpes. El rosario de porrazos se acompaña de unos gritos agudos y desagradables, con un montón de letras atropelladas entre las que consigo distinguir el nombre de mi amante.

¡¡¿Camila?!!

Deben de ser más de las tres de la madrugada y esa tipa majareta está en el descansillo de la escalera de Álex, tratando de derribar su puerta a patadones, amenazando a voz en grito con que nos despellejará vivos. Eso seguramente no lo dice, pero me lo

invento en cuanto el terror se apodera de mí.

Álex se tira de la cama y, espléndido en su desnudez, se arranca el preservativo usado y llega hasta el recibidor a la carrera. Yo lo sigo, aguantando la respiración. Acerca con prudencia la cabeza a la madera, pero una soberana patada hace que toda la puerta blindada tiemble como si fuera cartón del malo.

—¡Abre, cabrón! ¡Sé que estás ahí dentro! —brama la francesa, fuera de sí por completo—. ¡Ábreme!

Álex me hace una seña comedia para que evite hacer ruido y yo doy

gracias al cielo por que el calentón que traíamos y las subsiguientes bullas nos hayan impedido poner música. Así al menos podemos simular que no estamos. ¿Verdad?

—¡Dile a esa hija de puta a la que te estás chingando que salga también! —volvemos a oír, a un volumen impropio de una mujer en estado natural.

Tenía razón Silvia: Camila alterada produce escalofríos.

Intercambio una mirada de angustia con el dueño de la casa, mientras la puerta retumba con más golpes y patadas. Un vecino acaba de abrir y la está increpando.

—¡Váyase a la mierda usted también! —responde ella tan pancha—. ¡Alejandro, cabrón, hijo de la gran puta, gallina! ¡Abre!

—Pienso llamar a la policía, se lo advierto —la amenaza el vecino.

Ella no parece concederle mucho crédito y reanuda los insultos y los porrazos.

Dejamos de oír la voz enfadada del vecino y rezamos por que el buen hombre esté marcando el 091 en su teléfono. De camino, podrían traer una ambulancia del manicomio.

#LluviaPenosa

Camila es como un huracán que no se detiene. Su chillidos de rata escaldada persisten, crecen, se mezclan con lágrimas y súplicas. Los puñetazos van y vienen. Carga pilas, recupera fuerzas y reanuda el asedio. Nosotros nos

escudamos bochornosamente tras la puerta. Tomo repentina conciencia de que soy la que se tiene que esconder, soy la otra. También estoy de acuerdo en que, en ciertas ocasiones, debe prevalecer la cautela por encima del arrojo. De poco serviría ahora echarle valor al toro, Camila no está en condiciones de razonar.

Y por si nos quedaran dudas, éstas se disipan cuando llega una pareja de nacionales y tratan de separarla a tirones del felpudo de Álex. La paciencia que le echan los pobres es de galardón de fin de curso. Si no se supusiera que no estamos, propondría a estos dos sufridos

chicos para una condecoración al mérito ciudadano.

Todo está más tranquilo. Van a llevársela. Aquí hemos terminado. Mis pulsaciones aceleradas a nivel de infarto se relajan, pero me escuecen los ojos y desando el camino a la habitación, recogiendo de paso todas mis prendas tiradas por el suelo y formando con ellas un montón arrugado bajo el brazo.

—¿Adónde vas? —me pregunta Álex en un cuchicheo.

¡A la mierda! No pienso responderle, estoy demasiado enfadada con él por lo que acaba de pasar.

Me encierro en el baño, tiro mi ropa

sobre el mármol del lavabo y, llorando a lágrima viva, me meto en la ducha. Remojo mi vergüenza y mi rabia con agua tibia. Es posible que esté sobrerreaccionando debido a la tensión del momento, pero si pudiera, mataría a Alex lenta y cruelmente.

Llama a la puerta un buen rato, pero hago como que no lo oigo. Apoyo las manos contra la pared revestida de mármol y dejo caer la cabeza, abatida, vencida y triste, muy triste. Controlo las arcadas que me sobrevienen. ¿Por qué me siento tan sucia? No tengo la culpa de nada de esto, no soy más que una víctima estúpida que se ha atravesado,

insensata, en mitad de la calzada mientras otros juegan a un rally suicida y le pasan por encima. Pero saberlo no me consuela, no soy capaz de contener las lágrimas.

Cuando el chorro de la ducha queda reducido a un débil hilillo, la voz de Álex se hace presente.

—Sofía, por favor, te lo ruego.

No quiero que me ruegue. Quiero que impida que el fantasma de Camila llegue y destroe nuestra gran noche, que la detenga, que no permita que me destroe a mí. Es lo que ha hecho, lo ha conseguido, romperlo todo, la muy malnacida.

—Lo siento, siento que hayas tenido que presenciar esto —insiste.

Pero yo no respondo. Continúo callada hasta que se cansa de hablar solo y se retira.

No abro la puerta del baño hasta una hora después.

Tengo los ojos rojos e inflamados de tanto llorar. Me siento fatal, mareada y resentida. Álex intenta abrazarme, pero lo aparto a manotazos. Nada de lo que prueba sirve para calmarme.

—Esa, esa... —escupo— esa loca de atar que has mantenido en tu vida...

No sé bien de qué quiero acusarlo.
Sólo quiero marcharme lejos y olvidar.

—Sofía, sé que ha sido desagradable.

—¿Desagradable? —No reconozco la voz que brota, chillona, de mi garganta.

—Vale, más que desagradable. Pero Camila es inofensiva, te lo juro.

Me dan ganas de reírme a gritos. Si no lo hago es sólo porque me puede el miedo a que esa asesina en potencia esté de nuevo agazapada tras la puerta y me oiga.

—Esto es demencial —repito entre dientes—. ¿Siempre que venga a tu casa

voy a tener que aparcar la Vespa a dos manzanas de distancia para despistarla?

De nuevo se acerca para acorralarme contra la pared. Yo estoy completamente vestida y busco mi bolso con cara de enferma terminal. Cada vez más histérica y violenta.

—Déjame en paz. Me voy, necesito... necesito irme.

Hiperventilo y eso lo asusta. Retrocede un paso y renuncia a atraparme.

—Estás celosa —concluye, con los aires de quien descubre un continente ignoto.

Mis tripas se retuercen porque ha

dado en el blanco y no lo pienso reconocer, así me arranquen las uñas una a una.

—Vete a la mierda.

—¿Piensas que ella aún me importa?

—Tú sabrás —respondo

desafiándolo con desdén.

Álex me agarra por la muñeca y se la coloca sobre la entrepierna abultada y dura. Sólo con su bóxer negro está para cometer un pecado tras otro. ¿Cómo puede empalmarse después del mal trago y en plena discusión?

—¿¿Acaso es Camila la que me pone así? ¿Ella? No, eres tú! —me grita—. Esto sólo me pasa contigo.

Retiro la mano, asqueada. Frustrado, Álex se pasa los dedos por el pelo y maldice. Me permito dedicarle una de mis peores miradas.

—Lo único que me ofreces es sexo. Cuando la dejes, cuando de verdad la dejes o te canses de amores de un rato, me llamas —sentencio, un segundo antes de girar el pomo de la puerta y desaparecer corriendo escaleras abajo.

Álex

Puede que lamentarme no sirva de nada, pero es lo único que se me ocurre. La he visto salir, silenciosa y delicada, sin aspavientos ni portazos; la cerradura ha

resbalado sobre sí misma casi dulcemente hasta encajar y cerrarse. Toda una crueldad. No pedía nada especial, sólo pasar la noche con ella, poder alimentarme con su aroma y acariciar la seda de su piel para verificar que, a pesar de todo, sigo vivo. Y, sin embargo, eso se ha roto. Algo importante se ha quebrado en mil pedazos, Sofía no me lo ha dicho, pero sé que es así, soy capaz de adivinarlo. Me encantaría poder huir de mí mismo y del doble ridículo que he hecho hoy. La oficina, Mariana, mis compañeros... Nada es comparable con la humillación de haberme mostrado como el cobarde que soy delante de Sofía.

¿Tan terrible es no querer hacerle daño a la gente que aprecias? Tal vez parezca un sinsentido, pero Camila me ha dado muchos buenos momentos, no puedo decir que la odie. Parte de las locuras que hizo las hizo por amor, ese amor desmedido y enajenado que la caracteriza y la ciega. Me halaga que sufra tanto por mí, nadie a quien no le importes pone tanto de sí mismo y de su cordura en una relación. Su mayor error es el modo, las formas. Está desquiciada, pobrecita, no tiene la culpa.

Culpable soy yo por meterla en mi vida sin estar

dispuesto a ciertos sacrificios.

Estoy loco de atar, permito que todo se desvanezca poco a poco. ¿He perdido también a Sofía?

Sofía

Las baladas de Scorpions me consuelan y me deprimen a partes iguales. Soy masoca, lo sé, lo asumo, ya lo he confesado antes. Pero así es como nací y así es como pienso palmarla. Rarita de cojones, víctima de mis emociones exaltadas, que son muchas.

Viajo en un cómodo autocar de asientos de piel más anchos de lo

normal. Es el servicio Express que comunica Málaga capital con Fuengirola, el pueblo costero donde viven mis padres desde que se jubilaron. Querían un sitio tranquilo sin perder sol ni playa, y dejar atrás el famoso terral malagueño que sopla sobre la ciudad y la cuece a fuego lento, de modo que se compraron un coqueto apartamento donde hibernan tan ricamente, de enero a diciembre. Hace siglos que no los visito, la última vez que nos vimos fue con motivo de la lectura de mi tesis. No es que sea mala hija, es que mi padre apenas tiene conversación para un rato; se alegra un montón de verme, me

estruja en un abrazo de oso y me llama «su niña», sí, pero enseguida se cansa de mi madre y de mí y pone los deportes de la tele. Nos acusa, a las mujeres en general, de tener la voz demasiado aguda para su pobre cerebro atormentado.

En cuanto a mi madre... Me obliga a desconectar el radar y la parte de los sesos que se corresponde con el entendimiento en cuanto comienza la tabarra interminable de los novios formales, la decencia y la seriedad, y me recuerda, sin motivo que lo justifique, los años que ya tengo y mi soltería.

Entenderéis que hoy no me quedaba

otra que huir de lo conocido. Entre sábado y domingo se suceden las despedidas. Ximena se marcha a Madrid y André a Nueva York. Las parejitas se harán eternos arrumacos que no quiero ver, a esos festejos no estoy invitada. Le he prometido a mi amiga de siempre que le dedicaré parte de mañana hasta una hora prudente, en que retornará al nido con su Antonio a hacer efectivo el «hasta pronto». Claro que la principal causa de mi espantada es Álex y sus continuas llamadas de teléfono. Cuento más de veintiséis y casi cuarenta mensajes desesperados que se comen los pies unos con otros. Y aunque mi yo

insensato se muere por descolgar y prometerle mi cajón de bragas, quito el volumen de mi móvil y hago como que presto atención a la murga de mi santa madre, porque para eso he venido. Sin embargo, la oigo parlotear y sólo pienso: «Qué pedrada en toda la frente tiene Camila».

Domingo. Qué día más deprimente, por Dios, deberían borrarlo de un plumazo de la semana. Ah, no, mi madre se quedaría sin misa y eso puede acarrearle un berrinche que la deje en el sitio. Encima le ha dado por llover. Cuando me levanto y escudriño la calle

desde mi ventana con visillos de color frambuesa, no hay nada en ese gris plomizo y sombrío que me alegre. Las aceras se ven húmedas y en la calzada pequeños charcos actúan de reflectores multiplicando la luz. Son las once de la mañana y ya me he duchado, peinado, maquillado y vestido. Ximena viene en metro hasta aquí y vamos a hacerle los honores de estreno a una cafetería con horno de pan y pastelería que han abierto por mi zona, con una pinta pecaminosa. Ahogaremos las penas con un desayuno como Dios manda.

Ayer me vine de casa de mis padres cargada con dos bolsas del Carrefour

con tomates de la huerta. Sí. A estas alturas del curso, mi padre se ha reinventado en agricultor urbano, la cosecha en las jardineras ha sido abundante y tomates les sobran. Anoche me dieron las tantas convirtiendo tanta hortaliza colorada en salsa utilizable, con una receta que encontré en internet. Ni siquiera yo me creo lo buena que ha salido. Voy a fardar y a contárselo a todo el mundo.

Suena el interfono y mi bolso vuela hasta mi hombro. Bajo correteando por la escalera, fingiendo una felicidad que no es que no exista, pero la tengo como bloqueada. Es todo muy extraño,

demasiadas pérdidas. También Ximena... En cuanto la veo esperando en el portal con la cara desencajada, tengo la certeza de que siente lo mismo. Nos miramos un microinstante a los ojos y a continuación nos abrazamos hasta asfixiarnos. No queremos llorar ninguna de las dos, pero los ojos se nos encharcan y los nudos se aprietan en el estómago y luego ascienden hasta la garganta.

—Prometimos que no montaríamos ninguna escena —me recuerda con la voz rota.

Yo asiento como buenamente puedo.

—Me da mucha pena que te

marches. Bueno, mucha alegría porque vas a mejor, vas a triunfar, rubia, pero mucho desconsuelo de no tenerte a mano cuando te necesite.

—Amenazo con volver todos los fines de semana.

—Tendrás que atender a tu Antonio —señalo con melancolía, secándome una lágrima díscola.

—¡Hey! Hay tiempo para todos mis amores. Y recuerda, eres de los primeros. Bueno —se endereza y le endiña un codazo a la tristeza—, ¿dónde se esconde ese obrador de confitería maravilloso que pienso saquear?

—En el camino a la estación de tren;

vamos. Cinco minutos caminando.
¿Llueve?

—Ahora no, pero llevo paraguas,
nunca se sabe.

No me engaña. Está hecha trizas,
igual que yo. Nos agarramos del brazo y
recorremos el escaso kilómetro que nos
separa del local, que es precioso. El
reclamo de los olores que escapan por
las rendijas del horno no puede ser
casual. Todas las mesas están llenas,
parece un salón de té parisino, decorado
con mucho rosa y blanco, tan mono y
acogedor como precisan nuestros
maltrechos ánimos.

—Madre mía, voy a pedírmelo todo

—anuncia Ximena manoseando la carta
—. Traigo un hambre voraz, a pesar de...

—¿Los polvazos que te pegaste
anoche? —Le guiño un ojo travieso.

—Qué más quisiera yo. Ésos
vendrán luego, si acaso. Ayer sábado se
lo dedicamos a mi madre, fue todo muy
emotivo. Me reconoció sin problemas,
aunque le ha dado por que Antonio y yo
estamos casados y no para de
rememorar escenas de la supuesta boda.
—Pone los ojos en blanco, pero sé que
en el fondo está encantada—. Menuda
regañuza, con que las mujeres modernas
no podemos abandonar de esta forma a
nuestros maridos para ir en pos de

fortuna.

Ahogo una risa. Habría dado dinero por ver las muelas apretadas de mi Ximena, con los cojoncillos que le cantan, aguantando el chaparrón.

—Y volví a comer bizcocho caliente, así que traigo toda una colección de retortijones. Y estoy con la regla. Y luego esta euforia mutante que viene, me besa y se va. No sé si me entiendes.

—Claro que te entiendo. La perspectiva del trabajo en Madrid te tiene excitada.

—Y el cambio de aires, nuevos compañeros, nuevos retos... Me

ilusiona. Pero al mismo tiempo me siento fatal de la muerte. Toda la gente que quiero os quedáis aquí...

—Si prometes no cambiarnos por una madrileñita estilosa de las que compran en Goya y Velázquez...

—Sois lo mejor que puede pedir nadie en su sano juicio. Odio estos torbellinos de sentimientos entremezclados, no los llevo nada bien.

—Se acerca una mano a la barriga y su carita risueña se vuelve a crispar—. ¡Oño, los retortijones!

—Veo que traes el kit completo del «no me hallo» —bromeo—. Pasaré, te lo aseguro.

De repente me hace una seña con el índice estirado y se pone a rebuscar como una endemoniada en ese baúl portátil que ella llama bolso. Extrae, triunfante, un paquete delicadamente envuelto en celofán verde esmeralda, con un tremebundo lazo en la cúspide.

—Te he traído una cosa. Un recuerdo para que mientras no estoy no me olvides.

#DisculpaSiTeAmo

En cuanto el paquete pasa de manos, yo tengo ganas de llorar. ¿Cómo puedo ser tan olvidadiza y mala amiga? ¿Cómo pudo el follón con Álex borrarle el buen juicio y superar la pérdida de mi casi hermana? No me lo perdono.

—Ximena, no te he traído nada, ni siquiera se me ha ocurrido —confieso avergonzada y roja como un pimiento del piquillo—. Soy un desastre de lo peor.

—Oye, no te compro un regalo para que tú me correspondas de forma obligatoria con otro, la cosa no funciona así.

—¿Ah, no? Pues debería.

—¿No piensas abrirlo?

Azorada y torpe, desenvuelvo el crujiente envase para descubrir un divino zapato de tacón de aguja completamente rosa, que sujeta un rollo de cinta adhesiva. El soporte de celo de

toda la vida, renovado al más puro estilo Marilyn. Mi exclamación de lela integral hace que algunos vecinos de mesa se vuelvan para mirarme con lástima.

—¡Es precioooooo!

—Para tu mesa de la oficina. No sé si todavía utilizáis celo, pero el cacharro era tan bonito que se me metió por los ojos, y aunque no lo uses, adorna.

Me abalanzo sobre ella y le reparto unos cinco mil besos por todas las partes duras por donde me deja.

—Prometo comprarte algo superespecial cuando vuelvas. ¿Tienes

ya piso?

—De momento me instalo en un hotelito muy mono que me ha buscado la propia Film Office, a un tiro de piedra de nuestro edificio. Una vez instalada y sin prisas, buscaré algo que pueda pagar y que no esté donde Dios perdió el mechero.

—No me hago a la idea de que tu apartamento quede vacío —digo lloriqueando, mientras acomodo con cuidado el zapato de Cenicienta en mi bolso.

—Si te apetece mudarte... El gato se lo quedan en la residencia. Le hace mucho bien a mi madre, es el único al

que reconoce a diario. —Dejamos volar un puñado de minutos. Estudiamos la bollería de los expositores—. ¿Cómo van las cosas con Álex?

Muta mi expresión, miro al suelo, contemplo la punta de mis zapatos, gruño.

—Hum.

—Perdona, últimamente te he tenido un poco abandonada. Con todo lo del viaje y demás.

—Estamos torcidos. No sé si él, yo, o la puñetera madre que parió a Camila, que no deja de perseguirlo.

—*Hijapuchi...*

—Ya me figuraba que no iba a ser

tan rápida ni tan sencilla la cosa. Bueno, la verdad es que no quise pensarlo, preferí, imbécil de mí, fantasear con que la ex había desaparecido del mapa y no volvería a molestar, igual que hice yo con Sergio.

—Tía, tú eres muy sensata y consecuente, pero no es lo general en este mundo de locos del culo. —Gira la cabeza para hablar con la camarera—. Un capuchino, mejor dos. Y uno de éstos. ¿Los cruasanes están rellenos de chocolate?

—Los hay rellenos y sin rellenar. Tenemos de chocolate, crema pastelera, trufa, nata o almíbar de naranja.

—¡Diossss!

—Ximena... —la reprendo con cariño.

—Uno de chocolate. Y la palmera glaseada que le he pedido antes no la olvide.

—¿Y usted? —Ahora la mujer me mira a mí con el boli en la mano y un delantal de volantitos de lo más cuco.

—Pues... lo mismo pero con té. Vamos a tirar la casa por la ventana.

Llevo aquí dos horas con Ximena y ya nos han nombrado clientas del año. Vamos a terminar con las existencias,

pero es que está todo tan rico que no me importa atracarme, aunque eso suponga no comer el resto del día. Puede que sea la frustración, que me recorre pidiendo azúcar. Pienso dársela, me consuela. Para colmo, ponen de fondo baladas italianas y el *Scusami Se Ti Amo*,^[9] de Gianluca Grignani, me está rompiendo el corazón en cachitos diminutos que no podré recoger del suelo.

—Dale una oportunidad, joder —me repite Ximena por enésima vez—. Cógela el teléfono, quedad y charláis. Él no tiene la culpa de que la huida del manicomio aporree su puerta de madrugada. ¿Acaso la llamó?

—No, claro que no, pero tampoco supo ponerle fin al asunto. Si vieras lo desagradable...

—Puedo imaginarlo, pero ¿qué querías que hiciera? ¿Dar la cara para que se la partan? ¿Que la tipa se colara en el piso y la tomase contigo? Creo que hizo lo más inteligente, dadas las circunstancias. Puede que no lo más vistoso, pero sí lo mejor.

Mierda. Esto es lo malo de desayunar con Ximena, su capacidad innata para darle la vuelta a todo y dejar las razones que justifican mi monumental enfado a la altura del betún. Cuando yo les digo a mis pacientes que todo es

cuestión de perspectiva...

—No es sólo el enfado, Xime, hay algo más.

—Pues tú dirás —me exige, dándole un mordisco al cruasán, que, de inmediato, pierde una pata.

—Es la sensación de que esta relación, cuando exista, si existe, será problemática.

—Muchas pegas le pones tú ya de antemano... Sin embargo, ya te lo dije hace tiempo. Es por su guapura sin parangón —dice cachondeándose.

Frunzo el cejo.

—Oye, menos pitorreo.

—¡Que lo digo muy en serio! Si te

lías con un tío buenorro de la muerte, detrás del que circula media ciudad babeando, no puedes pensar que será un caminito de rosas. Habrá obstáculos, muchos, altas, bajas, curvilíneas, palillo, rubias, morenas, pelirrojas...

—Basta ya.

—Búscatelo feo, verás qué poco te molestan.

Joder, qué brutalmente sincera es, la *jodía*.

—Aunque tú también eres un bombón deseable, ahí andáis empatados —añade conciliadora. Mi respuesta pasa por cruzar los brazos sobre el pecho.

—Lo siento, no me tranquiliza.

—Álex también llevará lo suyo cuando los tíos te repasen por la calle.

—A mí no me ronda ningún exlunático.

—De acuerdo, para ti la perra gorda. Camila es un puñetero grano en el culo, pero él no es ella.

—Pero salió y se comprometió con ella, al menos durante tres años —acusó con pasión—. ¡Tres años!

—Una barbaridad. —Ximena niega con la cabeza muchas veces seguidas. Algo que por lo general me arranca la risa.

—¿Y qué dice eso de Álex?

—No sé... ¿Que tiene la paciencia del santo Job?

—¡Ximena!

—¡Coño, no sé! Las majaretadas de esa tía y su apariencia de pajarillo asustado potenciarán su ego de caballero rescatador, vete tú a saber...

—¿Camila tiene cara de pajarillo asustado? Nooo.

—Un poco, a veces, depende de cómo la mires. —Detiene mis protestas con una mano abierta—. Ya sé que tú no eres objetiva. Yo tampoco, conste.

—Objetividades a un lado, más bien parece el oso Yogui. No hay nada en ella que inspire ternura. Álex ha debido de

perder la cabeza para enamorarse de alguien con ese nivel de trastorno.

—O lo tuvo engañado hasta que fue demasiado tarde. Tú eres la psicóloga, pregúntaselo.

—Ni de coña me rebajo a interrogarlo acerca de sus sentimientos por ella.

Ximena me observa con los párpados entrecerrados. Mala me pongo sólo con las cábalas de lo que andará pensando. Me dedico a disimular, dándole vueltas con la cucharilla a mi té verde sabor mojito. Espero que le haga honor al nombre y me coloque, y pronto.

—Estás siendo un pelín injusta, lo

que no me extrañaría tratándose de mí, pero tú, Sofía, con lo ecuánime y compasiva que sueles ser con todo el mundo...

—Buenaza y gilipollas, eso es lo que soy —respondo en un arrebató—. Y ya empiezo a hartarme; eso sólo me sirve para que me coronen con buenos cuernos y que las ex me avasallen y se tomen la revancha pisoteándome.

Ximena me sorprende dando una palmada en el aire.

—Me cago en la mar serena, qué mala suerte tengo —dice.

Parpadeo atónita.

—¿Mala suerte? ¿Tú? ¿Por qué?

—Marcharme a Madrid ahora y perderme el culebrón, que va a ser de órdago; qué coraje me da. El guaperas te ha dado fuerte, ¿eh, rubia? Y eso que era un rollete pasajero para echar el rato...

Lo dicho. Esta condescendencia mía sólo me vale para perdonar, perdonar y volver a perdonar. Ah, y para que Ximena, alias el enanito sabio, se descojone a mi costa. Al menos, mi patética historia ha limado asperezas y la despedida no ha sido tan dramática como nos temíamos. Creo que de algún modo no nos hacemos a la idea de que

vamos a separarnos, de que no podremos, como hasta ahora, agarrar el teléfono, marcar el número de la otra y tenerla en nuestro apartamento consolándonos en el sofá, con sólo pegar un alarido de burra preñada. Era algo así como nuestro grito de ayuda en clave. Empezaré a echarla de menos cuando se haya ido. Y aún tardaré tres o cuatro días en hacerme a la idea. Y para entonces ya será casi fin de semana y Xime aparecerá por la puerta, de modo que... ¡no tengo que preocuparme! ¡Casi es como si no se fuera!

Ahora viene el paso más espinoso. Alejandro el Grande. Ximena me ha

convencido para que al menos atienda sus mensajes, y sin estar psicológicamente preparada para enfrentarme a su voz, voy y me cito con él. Con dos bemoles. Nada serio, vamos a almorzar en plan informal en un mesón del centro donde ponen las gambas al pilpil como les da la gana. Pero yo me paso hora y media delante del armario, como un pasmarote desnudo que no sabe con qué taparse. Quiero estar irresistible aunque sin que se note. Aún conservo parte de mi orgullo herido y eso implica seguir de algún modo enfadada.

Me decanto por una faldita de vuelo muy sugerente, que lo anime a zanzar la

disputa cuanto antes y a invertir lo que queda del sádico domingo en menesteres más entretenidos, un jersey fino con un fular alrededor del cuello, medias negras y sandalias de invierno de terciopelo. Me cepillo con brío el pelo hasta que reluce brillante, y los labios carnosos sólo los cubro con una fina capa de gloss. Miro atenta mi imagen en el espejo. Sonríe tensa, incapaz de ocultar los nervios.

—Buena suerte, loca —me digo a mí misma.

#PiesEnPolvorosa

Pese a la amenaza de la lluvia, he sacado a pasear a *Martita* y he llegado al lugar de la cita en un abrir y cerrar de ojos. Concretamente quince minutos antes de la hora. Y voy a entrar y sentarme a esperar donde no pueda

pillarme un nubarrón inesperado y chafarme el peinado, que ya está bien de tentar a la suerte.

A primera vista, el local me gusta. Lo han decorado como una bodega antigua, está lleno de plantas y flores y de las esquinas cuelgan faroles de hierro forjado, que de noche se iluminarán derramando su luz cálida y amarilla entre las hojas verdes. Incluso hay una fuente en alguna parte; no puedo verla, pero reconozco el tintineo del agua al caer. La bodega es amplia y está llena de recovecos, así que aprovecho que aún está medio vacía y escojo una mesa muy bien ubicada, desde la que controlo

a la perfección la puerta de entrada y los pasillos principales. Cuando el bellísimo Álex entre, seré la primera en divisarlo y podré secarme las babas antes de que él sepa dónde me siento.

Echo un vistazo por encima a la carta. Tienen de todo y el surtido de ibéricos es espectacular. Ya sé que son famosos por las gambas al pilpil, pero se me van los ojos detrás de las raciones de lomo embuchado que acaban de servirles a los de la mesa de al lado. Pido una copa de vino blanco helado y suspiro almacenando mis nervios rotos en una cajita bien cerrada, de donde no tienen que salir cuando comience la

entrevista con mi chico.

Mi chico. Alex no es mi chico. No he debido decir eso, ni siquiera debo pensarlo, es un atentado a la sensatez. «¡Sofíaaaaaa! ¡Regresa!»

Vuelvo a perderme en la cartulina llena de palabras en tinta azul y, cuando parpadeo y alzo los ojos, la peor de las pesadillas se materializa frente a mí, recortada por el chorro de luz que penetra por la puerta principal. Camila es una aparición llegada directamente de los infiernos.

Tiene rígidos todos los músculos, al menos los que quedan a la vista, la cara, el cuello, los hombros, y los puños

apretados. Sus labios se cierran uno sobre el otro, fríos y crueles. Sus ojos de hurón barren sagaces el espacio. Busca algo, está muy claro. Y puede que ese algo seamos nosotros, Álex y yo.

Me parapeto tras la carta, dando gracias al cielo por la amplitud y la anchura de ésta, capaces de cubrirme entera. No controlo la manera inhumana en que mi corazón acelera su bombeo y se entrega al galope desaforado. Es posible que me dé una embolia, un ataque de ansiedad o todo al mismo tiempo, porque no sólo hiperventilo, sino que, además, las manos me sudan y tiemblo. La estampa de una Camila

virulenta en todo su esplendor, revisando mesa por mesa, aún lejana pero acercándose de modo inexorable, me acojona, lo admito. Lleva un vestido azul y, al cuello, un cadenón dorado con el que podrían amarrarse barcos.

Miro desesperada a mi alrededor, buscando una vía de escape alternativa, pero lo único que acierto a distinguir son más mesas y borrones. Ya ni siquiera localizo los ventanales, y mira que son grandes.

Cuando Álex aparece por su espalda y la atrapa de un brazo, el aire que acumulo en los pulmones sale de estampida.

¡Jesús, qué guapo está! Lleva unos vaqueros grises desgastados y una camiseta ceñida de algodón de manga larga, con la estatua de la libertad estampada en tonos anaranjados. Medio establecimiento gira el culo sobre la silla para embriagarse con la imagen de un tío que parece un actor de cine escapado de un rodaje. A Camila se le deshace la mueca salvaje que traía colgada de la boca y parece que se derrite. De pronto, sus ojos sanguinarios se han vuelto dulces como los de una vaca enamorada.

Mierda, no puedo oír nada de lo que dicen, pero a juzgar por su lenguaje

verbal, queda claro que Álex está enfadado y le recrimina algo sin soltarle el brazo. Va a hacerle cardenales. Tira de ella hacia la calle; no me han visto, pero yo a ellos sí. Especialmente el primer microsegundo en que se topan sus ojos y se miran con extraña fijeza. Percibo un vínculo entre ellos, una enérgica conexión, puede que no amorosa, pero sí intensa. Algo que hasta el momento no he detectado en él cuando es a mí a quien mira.

Decido dejar de esconderme en cuanto Álex arrastra a Camila fuera del

local.

Qué bien hecho está, por el amor de Dios.

Fase dos, huida a lo cobarde. Llamo alterada al camarero, le pago la copa de vino y le pregunto si disponen de una salida lateral o trasera de emergencias por la que pueda escapar. El hombre retrocede desconcertado y balbucea el pretexto previo a una negativa, pero mis ojos enrojecidos y llorosos que suplican y la fina película de sudor que cubre mi frente lo predisponen a mi favor.

—Se lo ruego... Tengo que salir sin que me vean... —farfullo con la boca seca.

La verdad es que estoy al borde del colapso y el camarero ve venir el marrón de una muerta en su local.

—De acuerdo, sígame.

No dejo de repetirle «Gracias, gracias, muchas gracias», como si fuese retrasada, o mi mantra privado. Es, desde luego, quien va a salvarme la vida. Atravesamos las cocinas y todos los laboriosos empleados vestidos de blanco nos miran sorprendidos. Si no estuviese tan turbada me daría la risa, es la típica escena de las películas de humor. Atontada y más asustada de lo que creía que podría llegar a estar, pongo el pie en la calle y la bofetada de

aire fresco tras la lluvia de principios de invierno me espabila. Me apoyo un segundo contra la pared y recupero el aliento.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el camarero con las cejas juntas. Pobre hombre, al final he conseguido que se apiade de mí—. ¿Necesita algo más?

—Nada, gracias, muchas gracias —repito sin entonación.

No voy a rodear el edificio para recoger a *Martita*, no puedo arriesgarme a encontrármelos de frente. De momento, lo único que quiero es salir pitando, cuanto más lejos mejor, refugiarme en

algún local de la zona, a salvo, y tomarme un cubo de tila a ver si me tranquilizo. Cruzo la calle atolondrada, más pendiente de lo que ocurre más allá de la esquina cerrada, adonde mis ojos no llegan, que del tráfico, que no es que sea endemoniado a estas horas del almuerzo, pero bien merece una chispa de atención. Vago sin rumbo y sólo oigo el taconeo de mis sandalias sobre las losetas.

Sin permiso, el chirriar de unos frenos se cuela en mi cerebro y mis ojos agotados buscan el origen del irritante estrépito. Es un Jeep Wrangler negro, que se me antoja enorme por culpa de

cuatro ruedas monstruosas tamaño camión y que ha estado a punto de atropellarme de la peor manera.

—¡Sofía!

¿Me conoce? ¿El conductor que ha estado en un tris de convertirme en un sello me conoce?

A veces, el destino se confabula para darme unos sustos de muerte. Tras la aberrante aparición de Camila fuera de sus casillas, si es que las tiene, ahora desembarca en mi vida Mario Vallés, el guapo doctor en Psicología desaparecido meses atrás. Más que

desembarcar, se ha arrojado del coche casi en marcha para venir a recoger lo que queda de mí, una pobre chica tambaleante que suma el sobresalto de un «porpocoteatropello» al mal rato que ya traía puesto. No hay justicia en el mundo, aunque sí tíos buenos que la toman a una por el talle con un estilo romántico que apabulla.

—Sofía, ¿te encuentras bien?

Tardo lo mío en enfocar la vista, en distinguir sus dulces rasgos, sus ojos de obsidiana clavados en mí con preocupación.

—¡Mario! —Me zafo de su inesperado abrazo y me alejo con

prudencia—. ¿Es tuyo ese cochazo enorme y peligroso?

—No es culpa de mi coche, te has tirado al ruedo sin mirar siquiera. Estás pálida; ¿en serio no te pasa nada?

—Bueno, has estado a punto de convertirme en astillas, ¿te parece suficiente? —Trato de imprimirle un poco de humor a la frase, pero a juzgar por sus labios que se aprietan, no da demasiado resultado.

—¿Estás segura de que es eso todo lo que te ocurre? Porque no ibas nada atenta al cruzar, si me permites decirlo.

Mi mente rebusca frenética en el cajón de las excusas imposibles.

—Bueno, sí, claro. Por un momento he creído que me habían robado la moto —suelto tal cual se me va ocurriendo—. De hecho, aún no recuerdo dónde la he aparcado.

Mario entorna los ojos y entonces, sólo entonces, esboza una sonrisa. Me sorprende con su masculina belleza, es como si hubiera olvidado lo guapo que es.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta en tono distendido.

Yo me recompongo la ropa como puedo, me aliso la falda y me humedezco los labios, porque de repente estoy nerviosa.

Y no es por el intento de asesinato.

—No viniste a la lectura de mi tesis

—le reprocho vehementemente.

Mierda. ¿Por qué he dicho algo así?

Agacha la cabeza como avergonzado.

—Tienes razón, no quise forzar las cosas...

Un vehículo se ha parado tras el formidable jeep de Mario y pita con impaciencia.

—¿Forzar? ¿Qué se supone que habría que forzar?

El señor debe de tener mucha prisa, irá camino del paritorio o algo por el estilo, porque coloca la mano en la

bocina y aprieta con irritación. Pronto tendremos toda una hilera de coches y conductores cabreados dentro.

—¡Oiga! ¡Retire el coche, está en mitad de la calle!

La verdad, tiene razón.

—¿Has comido? —me pregunta Mario con un gesto de cejas dedicado al desconocido que despotrica sin parar.

—Pues no —recuerdo de pronto.

—Sube, te invito y charlamos tranquilamente.

No me lo pienso demasiado. Primero, porque los gritos y bocinazos del conductor bloqueado son tan acuciantes que no me dejan pensar.

Segundo, porque tras lo sucedido en el restaurante, un poco de distracción sana será un regalo caído del cielo. Tercero, porque Mario está tan atractivo que corta la respiración y una puede que esté encaprichada, encoñada, enamorada, pero no es de piedra.

«Tira *p'alante*, Sofía.»

Nos hemos ido bien lejos de la zona de desastre nuclear. He sido astuta y torticera, lo reconozco, inventando un sinfín de argucias para que Mario condujese a muchas calles de distancia. No me fío de doblar una esquina y

chocar de bruces con Camila, o, peor aún, con el propio Álex. Así que el restaurante mirador que desde el castillo de Gibralfaro domina toda la bahía malagueña me ha parecido una excelente opción. Suerte que Mario esté de acuerdo conmigo.

Pedimos nuestros almuerzos, yo una simple ensalada César, básicamente para disimular, teniendo en cuenta el nudo que me aprieta la boca del estómago. Cuando mis pupilas se cansan de escrutar la silueta de la ciudad a través de la neblina y regresan a mi acompañante, me maravillo de que un chico así se limite a dar clases y a

hurgar en la psique de gente aburrida
sobrada de pasta, en lugar de posar para
las mejores publicaciones de moda.

#LazosEnvolventes

—Bien, volvamos al punto de partida.

—Me sonrío y me deslumbra—. ¿Qué tal te trata la vida, mi querida doctora?

Chasqueo la lengua y me hago la interesante.

—Tengo un buen despacho y todos

los días entra trabajo nuevo, no me puedo quejar.

—No lo dices saltando de felicidad precisamente.

—Puede que esto no sea lo mío — confieso en un arranque de sinceridad.

Vuelvo a arrepentirme. Con Mario delante no sé morderme la lengua. Las letras se anudan, forman palabras y escapan de mis labios sin filtro ni contención.

—¿Te refieres a la Psicología?

Asiento. Me fijo en que parece escandalizado.

—¿Me estás hablando en serio?

De nuevo afirmo con la cabeza,

despacio y un poco avergonzada, la verdad. Con la grandísima incoherencia de que acabo de hacer gala, ahora mismo debe de estar pensando que me falta un tornillo.

—Lo lógico es que ahora me recuerdes el porrón de años que he invertido en sacar adelante la licenciatura y el doctorado —me adelanto—, lo absurdo que resulta que no sea del todo feliz, y tendrías toda la razón.

Mario no opina nada, al menos, no enseguida. Eso me permite bucear y perderme entre las notas de la canción que flota en el restaurante. Me encanta

James Blunt, su voz potente, nasal, y su *Goodbye my Lover*, [10] que me encoge el corazón.

—Sofía, todos vamos a la universidad por motivos diversos, y a la hora de escoger carrera u oficio, mil elementos de juicio entran en consideración. Lo que elegimos para que nos dé de comer y pague nuestras facturas no siempre es la vocación para la que fuimos hechos.

—¡Leñe! Yo no lo habría expresado mejor.

—¿Sabes para lo que naciste?

—No tengo ni idea. Me abochorna admitirlo, me hace sentir inútil y

perdida, pero lo cierto es que puse muchas esperanzas en este trabajo. Mi amiga Silvia no ha podido portarse mejor ofreciéndome esa oficina fabulosa, todo el mundo me envía clientes, no tengo queja, no me falta de nada, estoy ocupada todo el tiempo. De eso se trata, ¿no?

—Dímelo tú. —Sonríe enigmático y la chica que nos trae la comida entra directamente en estado de shock al verlo.

—Creo que soy una completa desagradecida —cuchicheo cerca de su oreja.

Hum... qué bien huele.

—Se trata de disfrutar, de sentirse vivo y de saltar cada mañana de la cama con unas ganas locas de hacer cosas relacionadas con tu trabajo. ¿Experimentas algo parecido?

—No voy a decir que mis informes y consultas no supongan un reto entretenido, porque estaría mintiendo, pero hasta ese punto que mencionas... no. —Permito que la camarera se regodee con Mario y, cuando nos deja solos y en íntima charla, yo me pregunto cómo es que hemos llegado hasta aquí —. Caramba, te estoy abrumando con mis problemas.

—Nada de eso. No volví a verte tras

la tesis y, la verdad, tenía interés en saber cómo te va. Lamento que no seas todo lo feliz que te mereces, no sólo por razones obvias, también porque eres una psicóloga aguda y prometedora.

Creo que me ruborizo hasta la raíz del pelo.

—Te lo agradezco. Si te sirve de consuelo, creo que continuaré dedicándome a esto de momento.

—Deberías pasarte por el departamento alguna vez, el profesor Martínez pregunta mucho por ti. En confianza, creo que se siente un poquito abandonado.

—Pero ¡si fui! —La exclamación me

brota de las mismas tripas—. Fui a visitaros y esa rubia estirada no me dejó entrar y me dijo que el doctor Martínez ya se había jubilado. Iba a echarte la bronca por no haber contado conmigo para su fiesta de despedida.

—¿Paula te dijo eso?

Hum... Paula. Ese «Paula» me ha sonado algo así como demasiado familiar. Y es curioso, porque nada me ata emocionalmente a Mario y, sin embargo, me ha sentado fatal.

—Está claro que me quería lejos de allí —deduzco con amargura—. Entonces era mentira, el profesor Martínez continúa dando clases. Maldita

bruja. ¿Te has liado con ella? —espeto sin darle tregua.

Debería pensar un poco lo que digo antes de hablar; este chico tan amable me ha recogido de la calle en medio de una situación desesperada y me ha invitado a almorzar. Yo, a cambio, lo atosigo con preguntas indiscretas y me meto donde nadie me llama.

—Err...

—Lo digo porque cuando me ayudabas con la tesis estaba más que claro que le gustabas. El modo en que te rondaba... Y luego este detalle que acabamos de descubrir...

—Vaya, Sofía, qué agudeza la tuya.

Suelto una carcajada para distender el ambiente, que de repente se ha espesado.

—Puede que no fuese buena psicóloga, pero seguiría siendo mujer. Si no aprovechas la oportunidad que te ofrece en bandeja es que estás loco.

—Bueno, nos acercamos algo, tenemos una muy buena relación profesional.

—¿Y nada más? —Me inclino hacia delante y lo acoso con los ojos entrecerrados. Juraría que se está sonrojando. ¡Por Dios, qué monooo!

—Algo hay —confirma, mirándose la punta de los zapatos de cordón—, aún

nada formal.

—Pues es una auténtica arpía, que lo sepas.

No me corto un pelo, porque Mario me importa. Es buena gente y esa rubia, una cabrona de la que no te puedes fiar. ¿Hago mal en advertirle?

—Lo tendré en cuenta —promete muy serio—. En cuanto a ti, ¿qué tal de amores? Ya podemos tocar tranquilamente esos temas de los que hablan los amigos, ya no nos liga una relación profesor-alumno.

—Igual que tú, también trato de construir algo con alguien, no sé si con mayor o menor fortuna. El mundo de los

enamoramientos es harto complicado.

—Y que lo digas.

—Me molesta que las mujeres pasemos por enrevesadas e incomprensibles; algunos de vosotros sois peores, mucho peores.

Mario se retrepa en su silla y me analiza interesado.

—No lo niego.

—Y qué decir del poso que una relación enfermiza deja en las personas, la manera en que enturbia otras posibles historias futuras... —Joder, estoy hablando con una pasión desenfrenada, que sólo noto cuando agito el tenedor con furia y el queso con la ensalada

César sale volando sabe Dios adónde.

Mario vuelve a su posición inicial, cercana y estimulante. Me mira como a un espécimen de laboratorio a punto de disección.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No —me apresuro a contestar—, no. En realidad sólo pensaba en voz alta. En el fondo debe de gustarme la Psicología, me va la marcha.

Él se ríe y yo me diluyo en la fuerza balsámica de su risa. Es un hombre muy muy atractivo. Empiezo a mirarlo con otros ojos, tratando de imaginar los músculos esculpidos ocultos bajo ese pantalón chino oscuro, su jersey de lana

de cuello en uve, su camisa debajo, con un solo botón desabrochado. Me entran tentaciones de abrírsele un poco más hasta ver el nacimiento de su vello, ese que se dirige con sensualidad hacia el pecho y más allá.

En presencia de Mario, el deseo carnal se dispara, sí, pero de un modo distinto a como me ocurre con Álex. Quizá con éste las emociones están más elaboradas o coincide que son mutuas. Me encanta tocarlo, me hace feliz que él disfrute con lo mismo. Es un tira y afloja compensado de algún modo. En el caso de Mario no hay por su parte señales que me animen como mujer, salvo sus

penetrantes miradas. Sus ojos me gritan muchas cosas, pero tan escandalosas, que temo estar alucinando. No pueden ser reales.

#AmigasParaSiempre

¿Sabéis que cada siete segundos se enamora una mujer? Eso afirma el anuncio de una famosa crema facial. ¡Qué agotamiento sólo pensarlo, por el amor de Dios!

Es lunes y, como casi todos los

lunes, Sofía Echegaray llega tarde. No es que se me peguen las sábanas, es una especie de ritual morboso que yo misma me impongo, despidiendo el gozoso tiempo libre, martirizándome con lentitud mientras repaso las tareas pendientes. Todas las cosas desagradables que hay que hacer el domingo a partir de las seis, yo las hago el lunes desde la ducha. Así no hay modo de llegar a tiempo, por mucho que me lo proponga. Tampoco salto de entusiasmo al oír el despertador, soñando con los expedientes que me esperan sobre la mesa. Al final tendrá razón Mario: ¿me gusta lo que hago?

¿Me seguirá gustando con el correr de los meses?

Encerrada en el ascensor dorado, le envío un mensaje a Ximena deseándole buen viaje y ordenándole que me llame sin falta por la noche. Ya sé que tiene mucha gente de la que ocuparse, pero quiero fotos de su cuchitril en el hotel, quiero verle la carita sin maquillaje y chillarle cuantísimo la echo de menos. Eso mejor me lo guardo, que no quiero ponerla triste. Ella, a diferencia de mí, adora su trabajo y está haciendo grandes sacrificios para avanzar.

—Señorita Echegaray —me saluda Helen con una sonrisa pícaro en sus

labios de color rubí—, por llegar tarde se ha perdido usted la madre de todas las visitas.

Pongo cara de «más perdida que el barco del arroz». Ella mueve el dedito índice en forma de gancho para que me acerque.

—Un chico guapísimo... qué digo guapísimo... en la vida he visto nada parecido, ha venido a buscarte.

Busco a mi alrededor. La sala de espera está más vacía que mi nevera. Me entran ganas de estrangular a Helen.

—¿Y por qué demonios no me has avisado? Existen las señales de humo y las palomas mensajeras.

—Silvia se ha hecho cargo de la situación, he tenido la impresión de que se conocían. Ha dicho que nada de follones personales en el despacho. Al final ha resultado ser... ¡su hermano! Y yo sin saberlo.

Álex. Álex ha venido a buscarme. La emoción sube y baja por mi garganta y me impide respirar. «Nada de follones en el despacho», es comprensible. Y yo no quiero incomodar a Silvia, mi inestable relación con su hermano es una inagotable fuente de estrés.

—Porque, si te fijas, se parecen mucho... —sigue parloteando Helen.

Mi cerebro vuela entre mariposas a

kilómetros de la calle Larios y del centro de Málaga. Soy repentinamente feliz, es el regalo de inicio de semana. Y, como lo soy, me porto como una buena compañera y me intereso por las jornadas de ocio de nuestra secretaria.

Cuando Carla sale de su habitáculo, sigo comentando boberías con Helen. Sus noticias son más sabrosas que las mías: el viernes cerró las calles en compañía de Miguel y ayer domingo comieron juntos.

—A ver, que conste, no es que me vuelva tarumba, pero es muy agradable, simpático, tiene buena conversación y me hace reír. Y es alto. Eso es

imprescindible. Por lo de los pateaculos.

—Cuentan las malas lenguas que la tiene como un trípode —digo.

Abre mucho los ojos, parece que la buena nueva le gusta.

—¿En serio?

Carla está preciosa, vestida como una niña bien, chic y moderna, con una falda de vuelo estilo años cincuenta de color fresa, una camisa estampada en blanco, azul y fresa y un jersey blanco de pico. Sobre su brazo descansa una gabardina azul que es la pera y en las manos lleva unas gafas de sol ojos de gato, con la montura decorada en carey.

Lo más gracioso es que hemos coincidido en la paleta de colores, porque yo vi un pantalón capri azul y un top de manga larga de color fresa. Parecemos pareja de un catálogo de moda. Nos señalamos y nos echamos a reír. Ha resultado una alumna aplicada, en sólo dos jornadas de compras ha espabilado y ha cambiado por completo su forma de enfrentarse al armario. Primero definimos su estilo para evitar que no se reconociera. Luego le enseñé las reglas de los básicos, los secretos del color-block, y aquí la tenemos. Renovada y perfecta.

—Vas a tener que sacarme de

compras a mí también —rezonga Helen, haciéndose la envidiosa.

Silvia asoma la cabeza por el pasillo y frunce el cejo.

—¿Reunión sindical?

—¿Podemos tomar algo juntas?

Tengo que comentaros una cosa —nos dice Carla a media voz.

—Yo no puedo ahora, hay cosas que debo terminar antes de entregarme al placer —responde Silvia con retintín—. Puede que dentro de un rato...

—Por favor, Silvia, es importante —insiste Carla. Y Carla no es de las que insisten, la verdad.

—¿Qué pasa? ¿Te marchas a otro

despacho? —bromea Silvia,
haciéndome un guiño.

—Algo así.

Se le corta de cuajo la sonrisa.

—Joder. Helen, pásanos por
mensaje sólo los recados urgentes.
Estamos en Lepanto.

—Bueno, tú dirás. Nos has dejado
patidifusas con el notición —arranca
Silvia, queriendo ser delicada sin
conseguirlo.

Carla da vueltas y vueltas a la
cucharilla del café entre los dedos. Yo
mareo la pajita dentro de mi batido.

—Veréis, voy a ocupar un puesto vacante en el Servicio de Orientación Jurídica del Colegio de Abogados.

—¿Ya está decidido? —pregunta Silvia enervándose.

—A día de hoy, parece que sí.

—¿Y no podrías haberlo avisado con más tiempo?

Está que se sube por las paredes. Puede que tenga un poco de razón, no sé, estoy algo atontada con eso de que Álex haya venido a verme al despacho... Señor, estoy literalmente en las nubes.

—¡No lo sabía! —se defiende Carla con brío.

—¿Cómo que no lo sabías?

—Tengo un amigo... especial... trabajando allí. Se enteró de que buscaban a alguien y formalizó mis datos y entregó mi currículum...

—El colmo. Encima tienes novio y tampoco lo has contado —ladra Silvia muy contrariada.

—No es novio, es sólo un amigo especial —puntualiza Carla con paciencia.

—Y eso ¿qué coño significa?

Veo que el momento de intervenir se avecina. Hasta ahora me he mantenido neutral en esta especie de contienda entre ellas. Natural, son sus cosas. Una es la casera, otra la inquilina, una se

marcha, la otra se cabrea, tendrán que hablarlo. Pero el tono hiriente de Silvia y sus exigencias me parecen fuera de lugar.

—Tampoco tiene obligación de contarnos sus intimidades —insinúo con timidez.

—Le hemos abierto las puertas de la empresa sin conocerla de nada, creo que nos merecemos al menos un poco de confianza. —Vuelve a clavarle su mirada verde—. Y respeto, Carla, respeto.

—No sabía que iban a darme el puesto, ha sido toda una sorpresa. —Desde luego que lo ha sido—. Podría

rechazarlo... —Deja la frase en suspenso y mira a Silvia esperando un «No, mujer, qué barbaridad, ¿cómo vas a hacer eso?».

El caso es que Silvia la mira a ella esperando que defina día, hora y palabras exactas con las que renunciará al trabajo.

—Pero la verdad es que me apetece hacerlo —prosigue Carla—. Quiero trabajar allí.

Silvia se levanta de un brinco y el ruido que las patas de la silla arrancan al suelo me sobresalta.

—Tú verás. Te deseo toda la suerte del mundo, aunque vuelvo a repetir, un

preaviso como marca la ley habría estado de puta madre. Os veo en la oficina, tengo cosas haciendo cola.

Y se marcha. Miro cómo sus caderas se contonean camino de la puerta, su gallarda y esbelta figura, y me recuerda tanto a su hermano que me duele.

—Qué mal rato, caramba —resopla Carla.

La contemplo con cariño y le propongo otra ronda para aliñar el rato de charla.

—No te lo tomes muy a pecho. Está alterada y muy afectada desde que se marchó su chico.

Carla alza sus ojos redondos de

rizadas pestañas y hay un nanosegundo durante el cual tengo la completa seguridad de que la quiero como amiga, la quiero en mi vida, aunque ya no vuelva por el despacho.

Algo parecido me pasa con Mario. Son buena gente.

—Ése es el problema con Silvia. Cualquier cosa nimia que se tuerza en su vida pluscuamperfecta la afecta mucho, demasiado. Y todos pagamos el pato. — Posa su mano pequeña y fría en mi antebrazo y me da un apretón—. Cuídate mucho, voy a echarte de menos — confiesa a continuación.

Me alegro de que se haya

adelantado, tengo el corazoncito tontorrón con lo de Álex, necesitaba sentir que genero cariño en alguien, ganitas de quererme.

—Yo a ti también. Nos veremos, iremos a comer juntas.

—¿Y de compras?

—De compras, por supuesto. Incluso tendremos alguna que otra hora feliz...

—Sé que soy una cateta, pero ¿qué significa eso?

—Emborracharnos por poco dinero. ¿Puedo abrazarte?

Madre mía, el momento exaltación

de la amistad en plena cafetería ha arrancado sonrisillas de complicidad entre los camareros, con lo estirados que son. De regreso en el despacho, Helen me hace una seña significativa arqueando las cejas. La entiendo sin necesidad de hablar: «la jefa está que trina». Entro directa en la oficina de Silvia, mientras Carla se refugia en la suya.

—¿Puedo pasar? —pregunto tontamente cuando ya estoy dentro.

—¿Vienes a decirme que me he pasado? —Se muerde el labio inferior, pesarosa. De repente, parece una parvulita a la que han pescado robando

gominolas.

—No, vengo a pedirte que me fijes una renta de alquiler.

—Sofía, las condiciones que marqué cuando entraste no han cambiado.

—Pero las circunstancias sí. Tengo algunos ahorros, estoy ganando dinero. Vamos, si Carla se va, quiero pagar algo.

—De verdad, no hace falta —bufa mirando al techo.

—Deja al menos que colabore con el sueldo de Helen, puedo pagar, digamos, la mitad.

—Chica, qué pesadita te pones. Acabo de encargarle que publique un

anuncio en el Colegio de Abogados cagando leches. Es cuestión de semanas que esa oficina esté de nuevo ocupada y te aseguro que esta vez me aseguraré de que sea alguien que me encante. De todas formas, si insistes... te lo compro.

Mucho más tranquila conmigo misma y con las finanzas del despacho, de cuyo derrumbe no quiero ser corresponsable, me hundo en mi cómodo sillón y me entrego al cien por cien a mis informes. No tengo visitas programadas para hoy, porque las he pasado a mañana, pero sí una montaña de casos que examinar y

diagnósticos que emitir. Es tardísimo y entre unas cosas y otras no he pegado ni chapa de nueve a doce. Por eso, cuando mi móvil tiembla y se agita frenético sobre el tablero de mi mesa, doy un respingo que casi me incrusta en el techo.

Para colmo es Álex. Estiro la mano y veo que me tiembla. Ella y toda yo. Completa.

Me aclaro la voz con un carraspeo.

—¿Sí? —Quiero sonar profesional, distendida, indiferente... No sé. ¿Cómo quiero sonar?

—Sofía.

Esa simpleza reverbera en mi

interior como un cuenco tibetano. Su voz grave de terciopelo desliza las sílabas de mi nombre y las acaricia. No creo que nunca pueda acostumbrarme a algo así. Álex desnuda mi nombre cada vez que lo pronuncia.

—Dime. —Mi tono es cauteloso, pero no beligerante. En absoluto.

—¿Sería mucho pedir que nos viésemos hoy para comer?

Me cuido de responder. Pero no porque quiera hacerme la dura, que también, es que no sé qué decir.

—Es vital que aclaremos algunos puntos oscuros —añade.

Eso me hace gracia.

—Debe de ser que ahora se llama así a las cabronadas —mascullo entre dientes.

—Yo no creo haberte hecho ninguna —dice defendiéndose *ipso facto* y me muestra que es un hombre de recursos, inteligente, con respuestas rápidas.

Da lo mismo, pienso saltar por encima de su armamento.

—Te diré que mi memoria no acierta a localizar un sitio lo bastante lejos, lo bastante desconocido, lo bastante cutre, como para que Camila no nos descubra y se presente a dar la nota.

—¿Estabas?

No hace falta que complete la frase,

entendiendo que se refiere al restaurante. Siento un sutil cosquilleo de satisfacción por la espalda. Qué bien, tenemos esa forma especial de comunicarnos sin palabras de la que presumen las parejas consolidadas. Lástima que no lo seamos.

—Claro que estaba. Prácticamente entrando por la puerta —miento, por no reconocer que llegué antes de tiempo, ansiosa perdida—. Y tuve suerte, me tragué todo el espectáculo.

—Me preocupaba que creyeras que te di plantón. La saqué de allí volando y no regresé.

—Te tendría entretenido hasta tarde, me figuro —suelto con malicia.

Álex no entra al trapo.

—Se las arregló para revisar los mensajes de mi móvil, no sé cómo, y así supo adónde dirigirse —reconoce en voz muy baja.

Oír eso me altera lo indecible.

—¿Y cómo es que tuvo acceso a tu teléfono? ¿Quizá porque estabais juntos?

No quiero comportarme como una histérica celosa, ni debo. Apenas hemos salido un puñado de veces. Que él signifique mucho, muchísimo para mí, no implica que suceda lo mismo en sentido inverso. Puede que para Álex yo no sea más que un entretenimiento, así que sonará hasta gracioso que me ponga a

despotricar. Si puedo permitírmelo, es sólo porque no lo tengo delante. Si nos topamos en una misma habitación y me roza, es probable que estalle sin más y me ahogue en mis propias babas. Pero la atracción fatal que nos une no implica, ni mucho menos, que lo nuestro esté definido.

—Tomamos un café en alguna parte, debió de cogerlo cuando fui al baño...
—admite con voz mortecina.

—Chico poco precavido —lo regaño.

Y ya no sé qué más añadir, porque aunque trate de hacerme la difícil, el estómago me burbujea como una pastilla

efervescente y lo único que me apremia es oírlo repetir su invitación para aceptar de mil amores.

—Las cosas hay que solventarlas paso a paso. Uno no siempre es tan rápido y tan certero como quiere. Y con Camila lo difícil se hace aún más cuesta arriba, lo que no significa que no pueda gestionarse. Entonces ¿qué, firmamos una tregua y almuerzas conmigo?

Lo medito un instante.

—En el Rincón de la Victoria. Conozco un sitio de *pescaíto* frito que en invierno es una gozada.

#EmpezarIlusiona

Se podría pensar que arrastrar a Álex hasta un pueblecito pesquero a casi veinte kilómetros de Málaga para comernos unos calamares a la romana resulta un pelín excesivo. Pero tratándose de Camila, la francesita

caliente, toda precaución es poca. La única exnovia buena es la exnovia muerta y, teniendo en cuenta que no puedo cometer asesinato sin pagarlo entre rejas el resto de mi vida, decido que huir pronto y lejos es, indudablemente, la mejor solución.

Nos acomodamos en una mesita con mantel a cuadros rojos y blancos que recuerda los picnics entre alcornoques, y al principio ninguno de los dos tiene demasiado claro cómo empezar. Estamos justo a la orilla del mar, como en la pasarela de un barco que nos recoge para apartarnos del mundo. Solos él y yo. Lo sé, vuelvo a caer en el

sentimentalismo, estoy siendo de nuevo romántica en exceso. Debo de llevarlo en los genes, aunque con Sergio no les dio por manifestarse.

—En un idioma un poco galáctico te he pedido otra oportunidad para comenzar algo de lo que poder arrepentirnos —me dice sin mirarme a los ojos.

Juguetea con el servilletero de alpaca en forma de estrella de mar y mis ojos se deleitan con el baile de sus dedos.

—Ahora es cuando no te entiendo —confieso con los labios apretados, dispuesta a no ponérselo nada fácil. El

servilletero da dos vertiginosos giros y cae directo al suelo.

—Las mujeres y los hombres, ya sabes, Venus y Marte. —Se agacha, lo recoge y lo lanza a la silla vacía—. Nos expresamos de un modo diferente. Aunque sé que esto no es divertido para nadie, no soy tan gilipollas como para no verlo.

Hace una pausa, pero yo mantengo un pétreo silencio que lo empuja a añadir más cosas. Eso, que hable.

—Entiendo que estés enfadada.

Elevo ambas cejas en un gesto de sorpresa que tiene mucho de irritación.

—Faltaría más.

—No dije que fuese a ser simple para ninguno de nosotros. — Interpreto que se refiere en exclusiva a él y a la impenitente Camila de los huevos—. Todo lleva su tiempo, sobre todo si te enfrentas a un proceso doloroso.

—¿Doloroso para quién? —le espeto, rogando a todos los santos que no la incluya.

—Para todos, Sofía. Para todos los que tenemos alma y hemos entregado alguna vez el corazón. Las heridas son profundas.

Oír eso duele. A ella se lo dio, su hermoso corazón, en bandeja de plata. A mí no me ha dado más que unas noches

de intenso placer y algún que otro mal rato.

—No te pido que lo comprendas. Tampoco que te acoraces hasta que te sea indiferente. Las interferencias de Camila son molestas, lo admito, pero acabarán pronto.

—No lo creo. Ella te reclama como algo propio —exclamo ofendida y más desolada de lo que podía sospechar.

—Sólo tiene que acostumbrarse a la nueva situación.

—Acostumbrarse a estar sin ti — pienso en voz alta.

«Como si eso fuera tan fácil, después de haberse perdido en tus

brazos.» Percibo en mí un fogonazo de compasión por Camila, que se aleja a toda velocidad, y añado:

—Y a la presencia de otras mujeres en tu vida.

A propósito me expreso en plural, digo «mujeres» en general, en lugar de hablar de mí. Pero Álex no recoge el testigo ni me corrige. Se desinflan mis ilusiones.

Es terrorífico lo que siento por él. Va creciendo.

—En lo que a mí respecta, la historia con Camila está finiquitada, pero no puedo pretender que ella pase página tan pronto. Yo tengo otros

entretenimientos.

¿Se refiere a mí? Detesto ser un entretenimiento. Qué *jodío*... Pero lo pronuncia de modo tan sexi y cargado de intención que se lo perdono. Lo que él quiera que sea, seré. «Entretenimiento» suena bien en sus labios, mi objetivo también es divertirme.

—Ella no tiene nada —prosigue—, salvo una manera de ser, digamos, un tanto peculiar.

Lo observo con dureza.

—Fuera eufemismos, Álex; a esa chica le faltan varias docenas de tornillos.

—No creas que es así todo el

tiempo. También sabe mostrarse dulce y complaciente.

Lo de «complaciente» me achicharra el tímpano.

—En serio, puede ser una chica muy sensible, es sólo que a veces... Ni siquiera es ella. —Su mirada se vela, se vuelve opaca y sus ojos verdes no miran a ninguna parte—. Son esos demonios voraces que la desfiguran y le roban la identidad, la dominan y sus reacciones dejan de pertenecerle.

Digna de un exorcismo, vaya. Menuda zorra.

—Lo dices para que no piense que tú estabas igual de loco por enamorarte

de ella —refunfuño.

—¿Enamorarme? No sé si he estado enamorado —suelta tan campante.

—Estuviste con ella bastante más de dos años.

—Eso no tiene nada que ver.

Jamás de los jamases entenderé a los hombres.

—¿Ah, no? Explícame eso.

Mi petición lo trae al paio, me temo, porque se encoge de hombros y pincha con flema un par de aceitunas.

—Hay cosas que simplemente no tienen explicación. Ocurren y ya está. Cuantas más vueltas intentes darles, más absurdas te parecerán. Habría que

sentirlas para entenderlas, porque se trata de eso, de sentimientos.

Suspiro hondo. ¿Por qué será que de repente regresa mi ira y me siento apartada de un manotazo?

—Sofía, vamos a tratar de olvidar todo lo que nos llegue torcido.

Me coge la mano y me acaricia los nudillos con la ternura justa para hacer que me derrita, en desafortunada coincidencia con el camarero, que llega gritando «¡Sus calamares! ¡Saltando de frescos!», con una botella de Casera bajo el brazo.

Álex le da educadamente las gracias y me suelta para hacer hueco en la mesa.

El rebozado crujiente suplanta a la caricia y él me mira estirando la espalda. Crece más aún, da la sensación de que navegue por encima de las circunstancias.

—Seamos fuertes si no es mucho pedir —añade, cuando volvemos a quedarnos solos—, recuerda que sólo los que perseveran tienen éxito.

—Haces que me sienta como una intrusa —confieso en un débil zumbido.

Álex alarga el brazo de nuevo y con los dedos me levanta la barbilla. Enfrentarse a sus ojazos equivale a una tortura medieval de la que nadie podría salir indemne. Estoy enfadada, más que

eso, estoy furiosa, aunque no quiero espantarlo. Tengo la impresión de que no quiere perderme, pero tampoco sabe bien qué ofrecerme. Me observa por encima de la pirámide que forman sus dedos, con los pulgares apoyados contra el mentón.

—¡Hey! Estamos aquí, vivos, locos de ganas de tocarnos, de disfrutar, de hacer cosas juntos. —Me coge la mano y con la punta del índice recorre mi muñeca—. ¿Te hago una lista de todo lo que te haría en este mismo momento? Son cosas tan perversas que sólo de pensarlo va a reventarme el pantalón.

Suelto una carcajada. Ha conseguido

desafiar mi mal humor y ha vencido. Mis temores, mis reparos, todo se disipa cuando Álex sonrío.

—Prometo poner todo de mi parte —asegura, al tiempo que la risa bailotea en la comisura de sus labios—; tratándose de mí ya es mucho. No quiero dedicarme a estropearlo mientras tú esperas que funcione.

—Yo no tengo muy claro qué espero —musito.

—Tampoco arrastrarte a una relación de mierda que te haga llorar y lamentarte por las noches. El papel de novio no es que lo borde, se me da mejor hacer de amante.

Tengo un oído muy selectivo. La palabra «relación» se me ha quedado pegada como por arte de magia y el resto poco importa. De acuerdo, recojo velas. A partir de hoy meteré mi lógica en una jaula. No para esperar que cante, sino para que deje al corazón tomar las decisiones sin interferencias. Algo me dice que la primera noche que nos besamos, en su lengua palpitaban unas palabras que no llegaron a salir y que no habría querido escuchar: un «Acabaré haciéndote sufrir» o algo parecido.

De momento sigo igual de muda. Traía mucha rabia acumulada, decenas de trastos que arrojarle a la cara, y heme

aquí, sonriendo como una boba, convertida en un auténtico charco y mirándole el culo como una depravada cuando se dirige al baño, del que acaba de salir, correteando, un niño.

Al regresar, une los dedos índice y corazón formando una pistola con la que simula dispararle al peque. Le pregunto qué le ha hecho el pobrecillo.

—Menuda peste en los aseos —me explica irritado—. Ha sido ese niño, ese pequeñito de ahí. Habría que cortarle los huevos y ponerle un tapón en el culo.

—Resumiendo, no te gustan los críos.

—Me ponen histérico.

—Y no piensas tenerlos nunca, para que tu preciada paz vital no se resienta —deduzco algo contrariada.

Me mira con fijeza, de un modo significativo.

—Hasta ahora pensaba que era algo ya decidido.

—Pero... —lo insto a continuar.

—Imagino que, como todo en esta vida, es dar con la mujer adecuada.

Abro los ojos, creo que con desmesura.

—¿Hablas de mí?

Busca a tientas mis dedos con los suyos,

—Por ti haría muchas cosas

extrañas, Sofía.

—Ser padre no es extraño —le recuerdo con un hilo de voz. ¿Estoy oyendo lo que estoy oyendo?

—Es arriesgado. Y tratándose de mí, una auténtica marcianada, de marciano. Pero la cometería con gusto.

Señor... Me tiemblan las rodillas. Esto se está poniendo demasiado solemne. Necesito hacer un chiste malo. Rápido.

—Para matarte es poco. Hablar del futuro de la raza con tal falta de respeto...

Álex continúa serio. Muy serio. Demasiado serio. Y la versión de

Stay[11] que suena por encima de nuestras cabezas no ayuda a que el momento se destense. Carraspeo y recupero mi mano, que hormiguea por todas partes. Devoramos el almuerzo a toda velocidad y para cuando llegamos a su cama, ya hemos follado tres veces.

Nada más lejos de mi intención que ser vulgar cuando os cuento nuestros... polvetes. Pero con *Álex* es simplemente así, ávido, salvaje y candente. Me gustaría poder decir que hacemos el amor con dulzura y sentimiento, sin embargo, lo cierto es que la necesidad

química que nos empuja a fusionarnos es casi animal y no deja espacio para nada más. Manos que recorren la piel a velocidad de vértigo, pecho desnudo contra torso, el calor que aflora y lo arrasa todo, me adormece, me atonta, cierra el túnel de mi visión para que sólo pueda mirar sus ojos devorándome. Pura magia sin cabos sueltos.

Me ha desnudado como a un plátano, de pie en el salón de su apartamento. Él luce cuerpo en calzoncillos y me regala una mirada llameante.

—No puedo esperar —farfulla. Atrapa mi nuca, me pega a él y me besa con furia.

Ya lo ha hecho antes, en el ascensor, y la sensación que me ha recorrido la columna mientras me rendía al placer no puede describirse. He flotado por encima del bien y del mal.

—Yo tampoco —respondo.

No me lo pienso, deslizo los dedos dentro de la cinturilla de su ropa interior y tiro con brío hacia el suelo. Su pene erecto golpea mis muslos y, mientras con el pie aparto los calzoncillos, modifico mi postura y lo acojo en mi entrepierna. Aprieto. Jugueteo.

Álex me sujeta el labio inferior con los dientes, masajea mi trasero con una mano y con la otra tira de mis pezones.

Me sorprende. ¿Quién dijo que los hombres no son capaces de hacer varias cosas al mismo tiempo?

—Ponte a cuatro patas, cariño. — Señala el sofá.

No lo dudo un segundo. Estoy tan caliente que podría tirarme por el balcón si me lo pidiera. Apenas separa su cuerpo del mío mientras me inclino, apoyo las rodillas y quedo a su merced, expuesta y anhelante. La temperatura de mi piel asciende muchos grados de golpe. El deseo corre libre, se convierte en fiebre incandescente. Álex arrastra la mano por la curva de mi espalda y se detiene en la parte interior del muslo.

Con un leve tirón me separa las piernas, con la otra mano me inmoviliza el trasero y siento sus caderas presionar y aposentarse. Sólo por unos instantes, luego el contacto desaparece enseguida.

—¡Hey...!

Mi protesta muere, porque noto cómo su lengua recorre mi sexo y, desde esa posición, tan atrás, el brutal efecto me empuja al abismo. Gimo en voz alta, su caricia se intensifica y yo me acomodo al roce de sus labios para hacerla más íntima. Puede que toda mi sangre disponible haya decidido concentrarse en mi clítoris, porque no siento nada más, a excepción de

placenteros pinchazos en unos pezones que parecen diamantes.

—No pares, no pares...

Puede que yo sea esclava de las necesidades de mi cuerpo, pero Álex sabe muy bien cómo domarme. Noto dentro sus dedos, confundidos con su lengua y los pequeños mordiscos que reparte por mi vulva. Entran y salen con suavidad, no hay impedimentos, sólo lubricación. Introduce un tercer dedo. De repente soy puro deseo. Lucho por mantener a raya mis emociones, pero el estímulo es demasiado devastador, sigo al borde del precipicio. La humedad de ambos ya resbala por mis muslos, así

que interrumpe el maravilloso momento que estaba regalándome y vuelve a aproximarse como al principio. ¡Dios! ¡Qué calor despide su piel! Hierve como un horno, noto su respiración contenida y me preparo para el ataque. Se clava en mí hasta el fondo, a sabiendas de que estoy más que preparada para recibirlo. Aun así, es tan intenso que permanece quieto unos segundos, permitiendo que me acople a la nueva situación. Lo noto duro y firme dentro de mí, iniciando su baile. Arqueo la espalda con un gemido largo y él rodea mi cintura con sus grandes manos. Ya soy suya de nuevo.

Todo mi ser se tensa con cada

embestida, lo anima a que se hunda bien dentro y luego se retuerce a su alrededor para impedir que salga. No tengo otro modo de retener a Álex, su amor se me escurre entre los dedos. En el día a día el recuerdo de Camila no me hace sentir cómoda. Y mucho menos segura. Pero cuando cerramos la puerta a nuestra espalda y nos entregamos al sexo, todo queda atrás. Combino su empuje con mi movimiento, atrás y adelante, sintiendo cómo se engrosa y me provoca descargas casi eléctricas. No puedo verlo, pero lo imagino sudoroso y reluciente, de pie entre mis piernas, con una rodilla flexionada contra el sofá,

tomando lo que por derecho le pertenece.

—Nena, voy a correrme —me avisa.

Ya sé que algo se precipita, una mano se levanta, abandona la curva de mi cintura y se enrosca alrededor de mi melena, formando una coleta. No tira, sólo sujeta con fuerza y me atrae en su dirección.

Me dejo ir. No tiene sentido reprimir el estallido por más tiempo. Llega la oleada de escalofríos y grito, liberada de la ansiedad, del anhelo de tenerlo, que me ha golpeado durante todo el día. Los violentos espasmos se disparan cuando sus dedos tantean buscando mi

clítoris y lo masajean en círculos. Alex se está corriendo, pero no se olvida de mí, consigue que tenga un segundo orgasmo, tan abrumador y tan cercano al primero que dejo caer la cabeza y me obligo a cerrar con fuerza las piernas para evitar que el estímulo se prolongue más allá de lo soportable.

—Alex... —Sueno desfallecida. Me encojo sobre mí misma.

Él sale de mis entrañas y atrapa mi cintura con ambos brazos. Mantiene la postura, pero apoya la mejilla en mi espalda. Luego me da un suave beso al inicio del trasero.

—Mi niña. Eres deliciosa. Deliciosa

por dentro y por fuera.

#SoyLaQueSoy

Apenas han transcurrido treinta minutos, que invertimos en reposar y recuperar el compás de la respiración en el sofá de cuero, y ya estamos de nuevo al tajo. La culpa la tiene este hombre hermoso y perfecto que me disloca con sólo mover

el meñique. Si llevara un cartel estampado en la frente que advirtiese «No me mires a los ojos, porque te hipnotizaré sin remedio y haré contigo lo que me dé la gana», el mundo sería más justo.

Ahora, sencillamente me coge de la mano y me conduce hasta la cocina sin preguntar.

—¿Vamos a comer algo? —Soy yo la que pregunta, emocionada cual niña de teta. Por cierto, las llevo al aire y se bambolean que da gusto. Álex no les quita ojo.

—Tú, lo que quieras. Yo a ti, enterita y sin pelar.

Lo silabea en plan amenaza, mientras me pellizca un pezón que de inmediato responde, el muy traidor. Disimulo los nervios con una risita que igual me hace parecer tonta del bote.

—¿Otra vez?

«¡Jesús, si todavía me palpita el totete...!»

—¿Te parece que abuso?

Se está burlando de mí, lo noto en su tono. Y en que me agarra por la muñeca y me fuerza a exhibirme en una pirueta de boba enamorada en porretas.

—No he dicho eso.

—Entonces iré a por ti sin clemencia, todas las veces posibles.

Se me acelera el pulso cuando me iza y me sienta en la encimera de la cocina. Me traspasan sus pupilas fijas en mi boca, resbalando hacia mi ombligo. Sé lo que ocurrirá a continuación. Me separa las rodillas y, de pronto, ya no veo más que su cabello oscuro y espeso entre mis piernas. Me entrego sin oponer resistencia, echo la cabeza hacia atrás con un jadeo y a medida que la succión sobre mi sexo crece y se combina con batidas de lengua, trato de aferrarme a algún objeto, con desesperación. No hay nada sobre esa piedra lisa de color crema a lo que agarrarme.

—Oh, por favor... —gimo, sumida

en una espiral de delirio que hace que me zumben los oídos.

Álex ha vuelto a introducir dos dedos en mi interior mojado y juguetea buscando el punto rugoso que me catapultará directa al Olimpo. Mueve esos largos dedos provocadores con tanta habilidad que me derrito y la necesidad de alojarlo en mi interior es tal que deja de pertenecerme. Apoyo los pies en sus anchos hombros. El hormigueo que precede al temblor y la niebla que anticipa el orgasmo ya están aquí, llamando a mi puerta, y yo sólo tengo que ceder el control y dejarlos entrar.

Lo hago con sumo gusto.

Lo que escapa de mi garganta es más bien un alarido de animal en celo. Álex persigue mi placer y, al minuto, antes de que el aturdimiento se evapore, lo encuentro de pie a mi lado, besándome el cuello, haciéndose hueco para penetrarme.

—No voy a poder soportarlo —susurro ronca—. ¿No has visto cómo ha sido?

—Estás muy sensible, eso es bueno.

Lo tengo dentro. Empalmado y duro como una puñetera piedra. Me deshago de gusto.

—¿Sensible? Debo de estar a punto

de batir algún récord Guinness de corridas encadenadas o algo parecido.

Se ve que no tiene ganas de seguir charlando, porque sella mis labios con un beso ansioso que despedaza mis razones, y se funde conmigo, llenándome por completo.

Nunca había imaginado que follar cansara tanto. Si me hubiesen retado, habría apostado todo lo que tengo y lo habría perdido. Álex me tiene a su lado, abrazada con fuerza, tumbados los dos en la cama tras ese maratón interminable a que se reducen nuestros encuentros,

totalmente exhausta.

Son casi las siete, ha visitado la cocina, esta vez a solas, y vuelve cargado con una bandeja llena de embutido, piquitos, patatas fritas, limonada y agua fresca con gas. Me incorporo a toda prisa y, olvidándome del protocolo y de quedar bien, zampo a cuatro manos.

Él me observa divertido.

—Siento no ser mejor cocinero. Podría preparar unas tortillas a la francesa o unos huevos duros. ¿Qué tal algo de pasta? Debo de tener por ahí un bote de salsa que...

Con la boca llena, le hago una seña

para que calle.

—Déjate de delicatessen, esto está de miedo.

—No entro demasiado en la cocina, me temo.

—Para cocinar, se entiende —añado con malicia—. Da lo mismo, tienes una casa preciosa. Yo no podría comprar algo así ni por asomo.

—No creas que salió tan cara.

Sus dedos, los mismos que un rato antes pellizcaban mis pezones hasta volverme loca, pinzan una loncha de lomo y se la lleva a la boca. Persigo el movimiento extasiada, casi sin querer.

—No me refiero al precio. Creo que

adquirir algo de por vida no es lo mío.

—¿Vives de alquiler? —Asiento—.

La propiedad tiene sus ventajas —me dice.

Yo me encojo de hombros.

—Depende del estilo de vida que lleves. Para mí, el alquiler es la opción más cómoda. Miro adelante y contemplo la posibilidad de cambiar de casa cuando me convenga o cuando la mía ya no satisfaga mis necesidades, y me siento libre. Es genial. Será porque soy un poco...

—¿Inestable?

—No, joder, eso no. —Río—.

Impredecible.

«Inestable» no es un adjetivo que defina bien mi manera de ser, pero sí la de ella. Camila. Siempre presente, incordiando. Ella sí que es inestable.

—¿Te atraen las mujeres inestables?

—Me atrae el cambio, la rutina me asfixia. —Sirve agua burbujeante en dos vasos tallados y añade dos rodajas de limón. Me tiende uno.

—Huyes de la normalidad entonces —sentencio con los dientes apretados.

—Define «normalidad».

Chasqueo la lengua y me río sin fe. Tocado y hundido.

—Tienes razón, es casi imposible. Me refería a una relación agradable y

pausada, que te llene y te haga feliz, que te ayude a crecer y te enriquezca.

—¿Eso existe?

—Ten por seguro que sí.

Por los testículos del puto Minotauro... este chico está tocado en serio. ¿Qué clase de herencia le ha dejado esa loca? ¿La de la indiferencia? ¿La del desinterés, la indolencia y la apatía? ¿La del creer que nada es posible aun cuando ames con todas tus fuerzas? Mientras él siga pensando así y yo sea devota del amor puro, sin reservas, es difícil que entre Álex y yo brote nada sano.

Se me amarga lo que ando

masticando, me dan ganas de escupirlo al suelo. No entiendo exactamente el porqué, pero de repente pierdo la paciencia. Aparto el plato, me alejo de la bandeja y abandono la cama.

—¿Adónde vas?

—Creo que me marchó.

El movimiento de él se anticipa a cualquier otro que yo pueda prever. Salta y me cierra el paso. Me coge del brazo, autoritario, y escruta mis rasgos.

—¿Qué coño ha ocurrido, cómo ha sido y cuándo?

Soy transparente, no puedo evitarlo, y en este momento echo humo. La historia se recrea en mi mente sin

necesidad de nada más. Yo me esfuerzo inútilmente por alcanzar la paz y Camila me propina la patada que no merezco y me lanza lejos.

—Es tarde.

—No es tarde, Sofía. Es sólo lunes por la tarde.

—Pues eso. —Evito mirarlo—. Mañana trabajo. ¡Déjame salir!

El garfio de sus dedos se aprieta alrededor de mi brazo. Mis ojos ascienden tímidos hasta su cara, está mordiéndose el labio inferior con una mueca de salvaje lujuria. Está más empalmado que nunca, si es que eso es posible. Intenta besarme. Me resisto y su

erección crece.

—Mírame. Mírame, Sofía.

Estamos forcejeando, me aparta la melena y busca mis ojos sin suplicar. Él manda y lo sabe.

No puedo luchar contra su superioridad física ni contra el anhelo que me debilita. Le ofrezco mi boca y lo que empieza siendo besos dulces y suaves, acaba siendo auténticas dentelladas de deseo. Me carga sobre su cadera y me remolca a la cama como un hombre de las cavernas, como si no estuviese ya saciado de mí y de mi olor. Un manotazo suyo despeja el colchón de platos y vasos, todo rueda por la

alfombra, me lanza contra las sábanas y, ciego de desenfreno, me muerde los pechos, el cuello, los hombros y me penetra sin siquiera prepararme. Un sexo caótico y algo salvaje, como si llevase un año entero sin fornicar. El latido de su vigoroso corazón retumba, es casi audible.

Entonces lo comprendo. A Álex una simple mirada de desafío lo pone a tono. Discutir lo excita y al primer grito está duro como el hormigón. Es a lo que está acostumbrado, a las feroces descargas de adrenalina. Camila lo convirtió en un adicto al drama. ¿En serio quiero que me arrastre a ese mundo tan sórdido? ¿A

ese pozo negro tan profundo?

Un orgasmo bestial da al traste con mis reflexiones.

Pues va a ser que sí. Estoy perdidamente enamorada, por él cedería hasta el infinito, por él haría cualquier sacrificio, por aberrante que suene. Entre el blanco y el negro siempre hay más colores.

Soy suya por entero. Qué le voy a hacer.

#EntreElBlancoYElNegro

Álex

Estoy de espaldas a la puerta, pero lo bastante atento como para percibir que se abre. En realidad cualquiera lo habría notado, porque ha sido una especie de huracán violento lo que la ha empujado hasta empotrarla contra la pared. Y tras la avalancha llega Camila. Lo sé, lo presiento, aunque aún no me he dado

la vuelta para verla. Está furiosa, la energía que emana es de tal calibre que se estrella contra mi espalda como un muro en movimiento. Justo cuando planeo enfrentarla y saludar, me arroja algo pesado a la cabeza. Lo esquivo con facilidad y cae al suelo. Es un libro grueso que me habría abierto la ceja de haber acertado.

—¿Quién cojones es Ana?! —vocifera fuera de sí.

—Camila, joder, ¿es que quieres fracturarme el cráneo?

—¿He dicho que quién es Ana!

—Una vieja compañera de la facultad; ¿por qué lo preguntas?

—¿Te la has tirado?

Intento retrasar lo que se avecina, estudiando el paisaje exterior a través de la ventana.

—¿A qué viene eso? —gruño malhumorado.

—¿Contéstame! ¿Te la has tirado? ¿Te has tirado a la buena de Ana?

—Una vez... creo.

No voy a darle importancia. Pongo una expresión casi inocente y le muestro la palma de las manos en

señal de entrega. No funciona.

—¡Hijo de puta!

Con un grito que no parece humano, busca otra cosa que arrojarme a la cara. La agarro de la muñeca lo bastante rápido como para evitarlo. En el fuego que despiden sus ojos oscuros hierve mi sangre lentamente. Joder, me está poniendo cachondo toda esta odisea, la tensión embota mi entepierna de un modo irracional. Ahora me gustaría arrancarle la ropa, tumbarla en el suelo y partirla por la mitad a base de empujones.

—Fue hace siglos —explico, clavándole una mirada obscena a su escote—, ya ni me acuerdo.

Doy un paso adelante. Camila me sostiene firme la mirada.

—Pues bien que te escribes con ella.

—¿Has vuelto a hurgar en mis correos? —digo como si la regañase, cuando lo cierto es que todos sus desvelos me hacen mucha gracia.

Esta chica invierte ingentes cantidades de tiempo y energía en mí, buscando fantasmas que ni siquiera existen.

Se abalanza con los puños en alto, presa de un súbito ataque de demencia, y me golpea de forma

repetida con todas sus fuerzas.

—¡No te rías! ¡Coño, no vuelvas a reírte de mí!

Su paliza no me da ningún miedo; sujeto sus muñequitas de juguete y gozo viendo cómo se retuerce.

—Nena, me troncho imaginándote tecleando como una loca o revolviendo en mi papelera de reciclaje a la búsqueda de pistas, como una traviesa detective. — Remarco mi descripción con un lento lametón a lo largo de su cuello. Puedo sentir cómo el vello se le pone en pie y me aplaude. Sus pezones ya están duros, como sabrosos guisantes congelados.

—¡No me dejas otra opción! —chilla hiriente—. Me engañas. Cada vez que me doy la vuelta, me engañas con la primera jodida zorra que se te pone por delante.

—O por detrás.

Sabe bien que eso no es cierto, que no existe más que en sus escabrosas fantasías. Pero que me acuse y se lo tome tan en serio me pone. La arrincono contra la pared y dejo que mi sombra la cubra.

—Quítate la ropa y chúpamela.

—Te odio —me asegura, sin resentimiento alguno

en sus ojos. Sólo un brillo febril que me indica que voy por buen camino.

Le subo la falda, cierro los dedos en torno a su culo. Los celos de Camila me excitan. Su marcado instinto de posesión dispara mi temperatura. Intenta abofetearme, la esquivo, pero su mano ha planeado peligrosa junto a mi cara. Rodeo la de ella con ambas palmas y en cuanto Camila queda libre, sus dedos se cuelan por debajo de mi camiseta y van directos a mis tetillas. Odio que me tiree de los pezones, pero lo hace siempre, para atormentarme. Mis pulgares acarician sus mejillas y Camila atrapa uno de ellos con los dientes. Se lo introduce en la boca y lame con cara de viciosa integral.

Joder, podría correrme sólo mirándola. Mi imaginación se encargaría del resto.

—Métetela en la boca. Hasta el fondo —ordeno.

Y cuando su mullida humedad aterriza sobre mi miembro, cuando galopa por el tronco a pequeños sorbos, dispuesta a conducirme al éxtasis, mis ojos entrecerrados se abren y de un brinco inesperado me siento en la cama.

Es de noche. Veo la melena rubia de Sofía a mi

lado. Su respiración es sosegada y rítmica, la mía agitada y confusa. Pienso en lo mucho que me ha costado convencerla de que se quedara a dormir. Se estira entre las sábanas y su perezosa sensualidad se apodera de toda la habitación. Es como un soplo de armonía coloreada, capaz de invadir los rincones más tenebrosos y llenarlos de luz.

Tengo la boca seca y el corazón al límite, parece que haya corrido cientos de kilómetros por un desierto pedregoso.

«No es real —me digo—, no es real.»

Ella me persigue. Está en todas partes.

Sofía

Si la semana decidiera durar varios lustros, me importaría pimienta y medio. Lo mío con Álex marcha sobre ruedas, nos vemos casi a diario y, si bien es

cierto que apenas hacemos otra cosa que encerrarnos a follar como leones, estamos cerca de ser esa gente que se llama y queda por costumbre para cosas rutinarias, uno un poco parte del otro. En mis horas de oficina, el trasero inquieto se me despega de la silla; no es allí donde quiero estar, sino en la cama, con Álex. Y como no puedo, pienso en él, en nuestros momentos juntos, en el calor que desprende su cuerpo esculpido. No atiendo a casi nada de lo que me cuentan y, desde luego, ando bastante desconcentrada. «No importa —me digo—, es por amor.»

Cuando me tumba sobre su cama, o

sobre la mía, que por mi minúsculo apartamento también pasamos, se me queda mirando de un modo... No sé expresarlo, va mucho más allá de lo intenso. Álex me está gritando sin palabras que me necesita y ojalá, también, que me quiere. La fuerza arrolladora con que sus ojos verdes, brillantes, me traspasan, disipa a ratos todas mis dudas. Si fuese así siempre, si yo supiera exactamente qué necesito de una relación y qué debo darle a él para que no ocupe su corazón ni su mente con nadie más... Lo sé, esta impaciencia mía es criminal y asesina. Ahí la tengo, dando la lata.

Mi elaborada mentira basada en enfermedades raras e interminables pruebas hospitalarias, para disponer de un puñado de tardes libres, puede costarme el puesto en el gimnasio. A mi favor cuento con la suplencia obligada que asumí cuando mi compañera se dejó el menisco pegado en un escalón. Cumplí sin rechistar, cargué con mis clases y con las suyas, y ahora quiero mi contrapago.

Merezco un poco de auxilio, ¿no? Al menos por parte de mi gimnasio, al que tanto desvelos he dedicado, ya que mi compañera Silvia no está por la labor. De hecho aparece gruñona detrás de las

puertas por sorpresa, dando la sensación de que me espía. El martes por la mañana, después de haberme quedado a dormir en casa de Álex y haber recaído un par de veces en el fornicio más insensato de buena mañana, llegué al despacho a las tantas. Eso sí, feliz como una rosa temprana. Silvia no estaba, pero Helen tenía los pelos tiesos y mil cuarenta mensajes de «la jefa» reclamando mi presencia urgente.

—Está buscándote histérica perdida, no sé bien qué ha pasado —gimió.

Y tuve la sensación de que la chica estaba apurada.

Señalé mi móvil atónita.

—¿Y por qué no me ha llamado? Un mensaje...

—Tengo entendido que unos clientes querían consultarte algo, una emergencia, no sé bien de qué iba la cosa.

—Sigo pensando que habría podido localizarme por teléfono, en lugar de montar este pifostio y meterte en medio.

—Imagino que querrían verte aquí, en la oficina. —Se atusó nerviosa la melena—. Ay, Sofía, cuando Silvia se cabrea no da muchas explicaciones, ¿sabes? Sólo grita y gesticula.

Suspiré y mis ojos volaron, sin querer, hacia la puerta cerrada del

despacho de Carla, ahora vacío. Iba a tener razón ella: convivir con Silvia iba a suponer concederle todos los caprichos a la hora que se le antojase.

—La llamaré —traté de tranquilizarla—, no te preocupes. Si pregunta, dile que ya me has puesto al tanto.

—¿Te preparo un té?

—Por favor —dije agradeciéndoselo por encima del hombro, camino de mi cubículo.

No marqué ningún número, por descontado. Si Silvia necesitaba algo de mí, que volviese a telefonar y se explicase como Dios manda. Ya estoy

harta de pataletas. Pero ni regresó de la calle en toda la jornada ni envió mensajes amenazantes ni llamó a gritos. «A veces las cosas se solventan solas», me dije, mecida por la dulce memoria de mis sesiones de sexo con Álex.

—¿Puedo entrar? —Era Helen, cargada con mi taza de té y unas pastitas de Lepanto. Pecado mortal para la celulitis y las caderas.

—Sí, claro, adelante.

Hizo hueco con una mano en el caos que a veces es mi mesa y dispuso el minidesayuno con una sonrisa. Le hice un gesto distraído de agradecimiento. Para aquel entonces ya estaba yo sumida

en un sesudo informe.

—Si no necesitas nada, visto que Silvia no volverá hoy y que no tenemos más visitas pendientes hasta la tarde, me llevo al Colegio de Abogados, no sea que cierren, a solicitar currículos de posibles inquilinos. Silvia quiere rematar el tema cuanto antes.

Pensé en lo testaruda que es mi amiga, negándose a cobrarme un alquiler. Igual lo necesitaba y se negaba a reconocerlo. Asentí sonriendo.

—Perfecto.

En cuanto oí cerrarse la puerta principal, me arrebató un inexplicable sentimiento de añoranza, en el centro del

cual se encontraba Carla.

Estamos a jueves y la actitud de Silvia me ha empujado a modificar sensiblemente mis intenciones. No he vuelto a rendirme a los encantos de Álex, y aunque nos hemos visto y follado hasta morir cada tarde, he procurado dormir en mi apartamento a diario y llegar a las nueve de la mañana, como de costumbre. El miércoles tuve una medio bronca con Silvia por culpa de los horarios, que no va a volverse a repetir.

—Pensé que aquí manteníamos

cierto orden —dejó caer con retintín—; en cuanto a programa y agenda.

—Claro —repliqué muy tranquila—, tú tienes tu horario y tus compromisos, yo los míos.

Una mueca de contrariedad le crispó la preciosa cara. La tenía de pie, intimidándome, delante de mi escritorio, y yo tuve que apartar mi tarea y concentrarme mucho más en la discusión, porque superaba el mero intercambio superfluo de palabras que había parecido en un principio.

—Ah, ahora es eso. Pero, Sofía, hasta anteayer venías y te marchabas, de forma invariable, a la misma hora.

Cometo el error de confiar en que estés aquí en ciertos momentos...

—Tú no apareciste ayer martes y nadie te pidió explicaciones —la corté sin que se lo esperase.

Dio un respingo y se retorció entre los dedos un mechón rubio.

—Mira, no voy a discutir estas cuestiones, ya somos mayorcitas para saber cómo atender nuestras respectivas profesiones. Lo único que necesito saber es si puedo o no contar contigo.

Los tonos de ambas se habían endurecido y creí oportuno suavizarlos. Estaba a punto de mandarla a la mierda por controladora, cuando recordé que la

única condición con la que había aterrizado en aquel idílico despacho era que me encargase de las evaluaciones de sus clientes siempre que hiciese falta. Vale, es posible que su petición tampoco fuese descabellada.

—Claro que puedes contar conmigo, cielo —contesté mucho más serena—; es sólo que algunos días se desmadran un poquito desde la noche anterior.

Acompañé mi frase con un guiño, por ver si le arrancaba una sonrisa, pero Silvia me siguió mirando con más curiosidad que otra cosa.

—No sé de qué puede tratarse —refunfuñó—. No me haces el menor

caso, no salimos, ni de compras ni de cena ni nada. Cuando André se marchó, me prometiste que no nos separaríamos.

¿Yo prometí eso? Más bien ella esperaba que lo prometiera. Silvia frunció el morrito como una niña pequeña a la que se le niega una golosina. Sus ojitos verdes demandaban atención.

—Salí a dar una vuelta con tu hermano —le dije con una sonrisa bobalicona, convencida de que la noticia la convertiría en mi cómplice.

Pero en lugar de darme ánimos, o información privilegiada, Silvia cambió de tercio, arqueó el cuello, me repasó

casi con lástima y giró sobre sus tacones dando por finiquitada la charla.

—Espero que sepas dónde te metes —sentenció camino de la puerta. Y el modo en que lo dijo me produjo un fúnebre escalofrío.

No negaré que el desinterés de mi amiga cuando por fin reconozco tener algo con su hermano, hecho que hasta ahora ha pasado por alto pese a las pistas que hemos ido dejando, me desconcierta. Entiendo, hasta cierto punto, que Silvia pretenda mantener al margen nuestra amistad, pero no

implicarse absolutamente nada, ni para alegrarse siquiera... Joder, no lo entiendo.

—Debe de ser que está celosa —aventura Ximena cuando se lo cuento.

Han cancelado mi cita de las doce: una anciana en continua gresca con su vecina, interesada en saber si presenta rasgos paranoides, ella, no la vecina, y aprovecho para llamar a mi casi hermana, con los zapatos de tacón tirados por el suelo y los pies descalzos sobre la mesa.

—Entiéndeme —continúa Ximena —, no celosa en el sentido literal del término. Pelusilla, el tiempo que le

dediques a su hermano, de algún modo se lo sisarás a ella.

—Coño, Xime, qué análisis más profundo.

—Es que debe de sentirse muy sola desde que su novio se las piró a hacer las Américas —se cachondea—. Cómo mola que a una tía tan buena la abandonen, tirada cual colilla. Me impulsa a creer de nuevo en la existencia de justicia divina.

—No seas cerda. —Río.

Ximena, su espeso flequillo, ahora rojizo, y sus cosas.

—Era broma, Silvia no me cae del todo mal. Tampoco bien, conste. Desde

que la conocimos se ha mostrado muy posesiva respecto a tu persona, así que supongo que contaría con que ahora que anda sola, Sofía, su mejor amiga, la entretendría y le curaría las pupitas del corazón.

—Y yo, mientras tanto, me tiro a su hermano —murmuro reconcomida.

No me siento muy orgullosa de mi nuevo yo, el que nació cuando Sergio me dio la patada en los dientes que me hizo espabilar.

—Di que sí, hija, al folleto y a disfrutar, que el mundo se acaba. Que si no es el ébola es otra chirimbaina, pero siempre nos tienen en un ay. ¿Tú eres

feliz?

Me quedo pensando. Si les doy un conveniente zarpazo al montón de dudas estúpidas que corretean y hacen cosquillas en mis neuronas, lo soy. Más feliz que un conejo en una mata de tréboles.

—¡Sí! —Y mi afirmación brilla con fluorescentes, por sí sola.

—Pues eso es lo único que importa.

Tiene razón. Así son las cosas cuando se vive sin miedo. Ojalá yo no lo tuviera.

—¿Qué tal el curro? —pregunto.

—Interesante. Absorbente, acabo molida, pero apasiona. Estoy

aprendiendo mogollón de cosas nuevas. Esto es otra historia, Sofía, otro universo.

—¿Y el hotel? ¿Sigues allí? —
Chupo el capuchón del boli hasta hacerme daño en la encía.

—Ya me he puesto manos a la obra. Pienso pillar el mejor apartamento de Madrid, y al mejor precio.

—¿Y eso, de repente? Dijiste que...

—Ya sé lo que dije, pero la habitación del hotel es tan impersonal...

Una ráfaga de lucidez cruza mi mente y detecta algo sospechoso en el tono de su voz.

—Hay algo más.

—Bueno...

—¡Desembucha!

—Tengo una compañera de piso.

—¿Eing?

—Una gatita callejera, mimosa y divina, que me hace compañía. Se llama *Simi* y de momento vive conmigo al estilo clandestino.

—¿Te la dejan tener en el hotel?

—Claro que no, bobo, por eso somos ilegales. Tenerla me ha costado comprar el silencio de la camarera de piso. Menos mal que adora los gatos y sólo me pide una bolsa diaria de gominolas como pago por mantener la boca cerrada, pero esto no puede durar;

cualquier día nos pillan y vamos las tres a la calle: la camarera golosa, *Simi* y una servidora.

—Entiendo. Sí, necesitas un piso. Especialmente habilitado para recibirme cuando me rompa en pedazos y tenga que correr a refugiarme en tus brazos.

La verdad, no sé a qué viene esta patochada, habíamos quedado en que yo era dichosa. Ximena suelta una exclamación al aire que más bien parece el rugido de una leona defendiendo territorio.

—¿De qué hablas ahora? ¡Que estás en las mieles del comienzo de un noviazgo!

—Es que no creo que tenga ningún noviazgo, todo lo más, un amante... ocasional. —Pronuncio la última palabra con reverente temor y lo único que consigo es que el boli se me caiga al suelo y mi amiga se descojone a mi costa.

—Pero bueno.

—Buenísimo —confirmo con un silbido.

—¿Entonces? ¿Es que voy a tener que convencerte de la suerte que tienes? No te recordaba tan pesimista, chata barata.

—Sabes que para ciertas cosas soy tradicional —comienzo con un

tartamudeo.

—Más que un equipo de monjas.

—Pues no me gustan las que arrancan sin nombre.

Señor, ahora estoy a punto de echarme a llorar. Debo de estar en uno de esos días de ovulación que me trastocan, porque igual recuerdo las caricias de Álex y toco el cielo, como me arrebató con la certeza de que me dejará plantada cuando menos me lo espere.

—Sofía, por tu madre... ¡no te comas más el coco!

—Lo intento —gimoteo poco convencida.

—Cuéntame cosas bonitas, chulas, divertidas. Cuéntame alguna anécdota de los dos.

Me quedo pensando. Fuera de la cama no tengo muchas para elegir y dentro la selección es escandalosa y, por supuesto, privada.

—Bueno, por ejemplo... Álex nunca había probado las garrapiñadas...

—¿A quién coño le importan las almendras pasadas por almíbar cuando te estás beneficiando al que con toda probabilidad sea el tío más bueno de Málaga?

—Creo recordar que no lo aprobabas.

—Y sigo sin aprobarlo. Pero si te tiene contenta la almeja, con lo que yo te quiero, tiene mi bendición.

#AsíComoSuen

Silvia actúa en plan araña, tejiendo su tela, y yo soy la mosca enredada que acepta salir a cenar con ella el viernes por la noche, cuando había pensado pasar la noche con Álex. A él se lo explico por teléfono. Me comprometo a

no ir más allá de unas tapas con su hermana y me asegura que me espera en casa, en pelota picada, con sorpresa.

No puedo con el ansia viva. Silvia me relata mil y un detalles de la vida de André en la lejanía y yo simulo atenderla, pero no aparto el tabuco de Álex de mi pensamiento, el modo como me hace suya. Tengo la sensación de ir contracorriente, porque floto eufórica en una nube de rosa felicidad, mientras a mi alrededor la gente se estresa y se cabrea. Hoy, sin ir más lejos, la propia Silvia ha estrellado un expediente contra la pared y Helen se ha pasado casi una hora de rodillas, recogiendo y

ordenando papeles.

Menuda semana, coño, casi me siento culpable por no estar deprimida.

—Dice que vendrá pronto a verme, pero ¿cuándo es pronto? En el caso de André, pronto es nunca.

Caigo del guindo, porque aunque no entiendo lo que dice, un runrún de letras cantadas se pega a mi oreja. Es Silvia abrazada a su cerveza y un pelín piripi ya, despotricando, para variar. Yo estoy un poco hasta el moño de consolarla con palabritas blandas. Si André piensa venir o follarse a medio Nueva York es algo que ni sé a ciencia cierta ni me importa.

—Vas a tener que trabajar tu paciencia —le aconsejo profesional y seria.

«Ya ves», le dijo la sartén al cazo, cuando yo peco de lo mismo.

Me dirige una mirada atravesada.

—Eso no me sirve.

—Pues, chica, no tengo disponible otra cosa.

Ella se endereza y se aparta el pelo de la cara. Lleva una camisa vaquera con cinturón de cuero a la cadera, pitillos también tejanos y, a su lado, en el asiento, pulcramente plegado, un abrigo turquesa que centellea. Como se descuide, acabará bañado en cerveza,

pues está moviendo demasiado las manos.

—¿Qué coño te pasa? Estás rabiosa o algo parecido...

Es el momento de soltar mi colección de demonios.

—No entiendo tus reparos a que salga con tu hermano. Suponía que darías saltos de entusiasmo y me contarías un montón de chismes con los que conocerlo mejor —suelto, haciendo girar mi vaso de limonada—. A fin de cuentas, seríamos cuñadas.

Silvia se encoge de hombros y suspira.

—Álex no es de fiar. Es un

mujeriego inconstante que es probable que te rompa el corazón. Y, de algún modo, yo me sentiré culpable cuando eso suceda.

Intento embozar el malestar que me produce su confesión. De hecho, estoy temblando. No es lo mismo temerlo que oírlo, verbalizado, de boca de su propia hermana.

—Además, tienes lo de Sergio muy reciente —balbucea—. Se llamaba Sergio, el cabrón, ¿no? Deberías tomarte un tiempo para recuperarte, sólo para ti, sin complicarte con nadie. Salir y entrar con amigas, divertirte...

«Y entretenerte a ti de paso, claro.»

Me indigno y exploto como un cohete de verbena.

—Debería darte vergüenza.

—¿A mí? ¿El qué?

—Tener esa opinión de tu hermano y encima irla contando.

—No la voy contando —replica—, te lo digo a ti porque eres la que se acuesta con él. Y es la pura verdad.

—Deberías darle una oportunidad, el beneficio de la duda —añado con pasión.

Silvia me mira y tuerce un ojo. Creo que está a punto de echarse a reír y, si lo hace, me moriré aquí mismo.

—Genio y figura hasta la sepultura,

eso dice mi padre.

Me pongo de pie de un brinco y cojo mi abrigo negro. Llevo un pantalón del mismo color y un jersey rojo vivo que no ha conseguido alegrarme.

—¿Adónde diablos vas?

—He quedado. Con tu hermano, por si quieres saberlo.

—Vas a dejarme plantada.

—Como un geranio. Ya hemos pasado un rato juntas, es lo que prometí.

Esto, que parece una discusión entre amigas, es en realidad un planteamiento de ultimátums. Estamos furiosas, desilusionadas y nos gustaría liarnos a tortas. Sólo que preferimos lanzarnos

flechas invisibles que hacen el mismo daño.

—Vaya, contando los minutos que me dedicas.

—Podemos tomar café mañana — sugiero, tendiendo un cable a la tregua.

—Qué, ¿ofreciéndome las migajas?

Decepcionada conmigo misma, giro sobre mis tacones y me dirijo a la salida.

—No te vayas. —Consigue que suene como una orden.

—Hasta el lunes, Silvia. Cógete un taxi.

Por el camino, helada y embutida en mi abrigo, a lomos de *Martita* me zafó del mal rollo. Estoy como loca por descubrir cuál es la sorpresa de la que me ha hablado Álex. Aparco en una calle lateral, donde la moto quede menos a la vista, una costumbre no sé si es mala o buena y que he adoptado tras el asalto de Camila, y pulso el botón del ático en el telefonillo.

—¿Sofía?

Me derrito con sólo oírlo decir mi nombre. Es sexual y caliente. Me llama y exige que me deje atrapar. El que me ofrece es un juego que invariablemente aceptaré, cueste lo que cueste.

—Soy yo.

Sin más intercambio de información, la puerta se abre con un zumbido musical. Es viernes por la noche, Álex no ha hecho el menor intento de salir de juerga con sus amigos. Mientras yo atendía a su absorbente hermana, se ha quedado en casa y me ha preparado una sorpresa. Todo eso significa algo. El espejo del ascensor me devuelve el reflejo de una chica expectante, con las mejillas arreboladas de emoción. Me brillan tanto los ojos que parezco extraterrestre: es lo que me decía mi hermano el sieso cuando era pequeña y quería amargarme.

La puerta del apartamento de Álex está entreabierta. Apenas una ranura, suficiente para entrar sin llamar. Empujo y lanzo una exclamación. Las luces apagadas hacen que el caminito de velas que ha dispuesto en el suelo sea más visible e irreal; parece un cuento de hadas, el sendero de baldosas amarillas que me conduce al cuarto de baño, del que sale un extraño resplandor anaranjado.

—Oh, qué bonito —susurro.

Cierro la puerta de la calle y dejo el bolso y el abrigo sobre el sofá. Camino despacio, con mucho cuidado para no pisar nada. Flexiono la cintura y me

libro de las zapatillas planas que llevo en los pies. Las tiro no sé dónde. El corazón me galopa y sólo quiero saber qué se esconde tras ese velo luminoso.

Álex me espera en la bañera. Ésta rebosa espuma y un millar de velas la rodean. Me seduce con la mirada de sus ojos transparentes y me indica sin necesidad de hablar que me desnude y entre con él. Fuera ha empezado a llover, pero me importa poco. El repiqueteo de las gotas sobre el techo plano del apartamento nos acompaña hasta que él pulsa algún dispositivo remoto y las notas de *Lost*[12] en la voz de Chris Martin invaden el espacio.

¿Por qué la habrá elegido? Trato de no concentrarme en la letra, mejor dejarme llevar por la melodía mientras me contoneo y me saco el jersey por la cabeza. Alex sigue mis movimientos con suaves toques de aprobación. Me bajo la cremallera de los pantalones y me los deslizo del modo más sensual que sé. Me abandono a la música, que es deliciosa y tan envolvente como un abrazo de mi amante. Cuando mis braguitas de encaje y el sujetador a juego saludan desde el suelo, mi piel se empapa de la humedad jabonosa que llena la bañera y Sofía sube directamente a las nubes.

Hemos hecho el amor en el agua, despacio, él sentado y yo a horcajadas sobre sus caderas. Enlazando su cuello con los brazos, nos hemos besado, con suavidad primero, con ansia devoradora después. Ya me lo he encontrado erecto y deseoso y yo venía húmeda y preparada, de modo que sólo he tenido que encajarme en su miembro hambriento para quedar unidos por una eternidad que dura un instante. Me mece con dulzura desde la cintura, me acomodo a sus envites, entrecierro los ojos y suspiro embelesada.

—No, mírame —me pide en un susurro ronco.

Odedezco de inmediato. Encontrarme con esos ojos de gato en celo me arrastra al abismo. Sus dedos se abren a lo largo de mis costados y aprietan el lazo que me une a su cuerpo.

—Intenta escaparte ahora —dice provocándome con una turbadora sonrisa.

—Ni se me ocurriría. ¿Dónde iba a estar mejor que aquí?

—Tonteando por ahí con mi hermana, buscando emociones fuertes...

—Ah, claro. —Empujo con violencia mis caderas y me hundo hasta

el fondo. Álex gime y yo sonrío satisfecha—. Resulta que existen emociones más potentes que ésta — vuelvo a machacar contra su pene—, y que ésta —una vez más—, o ésta...

Me corro de forma estrepitosa. Mi espalda se arquea, mi cabeza busca la lejanía, mientras mi garganta jadea y mis sensibles pezones rozan el dolor cuando Álex los chupa y los muerde aprovechando la proximidad. Me obliga a replegarme de inmediato. Entierro la cara en su cuello y él deposita un millón de suaves besos, al tiempo que me acaricia la espalda.

Qué gozada.

Beso las comisuras de sus labios y lo desafío con un mohín y un ronroneo sedoso. Dejo que mi mano resbale hasta su entrepierna y aferro su pene, duro peñón, entre mis dedos.

—Señor, seguimos para bingo.

Estamos arrugados de tanta agua y ya hay más en el suelo, fuera de la bañera, que dentro. El sexo ha sido tan escandaloso y movido, nuestros orgasmos tan intensos, que hemos rebosado sin reparar en nada más. Observo callada cómo recoge una a una las velas y las acomoda en sus grandes

manos. Le caben muchas, no se quemará, las cambiará de sitio y convertirá otra zona sombría de la casa en un pequeño universo privado, iluminado con los destellos de nuestro sol particular. Como tampoco se quemará dándolo todo en una relación. En cualquier esquina de su prodigiosa anatomía, Álex lleva escrito a fuego que no se entregará jamás. No, al menos, del modo que yo necesito para respirar a través de él.

Noto un leve estremecimiento que ojalá volase lejos, porque empaña mi dicha.

—Álex, ¿hacia adónde vamos? — pregunto con voz queda.

Se incorpora a medias y sonrío. Bate huracanes cuando lo hace, es sencillamente irresistible.

—A la cama. Verás qué bien.

Eso es todo. Su gesto ha sido pícaro, travieso y cómplice, incluso sensual, pero no amoroso. Me siento vacía, desorientada, desesperada por saber cómo me ve. ¿De verdad le importo?

Tres minutos más tarde lo he olvidado todo, lo he perdonado todo. Bajo su peso, con parte de él dentro de las entrañas, agitándoseme en lo más profundo, exigiendo que le entregue todo mi placer sin condiciones, las cosas se ven distintas. No tan amenazantes.

He llegado a la conclusión de que la gente, mucha gente, habla en círculos. Hoy desayuno sola, ya que Silvia se ha marchado cagando leches al juzgado, cargada de carpetas hasta los dientes, con un humor de perros y casi sin dirigirme la palabra. No hay nuevo inquilino o inquilina aún para el despacho libre. Como siento una especie de agujero negro a nivel del estómago, me consuelo pensando que con un poco de relleno mejorará. Aprovecho mi libertad para variar la rutina, cambiando de cafetería. Toda una aventura de

riesgo, me digo. Y desde la mesa, a pesar de que el zumbido que retumba entre mis orejas pide por compasión un poquito de silencio, no tengo otra que tragarme la charla de dos chicas con frases que vienen y van, diciendo lo mismo; son la caricatura de un gato dando vueltas sobre sí mismo, tratando de agarrarse el rabo.

¿Seremos Álex y yo también así? ¿Por qué tengo la sensación de que caminamos en círculos en torno a un mismo error y no sabemos cómo liberarnos?

El sábado fue redondo y perfecto. Silvia, enfurruñada con mi huida del

viernes, no se atrevió a interrumpirme. Ni llamadas ni mensajes de nadie con intención de incomodar. Amanecí en el apartamento de Álex, en su inmensa cama de sábanas revueltas saturadas de sexo del mejor, y después de desayunar, devorarlo y dejarme devorar por enésima vez bajo la ducha, volví a casa a cambiarme de ropa y a preparar una pequeña bolsa de viaje con lo imprescindible, la cual después de hecha abandoné sobre la cómoda por temor a parecer una caradura. En ningún momento Álex me había invitado a quedarme allí con él.

Tomé el aperitivo con Luluis y con

sus ocurrencias me eché unas risas tan de verdad, que cuando llegó la invitación de Alejandro el Grande para el almuerzo, casi me sobresaltó. Acudí resuelta, irradiando buen humor, con el arrebatado de posesividad y mis comeduras de coco bajo control.

Pasamos juntos el resto del día, almorzamos, fuimos al cine, cenamos de tapeo, tomamos más de cuatro copas, bailamos en un par de garitos, y mientras eso ocurría, nos contamos muchas cosas de nuestra infancia, manías y gustos, nuestras rencillas con los hermanos, nuestra música, nuestros planes por cumplir. Ahí le confesé, algo borracha y

sonrojada, que estaba empezando una novela. Él me pidió leerla, yo me negué rotunda, y acabamos enredados en un manoteo que se transformó en abrazo. Nos replegamos un poco achispados al hogar, donde nos aguardaba el mejor maratón de sexo que recuerdo.

Entre gruñidos, nos devoramos, exploró mi vagina con los dedos, su lengua succionó mi clítoris, mientras mi boca lamía y chupaba su pene. Creo que no hay nada mejor que un 69 bien hecho. Cabalgué sobre Álex hasta caer rendida y alcancé un número de orgasmos equivalente al de cualquier mujer durante toda su existencia. Los suyos me

explotaron dentro una y otra vez, llenándome. Es alucinante el modo como nos compenetramos. Me arrastró al colchón, empecinado en que me quedase a dormir, y tuvo que prestarme un cepillo de dientes. Lástima de mi bolsa de viaje malgastada.

El domingo no podía cerrar las piernas y estaba como escocida. Qué ganas de reír a carcajadas y de contárselo a Ximena. Qué pena no poder compartirlo también con Silvia.

Pero por la tarde llegó el derrumbe.

El horno última generación de mi arquitecto nos cocinó dos pizzas que parecían salidas de una *trattoria*

veneciana, crujientes y deliciosas. Las saboreamos acompañadas de un Prosecco bien frío, acurrucados en el sofá de cuero dulce. Chupándose el tomate de los dedos, Álex se levantó, fue hasta un mueble del salón y volvió con lo que parecían dos carátulas de DVD, una en cada mano.

—¿Película o karaoke?

—¿Tienes un karaoke?

—Claro, para las fiestas. Este ático es un antro de perdición, nena, aquí el que viene no se va sin la experiencia del cachondeo máximo.

Recordé lo requetemal que aúllo en la ducha y decidí mantener intacta la

buena imagen que Álex pudiera tener de mí.

—Dejemos el karaoke para otro momento más inspirado. ¿Qué peli es?

—*Moulin Rouge*.

Se me desencajaron los ojos de pura emoción. Cuando quise darme cuenta, estaba de pie en el sofá, haciendo equilibrios.

—¡Es una de mis pelis favoritas! — Me puse a saltar y a palmotear como si me estuviesen saliendo los dientes—. ¡Ponla, ponla!

Álex me estudió conteniendo la risa y, en cuclillas, manipuló el aparato. Estaba desnudo de cintura para arriba,

llevaba puesto el pantalón del pijama y su torso, sus hombros, su espalda y sus brazos eran un monumento a la perfección hecha carne. Me entretuve en observar el modo en que sus músculos se marcaban aquí y acá, mientras introducía el disco. Me mordí el labio superior para controlar el impulso de arrojarme en plancha sobre él y violarlo diez veces seguidas.

—Vamos allá. —Recuperó su espacio en nuestro sofá y pulsó el mando a distancia.

En unos cinco minutos, la más hermosa historia de amor convertida en musical que mi memoria recuerda, nos

aletargaba con sus miradas incendiarias y sus melosas cantinelas. Cuando llegamos a la escena en la que él le dedica su canción y salen a bailar al tejado bajo las estrellas de la noche de París... Álex se puso de pie y, ceremoniosamente, me tendió la mano.

—¿Baila usted, señorita?

Por supuesto que bailo. Faltaría más.

Permití que me envolviera en un abrazo apretado, que su mano encarcelase mi cintura y compusimos una danza que levemente recordaba a un vals. Para remate de mi sorpresa, él arrancó a cantar con una voz de barítono capaz de superponerse a la de Ewan

McGregor, mucho más aterciopelada y sensual. Se me descolgó la mandíbula. ¿Más talentos... ocultos?

—¿También cantas?

No me hizo el menor caso y prosiguió desgranando la letra en un perfecto inglés sin acento, clavándome una saeta de ojos verdes. Sus pupilas se dilataron al mirarme.

—Deberías presentarte a un concurso —susurré empuñada.

Los dedos de Álex acariciando los míos, mi pelvis adosada a sus muslos y mis ganas comprimidas a punto de explotar. Grandes pupilas que lo decían todo. Mis absurdos comentarios

no venían a cuento, los soltaba tan sólo para calmar el nerviosismo que me provocaba su cercanía, a la que no me acostumbraba. Entonces, como si adivinase que necesitaba aliviar la tensión, me rozó con la punta de un dedo el borde de las pestañas.

—Joder, nena, qué largas; ¿son auténticas?

Hice como si me mosqueara y traté de apartarlo de un manotazo.

—¿Cómo te atreves? Pues claro que lo son y de la mejor calidad. Mira —parpadeé furiosa y rápido—, como abanicos cordobeses. ¿Con quién te crees que tratas?

La broma se diluyó en el ambiente y esa tirantez de la que huía empeoró al inclinar él la cabeza y buscar mis labios. Para romper ese instante mágico estaba el timbre del interfono. Di que sí.

Me puse rígida. Él también. Cabía la posibilidad de que fuese Camila de nuevo a la carga. En contraste con mi incipiente ataque de nervios, Álex sólo parecía contrariado. Arrugó con suavidad el cejo y me hizo una seña con el dedo.

—Aguarda un momento, voy a ver quién es.

Eso, mira a ver quién demonios interrumpe, un domingo de resaca a las

cinco y media de la tarde.

#QuieroQueTeVayas

Regresó un poco pálido pero sereno. Para mi total pasmo, se puso a buscar y a recoger todo lo que me pertenecía, básicamente ropa tirada por el suelo, y se la cargó en el antebrazo.

—Nena, son mis padres. Me vas a

disculpar, pero pretendo no dar demasiadas explicaciones acerca de mi vida privada. ¿Te importa marcharte antes de que suban?

Me quedé del color de la leche. Y por dentro ardí de coraje. Allí estaba, dedicándome su mejor sonrisa, ignorando la furia grabada en mi rostro.

—¿Que me vaya?

Puso esa ofensiva cara de póquer de nuevo, que me encabritó.

—A ser posible por la escalera, ellos suben en ascensor.

—Por la escalera. Desde el ático.

Yo había empezado a vestirme allí mismo, en el salón, un poco aturdida, lo

reconozco, pero sus continuas y ansiosas miradas hacia la puerta acabaron con mi paciencia. Le arranqué el anorak de las manos, me lo coloqué tal cual encima de su pijama, me calcé los zapatos, me colgué el bolso al cuello y, con una mirada furibunda, rescaté mi vestido hecho un gurrño.

—No me acompañes a la salida, gracias, sé llegar solita.

—Oye, Sofía...

Giré sobre mis talones, con el índice como un espagueti almidonado.

—Tampoco se te ocurra pedirme que no me cabree, que me parece muy fuerte —le advertí—. Tengamos la fiesta en

paz.

Ésos y el camino de vuelta a casa, helada a lomos de *Martita*, son mis recuerdos de un fin de semana que comenzó de premio para rematar como el rosario de la aurora. Ya empiezo a hartarme de las fluctuaciones de esta insegura relación, que lo mismo va de perlas que se estrella contra el asfalto. Álex es un pantano de arenas movedizas en el que a mí me ha dado por retozar sin precaución. Ojalá pudiera extirparlo de mi pensamiento. Ojalá no me gustara tanto. Ojalá no enloqueciera sólo con

verlo. Álex, Álex, omnipresente Álex.
Mi purgatorio particular.

La banda sonora de *Gladiator* sonando en mi móvil desinfla el globo de mis fantasías. Es Helen desde el despacho. Y si la secretaria llama es que un buen marrón te espera.

—Sofía, ¿has terminado de desayunar?

—Justo ahora iba a subir; ¿ocurre algo?

—Hay aquí un... un chico. —Me pregunto por qué titubea al calificarlo como ser humano del género masculino —. Viene por lo del despacho en alquiler.

—¿Has avisado a Silvia? —No me gusta meterme donde no me llaman.

—Imposible, tiene desconectado el teléfono. En cualquier caso...

—Quieres que lo atienda yo —comprendo sin necesidad de muchas explicaciones.

—Sí, porfa; el caso es que me dice que ya se entrevistó con Silvia, o que ella lo seleccionó antes... No me he enterado demasiado bien.

Parpadeo asombrada. Por lo general, Helen no es tan despistada, es aguda y pizpireta.

—¿Y eso? ¿Cuántas cosas hacías al mismo tiempo?

—Me he puesto nerviosa. —Se hace un silencio sospechosamente largo—. Cuando vengas lo entenderás.

Y vaya si lo entiendo. Tengo delante al mismísimo clon vivo de David Gandy, con barba de dos días y traje chaqueta de impecable azul marino. Este abogado corta la respiración, no le arriendo las ganancias a la multitud de juezas que tengan que vérselas con él a diario. Se me escapa una risita insolente cuando le tiendo la mano y me presento.

—Soy Carlos Reyes —me responde.

Y su voz de bajo rivaliza con la de

Alejandro el Grande. Intercambio una veloz mirada de comprensión con Helen, que estira las comisuras en un gesto que grita «¡*Mon Dieu*, está para mojar pan!».

—Dejé mi currículum en el Colegio de Abogados, porque estaba interesado en compartir despacho con otros compañeros.

—Yo no soy precisamente compañera de profesión, pero sí de oficina. Silvia ahora no está. Puedes pasar a mi despacho, no sé si podré darte demasiada información acerca de las condiciones...

—Ah, no hace falta, Silvia me llamó

y me las enumeró todas. Las acepté. De hecho, sólo falta firmar el contrato y que traiga mi ordenador.

—Vaya. —Me vuelvo hacia él en mitad del pasillo y hablo por encima del hombro. El guapérrimo Carlos me sigue de cerca—. Ignoraba que los trámites estuviesen tan adelantados, Silvia no me ha comentado nada.

—Por lo visto hizo una preselección de candidatos a partir de nuestros currículos y nos entrevistó a todos por teléfono.

Llegamos a mi mesa y le indico con cortesía que ocupe uno de los confidentes, yo me siento en el otro.

—Tuvo gracia... —Se roza la nariz con un gesto tímido.

—¿El qué?

—Silvia me preguntó... me preguntó si el de la foto era realmente yo.

Suelto una risita cómplice y entrelazo los dedos, me retuerzo las manos y me turbo. Decido echarle un capote a la infantiloides insensata que tengo por amiga.

—Supongo que estaba de broma.

—Eso espero. —Carlos ladea el cuello y tuerce los labios en un mohín encantador—. La verdad, estoy un poco hasta las narices de que se cuestione mi valía como abogado por culpa de... —se

señala a sí mismo con un vaivén de mano— esto que sale al exterior. Cuando las mujeres hermosas e independientes os quejáis de que alguien os utiliza como un objeto, puedo asegurar que comprendo la sensación.

—El mundo está demasiado...

No llego a rematar mi sentido discurso porque Silvia aparece jadeante por la puerta, con las mejillas arreboladas, el pelo revuelto, los ojos brillantes y pinta de haber echado un par de carreras.

—¡Por fin he llegado! —exclama, ofreciéndole a Carlos una mirada codiciosa—. Soy Silvia Conde, lamento

la demora. —Se planta en mitad de la oficina y tiende una mano, que Carlos estrecha con gesto complacido—. ¿Puedes venir y charlamos? Te enseñaré el despacho vacante.

Él se pone en pie, obediente, y ella se dirige a mí, que sigo sentada dándole vueltas a un bolígrafo.

—Veo que ya conoces a Sofía; mil gracias por atender a Carlos.

—No hay de qué.

—Hasta ahora —me dice él con una arrebatadora sonrisa—, encantado.

—Lo mismo digo.

Apenas lo pronuncio ya he desconectado. Me hundo en mis

garabatos y no salgo de ese estado de extraña concentración profunda hasta que la rubia de ojos verdes invade mi espacio para invitarme a comer.

—Voy a tomar un aperitivo con Carlos, la casa corre con los gastos. Ya sabes, una especie de bienvenida para que se sienta acogido y feliz.

Arqueo las dos cejas.

—Por lo que veo, su incorporación es cosa hecha.

Silvia suelta una risita malvada.

—¿Con esa facha voy a dejarlo escapar? Venga, haz un Kit Kat y baja con nosotros.

—Tengo consultas esta tarde y me gustaría terminar esto primero. Id vosotros. Al fin y al cabo eres la jefa, ya habrá ocasión más adelante.

—No soy la jefa de nada —me corrige ella—, aquí cada cual es independiente.

—Ya me entiendes; para saludar al nuevo fichaje lo ideal es que seas tú, la más representativa.

Me escruta, me disecciona hasta hacerme sentir molesta.

—Tienes cara de acelga pocha. ¿Qué te ha hecho mi hermano?

Me sobresalto. Joder, soy

transparente como el agua del grifo.

—¿Por qué habría de...?

—Te advertí el otro día y te lo tomaste fatal —me acusa con una bajadita de pestañas.

—Silvia, el otro día discutimos por muchas cosas revueltas.

—Ya nos vamos conociendo, amiga —me corta conciliadora—; eres una chica alegre, lista y encantadora, a la que sólo le amargan el día las penas de amor. Ni más ni menos que como yo, por eso nos llevamos tan bien.

—Pues hoy te noto resplandeciente como una campanilla bañada en polvo de hadas —bromeo, recuperando el

humor.

—Bueno, Carlos es un bombón y supone una buena distracción... Vamos, no te hagas de rogar.

—En serio, no sería buena compañía. Discúlpame con él y disfruta.

—No uses ese retintín; sigo enamorada de André.

Finjo escandalizarme. Ahora las dos estamos de coña, ambas manejamos el mismo lenguaje.

—¿Quién lo duda?

—Luego me lo cuentas.

—¿El qué?

—Todo. Todo lo que Álex el rompebragas haya jodido para que estés

alicaída y tristoná. Cuando lo vea lo mato. Última oportunidad.

Me río sin ganas.

—Adiós.

Al cabo de tres cuartos de hora, tras soportar la despedida de Helen, más larga que nunca, hablando de Carlos, su bella perfección y el hecho de que ella es la única hembra soltera del despacho, circunstancia sobre la cual discrepo, pido unos sándwiches a domicilio y me los como tranquilamente retrepada en mi silla, delante de la pantalla, disfrutando de un episodio atrasado de *Outlander*.

En ésta, mi teléfono vuelto del revés vibra, y cuando leo el nombre de Álex en el recuadro de texto se me corta la digestión. Cojo aire y respondo aparentando naturalidad, cuando no debería hacerlo. Esto empieza a convertirse en una peligrosa costumbre.

—¿Salimos a picar algo esta noche?
—propone a bocajarro.

«Eso, hijo, ni buenas tardes siquiera.»

—Tengo clases en el gimnasio —
rechazo escueta.

—¿Mañana?

—Me temo que mis tardes locas han terminado. Ahora tengo clase todos los

días, incluido el viernes.

—¿Hasta las...?

—Hasta tarde —lo corto antes de que avance—. Y salgo molida. «Por si quieres más detalles.»

Aprieto las muelas unas con otras.

—Joder, Sofía, diría que estás enfadada; ¿por qué?

—¿Enfadada yo? ¿Por hacerme sentir ayer como una fulana? No, ¿por qué iba a molestarme?

—¿No te parece que exageras un poco?

—Puedo exagerar lo que quiera; recuerda, estoy dolida —silabeo.

—Puede que me pasara de bruto en

los modos —reconoce bajando la voz—, al pedirlo...

—¿Al pedirlo? Prácticamente me lo ordenaste. ¡Salí a la calle vestida con tu pijama!

—Porque te dio la gana, pudiste haberte cambiado.

—¿Sí? ¿Disponía de tiempo? Viéndote temblar mientras mirabas la puerta yo diría que no.

—Las he visto más rápidas vistiéndose —replica acerado.

—Lo que no hayan visto tus ojos...

—Mira, Sofía, sé que no lo entiendes, pero no puedo permitir que mi madre se meta en mi vida. Ya lo hizo

una vez y fue una catástrofe.

—Como si lo viera, Camila de nuevo. Por favor, ahórrame los detalles.

—No fue con Camila, señorita sabelotodo —aclara con una chispa de resentimiento—, pero te aseguro que no me quedaron ganas de facilitarle un segundo intento. —Hace una pausa que yo no interrumpo—. Oye, no juzgues con tanta dureza; mi madre sabe ser muy lianta cuando quiere, y hay cosas que debo proteger.

Mantengo una expresión hosca, como si pudiera verme, como si me rebotasen sus explicaciones. Y es que creerle no disminuye mi rabia. Debería

estar más furiosa conmigo que con él, al fin y al cabo usa lo que le doy a manos llenas. Desde que caí en la trampa pensando que Camila estorbaba menos, empecé a creerlo más mío. Me emocioné, me entusiasmé sin venir a cuento y sin apenas base. Si no mido mi entusiasmo y aseguro cada paso, quedaré como una idiota. Pero si no sé darle su espacio estaré comportándome como la irracional de su exnovia, esperando que se me abalance con una palabra de compromiso en los labios. Considerándolo con frialdad, Álex no es culpable de mis ansias.

—¿Hacen esas tapitas a la salida del

trabajo? Una gratificación más que justa tras el día que nos espera. Venga, nena, dime que sí.

Me trago por poco el suspiro que está a punto de volar. No sirve de nada perder el tiempo sola, sufriendo, cuando puedo pasarlo en buena compañía con Álex. Lo que tenga que venir, por tenebroso y lúgubre que resulte, que venga. Hoy, como siempre, he decidido arriesgar.

—Luego puedo secuestrarte un rato...

—¡No iré a tu apartamento ni muerta! —le advierto avinagrada.

—Pues en el tuyo, entonces —

accede sin alterarse—. Quien sea el dueño de la madriguera es lo de menos, nena. Estoy loco por desnudar ese precioso cuerpo tuyo y recorrerlo con la lengua de pies a cabeza...

Con la entrepierna empapada, decido poner punto final a esta conversación más que candente.

—Tú ganas. Salgo a las nueve. ¿No será muy tarde?

—Para nada. A las nueve te espero en la puerta del gimnasio.

#DejaDePensarEnÉl

Colgada de ese instante *flotoso* y feliz, me sorprende Silvia que llega animada y más temprano de lo que la esperaba. Viene sola. Tengo que preguntarle dónde ha dejado al nuevo compañero de los ojazos profundos, pero no tengo

oportunidad. Me analiza severa desde el umbral y, como si lo trajera aprendido de memoria, me espeta:

—Deja de pensar en él, él no piensa en ti precisamente.

La frase es tan ácida e hiriente que palidezco.

—¿Ah, no? ¿En quién piensa pues, si puede saberse? —Caigo en la cuenta—. No me lo digas. Camila.

—Pues no. Olga.

—Olga —repito como una autómatas—. ¡Leches, ésa es nueva!

—No, en realidad es muy antigua. Fue su primera novia y le ha dado por acordarse de ella. Álex puede ser muy

pesadito cuando se lo propone —aúlla, mirando al techo con gesto de hastío.

—Y... y... ¿se ven? Quiero decir, ¿han vuelto a verse?

—Tendría que averiguarlo, aunque no me extrañaría; lo de Álex con esa chica raya la obsesión. —Se apoya perezosa contra el marco de la puerta para restarle importancia a su charla. Lo que es a mí, me está rompiendo en pedazos—. Dijo que la localizaría por Facebook o por amigos comunes, lo que hiciera falta para verse de nuevo. —Chasquea la lengua y se dispone a desaparecer, dejándome destrozada—. Fue su primer amor. El pasado siempre

vuelve.

Puede que me haya muerto. Del todo. No siento la sangre ni en los dedos de los pies. Ahora es Olga. ¿A qué viene esto? ¿Por qué cada maldita vez que mi enclenque fortaleza se endereza y mira al mundo con gallardía sucede algo que la tira por el suelo? Creo que va a darme un ataque de risa nerviosa. Antes de revolcarme sobre la moqueta, tomo una sublime decisión: con razón o sin ella, me encabrito. Esta noche Álex va a tapear con Rita la cantaora.

Cojo el teléfono y marco el número de Ximena. Necesito confiarme con alguien imparcial. Bueno, si no objetivo

del todo, al menos que no odie el talante mujeriego de Álex, como ocurre con Silvia, y que no haga lo posible por separarnos. Xime responde al cabo de muchos tonos, cuando estoy ya a punto de colgar. Acabo de irrumpir en su jornada laboral, está ocupada y su mente en otra galaxia.

—Mucha gente usa las redes sociales para contactar con antiguos compañeros de instituto, viejos amigos... no tiene por qué significar nada drástico —me tranquiliza.

No le resultará tan sencillo.

—Creí que en Camila se terminaba todo, que ya es bastante —me lamento

— Su preocupación por ella y el sitio que ocupa en su mente ya fastidian lo suficiente. ¿Necesitábamos en el cuadro a la chica cuyos morros se comió de jovencito? —Ximena suelta una carcajada a medias—. Si por Camila pierde el sueño, de Olga sigue enamorado, a juzgar por los datos que me facilita Silvia. Entonces yo ¿qué soy? ¿Qué lugar ocupo en la estantería de sus libros favoritos?

—Tú eres la colección de TBO de entretenimiento de la balda baja —me orienta sin ponerse ni roja.

—¡Ximena!

—¿Qué? Los tebeos son guays, uno

siempre regresa a los tebeos cuando se satura de literatura profunda, y Álex puede pertenecer al grupo de los sin corazón, pero para echar una cana al aire... hija, no tiene desperdicio. Y eso es lo que deberías proponerte: diversión, diversión y más diversión. Desde que lo conoces no paras de darle vueltas a todo. ¿No querrás casarte con él?

—No, claro —digo con la boca pequeña. Pienso justo lo contrario. ¿Cómo no voy a querer?

—Pues eres única jodiendo un momento chachi.

Me desoriento. Más de lo que estaba

al comienzo de esta conversación.

—¿Momento chachi? ¿Dónde?
¿Cuándo?

—Ya sabes, la semilla de algo que promete.

—No promete, te lo repito, nos acostamos y punto.

—Y te manda al cielo de cabeza, no lo niegues, que me lo has contado —me acusa.

No, no voy a negarlo, ni que estuviera loca.

—Pero no va a comprometerse, Ximena, se lo veo en los ojos. Está demasiado asustado o escarmentado o vaya usted a saber qué...

No le cuento el episodio de «despedida por la escalera» porque me resulta demasiado humillante y sólo recordarlo me crispa los nervios.

—Esas declaraciones pomposas que se hacen las parejas y que marcan la diferencia entre un polvete ocasional y una relación de verdad, él no las hará nunca —añado.

—No juegues a adivinadora. Se le pasará.

—No concibo el amor si no es tirándose de cabeza, con fuegos artificiales, explosiones y toda la pesca.

—Joder, nena, qué exigente eres. Una empieza conformándose con lo que

le toca y, con el tiempo, ya si eso, nos vamos consolidando.

Niego abatida con la cabeza. Yo no lo veo así. Ximena tampoco lo ve así, aunque lo falsee y me cuente milongas. Es por animarme, la conozco hasta metida en un saco.

—Supongo que todo se reduce a una palabra: miedo —digo con debilidad—. Me gusta demasiado y vivo en un constante carrusel.

—En efecto. Tómatelo con calma. Tengo que dejarte, tesoro.

—¿Vienes este fin de semana?

—Haré lo posible. Nos iremos de borrachera juntas y que se mueran los

feos.

Eso, que se mueran. Pero Álex no entrará en el cupo. Álex es endiabladamente guapo.

Álex

Cuelgo el teléfono con un sabor agridulce en la boca y cierta angustia en el pecho. Oír la voz de Sofía es siempre un regalo, pero no acabo de entender que esté tan irritada. Tampoco sé qué busca. Desde que Silvia me leyó la cartilla, me mato por ver señales por todas partes. Lo único que cosecho son dudas y más dudas.

Las mujeres son complicadas y quien diga lo contrario, miente. ¿Tan difícil es decir lo que en realidad se piensa, no pretender aparentar justo lo contrario de lo que se siente? Coño, si algo te fastidia, dímelo para que lo tenga claro y no vuelva a repetirlo. Si los hombres caemos una y otra vez en los mismos

errores es por falta de «calificación». Lo que calificamos como negativo, chungo, improcedente, se etiqueta en rojo vivo y, en lo posible, no insistimos. Pero si las señales son confusas, incluso contradictorias...

Joder, sabía que la chica de los ojos de plata me haría padecer. Yo que no quería enamorarme... Puedo ser muy calzonazos si me cuelgo de alguien, por eso lo evito como si llevara aparejada la peste.

Silvia me dio un toque de atención y se lo agradezco, sus advertencias frenaron mi entusiasmo, que iba desmedido y a todo gas. Si no me lo dice, yo no habría reparado en que ella hace dos telediarios que finiquitó una relación larga y penosa, que tiene cicatrices que han de curar y que no está, en ningún caso, dispuesta a enamorarse de nuevo. Necesita tiempo, es sencillo. Y mi velocidad me impedía dárselo. En resumen y según mi hermana, Sofía que quejó de que la estaba agobiando.

A veces creo vislumbrar su falta de interés y deduzco que aún tienen que pasar meses para que otra cosa más allá del sexo se asiente entre nosotros. Algo que nos una en dedicación y entrega. Ese sentimiento

imparable que convierte al otro en el epicentro de tus días. Sin embargo, en otras secuencias de nuestra pseudorrelación es como si exigiera más. Más de mí.

Esto no es fácil. Un tema que empieza a absorberme más de lo previsto, me distrae cuando trato de ser profesional y serio y me deja mirando al cielo como un estúpido integral. Tengo que plantearme si tanto desvelo merece la pena.

Sofía

Despido a las alumnas y reconozco que estoy de los nervios. Leo y freno mi impulso natural, que es salir zumbando a verme con Álex. No. Tengo un plan y voy a cumplirlo a rajatabla. Me cruzo en el pasillo con Luluis, en la esquina de la máquina de bebidas energéticas.

—¡Nena! Acabo de agregarte a un grupo de whatsapp que he creado para...

Lo agarro del brazo y tiro de él en plan anaconda hambrienta.

—Necesito que me hagas un favor.

—... notificaciones relativas a mis clases de Ying-Yoga —masculla—. Gracias por dejarme acabar. ¿De qué se trata, señorita «siempre necesito algo»?

—Álex estará esperándome en la puerta.

—¡¿Álex el guapérrimo?!

Su alarido me perfora el tímpano. Se pone a saltar y a dar palmas como si viniera Papá Noel con un saco a su nombre. Atrapo su brazo y chisto para

que cierre el pico y deje de llamar la atención.

—El mismo. Necesito que vigiles si está o no, para escaparme por la salida de emergencia. No pienso salir y encontrármelo.

Luluis retiene el aire y enrojece por segundos.

—Has perdido la chaveta.

—Tengo mis razones, créeme.

—Qué crueldad la tuya. Me las explicas al momento o no colaboro.

Bufo cabreada por su vil chantaje.

—Ya te lo cuento más tarde, hasta te invito a algo, pero lejos de aquí. ¿Ok?

—Simula que se lo piensa, se rasca la

barbilla y se hace el interesante—. ¡Lulu!

—Sí, jolines, sí, ya voy a asomar las narices. ¡Hija de mi vida, qué estrés!

Salgo disparada hacia los vestuarios. Mi taquilla está peor que el armario de entrada a Narnia, toda revuelta. Lo resuelvo empujando a presión lo que cae de las pilas amontonadas y me meto de cabeza en la ducha. «Olga, Olga», me retumba una vocecilla maliciosa entre las orejas. ¿Será guapa? ¿Arquitecta? ¿Rica? ¿Majareta y controladora igual que Camila?

—¡Coño! —Me despisto y lo que

consigo con toda efectividad es meterme el champú en los ojos.

Cincuenta minutos más tarde, estoy acodada en una mesa con Luluis enfrente y millones de malas pulgas dando quehacer. No estoy del todo segura de no arrepentirme del plantón que acabo de darle al chico más irresistible de la ciudad. Se ha desinflado la sensación de morbosa satisfacción del principio y ya no lo veo igual de ocurrente. ¿Soy mema o soy mema?

—Toca desembuchar. Y con imagen por delante, *pliiis*, para ponerme en

situación.

Localizo una foto de Álex en el móvil y pido otra cerveza. Luluis entra rápidamente en un trance exagerado de los suyos, me arrebató el teléfono de las manos, se pone las gafas graduadas de diseño, casi más grandes que su cara, y abre ojos y la boca al límite.

—¡Por el santo Lama! Si me gustasen los hombres diría que este ejemplar es lo...

—Por favor, Luluis —lo interrumpo cortés—, claro que te gustan, y me parece muy bien.

—¿Crees que soy gay? —me pregunta por encima de sus gafas.

—No te ofendas, si es que te ofendes. Podría jurarlo.

—Pues no pongas las manos *on the fire* porque te abrasarías. —Me devuelve el aparato—. Tengo novia, vive en Tailandia y compartimos aficiones y tiempo libre. Justo ahora, vuelvo a casa por todo un mes.

Lo repaso con rendida admiración y una pizca de envidia sana. Este hombre siempre brilla. Por costumbre, mira al horizonte con una sonrisa acogedora.

—¿Y qué me dices de Momo?

—Esa historia ya pasó —asegura con un gesto casi de asquito.

—Era un chico —le recuerdo

cautelosa.

—De acuerdo, no te diré eso tan trillado de que me enamoro de la persona y no de su sexo y tal y cual. Seré explícito: me va el menú completo.

—Debe de estar supercontenta contigo. Tu novia, digo.

—¡Y que lo jures! —Me da una palmada en el brazo—. ¡Soy una imparable máquina sexual!

—Me refiero a tu lado femenino tan desarrollado, a tu sensibilidad, a tu capacidad de empatía con las mujeres...

—Paro porque las lágrimas están ahí, empujando, amenazando con brotar y, una vez que lo hagan, no habrá fuerza

divina que las detenga.

Luluis desliza su culito de melocotón por los cojines y se aprieta contra mi costado para poder rodearme los hombros con el brazo.

—*Ay, darling.* ¿Robó ya el pirata tu cofre de los tesoros? —Señala mi entrepierna—. Pues claro que sí, qué estúpido soy, fue verte y arrancarte las bragas, no estamos en el siglo diecinueve.

—Lo cierto es que me resistí un poco más —confieso, sorbiendo por la nariz—. Sólo un poco.

—Mi consejo: fóllatelo cual coneja en celo, disfruta lo que puedas y mantén

la mente fría. —Me clava el índice en la sien—. Cuando todo termine, quédate con los buenos recuerdos.

—Me temo que ya no puedo hacer eso.

—¿Puedo preguntar cuál es la razón?

—Me he enganchado. El sexo me enamora, cuando quiero algo, lo quiero ya. Quiero un flechazo, amor y compromiso al primer choque de miradas.

—Hija, todo el mundo no funciona así.

—Lo sé —digo gimoteando.

Luluis me acaricia el pelo con una manaza como una raqueta de pádel.

—Me temo que no conoces el valor de la santa paciencia.

«Ni de otras cosas, majo.»

—Vamos derechitos al barranco gracias a mis miedos, a mi esconder los sentimientos, a mi pretender quedar por encima de ni siquiera sé qué. —Intento dar forma a lo que pretendo decir—. Ahora mismo, Álex no querrá saber absolutamente nada de mí, si es que alguna vez ha querido. No lo culpo.

El suspiro que lanza Luluis tras mi desmorone podría partir en dos pedazos las paredes de hormigón.

—¿No eres capaz de vivir una aventura sexual sin comprometer el

alma?

—Querría, pero no sé cómo hacerlo.

—Si es que ni siquiera tú estás limpia de los residuos que te dejó el tal... ¿Sergio?

—No debí dejarme arrastrar. Ni ver a Álex una segunda vez. Mucho menos a solas. Debí huir y no lo hice. Soy yo la que mete la pata, la que enseguida pide romanticismo y quiere más. Él puede seguir enganchado de su ex, de su primera novia o de quien le dé la gana. Si yo estuviera en mi sitio no me dolería tanto.

Los dos clavamos nuestras pupilas en la desgastada madera de la mesa. Mi

amigo menea la cabeza en un claro gesto de desaprobación.

—En fin, menuda mierda mística. Siempre nos quedará el Ying-Yoga.

#CumpleañosFeliz

A riesgo de pecar de incoherente, cuando Álex dé señales de vida, pienso atender su llamada y acudir a la cita que me proponga. ¿Motivos? Dos. Uno, ya se me ha pasado el mosqueo, aunque no puedo negar el desencanto. Una rival

enemiga ya era suficiente, no necesitaba de otra que encima venga etiquetada con el rimbombante nombre de «primer amor». Da asco.

La segunda razón es que me propongo enloquecerlo. En lugar de achicarme, voy a jugar con sus mismas cartas. Si él cambia de humor sin toque de corneta, yo haré lo mismo. A tomar viento las reglas. Está claro que esto no será nunca un noviazgo como al que yo aspiro. Un conocerse, apoyarse y conquistar la confianza mutua en las buenas y en las malas. Durará lo que dure y al final me hará daño, lo sé, pero no me aparto, porque la arrolladora

atracción que se cuece entre los dos es demasiado intensa como para obviarla. Siendo sensatos, ¿qué oportunidades surgen, a diario, de vivir un tórrido romance con un tipo como Álex Conde? Sería como no mirar al cielo y perderse el sol sólo porque molesta a los ojos.

Ya no sé lo que me digo. Es obvio que preferiría no tener que sufrir.

Ando dándole vueltas a la perola y a los expedientes de mi cliente más raro, cuando llaman a la puerta y un repartidor aparece con un ramo de flores tamaño catedral. Es para Silvia. Helen y yo, con las pupilas clavadas en la tarjetita que lo acompaña, hacemos

apuestas.

—Es de André —aventuro con entusiasmo.

—Demasiado lejos, llegarían pocas —alega Helen. Luego me mira y estalla en carcajadas—. ¡Es bromaaa!

Silvia sale de su oficina, contoneándose dentro de un camisero de seda por encima de la rodilla en rabioso mostaza. El superramo luce rumboso sobre el mostrador de recepción. Nos guiña un ojo y abre la tarjetita con aparatoso secretismo.

—¿Quién será, quién será...?

—Y, lo más importante, ¿por qué?

—Las dos giran los ojos al unísono y me

miran a mí—. ¿Qué?

—¿No lo sabes? —Silvia parece decepcionada. Se ha quedado con el sobrecito a medio abrir.

—No lo sabe. No tiene ni idea — confirma Helen.

—¿El qué? —pregunto impacientándome.

—Es mi cumpleaños —informa Silvia con un gracioso mohín.

—Oh, lo siento, lo siento, yo... Sólo hace unos meses que nos conocemos y olvidé preguntarte... En realidad nunca hemos hablado de...

Silvia se echa a reír.

—No pasa nada, Sofía, cielo, yo

tampoco sé la fecha del tuyo.

—Podríamos preparar un almanaque para la oficina —sugiere Helen—. Ya sabes, con nuestros santos y cumpleaños. El de Carlos también —añade, sus palabras impregnadas de aire soñador.

—Carlos comienza el lunes. Está entusiasmado con la perspectiva. — Silvia reanuda su tarea con la tarjeta y sus ojos risueños se oscurecen un tanto cuando la lee—. Ah, vale, es mi madre.

—Está muy bien, son preciosas — me apresuro a animarla.

Pobre, seguro que se había convencido de que eran de André. Sería

lo lógico.

Suena el timbre de la puerta y Helen acude a abrir. La rubia despampanante que conocí en la fiesta de Álex, parece que mil años atrás, llega envuelta en perfume caro y en un abrigo de pieles que debe de costar un riñón y parte del otro. Abraza a su hija, la felicita y la besa con grandes aspavientos. Sus ojos verdes, idénticos a los de sus retoños, se detienen en el ramo.

—Veo que han llegado. ¿Te gustan?

—Claro que sí, mamá. Son divinas, mis favoritas. —Silvia intenta imprimir algo de énfasis a sus frases, pero suenan dormidas.

Su madre le pinza la barbilla con los dos dedos y la observa compasiva.

—Sé que es difícil. Un día especial y André lejos. Pero no permitiré que estés triste, va a ser una jornada maravillosa. Comeremos juntas, iremos de compras... —Recorre el espacio con atención y frena cuando llega a mi persona—. ¡Hola! Eres Sofía.

Puesto que no pregunta, sino afirma, asiento con la cabeza. Me da otro par de besos y otros dos a Helen. Esta mujer es un torbellino de inagotable energía.

—No te desveles, mamá, está todo bajo control, hasta las melancolías —asegura Silvia con su mejor tono—.

Tengo reservado en el Treintaytantos para esta noche y nos pondremos hasta las cejas de jamón del bueno, vino tinto y música.

—¿Puedo ir?

—No hace falta, tendrás miles de cosas que hacer.

Elisa, esa madre con apariencia de modelo, se queda cortada. Me da cosita, parece una chiquilla a la que impiden asistir a un festival.

—¿Quieres pasar?

Se van las dos charlando corredor adelante, como si Silvia no acabase de tronchar sus expectativas nocturnas de la peor manera. Ya quisiera para mí una

madre tan moderna, ya.

—Vuelvo a mis quehaceres, que son muchos y aburridos. —Bostezo hasta enseñarle la campanilla a Helen, que promete prepararme un té tamaño palangana.

Antes de marcharse, Elisa asoma la cabeza rubia y bien peinada por mi puerta. La sonrisa es deslumbrante y yo diría que me la dedica.

—¿Puedo?

—Claro que sí, entre, entre.

—No me llames de usted, me hace mayor y no lo soporto —confiesa, tomando asiento con elegancia. Cruza las piernas y decido que, a excepción de

la ropa interior, no tiene nada que envidiarle a Sharon Stone—. Lo que más feliz me hace de este mundo es cuando paseo con mi hijo y nos preguntan si somos hermanos... ¡o novios!

Me pongo del color de las remolachas.

—Vergüenza me da admitirlo, pero fue lo que pensé la primera vez que la... que te vi en la fiesta.

Estira el brazo por encima de mi mesa y me coge la mano.

—Quiero agradecerte tu presencia aquí, tu apoyo a Silvia, que tiene su carácter. Sé que es difícil de llevar a

veces, pero tiene buen fondo. Eres una magnífica influencia, Sofía. Imagino que todas las madres diremos lo mismo, pero me gusta ver contentos a mis hijos. Últimamente, noto a Álex tan cambiado, siempre dicharachero y sonriente. ¡Si hasta canta!

Suelta eso y se queda callada, mirándome sin más. No añade nada, pero está agradeciéndome algo que no creo merecer. De pronto se azora, se revuelve en su silla, recupera su abrigo y su bolso y se pone en pie. La imito para acompañarla a la salida.

—Bueno, me marchó, se hace tarde. Pasadlo muy bien esta noche, ya que a

los carrozas nos habéis vedado la entrada.

—Sabes que Silvia no hablaba en serio —murmuro, conmovida por su puchero—. Puedes pasarte si te apetece y serás más que bienvenida.

—Me temo que toca hacerle compañía a un viejo cascarrabias, mi marido. Hoy tenemos partido y defendemos equipos rivales. He comprado palomitas, cerveza y he desempolvado nuestras bufandas de forofos enloquecidos. Va a ser la pera.

Vuelvo a valorar lo afortunados que son los hermanos Conde con una madre como ésta, mientras Elisa me besa en las

mejillas y me dice adiós. Subidón, subidón. A causa de sus palabras me vengo arriba. Sospecho que sabe lo nuestro y no puede ser otra cosa que Álex ha decidido sincerarse con sus padres y contarles que existo. Y valorando la mirada que acabo de recibir, cuento con su beneplácito. Menudo paso adelante. Revoloteo por la habitación en un bailecito ridículo que me hace muy feliz y una hora más tarde me encuentro aceptando la invitación a almorzar de Mario Vallés. Porque sí, porque me llama, es mi amigo y me siento Flex.

Zarandeo la carta y le doy la vuelta por enésima vez.

—No sé qué pedir. Me gusta el pescado crudo, pero el tema ese de las larvas que crecen, se multiplican e infectan el cuerpo humano me da pavor.

—Mira, los temaki están rellenos de arroz, crema de queso, aguacate y bocas de mar. Los hay de langostino o de atún cocido. Cero pescado crudo.

—Puede que pida un par de ellos, y unos maki...

La sensación al estar con Mario es de relajante confort. Somos amigos, no tengo que impresionarlo ni él a mí,

ambos estamos enamorados de otras personas, es genial. Nada de nudos apretados en la boca del estómago, nada de gargantas secas ni de escrutar el menor de sus comentarios esperando encontrar la clave de un mensaje oculto. Me chifla tener un confidente con el que plantear la visión masculina de las cosas, que no sea gay y con el que no pretendo nada. Me gusta que quite el hipo y ver cómo las chicas se descoyuntan el cuello conforme pasa. La entrada al restaurante ha sido apoteósica. Me enternece que no sea consciente de su atractivo, de sus posibilidades y de que, si quisiera,

tendría media ciudad a sus pies.

La otra media se inclinaría ante Álex Conde.

Mario me ha confesado que ha empezado a salir con Paula y yo, una vez que la camarera japonesa se recupera de la impresión y nos toma la comanda, le abro el corazón sin problemas.

—Mario, ¿crees que enamorarse es una equivocación?

Sonríe y se le forman dos adorables hoyuelos bajo los pómulos.

—Creo que enamorarse es el paso más enriquecedor que puede dar un ser humano. Será un estado de idiocia transitoria, pero lo tiñe todo de colores,

la gente te cae mejor, lo cotidiano brilla, el trabajo es menos pesado...

—¿Todo eso te provoca Pauloca?

Se ríe con ganas.

—No, no sólo ella. Ya me he enamorado otras veces, conozco los síntomas.

—Es tranquilizador saber que existen hombres que no temen entregarse.

—¿Acaso soy un caso aislado? —
Parece encantado.

—Eso dicen de mí —replico—. Y no sé hasta qué punto es positivo apartarse de la media.

—Siempre es genial apartarse de la

media —contesta—. La masa es mediocre, prefiero pertenecer al club de los locos visionarios.

—A la gente de la universidad os rodea siempre ese halo de inalcanzables extravagantes...

—Hablas como si no pertenecieras a nuestro mundo.

—Fui parte de la rueda, pero desde que renuncié a quedarme en el departamento, mi universo es otro, menos pintón —bromeo.

—En cualquier caso, me gusta ser diferente. La vida es algo que hay que morder, aunque yo sea la lengua lo que me muerdo la mayoría de las veces.

Coge el vasito de sake con la punta de los dedos y se lo lleva a la boca. Son dedos largos y elegantes, un hombre de letras al que sin embargo no me cuesta imaginar vestido de aventurero, conduciendo su jeep por un páramo polvoriento en los confines de la tierra conocida.

—Espero que tu Paula sepa valorar lo que tiene —digo muy seria.

De verdad siento que lo aprecio, que le deseo lo mejor. Y lo mejor no se llama precisamente Paula. Es un palpito.

—Lo mismo digo. Que respondan a tu pasión con el mayor amor imaginable. Eres tan especial, que nada por debajo

de la excelencia sería justo.

Me ruborizo un poco y me mojo los labios reseco. La comida ha sido deliciosa y la conversación fluye, pero quizá ha puesto demasiada vehemencia en sus elogios, o la potencia de su mirada azabache me está traspasando y no esperaba experimentar una sacudida de este calibre. No con Mario, no con un amigo. Él percibe mi turbación y desvía la charla.

—Si alguien me dijera que el sake es vino de arroz fermentado, no lo creería. Es fuerte como un desatascador de tuberías. —Ruge tras apurar el vasito.

Se relaja la tensión, volvemos a charlar de intrascendencias y luego le ponemos fecha a la fiesta de jubilación del profesor Martínez.

—No lo vas a creer, se niega a montar un jolgorio. Dice que jubilarse es el acto más vergonzoso de toda su carrera, darse por vencido. Mantenemos una batalla con él, pero no creo que lo logremos.

—Es cabezota como él solo. —Río recordando algún episodio aislado con el buen maestro—. Prueba a sobornarlo con canapé de pasta de salami. Lo vuelven turulato.

—Paula está ocupándose de los

preparativos.

—¿Una fiesta sorpresa? No te la recomiendo, el profesor puede enfadarse.

—Ella sabe ser muy persuasiva si le interesa.

No lo dudo. Se me tuerce la boca en una mueca. Me espina oír el nombre de la susodicha y tampoco admito que seamos tres en esta mesa. Éste es nuestro almuerzo. Sólo nuestro y ella sobra.

Al cabo de un rato, doy por terminada la comida. Paula ha llamado... ¡¡Tres veces!! A ver dónde se mete su churri.

—¿No piensas pedir postre? ¿Té, café?

—Estoy llena, Mario, ha sido genial.

Hago amago de levantarme y entonces, no sé cómo, nuestras manos tropiezan y se encuentran encima de la mesa. Mario retiene la mía un segundo más de lo normal y su pulgar recorre mi palma en un roce insinuante que parece accidental. Capto el mensaje, esa caricia me grita «¡Quédate!» y me confunde. Me libera en cuanto se da cuenta de lo que está haciendo.

—En la consulta tengo que atender a un señor obsesionado con cortarse las uñas hasta hacerse sangre. Y luego doy

clase en el gimnasio. Podrías pasarte un día, invitado por mí.

Repaso con disimulo su cuerpo musculado y flexible, que se marca bajo la ropa. Buenos tutes de gimnasio debe de darse don Mario. Un cuerpo así no sólo es fruto de la naturaleza divina.

—Sí, espero poder escaparme un día de éstos. Será divertido verte dar órdenes a ritmo de samba. Con una condición.

—Tú dirás.

«Como quiera traerse a Pauloca, lo estampo contra la pared», me digo.

—Nada de mallas rosa.

#ImpulsosLocosOtraVez

Soy demasiado impulsiva a veces. Otras, tengo más razón que un santo. Hoy no sé en cuál de los flancos me encuentro. Álex piensa en Olga y habla de ella con su hermana, echa el rato conmigo, le falta la sinceridad que yo

requiero, y me vengué de sus afrentas con un plantón que ni el trofeo de la Copa Davis. Pero me muero por verlo. Así somos las mujeres, así son las trampas del corazón, inestables e impredecibles.

He pasado dos horas largas de reloj delante de mi armario, sacando y metiendo trapos, hasta decidirme por un conjunto que sólo me he puesto una vez. Es atrevido y diferente, una falda maxi, recta, con abertura lateral hasta mitad del muslo, combinada con un top de manga corta y cuello a la caja, cuyo largo acaba sobre las costillas. Es de satén negro, pero podría ser el traje de

gala de una india de casta alta. Es precioso. Me plancho el pelo rubio con la raya en medio y unos pendientes de pedrería negra ponen el toque final. Rojo sexi para los labios y un poco de ahumado en los ojos. Voy dispuesta a hacer estragos en una sola víctima: Álex Conde. «Vas a ver lo que vale un peine, *cachocabrón.*»

El Treintaytantos es un amplio bar de copas en la calle Beatas, del casco antiguo de Málaga, que lleva abierto casi quince años y monta las mejores casetas de feria que recuerdo. El dueño

es un viejo conocido de Silvia, dice que del colegio; seguro que desde entonces se pajea pensando en ella, y está dispuesto a cerrar el negocio para que la rubia celebre su cumpleaños con sus allegados. Han dispuesto una mesa de *catering* al fondo, con docenas de bandejas con miniaturas dulces y saladas, y hay barra libre. ¿Puede pedirse más para una noche perdida en mitad de la semana? Sólo me falta Ximena para redondear lo perfecto. He hecho una excepción dejando a *Martita* en casa y me he pillado un taxi, que no me fío de la raja de la falda; montada en la moto puede llegarme al ombligo si me

descuido y no llevo bragas por aquello de las marcas.

Silvia corre a recibirme con los ojitos brillantes y la melena más rubia y reluciente que nunca. Me aleja, después de besarme, para revisar mi aspecto.

—¡Estás... joder, estás divina!

—Lo mismo digo, amiga. —Le entrego un paquetito—. Feliz cumpleaños. Te prometo no olvidarlo el año próximo.

Desenvuelve el regalo excitada como una chiquilla, mientras yo admiro el maravilloso vestido que lleva puesto. El cuerpo es de neopreno negro, con estratégicos cortes que lo convierten en

un *bustier* con muchos escotes. La falda es corta, dorada, de vuelo y magnifica sus largas y esbeltas piernas. Los tacones dorados son de infarto.

—¡Muchísimas gracias! —Levanta el colgante de Tous que le he comprado a toda prisa—. ¡El osito de la suerte! ¿Me ayudas a abrochármelo?

—Yo te ayudaré —dice una voz masculina y aterciopelada, sumamente sensual, que al principio comparo con la de Álex.

Es Carlos Reyes, la última adquisición legal de nuestro despacho, que se desliza a su espalda y, sin cortarse un pelo, espera a que la coqueta

Silvia aparte a un lado su melena y le cierra el broche con delicadeza.

Juraría que la he visto estremecerse. Tarda un pelín en recuperar la compostura.

—¿Una copita? —nos ofrece—. ¿Algo de comer?

La seguimos al fondo de la sala y respondo a las cortesías de Carlos al tiempo que efectúo un eficaz barrido en busca de Álex. Debe de estar a punto de llegar. Silvia es su única y queridísima hermana; puede que estemos enfrentados, pero no va a faltar a esta reunión, ¿verdad?

Al cabo de un rato, he dado ciento

veinticinco mil vueltas, he desgastado las baldosas del suelo, arramplado con media bandeja de canapés, le tengo caliente la oreja a Helen y, como no suelo comerme las uñas, me retuerzo los dedos. Álex está tardando mucho. Mucho. Empiezo a temer que no venga... Apuro de un trago mi copa y voy por otra. Ni corta ni perezosa, me acerco a Silvia, que, por cierto, tiene mucho que contarle a Carlos, a juzgar por lo que le cuesta separarse de su verita, y ansiosa a más no poder la interrogo:

—¿Tu hermano no viene?

Ella se encoge de hombros.

—Debería. Pero a la hora que es, si

no ha aparecido aún... —Frunce los labios pintados de rosa—. Igual ha conseguido quedar con Olga.

Mis mejillas mutan a un gris ceniciento.

—No me digas esas cosas —gimo. Y es un lloriqueo que me brota directamente del alma.

Silvia se aparta una pizca de Carlos, que sigue acodado en la barra, y me rodea los hombros con el brazo.

—Tesoro, no lo digo por herirte, por nada del mundo quiero verte sufrir. Es que necesito que abras los ojos, ¿no te das cuenta?

—Pues no es eso lo que debes

decirme —insisto en mis trece—, debes decirme que él me querrá, que estaremos juntos y felices por siempre jamás y que te alegrarás un montón, porque has jurado romperle las piernas si me hace daño.

Suspira tan hondo que creo que se quedará en el sitio.

—Con Álex las cosas no funcionan del todo así. Él hace su vida y yo, por la cuenta que me trae, no me meto.

¡Señor, qué poca esperanza me deja! Sigo consumiendo alcohol y vagando sin brújula por el local como un alma en pena hasta que... ¡Bingo!

En cinco minutos clavados lo tengo

en la puerta. Directo desde el gimnasio, aún húmedo y con la bolsa de deporte echada al hombro. Con aires de indiferencia absoluta por lo que le rodea. Pantalón vaquero ceñido al trasero, camisa con pequeño estampado de color frambuesa y cazadora de cuero negro con cremallera. Señor... ¡qué planta, qué facha, qué *to!* No es sólo su aturullante atractivo, también es su actitud cuando se mueve, su seguridad aplastante. Siento un chispazo en mi ropa interior (la de arriba, os recuerdo que abajo no llevo ni pelo) y una aguda punzada en el vientre me recuerda lo colgada que estoy de este tío que no me

conviene. Explicadle eso a mi cuerpo, que lo desea con cada fibra.

Abro la garganta estilo anaconda para que el alcohol descienda a toda velocidad y me anestesie. Mi precipitado plan de «ahoramismo» me empuja a escurrirme lejos de la entrada, cerca de la barra. Pido más vodka. Pero caigo en la tentación de espiarlo de reojo.

Divisar, incluso de lejos, sus magnéticos ojazos verdes, en contra de mi voluntad, me aclara la mente. Voy rindiéndome a la evidencia. Mis miedos, más vivos que nunca, aumentan si no está él. Lógico. Me gusta mucho, no lo

niego. Quiero que me quiera, que mi interés sea correspondido, por eso tiemblo y temo pensando que no me toma en serio. Tiene sentido, ¿verdad? Nos pasa a todas, espero que ellos sufran del mismo síntoma asqueroso.

A medida que Álex se abre paso como una tijera en mi dirección, con ojos chispeantes nada más verme, los nombres de Olga y Camila resuenan en mi cráneo y me recuerdan que no debo dejarme convencer... como de costumbre. Me mira enrabiado, analiza mi rostro y se centra en mis labios húmedos y entreabiertos.

—¡Hombre! Es un alivio comprobar

que no te han abducido los marcianos, como sospechaba.

—¿Tengo que reírme? —le espeto de la peor manera—. Porque el chiste tiene poca gracia.

Deja caer la bolsa al suelo y hace una mueca de desencanto.

—Menos gracia tuvo dejarme esperando en la puerta del gimnasio hasta las diez de la noche.

—Tuve que salir corriendo —miento tan tranquila—, una emergencia con un paciente... ¿En serio esperaste una hora completa?

—Cuando quiero algo soy así de imbécil, sí. —Esconde incómodo las

manos en los bolsillos del pantalón—. Me imagino que, con las prisas, olvidaste que existen los móviles.

Me derrito. Puede que mi enfado esté sólo hilvanado por encima.

—Sí —afirmo, incapaz de decir nada más. Hago un esfuerzo consciente por no mirarlo mientras hablo.

—Sin embargo, ahora me pones ojitos de guerra.

—¿Ojitos de...? —Consigue lo que quiere, que yo aparte mis pupilas del suelo oscuro y levante la cara. La luz de los focos de colores del bar se estrella directa en mí—. ¿De qué coño hablas?

Soy levemente consciente de que

atrapa mi cintura con un solo brazo, recupera su bolsa de deporte con la mano libre y me arrastra a un rincón en sombras, lejos de las miradas indiscretas y de todas las demás miradas, porque podría decirse que nos escondemos de Dios y del mundo. Es notar su lengua lamiendo la mía y temblar como una hoja. Su sonrisa provocadora me pone cangreja perdida. Me gustaría muchísimo que un buen samaritano me devolviese la neurona que cortocircuita cada vez que Álex me toca. Continúa seduciendo mi boca con suavidad, se olvida de la bolsa y hunde los dedos en mi melena.

—Eres demasiado guapa y lo sabes
—gruñe—, ése es tu problema.

Por más que lo intento, no logro zafarme de su abrazo cerrado. Ha sacado provecho del instante de vacilación en que me he hinchado orgullosa al comprobar que cruzaba el bar directo, que pasaba de las miradas de deseo que le lanzaban otras mujeres, que su visión de túnel se centraba en mí. Vaya, que me siento importante, codiciada y todas esas cosas que justifican mi momento de debilidad. O de estupidez supina, como lo queramos llamar. Cuando creo que va a exigirme que desaparezcamos juntos, nos

encerremos en mi apartamento y forniquemos hasta despellejarnos, me libera el cuerpo, que no el corazón, da un paso atrás y me mide con una maliciosa sonrisa colgada de su boca.

—Vas a volverme loco.

Demonios, ¿es alguna especie de comentario-trampa?

—Seguro —ironizo. Lo que no revelo es que me deshago de placer por dentro.

—Vamos a asegurarnos de que mi hermanita tenga su fiesta con todos los invitados en su sitio.

Extiende la palma abierta, suplicándome con la mirada. Me enreda

e inicio el proceso de rendición. Este hombre ejerce sobre mí un influjo perturbador que no sé mitigar. Renuente, le entrego mi mano y, con ella, mi voluntad.

Bailamos y reímos mezclados con el grupo hasta bien entrada la madrugada. No parecemos, desde luego, una pareja, sólo dos amigos con cierto grado de intimidad, que se entienden. Dosifica con inteligencia sus atenciones sutiles y poco comprometedoras. Ansío que me toque, pero no. Se limita a ser encantador y divertido, siempre en

grupo. Protegido. Cerca, muy cerca y a la vez tan lejos. El muy cabrón deja que me vaya cociendo en mis propias ganas.

Más tarde... más tarde hace algo horrible. Una puñalada incomprensible que me niego a recordar.

Pero cuando todo ha terminado y el bar cierra sus puertas, acabo sucumbiendo y perdonando, que no olvidando. Momentáneamente, aparto del tejido de mi consciencia todo lo que hierde y nos fundimos sobre mi colchón, somos uno solo. Él debajo, yo encima, con las piernas separadas, trastornada de deseo, lanzando gemidos dentro de su boca.

Masajea mi vulva y gruñe de placer. Los círculos que describe se aceleran conforme mi respiración se convierte en jadeo y todo mi cuerpo se tensa y se arquea al ritmo de su caricia. La sensación de estar unidos va mucho más allá del sexo, traspasa la piel y dota de significado la palabra «entrega». De pronto, pellizca mi sexo con toda la mano, aísla el clítoris erecto y concentra en él todo el movimiento. El orgasmo es tan brutal como inmediato.

El primero, pero no el único.

#CuestiónDeOpiniones

De repente parece que a todo el mundo le ha dado por volver a la ciudad.

Unos sin avisar, como André, que aparece en plan pato desbandado, reclamando mi auxilio.

Otras avisando, como Ximena, que

me llama para contarme sus planes de fin de semana y a la que arrollo, saltando por encima de su conversación, para calentarle la cabeza con Álex. Otra vez Álex, siempre la misma historia. Va a hartarse hasta de ser mi amiga y dejará de llamarme. Avisará por mail cuando viaje y santas pascuas. Qué cansina llego a ser sin proponérmelo.

Bajo examen de conciencia, expío mis culpas como puedo: aguantando a otros por lo que algunos me aguantan a mí.

Ser psicóloga acarrea cantidad de compromisos, y la gente toma tus consultas por el pito del sereno,

convencidos de que basta invitarte a café para que los psicoanalices gratis. Aquí me veo, sentada en el salón de almuerzos de La Moraga de Antonio Martín, con un André recién llegado de más allá del charco, al que le cuesta entrar en materia y me habla con forzada jovialidad.

Manhattan deja su rastro. En tan escaso lapso de tiempo lo ha mimado y acostumbrado a la calidad. Menudo restaurante, con su pared derecha acristalada de techo a suelo, mirando al mar y con una carta de platos que no bajan de veinte euros. Hasta ahora no me ha aclarado qué diablos pinto yo

aquí y las horas se escurren. Tengo que trabajar. Miro con delicadeza la pantalla de mi móvil. Por lo visto, no soy lo bastante discreta, porque se percata.

—Sofía, necesito consejo.

Vaya. ¿Por qué será que esa frase la tengo ya manida y más que oída?

—Se trata de Silvia —adivino sin demasiada dificultad. Él asiente, agacha la cabeza y yo descargo la artillería pesada—. Me pediste que la mantuviese al margen de este encuentro y, como ves, he cumplido.

—Algo que te agradezco profundamente.

—Lo que no significa que no acabe

enterándose —le advierto.

—Lo asumo. —Suspira—. Silvia siempre se las arregla para dar con la información que busca.

—Pues ahora dime que tu intención es comprarle un regalo de cumpleaños tardío y que mi papel es asesorarte, porque en mi idea de lealtad no entran las conspiraciones a escondidas con los novios de mis amigas.

—No imagines cosas extrañas. Si estamos aquí juntos es porque la amo con todo mi corazón.

—André, si pensabas viajar por sorpresa, ¿cómo es que no estuviste la noche de su cumpleaños?

—Ya se lo expliqué, un colapso en el aeropuerto nos impidió despegar. Le envié varios mensajes de felicitación, pero tenía desconectado el teléfono.

—Nada grave —lo tranquilizo—, estaba bebida y actuando como anfitriona de unas cuarenta personas.

—Pero llegué al día siguiente. Sin embargo, no consigo que me perdone, me encuentro que nada es igual a lo que dejé al marcharme.

Tuerzo la boca.

—¿A qué te refieres?

—Está distante, indiferente. Es como si le fastidiase mi vuelta.

—Puede que te esté castigando por

el hecho de haberte ido —lo oriento.

Pero de inmediato regresan a mi memoria los descarados flirteos de mi amiga con Carlos en el bar, las risas amortiguadas que se oyen en el despacho a todas horas y lo bien que se las componen para hacer que sus agendas coincidan e ir y venir pegaditos al juzgado. Para ahorrar gasolina, aseguran.

Me muerdo la lengua o arderá Troya. Temo estar en medio de un fuego cruzado, una historia de infidelidades con víctimas, que acabará muy mal. Miro de soslayo a André y sus ojos enrojecidos como si estuviese a punto

de llorar. Me da tanta pena que sólo pienso en poner pies en polvorosa. Nunca se me ha dado bien esconder mis emociones.

—Las mujeres sois complicadas — resume dolorido.

—Los hombres también —defiendo con énfasis—. Sufrió mucho cuando te fuiste. Quise hacerle entender que se trataba de tu carrera y todo ese viejo rollo de las grandes oportunidades que no vuelven, pero la noté destrozada. Justo ahora empezaba a levantar el ánimo —omito el motivo, puede que lo de Carlos sólo sean fantasías mías— y al verte ha tenido una reacción adversa.

—Un interrogante se pinta en su cara—. Ha exteriorizado todo el resentimiento que acumuló cuando la abandonaste.

—¡Yo no la abandoné! ¡Fui a trabajar! —exclama ofendido.

Y no es que yo no lo entienda.

—Tus motivos son tuyos, André; Silvia se sintió abandonada y ahora responde conforme a sus sentimientos y la resaca que arrastra. Se le pasará —afirmo, sin estar del todo convencida.

En el trocito de paseo marítimo que acierto a ver, a nuestros pies, más allá de los ventanales, un niño de unos seis años mantiene en vilo a media plantilla del restaurante, dispuesto a recorrer con

su monopatín la friolera de cinco metros en ligera pendiente. Debe de ser hijo del dueño, por eso todos le hacen la pelota. O no es nadie y los que trabajan aquí son así de simpáticos.

—¿Crees que sigue queriéndome?

¡Jesús, qué preguntita! André me observa con suficiente intensidad como para que mis orejas enrojezcan. Menudo escrutinio. Por lo visto no desea perderse una micra de mi lenguaje no verbal.

—Qué bobada, claro que sigue queriéndote.

—Anoche estuvimos hablando de nosotros, del futuro, de si me marcharía

de nuevo a Nueva York para cumplir los contratos que he dejado colgados, de la posibilidad de que me acompañase...

—¿Y dijo...? —El comienzo de la frase muere en mis labios.

—Se limitó a llorar. No logré nada concreto, sólo lloraba. Pero eso es porque me quiere, ¿verdad?

Trago saliva. El pobre André, que todo lo que tiene de exótico lo tiene de soso, es un mulato espectacular, enamorado hasta las trancas, ciego como un topo.

—Sí, claro que te quiere. Dale unos días para que se le pase el berrinche. La conoces mejor que yo, sabes lo

temperamental que es. —Me oigo a mí misma y me felicito. Sueno convincente y el rostro crispado de André se relaja.

—¿Podrías hablar con ella de este asunto? ¿Me harías ese favor?

—No sé si querrá abrirme la caja de sus secretos —respondo zafándome, mientras miro los dibujitos en el mango de la cucharilla de café.

El peque del monopatín acaba de dejarse los piños contra la acera. Pobrecillo.

—Te tiene muchísima estima, Sofía, te contará la verdad. Quiero hacerlo bien ahora, te lo juro. —Retuerce la servilleta—. Si marchándome la cagué,

estoy a tiempo de arreglarlo. Dime que estoy a tiempo, que no es tarde.

Me deshago en sonrisas y se lo digo, claro. A fin de cuentas, es lo que quiere oír.

Desde que me propongo buscar un minuto de intimidad para tener con Silvia «la gran charla», ella se ha vuelto escurridiza y su agenda parece haberse multiplicado por cinco. Nunca está y si está no tiene tiempo para cotorreos. Nuestros cafés a solas no han vuelto a repetirse, Carlos siempre está presente y en medio, y mi absorbente amiga

muestra un desapego en cuanto a mi persona que me asombra. Antes de extinguirse el cuarto día desde que recibí el encargo, cojo el toro por los cuernos y la arrincono. Aparte de Álex, del que recibo noticias cada veinticuatro horas, migajas salpicadas de «Hasta arriba de trabajo» o «Bestialmente ocupado», que a veces no respondo para hacerme valer, lo único que me bulle en la cabeza es que Ximena viene este fin de semana y que debo cumplir la promesa que le hice a André. Que ya me vale.

—Silvia, no me dijiste que André había vuelto de Estados Unidos. —No

es muy original, de acuerdo, pero no se me ocurre mejor manera de arrancar la conversación.

Ella, por toda respuesta, gruñe.

—Ese chico ni come ni duerme, dice que pones distancia y que ya no lo quieres —vomito de golpe. Ella parpadea y sus ojos verdes lanzan destellos suspicaces.

—¿Dice? ¿Y cómo sabes tú lo que André dice?

—Vamos, no te hagas la tonta. Me ha usado de paño de lágrimas, como casi todo el mundo, debería añadir, y me ha rogado que te sonsaque la verdad.

—Y tú lo intentas con astutos

ardides —valora sarcástica.

—No tan astutos. Si te das cuenta, siempre he sido partidaria de ir directa al grano —confieso. Vale, puede que la única excepción conocida sea Álex, pero es porque tengo miedo a que si lo pongo entre la espada y la pared me mande al infierno.

Silvia suspira y parece que por su boca escapa toda la chulería que la mantenía tensa.

—Siento cierta... atracción por Carlos.

Puede que me lo oliera, pero aun así su respuesta me congela.

—¿Desde cuándo?

—Desde que vi su irresistible foto en un maldito currículum del Colegio de Abogados. Fui a por él con toda la munición posible.

—Me asombra tu franqueza.

—Frente a una defensora de «con la verdad por delante», cualquier otra estrategia sería una imbecilidad — replica con intención.

—Pero ¿y André?

—Ahora que tiene los ojos puestos en USA, nuestra relación ya no tiene sentido. Es inútil que me empeñe en mantenerla viva. Al final se irá por el desagüe y lo pasaré fatal.

—Pero ¡ha regresado! —exclamo

alterada—. ¡Ha vuelto por ti, maldita sea!

—Ha vuelto cuando el miedo a perderme ha vencido a su egocentrismo. Tarde, para variar. Los hombres casi siempre llegan tarde.

Cierto. Ahora que me he convencido de que lo mío con Álex es puro sexo sin sentimiento, se empeña en escribirme en plan amiguete un mensaje al día. No voy a tirar cohetes, pero antes ni eso.

—¡Al menos se merece que seas sincera con él!

Silvia da un paso atrás y me mira con enfado.

—¡Coño, Sofía, no me

psicoanalices!

Ha levantado la voz dos tonos por encima de lo normal y la preciosa cara de Helen, que acaba de cortarse el pelo, asoma por el pasillo para preguntarnos si todo va bien.

—Tienes razón, es tu vida — claudico tras calmarme yo y serenar a Helen—, no debo meterme.

Cada vez que tomo en serio la decisión de no darle más vueltas al asunto, el castillo de naipes se me desmorona. Hago memoria. Con otras relaciones previas conseguí no

cuestionar tanto cada detalle, no forzaba nada y las cosas fluían. O no. Entonces, la hora de dejarlo sonaba en plan sirena de bomberos y yo cortaba por lo sano. No pasaba nada, sin dramas, vuelta a empezar. Pero ahora... ahora no parezco yo. Maniática, desmenuzo cada frase que Álex me dirige, contabilizo las veces que me llama o me escribe, vivo sin vivir en mí... Y todo esto, fingiendo que no me importa.

¿Quién puñetas es el artífice de este cambio?

Sin duda, el palo que me dio Sergio. Me ha vuelto frágil, desconfiada y temerosa. Es como salir a la calle en

carne viva, con miedo a que alguien te arroje a la cara una botella de lejía. Al final va a resultar que me hirió más y más profundo de lo que pensaba. Yo que presumía de no haber permitido más huella que una pizca de resentimiento. Cuando se trata de autoengañarse, soy única.

Hemos quedado para comer y Álex me lleva hasta Marbella. Muy lejos para tratarse únicamente de un almuerzo. Eso sí, el sitio es precioso y el desplazamiento en el Q5 confortable y placentero. Paso de preguntarme si nos escondemos de algo, aunque la idea me martillee en la cabeza. No me cabe duda

de que Álex ha nacido con un cuerpo hecho para el pecado y un listado demencial de virtudes por el que las mujeres de este planeta se sacarían los ojos unas a otras. Su perfección alimenta mi inseguridad, tengo que luchar contra ello.

El encuentro a pie de mi edificio ha sido de película. Se ha abalanzado ansioso nada más verme, y cuando deja un segundo de besarme para que pueda tomar aliento, murmura un «Me moría de ganas de verte y de tocarte» que hace temblar las aceras. Claro que enseguida «lo arregla» al añadir en tono canalla: «Vas a hacerme perder las dos cabezas».

«Romanticismo, ¿adónde te has ido?»

#EllaNoSeMarcha

Ahora me mira desde su silla, con una copa de vino blanco en la mano y su media sonrisa pecaminosa.

—Me dejaste en ascuas con lo de tu novela. Quiero el informe completo. — Callo. Él me acosa con la mirada—.

Vamos, ojos de plata, tenemos tiempo y no habrá interrupciones. ¿Cómo se te ocurrió escribir?

—Es... No sé, la terapia va lenta y trata a las personas una a una.

—Bueno, espero por tu bien que no se les ocurra visitarte en manada; quizá uno por uno sea la solución más sensata.

Suena su móvil. ¿Dónde he oído que no habría interrupciones? Álex mira de soslayo la pantalla y, sin mediar palabra, corta la llamada.

—No es eso —continúo—. Somos, ¿cómo decirte? Predecibles.

—¿En serio? ¿Qué estoy pensando?
Dios. Va y lo dice tan tranquilo,

mientras me atormenta con los luceros que lleva puestos por ojos y su boca carnosa se frunce en un encantador mohín. Álex Conde, caballo de Troya.

—Hablo en serio, repetimos patrones con más o menos particularidades. Y al darte cuenta de eso, también te percatas de que, en líneas generales, se puede ayudar a un extenso colectivo con planteamientos idénticos.

—Eso te llevó directa al objetivo. Recoger tus conclusiones en un libro y llegar a un montón de gente distinta de una tacada.

—Exactamente eso.

La llamada entra por segunda vez y su expresión relajada se convierte en una mueca crispada. Bloquea el volumen de su dispositivo y se lo lanza al bolsillo. Se retrepa en su silla.

—Magnífica idea. Ahora me pareces, además de bonita, generosa.

Estira el brazo por encima de la mesa, coge mis dedos y los entrelaza con los suyos. Me sacude un calambrazo placentero, algo me somete y no sabría definir qué es, pero porque este hombre me amase sería capaz de darlo todo.

Suena un runrún lejano y Álex resopla molesto, mete la mano en el bolsillo y mira. Lo que lee no debe de

ser de su agrado, porque se le marca una arruga profunda entre las cejas.

—De ti me gustan cosas cotidianas —comenta sin previo aviso, sin explicar nada de lo que acaba de ocurrir—. Por ejemplo, el modo en que te paseas las tazas de té y las copas de vino por debajo de la nariz antes de beber.

—Aromaterapia.

Trato de tomármelo bien, sujetando la brida de mi curiosidad. Aunque al sonreírle me devuelve un amago. Algo no va bien. Qué le causa tanta angustia? ¿Camila?

—¿Quién tiene tanto interés por localizarte? ¿Trabajo? —interrogo

sedosa.

El tiempo que se toma él decidiendo si me cuenta o no la verdad, me lo paso yo retorcida del disgusto.

—¿Camila? —adivino.

Asiente con un golpe seco de cabeza.

Retiro la mano lejos en cuanto puedo y miro al mar.

—Está visto que no piensa dejarte en paz.

—No te enfurruñes, nena. Es serio.

—¿Serio? ¿Tratándose de una adicta al drama hay algo que tomarse en serio?

—Por lo visto le han entrado en el piso. Se llevaron el ordenador, la tele y

han dejado bastantes destrozos.

Mis pupilas ardiendo vuelan del ventanal a su cara. Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¡Vaya, un delito! Pues que avise a la policía.

—Es lo que voy a recomendarle. — Ya tiene el móvil en la mano y teclea a toda velocidad. Quiero lanzarle mi peor mirada de odio profundo, pero no funciona.

—Lo que deberías recomendarle es que se olvide de que existes. Ya no eres su pareja, que recurra a otro cuando se le presenten problemas, joder.

—Está cagada de miedo. —Termina

de responder y posa el móvil junto a su plato—. Raro, porque vive en un barrio muy tranquilo.

No pienso preguntarle dónde. Este almuerzo, este rato al sol lejos de todo, era nuestro y ella ha vuelto a romperlo a su antojo, en mil pedazos.

—Nueva pregunta en el *ranking* del «quiero conocerte mejor»: ¿qué parte del día te gusta más? —me aborda de nuevo.

No sé bien qué responder, estoy cabreada y momentáneamente en blanco. Sospecho que salta de tema sin orden ni concierto, desquiciado de los nervios, aparentando no estarlo.

—¿Salir de noche, dormir de día?
—continúa—. El sueño de cualquier noctámbulo fiestero como yo. Me cambiaría por un vampiro.

Ladeo el cuello. Vale, hagamos como que volvemos a la normalidad.

—No eres tan trasnochador...

—Tú no me conoces, Sofía —suelta cortante—. Soy un horror, sólo que no contigo.

En el par de frases que llevamos intercambiadas ya ha ojeado el móvil tres veces. Renuncio al postre, aparto la servilleta y me pongo en pie. Basta ya de preguntitas chorras.

—Será mejor que nos vayamos, te

veo inquieto.

—No es necesario, en serio.

—Sí, sí que lo es.

Me mantengo firme, lejos de la silla, esperando. Cede, pide la cuenta con un gesto y yo me escabullo hasta la puerta a lanzar mi berrinche a la línea del horizonte. Llega por detrás, me envuelve en sus brazos y me besa el cuello.

Porque el tacto de sus dedos y sus labios húmedos sobre mi piel me hacen perder la cabeza es por lo que aparco mi saco de reproches. Hasta cierto punto es natural que las relaciones, cuando arrancan, trastabilen, tropiecen y hasta se detengan un millar de veces antes de

coger carrerilla. Somos dos desconocidos con una química fuera de lo normal, que todavía tienen que demostrarse si funcionan fuera de la cama. Contengo el aliento y dejo expuesto mi cuello para que la lengua de Álex lo conquiste con pequeños lametones. Pero su ansia es extrema, la lentitud no está hecha para este hombre que ama deprisa, con un ímpetu difícil de traducir. Son ganas de mí.

Me remolca hacia el coche y con voz ronca me dice:

—Joder, nena, no te enfades.

—No tengo derecho, lo sé —
refunfuño.

Él me coge de la barbilla y vence mi resistencia a mirarlo.

—Por ahí no, no es eso. La que ocupa mi pensamiento eres tú, no puedo sacarte de ahí ni un solo segundo. Siempre estás, da igual dónde mire. Tú, tu culo —me lo aprieta con un manotazo que me hace dar un respingo—, tus fabulosas tetas —se aprieta contra mí y tira de mis caderas como si quisiera marcarme y su erección se abre camino contra mi vientre—, todo lo que escondes bajo la ropa y que ya conozco, es una auténtica tortura.

—Haces conmigo lo que te da la gana —ronroneo.

—Hum, qué más quisiera yo. —
Frota la nariz contra mi oreja, mi mejilla. Cubre el lateral de mi cara de pequeños besos dulces.

Nos quedamos en silencio un puñado de minutos, mirando el mar, devorando el tiempo.

—Vamos a tu casa y ensayaré parte de lo que tengo pensado hacerte. Te advierto que se trata de una larga lista, una lista interminable.

Mi respuesta se apaga en un gemido. Me pasa lo mismo. La atracción es invencible, me arrastra, nubla por completo mi raciocinio. Tenía tan claro que las «relaciones escalón» están

abocadas al fracaso y que yo jamás caería en ninguna. Todas esas memeces son pasado, son de antes de que Álex me poseyera y me sintiese suya hasta el tuétano de los huesos. Los reparos pierden sentido con cada beso. Me estoy enamorando. No, corrijo. Estoy total y absurdamente colada.

Por eso, cuando paso otros tres días sin más noticias tuyas que vagos mensajes de móvil preguntando por la salud en plan simpático, me amanso repitiéndome que no ocurre nada, que no está obligado a llamarme ni a verme a diario, que andará por ahí resolviendo sus cosas.

«Bienvenida, paz mental, ya me hacías falta.»

No por mucho tiempo, no soy lo que se dice una chica afortunada. Basta que Ximena me avise de un fiestorro al que va todo el grupo para que se me caigan los palos del sombrero o, dicho de otro modo, se me caiga el alma a los pies.

Porque es otro sarao al que Álex ni me lleva ni me invita ni se molesta en avisarme. Genial. Si con este comportamiento modélico no leo claro entre líneas, no sé qué clase de guantazo con la mano abierta necesito.

De modo que me plantifico delante de mi ropa, sí, una vez más, y me debato

entre la vida y la muerte, a ver qué me pongo que lo deje patidifuso y medio cadáver, en el supuesto de que venga.

En ese momento, mi móvil suena con una campanita. Mensaje.

¿Te apetece darte una vuelta esta noche por la fiesta de unos amigos? Nada del otro mundo, pero lo pasaremos bien.

Aprieto el aparatito y refreno mis dedos, que quieren perforarlo hasta sacarle las tripas. Ahora me viene con éstas, a tres horas del festival, cuando ya podría estar enrolada en otros planes o asqueada con el pijama puesto y un helado sobre la lengua. Seguro que

Antonio le ha comentado que va con Ximena, o sea, mi amiga del alma. No es difícil atar cabos: me invita por compromiso. Si le saliera del corazón lo habría hecho antes y, desde luego, no con un triste y lacónico mensaje de texto. Esa historia no hay primo que se la trague.

Tecleo alterada:

Sí, gracias, ya me habían invitado Ximena y Antonio. Supongo que nos veremos allí.

Espero haber sonado lo bastante displicente. «Chupa del frasco, Carrasco.»

#SituacionesRealmente

Circunstancias en las que cada uno es más gilipollas que el otro, intentamos superarnos haciendo el indio y, como es de suponer, no se llega a ninguna parte.

Estoy fabulosa con un vestido tribal corto en diversos tonos de rosa, con cortes estratégicos en los flancos, cuello desbocado hacia un hombro y mis botines camel de tacón de aguja. Álex aparece con un pantalón chino oscuro, camiseta blanca y sobre ella un jersey fino azul marino. Cazadora de cuero marrón y un fular anudado al cuello. El pelo revuelto y el casco en la mano, que una amiga risueña en exceso se apresura a guardar. Guapo hasta decir basta. Para ponerle un piso, vaya. Me busca con los ojos hasta que me encuentra. Y aguarda a que corra despepitada a sus brazos.

Yo hago exactamente lo mismo.

Ninguno de los dos se mueve, nos retamos con un leve aleteo de pestañas y, a continuación, fingimos divertirnos a rabiar con lo que tenemos alrededor. Acepto una copa, respondo a un par de cumplidos y me entretengo con Helen, que me cuenta entre gemidos semiorgásmicos lo alucinante que está siendo descubrir a Miguel entre sábanas. Y mientras me pregunto desolada qué malas estrellas se han aliado en mi contra para que a mí la dicha me rehúya, detecto el corpachón de Álex junto a la improvisada mesa de DJ. Tres minutos más tarde suena a toda pastilla el *Beds*

Are Burning[\[13\]](#) de Midnight Oil y yo pierdo la cabeza.

El mensaje mudo ha pasado de ser subliminal a un disparo en mitad del cráneo. Apoyado en la jamba de la puerta, con pose de chulo perdonavidas, Álex bebe de su copa sin dejar de taladrarme con esos ojos verdes que le ha dado la naturaleza, mientras la gente salta y chilla al ritmo endiablado de esta puñetera canción, que me pone caliente como una estufa ya con los tres primeros acordes.

Pasado el momento exaltación, trato de esconderme donde nadie pueda ver mi piel arder. Levantar las losetas del

suelo y meterme debajo no sería una mala idea, no sé qué diría el dueño del piso. Mejor un poco de agua fría en las muñecas. Se me seca la boca en cuanto Álex y su risa envolvente y descarada me atrapan camino del baño.

—Nunca en toda mi vida —silabea ronco— me la han puesto más dura que aquel día comiéndote el helado. Desde entonces no puedo oír esta canción sin imaginar que te tengo debajo, gritando y retorciéndote de gusto.

—Buenas noches, Sofía —me mofo, empleando una voz cómica y chillona—, cuánto me alegro de verte. Igualmente, Álex, yo también doy saltos mortales

agradeciendo la bendita casualidad de encontrarnos.

Me responde con una mueca provocadora.

—¿A qué jugamos? ¿A los indiferentes? —farfallo, molesta por la invasión—. Bien, yo te indiferencio, tú me indiferencias... que también puedo ignorarte.

Parece que contiene la risa. Me desliza por encima una mirada interrogante.

—¿Qué te has bebido, Sofía de mi alma?

—El brebaje que me permita demostrarte que sé jugar a todo lo que

me propongas con la misma frialdad e incoherencia que tú.

Mi espalda choca contra la pared y delante lo tengo a él. Con los brazos flexionados, apoyado en las manos a ambos lados de mi cabeza. Empuja con la cadera hasta conectar con mi ombligo. Agacha la cabeza y aspira fuerte el olor de mi melena. Calza unas botas militares desabrochadas hasta el tobillo. Mi corazón se desboca.

—Hueles como Dios, nena.

—Ya sabes, Bulgari.

Niega despacio, chasqueando la lengua. Intento darme la vuelta, pero me detiene con el cuerpo. Deja caer el peso

sobre el brazo izquierdo y su mano derecha, liberada, reptó por mi muslo hasta encontrar el encaje de mi *culotte*.

—Bulgari no tiene nada que ver, eres tú. Es esta piel tuya, sedosa como el nácar.

Esos largos dedos en los que tan a menudo pienso retiran el pedacito de tela y se mojan en mí. Mi pecho sube y baja alteradísimo, mi respiración no es más que un jadeo entrecortado. Quiero que me haga suya, claro que quiero. Cerrar los ojos y abandonarme a esta sensación que se apodera de todo. Pero en lugar de eso calibro la situación. Va a follarme aquí en el corredor, o de pie en

el baño, apoyada en el lavabo, con la cara incrustada en los grifos, mientras él se regodea y se pone cachondo con su imagen empujando en el espejo. Y luego nada. Más indecisión, más esperas, más sí pero no. Me revuelvo como una leona herida y sus dedos salen de mí. Todo mi ser acusa el vacío con un estremecimiento, los ojos me escuecen.

—¡Basta ya! ¡No soy un puto agujero en el que meter la polla cuando te pica!

Álex parpadea como si fuese incapaz de entender mi arrebatado.

—Pero ¿de qué hablas? ¿A qué viene esto ahora?

Me arreglo la ropa, me cubro el

hombro desnudo y me siento peor a medida que pasan los segundos y él espera una ráfaga de lucidez por mi parte, que desde luego no llegará.

—Estoy harta de arreglar las cosas bajándome las bragas.

—Apenas tendríamos cosas que arreglar si no te empeñases en retorcerlo todo.

—¿Retorcer? ¿Qué es exactamente lo que retuerzo? Me indigna que Camila ocupe toda tu mente, que te manipule incluso a distancia, que se las arregle para fastidiar los pocos ratos felices que tenemos juntos.

Pone los ojos en blanco.

—Ya estamos otra vez con lo mismo. Creo que lo hemos hablado mil veces.

—Y si no es Camila, es otra. El caso es que siempre habrá alguien con dos buenos melones, dispuesta a ponernos la zancadilla.

—No puede indignarte que me preocupe por alguien a quien aprecio.

—Ésa es la triste clave del asunto, adivinar hasta qué punto la aprecias — escupo con amargura. Él menea despacio la cabeza.

—Que me afecten sus desdichas no te quita protagonismo a ti.

—Te comportas como si le debieses algo.

—¡Se lo debo! —exclama desesperado—. La dejé tirada como una colilla, ¡la dejé por ti!

Un grito se arremolina en mi garganta, pugnando por salir. Me pueden las ganas de romper algo, el espejo, por ejemplo. Podría coger uno de estos muñequitos de hierro fundido, los angelotes que adornan el aseo, y estrellarlo contra la luna.

—Jodidos remordimientos de conciencia... Pues ¡no haberla dejado! ¡Si tanto la querías, no haberla dejado, y menos por mí! ¡No sabes cómo odio que me lo echés en cara una y otra vez!

—No te reprocho nada, fue mi

decisión —replica inusitadamente calmado. Tiene tensa la mandíbula, un pequeño músculo palpita y lo traiciona.

—Con la que ahora no eres consecuente. ¡Déjala fuera del cuadro de una puñetera vez!

—Esto es lo que me alejó de una relación que podría haber funcionado —expone ácido—: los follones, los celos. Y es lo que vuelvo a cosechar. Se ve que no sé elegir bien...

No pienso permitirle que remate la frase, no pienso permitir que me hiera todavía más.

—Vete a la mierda, Álex Conde.

Doy media vuelta y enfilo el pasillo

desierto como si me faltara el aire. El corazón al galope, los ojos húmedos. Necesito aire fresco, huir de mala manera, boqueo como una carpa en una pecera vacía. Llego al salón y sólo noto bullicio, notas estridentes de una canción que sería incapaz de identificar y bultos que se mueven frenéticos. Algunas risas, retazos de conversación. Alguien alto y grande de rostro difuso me frena y cierra unos dedos enormes en torno a mi brazo. Miro aturdida a Víctor.

—¿Te encuentras bien? —Creo que gesticulo algo parecido a un asentimiento—. ¿Y...? Ah, por ahí viene.

Deduzco que se refiere a Álex,

cuando su potente energía me llega por la espalda y me envuelve entera, como una brisa helada. Se mantiene ahí, donde no puedo verlo. Soy el relleno de un sándwich en el que los dos amigos representan el pan.

—¿Nos vamos a Granada? — propone Víctor con inusitado entusiasmo. Y no me lo propone a mí.

—¿Granada? —La voz de Álex es ronca, desgarrada... y sexi.

Aprieto los párpados y rezo por que el suelo me trague, cosa que no sucede.

—Sí, una amiga a la que no veo hace mucho acaba de llamarme para proponérmelo, podemos quedarnos a

dormir en su casa, ya sabes. —Suena burlón—. Lo pasaremos bien.

Álex deja transcurrir unos segundos antes de responder.

—Adelante, por lo visto aquí no hago nada más que perder el tiempo.

Sus palabras tienen el efecto demoledor de un cañonazo. Me alejo y busco desesperada las puertas francesas que dan a la azotea, previo paso a subir una escalera estrecha y empinada, de escalones altísimos. No suponía que los tacones colaborasen hasta este punto, pero más que caminar, vuelo. Una bocanada gélida se estampa en mi rostro y me espabila. No soy la única que ha

tenido la ocurrencia de escapar del salón atestado, otros invitados han subido también con sus copas y sus abrigos y charlan a la intemperie.

Yo voy semidesnuda, con mi vestido de noche y sin nada que me cubra el dolor.

Apoyo las manos en el borde de la baranda que se abre a la bahía de Málaga y aprieto hasta que los nudillos se me blanquean. Me muerdo los labios y mi cara se contrae, tratando de no llorar. Si lo hago, mi maquillaje me transformará en un mapache herido y seré la comidilla de todo Cristo. Eso, o me hago la borracha arrastrándome por

el suelo. No sorprendería demasiado.

—¿Es por Álex?

La voz que me asalta por encima del hombro es femenina, pero de nadie que conozca. Podría ser Ximena, o Helen, aunque me he cuidado mucho de que ninguna de las dos sea espectadora del numerito. Esta chica es rubia y delicada, pequeñita, y tiene los ojos castaños y una plácida mueca de desencanto en los labios. No me molesto en responder. No sé quién es, ella se ha acoplado a mi lado sin invitación de ninguna clase.

—No deberías tomártelo muy a pecho, él es... bueno, él.

Coño, habla como si lo conociera

muy bien. ¿Ésta también se lo ha tirado? ¡Hola! ¿Queda alguien en la ciudad que Álex Conde no se haya pasado por la piedra?

—Es igual con todas, folla hasta reventar y luego nos deja tiradas. Usa a las mujeres y luego las arroja al cesto de la ropa sucia, pero sabe que se lo perdonaremos por estar tan bueno.

Un cepo con todo sus dientes es lo que acaba de cerrarse sobre mi estómago. El orgullo de Sofía ya está lo bastante maltrecho, no hace falta abollarlo más aún con explicaciones crueles como ésta. Ignoro si el objetivo de la chica es recochinearse o

consolarme, pero le está saliendo de pena.

—¿Fumas? —oigo que me pregunta.
Musito un débil «No, gracias».

Respiro lo más hondo que puedo y dirijo la mirada al horizonte hasta que se topa con la única torre de la catedral de Málaga. Las lágrimas que NO pienso derramar me abrasan. Me cuesta aguantarlas, pero no voy a derrumbarme, y menos delante de esta fulana que no me quita ojo y a la que no conozco de nada. Seguramente sea buena chica y tenga roto el corazón. Seguramente, si hablamos, descubra que tenemos un patrón común, pero malditas sean las

ganas que tengo de hacer amigos ahora mismo. Lo único que siento es el labio inferior temblando.

Pienso en el cigarrillo que acabo de rechazar. Éste es uno de esos momentos en que poner pose de distante diva del cine y echarle el humo en la cara al primero que se arrime me vendría de perlas. Pero no fumo, soy una chica sanota sin más vicio conocido que Álex Conde el destrozabragas.

Es hora de desaparecer. Va a ser mucho más elegante que liarme a voces como una histérica, puteándolo y reclamando unos derechos que ni siquiera sé si tengo.

No me despido de nadie. Para qué, eso desvirtuaría mi huida. Además, Helen, Ximena, todas andan de arrumacos con sus parejas y yo no haría sino amargarles la velada. Para lo que tengo que hacer, que es esfumarme en plan elfo, no necesito compañía. Los últimos acordes que oigo antes de irme son los de un tipo cantando «*sabes que yo puedo ser terriblemente cruel...*». Una señal, un puto mensaje de advertencia.

En la calle me recibe una temperatura desapacible que de

inmediato me congela la punta de la nariz. Me subo las cremalleras del anorak, arranco la vieja Vespa y me consuelo con su ronroneo. Si pudiera, si sólo pudiera dar marcha atrás todos estos meses y volver al instante en que me vi libre de Sergio, sin mayores expectativas pero feliz... Habría estado bien que una amiga sensata me restregase por las narices mis propios consejos: las «relaciones puente» están condenadas al fracaso.

Yo, aún demasiado vulnerable, tenía las heridas infligidas por mi relación fallida excesivamente abiertas. Cualquier cosa que Álex hiciese que no

fuera amarme por encima del bien y del mal sería echar sal sobre ellas. Hemos pagado con el otro los rencores, las fobias, los celos acumulados en nuestro triste pasado. Deberíamos haber abierto de par en par las ventanas del alma para que corriese el aire fresco, limpio y sanador. En lugar de eso, nos embarcamos en un intento de amorío sin cimientos, que no ha tardado en derrumbarse.

Noto las lágrimas rodar mejillas abajo. Me galopa el corazón. No me percato de que Álex me sigue con su moto hasta que nos detenemos en un semáforo y me pide que pare donde

podamos hablar. No respondo.

—¿Estás enfadada?

—Valiente pregunta. Échale

imaginación —gruño sin mirarlo.

Espero que mis lagrimones se sequen antes de que él pueda verlos o me moriré del bochorno.

—Odio las adivinanzas.

—Y yo otras cosas.

—¿Como por ejemplo?

Ahora sí giro el cuello y lo enfrento directamente. Puede que tenga fruncido el entrecejo, que parezca atormentado, pero no me engaña. Yo estoy peor. El semáforo pasa a verde pero son las tres de la madrugada, podemos quedarnos

ahí clavados sin consecuencias.

—¿Sabes, Álex? Paso.

—Así, sin más, sin dar una jodida explicación, pasas.

—Así, sin más —repito, apretando el acelerador. No me marchó. El silencio nos llena de tensión.

«Baja de la moto. Baja y abrázame. Dime que me quieres, dime que te importo. Dímelo.»

—Sofía. Para, aparcamos y lo hablamos. Somos adultos, hostias; podremos, ¿no?

«Baja de la moto. Baja y abrázame. Dime que me quieres, dime que te importo. Dímelo.»

—No hay nada que hablar, éste no es nuestro momento y se acabó.

—¿Por qué crees saberlo todo?

—Hay mucho en tu comportamiento que son mensajes a voces. Quizá los más valiosos, porque no tienes tiempo de manipularlos.

—¿Quién manipula a quién? —
explota en un rugido fiero.

—Deja de darle la vuelta a todo. Esto es una mierda.

—Tú verás. —Detecto en su contestación un tinte de desprecio que pagaría por borrar—. Quien te entienda que te compre.

—No quiero pasar a tu lado, ni

pensando en ti, un solo minuto más de mi vida. Esto es... tóxico.

—Ahora que lo mencionas, sí, ha sido espantoso.

Detecto su matiz marcadamente irónico.

—Te refieres a la cama, la cama ha sido increíble. Pero todo no es sexo en esta vida, ya me he cansado. Quiero volar donde no me asfixie.

Levanta las manos por encima de su cabeza y las agita en un gesto exasperado.

—Por fin lo has soltado.

—¿El qué?

—Toda esa puta historia del agobio.

Yo te agobio.

—Eso te lo acabas de inventar.

—¿Por qué? ¿Porque no lo has dicho? Yo también sé leer entre líneas.

—Presuntuoso hasta el final.

—¿Estás segura de lo que crees sentir?

Eso último queda flotando en el aire, pues cuando vomito mi última consigna con una mirada altiva, retuerzo la maneta derecha de *Martita* y enfilo la avenida de Andalucía, convencida de que *Álex* me seguirá.

Ya me he arrepentido de todas las idioteces que he dicho. Quiero arrinconarlo en mi escalera del garaje y

hacer el amor a lo salvaje. Quiero fundirme entre sus brazos como chocolate caliente.

Estoy mal acostumbrada.

#CapitánCaosAlMando

Álex

Ya está. Ya se ha roto. La veo alejarse y esa mirada suya de desprecio voy a guardarla como un clavo en la memoria por muchos años. Acudiré a ese doloroso recuerdo cada vez que la eche de menos, que me reproche haberla dejado escapar. Eso que en la fiesta estuve a punto de dedicarle una canción cuando oí que

el cantante decía «*sabes que yo puedo ser terriblemente fiel...*». Gilipollas.

Soy humano, me gusta sentir que me necesitan y Camila lo hace. Sofía no. Sofía es autónoma, independiente, libre. Acostumbra a tomar decisiones sin consultar, detesta depender de otra persona. Si me alejo, rehará su vida en un abrir y cerrar de ojos. Camila no. Camila se siente desamparada si mi mano no la guía.

Adoro a la chica de ojos de plata, pero me hace sentir débil.

Sofía

De haber apostado una mano, la habría perdido. Todos los cerebros no funcionan igual. Me alejo de estampida cual damisela ultrajada y cualquiera de

mis anteriores novios me habría alcanzado en la puerta de casa para aclarar el universo de puntos oscuros que aún nos separaban y recuperarme.

Cualquiera de ellos.

Pero Álex no es cualquiera, así que no lo hace. Llego hasta el garaje y me detengo con una inocente esperanza revoloteándome en el estómago. La calle está desierta y negra. Tétrica, neutra y callada. Me estremezco. No está. No ha venido. Pulso el mando y el portón abre sus fauces. Me cuelo dentro del edificio con el corazón en un puño y después de desconectar el motor de mi desvencijada moto, los ojos se me van, sin querer, al

recodo de la escalera donde nos tocamos a fondo la primera vez. Ya no puedo contener las lágrimas y sollozo en espasmos como si fuese a darme un ataque.

Lo que me dan son las seis de la mañana acurrucada en un polvoriento escalón de mierda, escuchando *Whatcha Say*,[\[14\]](#) de Jason Derulo, una y otra vez, una y otra vez.

Ximena me alarga la taza con la infusión caliente y me alerta de que quema. Estoy tan anestesiada que podría abrasarme sin notarlo. Acto seguido, se

recuesta a mi lado en el sofá. Tengo los ojos hinchados y enrojecidos, parezco un payaso a medio desmaquillar.

—¿Él sabe lo mal que estás? ¿Tiene idea de lo mucho que te está afectando este jueguito enfermizo?

Niego con la cabeza y le digo que antes muerta que permitir que me vea llorar.

—Eso, haciéndote la dura, rompiéndote por dentro pero sin que se note. El exterior siempre impecable. ¿Me explicas para qué?

—Los tíos odian a las lloricas — casi grito—, yo odio a las lloricas, blandas y ñoñas, chantajeando a los

demás con un puñado de hipidos.

—Ponlo contra las cuerdas ya, joder, machácalo, pero que tome partido de una vez por todas.

Me llevo la taza a la nariz, el vapor me hace cosquillas, con las mismas, la aparto sin probar el líquido.

—Esto estaba muerto antes de empezar, Ximena. La historia con Camila lo tenía agotado y respiró unos meses conmigo. No te digo que no deseara que funcionase, ni te niego que tuviese buena intención... —me froto la nariz rojo pimiento—, pero no fui suficiente. Buscaba otra cosa, a la tal Olga, alguien más parecido a Camila...

no sé, no sé una mierda.

Mi amiga más querida me abraza. Yo me encojo y me hago pequeñita ante su arretrato de compasión.

—Yo lo quería —gimoteo.

—Qué coño vas a quererlo.

Encoñaita todo lo más, que era muy pronto, amiga.

Su matiz me consuela. Si no estoy enamorada el sufrimiento pasará antes. Así nos quedamos, abrazadas, meciéndonos como bebés.

—Es injusto que vengas a Málaga dos días y te los pases dándome cuerda. Está tu madre —suspiro— y está Antonio. Tu novio va a ponerme dos

velas negras...

—Como no te calles, te juro que te endiño.

Obedezco y de nuevo me acuna.

Pasado un rato, trato de hacer una broma que se me escurre por los lados.

—Qué morena estás, tú te das rayos en la capital.

—Sí, rayos y centellas. Sobre todo cuando veo a mi jefe aparecer por el pasillo. Ése sí que me tiene negra carbón.

Estiro el cuello como puedo. Ximena me tiene agarrada que ni con grilletes.

—¡Anda ya! ¿Problemas tan pronto?

—No es oro todo lo que reluce en la MFO. Estoy ya un poco hasta los ovarios de tanto tipo estirado dando órdenes, mangoneando fondos públicos y desprestigiando a todo el que no pertenezca a su redil.

En ese microsegundo caigo en la cuenta de que Ximena también tiene atascos en su camino a la felicidad y al éxito, y que yo he monopolizado el planeta de las desgracias sin merecerlo.

—Cuéntamelo todo.

—No tiene importancia.

Mierdecillas, ya sabes.

—Cuéntamelas. Si son tus mierdecillas me importan.

—Me han robado la idea más genial que he tenido en toda mi vida. Jamás volverá a repetirse un momento de lucidez de tal categoría. Fui tan ilusa que se la conté a mi superior y le faltó tiempo para ir a venderla como propia a las altas esferas.

—¡No!

—Sí.

—Joder, estaba convencida de que esas putadas sólo se las hacen a los protagonistas de las novelas.

—La realidad siempre supera a la ficción, mi filosófica amiga. —Se estira la falda con las manos—. Estoy pensando en volver.

—¿A tu antiguo puesto? ¿A Málaga?

—Aunque traiga las orejas gachas, sí.

Se me dibuja una sonrisa que me parte la cara en dos.

—No tiene por qué parecer un humillante retroceso, tienes la excusa perfecta: tu madre.

—Sí, bueno, eso también.

—¡Tenerte aquí de nuevo! Sería genial.

—Hasta es probable que me ascendieran, gracias a los conocimientos que traigo acumulados. En Madrid he participado en proyectos ambiciosos y de largo recorrido.

—¿Has tanteado la posibilidad...?

—Estarían encantados si decidiera reincorporarme.

Ahora soy yo la que se cuelga de su cuello, chillando de entusiasmo, sin dejarla siquiera terminar.

—Y Antonio quiere que nos vayamos a vivir juntos. Él y yo solos, sin mi madre.

Siento un desbordante alivio recorrerme las venas. Pero suena el timbre de mi apartamento y el sonido basta para tensarme y crispar mi cara, que lanza miradas aterrorizadas hacia la puerta. No puede ser. No voy a poder soportarlo. Si Álex aparece por ese

hueco y me dice dos palabras, sólo dos, con su voz de terciopelo rasgado, voy a arrojarme a sus pies derretida de amor y de deseo. Pienso esconderme debajo de la cama, ya.

—Debe de ser Antonio. —Ximena interrumpe mi torbellino de pensamientos—. Le he pedido que me recogiese aquí, espero que no te moleste... —Calla porque me ve levantarme de un salto y recorrer frenética el pequeño salón—. ¿Qué haces?

—Busco algo contundente para tirarte a la cabeza. —El descubrimiento de quién llama rebaja de golpe mi nivel

de adrenalina.

—¿Por qué? —pregunta irritada mientras va a abrir—. ¿Por qué de repente quieres matarme?

—Por preguntarme estupideces. Ni tú ni nadie que esté ligado a ti molestaréis en mi casa ni en mi vida jamás de los jamases.

Ximena se detiene un metro antes del picaporte y me sonrío tierna por encima del hombro. Me tiembla la barbilla, la mandíbula inferior. Aprieto los labios contra los dientes para controlar la llorera que se avecina. Voy de sobresalto emocional en sobresalto emocional. Y del suelo al sofá.

Cuando terminan de besarse y decirse cositas dulces en susurros, Antonio y Ximena vuelven a mi madriguera enganchados del brazo. Él está muy guapo, con su camisa azul celeste, su parka de plumas azul marino y sus vaqueros. No es muy alto, pero tiene una cara preciosa, ojos ámbar y manos fuertes y nervudas. Y es, pese a lo que nos temíamos en un principio, un tipo en quien se puede confiar.

—¿Cómo te encuentras?

Deposita un pequeño beso en mi frente y, sobre la mesa, una bandeja de

pasteles del obrador de la entrada de la calle, que conozco el envoltorio. Ximena nos deja solos y desde la cocina nos grita que preparará té y café en abundancia.

Hago un esfuerzo por enfrentar los preocupados ojos de mi «casicuñado».

—¿Estás bien? —insiste.

Yo suspiro. Creo que voy a tener que sacar fuerzas de flaqueza y contestar.

—Se pasará.

—No quiero verte sufrir, Sofía. Todo esto me toca muy de cerca y no sólo por Ximena. Álex es mi amigo y tiene buen fondo, te lo aseguro. Lamento que haya pasado esto, ibais muy bien

encaminados.

Tuerzo el gesto. ¿En serio cree eso?

—Nunca lo había visto tan interesado por nadie —continúa—. A su manera, no te lo voy a discutir, pero lo estaba.

—Quizá eso sea lo terriblemente malo de estar colgada de Álex, «su manera» de interesarse.

—Estaba muy quemado por las broncas con Camila, es posible que sólo necesitase tiempo.

—Pues va a tenerlo en cantidad. —
Sonrío burlona—. Todo el del mundo. De esta pobre imbécil ya no va a reírse más.

—No conozco una definición que te pegue menos que «pobre imbécil». Venga, mujer, levanta ese ánimo; la vida es bella y tengo casi convencida a nuestra Ximena para que abandone Madrid.

En ese momento, mi amiga aparece con la bandeja con el café y el té en las manos, exuberante de alegría, y a dúo inician su rosario de consolación. Siento un terrible dolor de cabeza. su entusiasmo me conmueve, puede que debiera prestarles más atención, pero puedo. La modorra me va envolviendo como una capa y creo que hasta doy cabezadas. Menos mal que los invitados

son de confianza.

Tres semanas, tres. Son muchos días.

He fingido una gripe para justificar mi depresión de caballo y mi ausencia total de energía para salir de la cama. He soslayado las acuciantes preguntas de Ximena, Silvia y Helen. Les juro que estoy tomando un complejo vitamínico que me subirá de nuevo los arrestos y el desinflado coraje.

Lo cierto es que necesito oír su voz y Álex no da señales de vida. Si algo me queda claro a estas alturas es que no piensa volver. No pedirá disculpas ni

explicaciones. Nuestro tambaleante universo de cartón mojado acabó por derrumbarse y me duele tanto que apenas consigo respirar. Recorro, en plan terapéutico, a mis imágenes tristes del pasado. Sergio me apuñaló en lo más hondo y recuperarme me fortificó, eso fue lo que me dije a mí misma en aquel momento. Sin embargo, ahora todo me escuece mucho más, puede que me hieran con mayor facilidad, puede que ni siquiera hubiera cicatrizado.

Admito que me lancé demasiado a lo loco a esta nueva aventura, pero con todos mis errores, Álex ha significado un antes y un después en la manera de

entender el deseo: lo querré toda la vida.

Por fin me incorporo a mi puesto de trabajo, más bien me arrastro. Confío en que gestionar los problemas de los demás ayude a mi desesperación y jornada a jornada la lime. Una hora más tarde de lo previsto, Silvia se materializa en el hueco de mi puerta, radiante como una pequeña bombilla LED. Entra haciendo ruido con sus tacones, enfundada en un vestido tangerina delicioso.

—Felicítame; soy una chica soltera y loca por comerme la vida. —Extiende los brazos a los lados para darle énfasis

a su anuncio—. Lo mismo que tú.

—Yo soy una chica soltera y ahí me quedo —replico avinagrada.

Ella parpadea estupefacta.

—¿A qué viene ese humor de perros? Si aquí empieza nuestra feria.

—¿He oído bien? ¿Has plantado a André?

—Como una mata de hierbabuena —resume satisfecha.

A mí me echan chispas las pupilas.

—Después de todo lo que liaste porque se marchaba y ahora cortas con él.

—Lo que «lie» —recalca la palabreja con mala baba—, lo lie

porque lo amaba, mucho más de lo que ese malnacido egoísta se merecía. Y éste ha sido el resultado. Me he desenganchado.

Silvia es contundente al hablar, está segura de lo que afirma. Y yo, en mi estado semicatatónico, odio su ímpetu y sus frases asesinas.

—¿Le has hablado de Carlos? —le pregunto sin fuerzas.

—No, claro que no, sería del género tonto. Lo que ha pasado entre nosotros es ajeno a Carlos. Tiene más que ver con un avión rumbo al Atlántico y sus muchas ganas de ser *celebrity*.

—Está bien, como quieras, pero te

advierto que no tengo cuerpo de jolgorios. Para todas esas verbenas que estás maquinando va a ser mejor que te busques otra compañera.

—Ni de coña, guapa, tú eres la elegida —dice ahuecando la voz y apuntándome con el dedo, como el portero del Túnel del terror.

Vaya, cualquiera lo diría; a pesar de la muerte de su noviazgo, conserva intacto su buen humor.

—Te advierto que es posible que te entren ganas de suicidarte conmigo al lado.

—Ya verás como no. —Para dar fe, me guiña un ojo—. Y quita esa cara, que

parece que has mordido un limón.

—¿Lo ves? Ya estamos.

Desaparece con un bailoteo sin mencionar a la causa de mis penas, y yo me pregunto si la razón de su esotérica alegría se llama Carlos o «mi amiga ya no sale con mi hermano».

#SinDemasiadaBrújula

El amor que todo lo puede, el amor que a veces se comporta como una fiesta, empieza de maravilla y acaba con una resaca de mil infiernos que te hace jurar por tu bisabuelo que no se repetirá. Pero se repite, vaya si se repite. Allá voy,

embutida en un vestido de terciopelo borgoña vergonzosamente corto, en un taxi, porque la noche podría criogenizarme si me decido por *Martita*, camino de Lemon, un restaurante de alto copete donde se reúne la gente del departamento para despedir con todos los honores al profesor Martínez, que por fin se jubila.

Ha sido arduo librarme de Silvia esta tarde. Últimamente no me deja ni a sol ni a sombra, desayunamos y almorzamos juntas cada día y, a menudo, sobre todo los días que no doy clase en el gimnasio, me enreda con descaro para ir a picar algo por el centro antes de

volver a casa.

Si mantiene una relación erótico-amorosa con Carlos, lo llevan bien en secreto, tanto que Helen aún se hace ilusiones con el abogado bombón. A mí, que a estas alturas ya se me escapan pocas, me basta percibir la energía que emanan al mirarse para saber que allí hay tomate.

A la entrada del palacete donde se encuentra ubicado el restaurante, una doble hilera de camareros de ambos sexos, uniformados con pulcritud en blanco y negro, me reciben con copas de cava. Apenas son las ocho de la tarde, el profesor está mayor y no aguantaría el

folklore tardío. A saber qué rollo le han contado para arrastrarlo hasta aquí. A mí fue Mario quien me avisó. Por él, y para impresionarlo, aún no entiendo del todo la razón, me he puesto esta vestimenta de la que empiezo a arrepentirme. Quizá no sea excesiva para una vuelta con mis amigos, pero a los universitarios igual los escandalizo, al profesor Martínez le da un infarto y nos quedamos sin cena.

Con una flauta de cava entre los temblorosos dedos y sonriendo como un tentetieso, cruzo el jardín en equilibrio sobre estos tacones demenciales. Distingo un grupo de unas treinta personas en el salón, a través de las

ventanas; no puede ser que todos estén aquí ya, juraría que no llego tarde. Voy a morirme de vergüenza atravesando a solas ese umbral. Igual se me desordena el paso y me caigo de bruces cuan larga soy. Le envío un mensaje a Mario. Caballero al rescate.

Estoy en el jardín. Te pareceré una moñas, pero me da apuro entrar sola. ¿Saldrías a buscarme?

No tarda ni un minuto en aparecer por la puerta, sonriente y luminoso. Con un traje de chaqueta gris marengo, camisa blanca y corbata gris con rayitas. Es una oda a la perfección clásica, cara y cruz con el aire canalla y gamberro de

Álex, que tanto me pone. Ojalá no fuese una masoquista de premio, porque Mario sería una opción a tener muy en cuenta.

En tres zancadas se pone a mi altura y me abraza. Seré idiota, pero la fuerza de sus brazos rodeándome, ofreciéndome algo cercano a la seguridad, me reblandece y tengo ganas de llorar. Trago saliva, carraspeo y me paso los dedos por el rabillo del ojo, alegando que todo esto de las despedidas me pone tontorróna.

—Y te has perdido la carita del profesor, cuando nos ha visto a todos reunidos diciendo «Sorpreesa» —me

cuenta.

Su mano anclada en la curva de mi cintura me empuja con suavidad al interior. A la boca del lobo, desde donde todo el mundo se vuelve para mirarnos.

—Pero se supone que era a las ocho —protesto—. He sido puntual, ¿cómo es que...?

—Era a las siete y media, Sofía, cambiaron la hora y te envié un mail...

—Deja la frase en sospechoso suspenso.

—No lo he recibido.

—En realidad no los mandé yo personalmente, se los encargué a personal del departamento. —Frunce el

cejo molesto—. La verdad, pensé que serían más competentes. Lo siento mucho.

Antes de responder, oigo una voz exaltada que grita mi nombre.

—¡Sofía!

Mi querido director de tesis me recibe con los brazos abiertos y en mi memoria se agolpan un montón de recuerdos entrañables vividos a su lado. Tiene buen aspecto.

—¡Mi preciosa niña, pensé que no vendrías! —Su mirada se posa un instante en mí con admiración, antes de estamparme dos besos en las mejillas.

—Aunque sea un tópico, profesor —

digo mientras le devuelvo el saludo—, no me lo perdería por nada del mundo. Está muy guapo, se nota que el descanso le sienta bien.

Se zambulle en un mar de explicaciones acerca de sus rutinas diarias: bajar a la calle, caminar unos treinta minutos, tomar café en una coqueta pastelería... Leerá mucho mientras le respondan los ojos e incluso tiene previsto dar clases particulares a algunos desorientados alumnos de primero.

—¡Qué maravilla! Viene usted lleno de buenas ideas —alabo, no del todo tranquila.

El largo del vestido atrae las miradas belicosas de más de una y en un rincón tenebroso se esconde Paula, el orco rubio, que me perfora con ojos criminales.

—Me dijiste que estabais liados, ¿no? —le cuchicheo a Mario en cuanto nos dejan solos y dispongo de oportunidad.

Se ruboriza y me parece encantador.

—No ha funcionado. No llegó a tener suficiente relieve.

Parpadeo. A saber lo que Mario entiende por «relieve»; ¿serán tetas? Jo, no debería seguir bebiendo, pero es que los dardos asesinos que la profesora me

envía desde el fondo de la sala me están poniendo cachonda. Quiero ser mala por un rato. Malota de verdad.

—¿Por casualidad era Paula la que debía enviar los mails? Ya sabes, con el cambio de hora de la fiesta —adivino con un chispazo de malicia.

Él asiente.

—Me lo figuraba.

—Te ha excluido.

—Debe de ser que por algún oscuro motivo le estorbo. Lo siento, profesor Jones, te mereces algo mejor que esa bruja —suelto, desinhibida por culpa del champán.

—¿Algo como...?

Entorna los ojos oscuros hasta convertirlos en dos rendijas y mis piernas tiemblan un segundo, apabullada por su intensidad. Es extraño lo que me ocurre con Mario: me turba como si tras el límpido brillo de sus pupilas se escondiese algo prohibido, sugerente y muy sensual, cuando no es más que mi inofensivo amigo.

—Bueno, ya sabes —desvió la mirada—, una buena chica que te prepare el desayuno y no haga tropelías a tu espalda.

—Dime que esa joya podrías ser tú.
—Me dedica una sonrisa insinuante.

Tal vez sea un error, pero se la

devuelvo.

Y en menos que canta un gallo, estamos flirteando con tantas ganas como descarro, apoyados en la baranda del porche que asoma a los jardines, sin notar el frío y sin incomodarnos. Se respira una sutil fragancia a dama de noche que me saca del presente. Cuando la cena comienza, nos separamos con naturalidad y vamos a sentarnos cada uno a un costado del profesor Martínez, como sus privilegiados niños mimados. Nos dedicamos unas emocionadas palabras en público, que arrancan enfervorizados aplausos de la achispada concurrencia, ayudamos a soplar las

velas de una tarta que más bien parece el incendio de Chicago, y mantengo orgullosa el tipo, pasando del veneno que destila mi nueva enemiga, Paula, aplacando mis ganas de mandarla al cuerno, que también las tengo.

Las horas vuelan, señal de que estamos a gusto, y yo me alegro de haberle hecho caso a Ximena y haber venido. No creía que fuese capaz ni de pintarme el rabo del ojo, pero aquí estoy después de todo, acaparando la atención de un chico guapísimo, que cuando las luces se amortiguan y los asistentes inician su despedida, se ofrece a llevarme a casa.

—¿En ese engendro de jeep que tienes? —casi chillo, aturdida por el alcohol—. Se me pondrán los pelos de espantapájaros.

—No, mujer, estamos en invierno, va cubierto con el techo rígido.

Atravesamos juntos la sala, su mano guiando la parte baja de mi espalda. Levanta la que tiene libre para decirles adiós a todos, incluida Paula, que nos dedica un disparo de resentimiento.

—¡Chicos, nos vemos mañana! —dice Mario.

Apuesto a que la voz de la rubia no está entre las que han respondido con afecto.

—Te va a empalar. —Río, contorsionándome sin lograr subirme al asiento.

El vestido es tan corto que no me lo permite. Entonces Mario se acerca, me coge por la cintura con ambas manos y me alza en vilo hasta depositarme con suavidad sobre el cuero. Me sacude un ramalazo de libidinosa excitación. Me gustaría separar las rodillas y animarlo a que mirase.

Dios, estoy borracha. Menudo ejemplo para los becarios.

—¿Quién, Paula?

—La misma que viste y calza. Mañana procura que no te sirva el café,

puede ser que haya vertido por equivocación quince gotas de Evacuol dentro y te pases el día en el trono.

Suelta una sincera carcajada.

—Más le vale no intentar ese tipo de tretas tan viejas y tan rastreras.

—Perdona que te lo diga, te la habrás estado beneficiando, pero tiene pinta de que le van los ardides mezquinos.

—Tú me animaste a intentarlo.

—Parto de la base de que todo el mundo es bueno —murmuro.

El cosquilleo asciende por mis muslos y se convierte en punzada en mitad de mi sexo. Sigo aquí sentada, con

las piernas hacia fuera y Mario prácticamente aparcado entre ellas, charlando tan tranquilo.

—Y se merece una oportunidad — completo—. A veces, muchas veces, meto la patorra, no nos vamos a engañar.

—Que se ande con cuidado, puedo ser muy vengativo si me lo propongo — afirma con una contundencia que me sobresalta—. Venga, adentro esos preciosos tacones, que voy a cerrar.

Obedezco y lo veo rodear el jeep, acomodarse ante el volante y arrancar. El ponche me ha vuelto imprudente y osada y la ausencia de Álex me empuja a desear un cuerpo a cuerpo excitante.

Pero respiro hondo unas cuantas veces, normalizo el acelerado latido de mi corazón y me recuesto en el asiento, rezando por adormecerme.

—Uff, qué miedo me das, doctor Jones —me burlo.

Mario ríe. Es un gustazo oír esa miríada de campanillas festivaleras.

—¿Por qué demonios me llamas así?

—Porque eres como Indiana, tienes dos caras. —Extiendo ambas palmas hacia el techo—. El erudito y el aventurero. —Las muevo a modo de balanza.

—Todos tenemos zonas oscuras en nuestra personalidad. ¿Sabes que ése fue

justo el tema de mi tesis?

—¿Zonas erróneas? La siguiente calle es la mía —aprovecho para indicarle.

—No, erróneas equivale a quebradizas. Oscuras, zonas oscuras.

—Te refieres a la maldad.

—No necesariamente hasta ese punto. Pero sí, alguien muy diferente al que solemos ver a diario, un mister Hyde escabroso, que por precaución no se asoma.

Al decir esto, sus fuerte manos se contraen sobre el volante de piel. Un remolino se agita en mi estómago y me hace suspirar de deseo. Es definitivo,

estoy descontrolada. El motor rugiente del jeep se desvanece y el silencio de una noche de invierno nos rodea.

—Ya estamos —susurra muy cerca de mi cara.

—Te refieres a que ya estamos en mi casa.

Miro de reojo el portal y su luz mortecina. Puede que sea el empuje del alcohol, mi libertad frente a Mario, al que nada me une, o el hecho de que él exhiba una enternedora timidez de vez en cuando, pero me envalentono.

Cuando Álex sonrío, toda una tromba de promesas sensuales me invade. Mario, por contra, nunca desencadenaría

en mí ese estado, su sonrisa es más angelical que diabólica. ¿Verdad? Me lo pregunto en el exacto segundo en que nos miramos, tan próximos que casi estamos pegados. Somos dos asomándonos a un pozo profundo sin fondo visible.

Entonces él rompe mis esquemas. Me coge una mano y la acerca a sus labios. ¡Dios! Son firmes y húmedos, deseables a más no poder. El estómago me burbujea travieso.

—Espero que volvamos a vernos muy pronto —murmura, sin apartar de mí sus intensos iris.

—Antes de otra fiesta de jubilación

—musito con desmayo.

—A ser posible, antes de la mía. Me refiero a quedar por nuestra cuenta.

Suelta mi mano y llega el momento de marcharme. Discreta y elegante, como él merece. Asiento, sonrío y acciono la manivela de la puerta. Pero cuando voy a impulsarme fuera, me lo pienso mejor, ruedo sobre mi trasero, atrapo su rostro con ambas manos y deposito un tierno beso en la comisura de sus labios.

Diría que se ha quedado patidifuso.

—Sofía... —me reclama cuando me bajo.

Puede que quiera un segundo beso

que, de momento, lo que es hoy, no va a llevarse. Agito la mano por encima de mi cabeza y saco las llaves del bolso.

Atravieso el portal, caliente como un horno abierto, pero encantada con mi ejercicio de autocontrol. Esto no es más que el fruto de una intoxicación ética del que mañana renegaré.

No necesito más problemas y menos con alguien como Mario, al que aprecio. Antes me quito la vida cien veces.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, tengo la sensación de que me ha caído un martillo en la cabeza. Estiro

el brazo, busco a tientas el despertador y me horrorizo al ver que son las ocho. Me hundo un momento en las almohadas y cierro los ojos. Ojalá no tuviera hoy la agenda plagada de visitas, ojalá no fuese jueves y Silvia no se empeñase en salir a tomar algo y algo más que algo después, por el centro.

Regresan los viejos y vergonzosos tiempos en que me escondía para no cruzarme con Álex, pero la novedad ahora es que voy acompañada por Silvia, que maneja información privilegiada o sabe de sobra dónde ahoga las penas su hermano, porque en casi un mes no me lo he topado ni de

lejos. Voy dando tumbos hasta la cocina y, maldiciendo a la parentela del fabricante del ponche, busco una aspirina en el armario y me la trago con un vaso de agua. Mi móvil parpadea, abandonado desde anoche sobre la encimera, y por un instante fantaseo con que sea Álex que me escribe un SOS desesperado.

Pues no, es Mario. Otro guaperas, otra historia.

Me has tenido en vela toda la santa noche. Me debes una, doctora. Que tengas el mejor de los días.

Se me dibuja una sonrisa bobalicona

en la cara. Las amabilidades, si te despiertas con resaca, son muy bienvenidas. Me meto en la ducha, mientras reposa la bolsita de té y una hora más tarde paso como una exhalación por delante del mostrador de Helen.

—¿Café?

—Aunque suene raro, gracias, sí.

—¿Cargado?

—Mucho. —Vuelvo a sacar la cabeza del despacho—. ¿Tanto se me nota?

Compone un mohín gracioso y agita arriba y abajo el flequillo.

La visita de la señora Peláez, que

confiesa haber descubierto su ninfomanía a raíz de la lectura de novelas romántico-eróticas, me deja centrifugadas las neuronas. Lleva viuda cinco mil años y no conoce varón al que martirizar, de modo que martiriza a su psicóloga. No sé si el tratamiento que le he aconsejado, irse de picos pardos con las amigas a Torremolinos y ponerse ciega a daikiris, será muy ortodoxo, pero me la he quitado de encima y ella se marcha feliz como un gorrión con una miga en el pico.

Me alejo del teclado, estiro los brazos por encima de la cabeza, tiro de las costillas y crezco unos cuantos

centímetros, cuando Helen golpea con los nudillos mi puerta y me pide paso.

—Tienes una clienta nueva, acaba de llegar sin cita. Pregunta si la podrías atender.

Tuerzo una ceja.

—¿Te ha dicho de qué va?

—Celopatía —susurra bajito.

—¡Uau! ¿Ella misma se ha definido como celópata? Esto promete, dile que venga a las seis...

—No me has entendido, está ahí fuera leyendo una revista. Éstos son sus datos.

Me tiende el impreso rutinario que rellenan todos nuestros clientes. Mujer,

treinta y un años, Esperanza Gutiérrez. En fin, suspiro, nada puede ser peor que los sueños mojados de la señora Peláez.

—De acuerdo. Prepáranos unos cafelitos o caeré muerta dos veces contra la mesa antes de que la pobre salga por esa puerta.

—Volando.

Helen desaparece y yo me concentro en despejar el aspecto de mi escritorio, retirando expedientes ya trabajados y procurando quitar anotaciones y otras chirimbas. Introduzco documentos en una carpeta, hago girar mi silla hacia el mueble archivador y, cuando la estoy colocando, oigo a mi espalda entrar a la

tal Esperanza.

—Siéntese, en un segundo estoy con usted.

Percibo un pequeño alboroto, tropiezos, no es muy sutil al moverse que se diga. Pero cuando termino, me levanto y la miro con una sonrisa que se me congela en la cara.

#EncuentrosFatales

—Camila.

Se me seca la garganta, se me apaga la voz. Ella no parece sorprendida, de lo que deduzco que sabía muy bien a quién visitaba. Sus sagaces ojos negros me escrutan con ansia. No debe de

quedarme un solo músculo en el cuerpo que no se me haya tensado. Por Dios, estoy rígida como si me hubiesen vertido hidrógeno líquido por encima.

—Me temo que estoy esperando a una clienta... —empiezo a excusarme.

—Esperanza Gutiérrez —me ayuda ella con una sonrisa socarrona.

La observo conteniendo el aliento, pero no, no emana violencia ni tintes dementes. De hecho, la noto de lo más serena.

—Supongo que eres tú.

—Si usaba mi nombre real no ibas a querer recibirme.

Sagaz análisis. Yo afianzo los

tacones contra el suelo, pretendiendo extraer fuerzas del centro de la Tierra.

—Tampoco voy a atenderte con el ficticio. ¿Buscas a Silvia? —aventuro, deseando que la respuesta sea un «sí» como la catedral de Burgos.

—No —suelta una risita—, ni mucho menos. Vengo a verte a ti.

La boca del estómago se me retuerce un pelín más. Retornan a mi cerebro sus gritos y golpes tras la puerta del apartamento de Álex, su cara de loca al buscarnos en aquel restaurante, y directamente me mareo.

—Camila, no sé a qué has venido, pero tú y yo no somos amigas, de modo

que no vamos a fingir que nos caemos bien. Estoy en mi lugar de trabajo. Numeritos aquí ni uno.

Su expresión ahora es de inocente sorpresa.

—No busco pelea ni discutir ni pedirte explicaciones por nada.

—Faltaría más —la corto tajante—, no sé que tenga que darlas.

—Vengo porque necesito ayuda psicológica.

Me recuesto en mi sillón director a punto de soltar un lamento de alivio. Analizo su lenguaje no verbal. Sentada en el borde mismo de la silla, insegura, mirando la moqueta con las manos

escondidas entre las rodillas, no parece peligrosa. Tiene los ojos enrojecidos e hinchados, faltos de sueño. De momento puedo fiarme.

—Creo que no soy la persona indicada para tratarte.

Su plácida y tristonía mueca muta a angustia. Se echa sobre la mesa con brusquedad y yo doy un respingo por lo que pueda avecinarse.

—Estropeé mi maravillosa relación con Álex —el término «maravillosa» podría habérselo ahorrado— y sé que fastidiaré cualquier otra que comience, con los dichosos celos —gime—. Tengo que controlar esto del modo que sea,

tengo que controlarlo.

—Y te doy la razón. —Mantengo la calma—. Pero no conmigo.

—No soy una amenaza, Sofía, sé que Álex y tú...

—Estás muy desinformada. Álex y yo no tenemos nada, de hecho, salgo con otra persona. —Me doy el gusto de fantasear y en mi mente se forma de inmediato un cuadro con la imagen de Mario.

Sin embargo, el goce me dura poco, porque su gesto contenido de súbita alegría y el destello en sus ojos pardos me hacen arrepentirme de haberle regalado tanta información y tan valiosa.

Quizá esta visita no fuera más que una trampa para tantear el terreno y he caído en ella como una estúpida. Debería haberla echado nada más asomar la nariz por la puerta.

—Entonces con más motivo —dice animándose sola. De repente masca chicle como si triturara mi futuro—. Podríamos incluso, no tratar de hacer amistad, eso lo entiendo, y sería precipitar las cosas, pero sí una especie de alianza... Sofía, he sido muy injusta contigo.

—¿Ah, sí? —Me mantengo distante, sin implicarme. A la espera de cuáles sean sus razones.

—Te culpé del abandono de Álex, cuando en realidad no hay más culpable que él mismo. Y yo. Mis celos terribles. He sido una persona difícil de soportar, ahora lo entiendo, por eso quiero terapia.

—Te recomendaré a dos o tres colegas excelentes en su especialidad que podrán ayudarte. —Cojo bolígrafo y papel—. Hombres y mujeres indistintamente, para que puedas elegir con quién te encuentras más a gusto.

—Pero yo preferiría...

—No estoy capacitada para atenderte, Camila, lo siento, las celopatías no son mi especialidad. En

realidad estoy especializada en trastornos alimenticios —invento sobre la marcha.

—Bueno, he tenido algún que otro episodio de bulimia que...

—Que no debe ser tratado de forma separada, las manifestaciones del trastorno componen un todo global que debe analizarse y gestionarse unido. —
Le tiendo el papel con las anotaciones.

Ella duda si aceptarlo o no. Incluso se muerde el labio inferior, aunque reacciona en positivo y lo coge con la punta de los dedos.

El tiempo transcurrido y el desamor hacen que no la vea tan exótica. De

hecho, lleva bailarinas y tiene los pies como un puñetero hobbit. Jodida Camila, cuántas noches de insomnio me provocaste.

—De acuerdo, no voy a insistir, tampoco quiero incomodarte. —Se pone en pie, tambaleante, y yo la imito marcando las distancias con un rictus rancio en los labios—. Si ya no sales con Álex, te confesaré que pienso reconquistarlo. No ahora, cuando me cure, cuando ya no sea un peso muerto.

Siento algo desagradable trepando por mi espalda. Es el miedo otra vez, que se agarra a mis entrañas. Una zarpa dolorosa que, si vuelve, es para

quedarse. O eso pretende, pero yo no voy a permitirselo.

—Me parece muy bien, haz lo que estimes pertinente. —Articulo cada letra con entereza e indiferencia. Justo lo contrario de lo que siento.

Se dirige a la puerta y, una vez allí, me mira por encima del hombro. Sólo entonces tengo la sensación de que su sonrisa se vuelve maliciosa. Al quedarme sola me derrumbo en mi sillón, me escuecen los ojos, me tapo la boca con la mano y ahogo un gemido de auténtico pánico.

Álex

La teoría del siempre falible Víctor es que me he librado de una buena.

—No le des más vueltas, tío, has hecho lo correcto, mandarla a la mierda.

—No la he mandado a la mierda —le recuerdo con un mugido.

Él mueve las manos condescendiente.

—Ya sabes, es una manera de hablar. No volver a llamarla ni hacer por verla. Eso está bien.

—¿Por qué será que yo no lo tengo tan claro?

—Porque esa chica se te metió en la entrepierna, porque te has encoñado, por cierto, nunca fue tan rápido con nadie, joder. Pero se pasa. Ya se te ha pasado otras veces.

—No era ni parecido.

—Si te empeñas en ver magia y estrellitas de colores, eso será lo que veas. Pero lo cierto es que Sofía es una tía normal, una tía más. Está buena, sí, pero es una bruja manipuladora y posesiva del mismo calibre que Camila.

No respondo. No estoy de acuerdo con casi nada

de lo que sale por su boca, pero tampoco tengo energía para discutir con alguien tan testarudo como Víctor.

—Y te digo, hasta peor que Camila, porque a ésa al menos la ves venir; ésta es una mosquita muerta con cara de ángel, que espera a que bajas las defensas y entonces, ¡zas!, hachazo en mitad del cráneo.

—O del corazón.

Como si fuese el hogar de un enjambre de avispas, Víctor abandona el puf donde está desparramado, con la lata de cerveza en la mano. Da un par de vueltas frenéticas por el amplio salón.

—Joooder, no te pongas moñas, que en ese plan no hay quien te aguante.

—¡Pues lárgate, coño! —estallo, señalando la puerta.

Hemos quedado para ver un partido de fútbol, pero esto se ha convertido en una jodida pesadilla, una batalla campal en la que Víctor ha sacado el único tema marcado como tabú desde hace casi un mes: Sofía.

—Se supone que ésta era una tarde tranquila de tele y cervezas. No te he pedido que vengas a leerme la cartilla, ya soy mayorcito para saber a qué me

enfrento.

—¿Tú te ves? ¿Tú te has mirado al espejo?

—Cada tres días, cuando me afeito —rezongo.

Víctor se deja caer a plomo sobre el saco relleno de bolas diminutas, que adopta la forma de su cuerpo y lo envuelve.

—Te vas arrastrando por el suelo por culpa de una mujer, cuando tienes cientos haciendo cola para que les bajas las bragas. Hay que ser gilipollas.

—Ninguna de esas que mencionas se le parece ni de lejos. Es otra historia, Víctor, no sabría explicarte ni me da la gana hacerlo.

—Oh, vaya, hemos naufragado —se burla él con voz de teleñeco—, el señor ha decidido que merece la pena morir por una niñata...

Cojo el mando a distancia y, con un gesto brusco, le robo la voz al exaltado comentarista del partido. Giro el cuello y miro a mi amigo con algo muy cercano a la animadversión.

—Quede claro que ya he soportado bastante drama con Camila, no necesito más de eso, y jodidas sean las ganas que tengo de encoñarme con una tía que cojee del mismo pie. La lección la tengo más que

aprendida.

—Pues entonces no veo dónde está el problema. Sofía es celosa y posesiva como la que más, ya te lo ha demostrado.

—A Sofía yo la agobiaba, me lo dijo Silvia. Debí de confesárselo ella misma algún día que ya no me soportaba.

—¿Se sinceró con tu hermana y no contigo?

—Eso parece. Su anterior relación la dejó tocada y entonces llego yo, con follones pendientes, llamándola y queriéndola ver a diario en lugar de concederle tiempo y espacio. No, no es tan posesiva como crees.

—Entonces, explícame si puedes las escenitas de celos que te montaba y que no dejase de lanzarte dardos con Camila y otras tías. Porque tú, historial mujeril, tienes un rato. Si la muñequita conociera sólo la mitad, se pegaba un tiro en la frente.

—Pues debe de ser rara, coño, rara. De las que dicen sí cuando quieren decir no, de las que se niegan pero esperan que insistas, se enfadan si no lo haces y te vuelven loco.

Me hundo los dedos en el pelo. No es por eso

únicamente por lo que la niña de los ojos plata me roba la razón y el sosiego, no es sólo por eso. Pero todas las emociones que despertó en mí desde la primera noche que la vi me han explotado en la cara.

—Ahí tienes la respuesta. Mejor lejos que cerca —resume Víctor con aires de sabelotodo.

Con un suspiro, vuelvo a conectar el volumen de la tele y le lanzo a mi amigo el teléfono de casa.

—Marca el tres en memoria y pide unas pizzas. Las tenemos en la mesa en veinte minutos. Yo, mientras, aviso a Antonio y que se pase.

No es que me apetezca montar una juerga en casa en mitad de semana, pero confío en que la presencia de Antonio calle por fin la inacabable verborrea de Víctor y lo que él entiende por consejos sentimentales. Ya ves, él, que tiene la vida social de una estatua. Hay que joderse. También reconozco que me gustaría saber de Sofía, qué hace, cómo está llevando esta separación absurda pero necesaria, cuánto se ha divertido a mi costa... Daría lo que no tengo por saber qué ronda esa linda cabecita. El resentimiento se mezcla con el deseo de volver a tenerla. Someterla y someterme en un disparatado juego de lazos que se aprieten aun en

contra de mi voluntad. Describir lo que siento implicaría admitir que me han pateado el culo, aunque no tengo muy claro quién ha dejado a quién.

Víctor tiene suerte de no haber caído en este bache en toda su vida, de que no haya llegado la suya. Aun así, tiene parte de razón. La actitud de Sofía es irracional y opresiva. Exige lo que no da. Me haría sufrir. Al final del camino, yo que siempre fui un superficial que se mofaba de las cuitas del amor, me desangraría por ella. Mejor así, solo y libre, ¿verdad?

Ojalá pudiera sacarla de mi pensamiento, de mi corazón y de dondequiera que se haya agazapado ahí en lo profundo. No pidió permiso para colárseme tan adentro.

Pero Antonio llega al mismo tiempo que las pizzas y la cerveza fría corre que se las pela. El Madrid mete un golazo por la escuadra, Víctor se cabrea, nosotros nos cachondeamos y en cuestión de minutos todo se difumina en una nube parda de indecisión.

Sofía

Necesito airearme. La visita sorpresa de Camila, breve pero espantosa, me ha desequilibrado. Me abochorna reconocer que me intimida. No quisiera tener a esa mujer cerca ni implicada en mi vida ni aunque me la cambiaran por oro en pepitas. Y Álex la lleva incorporada como una hebra en su ADN. Mientras él no se libere de su influencia, la derramará como vapor que asciende al techo formando volutas y moja a todos los presentes. Rezo para que mi voz temblorosa no haya traicionado la fachada arrogante y de pleno control de la situación que me he esforzado por

aparentar. Cada vez estoy más segura de que ella fingía su apocamiento.

Me despido de todos en el despacho y acudo a una supuesta cita, que desde luego no existe más que en el baúl de mis excusas. Bajo la calle Larios y atravieso la acera de la Marina en dirección al parque. Pienso hacerles una visita a los patos, al mismo lugar donde me llevaban mis padres de pequeña a subirme en el viejo burrito de bronce pulido por tanto frote. Enfilo el último paso de peatones, cuando una potente motocicleta cruza a velocidad endiablada. Ha faltado el flequillo de un calvo para que se me lleve por delante.

Sin embargo, mi cuerpo no se tensa debido al peligro.

«Es estúpido —pienso—. No morir cruzando una calle debería importarme», pero tengo un palpito que se adueña de mis cinco sentidos y no me deja pensar en nada más. Giro la cabeza en todas las direcciones posibles, aun a riesgo de descoyuntarme el cuello, y lo hago buscando la matrícula de la moto que ha estado a punto de acabar con mi vida. Porque sé a ciencia cierta que era él. Álex. El atrevido ronroneo salvaje del motor de su Harley, a la que ama como a algo vivo. Y entonces la veo: SEA. Nuestros nombres entrelazados sobre

sus ruedas, absorbiendo kilómetros, como él quería. ¿Habremos dejado de ser nosotros para ser de nuevo, simplemente, el mar vacío?

Pronto retomará su rutina, igual que yo, en una dirección que nos aleja de forma inexorable. Es terrible recrearse en lo que pudo ser y no fue. Momentos equivocados, almas todavía sucias, falta de hueco para amores nuevos. Sufro. Porque allá adonde voy parezco llevar tatuado su recuerdo. Y no es justo, es cruel, no fue más que un esbozo de relación, algo apenas comenzado. A ver si va a tener razón Ximena, y cuando por casualidad te topas con esa otra mitad

de tu alma, te perfora las venas, te contamina y ya no hay escapatoria.

Me enjugo un par de lágrimas rebeldes que me ruedan mejilla abajo. Qué gusto. Nada más me ven los patos, puedo hacer el ridículo y lloriquear cuanto quiera.

Es posible, sólo posible, que Álex fuera la pieza que siempre parece faltar en mi felicidad, pero nos conocimos en un mal momento, en el peor. No supimos hacer del otro nada mejor que una «relación peldaño» y por eso nos hundimos.

El nuestro fue un naufragio anunciado con carteles de neón que

ninguno de los dos quiso ver.

#MeSientoBabosa

Señor, qué sueño tengo. Me arrastro de la cama al sofá y vuelta a empezar, con una colección de músculos inútiles que ni se mueven ni me llevan a ninguna parte. El monstruo de la depresión acecha, reconozco sus síntomas, tengo

que inventarme algo rápido para espantarlo. No pienso darle el gusto, no me da la gana, antes me quemo a lo bonzo. Compañía, música, entretenimiento y copas, el antídoto contra el mal de amores y la tristeza, aunque resulta difícil mantener el tipo un fin de semana y otro, visitando garitos con Silvia colgada del brazo y mi sonrisa de cartón, que se ve estridente y postiza al lado de la suya. Si fuera persona, no me pasearía por ahí con los pelos como un erizo. Además, lleva dos fines de semana ocurriendo algo espantoso: si hasta ahora esquivábamos la presencia de Álex casi por arte de

magia, de pronto lo veo por todas partes, cruzando la plaza Uncibay, por la Alameda, entrando en el cine Albéniz, tomándose algo en una mesa al fondo en el Pimpi... Y siempre va acompañado de Víctor, de algunos chicos que no conozco, ni Antonio ni Miguel, y una sartenada de tiparracas vestidas para el fornicio y la depravación.

Creo que él no me ha visto, no se lo ve contento precisamente, pero las acompañantas, una distinta en cada ocasión, bien que se arriman y se le restriegan.

Todos los poros de mi piel lo echan de menos. Me dejo caer en la cama

porque el sofá ya lo tengo aborrecido y caliente. He puesto música, pero me abstraigo, las notas de Sam Smith y su *Stay with Me*[15] me pasan por encima como no estuviera allí, ni en ninguna parte.

Después de mucho pensar, decido que la melancolía es un buen estado de ánimo para retomar mi novela y ponerme las pilas. Si consigo centrarme, no sólo terminaré algo de lo que sentirme orgullosa, también me ayudará a olvidar. El desgarró que siento por dentro es el punto de partida para describir el vacío de mi protagonista, tan enamorada como despreciada.

Consigo abstraerme lo suficiente como para ventilarme veinte páginas. ¡Woooo! ¡Veinte páginas! Hasta ahora, lo nunca visto. Me froto los ojos, apuro la manzanilla con miel y limón de mi taza y arrastro los pies hasta la ducha, decidida a lavar mi pesar con gel de flor de cerezo. Un buen tema movidito hará el resto.

Estoy dándolo todo bajo la alcachofa, al ritmo de *Bang Bang*,[\[16\]](#) de Jesse J, cuando suena el timbre de la puerta. Alguien ha decidido fundirlo por los siglos de los siglos. Descalza, envuelta en un albornoz, con el pelo chorreando y al grito de «¡Ya voy!»,

cruzo el salón de mi apartamento con la leve congoja de si será Álex que viene a declararme su amor de rodillas sobre el felpudo.

Ya ves, como si tal milagro fuese posible. Llevo rezándole al santoral completo todo el tiempo que hemos estado sin vernos y, de momento, nada de nada. No es que el paso del tiempo juegue a nuestro favor, precisamente.

Al abrir, la cara sonriente que me recibe desde detrás de sus gafas me pone aún más contenta que si fuera mi dios del sexo. Es Ximena, que se presenta sin avisar. Nos abrazamos, chillando como chiquillas en el recreo y

dando saltitos.

—Coño, que te he sacado de la ducha —dice reparando en ello una vez que me ha revisado de pies a cabeza.

—No importa, no importa nada. ¿Cómo es que has venido? Se supone que este fin de semana tenías curro. — Me aparto y le hago sitio—. Pasa, pasa.

—Ha sido una sorpresa planeada de forma maquiavélica —bromea—. Y no he venido sola.

Estira un poco los brazos y me doy cuenta de que, aovillado en ellos, dormita un gatito romano suave y precioso.

—¿Es *Simi*? —Le acaricio el lomo y

la gata se remueve perezosa.

—La misma. Espera, las presentaciones oficiales: *Simi*, tu tía Sofía. Sofía, mi retoña bigotuda.

Mis dedos corretean entre sus orejitas. Es una monada calentita y achuchable.

—En definitiva, te han pillado. A ti y a la camarera de piso de las chuches. Te han echado del hotel —recito en una cantinela, a ritmo de ametralladora.

Ximena se atusa el abundante flequillo ahora rojizo y sonrío malévolamente.

—Frío, frío.

—Se la piensas dejar a Antonio, pues, para que le haga compañía y le

recuerde a ti.

—Frío, frío.

Salto del sofá y me dirijo a la carrera al baño. Me estoy quedando congelada como un polo.

—Termino de vestirme y me seco el pelo, que si no se me aplasta. En la nevera hay refrescos, o cerveza, si prefieres.

Cuando me fijo, ha sacado una botella de vino que tengo en el mueble y un par de copas.

—¿Qué se celebra?

—Frío, frío —vuelve a repetir.

Pongo los ojos en blanco y bufo con el secador en la mano.

—Venga, perri, no me hagas sufrir; ¿qué narices pasa y no me quieres contar?

—¿Quién ha dicho que no te lo quiero contar? —Me alarga una de las dos copas y, sin saber del todo por qué, brindamos.

—¡Estás preñada! —aventuro.

—Nooooo.

—Te casas sin estarlo —pruebo suerte una vez más.

—Tampoooooco.

—Me rindo, *jodía*. Mira que llegas a ser perversa.

—¡Vuelvo a Málaga!

La que vuelve soy yo, pero a

vociferar como una alucinada y a describir la peor de las coreografías imaginables a lo largo y ancho de mi minúsculo hogar, con los brazos en alto, la copa zarandeándose con peligro sobre mi pelo limpio y las zapatillas de conejitos. Galopo de regreso al sofá y nos abrazamos por quinta o sexta vez. Cuando nos arrebatan estos momentos «exaltación de la amistad», sería imposible calcular el índice de besuqueo alcanzado.

—¡Madredelamorhermosooooo!

¡Qué alegría! —aúllo.

—Jopé, no fuiste tan efusiva pero al revés cuando anuncié que me marchaba.

—Ximena me arrea una palmada al hombro.

—Era un sacrificio necesario en pro de tu carrera meteórica e imparable. No consentía hacértelo pasar mal...

—Fue jodidamente difícil, no creas que no me habría machacado que rompieras a llorar desesperada y te colgaras del faldón de mi camisa impidiéndome subir al tren. —Apura el vino y se sirve más. Yo, cautelosa, lo saboreo a pequeños sorbos. Cambio la copa por el bote de body-milk que reposa sobre la mesa y me embadurno las piernas—. ¿Sabes qué, amiga? Ha merecido la pena.

—Ni por un momento lo dudo.

—Estuve a esto —marca con el pulgar y el índice una distancia microscópica— de rechazar la oportunidad. Y si bien no he hecho huesos viejos en la MFO, como todos pensaban, traigo un bagaje de experiencia y contactos que se va a cagar la perra.

—Déjame adivinar tu porvenir. — Cierro los ojos en plan teatrera y hago como que entro en trance. Ximena se descojona de risa—. Hum... señorita Dunne, la veo a usted dirigiendo la Film Office de Málaga... pero que ya mismo.

—E introduciendo innovaciones, que

ya les vale a esta panda de dinosaurios.

—Se lo habrás contado a tu madre y a Antonio.

—Mi madre se puso contentísima, lo que no sé es si perdurará el recuerdo cuando pase mañana por la residencia. En cuanto a Antonio, por descontado que lo sabe, pero a la primera que he venido a ver es a ti.

—Calla, que vas a hacerme explotar de orgullo. —Le guiño picarona un ojo.

—¿Hacen unas patatas fritas? Crujientes y con mucha salsa, del tipo que sea, la que tengas.

—Paso. —Se me revuelven las tripas sólo de pensar en comer. He

perdido dos kilos desde que no veo a Álex, no entiendo dónde los he metido.

—Joder, So, tienes una fuerza de voluntad para quitarse el sombrero seis veces. ¿Sales con Silvia?

Retuerzo los labios con una mueca de «no me apetece, pero ya ves».

—Imagino que estos días no te dejará ni a sol ni a sombra.

—Has adivinado. Aunque Helen y yo estamos más que seguras de que ella y Carlos están liados, no hay modo de pillarlos. Tontean, el coqueteo es descarado y continuo, pero más allá, bien que se lo quedan para ellos solos. Supongo que estando tan reciente lo de

André, Silvia querrá guardar las apariencias. Qué suerte, desenamorarse y volverse a enamorar como quien se cambia de calcetines. Ojalá yo pudiera.

—¿Qué me estás diciendo? — pregunta Ximena alborotada—. Después de lo de Sergio, ¿cuánto tardaste en colgarte con Álex? ¿Dos? ¿Tres semanas?

—¡Eso no era amor!

—No sé si te refieres al uno o al otro, pero en cualquier caso no es un crimen, el luto no es obligatorio — defiende con pasión—. Y, de paso, olvídate de convencerme de que no te enamoraste del guaperas, porque no

hay más que verte, estás hecha polvo.

Vaya. Ya está aquí el temita de conversación que hubiese pagado por no atacar. Tratándose de Ximena, mucho ha tardado. Igual si me lo tomo a coña...

—Me deslumbró con esos ojos y ese cuerpo de monumento al pecado, me fascinó, lo admito. Pero es imposible que me haya enamorado en tan corto intervalo...

—Yo era la primera que decía que no, pero te enamoraste, créeme —afirma cruda e inmisericorde.

Y como me consta que me conoce hasta metida en un saco, dos lagrimones del tamaño de dos limones asoman a la

comisura de mis ojos. La piedra alojada en el pecho vuelve a la carga.

—De acuerdo, es de necia negarlo. La tonta de la película siempre se prenda del chico malo.

—Yo no. Antonio, de malo, no tiene más que la eme.

—Tú no eres la chica de la película —contraataco con aspereza.

—Lo que no soy es la tonta.

Aparto los mechones de pelo que me caen por la cara y, de camino, me froto los ojos; me niego a lloriquear.

—Me hice muchas ilusiones con lo nuestro, qué pazguata he sido.

—Pero ¿cuáles han sido en realidad

los motivos del alejamiento?

Que me lo pregunte y al mismo tiempo me robe la crema de las pantorrillas con el dorso de las manos lo tiñe todo de normalidad. De repente mi drama es menos dramático.

—Álex no está listo para involucrarse con alguien nuevo. Su cabeza, y es probable que además su corazón, están ocupados por Camila, que piensa que aún le pertenece, y también por sus historias con aquella antigua novia con la que pretende volver a quedar... Es todo muy enrevesado, no tengo fuerzas para seguir perdonando y fingiendo que nada tiene importancia,

porque la tiene. Ellas están siempre por delante y él es pasado, pasado.

Me seco una lágrima con la punta de los dedos y Ximena se dedica a masajearme un pie.

—Álex decía cosas intensas cuando estábamos solos, pero después... Algunas de sus señales de advertencia para que no me tomase lo nuestro demasiado en serio han sido crueles.

—Y Silvia ¿qué dice?

—Poca cosa. Le agradezco que se trague los «Ya te lo dije», que tendrá muchos en la punta de la lengua. — Suspiro y me sacudo esa visión de la vida en blanco y negro—. Pasaré, seré

capaz de superarlo. ¿Me ayudas a elegir qué ponerme? Algo que no me haga parecer ni remotamente sexi.

Ximena, que ya venía tan contenta por el pasillo, frena en seco. Ni que hubiese visto un fantasma.

—A Dios pongo por testigo de que es la primera vez que oigo a una mujer de menos de setenta aspirar a semejante chorrada.

No he conseguido convencerla de que nos acompañe. Ahora que sé que su vuelta es definitiva, la tragedia de cuánto la he echado de menos se perfila

en mi conciencia. Entiendo que es hora del revolcón con su churri, bastante ha hecho visitándome a mí en primer lugar, que ni me la follo ni nada. Llego al punto de encuentro con Silvia, muy cerca de nuestro despacho, y me topo con una mujer espectacular, con un corpiño que a duras penas recoge sus gracias, un pantalón negro de cuero pegado como un neopreno, y una chaqueta preciosa de destellos tornasolados. A su lado, con mi vestido gris a juego con una casaca de rayas gris y negras, medias y zapatos negros, le hago sombra a Mortadelo en unas jornadas de supervivencia.

—Nena, parece que vas a juicio —
comenta mientras me besa.

—Te dije que no estaba de humor
para salir de juerga —rezongo—. Me
visto conforme me siento.

¡Oño! Qué bien me ha quedado.

—Es que ya son varias semanas con
los ánimos perdidos, es hora de pillar
por banda el GPS y encontrarlos. Vale,
no pasa nada, la trenza medio deshecha
a un lado te queda ideal. En tu caso es
imposible no estar guapa.

Sonrío tirante. Subimos la calle,
atravesamos la plaza de la Constitución,
enfilamos la calle Álamos y descubro
que nuestros pasos nos conducen a la

plaza de la Merced. Silvia me informa con su verborrea dicharachera:

—Pensando en ti... Inauguran un local que te va a encantar, con el rollo ese de escritora que llevas puesto. Se llama Café con libros, pero no te asustes, beberemos cócteles.

—Vaya por Dios, qué fatalidad — protesto teatrera. Me llevo la mano a la frente e imito a la Dama de las Camelias, y la bordo.

—Por cierto, a ver cuándo me dejas leer tu novela.

—Está sin terminar. Sin empezar, casi.

—Para cuando la acabes, me pido

lectora cero número uno.

—Sólo si me prometes ser sincera aunque me duela. Sobre todo si me duele.

—Sofía, si te critico algún pasaje, será todo un acto de amor, palabrita. ¡Anda! Mira a quiénes tenemos ahí...

Y lo dice tan tranquila. Yo la mato. No puede ser.

Sí que puede. En una mesa la mar de maja están Álex, Víctor y dos chicas hambrientas de asalto sexual, con los morros pintados de burdeos. Tienen tanques de cerveza en cantidad y un mix de complacencia y disgusto en sus miradas. Me asalta una irreprimible

necesidad de salir disparada en cualquier dirección, eso es lo de menos, lo de más es desaparecer antes de desmayarme. Pero para cuando recuerdo que debo respirar, Silvia ya se ha pegado a la mesa y entabla conversación con toda calma.

—¿Nos tomamos la primera con ellos, Sofía?

¿Sonaría muy infantiloides si contesto que no y corro que me las pelo? Las chicas marcan territorio frente a las dos rubias invasoras, adosándose al costado de sus conquistas y restregándose con descaro. Álex, en lo posible, evita mirarme, algo que le agradezco, porque

si se comportase con desparpajo y naturalidad, si actuase como si nada ocurriera, sería mucho peor que darme una bofetada con la manaza abierta.

Esto tan surrealista no puede estar pasando. Nos incorporamos al grupo y pedimos nuestras consumiciones. En medio de la mesa hay unos tableros de damas y están en mitad de una partida. En realidad, son Víctor y Álex los que juegan y las dos bobas estas se limitan a cacarear, a aplaudir y a hacerles la ola. Patético.

¿Se acostarán juntos luego?

La sola idea me provoca unos sudores muy desagradables. Las mejillas

me abrasan, el resto de la piel me hierve bajo la ropa y mi corazón ha perdido la cadencia tranquilona con la que hasta hace un rato se acunaba. Quedarse aquí a contemplar esto es masoquismo del puro y del duro.

—Terminamos esta revancha y ahora, si os apetece, jugamos los cuatro —invita Víctor, derrochando amabilidad—. ¡Otras dos jarras para las señoritas! —le dice al camarero.

No dispongo de ocasión de rechazar la mía. La cerveza no acaba de gustarme y se me sube a la cabeza con una facilidad que da terror. Pero aquí estoy, con fuego en las entrañas y más miedo

que vergüenza, chupando del borde de una jarra de litro, observando sin ver el modo en que los largos dedos de Álex, esos dedos que me han recorrido por dentro y por fuera, mueven con elegancia las fichas. Me gustaría metérmelos en la boca, rodearlos con la lengua, mojarlos, envolverlos, succionarlos enviando un lujurioso mensaje acerca de lo que puedo hacer con otras partes de su cuerpo...

Entonces siento una súbita e inesperada calidez sobre mi rodilla desnuda, un contacto con el mismo efecto de un relámpago. La mano de Álex se posa, presiona y, a continuación,

dibuja círculos en mi piel, con la media como único obstáculo.

Trago saliva. Voy a morirme aquí mismo.

#RadicalesLibres

Antes de que me pusiera la mano encima, ya había deseado mil veces marcharme. Esto carece de sentido. Sentarnos aquí, fingiendo ser amigos como antes, como si no doliera. Y que Silvia no le dé ninguna importancia ni se

pare a considerar lo mucho que me afecta, me hiere y me irrita. Hay que ser descerebrado y cruel para dejar el culo pegado a este banco y sonreír a lo memo. Víctor más que Álex, pero es que Víctor siempre ha estado un poco... ¿en mi contra?

Decidido, me las piro y que piensen lo que les dé la gana.

Pero entonces, ¡oh, magia maldita!, esa caricia llegada directamente del Averno me frena, me aturde y trastoca mis razones.

Miro mi alrededor. Álex embebido en el juego, atento al movimiento de sus fichas. Nadie diría que me está metiendo

mano, sutil, por debajo de la mesa. Cabronazo. Empiezo a temblar y no quiero que lo note, de modo que deslizo los dedos para apartarlo cuanto antes, librarme del dulce cepo con un guantazo. Pero él es más rápido y adivina mi intención; enlaza sus dedos con los míos y así permanecemos, suspendidos en un segundo plano por encima de las cabezas del resto, observando lo que ocurre pero sin estar. Pierdo la noción del tiempo que pasa. Segundos o minutos, no lo sé. Nos quedamos cogidos con fuerza, agarrados mientras el amor que siento por él explota y se pega contra el techo. Un ramalazo de

sensatez me sacude y recupero el resuello cuando, de un brusco tirón, libero mi alma presa junto con mi mano. Los nervios me llevan a la cerveza, una y otra vez.

En menos de media hora estoy como una cuba. Me tambaleo camino del baño por una escalera empinada como para perder la vida, me encierro y lloro. Lloro y vomito hasta que se me salen los ojos. Y vuelvo a llorar. Total, el maquillaje ya se ha convertido en un cuadro abstracto... Señor, qué pena me doy. Silvia llama suave, con los nudillos, en la puerta.

—¿Estás bien?

—Aquí... vomitando.

—Ábreme. —Le hago caso y vuelvo al váter. Ella me observa con aprensión y los brazos en jarras—. Te has pasado.

—Tengo intolerancia —me justifico. Como me lo creo, de inmediato me siento más ligera de culpa.

—Sí, al litro y medio de birra que te has metido entre pecho y espalda. Anda, vamos, que te llevo a casa, señorita perjudicada.

Salgo de allí como puedo, dando tumbos, con los ojos escocidos y el estómago revuelto. Muy digna, paso de largo por la mesa sin mirar a sus ocupantes y permito que Silvia enhebre

las disculpas, aunque la mirada de Álex clavada en mi espalda es tan poderosa que me hace tropezar. Ya en la calle, me abrazo a mí misma para contrarrestar el frío y bajo los párpados, regodeándome en ese tacto sedoso de dedos de hombre que ya sólo flota en mi memoria.

—Nos vamos. —Silvia llega al trote—. Les he metido un rollo de padre y muy señor mío.

—No tenías por qué —rezongo, quitándome los zapatos sobre la marcha.

Silvia contempla atónita cómo mis pies desnudos esquivan los charcos con mucha más precisión y garbo del que he demostrado andando dentro del bar.

—Estoy como una cuba y nos largamos. No querrán contratarme de bufón y tampoco seré la primera.

Media hora después, sigo borracha y mareada como en la olla loca de la feria. Termino de desnudarme, programo a tope la calefacción y me enfundo en un caftán de seda semitransparente, estampado en tonos naranja y por encima de las rodillas, porque si me miro al espejo necesito que me guste lo que veo, aunque lo vea borroso. El cielo se abre y suelta cántaros de agua fría sin importarle a quién moja. Pronto será

Navidad y no estoy para fiestas, con lo dicharachera que siempre he sido.

He preparado té, aunque no son horas, por ver si me despeja. Qué contradicción, luego me iré directa a la cama e igual paso la noche en vela como un puñetero búho.

Pongo un CD con una recopilación de *soul* de los cincuenta que siempre me ha inspirado. Cuarto y mitad de desgarró y kilos de melancolía, que para algo es *soul*. Y con esas notas alargadas y tibias correteando por mi piso y un montón de lágrimas en la reserva, me dispongo a conquistar el sofá para enjugar mis miserias, como si de los Siete Reinos se

tratará.

Coño. Qué solita estoy.

Cuando suena el timbre de la puerta, estoy convencida de que es Silvia, que regresa preocupada por mi estado; ya me ha costado que se fuera. Tropiezo con uno de los taburetes amarillos de delante de la barra de bar que separa mi diminuta cocina del salón y me lo llevo por delante, al tiempo que me alegro de tener qué ofrecerle: té caliente. Hablaremos hasta las tantas, decidiremos el nuevo color de mis paredes, putearemos a los hombres amos del universo y nos sentiremos mejor.

Pero no es Silvia. Quien me estudia

tenso y solemne tras la puerta es Álex, sombrío y empapado, endiabladamente guapo; las gotitas de agua resbalando entre sus mechones negros y sus iris verdes centelleando llenos de estrellas.

—Tenemos que hablar —me exige ronco de furia.

—No hay nada en absoluto que quede por decir —silabeo paralizada. El olor a alcohol que despide su aliento acaba de golpearme con fuerza.

—Ésa es tu versión de la historia.

—Mi versión, da la puñetera casualidad de que coincide con la realidad. Y cuando las cosas están claras...

Hago amago de despedida, pero su enorme mano vuela y detiene el flojo movimiento de la puerta.

—Deja entonces que me exprese yo. Hasta ahora has monopolizado esta mierda. Tú, tú y luego también tú has dictado las reglas del juego, has decidido el cuándo y el cómo.

—¿Yo he dictado? ¿Cuándo me has concedido siquiera un gramo de poder? Por favor, Álex, has manipulado esta birria de acercamiento como te ha dado la gana, no le des más vueltas.

Los pezones se me marcan bajo la liviana tela del caftán, me siento exactamente igual que si no llevase nada

y él pudiera arrasar, con una simple mirada, toda mi valentía.

—Estoy harto.

—Pues anda a que tus amigas te entretengan. Las putillas y esa especie de Elena Francis peluda que tienes por amigo.

—Déjame pasar y te haré ver lo equivocada que estás.

—Ahora no. —Presiono la puerta intentando cerrarla, pero encuentro su pie impidiendo mi salvación—. Otro día.

«Mejor nunca.»

—Es urgente.

—¿Urgente? ¿Quién se ha muerto?

—suelto sarcástica. No le hace ni pizca de gracia.

—Nadie, por supuesto. No se ha muerto nadie todavía.

—Entonces no es urgente.

—Por favor, deja que entre. —Su tono es otro, su energía se ha desplomado y ahora está rogando. Con la cara mojada no puedo saber si llora y tampoco quiero hacerme ilusiones.

—Por Dios —aúllo—, todo esto es surrealista a tope. Hace un par de horas estabas tan a gusto riéndote en grupo y bebiendo cerveza. Relajado, feliz y pasando de mí.

—Pasando de ti —repite enigmático.

Sí. Y no debo permitir que me convenza de algo que mis propios ojos han visto, porque me volveré a despeñar por el barranco. Me siento pequeña, ridícula y, a las primeras de cambio, los ojos verdes de Álex vuelan hasta esos pezones enhiestos, marcados belicosos bajo la seda transparente de mi caftán. Me enervo. Nunca dejaré de representar el sexo en mayúsculas en su vida. Yo quiero eso, pero también más, mucho más.

Ojalá se marche, aunque sé que si no le abro no dormiré en toda la noche. Bajo los ojos, suspiro rendida y lo dejo pasar con todas las reticencias que la

situación merece.

—Han ocurrido muchas cosas que nos han superado, lo admito, no las hemos sabido gestionar. Seguro que aún estamos a tiempo de rectificar, empezar desde cero y salvar...

Levanto una mano firme para que deje de hablar.

—Ya no es posible.

—¿Cómo que no es posible?

Me encojo de hombros. ¿Por dónde empiezo? ¿Por sus terrores nocturnos o por los míos? Mientras me lo pienso, tengo la maldita suerte de que Álex malinterprete a su modo las cosas.

—¿¿Has conocido a alguien?! —

grita indignado. Pronto su indignación se torna ira—. ¿Sales con otro? ¿Tan pronto? ¿Estás saliendo...?

Esa explosión de furia carente de derecho, que no viene a cuento, me espabila.

—¡Oye! ¡Ni se te ocurra hablarme de moralidad, ni se te ocurra darme lecciones de comportamiento! Yo decido con quién salgo, cuándo y en qué circunstancias.

—Ah, claro, precisamente yo no voy a hablar de moralidad.

—Exacto. Precisamente tú, que desconoces el sentido del término «fidelidad».

Sé que soy dura, pero quiero herirlo. Que sufra una décima parte de lo que he sufrido yo. A mi espalda, Las Shirelles desgranán su *Will You Still Love Me Tomorrow*,^[17] una de mis canciones favoritas de todos los tiempos, y atendiendo a la letra me quiero morir, parece el eslogan de lo nuestro.

—De acuerdo, soy un metepatas por no hacer las cosas a tu modo.

—La ironía sobra, campeón. Usa el cerebro antes de abrir la boca y harás menos daño —le espeto.

Alza la vista entre las largas pestañas negras.

—Si antes de cagarla meditase, sería

otra persona. Más prudente, menos lerdo, pero no sería yo.

Sólo nos separa un aliento. Qué sencillo sería besarlo y olvidar.

—No soy el único que ha cometido errores. —Vuelve a dulcificar su tono. Ahora es meloso y envolvente. Altamente inflamable.

Se acerca y pega las caderas a mi vientre. Mis defensas se desploman en cuestión de segundos. El aliento de Álex alcanza la curva de mi cuello, noto un roce directo en la punta de los pezones y la garganta se me seca. Me atrapa contra el quicio de la puerta y deja caer la cabeza sobre mi hombro como si

buscase consuelo. Los truenos tras las ventanas me recuerdan que más allá de mi drama el mundo sigue rodando. Ajenas a nuestra escena, al margen de dos personas que discuten, gritan y se reprochan cosas, las manos de Álex me buscan, aleteando sobre mi piel, me acarician, se cuelan por debajo de la túnica y juegan con el encaje de mi braguita. Pronto sus largos dedos separarán mis pliegues húmedos y estaré a su merced.

No ocurrirá. La cercanía de este hombre me vuelve idiota e imprudente, lo sé, no hace falta que nadie lo escriba en piedra. Antes de que me arrolle el

torbellino de mi propio deseo, me alejo de él y le golpeo el pecho.

—Vete. —Ha sido una ridiculez de orden, débil, quebradiza, lastimosa—. ¡Vete! —repito en tono un poco más alto y airado.

—Sofía...

—¡Vete! ¡Vete ya!

Con un movimiento brusco, logro que me suelte. Estoy a punto de romper a llorar como una gilipollas y no permitiré que lo vea.

—¿Qué coño quieres? —Todo él se transforma, es un león que despierta—. ¿Qué coño quieres de mí?

—¡Que me dejes en paz! Lárgate a

tomar viento con tu Camila, o con la otra, como narices quiera que se llame...

—¿Otra vez Camila?

—¡Camila y media ciudad, joder!

¡Pareces habértelas tirado a todas!

—¡Nadie dijo que fuese un santo!

—Pues ¡no quiero demonios en este momento de mi vida!

—Tú criticabas los celos de Camila, pero eres peor, mucho peor. —Recula un paso y me mide de pies a cabeza. Su desdén me baña como agua emponzoñada—. Al menos Camila me necesitaba, al menos ella lo que hacía lo hacía por amor. Tú jodes por diversión.

Me encojo como si me hubieran

arrojado algo a la cara.

—Vete a la mierda, no sabes lo que dices.

—Sí que lo sé, lo estoy viviendo en mis propias carnes.

—¡No me conoces, no te has molestado en conocerme! —le grito.

Sufro un acceso de náuseas y otro después, muy seguido. Tengo que cerrar, cerrar y tumbarme.

—Si supieras en cuántas cosas me he molestado desde que te conozco y de qué pocas me siento orgulloso... —Da media vuelta y se aleja hacia la escalera.

Después de permitir que una o

varias ex se interpusieran en nuestro camino, ahora, demasiado tarde, pretende convencerme de que le importo. Álex está buscándose a sí mismo, yo no debería sentirme culpable en absoluto.

—Eres odioso y cruel —masco entre dientes.

Casi espero que no me oiga, pero su oído es más fino de lo que pensaba. Frena y me mira por encima del hombro.

—Ni la mitad que tú, niñata.

Sale del círculo que abarcan mis ojos y tengo la impresión de que también abandona mi vida. Este adiós abrupto me deja desolada. Cierro la puerta para

protegerme, regreso a mi cama tras una visita apresurada a la taza del váter, donde mi estómago se vacía, y me convierto en un ovillo lloroso sin alivio hasta el amanecer. Me abrazo la tripa, desesperada, me parto en dos. Doblada por la mitad el dolor crece.

Me invento una súbita fiebre y no aparezco por el despacho. De alguna forma doy gracias al cielo. Se terminó. Llevo demasiado tiempo queriendo morirme y siempre es por él.

Álex

Cada vez que cierro los ojos vuelve la imagen de Sofía y como viene se va, dejándome el escalofrío de su mirada de desprecio aquella noche, detenidos ante el semáforo, y un solo mensaje mudo: «No estás a la altura, cretino».

Me digo a mí mismo que si me mantengo ocupado este agujero negro que se me ha abierto en el pecho terminará por cerrarse, pero... Llevo semanas de infierno, de desgana por la vida, de resaca antifelicidad. Noches de eterno insomnio durante las que peleo contra la necesidad de ir a buscarla, con la sola compañía de un disco. La voz de James Blunt, que casi llora interpretando *Goodbye my Lover*,^[18] me recuerda lo que decidí perder.

Debería pedirle disculpas por todas las barbaridades que le he dicho, que son muchas y ninguna bonita, pero no quiero volver a ver ni sentir, su desdén, no quiero que me alcance. Me paraliza el miedo al rechazo. Debería poder superarlo, armarme de valor y luchar por conquistar lo que sé que me pertenece. Si no fuera mía no habría podido dibujarla a ciegas.

El cuadro colosal de su rostro que he pintado a carboncillo preside mi salón bajo una lámina acristalada. Esos ojos fosforescentes son tan directos, tan poderosos, tan sobrenaturales como lo que me arrastra a ella.

Algo me dice, y no es sólo mi hermana Silvia, que vela por mí, que si insisto lo único que conseguiré será alejarla. ¿Por qué no me advirtió a tiempo de que esto era un juego? Yo me habría divertido. Quizá me faltó confesar que iba en serio para que ella no me fallase. No estábamos en el mismo instante, lástima. Algo me retumba dentro, chirría y me grita que no encontraré otra como ella. Otra que me seduzca con sus respuestas, que tenga siempre lista la palabra que no me espero, pero que necesito en lo más hondo de mi maldita inseguridad.

Cruzo la sala y me dirijo a la terraza. El frío de primeros de diciembre me golpea la cara y la punta de la nariz, pronto compite con los cubitos de hielo que flotan en mi whisky. Fui listo durante muchos años, escapando al amor, no podía durar toda la vida.

Me acodo en la barandilla y miro el horizonte respunteado de luces doradas, amarillo fuego contra

negro, la bahía de Málaga con su mar redondo y plateado me invita a pensar. Sé que las cosas se ponen peligrosas si al caminar apoyo los pies y el suelo cede como terreno pantanoso. Que lo que siento por Sofía se vuelve contra mí, que me acusa de algo que ni entiendo, cuando ella es la primera que falsea sus sentimientos. Podría ser más clara, decir lo que necesita, tiempo y espacio, yo qué sé, esas estupideces que las mujeres ponen como excusa cuando un tipo no las convence y no quieren ir más allá.

Se ha tomado muy en serio mi pasado con Camila, debe de ser eso. Pero en lugar de hablarlo lo escondemos bajo las losetas simulando que no importa. Yo también cargo mi parte de responsabilidad, lo admito.

La otra noche, en su casa, vi brillar dos lágrimas en sus ojos. Temblaron sin llegar a caer. Y yo, estúpido, me ilusioné con que temblaran por mí.

#EnElComienzoEstáLaC

Sofía

Todo en la vida tiene cara y cruz, mal que nos pese. La cruz del regreso de Ximena es su exceso de preocupación por mí. Se ha vuelto más pesada que un

remordimiento. Controla cada paso que doy, lo que como y los gramos que voy perdiendo. Si se alía con mi madre porque coinciden en el sofá de mi apartamento, el apocalipsis está servido. Ando pensando en prohibirle a mi progenitora más visitas, ya que a Ximena no puedo frenarla.

Transformo toda mi desesperación en esfuerzo, me encierro y sudo palabras, frases encaminadas, capítulos y las tres letras de «fin». Ha dado resultado, no lo habría creído, mi novela acabada, revisada, pulida dos veces. Empiezo a creer en serio que algún día la veré en los estantes de una librería.

Saco un listado de editoriales de internet, marco con un rotulador las diez primeras y encargo otras tantas copias encuadernadas con espiral de mi obra. Cincuenta y cinco euros por cada una, una millonada que me obliga a rectificar los planes y sacar sólo tres copias, que envío por correo a las editoriales que ocupan los primeros puestos en mi lista.

Las manos me tiemblan, el corazón me galopa y la emoción me puede, mientras deposito los paquetes en correos. Ahí van, embaladas, todas mis esperanzas.

El mes que viene sacaré otras tres y, si me pagan un par de terapias que tengo

atrasadas con el señor supersticioso que vive en el número trece de la calle Carretería, y hace el número trece entre sus hermanos, hasta podría enviar cinco manuscritos de una tacada.

A ver... más novedades antes de confesar que sigo enganchada al más nocivo de los pensamientos: Álex. Siempre presente. Ah, sí, Ximena me ha traído de Madrid una infusión, *Roiboos Paradise*, con violetas y otras cantinelas, que está de muerte. Y Mario me ha enviado unos cuantos mensajes de tímido acercamiento, que he respondido escueta y algo distante. Me avergüenza mucho mi borrachera y el beso que le

solté sin venir a cuento.

Pero por muchas actividades que emprenda, por mucho que procure ocuparme, ahí está él. Me digo tantas cosas con la esperanza de empezar a creerlas... Pero siempre acabo en el mismo peldaño.

Ximena entra por la puerta vestida de beige, más pelirroja que nunca, con gafas de montura negra y esa gargantilla de siempre que me encanta y la hace parecer una dama victoriana, aunque lo que lleve colgando sea la miniatura de un coche.

—Tengo una cosa para ti —anuncio.

Lleva los brazos atestados de bolsas

del súper. Haremos, si Dios no lo remedia, un finde de chicas reducido al viernes, ya que tanto Silvia como ella tienen novietes a los que rendir cuentas. Atrás quedaron los felices años en que encerrarse juntas para no salir en tres días era posible y mágico.

Ahora, donde únicamente nos metemos es en la cocina, a colocar la montaña de guarrerías que pensamos consumir en las siguientes horas.

—¡Ensaladilla rusa! ¿Boquerones en vinagre? —aventura ella con las manos perdidas entre envases.

Suelto una carcajada. Los ojos se le han puesto redondos y babea sólo de

pensarlo.

—¡No! ¡No sé preparar boquerones en vinagre! La del arte culinario es mi madre.

—Pues espero que no sea torti de patatas, porque traigo una de tres pisos.

Por toda respuesta, le alargó una libreta. Ximena aparca su tarea para hojearla. Está llena de anotaciones y recortes.

—Me he pasado por Ikea y te he hecho un montón de sugerencias decorativas. Cosas que pegan con otras cosas, todo lo que he visto que pueda servir para vuestro nidito de amor y fornicación. —Observo esos luceros

oscuros que tiene por ojos humedecerse detrás de las gafas—. Pero bueno, no te irás a echar a llorar, tontorrón. Serás capaz...

—Nena, es que esto es un montón de trabajo, se habrá llevado todo tu tiempo libre —exclama con admiración. Su dedo recorre las imágenes pegadas.

—Bah, no creas; ir, mirar, apuntar alguna que otra cosilla. Las fotos las he recortado de los catálogos de los últimos años. Lo he hecho con muchísimo cariño.

—Si te hace gracia, puedes venir conmigo a comprar los muebles...

—Ah, no, eso sí que no. —Retorno a

las bolsas, a las patatas fritas y al pan de molde—. Esa labor os corresponde a vosotros, pareja de tortolitos. Dentro de muchos meses recordaréis cada segundo que invertisteis en elegir lo que llena vuestro primer hogar juntos, y será fabuloso.

—Cielo, lamento mucho que tú no...

Trago saliva, aparto los malos pensamientos y hablo como si estuviese más curada que un jamón.

—De hecho, deberíais montar un álbum de fotos compartido, para poder atesorar las imágenes del proceso. Luego os alegraréis.

—Sofía...

—Me ha venido bien —la atropello—. No es que sea un hacha en meneos decorativos, pero cada pequeña ocupación que me impongo me ayuda a... a no pensar.

—En él —completa Ximena algo solemne.

Asiento con tristeza y dejo caer el entusiasmo, directo al suelo.

—¡Qué tortura, Dios mío! Quiero dejar de ser humana durante, digamos, al menos, cien años.

Ximena me abraza y yo, con el paquete de Phoskitos en la mano, apoyo la frente en su hombro y me dejo llevar. El río de lágrimas brota imparable. Con

ella puedo, con ella no me privo de mostrar lo que sufro.

—Maldito sea el día que lo conociste —masculla entre dientes, mientras me acaricia la melena.

—No puedo hacerlo responsable de la película que yo, y sólo yo, me he montado, Ximena. Él nunca me prometió nada. ¿Quería acostarse conmigo mientras buscaba a su primer amor por las redes sociales y alentaba la insistencia de Camila? —Me duele oírme a mí misma, seguramente por eso lo hago, mi vena masoca a tope—. Bien, lo hizo. Puede que eso sea la punta del iceberg, puede que, aparte de esas dos,

haya cientos más. Está bueno y puede permitírselo.

—Es un cabrón sin sentimientos — responde Ximena furiosa. Su «S» final se funde con el timbre de la puerta.

Me seco los ojos a toda velocidad.

—Es Silvia. Por favor, nada de Álex delante de ella. Ni nombrarlo.

—No te preocupes —promete mi amiga con desgana—, olvidarlo será todo un placer.

—Chica, qué mala cara —es lo primero que me suelta Silvia entrando por la puerta—. Traigo pasteles.

—Lo sé, hace un rato me he mirado al espejo y sólo he podido decirme: «Halloween ya ha pasado, bonita». Pienso comérmelos todos.

Silvia y yo a veces tenemos esa forma extraña de comunicarnos, con frases mezcladas pero en bloques separados. Desde ese punto de vista nos entendemos. Ximena nos mira como si estuviésemos locas.

—He pasado por el veinticuatro horas de abajo y he comprado especias para los gin-tonics. Pétalos de rosa, cardamomo, anís estrellado, pimienta rosa, regaliz...

—Te has pasado; ¿cuántos copazos

nos vamos a tomar? —gruñe Ximena.

—Todos los que nos quepan. —
Guiña un ojo—. Hay que celebrar.

—¿Ah, sí? ¿El qué? —pregunto distraída, dándole vueltas curiosa al precioso botecito que contiene las violetas.

—Carlos Reyes y yo tenemos oficialmente una relación.

«Mira qué bien.»

—Silvia, no es por quitarte la ilusión, pero eso ya nos lo figurábamos todos hace semanas —le advierto.

—Y lo confirmamos cuando André tomó un avión rumbo a las Américas, amenazando con prenderle fuego a tu

casa y no volver —remata Ximena con aires de marisabidilla.

—Bueno, da igual. —Silvia alza triunfante las botellas de vodka y ginebra, una en cada mano—. Hoy es el día en que puedo reclamar como míos esos atributos *to* potentorros de Carlos, en que vengo de hacerme las ingles brasileñas para un mañana de ardor sin límites, y en que nosotras lo celebramos. A partir de hoy, festejaremos aniversarios y todas esas cosas.

—¿Tanto piensas durar?

Desde luego, Ximena dispara con cañones recortados, la *jodía*. Menos mal que Silvia está eufórica, prepara las

copas servidas con generosidad y le resbalan las pullas.

—Va a ser el padre de mis hijos, lo tengo decidido. Y saldrán guapos a reventar. ¿Reparto?

—¿Copazo antes de cenar?

—Por supuesto. Como las chicas de *Sexo en Nueva York*.

Tres horas más tarde, cada una de nosotras ocupa un sillón, con las piernas en alto y los pijamas arrugados. Hemos alcanzado el fondo del vodka y dado buena cuenta de la tortilla de Ximena, con pan recién horneado por una

servidora. Galletitas saladas, queso, patés y gominolas. Ahogaditas en calorías, pero dichosas como un cerdito en un charco. Estamos en los postres, pasteles con más gin-tonic, ahora que sólo queda viva la ginebra.

—Si fueseis invisibles, ¿qué haríais? —Silvia se deja caer con esta pregunta, original donde las haya, con la lengua espesa.

—Me metería en El Corte Inglés y me llevaría un montón de cosas —contesta Ximena, chupando una pajita.

Yo cierro el pico, aprieto los labios y me obligo a no participar.

Si fuese invisible, siquiera por un

ramillete de segundos, me liaría a patadas con los cataplínes de Álex. Mentira. Espiaría hasta verle la cara a la tal Olga, cuya imagen invisible adornada hasta el infinito por mi masoquismo, me trae por la calle de la amargura.

—¿En serio harías eso?

—Sí, pero de la parte de los saldos.

Así hago menos daño, ¿no?

Ahí no puedo impedir que una carcajada me brote a escape. Espurreo alcohol por todos los cojines. Menos mal que son míos y entre todos no cuestan diez euros.

—Y si tuvieseis que definir el fin de semana que os espera con un título de

película, ¿cuál sería? —sugiere Ximena con ese tono concentrado y sesudo que se le pone de borracha—. El mío, *Esta casa es una ruina*.

—Ah, pero qué guay —la interrumpe Silvia—, montando la casita de amor sin fin...

—El mío sería *Resacón en Las Vegas*. —Río.

Ximena y yo miramos interrogantes a Silvia, que acaba de pegarse otro lingotazo.

—¿Lo dudáis? *Nueve semanas y media*.

Llevo en el despacho desde las nueve de la mañana y no he tenido tiempo de otra cosa que no sea trabajar. Bienvenido, estrés. Así no me martirizo recordando el cuerpo incomparable de Álex cubriéndome, sus dedos jugueteando con mi sexo, sus labios y dientes saboreando mis pezones, mientras yo me derretía entre sus brazos sacudida de placer bajo su peso, su bendito pene en mi boca... Hay que joderse... Lo que agradecería yo ahora un poquito de Alzheimer.

En el momento en que Helen llama titubeante a mi puerta, ya sé que el día pegará un giro de ciento ochenta grados,

y no precisamente para bien. Le digo que pase y aparece con un precioso ramo de flores en las manos, gerberas naranja intenso, mezcladas con siemprevivas moradas. El contraste me arrebató el aliento al instante. Algo tan sencillo y sin embargo tan impactante.

—Son para ti —me aclara, antes de que yo haga cábalas—. Ay, Sofía, lo siento, lo siento mucho, he derramado el café sobre la tarjeta de visita, no sé si vas a poder leerla.

Lo suelta en plan ametralladora, esquivando mi mirada y alargando los brazos para que me haga cargo del ramo. Desaparece a escape, musitando otros

dos o tres «Lo siento, lo siento, hoy estoy muy torpe».

Se me ha secado la boca. Rediós, ¿quién ha podido enviarme esto tan precioso? Mi Pepito Grillo particular me susurra que Mario, pero cuando termina de pronunciarlo, mis pupilas ansiosas ya han recorrido el poco texto que queda vivo y, al pie de la tarjeta de color crema leo «Álex».

Jadeo. Si es una disculpa, no estoy del todo segura de querer aceptarla. ¿Empezar de nuevo? Esa tensión, la prueba diaria que supone estar con alguien como él, no creo que encaje con alguien como yo, que quiero un amor

sano y tranquilo, quiero que me quieran y no que, cuando todo acabe, la gente me mire pensando «Pobrecilla, siempre dio más que él, siempre estuvo más enamorada». No. Otra vez no, definitivamente.

Pero de todas las burlas y bofetadas sin mano que han podido darme en la vida, la peor, la más hiriente, la representan un puñado de palabras escritas al inicio, con tinta esmeralda y una caligrafía demasiado delicada para expresar lo que expresa:

Nunca te quise...

El resto es un borrón confuso, una mancha que no calma mi zozobra ni mi corazón acelerado.

—¿Qué coño pone aquí? —discuto conmigo misma—. ¿«Lo siento, no he estado a la altura»? ¿«Mucha mujer para un cagado como yo»? ¿«Soy un cabrón de campeonato»?

No me lo pienso demasiado. La calle Larios bajo mi ventana es peatonal. Y las flores demasiado bonitas como para desaprovecharlas. Con una micra de suerte, acabarán la mañana en alguna casa más feliz que la mía, con las patitas en remojo en un florero. Abro la cristalera y las lanzo por el aire con las

manos temblando de indignación.

#DirectoAlCorazón

Álex

Sé que esto es una estupidez. Hay pasos que te niegas a dar hasta que alguien que te quiere bien, más despejado que tú, te regala cuatro razones y, sin meditarlo demasiado, cambias de opinión, te llenas de valor y te disparas. Pero no tardas en darte cuenta de que has llegado tarde. Tu esfuerzo se queda en nada.

Eso es más o menos lo que me pasa cuando la furia y la desilusión que me empujaron el sábado a salir huyendo se diluyen en mis ganas de verla. La llamo. Insisto. Y necesito marcar su número tres veces y escuchar cómo suena hasta agotar el tiempo previsto, para asimilar que no le intereso. No quiere saber nada de mí.

Me consuelo, si es que a esta tortura autoimpuesta puede llamársela así, escuchando *Tardes negras*,^[19] de Tiziano Ferro, una y otra vez, hasta que sus líneas quedan grabadas en mi cerebro. Una y otra vez. Otra vez...

El sentimiento azota más fuerte a ratos. Hoy es uno de esos momentos insoportables. El cielo de invierno luce azul, claro y despejado, pero mi alma está llena de sombras. Detengo la moto junto a una floristería y elijo el ramo que el instinto me indica. Vibra entre el verde en un estallido de color, igual que Sofía se distingue entre una multitud. Y, emocionado, mal que me pese admitirlo, escribo una tarjeta para acompañar el ramo:

Nunca te quise tanto como hoy.

Sofía

El episodio de las flores con la dedicatoria de marras me lanza directa a los brazos del suplente. Me refiero a Mario, claro. No del modo que yo pretendía (caso de haberlo pretendido), ni del que vosotros estaréis imaginando. Mario se cuele bajo mi piel como un veneno sinuoso y letal, efectivo pese a mi resistencia.

No estar preparada para una relación con Álex equivale a no estarlo para salir con nadie más. Aún me duelen demasiado los pellizcos del alma, aún

me cuesta un mundo perdonar. Mis escopetas continúan cargadas por culpa de Sergio y posiblemente veo fantasmas donde sólo hay tiernas nubes algodonosas. Lo he estropeado todo, empeorando el estado de mi dolor. Mi lava hierve a mayor temperatura y a las llagas sin curar de mi tormentoso final con Sergio se suman los desgarros en el corazón de mi desamparado amor por Álex.

Desde luego, el momento no puede ser más inadecuado para sembrar algo. Sin embargo, y aunque no merezco algo tan dulce, la voz, el comportamiento de Mario, son balsámicos, calman mi

escozor insoportable, mi pena.

—Yo sé cómo curarte el corazón —
me dice por encima de la mesa.

Los cafés, apurados hace ya rato, no han sido dos sino cuatro, y la conversación fluye sin presiones. No tener nada que temer ni aparentar te relaja hasta los tuétanos. Pero esa frase inocente, dicha con toda la intención y una penetrante mirada que hasta ahora no había detectado en él, logra que dé un respingo.

—Con una buena hamburguesa, aquí cerca. —Vuelve a sonreír cordial—. ¿Te he asustado?

Trato de disimular con una risilla de

falsete.

—Por un momento he temido que quisieras jugar al doctor Amor.

—Podemos jugar a lo que quieras cuando llegue el momento.

De nuevo su voz suena ronca, preciosa al decirlo, y la sacudida se repite. Tengo la sensación de que Mario es mucho más de lo que aparenta. Y de que estudia mis reacciones.

—¿Te digo una cosa y prometes no reírte de mí? —lo tiento.

—Tienes mi palabra; a curioso no hay quien me gane. Por un secreto prometería casi cualquier cosa.

—Cuando te miro, tan formal y tan

correcto, tan clásico y caballeroso, no puedo evitar imaginarte en otra tesitura distinta por completo, en plan aventurero. Salvaje y arriesgado.

—Ya. El catedrático aburrido que esconde al héroe —apunta con acierto.

«Justo. Indiana Jones, lo que yo te diga. Pero me salgo por la tangente.»

—Nunca he dicho que fueras aburrido.

—No puedes decirlo, no me conoces.

—Tampoco parece que te ofenda.

Se retrepa en su asiento y esboza una angelical sonrisa.

—Quizá sea porque pienso animarte

a que lo intentes y estoy seguro de que mis virtudes te volverán loca de amor.

Remata la frase con un guiño simpático y aun así me pongo mala de los nervios. Espero que sea una broma. No es que me disguste la idea, sólo me incomoda, es como un postre servido antes de tiempo. Necesito haber comido antes otras cosas para poder saborearlo.

—De todas las malas ideas que podría tener ahora, enamorarme sería la peor —confieso lúgubre—. Estoy hecha pedazos.

Noto que, de inmediato, se endurece su expresión.

—¿Tanto daño te hizo ese

malnacido, quienquiera que sea?

—Ya llegué dañada, él sólo me dio la puntilla. Además, no tengo a quién culpar, fui yo misma la que permitió que me despellejaran, por querer que una piedra sangre. Cuando estás triste y sola, desesperada por que te amen, hueles a necesidad y tu propio olor te ciega. Él no es malo ni bueno, es simplemente él. Disfruta de un estilo de vida, con cientos de mujeres a su disposición, que no está interesado en cambiar. Yo no puedo pretender que lo haga. Debí darme cuenta de que no era el hombre amoroso que yo necesitaba en esos momentos.

Aunque sí fuese el dios de la

testosterona, que me volvía del revés con sólo rozarme. ¡Ayyy!

Como el pensamiento erótico-festivo me distrae, cuando vuelvo a Tierra Mario me ha cogido la mano. Curioso, no siento rechazo, me la aprieta afectuoso, en plan amigo, y lo que me inunda se parece más al agradecimiento.

—Cada momento de nuestra vida requiere talentos concretos en aquel o aquella que nos acompañe. Relájate y no pienses más que en ti. Es más, Sofía, exige que el resto del mundo también piense en ti. Te lo mereces, es tu momento.

—Suenas egoísta... y genial. —Me

río con ganas.

—Todas las cosas inteligentes y ciertas suenan raro. Por ejemplo, que por cada persona que se desentiende de ti hay otra que muere por tenerte en su vida.

Mario no suelta mi mano, su apretón se hace más firme y sus ojos café me taladran. Siguen siendo melosos, pero se han teñido con un halo de misterio que no tarda en atraparme. No soy tonta, sé lo que intenta decirme. Y sobre mis propias reacciones entiendo poco. Soy una chica en proceso de duelo, necesitada de consuelo, atraída de forma inexplicable por otro hombre distinto al

que perdí. Bueno, mirando a Mario nada más que por encima, no es tan inexplicable, inexplicable sería ignorarlo.

Es el momento de huir disparada. La otra noche salimos y nos quedamos hasta muy tarde charlando, bromeando y bebiendo vino. Mario se reveló como un consejero estupendo y al despedirnos no hubo tensiones ni apuro, fue todo genial. Pues, de momento, que siga por ese camino. Recupero mi mano, procurando edulcorar el gesto con una sonrisa y que no suene a tirón grosero.

—Tengo que irme, hoy tengo clases en el gimnasio. Últimamente soy tan

irregular en mis apariciones que es milagroso que no me den con la carta de despido en las narices.

Arquea las cejas sorprendido.

—¿Quién iba a desprenderse de una joya como tú?

—Bah, lo que pasa es que, a pesar de ser deportistas, son todos unos tristes.

—Y tú das color a ese retablo — afirma feliz.

—Les doy chispa. —Frunzo los labios—. Eso es lo que les falta, *chispitismo*.

Me doy cuenta de que he recuperado el humor y la capacidad de soltar

chorradas. Es un buen síntoma, no estarían mal un par de saltos mortales para celebrarlo, pero se me verían las bragas.

Entro en clase con movimientos robóticos y selecciono la música. Las chicas se alinean en sus puestos habituales y, mientras las miro y las recibo con un amago de sonrisa a través del espejo, pienso que, a pesar de la hora, necesito un té cargado más que respirar.

—Vamos a ir calentando los músculos —les digo. Empiezo por

estirar el cuello a derecha e izquierda. Ellas me imitan—. Cervicales, hombros, levantad los brazos, moviendo esos deditos...

Fijo la mirada en la punta de mis deportivas, siempre lo hago cuando inicio ese sendero casi místico que es el proceso de inmersión en la música, permitir que los movimientos ya automatizados vuelen solos. Pero un pequeño alboroto a mi espalda me impide evadirme como yo quisiera. Las chicas abren filas y se separan como las aguas del mar Rojo.

—A ver, no cambiéis de sitio... que empezamos fuerte. Me he traído a

Calvin Harris...

Enseguida lo entiendo. Alguien se ha colado en clase después de haber cerrado la puerta y el cuerpo de ese alguien es lo suficientemente alto, bien formado y bronceado, su rostro lo bastante viril y equilibrado, como para que este corral de gallinas se revolucione.

Parpadeo. Mario en ropa de deporte está muy sexi, ni rastro del profesor universitario constreñido, abrochado hasta el cuello. Bajo su camiseta se adivinan unos abdominales de premio y el bóxer ciclista, largo hasta la rodilla, le sienta de muerte y le marca unos

músculos elásticos y proporcionados. Intento aparentar indiferencia, pero lo cierto es que ya no puedo mirar otra cosa.

—Siento llegar tarde —se disculpa con amabilidad—, soy nuevo y no encontraba la sala. Por cierto, me llamo Mario.

Todas mis alumnas, y tengo diecisiete, deciden responder al mismo tiempo, gritando a coro sus nombres de pila. La sala de aeróbic se llena de Anas, Luisas, Raqueles y Saras. Madre mía, qué escándalo y qué calentorras son todas.

—Pues es posible que sigas

confundiéndote —aguanto la risa como puedo, creo que se me nota—, porque ésta es una clase de gym-dance.

—Perfecto, es la mía. Vengo por la profesora, me han dicho que es una máquina.

¿Son figuraciones mías o en su tono ha vertido unas gotas de lujuria?

—¿En serio?

—En serio, recomendadísima.

Esto va a ser divertido.

Subo a tope el volumen de la música y cimbreo las caderas de forma provocativa, aunque no olvido ni un solo segundo que lo tengo detrás, pegado al trasero. Varío el orden de los ejercicios,

improvisado, dificulto las coreografías al máximo, pero Mario las sigue sin demasiada dificultad; es ágil y se mueve endiabladamente bien. Dicen que los buenos bailarines son extraordinarios en la cama...

Me pongo como una cereza. Menos mal que nadie puede leer mis pensamientos. Las chicas andan demasiado distraídas con el morenazo y se matan tropezando, no dan pie con bola ni las más veteranas. Llegamos un momento en que sólo él y yo nos ondulamos al ritmo de la música, las demás van por libre. Y a través del espejo, envueltos en sonrisas, nuestros

ojos se encuentran y se reconocen.

Mario desaparece entre la masa humana nada más acabar la clase. Me seco el sudor de la cara y lo busco con disimulo, mientras apago la música, pero es evidente que ya no está en la sala. Las alumnas comentan excitadas la nueva adquisición y yo me escabullo hacia las duchas con una mezcla de espanto y satisfacción que me confunde.

Dejo que el agua tibia recorra mi cuerpo de cabeza a pies, me apoyo contra la pared de piedra y me pregunto dónde narices anda mi sentido común.

Recorro el pasillo con la bolsa de deporte al hombro y Luluis sale de su clase, impecable, sin sudar ni despeinarse, como de costumbre. Por más que intento sonsacarle cómo lo consigue, no suelta prenda.

—¿Unos digestivos en El Peláez? —
Se refiere a un bar del barrio, cercano, donde ya nos han adoptado como a perrillos callejeros.

La visita inesperada de Mario me tiene desconcertada, no sería capaz de hilar una conversación decente.

—Estoy muy cansada, Lulu, otro día.

—¿Planes para el finde? Mira que me marchó a Tailandia para un mes

completo y me echarás de menos una *jartá*, aunque sin solución.

—Mañana si quieres, o el sábado. Podemos ir al cine o te invito a casa, a un fin de semana de chicas... Olvídalo, ya sé que no eres gay.

—No pienso meterte mano y cargarme nuestra gratificante amistad —me asegura con dramatismo—, no me compensa. Si me haces los pies, masajito incluido, yo te hago las manos y te doy una clase de Ying-Yoga que tirara tus penas por el retrete.

Jolines, ¿tanto se me nota?

—Bien, hablamos —digo sin comprometerme.

Pero abrir la puerta, pisar la acera, girar a la izquierda buscando a *Martita* y toparme con Mario, que parece esperarme, es todo uno y me cambia el humor como por encantamiento.

—¿Cómo te has atrevido? — pregunto riendo.

—¿A eso te referías cuando hablabas de arriesgado y salvaje?

Se vuelve hacia mí y, antes de que pueda descodificar qué está pasando, me encuentro prisionera entre la pared y su cuerpo, con uno de sus brazos a cada lado de mi cabeza. Empiezo a ponerme histérica.

—Hum... No estoy segura.

—Pues necesito detalles acerca del ideal de hombre que tienes en la cabeza —ronronea—. Y una foto. Una foto serviría de orientación.

—Debes de creer que soy muy facilona —bromeo para salir del paso.

—Nada es fácil contigo, lo sé de sobra.

—Se... —me muevo para alejarme — hace tarde.

Decido no darle más cuerda a este encuentro desde que la energía entre nosotros ha virado buscando intimidad, pero ladeo el cuello y en mi radio de visión se cruza la imagen que determina mi destino: el Audi de Álex aparcado en

la acera de enfrente, me apuesto que con él dentro, exhibiéndose para martirizarme.

Me irrito en el acto, por varias razones. La primera, «Al salir, vístete como si fueses a encontrarte con tu exnovio». Mierda, es mi lema y lo he olvidado. Voy hecha unos zorros, con una sudadera gris de Snoopy, pantalón ciclista negro, zapatillas a juego y el pelo húmedo recogido en una coleta. La segunda, ¿qué demonios hace aquí el perro del hortelano que ni come ni deja comer?

Así que juego mis cartas, cambio de opinión, doy un paso adelante, me aferro

a la nuca de Mario y tiro de él para pegarme a su cara.

—¿Te gustaría besar a la profesora que te ha hecho menear el culo?

#ElTictacDeLosRelojes

El asombro que se pinta en el rostro de Mario en otras circunstancias me habría hecho gracia. No responde, se queda paralizado y yo, temiendo que la ocasión pase de largo, estiro el cuello y rozo sus labios con los míos. La idea es darle un

morreo que lo deje catatónico, pero no hace falta llegar tan lejos, el chirriar de ruedas y el motor rugiendo que casi nos barren al rodar, me indican que Álex ha hecho mutis por el foro quemando neumático, rabioso como un perro. Es la señal que mi cerebro esperaba para apartarme de Mario, de repente turbada.

—Lo siento, lo siento. —Clavo las pupilas en las baldosas claras—. Se me ha ido la pinza. Tengo que irme.

Él trata en vano de atrapar mi brazo.

—¡Sofía!

—Nos vemos un día de éstos, lo prometo. —Literalmente, corro. Debería darme vergüenza.

—¿Cuándo?

—Ya te llamo en cuanto tenga un hueco. Salvo que te animes a seguir con las clases. Me apuesto un almuerzo a que no hay huevos. —Me aseguro de que todo queda en tono de chanza. Me hace sentir mejor, menos miserable.

Ahora, Carlos entra en mi despacho con el desparpajo que le da sentirse uno más de la familia. Su relación con Silvia se afianza a pasos agigantados y yo me pregunto por qué mi caso no se pareció ni por el forro al suyo o al de Ximena, por qué sus noviazgos (nadie duda de

que lo son) han prosperado y mi flojo intento de lazo sentimental se ha ido al garete.

«¡Meeeeec! Por elegir al hombre inadecuado», me grita la bocina que a veces tengo sobre la coronilla.

—¿Vienes a tomar algo después del trabajo? —me invita cordial.

—La verdad es que paso. Después del gimnasio me iré a casa con un par de películas, a atrincherarme en el sofá. Llevo toda la semana dando clases de aeróbic y mis músculos aúllan pidiendo reposo.

—Pero es viernes.

—Entonces pillaré un par de

docenas. No te preocupes, Carlos; además hago de niñera de *Simi*, la gata de Ximena, mientras ella se va de monstruosa juerga.

—Veo que lo tienes todo bien calculado.

—Va a ser una velada inolvidable —ironizo.

—¿Se me permite insistir?

Tanto empeño empieza a escamarme.

—¿Te manda Silvia?

—Me mando yo, aunque ella también se preocupe por tu escasa vida social.

—Me estoy tomando el respiro que debí tomarme hace tiempo, cuando lo de

Sergio —pienso en voz alta—, pero en fin, la culpa la tiene ella, que me ha abandonado por un tipo moreno y bien *plantao*, porque hasta que apareciste, las dos éramos pareja de hecho, tan ricamente, y no había viernes ni sábado en que me permitiese respirar.

Envuelvo en carcajadas las palabras, convirtiendo en chufla mi sermón, cuando la verdad que se esconde tras mis bromas es auténtico terror a encontrarme de nuevo a Álex con Olga, con Camila o con la de turno, dándose el lote en mis narices. No, gracias. Necesito desintoxicarme y coser mis heridas con hilo rosa.

Echo la llave a la puerta del despacho con esa certeza latiéndome aún en las sienes. Y con el mismo convencimiento llego al gimnasio y me desvisto para la última clase de la semana. Pero veo transcurrir molesta el tictac de los relojes, sin que Mario aparezca y una especie de sopor volátil me tapona el corazón. Suena increíble que, sin motivo, lo eche de menos.

Paso el fin de semana más tonto que imaginarse pueda un humano. Tras el viernes y el sábado anclada en el sofá, sin quitarme el pijama, mintiéndole a

Luluis para que no venga, engullendo porquerías, sintiéndome desgraciada y con *Simi* enroscada entre los tobillos, cuando me quedo sin repertorio filmográfico decido tomar el autobús a Fuengirola y pasar el domingo en feliz compañía familiar, que me cure las pupitas, ya que mi madre ha hecho paella y a su pericia con los fogones no me resisto. La charla de sobremesa con ella, mientras papá dormita en el sofá (aunque si le preguntas jurará que todo el rato ha estado despierto), gira en torno a mi más que incierto futuro profesional. Lo celebro, ya que por embarazoso que pueda resultar, es

mucho peor cuando le da por interrogarme por mi soltería.

—Entonces ¿después de haberte esforzado tanto con el doctorado tampoco es ése tu camino? —pregunta con las cejas en alto y el cuchillo de cortar el bizcocho en la mano.

No irá a clavármelo por pánfila, ¿verdad? A fin de cuentas, es mi madre.

—No estoy del todo segura. Si lo estuviese, me habría quedado en la universidad nada más acabar la carrera. No es la Psicología en sí, mamá, es la rutina del día a día, lo poco que puedo hacer por la gente. Verlos llegar derrotados y marcharse con las pilas

cargadas. Eso. Eso me alienta. Pero el efecto es demasiado lento —remato frustrada.

Mi madre me acaricia el pelo con ternura.

—Cielo, no tienes una varita mágica para hechizar a medio mundo de un golpe de muñeca.

—Pero tengo un libro, mamá, una novela que podría ayudar a mucha gente al mismo tiempo.

—¿Ya la has acabado? Échate para atrás, que vas a tirar el plato al suelo. Prueba, es tarta de zanahoria.

—Siempre podría volver sobre ella y mejorarla, ya sabes lo perfeccionista

que soy. —Paseo la cucharilla por la capa de crema y me distraigo viendo cómo se riza al empujar.

—Como tu padre, igualita. —Mi madre hace un gesto señalando a su marido, que ronca suavemente con las manos sobre la tripa.

Me da la risa.

—No la quieren en ninguna editorial. No paro de mandar copias del manuscrito aquí y allá, pero ni siquiera me responden...

—Ten paciencia, mujer. Roma no se hizo en un día.

—El mundo de las publicaciones está fatal, no tendré ninguna

oportunidad. —Hundo la cucharilla en el jugoso bizcocho y me llevo a la boca una porción equivalente a un huevo de gallina.

—Siempre has sido impaciente, desde pequeña. Donde no te reconozco es en ese pesimismo de ahora, Sofía. ¿Dónde has dejado tu yo positivo de siempre?

—Tirado en alguna loseta de la calle...

—Quizá si volvieras con Sergio...
—aventura con timidez.

La mirada feroz que le dedico la deja muda para dos horas.

—¡Ni lo nombres! —rujo—. Por él

precisamente estoy así.

Amanece un lunes lluvioso y oscuro, con un cielo como una manta zamorana gris, tupida, que no permite pasar la luz. En el despacho, el amor *is over everything*; la parejita susurrando risitas en el despacho o en el office y Helen pegada al móvil, chateando con su Miguel.

Jolines, qué asquito me dan todos.

Sé de sobra que el vacío que siento en el pecho no es por la falta de pareja, es por la ausencia de Álex. Nuestra última y sonora discusión ha cobrado

vida y tiene la virtud de repetirse una y otra vez, taladrando mi cerebro, retorcida como una serpiente venenosa. Y yo, fuera de toda cordura, me dedico a escuchar las mil y una versiones de la canción testigo de su adiós: *Will You Still Love Me Tomorrow*[\[20\]](#) es mi mantra personal, la pregunta del millón cuya respuesta, tratándose de Álex, se resume en un sonoro «No».

Huyo nada más dar las cinco y me lanzo a una loca sesión de compras por el centro, que termina en un masaje shiatsu tan profesional, que enseguida me siento mucho menos infeliz. Mi pequeño obsequio a mí misma. Lo

merezco. Y al cambiar la energía, al cambiar yo, cambia todo a mi alrededor.

El moreno guapo del culo prieto bajo su pantalón de ciclista vuelve a clase y, aunque las alumnas se revolucionan, Mario deja claro que yo soy el único objeto de su interés. Después de una hora de subrepticias miradas calientes a través de los espejos, nos duchamos (por separado) y nos encontramos en la calle. Sonríe de un modo que cura enfermedades terminales.

—¿Te has apuntado de forma definitiva a mi clase? —Me abrazo para no tiritar.

Ya no sopla viento ni llueve, pero la temperatura se ha desplomado como si fuese a nevar. Si no fuera porque en Málaga nunca ha nevado.

—Sólo los días imprescindibles para convertirme en tu amigo del alma.

—Ya eres mi amigo —le aseguro riendo.

—Pero no del alma. Un poco más —exige con un mohín pícaro.

—Me temo que ese rol ya está ocupado por Ximena y por Silvia. Se sienten, ellas llegaron antes.

—Siempre resulta interesante contar con un enfoque masculino, no me descartes.

Justo cuando voy a desilusionarlo nombrando a Luluis, un remolino helado se cuela por debajo de mi falda y las medias tupidas no son barrera suficiente.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí, en mitad de la calle? —termino diciendo, cansada de esperar que él tome la iniciativa—. Vamos a algún sitio a tomar algo y a calentarnos, hace frío.

La verdad es que lo de «calentarnos» ha sido una bala disparada en el peor de los sentidos, aunque creo que Mario peca de demasiado inocente y bienintencionado como para captarlo.

Paseamos charlando hasta Puerta del

Mar y nos refugiamos en el tradicional Café Aranda, el lugar más típico y antiguo de Málaga cuando de chocolate con churros se habla, el bar adonde me llevaban mis padres de pequeña, haciendo de la tarde del sábado una fiesta del color de los ojos de Mario. Pedimos nuestras meriendas y, en el rato de espera, recordamos trazos de nuestra infancia. Yo le hablo de mi familia, de la especial relación que me unía a mis abuelos. De nuestras preferencias en decoración navideña: él, belén, yo, árbol de Navidad reinventado cada año. Sus silencios me orientan, tengo la sensación de que no se halla demasiado

cómodo hablando de esa fase de su vida.

—Veo que cuando te traen pajita con las bebidas nunca la usas —me interrumpe.

Precisamente ahora estoy apartando una de mi camino, la que han clavado en mi zumo natural de kiwi y fresa recién exprimido. Me he taladrado las palmas de las manos con las uñas, pero he conseguido pasar del chocolate. De los churros no.

—Caray, qué observador.

Aguardo a la espera de un comentario jocoso, algo parecido a un «No le quito ojo a lo que me interesa», pero no, esos dardos son más propios de

Álex que de Mario. Él no hace nada, salvo clavarme una mirada inquietante, rodeada de misterio.

—Prefiero mojarme los labios, empaparlos, más bien. Si me privo de ese contacto, el placer de la bebida merma mucho...

Empiezo mi frase con brío y a toda velocidad, suelo hablar deprisa, pero el poder que encierran esas pupilas me desarma y acabo la frase a cámara lenta, por completo hipnotizada.

—Tus labios en contacto con cualquier cosa. Qué delicia pensarlo —silabea en voz tan baja que tengo que hacer un esfuerzo titánico para

entenderlo.

Una respiración honda me saca del trance. Bebo con ansia la mitad del zumo y siento que algo extraño empieza a ocurrir entre el doctor Jones y la pobre Sofía, que ha perdido el control de que disfrutaba. La conversación se desvía hacia un interrogatorio acerca de gustos musicales, donde él maneja la batuta y yo respondo. No puedo creer que esté flirteando de una manera tan descarada. Aleteo las pestañas, lo miro desde abajo, ahueco la voz y me humedezco los labios con la punta de la lengua. Estoy volviéndolo loco, me consta, y en vez de cortarme, giro el cuello

insinuante y me enrolló un mechón de pelo en un dedo.

—A veces, cuando pienso en ti, me acuerdo de la Nutella con cuchara. —
Sonríe tierno.

—¡Anda ya! —Suelto una carcajada —. ¿Y eso?

—Cremosa y dulce, un pecado mortal irresistible.

—¿Así me ves? —Vuelvo a reír. Coqueta, lo estudio entre mis pestañas —. ¿Un bote de crema de cacao?

—No, mi bote de crema de cacao — específica.

Hago como que no lo he oído.

—Espero que al menos sea de

colección.

—Exclusiva. Con dibujitos ñoños en el cristal.

«¡Por favooooorrrr! ¡Qué mono es! ¡Y qué cositas me diceeeee!»

Me dejo llevar por el entusiasmo y, sin pensarlo demasiado, pruebo sus labios con un piquito que hasta a mí me pilló desprevenida. ¿No estaré por enésima vez precipitando las cosas?

Me propone si quiero ir a cenar y al instante se arrepiente y retrocede. Estamos los dos muy perdidos.

—Imagino que no aceptarías —dice. Yo trato de hacerme a la idea de que es Ximena. Sin el flequillo. Sin las

gafas. Sin el colgante. Sin chichi.

—¿Cómo que no? Ceno cada noche, como todo el mundo.

—Ya, pero supongo que siendo éticos... Somos amigos, hay normas, mejor limitarnos a un café o un inofensivo desayuno.

Normas decimonónicas, querrá decir. Además, ¿qué tienen de inofensivos los desayunos? Puedo pensar en desayunos muy, pero que muy perversos.

—No, una invitación a cenar estaría fenomenal, no hay nadie en mi vida que pueda impedirlo.

Salimos de Casa Aranda y nos

enfrentamos a la furia de los elementos. Está cayendo un nuevo chaparrón, más virulento que los de la tarde, con un viento inclemente que sopla y te roba el paraguas o te lo vuelve del revés. Mario me coge la mano y me arroja bajo cubierto, un gesto protector que me reconforta.

—Será mejor que nos quedemos por aquí cerca —sugiere—, no está la noche para muchos paseos. ¿Qué te parece El Trillo?

—Me han dicho que tiene los mejores revueltos de ajetes de Málaga.

—Pues vamos a terminar con sus existencias.

Ante los entremeses nos reímos y salpicamos la conversación de memeces. Que si carne, que si pescado, lo que nos gusta y lo que no. El camino pedregoso del irse conociendo. Y en un momento dado me confiesa con voz emocionada que mi tesis acerca del maltrato psicológico, con la doble vertiente entre maltratador consciente y el inconsciente, es de lo más brillante que le ha caído en las manos. Me pongo como la grana. Su opinión me importa y, si es positiva, que lo es, me abruma.

—Júrame que no me tomas el pelo.

—Tienes mi palabra. La sencillez con que la has expuesto es llamativa y

muy práctica. No te pierdes en divagaciones y tu veredicto es directo y valiente. Los maltratadores conscientes no recuperables.

—Es lo que pienso —afirmo con contundencia, recobrando parte de mi aplomo—, si bien no va más allá de una teoría.

—No muchos se atreven a defender una postura tan drástica. Recuerda, estamos aquí para curar, para reinsertar...

—Paparruchas —lo interrumpo apasionada—. Cuando se puede tratar, se puede, y cuando no, lo que hacemos es perder el tiempo y sacarle el dinero a

la gente.

Mario me responde con una sincera carcajada que me envuelve por completo. Entonces me armo de valor del bueno y lo pongo al corriente de mi incipiente trayectoria como escritora. Sus ojos se abren entusiasmados y centellean más que nunca. Me lo ha dicho todo sin necesidad de pronunciar una letra.

—Eso es... ¡fabuloso!

—No esperes nada del otro mundo.

—Señor, qué calor me sube por el cuello.

—¿Puedo leerla cuando esté lista?

—Ya lo está. Cabría algún que otro

retoque de última hora, ya sabes, pero lo esencial está en su lugar.

—La quiero —repite.

Y sólo de pensarlo, me inunda un bochorno terrible, que empeora el acaloramiento del escote.

—No se la he dejado a nadie.

Mario fija en mí una mirada enigmática, imposible de descifrar, pero tan intensa que me estremezco de pies a cabeza.

—Me alegro de ser el primero en algo.

#EseFríoInvernal

Me subo al máximo el cuello del abrigo y bufo.

—Esto es lo peor de tener moto. El invierno. En Málaga el mal tiempo dura tres días, pero... ¡demonios!, esos tres días te quedas sin transporte.

—¿No has pensado en comprarte un coche?

—El transporte público no es malo, autobuses, metro... Te llevan a todas partes y es barato.

—Es un problema de dinero entonces —deduce con tacto.

—No, hay coches de segunda mano que están muy bien de precio. Es más bien un irlo dejando...

—¿Quieres que te acompañe? Tengo un amigo dueño de un concesionario. Por mirar lo que tiene, sin compromiso, no pierdes nada.

—Te prometo que lo pensaré —digo sin embarcarme en nada serio.

La verdad es que mis amigas están muy ocupadas con sus amores, Luluis prepara su prolongado viaje, y a mí no me queda nadie de confianza con quien ir a comprarme un coche. Pero no voy a confesar una razón tan patética, me da vergüenza.

Llegamos a mi portal y los nervios se me comen. Nunca se me han dado bien las despedidas, especialmente cuando las cartas no están boca arriba entre dos personas y no sé a qué atenerme. Hasta ahora todo era diáfano, pero me da la sensación de que una milésima de nosotros ha variado. ¿Seguimos siendo amigos? ¿Algo más,

como él dice? ¿Amigos que coquetean, tal vez?

Pensando pierdo un tiempo precioso, que Mario aprovecha para encerrarme contra la puerta de cristal. Su mano asciende y roza mi cara en una sutil caricia con la punta de los dedos.

—No aspiro a solucionar tus problemas, apuesto a que no me dejarías, pero estaré aquí para apoyarte, darte ánimo y, si me lo permites, sujetarte cuando tropieces.

—Te advierto que tropiezo muy a menudo, la mayor parte de las veces conmigo misma y mi propia estupidez.

Mario tuerce la boca.

—Te juzgas con mucha dureza.

—Será porque estoy rabiosa.

—Será porque aún lo quieres.

Resulta curioso que no digamos nombres, pero no quepa duda de que sabemos de quién hablamos. Para mí, «él» es Álex. Para Mario, el hombre sin rostro que me rompió el corazón. Me enfada que, aun ausente, monopolice y maneje a su antojo mi tiempo con otras personas.

—¿Quién dice que haya llegado a quererlo? —miento—. No se lo ha merecido en ningún momento.

«Salvo en la cama», añadido para mí. Y un ramalazo de aire caliente se instala

en mi sexo y lo acaricia con sensualidad. Aprieto las rodillas para matar la sensación y me centro en lo inmediato. Mario. Que me dice, sombrío, que no siempre tenemos la lucidez de amar a quien nos merece.

Está muy cerca y mantiene la tensión mirándome, permitiendo que nuestros alientos se mezclen.

—No sé si es así como se despiden los amigos —musito con un hilo de voz.

—No es nada nuevo, ya nos hemos besado antes.

—Los picos y los besos que damos estando borrachos no cuentan.

—Los que intentan dar celos,

tampoco.

Mierda, así que se percató de mi ingeniosa maniobra. Trago saliva. Empiezo a desear mucho su boca, pulposa y húmeda. Los pezones se me alborotan solos.

—Prohibido exagerar, esa noche no te besé.

—Sólo porque él salió zumbando.
—Se aproxima un centímetro más y yo gozo de la sensación inigualable del primer beso consciente a cámara lenta
—. Qué mala suerte tuve. Si llega a quedarse un minuto más...

Entreabro los labios y tiemblo. Es una señal para que dé el paso definitivo.

Noto que sus brazos enlazan mi cintura y me aprietan contra su pecho. Contengo el aliento, cierro los ojos y me concentro en disfrutar el flujo de intenso deseo que me llena, un vientecillo ligero que explota al alcanzar su meta. La lengua de Mario separa mis dientes indecisos y conquista cada rincón de mi boca. No llego a perder la cabeza como con Álex, no llego a levitar, pero si no ocurre es sólo porque toda yo no estoy presente en este momento. Mis sentimientos por Alejandro el Grande no han desaparecido de la noche a la mañana, como me habría gustado.

El beso es largo y delicioso. Al final

me aparto con discreción.

—Mario, me gustas, pero no sé si estoy preparada.

Sí lo sé. No lo estoy.

—No tengo prisa. Quiero decir, tengo ganas, muchas, pero sé esperar. Empezaremos siendo amigos.

—Ya lo somos —apunto.

—Los mejores ¿recuerdas? Y de repente, una noche, sin previo aviso, daremos un paso más. Un paso hacia delante con toda la magia que se merezca el momento.

Vuelve a besarme, esta vez sólo en los labios. Es un amor. Me invade la tentación de ofrecérselo todo ahí mismo,

en la calle. Me pongo de puntillas, le echo los brazos al cuello y profundizo el beso que él pensaba dejar a medias. El deseo acude al galope y, de repente...
Álex. En forma de puño de aire gélido que cristaliza en un parpadeo, mi ardor y mi apetito. Doy por terminada la función.

—Agradezco que seas tan comprensivo. —Bajo la mirada—. Buenas noches y gracias por la cena.

—Buenas noches, Sofía.

—Salir con ese hombre era más fatigoso que correr un maratón. Siempre

tensa, siempre alerta, interpretando señales, preguntándome si volvería a aparecer... No podía. No quiero. Necesito paz, tranquilidad y mimos. Sobre todo, mimos.

Estoy en casa de Ximena, admirada del trabajo decorativo que Antonio y ella han hecho con mis insignificantes consejos.

—¿Sabes cuál ha sido mi error? — casi grito—. ¿Mi maldito error?

—Seguramente sí, porque ya me lo habrás dicho, pero te dejo que me lo repitas si terminas de pintarme las uñas de los pies sin salirte.

—Obstinarme en sacar del pedrusco

que Álex Conde tiene por corazón los sentimientos que me figuré que tenía.

—No te equivoques, es muy probable que los tenga.

Su apreciación me deja atónita.

—No sé yo...

—Antonio los tenía y ahora están fuera, conmigo, cuidándome y adorándome.

Interrumpo mi afanosa tarea y la observo, inmóvil, con el pincel de esmalte en una mano y la botellita en la otra.

—Dame una teoría que explique eso y que no contenga la frase «porque Álex es un cabrón».

—*Momentum*.

Y se queda tan pancha.

—¿Momen... qué?

Ximena es sabia. Te das cuenta en cuanto deja de payasear, se pone profunda, te mira a través de esas pestañas de metro y te envuelve con su voz radiofónica. También es un hacha sacándose palabros de la manga. *Momentum*. ¿Qué narices?

—La teoría es tuya, tesoro, no mía, tú la pariste —me recuerda con su mejor puchero—. Lo de las «relaciones escalón» y todo eso de lo que yo me burlaba. Pues va a ser que tienes razón. Lo mío con Antonio ha funcionado

porque estábamos limpios y preparados. Sin residuos de relaciones anteriores recientes, sin resentimientos, sin prejuicios. Sencillamente hemos fluido, nos hemos dejado llevar sin cargar los cañones por culpa de las putas que nos hicieron nuestras anteriores parejas.

Levanta el pie a medio pintar y me lo planta delante de la cara. Retomo el trabajo sin perder puntada de lo que explica.

—No es que no nos las hayan hecho, es que ya ha pasado el tiempo suficiente como para que se curen, hasta para olvidarlas. Al menos, no para culpar a otro de lo que nunca hizo. Visto desde

fuera suena tope injusto, ¿eh?

—Joder, oírte es como poner palabras a lo que llevo pensando toda la vida y nunca he sabido expresar.

—Pues se supone que la escritora eres tú, mona.

—Debería. ¡Hala! Terminadas tus uñas.

Ximena abandona el sofá de un salto y recorre el salón apoyada en los talones desnudos. Resulta muy cómica esa forma de andar. Rebusca en un cajón, luego en otro y por fin regresa con una sonrisa de triunfo en los labios.

—Estira los piececillos, quítate las babuchas.

—¿Vas a hacerme también la pedicura? Mira que no me hace falta...

—Obedece —me reprende.

Vale, vale, obedezco. Saco los pies de su abrigo calentito y los apoyo sobre la toalla en el suelo. Ximena abre un frasco y me espolvorea encima parte de su contenido. Sube un potente aroma a canela.

—¿Otra vez tus polvos mágicos?

—Curados a la luz de la luna. Harán tus pasos más inteligentes y seguros. Ya está bien de hablar de Álex. Álex, Álex, Álex... A tomar viento, por decirlo de forma fina.

—¡Mira cómo estás poniendo el

suelo!

—Ya barrerás luego, coñe, si tanto te molesta. Y cierra el pico, que le restas potencia al hechizo.

Tras semana y media de nubes enfadadas, de tiempo de perros infernales, hoy brilla el sol que da gusto y me escapo al paseo marítimo a almorzar a solas y ver el mar.

Me veo obligada a mentirle a Silvia diciendo que acompañaba a mi madre a la revisión médica. Prefiero que se vaya con su Carlos a hacerse arrumacos a donde yo no pueda verlos. Ando peligrosamente cerca de cogerles manía.

Y no porque se quieran. Quizá sea sólo una pizca de resentimiento. Cuando Silvia estaba soltera no me dejaba ni a sol ni a sombra y ahora soy objeto del abandono más cruel. Ya no soy imprescindible, ni siquiera llego a la categoría de importante.

Me quito los zapatos de tacón y bajo la escalera. Apoyo los pies en la arena. Incluso enfundados en medias son capaces de palpar los rayos de sol escondidos entre sus granos. La luz del mediodía tiñe de oro viejo las rocas del espigón. Me sienta bien caminar frente a las rayas azul y plata, el murmullo mediterráneo me consuela, es el viejo

acompañante de momentos difíciles. Desde la playa, los ruidos de la ciudad a la espalda se creen ajenos y yo a salvo. Resbala una lágrima por mi mejilla y moja la solapa de mi chaqueta. El dolor sigue ahí, donde lo dejé, doliendo aún. Tan cierto como que de vez en cuando respiro.

Mario apenas ha dado señales de vida más allá de un puñado de mensajes ingeniosos. Ahí está, cumpliendo a rajatabla su promesa de concederme tiempo y espacio, cosa que le agradezco, porque no tengo ni mucho menos claro lo que siento por él, más allá de la evidente atracción física que sentiría

cualquier hembra viva con capacidad de caldearse.

A Ximena no le he contado ni una palabra al respecto y esa omisión casi inconsciente es la prueba de que vago perdida. De repente dispongo de tiempo libre, soy dueña de hacer mil cosas, la presión ha desaparecido. Pero me aburro. Echo en falta algo de excitación picante que llene mis días.

—¿Sofía?

Esa voz me atraviesa como un arpón ballenero y no quiero volverme a enfrentar a su dueño. Me pongo en pie precipitada y torpe, me sacudo la arena del trasero y echo a andar con los

zapatos en la mano como si me persiguiese una jauría de cuervos frenéticos. Álex se alinea conmigo al trote. Suda. Tiene húmedo el cabello y su ropa de deporte se ciñe a ese cuerpo diez que tantas alegrías me dio, pero que no volverá a ser mío.

Otro pinchazo hasta lo más hondo.

—Sofía, ¿puedes dejar de correr un segundo? Te advierto que corro más que tú.

—Sí. Todo lo haces mejor que yo — siseo con los dientes apretados—, hasta joderle la vida a la gente.

Nostalgia y deseo se mezclan en un cóctel burbujeante. Me resta energía y

afloja mi marcha. Me dejo cazar, con un corazón a punto de delatarme con sus dichosos saltos mortales.

—¿Cómo estás? —pregunta con voz ronca.

¡Dios, qué pregunta más ridícula! Me obligo a recordar que me llamó «niñata», que vino borracho a mi casa, que me ha utilizado y me lo dijo con flores. Que pude enamorarme de su físico, pero que su forma de ser no lo acompaña. Que es muy tóxico, que estoy mejor sola. Bla, bla, bla.

Mi razón lo detesta y lo teme, mi cuerpo lo anhela con cada pequeña fibra viva.

—Muy bien, perfectamente, no hay más que verme —respondo agria.

Llevo una indumentaria un tanto rara. A Helen le ha encantado. Al salir de casa esta mañana pensaba que era original; ahora, bajo el escrutinio de Álex, temo ir disfrazada. Me he puesto un blusón de gasa estampada, de estilo hippy, con un jersey negro de lana fina y cuello vuelto debajo. Y unos pantalones, también negros, de pata de elefante. Sí, de esa guisa me he bajado a la arena. Y llevo un gorrito de lana con dos pompones que cuelgan desde la coronilla. Álex estira una mano y, con una expresión melancólica y casi

tristona que me desconcierta, trata de acariciar un pompón. Reculo y se le escurre entre los dedos.

—No me toques —le ordeno con las muelas apretadas.

—Vete de mi playa.

Parpadeo perpleja. No entiendo nada.

—¿A que es una estupidez? —Se ríe—. Pues lo que tú has dicho también. Te has cambiado el color del pelo, estás muy guapa —añade tras una pausa forzada.

Me paso la mano trémula por la melena. Casi olvido que una tarde de desidia cometí una locura en casa y que

la llevo puesta.

—¿Es todo lo que tienes que decirme? Porque tengo prisa.

—Espera, por favor...

—De verdad, no tengo muchas ganas de perder el tiempo, ni de hacer teatro. No voy a fingir que me alegro de verte, porque tu hermana sea mi amiga y por ósmosis te aprecie.

—Claro —se pasa los dedos por el pelo—, lo que tuvimos nosotros no cuenta.

—Da gracias a Dios de que no cuente, porque, de lo contrario, de lo que tendría ganas es de quemarte a lo bonzo.

—Joder, no te recordaba tan borde.

—Álex, por el motivo que fuera, tú no te sentías cómodo conmigo. Seguro que respiraste aliviado al perderme de vista, de modo que no sé a qué viene ahora girar la peonza; déjalo ya.

Como es muy alto, la inmensidad de la playa lo hace pequeño. Y muestra, por primera vez, algo de humano, sus labios carnosos tiemblan.

—Lo siento —murmura.

No respondo nada.

Esta vez el silencio es doloroso y yo no encuentro nada en que emplear mis manos que no me haga parecer una estúpida histérica. En tromba llegan el

recuerdo de sus promesas vagas y sus referencias indirectas a la posibilidad de ser padre si era conmigo, y la indignación me sube por la garganta como un río de lava. «Lo siento» es una frase hecha sin demasiado contenido.

—Me importa una mierda que lo sientas —vomito amarga—. La culpa la tengo yo, si algo está claro es eso. Tú no tienes sentimientos y yo quería por encima de todas las cosas que los tuvieras. Yo y sólo yo.

Álex frunce el cejo. Todo su ser se endurece con cada respiración.

—¿Sabes una cosa? Estás en lo cierto, no los tengo, algo absolutamente

necesario para sobrevivir en esta jungla.

—La gente sin sentimientos no debería hablar y confundir. Toda esa sarta de tonterías románticas que has soltado estos meses te las podrías haber ahorrado.

—Si te sirve de algo, jamás, en todo este tiempo, mientras ha durado —pasa de puntillas por encima de la frase, como si poner nombre a eso que ha durado implicara un tremendo esfuerzo o lo involucrase en algo desagradable—, he querido hacerte daño.

Lo miro. No es mi intención decir tantas cosas con esa mirada, pero una vez más mis ojos me traicionan y hablan

de decepción, de profunda tristeza y de soledad. Y todos esos sentimientos horribles llevan su nombre.

Observo su expresión. Esa maldita cara de póquer otra vez.

Decido soltar de golpe todo mi carácter.

—Pues no. A estas alturas, no me sirve de nada.

Escapo de él, de nuestro recuerdo y de mí misma, sin poder controlar el llanto. No importa. Tan sólo el sol puede verme ahora.

#ConectarConMisLágrimas

Álex

Aquí estoy una noche más, tirado como un saco, hastiado de nada. Ese absurdo peregrinar en busca del polvo perdido al que mis amigos reducen las salidas ya me asquea. Enciendo un pitillo, doy un par de caladas y enseguida se me olvida, colgado en la comisura de mi boca. Antes muerto y despellejado que contarles a los

chicos el humillante episodio de la playa. Joder, qué guapa estaba, qué cambiada con el pelo oscuro. Llega a ser otra chica y, con lo despistado que soy, ni loco la habría reconocido. Pero a ella... Oculta en una multitud soy capaz de localizar sus ojos.

Me dejo caer en el sofá como un peso muerto y *PerezGil*, la iguana que me he comprado para que me haga compañía, repta hasta mí con cautela. Le acaricio la cabeza; nunca me ha parecido tan áspera y a la vez tan cálida, debo de estar perdiendo la chaveta.

—Fue un mazazo brutal verla escapar de aquel modo —le cuento—, ni que yo contagiase la peste. En fin, no podía rendirme sin luchar, pero he cumplido. Ahora sé que se ha terminado, no pienso arrastrarme más.

Ocupo todo el sofá, estiro las piernas sobre la mesa y, de una patada, arrojo al suelo la pila de revistas de decoración y diseño que la señora de la limpieza mantiene milagrosamente en pie. Entre el revoltijo, descubro una película sin devolver, que debe de llevar milenios ahí olvidada.

La recojo y contengo el aliento. *Maléfica*. Sofía se empeñó en que la alquilásemos, pero nunca

llegamos a verla; nosotros y nuestros desencuentros lo impidieron. Ahora debo tanto al tipo del videoclub, que más vale comprarla que devolverla.

Me la paso de una mano a otra. Supongo que me merezco este martirio. Lo único que logro visualizar son las imágenes de tres meses atrás. Prescindo del presente y acampo en una pradera de recuerdos mezclados, muy dolorosos. Lo negamos, sin embargo, la raíz de muchos desaguisados está en nosotros los hombres, que somos muchos y se nos pegan las tonterías de uno a otro. Veo nítida aquella tarde, reunidos en casa ante un partido de fútbol, con un par de pelis porno de autor en la recámara por si había ganas. Víctor siempre tiene a mano el teléfono de tres o cuatro chicas alegres, dispuestas a compartir velada. Él, Raúl, Antonio, Miguel y yo mismo, el peor anfitrión que podáis imaginar gracias a Sofía, que monopolizaba hasta mi última neurona y hacía (y hace) que me comporte como un ser lobotomizado y absurdo. Mi hermana acababa de darme «el toque» de advertencia y yo empezaba a recoger velas y a fingir indiferencia para no agobiar a mi chica.

«Mi chica.» Cómo había huido yo hasta entonces

de esa denominación y qué bien sonaba.

—Las tías siempre quieren lo que no pueden tener —argumentaba alguien muy convencido, cuando bajé de las alturas y reparé en ellos—. Si otra ronda lo bastante cerca, eso activa su instinto de marcaje de territorio y se tiran a poseerte en plan lobas, antes de que la rival les pise la comarca.

No recuerdo al autor de la frasecita de marras, «las tías siempre quieren lo que no pueden tener», si Víctor o Raúl, ambos tan desengañados de la vida como escépticos, pero sí que se me clavó entre ceja y ceja, eficaz como un dardo envenenado, y la ponzoña hizo su trabajo, vaya si lo hizo.

—¿Y qué te parece Carmen?

Tardé en comprender que la pregunta de Víctor iba dirigida a mí, la distracción personificada.

—¿Qué Carmen?

—La geóloga amiga de Lucía —me orientó Miguel con desgana.

—Es gemóloga, no geóloga —lo corrigió Antonio, mientras envolvía un dátil con un trozo de beicon chamuscado.

—Qué más dará, para cepillársela un rato... La

tienes loca, Álex, loca. En cuanto chasquees los dedos, se arranca las bragas y se baja al pilón. Tío, aprovecha.

—Qué grima —me estremecí—, está tan flaca que la pones junto a un árbol y los perros no sabrían en cuál de los dos mear.

Creo que mi respuesta no satisfizo a Víctor, que reaccionó igual que si fuera el representante artístico de la tal Carmen.

—Nadie te ha pedido que te cases con ella, que es para echar un rato, hostias, qué tiquismiquis.

—Te digo una cosa, tío —lo secundó Miguel—, podrías mojar todavía mucho más de lo que mojas, pero últimamente te la coges con papel de fumar. ¿Qué más da la cara? Ni si la voz es chillona. Qué más da, coño, si cuando acabes de correrte hay que echarla a la calle y si te he visto no me acuerdo, que luego se encoñan y llegan en tráiler los problemas.

—Las mujeres se enganchan con facilidad —susurró Antonio, con el aire de quien prefiere no entrar en polémicas.

—No todas —apunta el sabelotodo Víctor, con el índice extendido—. Las mujeres sólo quieren lo que no

pueden tener.

Había dejado de fumar seis años atrás, cuando empecé a tomarme en serio el taekwondo a nivel competición, pero en momentos como ése habría matado por un pitillo, porque gracias a esa mierda de filosofía machista, puse en práctica el peor plan de mi vida, la idea genial que lo echaría todo a perder aunque en principio me sonara a música celestial: la posibilidad de acelerar el interés de Sofía por mí. ¿La nena aullaba pidiendo tiempo? Lo tendría, pero mi plan era acortar al máximo el maldito plazo.

Sofía

Dos días aguanto.

Dos días tan sólo sin bajar de nuevo a la playa, por si la fortuna vuelve a sonreírme y Álex repite su sesión de

ejercicio por el mismo itinerario. Los asesinos siempre vuelven al lugar del crimen. Yo no soy menos. Pero no iba a tener tanta suerte. O tan mal karma, depende de cómo se mire, pues por más que lo desee, volver con Alejandro el Grande sería, con mucho, lo peor que podría pasarme.

Vagabundeo sin rumbo, aprovechando el buen tiempo invernal, sin saber a ciencia cierta qué esperar ni cómo reaccionar si él aparece, tentador y sudoroso, haciendo gala sin hacerla de una musculatura gloriosa que se le marca por debajo de la ropa. Mi dios perfecto cincelado en carne. El aroma a

algas y salitre es intenso y borra de mi mente los tropezones del día. Los edificios altos del paseo se recortan contra el cielo y mi voluntad inicia el proceso de abandono. Me marchó a casa. Pero noto cómo un movimiento se agita a mi espalda y una pelota amarilla rueda entre mis tobillos. Detecto al labrador canela, pizpireto y juguetón, por encima del hombro y no me resisto a robarle el juguete y a lanzarlo con fuerza para que corra a atraparlo. Su dueño lo regaña porque me ha molestado.

—*¡Barón! ¡Barón, no molestes!*

Yo esa voz la conozco... Y no, no es Álex.

Giro sobre mis talones con una sonrisa bobalicona en la cara. Confieso que me alegra encontrarlo aquí ahora, es justo lo que necesito para no acabar llorando, arrastrada, la ausencia de Álex.

—¡Mario!

—¡Sofía! De espaldas no te había conocido. —Acelera el paso hasta colocarse a mi altura. Coge un mechón de mi melena oscura con dos dedos—. Estás, estás...

«Deja de tartamudear, leñe, que así no llegamos a ninguna parte.»

—¿Estoy...? Morena.

—Tan distinta...

—Pero ¿te gusta? Sin dorarme la pídora, ¿eh?

No vale. Se queda rumiando y, como *Barón* aparece a la carrera con la pelota entre los dientes, dispone de segundos adicionales para preparar una maniobra evasiva. Le doy cuartel acariciando al perro entre las orejas. Ni sabía siquiera que tuviese mascota y menos de este tamaño. Soy levemente consciente de que hay mucho que no sé de Mario y de que quiero adentrarme en su mundo de inocentes secretos.

—Antes dabas impresión de...

—Más ñoña —lo ayudo.

Mario echa atrás la cabeza y se ríe a

gusto.

—Iba a decir de dulzura. Rubia eras dulce. Ahora eres... salvaje. —Sus pupilas emiten un destello que podría calificarse de un modo muy similar.

El efecto en mí es inmediato, me acaloro y jadeo.

Mis ojos resbalan hasta sus largos dedos, que manosean la pelota.

—¿Me invitas a cenar? —suelto sin pensar. Debo de sonar hasta necesitada.

Mario recoge con rapidez el testigo, sin apartar los ojos de mí.

—¿En serio te apetece?

—Mucho. Algo de vino y toda la charla disponible. Digamos que necesito

un hombro amigo sobre el que desplomarme.

—O sea, vas a usarme de paño de lágrimas —deduce entre risas.

—No lo espongas así, haces que me sienta la bruja Piruja. —Frunzo los labios en un mohín que sé irresistible. Surte efecto—. Los amigos están...

—Para las duras y las maduras, lo sé, lo entiendo. Si vienes a mi apartamento, cocinaré para ti.

Acepto. Y siento un inmenso alivio al hacerlo, como si las cosas perdidas de mi universo encajasen de repente en el lugar adecuado.

Mario vive en una construcción moderna a ras del mar, curiosamente no lejos del ático de Álex, con una terraza acristalada desde la que se domina toda la bahía. Hasta donde yo sé, no queda ni un solo apartamento por vender y el de Mario es tan grande, que bien podrían ser un par de ellos unidos y reformados.

—¿Este edificio no estaba embrujado? —pregunto, mientras cuelgo abrigo y chaqueta en el sofisticado perchero de la entrada.

Por toda respuesta, él suelta una carcajada. Si la decoración de una casa habla de la personalidad de su dueño, su

apartamento es mudo. El de Álex es moderno, como corresponde a un arquitecto, y éste lo es mucho más. Hay cuero por todas partes, acero y cristal en absoluta simbiosis. Los colores neutros, los visillos sedosos en un atractivo color topo. Todo immaculado y en perfecto orden; parece como si el decorador acabase de salir por la puerta sin cobrar todavía.

—¿Te gusta?

—Siempre que no sobrevuelen fantasmas —respondo con la nariz arrugada.

—Eso fue una historia inventada que cristalizó con una rapidez pasmosa y se

transformó en leyenda urbana. Por poco arruinan a la promotora.

—Me contaron que gente que había comprado estos pisos salió huyendo, que las cosas se movían y habían ruidos raros por las noches.

—Unas inofensivas corrientes de aire y el viejo arroyo que pasa por debajo, muy cerca de los cimientos.

Estoy de pie mirando el mar ya casi oscuro, delante del ventanal. *Barón* ha consumido toda el agua de su bebedero, ha saltado a su colchón y dormita, agotado tras su batalla contra la arena. Mario se desliza a mi espalda, rodea mi cintura y me aparta la melena para

liberar mi cuello. Sopla con suavidad en mi piel, que enseguida se eriza, y deposita un leve beso que me sabe a poco. A muy poco.

—Lo construyeron bien, no tienes nada que temer.

—Eres tú el que vive aquí, no yo — bromeo para aliviar la tensión que me encoge el vientre y me quema los pezones.

—Eso nunca se sabe. —Deja, como olvidado, otro beso en mi sien. Cierro los párpados al recibirlo—. ¿Qué quieres cenar? ¿Pasta?

—Algo rápido, estoy tan hambrienta que me comería medio McDonald's.

—¿Pido comida a domicilio?

—Creía que querías chulear de tus dotes culinarias —apunto traviesa.

Mario abre el cajón de un mueble oriental de madera casi negra y saca un puñado de folletos de colores varios.

—Puedo intentar lucirme cuando no tenga que sacrificarte. ¿Chino? ¿Hindú? ¿Tailandés? ¿Mexicano? ¿Pizza?

—Pizza con el borde gordo —elijo, ya relamiéndome. Creo que estamos de acuerdo.

—Hum... Gordo y relleno de queso.

—¡Sí! Y cebolla, beicon y nata cocinada por encima.

—¿Alitas de pollo picantes para

acompañar?

—Fenómeno.

—¿Ves? —Saca su móvil y marca—.

Lo hemos solucionado en un santiamén. Y el menú era italiano y continúa siéndolo.

—Un minipunto para el doctor Jones —aplauzo.

—Te vas a ganar una buena zurra — me advierte por señas, en los espacios vacíos de su conversación con el restaurante.

Lo reto con un mohín provocativo y hago como que me subo la falda para enseñarle el trasero. Él no ve nada, pero finge escandalizarse.

Es genial pasar la noche con Mario, no tengo que esforzarme, apenas estoy nerviosa. Es como estar con un amigo de los de siempre, que, además, está buenísimo.

Lo ayudo a dar de comer a *Barón*, más bien estorbo en mitad de la cocina, y luego me deleito siguiendo el elegante ondular de sus movimientos abriendo y cerrando puertas, sacando la vajilla, los cubiertos; después ponemos juntos la mesa hablando de naderías. Encendemos velas y llenamos el centro con nuestra resplandeciente hoguera particular.

—¿Lista? —pregunta, recolocando el montón de cajas que acaba de

entregarle el pizzero.

—Las tripas me bailan claqué —
contesto, al tiempo que marco círculos
amplios con las manos sobre mi
estómago.

—Haré lo imposible por que te
quedes saciada.

Mi corazón describe una pequeña
cabriola. Mario acaba de esbozar una
sonrisa depredadora desconocida que
me desarma y me hace la boca agua. Me
recorre lentamente con la mirada y me
doy cuenta de que señala la mesa.
Parezco imbécil, aquí parada con la
boca abierta.

—¿Nos sentamos?

—Sí, claro. —Disimulo mi azoramiento con una ensayada caída de pestañas que nunca falla.

—Ese color de pelo tuyo... está sacando a flote mis peores instintos.

Ladeo la cabeza con coquetería y entorno los párpados.

—Bah, tú no tienes de eso.

—No quieras saberlo.

—Oye, que las rubias no somos tontas —adviento con énfasis.

—Me consta —responde, sin dar muestras de alterarse.

—Qué será lo que te inspira el pelo oscuro...

—Muchas cosas pecaminosas.

—Hablando de pecados —alargo una mano hacia las fuentes del centro—, creo que es hora de perderle el respeto a esta pizza, que debe de ser de las que te lanzan derechita al infierno.

Cojo un trozo generoso, me lo llevo a la boca y permito que el inconfundible aroma de la nata mezclada con la cebolla y una pizca de orégano inunde mis fosas nasales.

—Cuando has dicho tan solemne «Me consta», refiriéndote a las rubias... ¿pensabas en Paula?

—Entre otras.

—Cuéntame algo de vuestra tórrida aventura. Venga, voy a sacar la cotilla

que llevo dentro, me muero por saber.

—Lo mío con Paula duró un suspiro. Menos aún. —Se sirve vino e intenta no mirarme—. Algunas mujeres deben de pensar que soy tonto de remate.

—¿Por qué dices eso? Mirándote, apuesto a que es lo último que creería nadie en sus cabales.

—Admito que no soy muy sociable.

—Vamos, Mario...

Me paso la lengua por el labio superior para prolongar el deleite del sabor y él persigue ávido el movimiento.

Puedo notar el modo en que la excitación crece en este salón, pulula por el pasillo y, pasito a paso, lo inunda

todo. En lugar de preocuparme, la dejo correr.

—No, en serio, soy de difícil trato, algo cerrado, no suele gustarme la gente... —Su mirada se pierde en el infinito. De pronto regresa, me mira y sonrío—. Tú me gustas.

—Tú a mí también —contesto sin pudor.

Ha sido precioso oír su confesión, tan natural, tan sin complejos.

—Por eso estamos aquí esta noche.

Tira de su silla y se acerca. Mucho. Casi puedo sentir su aliento sobre la boca y la punta de la nariz.

—Por eso y porque nos hemos

encontrado en la playa —susurro a punto de rendirme.

—Podemos echarle la culpa a la pelota de *Barón*, pero ambos sabemos que no es cierto.

Rodea mi oreja con la punta del dedo, a cámara lenta. Recorre la distancia que lo separa de mi nuca y ahí se ancla y me atrae. Sus labios sobre los míos son un pasaporte sellado al Paraíso.

Un último tirón encaja ambas sillas y deja nuestros muslos encadenados. Pero cuando el beso se hace más profundo, la postura resulta forzada e incómoda. Sin pudor me levanto y ocupo el puesto que

me corresponde sobre sus rodillas. Noto su erección en el lateral de mi cadera y la expectativa de lo que pueda ocurrir me catapulta a las llamas.

—El primer día que te vi, en el departamento... —dice con entrega contra mi boca— perdí la cabeza. Supe que iba a ser muy difícil trabajar codo a codo contigo sin que se me notara.

Me dice eso y me hace sentir deseada, el mejor regalo para una mujer. Mi osadía se dispara. Rectifico mi postura y me coloco a horcajadas, mientras lo miro lasciva, mordiéndome el labio inferior.

—Pues lo disimulaste a la

perfección —siseo contenida, mientras ayudo a sus manos a posarse sobre mi escote.

La camisa de seda apenas supone barrera para el intenso calor que emana de sus palmas y llega a mis pechos ansiosos.

Debería ser un poco embarazoso, la verdad, porque llevamos horas fingiendo que no pensamos en librarnos de la ropa para quedar frente a frente desnudos y listos, reclamando sexo glorioso. Pero para mi total sorpresa, no lo es. La energía que me rodea me calma, lo convierte todo en espontáneo y natural. Sólo incordian mis cosas mal

casadas: melancolía con el nombre de Álex, que aún revolotea en mi corazón, triunfo con el de Mario, el serio profesor inalcanzable, y reticencia, que lleva el mío, para lanzarme de nuevo a la aventura del amor. Engancharme otra vez, quién sabe si para sufrir.

Mario parece muy dulce, es hermoso, bronceado, de pelo azabache, cuerpo atlético y estilizado. No tan alto como Álex, pero de espalda igualmente ancha, caderas estrechas, brazos poderosos. Lo rozo y se muestra receptivo. Pero tiene alto el listón si debe borrar la huella del otro sobre el mapa de mi piel. Y Paula sigue ahí fuera

y yo soy un imán para exnovias paranoicas.

«A la mierda», me digo. Ni pienso enamorarme ni es lícito machacar un momento así con alucinaciones macabras. A disfrutar y a romper la noche, como está mandado. Que ningún recuerdo me amargue este dulce.

#BuenasNochesTerciope

Atados por un beso, con la ropa aún puesta pero sin poder dejar de tocarnos, Mario me arrastra fuera de la sala hasta su dormitorio decorado en beige y negro. Caemos sobre la cama, yo debajo, él encima, riendo como dos

niños traviesos que juegan a encontrarse. Deslizo las manos por debajo de su jersey, ansiosa por comprobar que todo lo que mi imaginación ha creado se corresponde con la realidad. Lo cierto es que la supera. Está duro y es cálido. Se deja desnudar sin inconvenientes. Tengo la sensación de estar llevando la batuta con un hombre tímido, Dios quiera que no inexperto. Cambio de opinión cuando deja un reguero de besos picantes por mi cuello que me vuelven loca. Son mordisquitos profundos, seguidos de un ligero lametón, todo combinado de forma muy sabia.

Se me ha puesto la carne de gallina y es la primera vez que tengo a un hombre desnudo por completo y a mi merced, conservando yo hasta los zapatos. Empieza a desvestirme despacio, recreándose en cada porción de carne que queda al descubierto. Recorriéndola con la punta de los dedos, besándola a continuación.

—Eres preciosa —me susurra.

Me desabrocha los botones de la falda y, antes de tirar y quitármela, introduce la mano y toca el encaje de mi ropa interior. Debo de estar empapada. Mojada, lista, deseosa. Sonríe satisfecho y culmina el movimiento que

libera mis piernas entre las tuyas. Cuando voy a darme cuenta, las bragas han volado junto con lo demás y opto por aferrarme a sus brazos y espalda para que me incorpore lo suficiente como para despojarme del jersey y desabrocharme el sujetador.

—Preciosa —repite, mientras sus ojos de café, increíblemente brillantes, me devoran centímetro a centímetro.

Tantea el contorno de mis pechos, me pellizca los pezones erectos y, recostándome con suavidad en la cama, los recoge con ambas manos y los lame. A continuación succiona y muerde con delicadeza. El latigazo de placer es

inmenso. Inmediato. Brutal. Estoy tan caliente que las estufas de hierro me envidiarían. La adoración que emana de su mirada, de sus gestos hacia mí es tan evidente como turbadora. Sus besos cortos, contundentes, marcan mi cuerpo desde la zona del esternón hasta el ombligo. Y de ahí al monte de Venus. Gimo de gusto, asumo la oleada de deseo que me invade y mis piernas se separan para recibirlo.

—¿Te molesta si te beso?

«Glups.»

Es una pregunta inconveniente en un momento prohibido. Respondo con un rugido amortiguado y lo siguiente que

noto es su lengua explorando mi vulva.

Mucho mejor.

Intento no pensar en Álex, en nada en realidad que me prive del placer de esta caricia tan íntima. Sus manos sujetan mis muslos, los mantienen separados y yo me arqueo a punto de romperme, empujada por el huracán de sensaciones físicas concentrado en ese punto donde parecen confluír todos los nervios de mi cuerpo. Suspiro. Los ojos cerrados, pensando sólo en disfrutar y dejarme ir. Levanto las manos por encima de la cabeza en un gesto de abandono perezoso, poco compatible con la electricidad que se arremolina bajo mi

vientre.

De repente, el beso de Mario alcanza el punto de no retorno. Gimo, me retuerzo, mis pezones se endurecen todavía más y, entre estremecimientos, me sobreviene un orgasmo feroz. Antes de que deje de temblar, él ya asciende siguiendo la línea alba que marca su lengua. Pasa por encima de mi ombligo, de ahí al centro de mis costillas para llegar a la garganta. Deja caer su peso, tumbado sobre mí, y con una mano inmoviliza mis muñecas aprovechando mi postura. El excitante contacto de mis pechos con el vello del suyo me sobresalta.

—Preciosa y deliciosa.

Sonrío. Parezco tímida, pero es pura fachada, estoy tan relajada y excitada al mismo tiempo, que la noche se detiene en un pulso al recordar al hombre por el que he elegido mi mejor conjunto de ropa interior. De estar con Álex, ahora mi mayor preocupación sería su placer, devolverle la ración de sexo oral que acabo de recibir. Pero es Mario, y me permito ser protagonista y esperar. Su lenguaje corporal así me lo pide, que me centre en sentir, que me desea, que lo ha hecho durante meses, que este encuentro es el culmen de muchas horas de insomnio y que su prioridad es dármelo

todo sin pedir nada a cambio.

Es un amante generoso, que vuelve a encenderme con sus besos y el roce estudiado de sus dedos. Se abre hueco entre mis muslos y me penetra sin titubeos. Tengo clavados dos ojos negros que me calcinan. Las embestidas suben de ritmo a medida que nuestra respiración se agita y se acompasa, para acabar en una explosión conjunta, desencadenada cuando Mario ya no puede más, cuando está a punto de abandonarse y desliza la mano entre nuestra unión para masajear mi clítoris con un pequeño pellizco.

Tengo los pezones tan tensos, los

pechos tan llenos, que resulta doloroso, pero mi cuerpo entero resplandece con el toque del clímax. Los dedos de Mario se enredan en mi pelo, atrae mi cara hasta que nuestras bocas encajan por enésima vez y me susurra:

—Hay sueños que, por muy escéptico que uno sea, se hacen realidad.

No pensaba quedarme a dormir, de modo que cuando un hocico húmedo y una gran cabeza peluda me despiertan con un sobresalto, ni siquiera recuerdo dónde estoy. Enseguida noto el calor que

emana del cuerpo de Mario, que ha dormido abrazado a mí, protegiéndome con su fuerza. Ronroneo satisfecha y dejo caer de nuevo la cabeza en la almohada, con una sensación relajada y placentera muy cercana a la felicidad.

Barón me reprocha la falta de atención con un gemidito. Mario abre los ojos.

—Buenos días, terciopelo —me dice.

Río.

—¿Quién es ésa y por qué me estás confundiendo?

Estira una mano y pasea las yemas por mi brazo. Se me eriza el vello en el

acto.

—Es el tacto de tu piel, inolvidable. En sólo unas horas has hecho cicatrizar muchas de mis heridas.

Me besa la punta de la nariz, acuna mi cara y me mira con veneración.

—Voy a empezar a creerme una tipa importante y me pondré tontorrón —le advierto.

—Me da igual, vas a seguir gustándome lo mismo.

Un nuevo gruñido de *Barón* rompe el encanto de una conversación matutina que bien podría acabar en sexo.

—¿Qué te parece si pongo una tetera al fuego y cuidas de que no arda el

apartamento mientras llevo a mi amigo a hacer pis?

Le paso una mano por el hombro y me recreo en la orografía que dibujan sus fuertes músculos.

—Baja, yo me encargo del té.

—¿Te entenderás con la cocina?

Empujo su pecho con un mohín travieso.

—Las alacenas y yo hemos nacido para entendernos.

Lo veo saltar de la cama desnudo por completo y disfruto el espectáculo del que las tinieblas y mi propia lujuria me privaron anoche. Todo en Mario es proporcionado y hermoso. Carece del

aire de chico malo que caracteriza a Álex, pero quizá la natural tranquilidad que leo en su rostro sea también su mejor baza. Definitivamente, me gusta y no me arrepiento de lo ocurrido. Aún controlo mi ansiedad, sé que si después no me llama podré soportarlo y seguir adelante. El sentimiento de orfandad y abandono que Álex generaba en mí tras cada encuentro, enganchada a un amor inventado y sin propietaria, se ha evaporado, y es un alivio.

Sella su despedida con un tierno beso, se pone un pantalón de chándal sin calzoncillos, una camiseta blanca que cae a plomo sobre sus músculos y una

sudadera azul marino con el emblema de Oxford en el frontal. *Barón* lo espera en la puerta del dormitorio, meneando el rabo con la correa entre los dientes. Es un cuadro de lo más entrañable.

—Vuelvo enseguida —me dice con otro precipitado beso y un destello en los ojos—. Ni se te ocurra marcharte.

Señalo al paciente perro que se retuerce al borde del derramamiento.

—¡Por el amor de Dios, sácalo yaaa, pobre animalito!

—Él entiende que me cueste separarme de ti, estamos muy compenetrados.

Sale de mi ángulo de visión y yo

vuelvo a la posición horizontal, entre sábanas crujientes y sedosas que huelen a laberinto de pasiones. Pese a mi experimento con Álex, está claro que existe el sexo calmado, el que te llena y te hace sentir pletórico sin necesidad de batallar. Me gusta la sensación. Es muy agradable. Y Mario está requetebueno.

Pataleo un segundo dentro de la cama, presa de un infantil arrebatado de ilusión, y luego me levanto buscando algo que ponerme. Imagino que el apartamento está climatizado, porque la temperatura es ideal, no hace ni pizca de frío. Abro el armario y reviso los pulcros trajes oscuros del profesor, sus

camisas, blancas o azul claro, en filas ordenadas. Sus zapatos de cordón, todos italianos, sus corbatas de seda y, al final, en una estantería aparte, un montón de prendas deportivas limpias y bien dobladas.

—Cuánto lujo, profesor Jones — musito, llevándome una sudadera a la nariz. Aspiro el aroma de ropa limpia que me traslada a mi niñez y me hace sentir de nuevo en casa.

Un sentimiento parecido trae él de la mano. Hogar, seguridad, ¿normalidad tal vez?

Me pongo la sudadera y unos pantalones, todo me viene dos tallas

grandes, pero lo remango y me las apaño como puedo. En realidad debería marcharme, no es fin de semana y, aunque no tengo citas concertadas con pacientes, me esperan pilas innobles de informes por rematar.

Medito la cuestión durante menos de un microsegundo. Me niego a abandonar a Mario con una nota y una taza de té solitaria sobre la mesa. Algo tierno me une a él, algo que va más allá de la química y el erotismo. La impresión de que de algún modo me necesita, o el sentirme única, algo impensable tratándose de Álex. No sé. Tampoco me lo quiero plantear.

Trasteo en la cocina hasta encontrar lo que busco. Preparo un delicioso té y unas tostadas con mantequilla que hacen aullar a Mario cuando aparece por la puerta. Trae sonrosadas las mejillas y viene ligeramente sudado.

—¿Qué, corriendo para despertar los músculos?

—Hace un frío del demonio.

Barón corre a su bebedero a refrescar la lengua y Mario me acorrala contra la encimera. Hago equilibrios con la mantequilla en una mano y el cuchillo de extenderla en la otra, riendo y retorciéndome como si quisiera escapar de su cepo, que no quiero. Me clava la

entrepierna erecta en el vientre y mi sistema erótico-festivo se activa a la voz de «Ya».

—Y, como ves, el músculo está más que despierto.

Me besa de forma apasionada y, a ciegas, me libera de la mantequilla y el cuchillo. Sus manos juguetonas exploran por debajo de la sudadera, agarran mis pechos desnudos y los amasan.

—¿Qué has dicho que había para desayunar?

—Tostadas... con... té, aunque si prefieres café...

Acaba de bajarme el pantalón con la facilidad con que se desprendería de un

guante que le viniese grande y sus manos se cierran, apretadas, en torno a mis glúteos.

—No puedo quitarte las manos de encima, terciopelo.

—Pues tengo listo el desayuno — protesto, simulando contrariedad.

Mario gruñe.

—Esa frase tiene múltiples interpretaciones, ¿lo sabías?

Con un rápido movimiento se despoja de las deportivas, se baja el pantalón y con dos patadas lo manda al suelo. Está duro como el diamante, algo parecido a lo que ocurre con mis pezones, y la altura a la que me

encuentro, retrepada en la encimera, está calculada al milímetro para que colme sus intenciones. Sólo de pensarlo, una extraña corriente me recorre la columna vertebral.

—Eres suave por fuera... — introduce sin previo aviso dos dedos en mi vagina empapada— y por dentro. Puro terciopelo.

Empieza a moverse, a bombear esa ligera presión hasta notar mi corazón desbocado y palpar mi interior. Entonces gira la muñeca y sus dedos forman un gancho dentro de mí que topa con la parte sensible de mi vagina, ese punto terminal que empieza a estimular

con toques repetitivos. Abro las piernas como una bailarina. La ansiedad me hace flexible.

—Mario...

Su pulgar se une a la caricia. Aplicado contra mi clítoris, ejerce el nivel preciso de contacto para enloquecerme. Antes de que la vista se me nuble del todo, ya me he enganchado a sus hombros y recorro ávida su nuca, enredando cabello y dedos. Mario me deja vacía el tiempo indispensable para sujetar mis muslos por debajo, tirar, separar, elevarlos y enroscarlos en su cintura y, de una única embestida, penetrarme.

—No llevas preservativo —lo reprendo entre jadeos.

—No quería interrupciones —me dice.

—Pero...

—Chis.

Me aúpa y, unidos por el sexo, atravesamos la cocina hasta llegar al baño principal, con encimera de madera miel. Sin interrumpir el delicioso bombeo, rasga el envoltorio del condón con los dientes, saca su miembro hinchado de mis entrañas, lo viste de látex y vuelve al inicio, antes de que yo lo eche siquiera de menos.

—¡Dios! —grita al corrernos.

Yo lo acompaño, echando la cabeza hacia atrás, el cuello arqueado, dinamitando todo mi ser.

#UnPlanDesastroso

El té se ha quedado frío, porque tras el polvo memorable a caballo entre cocina y baño, nos hemos dado una ducha y he tenido la oportunidad de agradecerle a Mario todas sus atenciones. Nos embadurnamos de jabón y jugamos a que

las manos patinen por la piel mojada. Las mías tienen un objetivo, van directas a su entrepierna y acarician sus testículos con delicadeza. El pene responde con rapidez y lo cojo con la mano libre.

—Esto es para usted, profesor — susurro entre gemidos.

—No me voy a poder mover el resto del día —se queja.

Yo acelero el movimiento deslizante a lo largo de su tronco.

—Exagerado...

El grueso miembro crece entre mis dedos, se hincha, y entre caricias que avivan mis sentidos, erupciona entre

doscientos mil destellos de satisfacción de su dueño. Ni siquiera me ha dado tiempo a tocarlo con la boca.

Poco rato después, con los estómagos tan saciados como el resto de nosotros, recupero mi ropa, acaricio la cabeza del paciente labrador y me vuelvo hacia Mario para enfrentar la despedida. Quizá se trate del primer instante realmente perturbador desde ayer por la tarde.

—Bueno, me voy. Mira qué hora se ha hecho —digo justificando mi recién llegado histerismo.

—Me quedaría todo el día entre sábanas, retozando contigo.

Dejo que me atrape por la cintura y me llene el cuello de besos.

—Ya, pero somos pobres y hay que cumplir con las tareas.

—Puede que no tanto... —contesta.

No le permito continuar.

—Imagino que tendrás clases, ¿no?

—Por la tarde. ¿Puedo llamarte esta noche? —Nota mi mueca desorientada—. Sólo para desearte dulces sueños, no temas, pienso darte un respiro. —Caza mi labio superior con los dientes y mordisquea el contorno—. Uno pequeño, no bajas la guardia.

—No la bajaré —le aseguro, asediando su lengua con la mía.

Mario ha ganado con margen la primera batalla que mantengo conmigo misma.

Álex

La intención era descolocarla. Sofía debía perder de un plumazo cualquier ventaja que supusiera ganada sobre mi voluntad. Verse de nuevo en la línea de salida, con todo el trabajo por hacer y conciencia de lo arduo del objetivo. Percatarse de que el mundo femenino es extenso cual océano y de que, de no mover ficha cuanto antes, podría perderme.

Lo veía y no lo creía. Álex Conde recurriendo a esas argucias, después de tan sólo tres polvos con la misma chica. Debería haber interpretado mis propias señales desesperadas, no debería haber confundido juego con necesidad. Creerme inexpugnable me hizo débil. En mi descargo, admitiré que no soy meticuloso

ni suelo cuidar los detalles. Me muevo más por impulsos y por improvisación, soy muy visceral. De modo que no marqué fecha en el calendario ni elegí víctima. Sería cuando y donde el destino dictase.

Ocurrió un viernes de octubre, en el cumpleaños de mi hermana. Llegué con Víctor, Miguel y Antonio, en plan tranquilo, decíamos. Nos entretuvimos un rato con unas birras y haciéndole la vida imposible a Antonio, que ya estaba colado por la amiga de Sofía.

—Tío, te pondrá marcando el paso, tiene una pinta de mandona que no se aguanta.

—Pues a mí me pone mogollón, con las gafitas de secretaria guarrona... — Miguel hizo un gesto obsceno desde su entrepierna, amparado por la oscuridad teñida de morado. Apenas había almas en aquel bar.

Antonio hizo amago de endiñarle con el puño en alto.

—Lávate la boca con jabón antes de nombrarla. Ni pienses en ella, mente sucia, que me la empañas.

—¡Joooooder! ¡Cómo se nos ha encoñado el Antoñito! ¡Tan fiera es la rubia?

Miré a mi amigo, que resoplaba conteniéndose para no explotar. No era habitual que ninguno de

nosotros se tomase a mal las coñas marineras del resto, a fin de cuentas eran siempre las mismas aburridas bromas de mal gusto, sólo había que pasar de ellas con el dedo corazón estirado y una mueca de suficiencia. Antonio conocía las reglas, él mismo había martilleado a otros del grupo para divertirse cuando le había convenido, así que... Ximena le había debido de entrar fuerte. No se me ocurrió ridiculizarlo. En el fondo sentía una pizca de envidia, porque él era correspondido y yo, seguramente, no.

Y entonces sucedió.

Un grupo de chicas alborotadoras rompieron la relativa calma del local con su taconeo, sus faldas cortas y sus labios pintados de rojo. No eran invitadas a la fiesta pero valían. Víctor me propinó tal codazo en las costillas que derramé parte de la cerveza de mi jarra.

—Ahí tienes a la geóloga.

—Gemóloga —rectificó Antonio con los ojos en blanco—. Panda de cenutrios.

—Importa un cojón a qué se dedique mientras se abra de piernas. Y bien largas que las tiene, ¡mira, Álex, hostias!

Sólo porque Víctor parecía estar vendiéndome algo y yo despreciádoselo, me obligué a girar el cuello, y cinco tías me sonrieron bobaliconas a coro. Antes de poder santiguarme, Víctor, erigiéndose en portavoz del grupo masculino, ya las había invitado a sumarse.

—A ver, ¿cuál de vosotros es hoy el más necesitado de cariño? —soltó de repente una tal Lucía, mirándome con un descaro que rayaba los límites.

Tuve la sensación de que un montón de dedos invisibles me señalaban, de que todos esperaban que hiciera algo, que respondiera con una genialidad a la mamarrachada de la tía aquella. Y es que mi mente andaba distraída muy lejos de allí. Puede que mi polla se alterase un poco ante tanto escote y minivestido ceñido, pero no pasaban de ser reacciones químicas animales.

Mis ojos la buscaban a ella.

—Yo no —la corté y me volví para darle la espalda. Lo que esperaba al otro flanco era su amiga, mucho menos lanzada que Lucía. Le obsequié una sonrisa demoledora—. ¿Qué tal, Carmen?

La gemóloga se me puso como un coche de

bomberos. Era una chica vistosa, medio pelirroja, con el pelo largo peinado en bucles, los ojos grandes y oscuros, un buen par de tetas y todo eso. Pero le faltaba ángel.

—Muy bien, vamos a quemar la noche —me informó medio tartamuda.

«Poco vas a quemar tú con esos miedos, muchachita.»

—¿Quieres una cerveza? —Me aseguré de que quedase claro que sólo la invitaba a ella.

—Con un poco de gaseosa, sí.

—¿Cómo que con gaseosa? Aquí mariconadas las mínimas —dijo Víctor con su vozarrón de camionero trasnochado.

Carmen se encogió sobre sí misma. Hasta pena me dio.

—Deja a la chica que tome lo que le apetezca y ponte tú hasta las cejas de negra, si quieres.

—Se refiere a la cerveza negra —aclaró Víctor con un guiño exagerado que las hizo reír.

Yo volví a la carga, Carmen intentaba decirme algo.

—Vale, sin gaseosa, así, tal cual.

—Oye que si te gusta más una clara...

—No, a pelo, que se note el amargo. —Ladeó el cuello con timidez, se me antojó una niña pequeña jugando a ser mayor.

Estaba a punto de dar marcha atrás, de olvidarme de todo el plan de usarla como a un trapo de cocina, cuando Sofía y Ximena entraron en el local. Un tsunami que sacó de quicio las cosas y lo inundó todo. Ella, preciosa y paralizada al verme. Yo, de vuelta de mi particular asombro y ya capaz de fingir, gracias a la ventaja de mi ubicación estratégica tras uno de los pilares-estantería del bar, que me permitía controlar la entrada sin ser visto. Me sacudió una oleada de calor y mi sonrisa se hizo lobuna. Saludé desentendido con un ademán de cabeza y concentré el cien por cien de mi disipada atención en Carmen.

Que ellas dos se nos unieran habría dado al traste con mi plan, lo sé, pero era lo que mi corazón deseaba. Sin embargo, Antonio me fastidió las intenciones al desmarcarse y acudir a su encuentro. Ximena ya tenía lo que quería y Sofía, viéndome tan acaramelado con Carmen, no se atrevió a acercarse.

Así arrancó todo. Esos malditos planes no

planeados que se desbordan a su manera y te pringan. Pero yo estaba jodido. Jodido y furioso porque me había dado plantón en la puerta del gimnasio donde trabaja, sin molestarse en inventar un pretexto para tontos.

Todo mi ADN de macho clamaba venganza.

En menos de media hora, Carmen se escurría del taburete al suelo, ciega como un piojo. Yo me debatía entre mis ganas de espiar a Sofía, que seguía sola con la parejita, haciendo como que reía, y la obligación autoimpuesta de arrebatarla de celos. Provoqué un encuentro incendiario con ojos de plata en un rincón en sombras, donde le solté a la cara que su problema era que sabía lo buena que estaba y la acusé de volverme loco, tras lo cual ganó lo absurdo.

Volví a la barra y, con dos dedos, atrapé la barbilla de Carmen y la insté a mirarme. Los ojos vidriosos y la mueca desencajada.

—Oye, ¿estás muy mal?

En lugar de responder se me colgó al cuello de un salto y, entre ovaciones del grupo, me estampó un beso de tornillo en el que hice lo posible por no colaborar. Hasta que mis pupilas se encontraron con las de Sofía.

Vi su expresión de perplejidad y me dije si no se trataría de eso, de hacerla sufrir un poco para que espabilara. Rodeé la cintura de la pelirroja y me dejé llevar con un ligero entusiasmo. No volví a desviar la mirada de Carmen hasta un rato después.

Sofía se había marchado.

Me arrojé a la calle como un alma en pena y la encontré, bebida y malhumorada, sentada en el capó de un coche. No la dejé hablar, la avasallé con un abrazo, le devoré la boca, y para cuando dimos por acabada la fiesta y el bar cerró sus puertas, nos escondimos en su apartamento a follar hasta el amanecer.

Lo sé. No es así como se hacen las cosas cuando alguien te importa.

Después de aquello, pasó una semana en la que no supimos casi nada el uno del otro, apenas unos mensajes que eran un chiste, pero volvimos a coincidir y acabamos revolcándonos en mi cama. Debo deducir que me perdonó el desliz, o lo que quiera que fuese aquello, pero algo se había torcido, estaba menos receptiva y más exigente en lo que a relaciones se refiere.

Yo no quería una relación, maldita sea, ni sabía siquiera lo que buscaba. No quería más Camila, ni más órdenes. No quería más control sobre lo que hacía o dejaba de hacer, ni dar más explicaciones. ¿Es que las mujeres no pueden limitarse a vivir una relación de pareja sin asfixiarla?

Hoy, después de tanta lluvia, repasando todo aquello de forma obsesiva, me pregunto si alguno de mis pasos en falso no fue causa del derrumbe. Causa y efecto. Me miro las manos. El cajetín con *Maléfica* dentro sigue esperando su turno.

—Angelina me pone, *PerezGil* —le digo a mi iguana.

Recuerdo a la nueva Sofía de pelo oscuro y ojos de plata. Se parece a la actriz. Me arrodillo ante el reproductor de DVD y lo pongo en marcha. Me acomodo en el sofá y veo cómo *PerezGil*, con el paso flojo y lento que la caracteriza, viene acercándose.

Está bien compartir estas cosas con un amigo.

Sofía

—¡Hostias! ¿Que te has tirado al profesor?

Ximena no exclama, aúlla. Ximena no se sorprende, te rompe los tímpanos a través del teléfono.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo? Y, sobre todo, ¿por qué no lo he visto venir? ¡No me he dado cuenta de nada! —gime como alma en pena.

Yo sigo muy ocupada repasando una y otra vez la bandeja de entrada de mi correo electrónico, pero no veo nada que lleve la firma de una editorial. Bufo muerta de decepción. Me quedan otras veinticuatro horas de tensa espera a la

caza y captura del mail que acepte mi novela y cambie mi vida.

Mierda, mierda y más mierda. No me quiere nadie. Bueno, a mí no, lo que he escrito.

—Nena, ocurrió así, de repente...

—Sí, ya, de repente... ¿Folla bien?

—Eres una cotilla impresentable. Tú no me has contado cómo folla Antonio.

—Sí que te lo he contado, me hace ver chiribitas y me pone los ojos del revés. ¿Qué tal folla? Cuenta.

—Bien.

—¿Sólo bien?

—Muy bien. —Suelto una risita maliciosa.

—¿Cuántos en una noche?

—Ximena, nada más hemos tenido una noche. No sé, dos. O tres.

Otro aullido de loba buscando apareamiento a la luz de la luna.

—No me digas que ni te acuerdas, la madre que te parió. ¿Y tu teoría sobre los escalones, o los peldaños o como coña se llame? Ésa de la que estabas tan segura que hasta me convenciste a mí.

—Los escalones no tienen nada que ver con este caso.

—¿Cómo que no tienen nada que ver? Si antes estabas jodida con lo de Sergio, ahora estás doblemente jodida con lo de Sergio más lo de Álex; tu

dirás.

—La diferencia es que con Álex quise iniciar algo serio y con Mario no tengo intención ninguna más allá de echar el rato.

—Sofía, no has sido capaz de montártelo a lo salvaje en toda tu vida.

—Por eso, ya va siendo hora de entregarme a nuevas y morbosas experiencias.

—Ah, y cuando te lo cuentas ¿te lo crees?

—*Sip*, sólo divertirme.

—Entonces es sexo del bueno —
concluye.

Tengo que pararla cuanto antes.

—Eh, listilla, no pongas en mi boca palabras que nunca he dicho.

—No, no, Dios me libre... ¡Oh, espera! ¡He oído un chasquido!

—¿El qué?

—Se te acaba de desabrochar la faja.

—¡Yo no uso faja! —le espeto con una carcajada.

—Bueno, bueno, todo llega con el tiempo. De todas formas, lo veo venir... ¡Te vas a enganchar! —me canturrea.

Tras mi conversación con Ximena, con mis pilas de expedientes

ordenaditos y una sonrisa en la boca, acepto salir a matar el hambre del mediodía con unas tapas, en compañía de Silvia y Carlos. Cuando el mocetón se ausenta para cambiarle el agua al canario, me inclino sobre la mesa y miro a mi amiga, un poco a la desesperada.

—Y tu hermano, ¿localizó por fin a la tal Olga?

Ella se sobresalta como si la pregunta la pillara de improvviso.

—No tengo ni idea, hace mucho que no lo veo.

—Es lo que siempre me respondes —la presiono angustiada.

—Porque es la verdad; Álex y yo

somos adultos, no vivimos bajo el mismo techo y llevamos vidas muy independientes. Nos queremos, pero no tenemos la dudosa buena costumbre de llamarnos a diario para darnos el parte de incidencias. —Suenan levemente molestas. De súbito, palmea mi mano hacia sobre la mesa, como si mi situación le causara una infinita pena—. No le des más vueltas, amiga, estás mejor sin él, créeme.

Desliza su comentario como una cuchilla afilada. Suspiro y me rindo.

#PongaUnAutoEnSuVida

Quando regreso al despacho tras el tapeo, mis ánimos se han derrumbado hasta el subsuelo. Me sienta mal hasta nombrar a Álex; sólo pensar en él me roba el sosiego. Debería tachar su imagen pérfida con dos tiras de cinta

americana adhesiva en forma de cruz, una calavera y dos huesos. Mi energía, las ganas de hacer cosas, se han esfumado y ahora sólo me queda la tentación de encerrarme en casa, mi refugio nocturno, mi mandala, con el edredón por encima de la cabeza.

—Voy a ver si encuentro algún sitio donde puedan darme un masaje que no me cueste un riñón y parte del otro —le confío a Helen.

—Podrías llegarte a los baños árabes de la plaza de los Mártires.

No está nada mal, tomo nota de la sugerencia. Pero una llamada de Mario me saca a tirones de la peligrosa desidia

en la que estaba cayendo.

—Querida joven, te propongo una jubilación.

—La del profesor Martínez ya la hemos celebrado —rumio pensativa—. Por cierto, deberíamos visitarlo un día de éstos.

—Lo anoto.

—Y llevarle flores y pastas de té.

—Lo de las flores hay que verlo. Es alérgico a casi todo lo conocido. Me refería a jubilar a *Martita*.

Ahora soy yo y no Ximena, la que ahoga un grito de espanto. Todo se pega.

—¿Estás loco? ¡Mi Vespa!

—No me refiero a una jubilación

definitiva, sólo durante los meses de invierno —me aclara con paciencia y su dulce voz.

Ni por éstas.

—¿Y tu alternativa es...?

—Desde luego, un coche.

—Ya hemos hablado de eso...

—Dale un voto de confianza a mi conocido que vende coches kilómetro cero, tiene cosas interesantísimas. Te recojo y visitamos el concesionario. No hay compromiso, sólo por ver si algo te entusiasma.

—Terminarás convenciéndome y no quiero, no quieeerooo. —Chasqueo la lengua contrariada. A través de la línea

me llega una risa fresca y reconfortante.

—Vamos, recuerda que somos atrevidos y salvajes.

—Ni me lo recuerdes. —Río también—. Cada vez que citas esas dos palabras, veo tu culo prieto enfundado en las mallas de ciclista, haciendo aeróbic, y me mareo.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia!

—¿Eso crees, exhibicionista?

—Que pienses en mí. Me gusta — añade tras una pausa.

Jolines. Lo he emocionado con una minucia, vuelvo a sentirme importante. Es lo que distingue estar con Mario de estar con Álex: la sensación de

seguridad que uno transmite, en el otro brilla por su ausencia. La falta de implicación e interés de Álex raya la crueldad, aunque no sea una herida que inflija a propósito. Viene incluida en el paquete de ser guapo, sexi, irresistible y un millar de cosas más, de esas que desabrochan ligeros y pulverizan tangas. No es culpa suya en realidad.

Ojalá se le caiga la picha a pedazos por demasiado perfecto.

Mario me recoge a la entrada de la calle Larios en su jeep negro aventurero, que contrasta con la correcta vestimenta

de jersey verde de pico, camisa de cuadritos vichy blancos y verdes, pantalón chino azul oscuro y zapatos de cordones. No le pega. Mejor un Mercedes pequeño y clasicón.

Nada más apoyar yo el culo en el asiento, él invade mi espacio personal y me planta un beso impaciente en los labios. ¿Ya estamos en ese nivel? ¿Cuándo ha ocurrido? ¿Dónde andan mis cuidados planes de dos polvos y a lo loco?

—Verás como te enamoras de algún cochazo nada más entrar —asegura, apretándome el muslo con la mano.

—Te advierto que respecto a coches

no soy yo de mucho enamorarme.

—¿Y en cuanto a otras cosas? —
carraspea divertido.

—No quieras arrinconarme, pillín.
De ciertos asuntos no hablo sin mi
abogado presente.

Se conforma con lo que le doy. Pone
la radio y la voz especial de John
Legend y su *Made to Love*[\[21\]](#) hace que
de vez en cuando intercambiemos una
mirada y una pícara sonrisa.

Enfilamos la cuesta de Cerrado de
Calderón y, a la altura de un cruce de
calles, el jeep se detiene delante de un

concesionario de escaparates brillantes, desde los que la mercancía hace guiños bajo la iluminación.

—Ya estamos.

Mario echa el freno de mano, sale, rodea el vehículo, abre mi puerta y me tiende el brazo para ayudarme a bajar. Creo que ando un poco catatónica, no entiendo muy bien cómo he llegado hasta aquí si no pretendo comprar ningún coche.

—Sabes ser muy persuasivo cuando quieres —refunfuño entre dientes.

—No tengas miedo, te he dicho que es un simple vistazo sin compromiso —insiste, aún con la mano extendida.

Qué paciencia me echa el pobre.

—¿Es muy amigo tuyo el dueño?

—Simple conocido, no le he prometido ningún negocio, si es eso lo que te inquieta.

Me dejo caer desde el comfortable asiento de cuero con la mano a buen recaudo. Él repliega la suya.

—¿Te ayudó a elegir tu coche?

—No, éste lo compré en el concesionario oficial.

—Temía que fuese uno de esos vendedores que te adjudica, con mucha habilidad, el coche que le conviene vender sin preocuparse de tus verdaderos deseos.

Mario esboza una sonrisita indulgente.

—Eso es porque sigues pensando que el jeep no cuadra conmigo, pero te equivocas. Nadie me convenció, lo elegí yo mismo, fue amor al primer contacto.

Suspiro momentáneamente apaciguada.

—Te creo.

—¿Vamos allá? —Reclama mi mano por segunda vez. Se la entrego.

—Vamos allá.

Cruzamos el umbral y el inconfundible olor a coche nuevo me envuelve y me deslumbran las impecables carrocerías. Por un segundo

me evado a las nubes y fantaseo con ser millonaria y no privarme de nada. Cómo sería estirar un dedo, alargar indolente una tarjeta de plástico y llevarme el mejor coche a casa. Siento que le estoy siendo infiel a la vieja *Martita*, pero el brillo coloreado de los guardabarros me hipnotiza, me imanta y olvido mis juramentos de que sólo por encima de mi cadáver muerto me montaría en un cuatro ruedas.

—Lo siento, *Marta* —susurro para mis adentros—. ¡Qué bonitos son!

Mis pies me empujan solos hasta un descapotable biplaza rojo con el interior en lujoso cuero negro. Ni cerrar la boca

puedo.

—Veo que la *signorina* tiene un gusto exquisito.

Oigo una voz a mi espalda y me vuelvo para mirar. Mario está saludando a un señor maduro y elegante, con cierto parecido con George Clooney en los anuncios de Nespresso. En perfecta combinación con los lustrosos automóviles, forman un atractivo conjunto, seguro que los vende como churros.

Tengo la intención de estrecharle la mano, pero se lleva la mía a los labios y sutilmente me la besa.

—Te presento a Marcelo Tonelly, un

viejo conocido de la familia.

—¿Italiano? —Di que sí, Sofía, pregunta inteligente donde la haya.

—De la bella Sicilia —contesta él, exagerando su acento—. ¿Conoce mi tierra?

—He visitado Italia como turista, nada fuera de lo corriente: Roma, Venecia, ya sabe...

—¿Y le gusta?

Este hombre se me está comiendo con los ojos, me siento Caperucita a punto de ser devorada por el lobo. A ver quién es la guapa que le dice que no pienso gastarme un duro en ningún bólido.

—Es un país increíble. Y cocinan de maravilla —lo halago—. De hecho, es indignante que los italianos estén tan en forma comiendo como comen.

Marcelo echa atrás su distinguida cabeza canosa y ríe de buena gana.

—La dieta mediterránea obra el milagro, *signorina*. Bien, ¿en qué podemos ayudarla?

—Sofía quiere ver un coche apto para sus necesidades —le explica Mario, anticipándose a mi respuesta.

—Algo pequeño y sencillo —me apresuro a puntualizar—. Además, aún no he tomado la decisión definitiva.

—Bien, ¿le gusta este novecientos

once cabrio?

Señala el deportivo rojo con un floreo de mano. Me suben los colores en ascensor a la cara.

—He dicho pequeño y sencillo —
remarco con énfasis.

—Es pequeño.

«¿Este tipo me toma por idiota?»

—Ya. Quizá el adjetivo sencillo le venga un poco grande.

Marcelo vuelve a celebrar mis pullas irónicas con carcajadas.

—Me gusta, Mario, me gusta. Tiene clase y carácter.

¿Sólo porque no puedo permitirme ni en sueños el coche de una millonaria

tengo carácter? Quiero irme a mi casa. Además, ¿por qué me trata como si fuese la novia de su amigo? Tengo la impresión de que más que venderme un coche nos está dando su bendición. Mario no responde a mi mirada interrogante, se mete las manos en los bolsillos y se aleja entre las filas de coches de lujo, haciendo como que los mira.

—Hay disponibles de todas las marcas, Sofía, ven a ver éstos de aquí.

Escabullirme lejos del radio de acción letal de Marcelo es un alivio. Alcanzo a Mario al trote, me cuelgo de su brazo y desafío su mirada interesada

cuando señala los vehículos.

—Mejor nos vamos, no quiero comprar ninguno.

—Pero si no has mirado siquiera.

—No tengo dinero —cuchicheo—; venir aquí ha sido una tontería.

—Pero ¿ninguno? ¿Ninguno te llama siquiera un poquito la atención?

Miro desesperada a mi alrededor.

—Puede que aquel Smart. —Está aparcado tan lejos que apenas se ve. Aprieto su antebrazo y le transmito angustia—. Vámonos, anda.

—Marcelo, nos lo pensamos — anuncia un par de tonos más alto.

Su amigo recorre el espacio que nos

separa como si sus zapatos de tafilete italiano flotasen sobre el mármol del suelo y Mario añade:

—Te agradezco el tiempo dedicado, ya te diremos algo.

Que todo lo que tiene es inalcanzable, pienso. Siendo sensatos, ¿qué otra cosa le podríamos decir?

—Siempre es un placer verte, Mario, muchacho, cuídate mucho. —Le palmea un hombro y entonces me mira y sonrío—. Encantadísimo de conocerla, enigmática Sofía.

—Igualmente —artículo con dificultad, sin soltar el brazo de Mario. Parezco una náufraga del *Titanic*

agarrada al único barril que flota.

Cuando salimos a la calle, el cielo se ha ennegrecido y la temperatura se ha estrellado en los adoquines. Me apretujo contra Mario, que rodea mi espalda con un fuerte brazo. A pesar del aire helado que aspiro, me siento bien haber salido. Un halo extraño que no puedo definir rodea al tal Marcelo. Además, me califica de enigmática, algo que ni por asomo soy.

—¿Cenamos? —propone Mario de repente.

—Tengo una clase que dar...

—Con más motivo, no puedes irte de ejercicio con el estómago vacío. Algo

rápido y te dejo en la puerta.

—Tengo a *Martita* en el despacho...

—pruebo de nuevo.

—Va a llover en un rato. Te llevo y luego coges un taxi de regreso.

—Señor, sí, señor —rezongo.

Qué poco me gusta la gente autoritaria. ¿Dónde está el Mario meloso de siempre? ¿Está molesto por lo grosera que he sido con su amigo?

—Lamento haberte hecho perder el tiempo, ya te he advertido que lo del coche no estaba madurado.

—No le llamaría perder el tiempo, algo hemos visto —comenta distraído—. Si lo del taxi te complica la vida,

puedo recogerte y llevarte a casa. Estoy libre hasta las diez.

«¿Y después de las diez?»

La picazón de perder su atención en exclusiva, unas gotas de orgullo herido, una hebra de curiosidad... La receta se alía y me anima a restregarme mimosa contra su cuerpo.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es eso tan importante que tienes pendiente a partir de las diez?

Mario arrima la boca a mi oreja y, cuando creo que va a decirme un secreto, me pega un mordisco. Suelto un gritito, mezcla de sorpresa y protesta.

—¡Eh!

—Comerte entera. Muchas veces.
Vale, de acuerdo, se lo compro.

#Maléfica

Nos acomodamos en una cafetería que sirve snacks y cócteles, relativamente cerca del concesionario. Pido un sándwich vegetal y un zumo natural de frutas que me devuelve la vida.

—Puedo pasar sin un coche. Tengo

una hucha de ahorros casi llena para cumplir mi sueño: quiero viajar por todas partes y volverme loca —le cuento enfática—. Mezclarme con un montón de turistas chinos, ponerme tibia de donuts de colores y a la mierda el colesterol y el yoga.

Lo he soltado como si me quemara dentro, parezco una kamikaze lanzando un pregón a las hordas. Igual he sonado un poco excesiva...

—Recorrer el mundo —repite tranquilo—. Qué maravillosa idea.

—Nunca jamás en toda mi vida estará a mi alcance. ¿Pedimos? — Enarbolo la carta—. Tengo un hambre

de elefante.

—¿Ésos no eran los de la memoria?

—Muy gracioso, profesor Jones.

Mario me examina con gesto atento.

Su voz muda a un eco profundo y suntuoso.

—Cómo me pone que me llames así.

¿Pasamos un rato por mi apartamento?

A pesar del erotismo que impregna su tono, hace que suene distendido, como si no se muriera de ganas. Pues voy a darle una desagradable sorpresa.

—No, tengo clase, recuerda. —

Apenas sonrío—. Y hablando de aeróbic: te lo ruego, no vengas a revolucionarme a las alumnas.

Sonríe chispeante.

—¿Detecto insanas intenciones en la profesora de gozarme en exclusiva?

Arqueo las cejas de forma exagerada.

—Lamento decepcionarte, nada más lejos. Ya corren chismorreos entre las taquillas y mi vida privada es eso, privada. No soy amiga de exhibirme en público. Si asistes al gimnasio, acude a una clase que de verdad te interese.

—¿Y si por casualidad me interesara el aeróbic?

—Es gym-dance —matizo— y permíteme que lo dude. Pero en ese caso, te colocarás al final de la clase y

te comportarás como un alumno más. Sin excesivas confianzas y manteniendo las distancias.

—Uff, cuántas normas, qué agresiva —se burla.

No me queda otra que sonreír, ya he mantenido demasiados minutos la falsa fachada de dura. Tengo delante a un Mario entero, inmune a mis provocaciones, así que aflojo la mandíbula tensa y dejo espacio al humor.

—¿Y por qué al fondo de la clase? ¿Estoy castigado?

—Eres muy alto y no las dejas ver.
—Le guiño un ojo.

Me recorre una gratificante sensación de triunfo, de control absoluto. Yo decido cuándo y dónde. Me siento poderosa y pienso trasladar ese poder a nuestra cama.

Veinte minutos más tarde, me bajo del jeep bajo el atento escrutinio de Mario.

—Te recojo. —Y no está preguntando ni afirmando, es un tono que no admite discusión.

Me ha puesto tan caliente que olvido mi determinación de no verlo ni dejar que me toque hasta el fin de semana. Sus

largos dedos rodeando el volante de piel curtida, sus ojos profundos brillando en la oscuridad, son todo.

—De acuerdo. Salgo a las diez, profesor Jones.

Faltan siete minutos para que den las diez en punto de la noche y al pasar por detrás de recepción camino de los vestuarios, ya veo a Mario apalancado en la puerta. Me ducho a toda velocidad, repaso mi imagen en el espejo, enfundada en un diminuto conjunto de encaje de color rubí, destacando sobre una piel hidratada a conciencia. Lista

para pasarlo en grande con las piernas en ángulo obtuso.

En el ascensor del apartamento de Mario, pierdo el control y me lanzo de cabeza a sus brazos. Lo cojo por sorpresa, me encanta la sensación de dueña que me regala su timidez. Manejar el cotarro me provoca una especie de retorcida satisfacción que enciende la mecha de mi almacén de dinamita. ¡Y menuda mecha!

Cuelo la mano por su entrepierna y palpo con una cara de viciosa sin ensayar, de lo más efectiva. Esto no es

amor, es jugar, es diversión sin más atadura que mi insaciable sed sexual. Porque no lo he dicho aún, pero llevo semana y media que no pienso en otra cosa. Puede que esté minando mi necesidad de Álex con historietas fantásticas, donde me veo tumbada sobre la barra de un bar, con Mario desnudo, de rodillas a la altura de mi cabeza, con su pene en mi boca y todo mi ser en pie de guerra sin treguas ni rendición.

Cuando más felices me las prometo, en mitad de una colección de gemiditos aliñando mi masaje a sus testículos, Mario enrosca la muñeca en mi melena, forma una coleta en un rápido

movimiento y tira de mi cabeza hacia atrás, asegurándose de que sólo un par de milímetros separen nuestras bocas. La tensión sexual se dispara, nos retamos con los ojos, mi respiración se vuelve un jadeo ambicioso. De nuevo se ha perdido el doctorcito de caramelo y esa mirada suya que se oscurece promete perversiones. Sin embargo, en un parpadeo, el instante de confusión desciende. Mario libera mi melena, me sujeta la cara con ambas manos y besa mis labios con suavidad. Sus ojos negros vuelven a ser el escondite de un niño pequeño con sueños de grandeza.

Álex

Debo confesar que la jodida película me está provocando una revolución hormonal tan indeseada como terrible. He arrancado motivado por lo buena que está la Jolie, convencido de que en cualquier momento pulsaría la pausa para meneármela pensando en las tetas de Lara Croft, pero la escena en que Maléfica se asoma a través de la ventana y, con la boca pequeña, le sisea al bebé ese «Te odio» tan poco creíble, y Aurora responde con una sonrisa como un minúsculo sol privado, me genera un revolcón en las entrañas.

Sé que es ridículo tratar de frenar las lágrimas apretando los dientes. Lo intento una y otra vez y fracaso. Me he abrazado a un cojín y a *PerezGil* y cuando la princesa muere, me descubro berreando como un becerro.

«Dulce Aurora, robaste lo que quedaba de mi corazón y ahora tendré que resignarme a vivir sin verte.»

Ahora sí que sí. Pulso el botón de pausa. Tengo mocos para regalar y los ojos anegados en lagrimones. Me levanto sonándome la nariz en una servilleta de papel y camino hasta el fondo del salón, donde cuelga el cuadro enorme que pinté de Sofía.

—Dulce Sofía —murmuro, clavando la mirada en su imagen—, robaste la parte de mi corazón que aún era capaz de latir y ahora tendré que resignarme a vivir sin tenerte.

»Joder, *PerezGil*, estoy temblando. Seguro que he pillado la gripe o algo por el estilo.

No sé por qué mi mascota me mira casi con compasión, como si entendiese perfectamente todo lo que siento. No deberían leerse ese tipo de emociones en el careto de un reptil.

Sofía

Cuando a pesar de una vida sexual más que satisfactoria tienes los ánimos

reguleros, hay que medir con compás las actividades a que te entregas, porque a primera vista pueden parecer benignas e inofensivas, para romperte luego sin avisar el alma a traición.

Ver a la madre de Ximena aparentemente sana y normal, pero incapaz de hilar una frase coherente, incapaz de reconocernos, empeñada en que Antonio es su hermano Paco recién llegado de la mili es demoledor. Le hemos seguido la corriente porque la hacemos feliz, de eso no cabe duda, no hay más que mirarle los mofletes sonrosados. Sea cual sea la capa de tiempo en la que ahora vive, las

imágenes que la asaltan la hacen sonreír. Nosotros, en cambio, conscientes del deterioro, intercambiamos una mirada de angustia y resignación. Enternece el modo en que Antonio la mima. A Ximena se le cae la baba mirándolo. No es para menos. Él lo hace de tripas, de verdad, la enferma lo agradece y a mi amiga la ayuda y reconforta esa unión en su minúscula familia.

Volvemos al nido de amor de la parejita y Antonio se mete en la cocina en busca de unas aceitunas y unas cervezas. Ximena arrampla con las patatas fritas mientras yo coloco algunos platos y cubiertos en la mesa baja frente

a la tele.

—Este finde he conocido a mi sobrino —me cuenta, royendo patatas sabor barbacoa—, bueno, al de Antonio, pero para el caso también es el mío. Joder, Sofí, qué rara te veo de morena, no me acostumbro. Tiene cinco años, es para comérselo, igualito que su tío a esa edad, que he visto fotos.

—Nena, trágate eso y vacía la boca o tendré que ponerte subtítulos —la regaño.

Ella se echa un buche de refresco al colete.

—Mandona. Conectamos al primer guiño. ¿Pues no me dice, el *jodío*, que

de mayor quiere ser actriz?

—Será actor.

—Eso le dije yo. No. Quiere ser actriz, lo tiene muy claro, a saber lo que se habrá figurado. Lo que nos reímos...

Antonio se nos une con un cuenco de guacamole y una bolsa de Doritos.

—Los críos son una monada — asegura. Se sienta junto a Ximena, se miran en plan pastelazo total y yo saco conclusiones.

—Huy, huy, huy... ¿no estaréis pensando...?

—Bueno, si viene, viene, hay un dormitorio disponible. —Me guiña un ojo mi amiga.

—¿Por eso os habéis cambiado de casa?! —aúllo—. Bueno, no es asunto mío, haced lo que veáis mejor, pero al menor signo de preñez, ¡avisad!

—¿Qué noticias tenemos de tu novela? —Galante y hábil como pocos, Antonio cambia de tercio.

—¿La has leído? —pregunta Ximena. Él niega con la cabeza—. Deberías, es magnífica.

—Pareces la madre de la artista —bromeo.

—Se me sale el orgullo por los poros y con razón; has hecho un muy buen trabajo. Déjale el manuscrito a Antonio y así tendrás el punto de vista

de una opinión masculina.

—En realidad... ya la tengo. Mario.

—Se me ponen coloradas las orejas—. Le gustó muchísimo, pero si tienes algo de tiempo que perder...

—Será un placer —acepta amable—. Yo también pienso ir a tus presentaciones con pancartas y pompones de animadora.

—Me temo que esas algarabías quedan lejos. No se ha interesado ni una sola editorial; las únicas que me han respondido, rechazando educadamente el manuscrito, aclaran que se dedican a publicar cómics o biografías de hombres ilustres.

—Igual no estás mandándolo a donde debes —argumenta Ximena, sirviéndose una generosa porción de guacamole sobre una tosta.

—Eso seguro.

—No pierdas la esperanza.

—Y no la pierdo, pero cada intentona sale tan cara... Y sin respuesta, tienes la impresión de que no has llegado a ninguna parte. Prefiero un «no» radical, en mayúsculas, y un tachón sobre mi lista de editoriales. Sin sí ni no es como no poder enterrar mis cadáveres —remato amargada.

—Tómalo con tranquilidad —me anima Antonio—, ya sabes, la crisis...

—Sí, lo sé, la crisis... Es la justificación de todo. —Saco fuerzas de flaqueza para plantear un asunto, espinoso cual chumbera, que hace tiempo me corroe. Eso sí, revestido del más falso desinterés—. Oye, Antonio, ¿sabes si Álex localizó por fin a Olga?

—¿Olga? ¿Quién es? ¿Una nueva?

Analizo a fondo sus gestos. Maldita sea, su desconcierto es sincero.

—No, en realidad una muy antigua, su primera novia, o su primer amor, algo así. Creo que andaba como loco tratando de encontrarla en las redes sociales.

Contengo el aliento mientras Ximena se pone morada con todo lo que

encuentra sobre el mantel.

—Jamás en toda mi vida he oído hablar de ella. Y mira que conozco a Álex desde los catorce.

—¿No buscaba a Olga? —insisto en plan disco rayado. No hay margen para malas interpretaciones, no quiero ambigüedades.

—Que yo sepa, no. Habría comentado algo. Conociéndolo, si tiene el más mínimo interés nos habría puesto a buscar a todos.

—¿Y su primer amor?

—Se llamaba Anita.

Se me descuelga la jeta.

—¿Nada de Olga?

—Ni por asomo.

—¿Quién coño es? —Ximena decide que ya está bien de ser espectadora sin voz ni voto e irrumpe con la delicadeza que la caracteriza.

—Según Silvia, su primera novia. Alex andaba obsesionado con ella, intentando volver...

—Suena muy fuerte, pero puede que se lo haya inventado.

Se me seca la boca. Parpadeo.

—¿Con qué objeto?

A eso no hay dios iluminado que me conteste. Mis dudas siguen sin despejarse.

—De todas formas, Sofía, no hay

mal que por bien no venga, te has librado de Álex y no puedo decir que no me alegre.

Otro que va a decirme que es un mujeriego inconveniente y tóxico. Otro que jurará sobre la Biblia que estoy mejor lejos de su influjo demoníaco. Otro que no entiende que aun en contra de mi voluntad me enamoré, que tengo destrozado el corazón.

—Es lo que querías, ¿no? —
remacha.

Ahí todo encaja de una forma rara y macabra.

—¿Lo que yo quería?

—Quitártelo de encima.

—¿Cuándo lo he dicho?

A él, desde luego, nunca, jamás de los jamases.

—Álex nos comentó que su insistencia te agobiaba.

—¿Perdona...?

—¿Eso dijo? —se mofa Ximena—. Joder, qué atento a tus necesidades.

—¿Cómo dedujo algo así?

—Tú lo dijiste.

—¿Yo? ¿Yo dije eso? —*Simi* llega a la carrera y se enrosca en mi regazo, ya que el de Ximena lo ocupan las manos toconas de Antonio y varias bolsas de cosas fritas altas en calorías.

—Eso o algo parecido, que

acababas de salir de una relación desastrosa y que no querías líos nuevos tan pronto, que la presión de ver a Álex todos los días te estaba asfixiando...

—Esas cosas horribles nunca han salido de mi boca —musito con un hilo de voz.

—No son tan horribles, son bastante lógicas.

—Ya, el caso es que no las he dicho —recalco con las cejas juntas.

—Pues él lo daba por seguro, no me preguntes el motivo —declara Antonio rotundo.

—Y a Álex ¿quién lo informó? ¿Silvia de nuevo? —aventuro,

conociendo de antemano la respuesta.

—Eso creo.

Cojo aire y lo guardo en los pulmones. Atar cabos me duele más que me cuesta. Silvia. Ha sido ella todo el tiempo. Nos ha manipulado a su antojo, nos ha separado, se ha aprovechado de ser la única persona de la que Álex y yo jamás desconfiaríamos. Ella no quería quedarse sola, no quería perder el juguete que la entretenía y boicoteó nuestra relación como quiso.

Soy una autómatas que se pone en pie y busca a ciegas su abrigo y su bolso.

—Creo que me marchó a casa, chicos, no me encuentro bien.

—Pero si apenas has comido —
observa Ximena con preocupación.

—Tengo... Me duele la barriga.

—¿Te preparo una manzanilla? ¿Una
sal de frutas?

Niego despacio con la cabeza.
Jodida Silvia. Menuda faena. Ni por
asomo.

—Me vendrá bien descansar. Seguid
ahí. Un beso.

#Traición

Lloro hasta vaciarme. No pensaba que descubrir esto fuese a afectarme tanto. Alcanzo el sofá de milagro, calculo lo indispensable para tirarme en plancha. Es mucho lo que se me ha derrumbado y la pila de escombros me abrumba. «¿Por

qué, Silvia? ¿Por qué?»

Me envenenó la sangre con falsas historias, se cuidó de que su hermano se alejara de mí, aquellos informes urgentísimos para juicios que después no se celebraban... ¿Cómo he podido estar tan ciega? Nos ha boicoteado lo que no era sino la endeble semilla de una relación chiquitita.

En la radio suena *People Help the People*,[\[22\]](#) de Birdy y me pregunto qué inconveniente habría en ser más transparentes, menos mentirosos, en anular las puñaladas por la espalda y que la mano que te ofrezcan sea de verdad, de las que no se deshacen al

apretarlas. Menuda mierda, durmiendo con el enemigo. Tomo una decisión drástica esa misma noche: me abrigo hasta las cejas, me monto en *Martita* bajo cero, maldiciendo mi tozudez y no disponer de coche, y llego hasta el despacho de la calle Larios. La decoración barroca del portal de noche resulta fantasmal. Los dibujos de las molduras de escayola imponen con sus claroscuros. Entro en mi oficina como una exhalación y me pongo a recoger cosas a velocidad supersónica, aunque sé que a las dos de la madrugada no aparecerá nadie a interrumpirme.

Siete viajes me cuesta vaciar la

mesa, los cajones, las estanterías. No me despido de nadie, sólo le dejo una nota a Helen en un sobre cerrado, en la que la invito a un chocolate en Aranda la tarde que se le antoje, para disculparme. Mientras menos sepa, menos la incordiará Silvia. Mi etapa aquí termina de la peor manera. Soy una de esas heroínas de las comedias románticas americanas, con gesto pocho, ánimos por los suelos y sus pertenencias en una caja de cartón.

Qué tristeza, qué decepción.

—Pero ¿te largas así, de la noche a

la mañana y nunca mejor dicho? ¿Como una ladrona furtiva, sin cantarle las cuarenta? —me reta mi amiga, toda crispada.

—No voy a darle el gusto, Ximena. No voy a pedirle explicaciones ni a cantarle nada.

—Pero ¿qué gusto ni gusto? A arrancarle los pelos, a asesinarla con tus propias manos.

—Que no. Habrá llegado esta mañana y se habrá encontrado vacío el despacho. Ya tengo nueve llamadas tuyas.

—Que no habrás contestado, imagino.

—Imaginas bien.

—¿Un poquito de vudú?

Le puede la guasa. La misma guasa que yo no soy capaz de aplicar al caso de Silvia. Me dejo caer como un fardo en el sofá y, sosteniendo el teléfono como puedo, escondo la cara bajo los cojines. Acabo de recordar que de nuevo no tengo trabajo. Ole yo. Suena el portero electrónico de casa, me incorporo y me seco las lágrimas con la manga.

—Te dejo, Ximena, tengo visita.

—No será ella, ¿verdad...?

—Espero que no, de corazón. No tengo la menor energía para discutir.

—Porque si lo es, dejo empantanados a todos los de la sala de espera, pillo un taxi y me planto en tu casa a mantearla —asegura con tono urgente.

—Sus razones tendrá, sólo que no pienso darle la oportunidad de que me las explique.

—Bien dicho. Y, por favor, no te ablandes. Que te conozco, Orozco.

El pito vuelve a atacarme los nervios. Me despido veloz de Ximena y respondo con desgana. Es Mario.

—Sofía, baja a la calle un momento.

Miro mis pintas innobles reflejadas en el espejo del recibidor y me da la

risa. Una bata celeste de nubecitas, debajo el pijama de franela, desmaquillada, con ojeras y el pelo recogido en un kiki en la coronilla.

—No estoy vestida.

—Ponte cualquier cosa, es importante, por favor —insiste—, baja.

Bufo. Mario no tiene la culpa de nada de lo que ha pasado, no es justo pagarlo con él.

—Un segundo, tendrás que tener paciencia.

No hay tiempo para componerse la cara, pero sustituyo el pijama y la bata por unos vaqueros, un jersey grueso de ochos de cuello vuelto y unas deportivas

plateadas. La verdad es que con el pelo oscuro y sin pintar luzco un pelín siniestra.

Pongo un pie en la calle y de inmediato me arrepiento de no haber cogido también un abrigo. *Cagoentó*. ¿Dónde está la primavera?

Mario me recibe radiante en mitad de la acera, guapo como nunca, con su conjunto oficial de universidad, camisa, chaleco y americana clásica, con pantalón a juego y una parka fina encima. Le brillan los ojos como a un peque jugueteón y me mira con el labio inferior entre los dientes. Le devuelvo una mirada confusa. ¿Qué se supone que

me estoy perdiendo?

—¿No lo ves? —me dice pícaro.

—Pues no —farfullo—. ¿Qué se supone que debo...?

Mario se retira a la derecha y el increíble deportivo rojo queda a la vista. Mi boca atónita forma una «O» perfecta. Es imposible que un humano normal no reaccione desmayándose ante semejante visión.

—¿Qué... qué hace aquí? —
Recuerdo haberlo dejado luciendo en el escaparate del concesionario.

—Es tuyo.

Levanto unos ojos algo airados. De las llantas del bólido a las pupilas de

charol de Mario.

—Bromitas a estas horas de la mañana, no, por lo que más quieras.

—Un poco tarde para seguir despeinada, ¿no te parece?

Instintivamente, mi mano corre al kiki del que escapan cien mechones y me lo atuso nerviosa.

—No he pasado por la oficina —aclaró seca.

—¿Y eso?

Joder, cuánto interrogatorio, y el Porsche ahí, aparcado junto a la acera, poniéndome ojitos.

—He tenido una noche movidita, necesitaba descanso —zanjo con tono

firme—. Explícame esta locura absurda, por qué no está este cochazo bajo la custodia de Marcelo.

—Creo que lo has oído muy bien. Es tu-yo —recalca.

Me pongo blanca como una servilleta.

—Mario, no puedo pagar algo así ni por asomo. Me parece una broma de mal gusto que me presiones...

Él da un paso adelante y me aprieta los hombros con las manos. Soy tan pequeñita a su lado...

—Sofía, no te estoy presionando, te lo estoy regalando.

Eso es aún peor.

—¿Cómo... dices?

Pone los ojos en blanco, estoy resultando una interlocutora muy torpe.

—Que el coche es tuyo, pero no vas a tener que pagarlo, es un regalo.

—¿Estás loco?

—No, salvo por ti, terciopelo.

Me desligo de su abrazo con un movimiento brusco.

—No puedo siquiera imaginar que un profesor de universidad pueda costearse un capricho así, pero no voy a aceptarlo, y que lo hayas dudado siquiera me ofende.

—¿Te molestaste en preguntar cuánto costaba?

La pregunta me deja fuera de combate, claro.

—No, di por hecho que era carísimo...

—Los prejuicios. —Acompaña la frase con una mueca triunfal—. Los insanos prejuicios. A lo mejor te llevarías una agradable sorpresa. En cualquier caso, quiero que sepas que puedo permitírmelo.

—Muy bien, pero yo no quiero. No tenemos nada, Mario, apenas un par de citas sueltas... Y aunque fuésemos pareja... No lo aceptaría de ningún modo.

Su mirada se afila. Sé que le ha

sentado peor oír que no hay nada de peso entre los dos que el rechazo del coche.

—Es un regalo muy costoso, me abrumas, entiéndelo. Una cena, unas flores, unos bombones... ¿Por qué no puedes mantenerte dentro de lo calificado como normal?

—Pienso en ti, en cómo eres y en lo que te mereces.

—Pues ¡te has pasado! —exploto—. No merezco tanto. Devuélvelo ya.

—No pienso hacerlo sin que des una vuelta y lo pruebes. —Cruza los brazos sobre el pecho y me mira desde arriba.

—¿Sólo una vueltecita? —tanteo

mosqueada.

—Una. Larga.

—Corta. Tengo mucha plancha —
atajo con un suspiro de resignación—.

Venga esa llave.

Debo admitir *sotto voce* que conducir esta máquina es una gozada cercana al orgasmo. Repito, no soy una loca de las cuatro ruedas, pero la sensación de poderío y seguridad que transmite te vuelve majara. Si no fuese por las multas, iría bizca y dando alaridos de satisfacción. Pero la Policía Municipal campa a sus anchas por las

calles, no se andan con chiquitas y el descapotable se distingue a la legua. Además, no debo encariñarme con algo que nunca podré tener.

Mira por dónde, otra cosa que devuelve a Álex a mi memoria. Igual. Me encariñé a sabiendas de que nunca sería mío. ¡A la mierda Álex! Se puede vivir sin pensar.

Freno en el mismo sitio de donde he partido hace veintiséis minutos, apretando los dientes para que el entusiasmo no se desborde ni se note.

—En fin, ya estamos. Fin del trayecto.

—¿Y...?

—Y.

—¿No te ha gustado?

—Tampoco es para tirar cohetes, yo soy más de moto. —Abro la portezuela y me impulso fuera con la llave del contacto en la mano—. ¿Lo ves? Bajarse de estos coches tan bajitos cuesta un montón, casi hay que ser atleta.

—Aún eres joven, terciopelo — comenta animoso—. Entonces ¿qué, te lo quedas?

Estamos los dos frente a frente, entre el rojo rabioso de la carrocería del Porsche y la pared este de mi edificio. Le cojo la mano por la muñeca, la hago girar y dejo caer en su palma la llave

con su precioso llavero. Va a ser como arrancarme la muela del juicio.

—Ni de coña.

«Soy pobre. ¿Ha quedado claro? Porque te lo puedo volver a repetir. Y llévate de aquí esta tentación rodante...»

—Sofía...

—No hay negociación posible, no has debido hacer algo así, tan... tan grande, sin consultarme. No quiero un coche de lujo, no puedo mantenerlo, no sabría adónde ir que no me lo rayaran.

En definitiva, no quiero ni pensarlo. Me está dando un ataque de ansiedad.

Mario parece compungido y muy decepcionado. Se siente.

—Pensé que te pondrías muy contenta.

—Y me pone muy contenta que hayas pensado en mí a estos niveles... Mario, entiéndelo. —Lo cerco mimosa, dispuesta a suavizar el mal rato.

Le doy un beso cariñoso y aunque su boquita húmeda enseguida me enciende, me corto porque estamos en mitad de la calle y mi portera es muy cotilla. Él me agarra bien fuerte de la cintura y me reclama un segundo beso. Le regalo el mejor que tengo.

—No quiero discutir por algo tan fuera de lugar, estos lujos no me van.

—Diré que pasen a recogerlo —

decide mortecino—. Qué planchazo.

—No, de planchazo nada, sólo te has precipitado. Venga, sonríte, estamos igual que ayer, que hace un rato, que antes de que te asaltara esta mala idea. ¿Nos hacemos un karaoke esta noche?

Enarca las cejas. Le ha mutado la expresión, la tristeza parece disuelta.

—¿Un karaoke? Por amor de Dios, qué vergüenza.

—De eso nada. Un par de copas y verás cómo lo pasamos. ¿A qué hora me recoges?

Yo estaba deprimida, hecha puré emocional, no pensaba salir, sólo arrebujuarme en mi sofá delante de la tele

a engullir helado, sola y miserable, pero me siento culpable por las calabazas que acabo de regalarle a Mario y al cochazo. Soy una chica flexible, que cambia de planes sobre la marcha.

—Sea —cede—. A las nueve te recojo.

Nos despedimos con otro par de besos comedidos y corro lejos del frío callejero. Subiendo en el ascensor, palpo mis bolsillos en busca de la llave de mi apartamento y me encuentro ésa y otra: la del deportivo rojo aparcado frente a mi portal, que ha vuelto a mí como por arte de magia.

#ElFinalDeAlgo

Lo de «por arte de magia» es un bonito eufemismo que encubre el hecho de que Mario, al abrazarme, me ha metido a lo canalla la llave en el bolsillo. Me hartó de marcar su número, pero salta la operadora con su voz metálica

anunciando el consabido «apagado o fuera de cobertura» que me saca de quicio, y sólo acierto a matar mis nervios con un mensaje con muchas caritas hirviendo de irritación, que gritan:

¡¡¡Ya te valeeeeeeee!!!

Esto no va a quedar así, desde luego que no. Me meto en el baño, me pinto sin estridencias, me cepillo la melena, un poco de gloss en los labios y cambio las deportivas por unas nórdicas. Esta vez no se me ocurre olvidarme el chaquetón. Bajo a toda pastilla y

encuentro un corrillo de curiosos admirando el deportivo y a mi portera apartándolos a escobazos. Me abro hueco a empujones y cuando me acomodo en el asiento, que se ajusta a mi cuerpo como una plantilla de silicona, sé que me va a dar una pena horrible devolverlo. Hasta el sol se apiada de nosotros y sale entre las nubes devolviendo a lo que queda de tarde una nítida apariencia primaveral que hace del paseo hasta Cerrado de Calderón una delicia.

—Es por *Martita*, es por *Martita* — me repito como un mantra acelerado.

Mis pies bailotean con los pedales,

las marchas entran solas con una suavidad que enloquece. ¡Este coche es un milagro que mis manos no volverán a gozar en la vida!

Pero no es por mi Vespa, de sobra lo sé. Es por Mario. Quisiera entender a qué viene este exceso. Por muy barato que le haya salido, por mucho arreglo que le haya hecho Marcelo en nombre de la amistad, qué clase de control cree ejercer sobre mí para venir con semejante regalo desproporcionado. No somos novios ni nada parecido. No puedo apretar el lazo más de lo que debo. Mario me gusta, el sexo con él es genial, me relaja su conversación, hasta

cuida de mí, pero no caeré en un enamoramiento precipitado y ciego que me lleve derechita al sufrimiento. No otra vez, cuando Álex aún pulula cada noche por mi mente, negándose a abandonarla.

Freno en la puerta del establecimiento. Todo parece muy tranquilo, debe de estar muy cerca la hora del cierre. Cojo aire, me lleno los pulmones, me armo de valor y traspaso el umbral sin despedirme del Porsche. Sería pedir demasiado.

—Buenas tardes, vengo a devolver ese coche —le digo al primer dependiente que encuentro. No pienso

preguntar por Marcelo, ese hombre y toda su pompa me intimidan—. Ése de ahí fuera.

—¿El novecientos once? —pregunta atónito.

—El mismo. Verá, me lo han regalado... y no lo quiero.

«No puedes creerlo, lo sé —me digo—. Yo tampoco.»

—Por eso le agradecería que no entrásemos en detalles, no quiero saber quién ni cómo ni cuánto. Sólo que coja la llave y me dé un recibo. Por favor.

—¿Está segura? —balbucea boquiabierto.

Yo aprieto las piernas una con otra

como si me hiciera pis.

—Muy segura. Dese prisa.

El hombre, pasmado, se retira hasta su escritorio y teclea en el ordenador. Estoy tentada de decirle que extienda el recibo a nombre de la mayor imbécil de Málaga, pero no es necesario retorcer los dedos en la herida. Aguardo y me impaciento, miro frenética a uno y otro lado, temiendo ver aparecer a Marcelo con una guadaña en la mano, pero el concesionario es una balsa de aceite solitaria. Sobre todo eso. No detecto un alma en los alrededores.

—Estaba a punto de cerrar, de hecho, todos se han marchado a comer,

sólo quedo yo —explica el dependiente, como si me leyera el pensamiento—. Guardaré el coche e informaré a mi jefe mañana por la mañana.

Abandona la mesa y viene hacia mí con un papel apaisado en la mano. Lleva rúbrica y el sello de la empresa y da fe de la estupidez que acabo de cometer.

—¿Es todo? —pregunta, sin dejar atrás su aire de sorpresa.

—Todo. —Trago saliva—. Muchísimas gracias. ¿Sería tan amable de llamarme un taxi? —Imprimo ritmo a mis pasos, muy dispuesta a salir por la puerta, cuando de repente derrapo y vuelvo atrás—. Mire, no, voy a llevarme

ese Smart de ahí, el naranja. ¿Cuánto cuesta?

—Cuatro mil euros —me informa catatónico.

—Pues voy a pagárselo en tres veces, espero que no haya problema.

No sólo no se ha atrevido a decirme que lo hubiera, sino que además salgo del concesionario con un flamante utilitario con el que sí me identifico y sin desembolsar un duro de momento, ¡a crédito hasta el primer plazo! Opción uno: ha pensado que estoy *muuu* loca y lo he «acongojado». Opción dos: puedo dar por superado el estado de idiocia supina en que me sumió mi

embobamiento por Álex y Sofía la guerrera ha vuelto. Voto por lo último, a pesar del martilleo de recuerdos. Ahora lo que estoy es muy enfadada por el juego sucio de Mario, porque haberme obligado a devolver el otro coche ha sido como despellejarme viva.

Lo bueno es que él no lo sabrá hasta mañana por la mañana, cuando el intrigante Marcelo ponga el grito en el cielo y lo llame para preguntarle dónde ha encontrado a este pedazo de cretina sin par. Hasta que eso ocurra, estoy a salvo de su desconsuelo. Pero claro, la que tiene que saberlo, yo misma, lo sabe, y no veas lo mal que sienta. Pienso

y repienso hasta que consigo amargarme.

Álex otra vez. Álex por todas partes. Álex llenándolo todo. ¿Qué estará haciendo ahora? Y, sobre todo, ¿encima de quién? Él nunca se habría descolgado regalándome un coche así, por las buenas, ni siquiera después de muchos meses de vernos. No fue tanto tiempo en realidad, entre viajes y ausencias, entre discusiones y polvos alucinantes no se acercó al año ni nada parecido, ¿cómo se me ha metido tan adentro? No debí quererlo, no debí permitir que pasara. Recojo mi cosecha particular de

lágrimas con la punta de los dedos. Todavía me voy a estrellar el día que estreno el Smart.

Eso es, ni más ni menos, lo ocurrido, que me enamoré de todo él como una manceba desamparada y ahora pago las consecuencias. Mis manos se aferran al volante. Qué mono es, qué redondito y del tamaño justo. No, la vida sigue y yo también, con mis miserias, con mis vacíos y con este llanto insolente que se me escapa cada dos por tres.

De vuelta en casa me depilo a fondo, me pinto las uñas en color morado intenso con un botecito que venía de regalo con una revista y me cuelo dentro

de un vestido escotado rosa palo. Tengo que conseguir no decir una palabra esta noche acerca de la encerrona con el coche. Tapas, karaoke, hacer un poco el ganso y un polvete, que es viernes.

Eso sí, dormir, dormiré en casa.

Alex

Si me comporto como un irracional, a nadie le importa salvo a mí mismo. Alguna de las barbaridades que en su día le dije a Camila darían en diana, porque desapareció de mi vida y no volvió a molestar. Sin embargo, coincidiendo con la marcha definitiva de Sofía, unas semanas más tarde, como si hubiese presentado mi disponibilidad, mi francesita volvió a las andadas. Mensajes, llamadas, cebos preñados de mentiras, situaciones de necesidad extrema que sólo yo

podía resolver... No caí en ninguna de sus trampas, ella misma me ha adiestrado para esquivarla. No le permití entrar de nuevo, no dejé resquicio por el que colarse.

Y ahora, en contra de todo lo que he construido tan lentamente, voy y la llamo. Le digo que venga a poner pomadas y bálsamos en mi corazón *partío*. El universo entero parece estar precipitándose sobre mi cabeza. La misma cabeza que Sofía me ha hecho perder. Me estoy volviendo loco, no puedo pensar en otra cosa que no sea esa chica que apenas ha pasado como una ráfaga para mancharme por toda la eternidad. En sus largos cabellos rubios, ahora oscuros, en los que me gustaría hundir la cara. En su personalidad fascinante, inteligente y perspicaz. En sus tetas redondas, en su breve cintura. No dejo de imaginarla perdidamente enamorada de mí. Porque hubo un tiempo en que cada noche dormía con la piel sellada por su tacto. Sus dedos y sus manos me han recorrido hasta marcarme. Sus labios y su lengua me han hecho suyo una y otra vez, y su sexo y el mío ya se conocían de una forma más que íntima. Era alucinante aquel correteo de hormigas alrededor del estómago. Y es que en realidad no eres nadie hasta

que alguien te ama.

El timbre de la puerta me saca de mis ensoñaciones. Intercambio una mirada llena de significado con mi iguana, que corre a esconderse en su terrario. No traga a Camila y la simpatía es mutua. Detrás de esa puerta aguarda una mujer dominada por el ansia y el deseo más voraz. Vestida con una gabardina clásica y zapatos de tacón. Mientras me saluda con un ronroneo seductor, advierto que no lleva medias.

—Cómo me alegro de verte —creo que dice.

Cierra la puerta y no nos hemos besado. Ni rozado siquiera. Sonríe burlona, como si supiera algo que a mí me está vedado. Yo estoy casi borracho, en el proceso de espera he bebido hasta saciarme.

—Ya era hora de que me llamases. He esperado este momento —desliza los dedos sinuosos por los botones de su gabardina— cada segundo de cada minuto de cada día que he estado sin ti.

Conforme avanza, va desabrochándose la gabardina. No hay que ser un genio para adivinar qué pasará a continuación. Debajo, Camila está desnuda por completo. Recorro de espaldas los metros que me

separan del salón, del sofá, y ella me persigue como una serpiente cazadora. La gabardina resbala desde los hombros hasta el suelo y su piel se libera sin nada que la tape. Sólo lleva puestos los zapatos. Sus ojos devoradores me recorren ávidos.

—Te voy a chupar hasta la etiqueta de la camisa.

Choco contra el borde del sofá y, sin perder la sonrisa torcida que oculta mi pesadumbre, me dejo caer en él. El único plan que alimento es olvidar. Pasarlo bien y borrar la imagen de Sofía de mi cerebro. Pero el cuadro es enorme, lo tengo enfrente, colgado en la pared y desde allí me reta. Camila suelta los botones de mi bragueta, tira fuerte de los pantalones y arrastra el bóxer de camino. Mi miembro va por libre, siempre lo digo. Aquí estoy yo, sufriendo atormentado por Sofía, y él se alza hinchado, orgulloso y hambriento. Camila se relame sólo con verlo. Lo coge por la base con una confianza que me irrita y a continuación suma la segunda mano a mitad del tronco. Arrima la boca entreabierta y es entonces cuando se fija en que mis ojos no la miran a ella.

Se detiene a medio camino y mira por encima del hombro. Descubrir el rostro de otra a gran escala

dominándolo todo, incluso nuestro acto de intimidación, la enloquece. Suelta su presa, que continúa de pie, se incorpora y emite un chirriante sonido con la garganta.

—¿Qué hace ella aquí?

—No empecemos, no es más que un cuadro — respondo taciturno.

—¡Quítalo! ¡Quítalo de mi vista! —me exige. Mueve las piernas y los brazos como si estuviese poseída. Da miedo.

O me mantengo firme durante esta prueba de fuego o volveremos al comienzo de mis desgracias.

—No va a salir de esa pared. Si tanto te molesta puedes marcharte —sentencio imperativo, sin perder la compostura.

Por un momento hasta me asusto, sé que lo está viendo todo rojo. La conozco, libra una batalla fiera con su yo infernal que pugna por coger lo primero afilado que encuentre y destrozar el cuadro a puñaladas. Sin embargo, las cosas ya no son como antes, su relación conmigo es precaria y no quiere arriesgarse a que una de sus explosiones dinamite lo que cree que acaba de empezar. La observo flemático. Se le distorsiona y enrojece la cara, se descompone

como si fuera a convertirse en otra cosa, la poción multijugos de Harry Potter. Luego se calma, entierra los ojos en la alfombra, hila unas cuantas respiraciones profundas y parece que se tranquiliza. Debe de llegarle desde mi rictus una resolución a prueba de manipulaciones. Es muy lista.

Pero me dedica una sonrisa que pone los pelos de punta.

—Vale, no es más que el dibujo de una cara. No es ella sino yo la que está aquí desnuda y la que va a disfrutar de ti.

Se me tensa el cuerpo cuando tira de mi mano y me arrastra hacia la cama.

—Es sólo un cuadro... —repite con un siseo nervioso.

Para cuando acaba su frase, yo ya he decidido que no me acostaré con ella. No me fío. Ahora soy consciente de los verdaderos desequilibrios de Camila y me pregunto cómo he permitido que entre por esa puerta, cuando hay mil chicas que podrían quitarme el calentón. Ha sido el alcohol. El alcohol, mi mala cabeza y el maldito recuerdo de Sofía, que todo lo confunde.

—Mira —la paro—, tengo una idea mucho mejor. Vámonos de juerga.

—La juerga nos la podemos montar en casa —dice, echándome los brazos al cuello.

La sujeto por las muñecas y la mantengo en vilo.

—Al karaoke —propongo, presa de una rutilante felicidad que no me creo ni yo.

—¿Al karaoke? Ya me llevaste una vez, no me gusta.

—Pero a mí sí. Tengo ganas de desmadrarme, cantar y hacer el ridículo.

—¿No quieres follar?

—Se me han quitado las ganas. Pero no para luego —digo conteniéndola—. Quiero liarla parda, tú dirás si me acompañas o no. —Me dirijo a ella con un desdén que debería ofenderla más que un insulto, pero no le da la gana de sentirse aludida. Lo que quiero es que se marche. No sé cómo quitármela de encima ahora que yo mismo la he traído.

Con los dientes apretados pero obediente, Camila se pone en pie con la decepción pintada en el rostro, y lentamente va recogiendo su gabardina y vistiéndose. Disfruto del espectáculo con una mueca ausente

bastante odiosa. Cuando está lista, doy un salto fuera de la cama.

—Nos vamos.

—Cuando quieras —acepta, fúnebre como un entierro.

—Pasaremos por tu casa para que puedas ponerte algo, que se te va a enfriar el culo.

Caigo en mi propia trampa, lo sé desde que separo las piernas y me apoyo en el lomo de la moto. Si he elegido el local del karaoke no es por casualidad, estuve allí con Sofía y lo pasamos de vicio. Y allá vuelvo cual cordero al redil o a que lo degüellen. El aire estará impregnado con su aroma, porque el halo de una mujer especial sigue flotando, envolviendo, mucho después de que ella se haya ido. Entrás y enseguida notas las partículas suspendidas, casi palpables, de alguien que fue, estuvo y te emocionó.

En otro orden de cosas, el local en sí no tiene nada de extraordinario, es un tugurio encajonado al final de un callejón de bloques decimonónicos en el centro de Málaga. Sé que Camila refunfuña para sus adentros, no quiere llevarme la contraria, pero la fastidia el súbito cambio de planes y aprovecha el viajecito en moto

para manosearme el paquete y ponerme histérico.

No soporto que me toque.

Mis sensaciones agudizadas al máximo fluctúan en un carrusel desconcertante hasta para mí. El aburrimiento que me provoca casi todo, el hastío, me enfadan. Digo que quiero salir y divertirme, pero es falso. Lo que quiero es estar con ella.

Eso o morir. Será porque la vida jamás, hasta ahora, me había negado un capricho.

Entramos en el garito donde siempre hay alguien más borracho que tú, micrófono en mano, desgañitándose. Encaro la barra y, sin consultar con mi acompañante, pido dos cervezas. Estoy de un humor de perros.

—Oye... —empieza Camila untuosa. Respondo elevando las cejas y pasándole una jarra—
¿Podemos... intentarlo de nuevo?

#SufriendoComoUnCab

Suelto una carcajada que brota de la zona negra del alma. Creo que es lo único sincero de verdad que me sale en semanas.

—Camila, por favor, baja a la Tierra.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que ya lo intentamos hasta desgastarlo. Que está finiquitado. Que me jode tener que repetirlo cada vez que nos vemos.

—Pero seguimos juntos —insiste.

Yo miro al fondo de la sala.

—No —corrijo mordaz—, no seguimos, no estamos. Tú me persigues y yo me dejo o yo te llamo y tú acudes. Podemos pasarlo bien juntos, pero nada de compromisos.

Me mira con un brillo malévolo en los ojos.

—Olvidalo —remacho. Que quede meridianamente claro.

—Cómo has cambiado...

—¿Por? ¿Porque ya no soy el mismo gilipollas al que manejabas con tus dramas y tus chantajes emocionales?

—Todo a partir de ella —masca con odio.

Sé muy bien a quién se refiere. Me llevo la jarra a los labios y sacio mi sed con un largo trago.

—Todo a partir de que uno se despierta un día de repente y se da cuenta de lo equivocado que estaba. He roto el lazo tóxico que me unía a ti. —Lo digo recreándome en cada palabra, debo de estar experimentando una especie de venganza inconsciente por tanta bronca.

—Bien que te gustaba, lo pasábamos bien. Y decías que me querías —musita con un deje

desesperado.

Le acaricio la mejilla con el dorso de la mano y suavizo el tono.

—No quiero hacerte daño, Camila, de verdad que no quiero. Pero tonterías he dicho muchas, ya es hora de ir con la verdad por delante. Un rato de revolcones es lo máximo que puedo ofrecerte. Si no te basta, cosa que entiendo y respeto, será mejor que no volvamos a vernos, porque acabaré jodiéndote en todos los sentidos.

La mirada a ratos infantil de Camila se oscurece, se vuelve turbia. Puede que no haga falta ser tan radical, pero no pienso alargar más esta farsa.

Entonces la veo.

Joder, está preciosa. Sexi, provocadora, es una tentación subida a unos tacones infernales, con un vestido de vuelo años cincuenta superfemenino, que envuelve sus caderas y de inmediato me hace perder la cabeza. Tira de la mano de su acompañante, el pijo repeinado de mierda, y entre risas lo obliga a subir al escenario. La música arranca y los veo compartir

micrófono. Para mí supone que junten las cabezas más de lo soportable. Pierdo la noción de todo lo que me rodea. Esa cara, esos ojos de plata se lo comen todo, me absorbe y me hipnotiza y cuando *Beds Are Burning*[23] empieza a sonar, el incitante contoneo de la cintura de Sofía, el recuerdo de su boca deseable y jugosa incitándome con un helado, me corroe las entrañas. Detecto entre ellos una complicidad que me achicharra. Alguien debería bajarla de ahí enseguida, de los pelos, como sea. Moverse de esa forma en público es una atrocidad pornográfica que debería pensarse con cadena perpetua.

Miro al tipejo que la abraza, sin contener mis ganas de tumbarlo de un puñetazo o estrangularlo con una correa vieja. Cabrón estirado, señoritingo de mierda. ¿Así te gustan, Sofía? ¿Con camisita abrochada y pantalón de pinzas? Menudo imbécil, seguro que conduce un Mercedes de esos pequeñitos, como de tía. Qué asco me da, me cago en todos los clavos de una puerta de cortijo. Que me lo traigan. ¡Una hoguera! Que lo quemo dentro. Los eróticos acordes de los Midnight Oil se suceden y Sofía no se percata de mi presencia. Parece estar pasándolo en

grande.

Casi no puedo soportar la llama que me abrasa a la altura del ombligo. Cuando les doy la espalda, jodido y con las mandíbulas encajadas, Camila me juzga, desafiante, a punto de estallar.

—¿Por eso tanto interés en venir?

—No tenía ni puta idea de que iba a encontrármela, joder, si lo sé no aparezco.

—Te descoloca.

—Nada más olerla —admito en un arrebato de apasionada sinceridad—. Y me temo que así será por mucho tiempo.

Suelto la jarra vacía con un golpe y pido un whisky doble. Más alcohol que acumular al que ya traigo puesto de casa. Estoy tan borracho que debería olvidarme de conducir, volver en taxi a dormir el despecho y la mona.

—Nunca imaginé una tía con tanto poder —agrega Camila—, yo que te creía inmune.

Río sin ganas.

—Como ves, nunca es tarde para equivocarse.

Saboreo un largo trago y los miro de reojo. Ahí siguen, acaramelados, cantando a coro. Restregándose como chimpancés en celo, al tiempo que el público, que bien podría dedicarse a morder candados, los ovaciona y aplaude. Y de repente ocurre. Mientras me hundo apabullado en el destello de esos extraños ojos plateados de gata, la amo tanto que me olvido de mí mismo y lo único que quiero es que sea feliz. Aunque esa felicidad la aleje y la entregue a los brazos de otro. No soy lo bastante bueno, no soy especial. Me lameré las heridas solo, porque no supe elegir su momento. Ni siquiera sé si supe elegir el mío.

—Alex, ¿te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor —respondo, sin dedicarle una mirada a Camila.

—Vámonos.

—Vete tú. Vete tú sola.

—Ni hablar. He venido contigo y me marcharé contigo.

—Si sales por esa puerta, empezaré a oír violines —digo sólo para cabrearla. Me fastidia que en lugar de

furiosa esté perpleja. No obstante, mi invitación es un pinchazo de alfiler.

—Vete a la mierda, cabrón.

Me río de medio lado. Miro mi camiseta blanca, mi camisa vaquera encima, y mi chaquetón marinero con el cuello subido. No sé lo que es un peine, llevo el pelo revuelto y los labios hinchados por la borrachera y los mordiscos de Camila. Doy el tipo de malote, nada que ver con ese dandi que se debe de estar beneficiando a Sofía. Se lanzan miradas empalagosas y, a pesar del bullicio a su alrededor, parecen disponer de su propio mundo.

Joder, estoy hundido y frustrado.

—Me largo —resuelvo por fin.

Debería haberlo decidido hace mucho, no sé qué inexplicable vena masoquista ha atornillado mis pies al suelo y me ha mantenido aquí, desangrándome durante cuatro minutos que han parecido cuatro días.

Dejo un billete de cincuenta en la barra y salgo sin mirar atrás. Camila es, seguramente, la dueña del taconeado apresurado que me persigue. Voy ciego de coraje.

—Oye, ¿esto es todo?

—¿Todo, Camila? ¿Todo qué?

—¡Mírame cuando te hablo! —ruge.

Ya estamos. Esas órdenes son viejas, llegan tarde. Saco otro billete arrugado del bolsillo del vaquero y se lo ofrezco.

—Mira, toma y pillá un taxi, será lo mejor, vete a casa.

—¡No quiero tu dinero de mierda! —Arroja los euros al suelo húmedo—. ¿Para qué me has llamado? ¿Para humillarme?

Levanto ambas manos y muestro las palmas en son de paz.

—Ya sabes que no estoy cuerdo, no vuelvas a hacerme caso —mascullo, esquivando sus ojos. Noto que me aferra un brazo, me clava las uñas, pero como si oyera llover. Escapo con facilidad.

—Álex, para. ¡Para! Tenemos que hablar.

—Paso. Quiero dormir.

—Iré contigo, no te dejaré solo, cuidaré de ti, cariño.

Sus frases me llegan en bucles de ecos entrecortados. Es una lata, no entiendo lo que dice, es sólo ruido molesto.

—Camila, te lo ruego, márchate. Soy la peor compañía que te puedes buscar.

—No me importa, Álex, hemos pasado cosas peores. Y las hemos superado.

Alarga los dedos temblorosos, trata de cazarme, pero me zafo de un manotazo.

—¡He dicho que me dejes!

Estamos en plena calle y todo el mundo ha debido de oír mi aullido de lobo moribundo, lo que pasa es que a nadie le importa. De las pupilas de Camila desaparece el ruego, la compasión y la poca dulzura que guardaban. Ahora sé que me desea la muerte, lenta y entre terribles sufrimientos.

—¡Hijo de la gran puta! ¿Este numerito hacía falta? ¿Por qué ella? ¿Qué tiene esa zorra de especial? ¡Dime! ¡Dímelo! ¿Qué tiene? ¿Qué?

—Olvidalo, ni estoy con ella ni volveré a estarlo, pero tampoco contigo. Necesito estar solo de verdad, solo. Sin interferencias.

—Pero ¡me has llamado!

Me llevo las manos crispadas al pelo. Me lo arrancaría a mechones si pudiera.

—¡He cometido un error! ¿Vale? ¡Un error,

Camila! —grito, ya sin importarme sus lágrimas, que acuden en tropel—. ¡Un error de tantos! ¡Escúchame! —La cojo por los hombros y la zarandeo, un poco brusco—. Si vuelvo a llamarte, huye bien lejos, no me hagas ni puto caso, no estoy bien...

No llego a terminar mi retahíla de disculpas. Camila se abalanza sobre mí y me abraza. Sus brazos se enredan en mi cuello, sus pechos grandes se aprietan contra mi torso, estampa ansiosa su boca contra la mía, me roba con su ímpetu el derecho a réplica.

Primero pienso en huir, pero luego descubro que la discusión, como otras veces, como siempre, ha disparado mi adrenalina y me ha puesto cachondo. La arrastro hasta un portal cercano, decidido a despedirme como Dios manda.

Sofía

Sólo a mí se me ocurre probar anoche un

café turco después de la cena y el karaoke. Digo yo, qué falta me hacía, diablos. Tengo los ojos como la lechuza de Harry Potter y he visto pasar por mi reloj todas las horas de la noche. Si al menos no me hubiera puesto tan cabezona con lo de pernoctar en casa, le habría dado mejor ocupación al insomnio, habría chingado con Mario sin compasión hasta desmayarme. Pero no, tuve que empeñarme en coger un taxi a unas intempestivas cinco de la madrugada, para llegar a un apartamento desangelado y sin calefacción que me recibió con los brazos en jarras. Hay que ser mema.

Ya ha amanecido y me duele hasta el carné de identidad. Miro el techo, donde un día pegué estrellitas adhesivas de esas que brillan en la oscuridad. Cierro alternativamente uno y otro ojo, hago guiños y rememoro lo gracioso que estuvo Mario dándolo todo en el escenario, con lo tímido que es, menudo mérito. Y cómo nos aplaudieron. Íbamos un poco beodos, lo admito, pero fue una noche memorable, que de repente, ya sobria, me recuerda otra. Otra meses atrás, con una compañía bien distinta. El efecto letal de cualquier roce casual de Álex con trozos pequeños de mi piel. Una sacudida, temblores que me

recorrían la columna y me hacían soñar.

El bipbip del móvil me advierte de la llegada de un mensaje.

Muy mal, señorita, muy mal lo del coche.

Uissss. Ya estaba tardando.

Respondo:

Peor que me colases las llaves a traición.

Era un regalo, insiste.

Te pasaste tres pueblos y lo sabes. No voy a aceptarlo, te pongas como te pongas.

Deja al menos que pague la mierda de Smart...

Enfadada, marco su número.

—A ver... —contesta con parsimonia y una chispa de humor.

—No es ninguna mierda, es un cochecito monísimo al que incluso ya le he cogido cariño.

—No irás a comparar.

—No, desde luego —lo corto—, éste es mucho mejor, más yo. No tengo cara de Porsche, Mario, lo siento, no me explico a qué ha venido ese despropósito demente tuyo.

—Bien, acepto que soy un incomprendido. No volveré a sacar el tema.

Sé que no puedo verlo, pero apuesto mi vida a que está dibujando un puchero

con sus labios encantadores. ¡Me lo como!

—Te lo agradezco —afirmo muy seria.

—¿Comemos?

—Tengo mucho lío —miento—, mejor picamos algo por la noche, aprovechando que es sábado.

No entiendo por qué me niego. Se ha tomado con loable deportividad el trago del regalito rechazado, esta noche la hemos pasado separados, y yo no tengo nada que hacer con mi día, salvo esquivar las llamadas de Silvia, que son tan insistentes que si el número no me suena o es privado, no respondo. Sus

mensajes se suceden, del tipo Ya me contarás qué ha pasado o Necesito una explicación. Que no me la pida, porque no me apetece tener que escupirle mis quejas a la cara. Mala amiga, hipócrita y traidora.

Me estiro entre las sábanas y, aunque son las tantas, parece que después de una noche infernal la modorra llega y me voy quedando sopa. Le quito el volumen al móvil y desconecto el teléfono fijo. A dormir, que para luego es tarde.

#MiNovelaLesImportaU

Álex

Recuerdo el vergonzoso episodio en el portal y se me eriza la piel. De acuerdo que Camila ha comprado todos los boletos disponibles para perder mi respeto, pero mi comportamiento de anoche sólo puede calificarse de deleznable. Espero que, al menos, caer tan bajo haya servido para abrirle de una vez por todas

los ojos y que no vuelva más.

Haga lo que haga, no me incumbe. He decidido marcharme fuera una temporada. Hay unas obras en Sevilla que nadie en el estudio quiere ir a supervisar, hemos huido por sistema del encargo como de una patata caliente; es un edificio público que te obliga a bregar con políticos más ignorantes que caprichosos (y caprichosos lo son un rato), con una colección de cambios de última hora con los que joderte la jornada. Asumiré esa tarea personalmente, no importa las semanas que suponga, la mudanza, los contratiempos y las molestias. Necesito aire, me estoy ahogando.

Son las diez de la mañana, a duras penas soporto un dolor de cabeza de los que taladran cráneos y la vieja fórmula de los dos Actron juntos se burla de mí y no me hace el menor efecto, es como si ciertas capas de hueso se estuvieran desprendiendo poco a poco. Anoche me porté como un auténtico cerdo con Camila. Las muchas cuentas que tenemos pendientes no son excusa, me aproveché de su deseo para empotrarla en aquel portal húmedo y casi tenebroso, permití que se bajase las medias, no le di opción, la puse de cara a la pared, aparté el encaje de las bragas

y se la metí de un solo golpe. La cuestión no es si ella lo buscaba o no, gimió de gusto, pero sólo porque es muy masoca y le va la caña. No le di besos, ni caricias, sólo un abrazo alocado tipo cepo para inmovilizarla. Bombeé hasta correrme y luego la obligué a aceptar el dinero y el taxi que yo mismo detuve. No hubo despedidas y sí lágrimas. Espero no volver a verla en mi vida. Hacerlo me recordaría de forma constante los reproches que ahora me hago.

Si algo ha caracterizado nuestros encuentros cuerpo a cuerpo ha sido el salvajismo, los arrebatos de febril demencia, la muestra de que se ha perdido la capacidad de amar de forma calmada, con generosidad, mirando por las necesidades del otro, sin brutalidad, con un latido de eso que llaman ser sensible. Un clic retumba en mi dolorida cabeza. Luego otro y otro. Las piezas del puzle empiezan a encajar. He trasladado mi bestialismo, mi forma de poseer, a mis encuentros con Sofía. Eso es lo que ella no ha podido soportar, por eso huyó. Por mi incapacidad para mostrarme humano más allá de mi parte animal apareándose. Por mi ansia de batalla para ponerme a tono. La he espantado, he debido de estar ciego

cerebral para no verlo. Ahora tengo aún más claro mi deseo de que sea feliz... en la distancia.

Tengo que hacer las maletas y perderme en el mapa.

Sofía

Lo que tenemos delante es un barril panzudo y un surtido de platos con embutidos ibéricos. Los regamos con vino dulce de Málaga y decido que ha llegado el momento de contarle a Mario mis desacuerdos con Silvia. Por encima, claro, sin demasiados detalles sentimentaloides.

—En resumidas cuentas, ya no tienes

dónde trabajar —comenta él cuando me callo.

Frunzo el cejo; vaya forma de sintetizar y darme en los dientes con el resumen.

—No tengo dónde pasar consulta —matizo dolida—, sigo pudiendo trabajar donde me apetezca y del gimnasio no me han echado.

—Del despacho tampoco, según veo.

—No, cierto, de la oficina me he marchado yo.

—Pero Silvia y tú erais tan amigas, hablabas de ella continuamente.

«¡Jesús, no me lo recuerdes!» Qué

pinchazo amargo en la boca del estómago.

—Igual era yo la única que creía en nuestra amistad. Por detrás no es que me haya sido fiel que digamos.

—Bien —se retrepa sin alterarse—, seguro que encuentras otra cosa.

—Tampoco era muy feliz. Supongo que a partir de ahora, mi vida va a convertirse en una apasionante sucesión de currículos llenos de tachones. —Inspiro como si el mundo me entrase por la nariz—. Voy a tomarme un pequeño descanso lo que queda de mes para dedicarlo a la novela. —La segunda punzada es más honda y violenta si cabe

— Ninguna editorial la quiere.

Me entran ganas de llorar. Mario debe de notarlo, porque se apresura a cogermela mano y pasear el pulgar por las montañitas que forman mis nudillos.

— Eso es imposible, es buena, muy buena; algo debes de estar haciendo mal.

— Ni siquiera me contestan. La mando por correo y...

— ¿El tocho completo?

— Impreso en papel, sí. — Me seco con disimulo una lágrima.

— ¿Sin nada más?

Me pico en el acto. Buena soy yo.

— No, con un sobre de burbujitas y una portada preciosa.

—Me refiero a sin carta de presentación.

—Y eso ¿para qué?

—Perdona, no te ofendas, pero eres una desconocida, Sofía, tus manuscritos irán directos a una papelera.

Apoyo los brazos en la mesa y escondo la cara, horrorizada, entre ellos.

—¡No digas eso! ¡Cada copia encuadernada me cuesta cincuenta y cinco eurazos!

Por lo visto, mi ruinoso situación financiera no parece tener demasiada importancia, a juicio del señor Vallés.

—Vamos a recomenzar dando los

pasos adecuados. ¿Te parece?

Bufo y, con el resoplido, un mechón de mi melena vuela en libertad.

—Me rindo a tus recomendaciones, soy un desastre hasta para mí misma.

La mano de Mario, que antes he espantado, se posa reconfortante y cálida en mi antebrazo. Le agradezco que no haya vuelto a mencionar el temita del descapotable. «Tengo un Smart monísimo, tengo un Smart monísimo», me repito para alejar fantasmas de carrocería roja.

—Vas a sacar un listado de internet...

—¿De editoriales?! —lo corto

impaciente por demostrar algo de iniciativa—. Ya lo he hecho.

—De agentes literarios —prosigue paciente, como si no me hubiera oído.

—Ah, me callo, eso lo tengo por hacer.

—... Y les vas a enviar un mail con una carta de presentación lo más tú posible y los tres primeros capítulos de la novela junto con una sinopsis.

—¿Qué hace nadie con tres capítulos?

—Se hacen una idea. Es más que suficiente.

Me rasco pensativa la barbilla.

—Suená barato. —Sonrío con

alivio.

—Lo es. Y eficaz. No les robas mucho tiempo y sólo te responderá el que esté de verdad interesado en lo que ofreces.

Me inclino sobre la mesa con aires de desequilibrada ansiosa.

—Qué fascinante; sigue.

—Pues no hay mucho más: preparar una buena síntesis...

—Y morirme de aburrimiento mientras espero contestaciones. Si es que contestan.

—No necesariamente.

Huy. Esa sonrisa picarona y misteriosa... Levanto interesada el

rostro.

—Me lo debes después del desprecio del coche.

—Mira que te veo venir —digo tensa.

Mario no responde de inmediato. Esboza esa media sonrisa inocente que me resulta irresistible y pone encima de la mesa dos billetes de avión.

Parpadeo. Me atraganto. Las letras bailan delante de mis ojos.

—¿Boston?

—Y de ahí al resto del planeta. Si me haces los honores...

Siento que la emoción se abre paso y conquista hasta la última esquinita de mi

organismo. La ilusión de mi vida, mi sueño dorado. Pero no. Bajo ningún concepto.

—Mario... No... no puedo aceptar, esto es...

—¿Lo que más te gustaría hacer?

—Es caro, es muy caro. Y yo no...

—Somos amigos —me anima con su resplandeciente sonrisa—, dos buenos amigos que se gustan y que se están conociendo. Y el viaje una simple escapada, un puñado de semanas. Lo pasaremos bien, nos traeremos las cámaras repletas de fotos y una montaña de recuerdos inolvidables. ¿Por qué no?

Eso, ¿por qué no? No es un coche,

puedo decir que sí. Total, tendré que compartir cama y habitación de hotel; no es nuevo, me gusta Mario y recorrer el mundo me gusta aún más.

—No puedo —artículo con apenas un hilo de voz.

—No te oigo.

—Que no puedo, que no voy, que no vamos. Es demasiado. Espero que me respetes y no insistas.

Y también que entienda el sacrificio de negarme.

Mario levanta una mano y, como entiendo su gesto, chocamos los cinco en una complicada coreografía que vamos inventando sobre la marcha.

Sí, me alegro de no haber aceptado. Me quitaría de en medio, me alejaría de Silvia, de pedirle cuentas y del recuerdo de Álex. Me tomaría un merecido respiro, pero apretaría con Mario unos lazos de intimidad muy por encima de los que de momento deseo. Hay pasos que simplemente no deben darse.

Cambiamos el viaje por un fin de semana completo en su apartamento, cuyas primeras horas invertimos en redactar la carta de presentación del libro y la sinopsis. Mario es un chico diez, que se me va colando dentro sin pedir permiso, lo admito.

Los mensajes de reproche de Silvia

se suceden, aunque es curioso que no me llame ni aparezca por la puerta de mi casa. O tiene sucia la conciencia, o adivina lo que ha pasado. En cualquier caso, puede que mi forma de resolver el asunto haya sido bruta y equivocada, pero ella se esconde por algún motivo que no estoy lo que se dice interesada en averiguar.

Pasamos la primera noche juntos en el piso de Mario y la mañana llega cuando menos se la espera. Nos dieron las tres de la madrugada y al rozar la cama experimenté en mis propias carnes

la tentación de tener a alguien tan deseable como él acostado cerca. Acabé desnuda como vine al mundo y en sus brazos, entregada por completo primero, exaltada y caliente después. No fue tan simple; para animarme, seguí todo un ritual provocativo con el que llegué a sentirme diosa recién coronada. Cuando terminé de desmaquillarme en el baño que Mario me cedió en exclusiva y la ducha rápida entonó mis músculos, decidí demostrarle mi gratitud del modo que más dichoso lo haría: gozando. Aproveché su ausencia mientras él estaba aseándose en el otro baño, rebusqué en mi bolsa y seleccioné un

conjunto de ropa interior de encaje blanco. Una turbadora mezcla entre inocencia y perfidia, tirantes muy finos, copas escotadas y tanga minúsculo. Sólo fantasear con su reacción me puso a tono y eliminó mi cansancio como por ensalmo.

Si cuando yo digo que el sexo y la buena lencería mueven montañas...

Me refugié en mi baño y aguardé su vuelta. Mario se metió entre las sábanas, dejando a su paso una estela de olor a hombre entre caramelo y picante, irresistible. Abrí una rendija en mi puerta y me apoyé indolente en el quicio, subida en unos altos tacones que

con toda probabilidad no venían a cuento, pero que, sumados al encaje, contribuían a mi estado de combustión espontánea.

—Confiesa si estás cansado después de tanto curro editorial y cuánto.

Giró los ojos y se quedó sin habla.

—Claro que, aunque sólo aguantes un asalto, podemos asegurarnos de que sea inolvidable —sentencié muy segura.

Tendió una mano ávida fuera de la cama.

—Ven aquí ahora mismo. Voy a demostrarte lo que puede dar de sí el asalto de un tipo agotado.

Lo dijo y lo hizo. Saltó del colchón

con una agilidad que me pilló desprevenida, enlazó mi cintura y, muertos de risa, caímos revueltos entre las sábanas.

—No vale —protesté con un puchero—, te has cargado el elemento sexi de la ecuación.

—Deja que te despeje la equis.

Sus manos impacientes recorrieron mis muslos, mi trasero desnudo y se deslizaron por debajo del encaje, rozando levemente mi vulva. Di un respingo. Agarró fuerte un glúteo y me lo pellizcó.

A pesar de todo lo que empezaba a sentir, de no controlar el calor que me

invadía y de la tentación de dejarme llevar, detuve sus manos y me mantuve firme.

—Yo he empezado, yo mando.

Mario me mostró las palmas en un evidente gesto de rendición.

—Por esta noche, sea. Por ser la primera de muchas otras.

Mi suave carcajada dejó entrever la certeza: Mario no era dominante, ni en la cama ni fuera de ella. Era tierno y sensual. Galante, comestible y muy maleable. Hasta que hicimos el amor, nunca me había sentido especialmente poderosa frente a ningún hombre. Sin que yo la guiase, la mano se me fue sola

hacia su pelo espeso, tratando de alborotarle el peinado. Con el pelo revuelto lo veo más sexi. Con el pelo revuelto me recuerda a Álex. Pero no se trataba de Álex, se trataba de Mario y merecía que yo estuviese presente con los cinco sentidos.

Mis manos bajaron hasta reconocer el bulto en su bóxer. Empalmado y duro. No esperaba menos, la anticipación temblaba en sus ojos oscuros ya desde el primer contacto visual. Arrastré la prenda con ambas manos y me deshice de ella mientras mi lengua invasora recorría el tronco duro y dispuesto. Oí cómo gemía bajo mis exigencias.

Encantador.

En cuanto mis extremidades quedaron libres, me arrodillé entre sus piernas abiertas y atrapé su pene con ambas manos. La punta era una fruta roja y brillante. Me la metí en la boca, chupé y lamí con devoción hasta oírlo suplicar, mientras con los dedos ejercía distintos tipos de presión, recreándome en el largo de su miembro. Mi melena cayó en cascada sobre su vientre. Mario la recogió con cuidado, la apartó para que no le impidiese verme, y dijo algo que no acerté a entender. Poco a poco me dilataba por dentro, iba profundizando más hacia mi garganta, introduciéndolo

casi con ansia, y con una mano traviesa palpé buscando sus testículos, apretados y llenos, para masajearlos. Vi cómo se arqueaba y sus caderas se elevaban, incapaz de contenerse.

—Sofía, ¿quieres matarme?

—Desde luego que no —ronroneé, sintiéndome importante—. Quiero que te corras para mí.

—¿Y... tú? —consiguió decir a duras penas.

La respiración de los dos, agitada, convertida en un jadeo de lo más erótico.

—Yo estaré bien —susurré con intención, sin dejar de acariciarlo—.

Estaré bien.

La pulsión de su sangre dentro del pene era perceptible desde el exterior. Sus venas hinchadas, el color carmesí bullendo, evidenciaban la cercanía del orgasmo. Mis pechos aún encarcelados dentro del sujetador ardían de ganas. Aceleré el movimiento sin descuidar el control y, cuando lo adiviné a punto de explotar, cambié de postura, negándome a soltarlo. Aparté el breve encaje de mi tanga y me empalé hasta el fondo con un pequeño grito de agónico placer. La acción combinada de la súbita penetración con un ligero estímulo de mi clítoris sobreexcitado,

fueron suficiente para que ambos nos desplomásemos, con un grito conjunto al alcanzar el éxtasis.

Apoyada contra su pecho y todavía unidos por el sexo, recibí el cálido apretón de sus brazos, sus besos dulces en el cabello.

—Maravilloso, terciopelo.

—Creo que no ha estado mal para ser nuestro primer día juntos —bromeé, repentinamente devastada por el cansancio. Me acurruqué contra su pecho y noté el tacto cálido de sus dedos.

—No. Una jornada muy bien aprovechada.

Lo dicho. Viva la com-penetración. Me besó en los labios, en la frente, en el pelo, sin dejar de reír y luego de nuevo en la boca con mayor intensidad.

—Te adoro, nunca lo había pasado tan bien con nadie.

—Busca gente que te haga reír hasta en la cama, son los mejores.

—Tú eres la mejor, no tengo la menor duda.

—Exagera usted, doctor —ronroneé y me hice la tímida.

—Ni chispa. Me quedo muy corto. Mañana por la noche te tengo una sorpresa.

—¿Cena especial en un sitio

especial?

Hizo una mueca cómica, como si le hubiesen clavado una estaca en el corazón.

—¿Otra vez? No vale repetir. Esto es algo muy diferente, espero que te guste.

#HorizontesQueNoSonY

Curiosidad. Es lo que siento. Mario ha conseguido intrigarme con sus pistas envenenadas y hace que me olvide de todo lo demás. Incluidos Álex y mi sequía editorial. Fuerte el gen cotilla, ¿eh?

—Como no me dices adónde vamos, te dejo que le eches un vistazo a mi armario y elijas. —Llevo plantada delante casi veinte minutos, los suficientes para enfurruñarme, y no consigo elegir un conjunto que se adecue a una actividad que ignoro cuál es.

Mario se acerca con su andar elástico, descalzo, enfundado en un albornoz blanco que se ha traído de casa. Apenas dedica tiempo a la inspección.

—No nos sirve nada de lo que cuelga en esas perchas —sentencia.

—¿Cómo que no? Es todo muy *lady*. —Me falta añadir «muy de tu estilo».

Me desconcierta cuando suelta un «Por eso mismo», me hace una seña enigmática y marca un número en su móvil. Se aleja chapurreando unas aceleradas frases y no consigo entender ni jota. Su preciosa cara vuelve a aparecer tras el recodo.

—Date un buen baño y deja el vestido en mis manos.

En efecto, cuando salgo, perfumada, relajada y más activa que nunca, lo que me encuentro sobre la cama colma mis más locas expectativas. Es un vestido de fiesta negro de pedrería, con un

exuberante escote en la espalda y vertiginosas aberturas a los lados. Como acompañante perfecto, un par de sandalias de piel de pitón plateadas, que me hacen babear con riesgo de asfixia. Lo acaricio todo con la punta de los dedos sin atreverme a tocar demasiado, no sea que se esfume el sueño. Las etiquetas gritan Elie Saab y Jimmy Choo. Me muero.

—Por Dios, por Dios, ¿qué es esto? ¿De dónde ha salido? —murmuro fuera de mí.

Mario llega por detrás, me inmoviliza con su abrazo y pega su cuerpo húmedo bajo el albornoz al mío.

Me aparta el pelo del cuello y me recorre la piel con los labios hasta llegar al hueco de mi oreja.

—Probablemente de una tienda maravillosa que ahora se siente honrada por poder vestirme.

—Esa explicación no termina de convencerme. ¿Cuánto ha...?

Me obliga a girar sobre mis talones y, sin soltarme los hombros, me reprende con una mirada que de repente es impetuosa y oscura.

—Vamos a salir y tú disfrutarás de ti misma con ese traje. No mereces menos. ¿Te preparo una copa?

¿Antes de cenar? ¡Qué atrevimiento!

Menudo desafío para mi profesor Jones. Sonríó páfida y acepto, mientras hago conjeturas y cábalas acerca de mis medidas reales y ese diminuto vestido.

—¿Cuánto eres de libre, Sofía?

Mario me habla desde el mueble bar, sin volverse, e interrumpe mis voluptuosos pensamientos. Luego se acerca y me ofrece un vaso ancho con whisky y soda. Brindamos mirándonos con una fijeza inquietante.

—No acabo de entender la pregunta.

—No te he preguntado cómo sino cuánto. ¿Cuáles son tus ataduras personales? ¿A quién te debes?

Me mojo los labios, impresionada

por la luz carnal de su rostro que me observa.

—A mi familia. Y a algunas personas que podría contar con los dedos de una mano, supongo —respondo por fin.

—¿Te irías a vivir fuera de aquí? Por ejemplo, si Inglaterra o Italia supusieran verdaderamente un reto que no pudieses rechazar, ¿lo dejarías todo sin mirar atrás?

¿A qué viene esto? Su absoluto dominio de la situación empieza a intimidarme. Yo ando perdida.

—Suena muy radical.

—Cuando acabe esta noche volveré

a preguntártelo.

—Estás intrigándome. Más todavía.

Mario pasa a ocuparse de su copa y me indica con un movimiento de cabeza hacia el vestido que me prepare.

—Eso está bien —comenta, dándome la espalda.

Increíble.

Es una limusina para nosotros solos.

—Una party-Lummi —anuncia divertido ante mi cara embobada—. Celebraremos tu cumpleaños.

—Pero si no es hasta agosto —protesto con debilidad.

La limusina es blanca. Y larga. Enorme. El chófer, uniformado y con gorra, se baja del coche y, con cierta solemnidad, nos abre la puerta trasera. La bocanada de aroma a cuero es lujosa e insolente.

—Lo adelantamos, porque cuando llegue la fecha ya no será igual. Celebraremos otra fiesta. Diferente.

No discuto más, sería boba si lo hiciera. Me lanzo de cabeza dentro del vehículo, procurando no tropezar con el suntuoso vestido ni con el abrigo largo que me cubre. La calefacción está encendida y los asientos caldeados. Menos de cinco minutos después de

arrancar ya me sobra ropa, me desembarazo del gabán de terciopelo y seda y contemplo la hermosa visión que me ofrece Mario, con su esmoquin impecable, sentado enfrente, sirviendo champán en dos copas flauta.

—Vamos a disfrutar la ciudad desde estas ventanillas ahumadas —adivino admirada.

—Algo así.

—Jesús, Mario, todo esto debe de costar una fortuna —señalo azorada—. No me digas que bajo tu apariencia de profesor de universidad sensato y centrado, escondes un millonario excéntrico y derrochador. Necesito

saberlo. —Lo presiono sin perder el tono cómico.

En lugar de responderme con otra broma, tuerce el cuello y escruta la calle.

—La vida es para disfrutarla. Son dos días cortos, que salen corriendo y no regresan.

El hombre que tengo a mi lado ha mutado a lujurioso su semblante amable. Ahora destila sexo y perversión, pero también detecto un punto de oscuridad que me sobrecoge. Dejo de preguntarme cosas en el momento mismo en que la palma de su mano se pasea por mi muslo, se interna en mi intimidad y

separa mis pliegues sin apenas conceder importancia a la invasión, como si mis labios y la humedad que despliegan lo llamasen «dueño».

—Mario... —balbuceo, cuando noto el batir de sus dedos nerviosos contra mi clítoris. Éste se inflama de inmediato, mi temperatura se altera y la tela del vestido se me pega con el sudor. Todo me sobra.

—Relájate, terciopelo. Bébetelo el champán y observa el paisaje urbano. Tu ciudad es, desde aquí, una Málaga diferente.

Creo que no veo nada, mi mundo se ha vuelto borroso. Apoyo el cuello en el

respaldo del asiento y saco el aire del pecho, que se me agita con una respiración convulsa. Me duelen los pezones, hipersensibles, me tiembla la mano con que sujeto la copa y mis labios reseco reciben una y otra vez el alivio de una lengua mojada y sedienta.

Creo que ya sé de qué va todo esto: vamos a follar en la zona privada de este coche, como dos ricos hartos de sexo convencional. Y la idea me excita tanto como me calienta la mera sospecha de que el chófer pueda oír mis desvergonzados gemidos. Hincho el tórax y dejo laxo el cuerpo, a merced de Mario, con las piernas muy abiertas y

los afilados tacones apoyados en el asiento de enfrente, para que pueda jugar a gusto, arrepentida de no haber sido más osada olvidándome la ropa interior en casa. El suntuoso ambiente se presta a la novedad y el atrevimiento.

—Este champán se me está subiendo a la cabeza —resoplo. Mis mejillas abrasan.

Sólo consigo que Mario chiste y me haga callar. Estoy tan mojada, tan resbaladiza, que cuando sus dedos me penetran soy incapaz de oponer resistencia. Identifico esa tensión previa al éxtasis. No suponía que pudiera

correrme tan pronto, pero todo mi interior se contrae y se expande, en breves instantes seré víctima de un orgasmo explosivo que recorrerá, letal, todo mi cuerpo y me robará las fuerzas. Elevo las caderas para recibirlo y entonces...

La mano que me da placer se aleja, me deja vacía y, por encima de mi atontamiento, veo que el vehículo se ha detenido. Parpadeo perpleja, frustrada y muy dolida. ¿Por qué ha parado? ¿Por qué? Alcanzo a juntar las piernas justo cuando se abre la puerta. Mario no se inmuta, pero mis rodillas se aprietan una contra otra, a modo de defensa crucial.

Una mujer, que al principio no enfoca bien, deshecha en sonrisas y con un vestido de gala de color crema, sube a nuestro coche y se acomoda en el asiento libre.

—Buenas noches.

Por el acento debe de ser americana. Pelirroja, con bucles que caen sobre sus hombros como un espectacular adorno. Tiene la piel de alabastro, la voz grave y acariciadora. Me he quedado tan sorprendida que no acierto a pronunciar una sola palabra de cortesía. Mario sí responde con una leve inclinación de cabeza. Ella nos observa curiosa, se recrea en mí hasta ruborizarme con su

descaro, y a continuación acepta la copa de champán que mi pareja le ofrece.

La limusina arranca de nuevo con un ronroneo suave.

No sé quién es y, la verdad, me gustaría saberlo. Nadie habla durante un rato, sólo vuelan sonrisas picantes, ojos que brillan y las burbujas del champán explotando sobre nuestras lenguas. Sigo fascinada por su exótica belleza y por el hecho mismo de que nos acompañe sin presentarse siquiera, con esa naturalidad de la que yo no haría gala ni bendecida por el genio de la lámpara. Todo me intriga. Mucho. Y este champán demoníaco me ha embriagado. La

pelirroja me mira con insistencia y sonríe.

A continuación se abre de piernas.

La hoguera de las vanidades se queda en cerilla, comparada con lo que me arde en el vientre. Es turbador, desconcertante, pero muy intenso. Me bloquea. Consigue que nada importe salvo lo que pasa delante de mis ojos: el sexo de esta mujer. Lleva depilados los labios y sobre el monte de Venus queda un triángulo cuidadosamente recortado, lo justo para demostrar que es pelirroja natural.

Noto que mi temperatura sube y sube hasta quemarme el alma. Soy pasto de un

deseo tan poderoso que podría morir con tal de satisfacerlo. Se lleva dos dedos a la boca, me enseña una lengua rosada con la que se los lame lasciva y, a continuación, conduce la caricia a su vulva, mientras con la otra mano separa los pliegues y muestra la mercancía. Está ahí, tan cerca, vibrando de excitación, recibiendo oleadas de calor que alteran el tono níveo de su piel, estimulándose el sexo sin importarle nuestra presencia. Es más, diría que mientras se masturba nos lo dedica.

 Mi pulso se dispara.

 —No la toques —ordena Mario—.

Sólo mira.

Y es lo que hago. Envidiar sus escalofríos, su boca entreabierta y jugosa, imaginar lo que debe de estar sintiendo y desear, de forma inexplicable, chupar ese botón rosado que destaca entre sus dedos. Nunca me he sentido atraída por una mujer... hasta ahora. La desconocida separa aún más los labios de su sexo e introduce los dedos índice y corazón hasta el fondo de su vagina. Puedo verlo todo, podría incluso rozarla y comprobar la seda que luce sobre los huesos, con sólo estirar el brazo.

Mi pecho sube y baja, violento, movido por una respiración desatada. La

desconocida gime, se recuesta, bombea siempre al mismo ritmo y me regala una mirada provocativa. El deseo galopa por mi sangre a endiablada velocidad. No voy a poder soportarlo, tengo que calmar esta ansia terrible. Las aberturas de mi maravilloso vestido ayudan; separo las piernas, retiro la braguita, dejo entrever mi sexo mojado, devolviéndole a la pelirroja otra ojeada igual de intensa. Estoy empapada, voy a rematar, puede que antes que ella. Pero la mano de Mario acude en mi busca, su pulgar se sitúa sobre mi clítoris, tres de sus dedos en mi interior. Su otra mano tira de mi brazo y me inclina hacia

nuestra visitante.

—¿Te gustaría besarla?

Joder, sí.

No lo dudo un instante. Busco su boca con auténtica desesperación. Mario me ha levantado por detrás la falda del vestido y no sólo embiste con sus dedos dentro de mis entrañas, sino que también se permite pasar la lengua un par de veces por la carne sensibilizada y por mi zona trasera. Me ciegan las sensaciones. Me folla con los dedos y me lame, siempre desde atrás, en una posición forzada que le entrega el control sobre rincones inexplorados de mi sexo y de mi ano. Eso, el tacto

suavísimo del beso femenino y un par de movimientos bien coordinados alrededor de mi vulva, hacen que explote mi volcán en un orgasmo asombroso.

La pelirroja se corre a gritos al mismo tiempo que yo. Nuestros gemidos se confunden. Caigo de rodillas junto a su sexo, que se contrae de modo visible con los espasmos del placer. La tengo tan cerca, es tan dulce, tan hermosa... Rodeo sus caderas, la atraigo hacia mi boca y hundo la lengua entre esos pliegues que aún gotean a causa del clímax. Mario, a mi espalda, sin que pueda verlo, chupa mi sexo con fervor,

como si deseara aliviar la quemazón insoportable que acabo de vivir. Y la postura es tan increíblemente intensa, que enlazo un orgasmo con otro más potente aún, succionando la vulva de nuestra común desconocida con tal ansiedad que la conduzco también al segundo delirio.

El placer me derrota y me aovillo en el ancho asiento de la limusina, agotada y feliz. Me niego a racionalizar lo que acaba de pasar, le robaría toda la magia. La pelirroja se recompone el traje. Tiene muchas más tablas que yo y en la siguiente parada se despide de ambos lanzándonos un beso coqueto. Volvemos

a quedarnos solos.

Mario sirve champán y acerca la copa a mis labios.

—¿Todo bien, preciosa? ¿Te has divertido?

Su mirada de fuego me recorre entera y me hace sentir deseada. Pero por encima de todo, lo que estoy es confusa.

—Debería escandalizarme — admito, apurando el champán helado—, pero lo cierto es que he disfrutado como nunca.

Reclamo otra ración de alcohol. Estoy consumiéndolo en cantidades diabólicas.

—Me alegro. ¿Lista para una nueva parada?

No sé bien qué respondo. Tengo la vaga impresión de que lo miro y jadeo como una yonqui necesitada de adrenalina. Él me coge la mano despacio, se la lleva a los labios y me besa los nudillos sin apartar de mí sus ojos negros.

—Tranquila. El placer a pequeñas dosis.

#TodoEsNormalOtraVez

Increíble pero cierto; así se llama la película de nuestras vidas.

Hemos amanecido exhaustos y dichosos, pese a que me han cambiado la cabeza por otra, estoy segura. Me duele a morir. Parezco recién salida de

un coma. Creo que la razón de que haya dormido como si hubiese perdido el conocimiento, no ha sido sólo el cansancio acumulado. La experiencia de anoche fue tan chocante, tan brutal... Apenas recuerdo trazos sueltos, sensaciones. Fue instintiva y muy animal, pero no puedo decir que no me gustase.

En lugar de con sexo somnoliento, Mario me ha despertado a base de cosquillas. Lo miro. Con sus bromas y su sonrisa de niño logra espantar todo lo que de pecaminoso flota en mi mente. Volvemos a ser nosotros, sin morbo ni especialidades. Hemos reído, nos hemos

caído de la cama, nos hemos cepillado juntos los dientes mirándonos en el mismo espejo, y ahora, en la calle, delante de un café que resucitaría a un muerto, organizamos el plan del día como si anoche nada fuera de lo corriente hubiese sucedido. Y lo cierto es que me da muchísima vergüenza hablar de lo que pasó, le agradezco que ni lo mencione.

Me pregunto si bebí el suficiente champán como para justificar mi temporal locura, y cómo se le ocurrió precisamente a él, tan formal, tan clásico, sorprenderme con semejante obsequio. Nada encaja con lo que creo

saber de Mario, pero estamos de «primer fin de semana juntos» y yo de «operación olvido»; uno comete locuras sin pensar en las consecuencias. Se trata de divertirse, arrasar, de romper las reglas de la monotonía. Pues bien, me divertí y quebré mis propias normas. No tengo quejas.

—Deberíamos escaparnos a Granada a pasar el domingo. —Su voz me devuelve a rastras desde mi plano astral—. Te vas a enamorar de sus barrios.

—Ya conozco el centro, ¿hay también zonas escondidas y sorprendentes?

—Más de las que te imaginas. —De nuevo ese chispazo oscuro en sus pupilas—. Ahora que eres escritora...

Arqueo las cejas y bebo del capuchino.

—Ahora que pretendo serlo... ¡Llevo dos días completos sin revisar mi correo! —caigo con una palmada en la frente y busco sin éxito mi móvil. Ni idea de dónde lo he puesto, igual ni lo llevo encima, cosa extraña en mí—. Vaya si me he tomado en serio esto de desconectar. ¿Y si me han contestado de alguna agencia?

Mario escribe algo en su iPad y me lo pasa. Se lo ha traído para leer las

noticias y me sorprende ver que ha accedido sin problemas a mi bandeja de entrada; aquí la tengo, lista para repasarla.

—¿Cómo... lo has abierto? — pregunto desconcertada.

Su sonrisa de chico bueno pillado en falta no termina de enternecerme.

—Domino los hechizos descubridores —susurra en tono de mofa.

—No, Mario, en serio, ¿cómo has entrado en mi cuenta de correo?

—Te la dejarías abierta, no sé...

Esa historia no hay primo que se la trague.

—Nunca he consultado nada desde tu tablet.

—Sí que lo has hecho —afirma rotundo—, otra cosa es que no te acuerdes.

—¿Y la contraseña?

—El sistema la habrá mantenido en memoria. —Se ensombrece su mirada. Frunce el cejo como si fuera a regañarme—. ¿Tienes algo que ocultar, Sofía?

Tardo un segundo más de lo conveniente en reaccionar.

—Desde luego que no, tengo una cosa llamada privacidad. No puedes vulnerar mi...

Mario me interrumpe con una risita infantil y los ojos brillantes. Me da unas palmaditas en la mano en plan colega y me zarandea poniendo los cafés en peligro mortal.

—¡No he mirado nada, tonta! ¡No lo he leído, te doy mi palabra! De ti no me interesa más que lo que quieras contarme.

Me quedo indecisa, con el labio inferior entre los dientes. Nunca he destacado por ser lo que se dice desconfiada, pero la idea de que alguien, no sólo Mario, pueda entrar y hurgar en mis comunicaciones personales, no me gusta.

—¡Vamos! ¿No te lo crees?

—Sí, sí, claro que me lo creo...

Mario ya me ha arrebatado el iPad de entre las manos y revisa por mí los correos con total descaro. Chasquea la lengua.

—Nada de agencias, es probable que sea demasiado pronto. Démosles algo de cancha. —Me devuelve la tablet sin perder la sonrisa—. Tienes un mensaje de tu amiga Ximena.

¿Ximena me ha escrito un mail? ¿A cuento de qué, habiendo teléfonos? Ya tiene que ser grave. Pulso la tecla, abro el texto y recorro las líneas con ansia:

De: huevokindertomayá

Para: sofiloqui

Asunto: te vas a quedar muerta

Amiga del alma, ¿este fin de semana tuyo terminará siendo una luna de miel? ¿Qué tal la menea? Si no te satisface, ya sabes, puerta, que aquí los tienes haciendo cola para subirte la cremallera. Intuyo que si la misión es bajarla, la cola se duplicará de inmediato. Ya en serio, sé que lo estás pasando de miedo, te he llamado 6 veces y Mario me ha dicho que dormías.

Cerda. Eso huele a bolinga de la buena.

Te escribo porque no puedo esperar. ¿Estás sentada? Bien. Pues yo estoy preñada.

¿Cómo te quedas? La madre que parió a Antonio, qué tino ha tenido el tío acertando casi a la primera. Estoy negra carbón, ya me veo más hinchada y empieza a darme asco todo. ¡No quiero que esto pase! Te necesito a mi lado, es lo peor que podía ocurrirme estando tú enamorada y perdida. En cuanto me nombran un rorro, me pongo a cien, sobre todo cuando Antonio me asegura que con esta desgracia contribuimos a levantar la media mundial. ¡¡¡¡Menuda

Mierda!!!! Es, a todas luces, demasiado pronto. No estoy psicológicamente preparada.

¿Cuándo vuelves al planeta Tierra?

Me quedo de una pieza. Si la memoria no me falla, que es posible que me falle, apenas recuerdo lo que pasó anoche. Ximena estaba como loca con la perspectiva de ser madre. Me lo anunció acurrucada junto a su churri en el sofá, con voz engolada y el meñique apoyado en la comisura. ¿Qué coño ha pasado en tan poco tiempo?

—¿Malas noticias? —pregunta Mario con un deje de preocupación. Ha debido de ponérseme cara de acelga.

Me apresuro a cerrar todos los

correos. Con el rabillo del ojo he visto unos cinco con el remite de Silvia Conde y paso de amarguras.

—Está esperando un bebé.

—¡Maravilloso!

—No tanto. Parece que le ha sentado como una patada en el hígado. Ya deben de estar afectándole las hormonas. Juraría que hace nada lo buscaba.

—Se le pasará en unos días. A veces cuesta acostumbrarse a un cambio de vida tan radical, pero en cuanto lo asimilas... ¿Cuántos quieres tener tú?

Me pilla despistada.

—¿Cuántos qué?

—Niños. ¿Cuántos niños quieres que

encarguemos?

Joder, ninguno.

—De momento ni lo he pensado siquiera.

—Pero entrará en tus planes, ¿no?

La verdad, no pretendo desilusionarlo, pero me siento como la bruja mala del cuento, que les quitó a los críos los caramelos de entre los dientes. Sonrío forzada.

—Sí. Pero para más adelante. ¿Arrancamos?

—¿No le contestas a tu amiga?

Gruño bajito. Qué poco me gusta que me controlen.

—Sí, ahora mismo...

—No le respondas con un mail, es muy frío. Si lo está pasando mal, necesitará a su mejor amiga más cerca que nunca.

Más instrucciones. No digo que sin buena intención, pero mandatos al fin y al cabo, que me irritan mogollón y me vuelven más torpe aún.

—Pero ¡si estamos en la misma ciudad! —Sigo buscando infructuosamente el móvil—. Joder, todo se ha vuelto surrealista. ¿Cuándo me ha llamado y por qué no me lo has dicho? ¿Por qué contestas tú mis llamadas?

Estira la palma abierta de la mano y me ofrece su teléfono. Sin molestarse en

aclarar dudas.

—Lámala.

—Quiero mi móvil, Mario, no lo encuentro.

—Luego lo buscas, chica desorganizada; llámala.

Acepto titubeante. Se trata del último modelo de la puñetera empresa de la manzanita, valorado en un ojo de la cara el tornillo. Me retiro hacia las estanterías plagadas de latas de colores con diseños *vintage*, para tener algo de intimidad. Mario me sonrío dándome su bendición y acto seguido se pone a leer el periódico. Mi amiga me recibe con un graznido.

—¿Qué horror, Sofía, qué desastre!
¿Por qué has tenido que alejarte ahora
de mi vida?

—Para no estar ahí cuando
derribases las barricadas. Pero ¿qué
pasa? Si lo estabais buscando.

—Ya, pero no tan de pronto, esto ha
sido una puta invasión vikinga.

—Mujer, no te lo tomes... ¿Estás
completamente segura?

—Seis Predictors, uno tras otro.
Tendré que deshacerme de *Simi* —
lloriquea— por lo de la toxoplasmosis,
por si me contagia...

—Nada de abandonos, yo me hago
cargo de ella.

—¿De verdad no te importa? — pregunta con un lamento tan triste que me entran ganas de echarme a llorar. No me da tiempo a responder—. De todas formas, voy a echarla mucho de menos y luego será peor. Cuando esté el bebé podría arañarlo, cogerle pelusilla, ya sabes lo destructivos que son los celos.

—No, no lo sé y menos los de un gato. Yo sólo he tenido ganas de desmoñar a la francesa.

—Puagh, Camila. Ni me la nombres. ¡Me quedo sin mascota! Qué breve ha sido mi felicidad —gime toda dramática.

Bufo. No puedo creer que con un

bebé en camino divaguemos sobre gatos y guarras.

—Ahora tendrás otro tipo de felicidad. Niña, ¿de cuánto estás?

—Casi de cinco semanas.

—¿Y hasta ahora nadie se ha coscado? ¡No se te nota! Andas en pleno maremoto hormonal, verás cómo se te va pasando. Y *Simi* se muda con la tita Sofía, no hay problema.

Se suena los mocos con un bramido de elefante y, de repente, toda la tragedia se esfuma. Hasta el tono le cambia.

—¿Qué tal la experiencia de vida juntos? ¿Qué tal él?

—¿En dos días qué puedo decirte?

—Me río—. Caballeroso, divertido, apasionado... Perfecto.

—Ah, qué bueno. Pues genial entonces.

—Suenas a falsa.

—Tú también.

—¡Xime!

—¿Qué quieres que te diga? No se te quiebra la vocecilla como cuando hablabas de Álex.

—Ésta es otra historia, la noche y el día. Mario es alguien de quien te puedes fiar y Alejandro Conde un encantador de serpientes y un golfo.

—Espera, que me he perdido, creía

que la culpable del maremoto era Silvia la tocapelotas.

—Silvia ha hecho lo suyo, pero aunque no hubiese intervenido, ¿en serio piensas que con Álex es posible construir algo sólido?

—Hum... Esa pregunta no me la sé. Otra.

—Tengo muchas ganas de verte. Cancelo una escapada a Granada y me paso por ahí esta tarde. No dejes que nadie te llene la cabeza de gilipollecés.

—No, si ya me la lleno divinamente yo sola.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. No voy a

meterte presión, disfruta, pero ven cuanto antes.

Al regresar a la mesa y devolverle el portento de móvil a su dueño, mis labios se fruncen en un mohín tristón.

—¿Morriña?

—Una pizca, así. —Hago pinza con los dedos—. Cada vez que me distancio de ella, ocurre una catástrofe. Te cambio Granada por un almuerzo.

—Lo suponía —suspira—. Como desee mi dama. Otra vez será.

Clavo los dientes en una enorme hamburguesa que huele a gloria y dejo

que Mario me observe, ceñudo.

Sin avisar, estira una mano. Sus dedos se deslizan por mis mejillas y de ahí viajan al lóbulo de mi oreja. Sus yemas consiguen ponerme la carne de gallina.

—Lo de anoche... —comienza— ¿te resultó demasiado intenso?

Estaba tardando. No sé si estoy o no lista para responder con sinceridad conmigo misma.

—No, estuvo bien. —Trago saliva con la impresión de estar guardándome muchos elogios. Estuvo jodidamente bien—. Sólo que distinto.

—Sofía, no quiero obligarte a nada.

—Si te soy sincera, no tengo la impresión de haber sido obligada a nada, más bien seducida.

#GustosPeculiares

El dedo de Mario me recorre la comisura de la boca y me limpia una gota de grasa que resbala pensando en caer y mancharme.

—Admito que tengo ciertos gustos peculiares, pero tú eres lo más

importante.

—¿Ciertos gustos peculiares? —
boqueo—. Entonces ¿no se trataba de
una excentricidad turística aislada?

—Soy capaz de amoldarme a
cualquier cosa, ¿lo oyes? Por ti,
cualquier cosa.

—¿Qué clase de gustos peculiares?
—insisto.

Atrapa mi mano, entrelaza mis dedos
con los suyos y me besa dulcemente la
palma vuelta hacia arriba.

—Lo irás viendo.

—Me temo que necesito algo más de
información.

—La tendrás, tendrás lo que quieras

y, al final, también serás tú quien decida. Eres lo mejor que me ha regalado la vida —añade, dejándome muy confusa.

Finjo un enfado imaginario poniendo morritos. Pero sólo porque la extraña conversación está descolocándome y recurro al humor.

—¿Por encima de Paula?

—¡Por Dios, Sofía! —exclama escandalizado—. ¡No compares! —Tras la risa llega la calma y su mirar fijo y concentrado. Trascendental—. Paula no era nadie. A ti te quiero.

No basta con que me haya preparado para una bomba, esto excede con mucho mis previsiones y me sacude. Decido

seguir disfrazando de broma mis palabras, porque no veo otro modo mejor de aligerar su efecto.

—Supongo que es una manera de hablar, nadie puede querer tan pronto a otro.

Mi mano, que había puesto algo de distancia, se ve de nuevo atrapada bajo la suya.

—Sofía, te quiero desde el primer momento en que te vi.

—Cualquiera lo diría. —Ahora no me hace falta el teatro, ahora exijo de verdad y con razón—. Desapareciste. Eso, por no mencionar que te importara un bledo la lectura de mi tesis.

—Lo que sentí por ti fue tan intenso como inconveniente. El tipo de relación que podría haberse generado de responderme tú, lo prohíbe la universidad. Estaba mal, Sofía, se supone que éramos profesor y alumna. O algo parecido.

Chasqueo la lengua contrariada, dispuesta a ponerlo contra las cuerdas.

—¿Y cuando acabé la tesis?

—Paula se encargó a las mil maravillas de crearme mala conciencia.

—Menuda influencia la de esa mujer —suelto enfurruñada en un absurdo ataque de celos.

—Fue culpa mía, me dejé manipular.

Me da vergüenza admitirlo, pero es una experta psicóloga y yo estaba demasiado dispuesto a engancharme a cualquier pretexto que me alejase de la tentación.

¿Experta psicóloga? Más bien una zorra de cuidado. Entorno un ojo. Uno solo, para incrementar el efecto. La tentación queda claro que soy yo misma.

—Eso no te deja en muy buen lugar, ¿no crees?

Alargo mi despedida hasta el infinito y más allá antes de marcharme a casa de Ximena. Mi casi hermana me espera tumbada en el sofá, con los pies sobre

un cojín alto. Invertimos nuestros buenos quince minutos en abrazarnos y chillarnos como si nos hubieran separado al nacer. Qué menos ante una gran noticia, aunque ella siga confusa. Se le va a pasar, lo sé.

—No te pongas tan contentueta, guapa —bromeo—, no vengo por ti sino a por *Simi*.

—*Simi*. Pues verás... *Simi* no está.

—¿Cómo que no está? ¿Qué clase de crimen infame has cometido?

—¡Frena, Sofi, frenaaaa! Tardabas, me agobié, él estaba aquí y... bueno, se la he dejado a Álex.

No puedo creerlo. Él no, por favor,

no.

—Sólo he tardado... ¿cuatro horas?
¿Álex se ha llevado a tu gata?

—No para siempre, es un préstamo, ya sabes, mientras me dura... —Se señala la barriga con un cabeceo casi afectuoso.

—¿También le gustan los animales?

—Mucho; vive con una iguana, pero dice que se las arreglará para que no se peleen. Con toda esa altura que se gasta, es un oso amoroso.

La miro con resentimiento.

—No deberías hablar así de él.

—Así ¿cómo?

—Con afecto, diciendo cosas

buenas. Supongo que el hecho de que Antonio sea uno de sus mejores amigos suaviza las cosas, te será difícil mantenerte neutral. —Uso un tono desapasionado que transmite que desde cierto punto de vista la comprendo.

—No te equivoques —me rectifica ella—, mi fidelidad sigue perteneciéndote por entero. Antonio jamás ha tratado de llevarme a su bando.

Lo que eso implica me rompe por dentro.

—Será que es consciente de la clase de golfo que tiene por amigo, y antes se deja bañar por una ola de vinagre que defenderlo.

Ximena vuelve hacia mí unos ojos enormes, llenos de pesar.

—Será. Ojalá no lo fuera.

Yo tampoco puedo evitar que el deseo de lo que quise y no fue me traicione.

—Joder, menuda lata está dando tu Silvia —me espeta Ximena al cabo de un rato, inequívocamente resentida.

Le contesto de igual manera. Es una buena forma de sacudirnos la melancolía de encima.

—No es mi Silvia.

—Bien amigas que erais, bien que la defendías cuando yo bramaba porque no era trigo limpio.

Resoplo, me incorporo apenas, me estiro lo justo para alcanzar el paquete de patatas fritas abandonado sobre la mesa del café.

—Ximena, de eso ya hemos hablado y en su día te di la razón; ¿qué más quieres?

—Volverlo a escuchar —silabea con una sonrisa pérfida.

—Cachoguarra... ¿Y qué quiere?

—¿Qué va a querer? Lo que buscan todos estos egocéntricos sin conciencia de haber actuado mal cuando saltan por encima de los cadáveres que van dejando: una explicación.

—¿Todavía va por ahí? —me

asombro.

—Supongo que porque no se la has dado.

—Ni se la pienso dar.

—Ni falta que hace, se la di yo.

El pánico trepa por mi cara.

—¿Que hiciste qué?

—Se lo dije muy clarito, lo que os había hecho a ti y a su hermano.

Ximena se salva de mi furia salvaje porque está preñada. Sólo por eso. Hago unas cuantas inspiraciones profundas que apenas funcionan.

—¿Cómo reaccionó? —pregunto, sin terminar de mitigar el enfado.

—Se echó a llorar. Cocodrilo para

un bolso, no te ablandes. Ayúdame a levantarme...

La empujo desde el culo. No sé qué guardará para cuando esté de nueve meses, no va a haber quien la soporte. Entra en la cocina y enseguida sale con una tarta en las manos, tan saltarina y garbosa, ella, no la tarta, que me deja sin habla.

—Tú has desarrollado habilidades extraterrestres desde que no te veo, ¿verdad?

—¿Has visto? —señala feliz—. Menuda cocinillas estoy hecha.

—Y eso que te reías de tu madre y sus tartas... Por cierto, ¿cómo está?

—Igual que siempre, sólo a ratos nos conoce, pero se la ve tan genial y contenta, y muy cuidada. Vamos a verla casi a diario. Con decirte que Antonio ha terminado alegrándose de la decisión de la residencia... Este chico ha conseguido sembrar en mí la semilla de una familia unida. —Lo dice con orgullo, en tanto su mano delgada acaricia en círculos su barriga casi plana.

—No sabes lo que me alegro.

—También te pasará a ti. Mario se ve muy cálido, muy familiar; es cuestión de tiempo, hermana.

Me llevo una sorpresa al encontrar a Mario esperando en el portal de Ximena. Ya me ha traído antes y yo llevo el corazoncito blando de tanto hablar de nidos y de bebés. Y el ánimo calenturiento de recordar lo que no le he contado a Ximena. No disimulo la alegría que me da encontrarlo con los brazos abiertos.

—Te vienes a dormir a casa —dice rotundo—. Sin discusión.

—Pero mañana es lunes...

—No tienes nada que hacer más que estar conmigo, revisar tus correos y ser feliz. Tu agente está a punto de caer.

Bajo la vista. Lo que no sabe es que estoy cachonda. Voy tan mojada de pensar en nuevas sorpresas que no me extrañaría descubrir un reguero por la calle entre mis piernas. Dispuesta a todo. Pero «todo» lo que me encuentro es un placentero paseo de enamorados que caminan hasta el coche cogidos de la cintura, congelándose a la luz de la luna. Noto un vacío difícil de definir, marcado por un apetito sexual desmedido que ni sabía que tuviese. Lo animo a ir más deprisa.

Nos enclaustramos en su habitación, pongo música suave de fondo, *Intro*, [24] de The XX me sugiere escenas tórridas.

Me desnudo por completo, expuesta a los ojos de mi chico con un suave ronroneo tentador. Me acaricio los pechos, los amaso suavemente y me entretengo tironeando de los pezones, que ya están duros. Noto la excitación de Mario crecer bajo su pantalón. Quiero que me asalte y me haga vibrar como anoche, sentir que no deseo estar en otro sitio conocido del planeta, sólo aquí. Quiero que se repita ese torbellino de sensaciones que me hizo estar viva, más que nunca desde que lo dejé con Álex.

—Sofía, cariño...

Primero camina a mi alrededor

como si evaluase lo que le ofrezco y luego me rodea con sus largos brazos. El caminito que dibuja la punta de sus dedos sobre mi columna me estremece. Pero ¿dónde está el ardor?

—Vamos a la cama —decido tajante.

Y ahora soy yo la que lleva las riendas, la que domina y lo arrastra, la que nos sitúa al borde del lecho y se pone a cuatro patas. Le muestro lo que tengo en todo su esplendor.

—Métemela hasta que no pueda más.

No hacen falta más indicaciones. Mario se desviste a toda prisa, lanza las prendas por encima del hombro y en un puñado de segundos me embiste desde

atrás con una sola estocada. De repente, la expectativa de una sesión de sexo pierde mucho encanto. No estoy ni la mitad de preparada de lo que lo estaba hace un rato y ni punto de comparación con la noche de la limusina. Los primeros movimientos son algo incómodos, aunque enseguida mi cuerpo responde, se adapta y se lubrica. El bamboleo de mis pechos llenos concentra el ritmo. Las caderas de Mario chocan una y otra vez contra mi trasero. No lo veo, sólo lo siento, puedo imaginarme lo que quiera.

Y, para mi desgracia, es en los ojos de gato de Álex en lo que pienso cuando

el orgasmo me avasalla.

#LaNocheMásOscura

Quando me mira, Mario sonríe como si no pudiese dominar la alegría y entonces dos chispitas de color caramelo brillan en sus ojos. El Mario que vuelve a ser Mario, nada que ver con el vampiro sexual al que me enfrent  en el paseo en

limusina. Pero pasan los días y no puedo dejar de pensar sin sonrojarme en el cúmulo de sensaciones que entonces me sobrepasaron y, lo que es peor, queriendo más. Es curioso lo mucho que él y yo hemos compartido ya, la de veces que nos hemos acostado y, sin embargo, me da reparo recordarle que me prometió una siguiente vez.

Con los días, las aguas de mi libidinosa imaginación vuelven a su cauce a costa de aparcar el recuerdo de la pelirroja y su sabor en alguna esquina de mi cerebro. Ya no molesta tanto. El poder maligno de un polvazo no tiene comparación con nada conocido, soy

capaz de jurarlo.

Un viernes cualquiera, cuando más desprevenida estoy, abro el correo del ordenador y lanzo un grito que pone en jaque a todo el edificio. Leo al menos seis correos de otras tantas agencias literarias de renombre que se muestran interesadas en mi obra. Una emoción exagerada me invade, si sufro un ictus, no podré disfrutar de mi éxito como Dios manda. Enseguida se lo cuento a mis dos personas favoritas, Mario y Ximena. Sus alaridos de felicidad se suman a los míos, hacemos planes que

no van a ninguna parte, vemos premios y muchos millones de euros sobrevolando mi cabeza.

A partir de ahí, asesorada por Mario, encaro la difícil tarea de elegir con quién prefiero trabajar. Con una carta de disculpa lo bastante amable como para no cerrarme puertas, elijo a Victoria Lofald, con sede en Madrid, por su dilatada experiencia, por ser mujer, y por el modo increíble en que entiendo que ha captado mis objetivos con *Oscuro príncipe azul*. En menos de dos semanas, todo corre y se precipita. Tengo agente, una oferta editorial en firme y mucho más miedo del que nunca

creí llegar a tener.

Y todavía montada en la nube de felicidad, los planes de Mario por la tarde nos arrastran a Marbella, donde dice que conoce una particular tienda de disfraces. Muy particular. Tanto que empiezo a plantearme si esta noche romperemos la armonía de lo políticamente correcto y un conocido hormigueo me solivianta el estómago.

—*Habemus* sorpresa? —lo incito, entornando los ojos.

—Publicas novela. *Habemus* cosas por celebrar —confirma con voz queda y los ojos entre sombras.

A estas alturas ya sé que sus

sorpresas nocturnas son perversas y sexualmente adictivas.

El local donde entramos no puede definirse más que con la palabra «fastuoso». A simple vista parece una sala de fiestas con varias barras a derecha e izquierda. En las paredes forradas de color oscuro destacan principescas lámparas de lágrimas que acaparan toda la luz y devuelven destellos multicolores. Hay un montón de gente disfrazada que oculta los rostros tras máscaras de pedrería o doradas con plumas. Mi pecho se agita bajo el ajustado corpiño cuando Mario

me coge de la mano y me incita a entrar y a mezclarme con los demás. Nos dirigimos a la barra más cercana, ordenamos combinados bautizados como Afrodisia, levantamos las copas y brindamos, observándonos tras el velo de nuestros antifaces, y, mientras él saborea un largo trago, yo me mojo los labios.

—¿Qué lleva?

—Vodka, menta y algún que otro ingrediente que guardan en el más absoluto secreto.

—Está muy bueno.

—Si no te dosificas, acabarás confundiéndolo con agua. Entra

demasiado bien y es altamente explosivo y peligroso.

—Lo tendré en cuenta —digo cautelosa, pero tan excitada por el ambiente que me rodea que, antes de poder controlarme, ya he apurado mi copa.

—Estás espectacular —me susurra meloso.

Mis dedos rozan la seda crujiente de mi vestido de princesa gótica. Un delicado corpiño negro y morado intenso bordado en pedrería, una faldita minúscula, con sobrefalda de abundante tejido fruncido, corta por delante, hasta los pies por detrás, y botas hasta mitad

del muslo. Piel negra y tacón de aguja. Un auténtico pecado. Me he hecho una coleta tirante y alta, llevo los ojos ahumados en gris plomo y los labios de insultante rojo. Unos pendientes largos de ante de suave color morado me acarician el cuello. Joder, estoy superguapa.

—Tú tienes la culpa.

—Un trabajo sencillo sobre una base excelente no tiene demasiado mérito — contesta Mario restándole importancia.

Yo me inclino un poquito hacia él. Casi puedo rozarlo, aunque no lo hago. Lo nuestro es un coqueteo caliente en toda regla.

—Adulador.

Oteo en torno con un nerviosismo que empieza a superarme. Quiero saber qué se hace aquí, a qué hemos venido.

—Tú sabes que eres hermosa, ¿verdad?

Suelto una carcajada, pero él continúa muy serio, juzgándose.

—Sabes que podrías obligar a los hombres a que se arrodillasen si lo deseas.

Hago un mohín fingido.

—No soy ese tipo de chica.

—¿Ese tipo?

—No sé si me satisface someter a nadie.

—Ahora, con ese cabello oscuro...

—Lo sé, lo sé —pongo los ojos en blanco—, parezco una dominatrix.

—Qué idea tan sugerente.

—A ver si vas a hacerme añorar mi anodina melena rubia.

—Te hace más dulce —contesta.

Mi sonrisa se desvanece.

—También me roba fuerza.

—¿Realmente la necesitas?

—Depende de para qué.

Hablando de rubias, se nos acerca una, escuálida, que pese a no alcanzar los cincuenta kilos luce más saludable que un anuncio de galletas mañaneras. Lleva un vestido negro con algo más de

tela que unos mitones y va encaramada en unas sandalias de tacón vertiginoso. Tiene la boca más bonita y jugosa que he visto en mi vida. Cuando la miro, noto un pinchazo desconocido en la entrepierna, fruto de la energía que desprende, que es casi tangible.

Antes de dirigirse a Mario, me sonrío y se aparta coqueta la melena. El modo en que su mano rodea mi cadera y se adentra entre mis muslos, resulta, estando como estamos en público, indecoroso hasta cierto punto, pero mi exaltado estado de ánimo se lo echa todo a la espalda y decide disfrutar a tope de la experiencia, por chocante que

la juzgue. Desinhibida en grado máximo por culpa del alcohol.

—Que viva la vida y yo que lo vea.
—Levanto la copa y le brindo a la rubia mi atropellada frase en inglés.

Ella no parece venir dispuesta a conversar. Nos limitamos a intercambiar un par de guiños incendiarios y su lenguaje corporal es más una invitación que otra cosa.

—Para dentro de un rato —replica Mario con firmeza.

Ella no pierde la sonrisa. Puede que no le haya gustado no salirse con la suya, pero recuerda sus modales de buena chica y se aleja dejándonos de

nuevo a solas. Enseguida la masa la engulle y la pierdo de vista. Creo que me habría gustado saber su nombre.

Mario y yo jugamos a soltar frases cortantes, como en un desafío, y nos vigilamos por encima de las copas. Como si en realidad la conversación trivial no fuese más que un parapeto para otras intenciones menos confesables. Vuelvo a notar impaciencia y curiosidad por lo que nos deparará la noche, punzando a nivel de mis pezones y de mi sexo.

—Es un club muy exclusivo, disponemos una amplia gama de actividades donde elegir —explica

Mario con soltura. Me ha debido de leer el pensamiento—. Podemos sentarnos y mirar. Podemos participar de forma activa, uno de nosotros o los dos. Podemos sencillamente bebernos medio bar, bailar un poco y volver a casa cantando *Asturias patria querida*.

Echo atrás la cabeza y me río un poco más alto de lo que pretendía. Una mano invisible se encarga de rellenar copas de Afrodisia y dejarlas a mi alcance, yo me dedico a vaciarlas una tras otra. Mi estado de voluptuosidad es, a estas alturas, difícil de dominar. La propuesta de Mario me resulta más que atractiva, irresistible. Choca la

naturalidad con la que expone el menú de diversiones, contrasta con la timidez del chico que yo conozco. Su cándida dulzura vuelve a perderse en esos aires de hombre de mundo, sobrado de experiencias tórridas, un poco de vuelta de todo.

—¿Y bien? —pregunta interrumpiendo mi cadena de pensamientos—. ¿Qué prefieres?

Me sonrojo. Soy incapaz de admitir mi absoluta falta de práctica en estas lides. ¿Orgías? ¿Tríos? En condiciones normales, sólo pensarlo me habría provocado escalofríos. En estos momentos, sin embargo, boqueo como el

perro de Pávlov.

Mario vuelve a hacerlo. Captura sin dificultad mis anhelos más inconfesables.

—Bien —me ofrece una mano—, demos una vuelta y decidiremos sobre la marcha.

Me aseguro de que otro cóctel me acompañe y dejo que los dedos de Mario resbalen hasta la parte baja de mi espalda y me guíen entre la gente. Atravesamos el salón; algunos, muchos, se vuelven para admirarnos. Creo que en toda mi vida he concentrado más miradas incendiarias sobre mi escote, podría vendérselas a un coleccionista.

Al fondo diviso unas gruesas cortinas de terciopelo rojo que actúan a modo de separadores. Dos gorilas trajeados de oscuro con sistemas de intercomunicación bien visibles en las orejas apartan la frontera visual y nos franquean el acceso a una maraña de pasillos y puertas iluminados de modo tenue en un sensual ámbar.

—No tengas miedo. —Mario acentúa la presión en mi cintura y el pinchazo corre sin tregua hasta el centro de mi clítoris. No entiendo por qué.

Es como si nos esperasen. No tengo la sensación de estar invadiendo una reunión privada cuando empujamos una

puerta escogida al azar y nos adentramos en un lujoso dormitorio decorado en tonos dorados, con una cama redonda en el centro, enorme y acogedora, donde retoza una pareja desnuda.

La sangre acude rauda a mis mejillas, pero mis pezones se regodean. Mario me empuja con suavidad. La pareja ha interrumpido su sesión de besos y nos invita a sumarnos.

Cojo aire. Fuerte y hondo, que me llene los pulmones y el cuerpo con el valor que me falta. La fiebre me posee. Es momento de desconectar de la cordura. Creo que voy a participar en una orgía. Sexo en grupo promovido por

mi pareja informal, el chico más clásico y correcto que he conocido. ¿Acaso no es una sorpresa? Es obvio que no me equivocaba al representármelo como un aventurero. Sólo que nunca pensé que lo fuera en el plano erótico.

Con una sonrisa que no admite equívocos, lo tengo situado a la espalda y se encarga de bajarme la cremallera del vestido hasta rozar las redondeces de mi culo. Noto el cambio de temperatura en la piel, que debo de tener sensibilizada al máximo, puesto que sólo me he desprendido de una tela liviana y la habitación está climatizada. Igual son figuraciones mías que no

pueda apartar los ojos de los ocupantes de esa cama, una pareja joven y muy atractiva, con cuerpos de calendario y sonrisas perversas. Antes de abandonarme, giro sobre mi eje y busco la aprobación en los ojos de Mario.

Diría que es precisamente eso lo que leo en sus brillantes pupilas.

—Pero si tú no me compartes con nadie —señalo extrañada y remolona y mucho más caliente de lo que puedo disimular, dándole suaves pellizquitos en el mentón.

—Son sólo juegos, sin sentimientos de por medio —susurra él con la voz rota—. Es tu amor lo que no estoy

dispuesto a entregarle a otro.

—¿En serio? ¿Por qué será que no lo dudo?

Deslizo provocativa el índice por el contorno de su barbilla. A continuación la lengua. Me detengo sobre los labios, dibujo su marcada línea con la yema y, cuando los separa, dejo que mi dedo entre en su boca.

—Chupa —ordeno, sintiéndome poderosa.

—Tú sí que vas a chupar. —Desde atrás, me deshace la coleta e introduce los dedos en mi pelo—. A la cama.

Intercambiamos una mirada llena de excitación contenida. Éste sí, éste sí es

el Mario a quien deseo, algo distante, frío y hasta huraño. Ha vuelto. En cuanto a mí... he dado el primer paso hacia una avalancha de sensaciones desconocidas, que no tardarán en arrastrarme. Ellos me ofrecen las manos. ¿Qué mal hay en divertirse un poco a lo salvaje? Ser arriesgada, irreverente. Me apetece, nadie va a enterarse. Con ese impulso febril, tras un levísimo titubeo, decido aceptarlas, apoyo una rodilla en las sedosas sábanas negras y me pierdo.

En un abrir y cerrar de ojos estoy junto a esa tela resbaladiza, con una fina

capa de sudor cubriendo mi piel erizada y la melena suelta a mi alrededor como un velo. Mario, apostado junto a la inmensa cama, observa. Toda la inocencia que por lo habitual destila, la devora el morbo. Va a quedarse ahí de pie, vestido, limitándose a mirar.

Yo continúo erguida y el hombre y la mujer palpan mis muslos, se entretienen masajeando mi trasero a ritmo sincronizado. Han logrado que mi piel hierva de deseo, que mire sus bocas y sus dedos y anhele posarlos en otros lugares menos respetuosos de mi anatomía. Mis pezones... Los pellizco con un gemido aterciopelado. Mi sexo...

Lo abro y lo dejo bien a la vista. El hombre se tumba sobre su espalda, me atrae en su dirección y yo avanzo de rodillas por la cama hasta quedar muy cerca. Abraza mis piernas y encaja la lengua en mi vulva, martilleando con la punta directamente en el punto más sensible. Ella juguetea con mis mechones, me los aparta a un lado del cuello y, cuando se cansa de besármelo, deja que mi melena caiga libre por mi espalda.

Caigo en la cuenta de que Mario es el único de los cuatro que sigue vestido. Nos somete a un escrutinio intenso desde su posición, que debería resultar

molesto, pero quién sabe por qué me excita y me complace.

—¿No nos acompañas?

—Prefiero mirar —jadea. Tanto, que cuesta reconocer en su tono la voz jovial de cada día.

#Afrodisia

Arrastra un sillón barroco tapizado en costoso satén y toma asiento con esa luz oscura latiendo en sus iris. Junta las yemas de los dedos formando una pirámide a la altura de su cara. Espera algo. El amo demanda espectáculo,

diversión.

Por fin he comprendido su objetivo: Mario es un *voyeur*, disfruta mirando el modo en que gozo con otros amantes que no son él. Y por alguna malévola razón que el alcohol no me permite descifrar, eso no me ofende. Hace que me sienta una diosa de la lujuria y del sexo con más poder sobre su placer del que nunca antes haya tenido con nadie. Sentir sus ojos, su atención, todo su ser fijo en mí, pendiente de mi cuerpo, me da alas. Decido olvidarme de todo, arrinconar los remordimientos y homenajearlo con una *performance* interesante. Que para algo estoy borracha. Muy borracha.

Empujo las caderas y me empotro contra la boca del hombre, que lame y me recorre con codicia. Enredo los dedos en su pelo y lo atraigo y lo aparto, marcando un provocador ritmo. Luego lo libero y mis dedos pasan a ocuparse de sus pezones, se los retuerzo, tiro de ellos, me mojo las yemas en saliva y se los humedezco. Mi ronroneo se transforma en sonoros gemidos cuando la lengua de la mujer recorre mi espina dorsal en dirección ascendente, partiendo del final de la espalda, del vértice que separa las nalgas. Y en vertical baja de nuevo hasta el mismo punto y más allá.

Llega el primer orgasmo y es...
alucinante.

Respiro, ebria de un placer tan irreverente como inesperado, tan crudo como intenso. El morbo que suma la imagen de Mario sentado, grave y callado pero observando cada detalle en la evolución de mi propio deseo, provoca descargas eléctricas en todo mi sistema nervioso.

Me he corrido no sé cuántas veces, me he sometido y he sometido a mis compañeros de cama a las más variadas posturas. He tenido en mi boca el

miembro hinchado de él, el suave sexo depilado de ella. Me he lanzado como una posesa a por esa carne rosada y trémula, le he chupado los pezones al tiempo que él me lamía las nalgas, la hendidura que las separa, y el ano. He vibrado con cada roce insoportablemente eléctrico, he participado activa y entusiasta en esta fiesta privada en la que, al parecer, era invitada de lujo. Ni rastro de afecto, sólo sexo del bueno y en cantidad. No echo en falta las bromas ni los mordisquitos en la oreja, porque el torbellino de excitación llega, me atrapa, arrasa y no me deja pensar en

nada más.

Cuando todo acaba, me quedo dormida, exhausta, laxa. Ella me besa los labios, él, caballeroso, los nudillos, y tras la cortés despedida abandonan el lecho y, después de ponerse unos batines de seda exquisitos, la habitación. Mario se levanta, me cubre con una colcha ligera de terciopelo bordado y me coge en sus brazos. Me acurruco contra su pecho, apenas puedo mantener los ojos abiertos. Entre brumas, veo que salimos por una puerta lateral. Un coche negro y suntuoso aguarda, el chófer se adelanta para franquearnos el paso y luego el olor penetrante del cuero inunda mis

fosas nasales.

—*Cara, cara mía.* —Mario me acaricia el pelo.

Me encojo en su regazo, busco su calor casi a la desesperada y continúo rendida con sus brazos alrededor del cuerpo.

Álex

Ni en mis peores sueños. Ahora comprendo por qué nadie quería hacerse cargo de esta obra infernal. O mato al subsecretario del asistente del coordinador que aconseja al director general, todos con mayúsculas, o me tiro a las vías del tren. Se las han apañado para convertir dos partidas del presupuesto en una batalla campal, una maldita pescadilla que se muerde la cola, exigiendo bajo cuerda y sin que se note un incremento

de los precios para llevarse un pellizco. Por ahí no paso. Les he dejado claro que mi visto bueno siempre apoyará el mejor equilibrio coste-calidad, aunque la decisión última la tengan ellos. Si se dejaran de tapujos y de falsa honestidad iríamos directos al meollo de la cuestión, pero no, quieren implicarme, pretenden que los crea honrados y se sacan del bolsillo mil pretextos absurdos para convencerme. El resultado es una tensión que puede cortarse con cuchillo, un retraso considerable del proyecto y el fin de las comilonas y el colequeo con que me recibieron días atrás.

Otro añadido a mi lista de enemigos.

Me he convertido en un paria con casco amarillo, que cada mañana aparece y, contra viento y marea y sin aplausos, hace su trabajo hasta donde se lo permiten. Puede incluso que antes de rematar los certificados decida arrancarle la cabeza a alguien. Qué asco me da todo, no se merecen el sitio precioso donde viven. La primavera ha explotado en Sevilla como sólo puede hacerlo, de forma espectacular. Las calles huelen a flores y la temperatura es templada y acariciadora, una delicia. Pero yo tengo rota el alma.

Mi penúltima copa en Málaga, antes de venir, fue con Antonio. La última fue una cogorza de premio que me llevó a mi casa a cuatro patas, vomitando en los arriates, con Víctor y cinco tías de las que no sabíamos ni el puto nombre. Follamos hasta hartarnos y luego se quedaron durmiendo en el salón con los colchones de la habitación de invitados tirados por el suelo.

A lo que iba. Antonio. Su proximidad con Sofía a través de Ximena lo convierte en mi favorito y también el amigo del que con más afán huyo. Él me informa, me refresca la memoria y me impide relegar su recuerdo a las capas profundas de ese submundo llamado mente emocional, desde donde me duele como si fuese el primer día. Detecto que ha recibido el encargo de callar, de ser discreto. Sé que Sofía sale con otro, no debe de querer saber absolutamente nada de mí, de modo que a Antonio más bien lo sonsaco con paciencia para obtener migajas. Algo es algo.

Esta vez, sin embargo, noté algo distinto. Sonaba a disculpa contenida, no lo sé bien, tampoco se supo explicar. Fue un matiz muy sutil en la manera en que sentenciaba «lo vuestro era una mierda como un piano

de cola, sin futuro ninguno», o sus «sois como el agua y el jodido aceite, olvídate de ella». Lo decía sin querer decirlo. Igual ha surgido una nueva oportunidad de que Sofía perdone mis errores y Antonio no se atreve a darla por segura.

Gracias a los contactos municipales, he alquilado un pequeño ático muy soleado desde el que domino toda la plaza delantera. Suelo pasarme el día fuera, vagabundeando por la obra y martirizando a los jefes, que están acostumbrados a ir bastante más por libre. Seguro que desde que cogieron por primera vez el palustre, nunca les ha caído encima un arquitecto más plasta. Pero mi humor ha sufrido un serio envite y mantenerme ocupado es el único modo de no enloquecer.

Hoy es viernes, joder, viernes de nuevo. El día de la semana que hila con nuestras noches de risas, cerveza y besos en el centro histórico de Málaga. A Sofía le encantaría salir de copas por Sevilla, recorreríamos estas calles agarrados por la cintura y ella me miraría de vez en cuando con sus ojazos sobrenaturales. Quizá yo me iría desoxidando y acabaría confesándole... En fin, mejor lo aparco.

Los de la obra desaparecen a la hora de comer y yo me he venido buscando compañía anónima al Bar de Antoñete, cerca del apartamento. El tipo ya me conoce de alguna que otra vez y el menú se compone de deliciosa comida casera. Es casi como volver a casa. Mientras espero que lleguen las albóndigas con salsa de almendra, hojeo el periódico local. Alcanzo las últimas páginas justo cuando el plato me pasa por delante de la nariz y cae en la mesa.

—Jefe, ¿el teatro Lope de Vega queda muy lejos de aquí? —le pregunto al camarero, que va y viene cargado de bandejas. Me he enclaustrado en una mesa pequeña al fondo, porque el local, a pesar de que no es temprano, está a rebosar.

—Qué va, *miarma*, está aquí mismito, en pleno casco viejo.

—¿Sabe algo de este show? ¿Le ha comentado alguien si merece la pena?

Dejo colgada en el aire la pregunta, porque el camarero luce unas patillas a lo Camarón que cantan por sí solas sus gustos musicales.

Agacha la cabeza y la hunde en la página impresa. Levanta la comisura del labio y se encoge de hombros.

—Yo es que como me saques del flamenquito...

—Entiendo, entiendo. —Sonrío cortés. Ya decía yo que aplaudiendo a Freddy Mercury como que no.

Doblo el diario, sonrío de oreja a oreja para que se le pase el apuro y le confieso mi secreto.

—Creo que voy a comprarme unas entradas para esta noche.

Evito decir que no tengo nada mejor que hacer.

—Di que sí, *miarma*, a las mujeres eso de acicalarse y que las saques de picos pardos antes del domingo las vuelve locas. —Remata la sentencia con un guiño pícaro que interpreto como «Y si la parienta está contenta, luego, ya sabes».

Me chifla Queen y anuncian un espectáculo alucinante, la *Queen Symphonic Rhapsody*, que no me perdería ni borracho en caso de tener a Sofía conmigo.

Qué cojones. Estando solo tampoco me la pierdo. Dos cosas. Una, la buena música es para flipar con los ojos cerrados bien recostado en tu butaca. Dos, Sofía está fuera de mi historia, punto final. Sacaré dos entradas en las primeras filas en cuanto acabe de almorzar... Ha vuelto a traicionarme el inconsciente,

joder. Me revuelvo el pelo, me escuecen los ojos. Dos entradas no, una. Una sola.

Sofía

Amanece, que no es poco. Afrodisia es una maravilla de los laboratorios modernos: llegó, hizo su efecto elevándome a lo más alto y, al irse, no dejó huella. Sin resaca, sin síntomas de intoxicación, en perfecta forma y más despejada y optimista que nunca. Mientras Mario y yo damos cuenta de un abundante desayuno en Puerto Banús antes del retorno, insisto en que me cuente cosas acerca de su padre. No es

la primera vez que se lo pido y siempre se escabulle.

Juro que ni en sueños me esperaba un NO tan tajante. Me deja cortada. Mario tiene, por encima de su amabilidad indiscutible, una fortaleza de carácter que no admite réplicas. Una mezcla entre seda y hormigón que cuando salta te desconcierta. Cambia de tercio.

—Dime una cosa. Anoche...

—Disfruté.

Lo saco de dudas con la respuesta escueta y una sosegada sonrisa que él rápidamente imita. Espero, pero lo único que hace es avisar al camarero y

pagar la cuenta.

Me ofrece la mano cual galán romántico, la acepto y salimos al sol de un día espléndido.

—¿No fue demasiado? —insiste.

Quiere que le explique lo que sentí, cuando lo cierto es que no podría definirlo ni echando mano de otro idioma. Morbo, apasionamiento, disloque de los sentidos, sexo en libertad, diversión...

—Nada es demasiado en el entorno apropiado —replico, tiñendo mi frase de misterio—. Supongo.

—Magnífico.

Me rodea la cintura y me atrae. Es

como si acabara de estampar en mi frente un sello con las palabras «propiedad privada». Así me siento.

Lo nuestro va lento. O debería decir «lo mío». Querría siempre responder a su euforia con idéntico entusiasmo, pero no puede ser, no siempre me sale, la emoción no está ahí llamando a la puerta, esperando que abran. Álex tira todavía, para mi desgracia, de muchas de mis intenciones. Demasiado presente aún...

¿Por qué sigues molestando, ojos verdes?

#OdaALaSoledad

Álex

No me había figurado que la combinación entre piezas clásicas y los temas de mis venerados Queen llegase a emocionarme tanto. Joder, estoy llorando como un niño de teta. Esta penumbra íntima a mi alrededor, esos acordes que se te meten dentro y te desgarran el pecho, ese maremágnum de sensaciones envueltas en

música... Llegan e impactan recuerdos absurdos, otros muy lógicos. Preguntas sin respuesta, resentimiento, y ese querer dar marcha atrás en el tiempo para modificar alguna pata que ya metí y que poco arreglo tiene. Dejo las lágrimas correr, balsámicas, me lo tomo como una catarsis necesaria, ahora que estoy a oscuras, que nadie me ve y no pueden juzgarme. A veces no entiendo esa obsesión mía por no parecer nunca débil, como si albergar sentimientos que te hacen más humano fuera un error del tamaño de un puente. Algo falla en el modo en que nos educamos, si la indiferencia se premia y las emociones se amordazan.

Salgo de la sala dando tumbos, desesperado por fumar un cigarrillo. La ansiedad va en aumento y la reprimo a base de pitillos. Tengo que dejarlo, o cuando vuelva al gimnasio, mi maestro me tendrá tres meses de cara a la pared. Sera el último, me prometo con la boca chica. Lo enciendo, enfrento la calle desde la puerta principal, doy un par de caladas y, como me aburro, lo tiro al suelo y vuelvo adentro.

Han montado una parafernalia impresionante en el recibidor del teatro, ya de por sí fastuoso: dos o tres

tiendas abarrotadas de *merchandising* de todo tipo, desde camisetas y diademas luminosas de los chinos hasta jarras con el logo del espectáculo. Una barra de bar añadida y decorada en plan galáctico es el imán preferente de estas hordas enloquecidas, para mi sorpresa de todas las edades, que agitan billetes de veinte boniatos por encima de sus cabezas y lanzan alaridos para conseguir antes la mercancía. Ideal.

Pido un whisky sólo aprovechándome de mi altura y de que la camarera enseguida vuelve hacia mí sus ojos de princesa enamorada. Me grita que tan sólo tiene champán y, aunque esa bebida burbujeante la reservo para momentos menos ingratos, accedo y pago una copa. Me la llevo a los labios un poco catatónico. Aún floto en ese universo paralelo al que me han transportado ciertos temas. *The Great Pretender*,^[25] diablos, oír su letra ha sido como enfrentarme a un puñetero espejo. Y *Bohemian Rhapsody*^[26] me ha catapultado directamente y de cabeza a la nostalgia y la autocompasión. Los coros me han envuelto hasta despedazarme y, como colofón, el *I Was Born to Love You* ^[27] me remata como si una lanza afilada me traspasara el tórax.

Salgo del limbo los segundos justos para reparar en un grupo de chicas que, sin ser quinceañeras, se comportan exactamente igual que si lo fueran: me miran, ríen por lo bajini o tras las manos, cuchichean y se dan codazos. Las miro sin ver, es una mirada reprobadora que les grita que espabilen y dejen de convertirme en el centro de sus bobadas. Curioso, hace siete meses habría podido describir con todo lujo de detalles el largo de sus faldas y el volumen de sus tetas. Hoy no consigo retener en la memoria ni cuántas son.

Dejo el champán a la mitad y desaparezco. Tanta gente ha conseguido agobiarme.

Enfilo la acera y bajo hasta un entramado de callejuelas donde hay un montón de garitos geniales. Me tomaré tres o cuatro whiskies bien cargados y me iré al ático a dormir la mona. Podría bajar a Málaga mañana, ver a los chicos, a la familia, dejar de sentirme tirado, solo y miserable. Pero la mera idea de cruzarme a Sofía por la calle me produce náuseas. Temo acabar haciendo el ridículo arrojándome a sus pies.

Esto no me ha pasado en la vida. Creía que una reacción de este calibre sólo me la produciría la problemática Camila y sus numeritos de teatro barato, sus gritos e insultos donde primero le pillan, pero me equivocaba. Camila ha rogado, sí, me ha enviado mil mensajes a horas intempestivas de la madrugada y ha conseguido que estelle dos móviles nuevecitos contra la pared, pero por fin se ha rendido; no ha vuelto a brotar de entre las sombras, no me perturba. Es ella, joder, la que no está, la que poco a poco me mata.

Entro en un sitio con buena pinta y mucha animación. La música es comercial y moderna, nada que me afloje los mocos de nuevo, así que me arrimo al mostrador y pido lo mío. En un rato, un grupo de mocosas que me resultan conocidas entran y forman un revuelo en el local. Corrijo. De mocosas no tienen nada y no las he visto en mi vida. O sí. Son las de la salida del teatro, me percató, porque vuelven a mirarme y a intercambiar señas. Estoy hasta los huevos de gilipolces. Me marchó, esto es un hervidero de gente desconocida que pasa y me roza como si tuvieran algún derecho.

Activo el primer pie y una de las chicas se acerca

y se coloca en medio. No puedo continuar sin apartarla de un manotazo o saltarle por encima.

—¿Me dejas que te invite a una copa? —me aborda.

Me obligo a sonreír, sólo de medio lado.

—Eso estoy seguro de haberlo oído en alguna película americana, sólo que probablemente sería él quien pagaba.

—Modernizarse o morir —replica ella con una deslumbrante sonrisa.

Es rubia, mucho, casi de ese color escandinavo, dorado extremo, con el pelo cortado enmarcando su mandíbula. Y tiene los ojos azules, no muy grandes pero sí expresivos. La sonrisa es de anuncio, los labios pintados de rojo.

«No, gracias, ya me iba.»

—No seré buena compañía. Ni siquiera seré —le advierto con gravedad.

—No nos lo tomes a mal; es viernes, queremos divertirnos y tú estás solo y de infarto, no puedes culparnos por intentarlo.

Río con amargura. Al bajar los ojos, recorro la silueta menuda de esta chica atrevida, su vestido

escueto y sexi, sus piernas desnudas y los altos tacones.

—Ahora entiendo cómo os sentís cuando os buitreamos.

—Venga, tómate una copa conmigo —insiste.

Es inmune al desaliento.

—Se trata de una apuesta, ¿acierto?

Contonea las caderas, me está respondiendo con una especie de bailoteo simpático que desmorona un poco mis defensas.

—Vamos a dejarlo en intriga.

—De acuerdo. Tú. La caterva —señalo desdeñoso al resto del grupo, que siguen pendientes de nuestra escena— que se mantenga lejos.

La rubia gira sobre sus mareantes tacones, se mete los dedos en la boca y lanza un silbido a lo cabrero que me deja estupefacto. Las amigas se cuadran todas a una.

—A lo vuestro y sin molestar —las alecciona.

Dicho y hecho. El grupo vuelve a compactarse y ahora sólo distingo melenas alisadas, espaldas y traseros redondos.

—Vaya, menudo adiestramiento, disciplina militar

—me admiro.

—Bah, les he guiñado un ojo. —Me tiende una mano pequeña—. Me llamo Sienna. Gracias por aceptar el reto de una copa.

—Es lo menos que puedo hacer por ti. —Acepto esa mano y la cubro con la mía—. Me has quitado de encima un montón de fans enardecidas.

—Engreído...

Sí, sí, engreído. Pero las componentes del grupito continúan mirándome por turnos el paquete con cara de psicópatas pervertidas.

—Soy Álex.

Por fin me suelta la mano. Me revuelvo el pelo, algo nervioso, y la chica sigue, embobada, el regreso de mi mano a su lugar.

—Wooo, no hagas eso si pretendes salir de aquí entero.

—Acabas de llamarme engreído... —me burlo, mirando al techo con dramatismo—, un poco de coherencia, por favor...

—Olvídalo. Eres majo.

—¿Cuándo llega ese copazo?

—¿Te han roto el corazón?

—Algo así. Como en un millón de pedazos.

—Menuda mierda. Bienvenido al club.

¡Camarero!

Nos contamos nuestras penas. Cuando nos hartamos del bar, Sienna les dice adiós a sus amigas, que me devoran con ojos de hienas hambrientas, nos vamos y aterrizamos en otro, luego paseamos a la luz de la luna a orillas del Guadalquivir. No puedo creer que esté siendo tan sencillo sacar fuera toda esta rabia y que la joven esté atendiéndome respetuosa, en lugar de interrumpirme cada dos frases con un «No me jodas, so maricón». Creo que alteraré algunos principios inmutables de mi filosofía de vida y empezaré a confiarme a chicas, son más sensibles. Hasta ahora lo hacía con mi hermana, pero parece que algo ha fastidiado su platónica relación con Sofía, pues no quiere ni oír hablar de ella. Puede que después de todo no sea yo el raro.

A eso de las tres de la madrugada, acompaño a Sienna al hotel donde se hospeda, nos damos el uno al otro las gracias por la compañía, los consejos y las

copas varias, no intercambiamos fluidos ni promesas, ni siquiera números de teléfono. Nos despedimos como adultos honorables. Todo muy casto.

Álex Conde y el adjetivo «casto» solían ser radicalmente opuestos.

Ha debido de abducirme un jodido extraterrestre.

Sofía

Decidimos pasar otra noche con faldas y a lo loco. En Benalmádena descubrimos un local algo cutre, con música en directo, donde nos desmelenamos. La decoración será para suicidarse, pero los combinados los carga el diablo y suben que da gusto. Todo el mundo se retuerce al vertiginoso ritmo de

Dangerous, [28] de David Guetta, y justo cuando el solista afirma que las cosas empiezan a ponerse serias entre él y la chica, Mario me dedica una mirada que me traspasa. Sus pupilas abrasan. Me paraliza con la copa en la mano, la garganta seca y el ruido sobrevolándome. Esto corre demasiado. Es un instante íntimo, sólo de los dos y sumamente especial, que me acerca a su universo, sin reservas. Dejo mis labios a escasos centímetros de su boca y lo miro a través de las pestañas.

—Mario, yo...

No tengo muy claro lo que quiero pedirle, una especie de entrega devota,

algo que dure eternamente y me rescate de otros amores más dolorosos. Cada uno clava las pupilas en los ojos del otro, dos miradas cargadas de necesidad. Me olvido de que una de mis manos sostiene una copa, enrosco los brazos en torno al cuello de mi chico y pego sus labios a los míos. Lenguas que juguetean, que se buscan y se encuentran al ritmo satánico de esta canción tan sensual. Dios mío, ¿qué siento? ¿Lo quiero? Al menos sé que en estos momentos lo deseo con cada fibra de mi ser. Pero la música cambia y rompe el encanto en mil pedazos. Ahora suena una versión disco del himno americano y de

detrás de la barra salen unas chicas guapísimas, con minifalda y los pechos al aire disimulados bajo la bandera yanqui pintada a pelo en la piel. Contonean las caderas y agitan unos pequeños pompones por encima de sus chisteras colocadas sobre las melenas de Barbie. Tres de ellas me ponen el ojo encima y vienen danzando entre el barullo, como tres misiles teledirigidos. No hay intercambio de palabras, sólo acciones clarísimas. Entiendo que me reclaman, ignoro para qué, pero el tirón del ambiente es demasiado poderoso y me dejo arrastrar sin mirar atrás. Las chicas me empujan hasta un biombo y

muchas manos se posan sobre mí al mismo tiempo, me despojan de la ropa, del sujetador. No puedo dejar de reír, me están pintando de azul las tetas. Azul, rojo, barras blancas y estrellas. ¡Soy una bandera humana que se menea! Con volumen y en relieve. Bum, bum, bum.

El DJ vuelve a cambiar y, en mitad de nuestro alocado bailoteo, con las luces girando, asegurando el mareo, la versión que Amy Winehouse hace del *Will You Still Love Me Tomorrow*,[\[29\]](#) trae a rastras mis sentimientos por Álex, la eterna pregunta acerca del mañana que tanto me martirizó.

Quiero más alcohol, beber para

olvidar, hasta que me salga por las orejas. Bien por Mario, que me empuja a huir de Málaga para corrernos las juergas. Así evito encontrármelo.

Mis nuevas amigas tiran de mí en direcciones opuestas y yo me dejo zarandear, porque en realidad no me importa. A los tíos les fascina sacarse fotos con nuestras tetas pintadas, haciendo como que las estrujan pero sin atreverse. Son casi todos turistas, están borrachos y resultan inofensivos, sólo buscan divertirse un poco a lo loco, como nosotras. De repente, una mano se estampa contra mi trasero y me sobresalta. Si no sigue apretando,

tampoco me molesta. Estoy embotada, lo único que quiero es continuar intoxicándome, reír y cantar en inglés, por descontado inventándome la letra. Pero el dueño de la mano se arrima más de lo conveniente y si ando pedo para permitir que me soben, también lo estoy para endiñarle un botellazo al que se me ponga a tiro.

—¡Eh!

—¡Ya está bien! —brama una voz a mi espalda—. ¡Largo!

La alta figura de Mario se interpone entre el turista pelirrojo manos largas y yo. Me ha cubierto el torso desnudo con su chaqueta y le clava al enemigo una

mirada como un cañón de protones. Da miedo, me corta el aliento, y el pelirrojo, seguramente escocés, levanta las palmas y las muestra en son de paz. Se retira algo tambaleante y vuelve a reunirse con sus amigos. Otra habrá que se deje palpar las domingas.

—No pasa nada —trato de suavizar el enfado de mi chico—, ni siquiera me ha rozado.

Mario sigue candente, ni atiende a mis esfuerzos siquiera.

—Hijo de la gran...

—Eh, eh, eh... —Empiezo a rezumar indignación—. La otra noche me follaron delante de tus narices como si

no hubiese un mañana. ¿Cuál es la diferencia?

—Este tipo es un asqueroso chulo de bar, un cerdo sudado y ebrio, que perderá los dientes como se acerque otra vez.

—¡Frena, vaquero! —exclamo. Le cojo la cara con las manos y lo insto a que aparte los ojos del grupo. Son muchos y podemos acabar a cabezazos, como en las peleas del Oeste—. ¿Con uno te sientas y miras a punto de correrte y con otro pierdes los nervios?

—Sofía, son cosas distintas.

Ya. Lo serán para él. Yo no entiendo nada.

Alarga el brazo para asirme, pero yo me zafo de un manotazo. Una rabia efervescente sube por mi estómago y me enciende.

—Diferentes según tu jodido criterio, que no siempre coincide con el mío. Te gusta el morbo, las situaciones límite. ¿Y yo qué? ¿Qué hay de lo que opine yo?

Me doy cuenta de que estoy gritando desaforada. Busco mi ropa entre la gente, pero no localizo el biombo tras el que me han llevado las chicas. Me doy por vencida, meto los brazos en las mangas de la chaqueta de Mario y, con el cráneo a punto de explotar, me la

cruzo por delante y me abrazo para contrarrestar los escalofríos que empiezan a llegar.

—¡Escucha, Sofía!

—¡Dijiste que podría decidir, que tenía la última palabra!

—Sofía, joder...

—Vete a la mierda.

Salgo disparada en dirección a la puerta.

#AquíMandoYo

Mario hace lo que puede por seguirme, pero su envergadura lo dificulta bastante. Soy más pequeña y me cuelo entre los huecos, por debajo de los brazos de los bailarines que agitan sus jarras de cerveza y blasfeman a grandes

voces. Me lanzo fuera y el frío infame de la calle me corta la respiración. Paro un taxi, decidida a volver sola a casa, pero maldito sea el caso que me hace; pasa de largo, rechinando rueda a un palmo de atropellarme.

—Sofía, ¿quieres parar?

—No me da la gana.

—¿A qué viene esta estupidez? ¿Qué coño te pasa?

Me revuelvo como una loba herida.

—Si quieres saber lo que es un sopapo con doble giro y tirabuzón, ponme una mano encima —lo amenazo, mascando cólera como si fuese chicle.

—Vaya si te han sentado mal las

copas —silba poco impresionado. Lo que, por supuesto, incrementa mi enfado.

—Eres un controlador de narices. Escondido bajo esa sonrisa que desarma, o se hace tu santa voluntad o tiramos a la puta al río. La puta debo de ser yo, dicho sea de paso.

Con el ímpetu, los mechones me caen sobre la cara. Dejo de ver.

—No hables así. —Mario trata de apartarlos. No permito ni que se acerque.

—Hablo como me sale del hígado, porque estoy enfadada, rabiosa y llevo encima una mierda monumental. ¡Oh! Me temo que al señorito le disgusta cuando

no me comporto —escupo, sin rastro de remordimiento en la voz—. Y es que de vez en cuando me olvido los modales en un cajón de la cómoda. También deberías saberlo.

Camino un par de pasos y regreso, porque en realidad no voy a ninguna parte.

—Estoy hasta los ovarios de tu control obsesivo. Lo que hacemos, lo que comemos, adónde vamos. Baila, no bailes, llama a Ximena ahora, espera una jodida hora y catorce minutos y medio... Estando contigo todo se vuelven reglas, eres un maniático de la manipulación. —Vuelvo al borde de la

acera—. ¿Dónde coño se coge un taxi en este pueblo?

En efecto. En tantos días he llamado a Ximena tres veces, las mismas que el propio Mario ha marcado su número en el móvil y me lo ha pasado, como concediéndome sus bendiciones. Y la he visitado menos aún. Estoy literalmente retenida por mi pareja.

—¿Ya tienes en tu teléfono el número de mi amiga? —le pregunté en su día, algo sorprendida de ver escrito el nombre con todas sus letras.

—Sí, para que te sea más fácil llamarla.

—Me lo sé de carrerilla, gracias —

refunfuñé.

Fue raro. Me lo tomé como una especie de invasión.

Se llame como se llame, tengo una relación con este hombre, no debería molestarme que haga este tipo de cosas, pero la intensidad y naturaleza de mis quereres fluctúan, van y vienen.

A veces lo amo, a veces me sobra, pero casi siempre lo necesito. Empiezo a comprender la inseguridad de Álex, lo voluble de su temperamento, cómo debía de sentirse sin quererme en serio, porque cuando el amor es auténtico, no se duda.

—¿Has terminado con el rosario de

recriminaciones? —me espeta Mario.

Me sobresalto, porque, tras desfogarme, he vuelto a distraerme y andaba disipada y lejos.

No me da tiempo a contestar. Se cansa de soportar mis desmanes. Da un paso adelante, agarra mi rostro y mi nuca y me besa con una pasión impaciente que supera todas mis expectativas. Apretar los labios no sirve de nada, los fuertes dedos de Mario resbalan a lo largo de mi cuello, dibujan breves ondas sobre mi escote y retienen mis muñecas con el fin de inmovilizarme. Acabo rindiéndome al enemigo. Entreabro la boca, separo los

dientes, me entrego a su posesivo asalto y hasta colaboro de buen grado.

Se detiene un taxi, porque cuando el beso infinito se nos agota, Mario agita la mano libre y tiene más suerte que yo.

Por desgracia, el trayecto de vuelta basta para que recupere mi retorcido mal genio. Ignoro de dónde nace ni por qué, pero aquí está, me llena el pecho y no sé cómo gestionarlo. Habíamos quedado en pasar la noche en mi apartamento. Mierda, ahora la idea me escuece.

Cierro de un portazo el baño y meto la cabeza debajo del grifo de la bañera, sin molestarme en quitarme el

maquillaje. Estoy fatal, con el cerebro relleno de goma espuma, aturdida y cabreada. Tardo muchísimo en salir. No se oyen ruidos en la habitación, Mario no me reclama. Ya casi no puedo mantener abiertos los ojos y la cama, aunque preparada, sigue vacía.

De puntillas, me acerco a la puerta que comunica con el saloncito y echo un vistazo. Se ha tumbado en el sofá, dándome la espalda. No sé si duerme, no me aventuro a averiguarlo. Regreso al dormitorio. Descansar es lo primero y mi inspección acaba aquí.

Todo lo que alcanzamos a hacer por la mañana es hablar lo indispensable. Mario ni siquiera come, se limita a engullir capuchinos, uno detrás de otro.

—Tengo un nudo de nervios cogido al estómago —digo al fin, por romper este hielo tan tenso y tan absurdo.

—El vértigo de lo que se avecina —contesta.

Sé que se refiere a mi aventura como autora.

—Será eso. Y la resaca. —Voy a poner todo de mi parte. Todo—. Iniciar esto a tu lado lo convierte en una de las mejores experiencias de mi vida entera, en serio. —Le sonrío y él me sigue,

diría que aliviado.

—Un placer —responde un poco seco.

—Además de eso —suelto con toda la intención.

—Sofía, no quiero que sigamos enfadados. Anoche...

Levanto la palma extendida.

—Anoche me convertí en una perra en celo, soy consciente, olvídale. Creo que me he tomado demasiado en serio lo de «soy una salvaje Sofía liberada, no pasa nada si cometo alguna locura o pierdo el control».

—Y es que es verdad, no pasa nada. Lo que uno realmente desea no se sabe,

se descubre.

Sorbo ruidosa y ladeo el cuello.

—Bueno, puede.

Cierra un instante los ojos y, por segunda vez, sonrío. Una sonrisa que podría arramplar con la Guerra Fría mundial si se le antojara.

—Venga, esto no pasa de ser una riña tonta de las muchas que vendrán. ¿Te haces una idea de lo ancha y lo a gusto que he dormido esta noche?

Finge enfadarse. Con el dedo masajeo su cejo fruncido hasta que lo afloja.

—Que no, que es mentira, he echado mucho en falta tu bultito caliente.

—¿De verdad?

—De la buena. Los Echegaray no hablamos por hablar.

Coge mi mano y entrelaza mis dedos con los suyos. Los arrulla.

—Tengo algo que contarte —dice—. Querías mi historia.

Vaya, no es esto lo que esperaba, pero sí, claro que quiero. Quiero que mi profesor Jones deje de ser un insondable misterio. Lo aliento con una mirada que brilla.

—No tuve una niñez fácil —empieza—. Y no me psicoanalices —se

adelanta. En cuanto me ve abrir la boca, me adivina las intenciones—. He tratado de lidiar con mis monstruos lo mejor que sé, probablemente aún quede mucho trabajo por hacer, no lo niego. Estoy en el camino, eso es todo.

—Prometo mantenerme callada.

—¿Hasta que acabe? —Me mira con suspicacia y un ojo un poco cerrado.

—Hasta el final —aseguro solemne.

La sonrisa torcida de Mario es una oda a la burla.

—No me lo creo, pero torres más altas han caído.

Tengo la impresión de que alarga de forma artificial el momento de la

confesión.

—Pero bueno, ¡arranca ya! —
reclamo.

—Primero otro capuchino, para
amenizar el mal trago. —Se mueve hasta
la máquina del café.

—No creo que sea para tanto,
exagerado. —¿Lo es?

—Puede que no para ti escucharlo,
pero sí para mí rescatarlo de las
profundidades —gime, repentinamente
sombrió.

Me avergüenzo de mi extraña
capacidad para relativizarlo todo.

—Tienes razón, lo siento. A veces
no mido la intensidad de los sacrificios

ajenos. —Le paso una mano por el antebrazo—. Oye, no tienes que hacerlo. Si te resulta doloroso, déjalo, no me debes ninguna explicación y menos de cuando eras crío. Yo...

Hace un gesto con la mano en alto indicándome que me calle y me recuerda que he prometido respetar su turno de palabra. Aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—No, en serio, quiero quitarme este peso de encima. Tengo la sensación de estar ocultándote una parte importante de mi vida y no lo soporto.

—Empiezas a asustarme...

Echo atrás la espalda, pero no puedo

escapar, me encuentro con el respaldo del asiento. Entretanto, su café de cápsula está listo y vuelve a sentarse a mi lado.

—Mi familia materna es española, de Sevilla, ya te lo dije. La paterna siciliana. Mi madre abandonó a mi padre cuando yo no había cumplido los dos años. —Emite un suspiro suave que incrementa la emoción del relato—. Digamos que no soportaba ciertas peculiaridades del modo en que él se ganaba la vida.

—¿Pasaba mucho tiempo fuera de casa? —indago, rebosando inocencia.

—Era un capo de la mafia siciliana.

De los más poderosos y sanguinarios.

#ÉsteSoyYo

Se me forma una bola instantánea en la garganta. No quiero parecer una mojigata impresionable, pero se me escapa un:

—¡Joder! ¿De los que cortan cabezas de caballo?

—De los que cortan todo lo que se les ponga por delante y estorbe, sin que les tiemble el pulso.

Trago saliva y bebo. Bebo hasta apurar el fondo.

—Empiezo a entender a tu madre.

—El caso es que ella lo amaba. Desesperadamente. Sufrió muchísimo aquella separación, sólo la recuerdo llorando y mirando por la ventana, como si esperase verlo aparecer en cualquier momento... o temiéndolo. Más tarde entendería que era una inmanejable mezcla de terror, ansiedad y nostalgia. Mi madre no respiraba pensando que un sicario enviado por mi padre se

presentaría y nos obligaría a volver. Incluso algo peor, los abandonos conyugales y las humillaciones no están bien vistos en ese submundo social al que él pertenecía.

No me atrevo a hacer el más mínimo comentario, pero los ojos se me abren como platos. Es Mario quien guía mi mano hacia con la taza de té sujeta hasta mis labios y me anima a beber.

—Eso nunca sucedió y creo que la mató de igual forma: su amor renunciaba a ella con demasiada facilidad, sin los típicos dramas sicilianos, ya sabes, gritos, llantos, golpes en el pecho, muchos lamentos, todo muy histriónico,

como a ellos les gusta. Era la prueba irrefutable de que no le importábamos casi nada.

Recupero la voz.

—Pero ¿no vino a veros? ¿Nunca?

—Jamás. Olvidé su cara y la de mi hermano mayor, que permaneció a su lado. Triste, pero seguro. Según mi madre, su marido era una buena alma dentro del cuerpo equivocado. En todos esos años no se desentendió de nosotros, se ocupó de que no nos faltase de nada, que tuviésemos una vida cómoda, sin penalidades... Hace año y medio me notificaron su muerte. Por extraño que parezca, un infarto. Fue natural, nadie lo

ejecutó en un callejón oscuro y se deshizo de su cadáver en el mar.

—¿Hace falta ser tan macabro? —pregunto, con un escalofrío recorriéndome la espina dorsal. Era su padre, por amor de Dios.

—Supongo que tomármelo con humor es la única forma de no traumatizarme de por vida. Siempre me pregunto qué habrá sido de ese hermano que dejamos en Sicilia y del que nunca recibí ni una tarjeta por Navidad.

—Imagino que es él quien ha recogido el testigo de tu padre al frente de sus... negocios. —Modulo la voz para que no revele ninguna intención

malsana. Mario no es responsable de las actividades familiares, ese rosario seguro de crímenes no es cosa suya.

—Sí. Cuando murió mi madre yo tenía sólo dieciséis años y me dediqué a esconderme, muerto de miedo, convencido de que entonces sí vendrían a por mí.

—Pero... no pasó.

—No. Y la herencia que mi padre me dejó me garantiza no tener que trabajar el resto de mi vida.

Joder, vaya suerte.

—Pero trabajas —objeto, aún muy confusa.

—Me subiría por las paredes si no

me levántase con un objetivo, pero el respaldo y la tranquilidad de no necesitarlo hacen el camino mucho más llano, te lo aseguro.

—Te creo —digo con un hilo de voz.

—Entenderás entonces por qué puedo regalarte lo que se te antoje. Joyas, vestidos, perfumes, un deportivo, una casa, lo que quieras.

—Mario, ese dinero... —no sé cómo expresarlo sin insultar—, puede estar manchado.

Esboza una sonrisa enigmática.

—No, mis negocios son legales. Y dan de comer a mucha gente, puedes estar segura. Jamás habría aceptado

hacerme cargo de empresas relacionadas con... ya sabes. Mi padre fue uno de los pocos que supo nadar a un tiempo en ambos océanos. —Me cubre la mano con la suya, cálida y enorme. La corriente que nos conecta viaja veloz a lo largo de mi columna y estalla en mis mejillas—. Perdona si me he puesto muy mandón. Es mero impulso protector, a veces se me va de las manos.

Pienso en él y en su madre. En el papel de hombrecito y guardián del hogar que seguramente se adjudicó desde chiquitito, y una sensación tierna se instala en mi estómago. Me dejo embaucar.

—Bah, olvidado.

—No quiero espantarte con esta manera de ser mía, un poco inflexible a veces. Por nada del mundo querría.

—Siempre digo que los hombres insoportables no deberían ser guapos.

—Tenía muchas ganas de enamorarme en serio, Sofía, desde dentro. Conocer a alguien que me importase de verdad, que me acompañe al atravesar este túnel lleno de baches que es la vida.

Oh, Dios. No me ha seguido la broma. Se ha puesto profundo.

—¿Y ha ocurrido?

—No me pongas a prueba,

terciopelo. —Desvía la mirada hacia mi boca y allí la deja.

Quiero devolverle el mismo entusiasmo que tiñe su declaración, pero tengo reseca la garganta y sólo me sale un barboteo. Parece que me estoy ahogando. Deseo creer que se debe a la contundencia de la noticia. Aun así, algo cambia en la forma en que lo miro.

Después de dos meses de correcciones, portadas, contraportadas y galeradas, el pistoletazo de salida lo da una llamada de Victoria y un mail con el calendario provisional de

presentaciones. Arrancamos en Madrid, a lo grande, con un apretado ramillete de eventos que incluyen entrevistas en prensa, radio, televisión local y nacional.

Ximena está tumbada a lo vago en mi cama. No me equivoqué, el médico le ha recomendado reposo absoluto. Después de mirarla rodeada de cojines, con cara de haberse metido un chute de placer enlatado, me enfrento a un armario que despierta mis ganas de pedir el libro de reclamaciones. Seguramente no tengo razón, vale.

—Como digas lo de «no sé qué ponerme» te despellejo aquí mismo —

me advierte Ximena, afilada como un cuchillo.

—No es eso, cascarrabias, es que son tantas apariciones públicas... Habrá que transmitir personalidad acusada, eso se lleva en el mundo del arte, te hace parecer diferente... —Me quedo cavilando.

Ximena chasquea la lengua.

—Ponte un sombrero estrambótico; si quieres te lo busco.

—Aunque también conviene parecer neutral, lo demasiado estridente cansa.

—¿Qué tiene de malo tu ropa? Es preciosa, joder. Vamos a hacer conjuntos.

—¿Traigo unas revistas y buscamos inspiración?

—Venga. Y tráete también unas rosquillas, el niño pide azúcar.

Di que sí. Échale la culpa al *buggie*...

—Qué poca vergüenza tienes...

La dejo estirándose y preparo una bandeja con la merienda. No dispongo de mucho tiempo, he quedado con Mario para cenar y dar una vuelta por el centro. Luego acabaremos revolcándonos como desquiciados entre sus sábanas de suave satén.

Me falta algo. Me sigue faltando un pedazo de algo para un presente

perfecto. Un pellizco en mi estómago me interroga y me turba, mientras pienso en más diversión del tipo de la que tuvimos. Me descubro deseando más de eso tan morboso que Mario me dio a probar.

No es justo. Es guapo y encantador, es sexi, inteligente, buen conversador. Tengo que coserle la cartera para que no me compre cualquier cosa que me llama la atención en un escaparate, por prohibitivo que sea el precio.

No tengo derecho a quejarme, soy una jodida exigente insatisfecha de la vida. El cielo va a castigarme, me dejará más sola que la una, cuidando

gatos y haciendo patucos de croché, que es lo que me merezco.

Si al menos volviésemos a los juegos...

Se lo propongo con una mesa y un carpaccio de por medio. Su sonrisa se ensancha.

—¿En serio te apetece?

Dios, es más que eso, lo necesito para sentirme viva de nuevo; ese disparo de deseo perverso, la química desbordada, la pasión sin freno... Asiento con entusiasmo. Mario saca una pequeña Moleskine del bolsillo de su

cazadora de cuero. Debajo lleva un jersey de pico azul que Álex jamás de los jamases se pondría, y camisa vaquera.

—Ya sé que no es definitivo, pero he copiado tu calendario de presentaciones. Hay clubs casi en todas partes.

Parpadeo asombrada. Parte de la frase no la he captado.

—¿Piensas acompañarme?

—No te dejaría sola por nada del mundo.

—Hace que me sienta terriblemente culpable.—Me llevo una mano al pecho—
—No puedes descuidar tu trabajo de ese modo.

Me hace callar con un gesto a medias cariñoso, a medias autoritario. Acabo de recordar que sólo trabaja para pasar el rato, pero que en realidad no lo necesita.

—¿Te gustaría vivir esto a mi lado? —me pregunta. Esos hoyuelos me desarman.

—Un montón —resumo en pocas palabras.

Nos besamos por encima de la mesa. Los pequeños detalles amorosos que hacen especial a Mario. Piedra a piedra se construyen los castillos.

Pedruscos como los que relucen en la joyería a la que me arrastra acabado

el almuerzo. Salto de un mostrador a otro completamente abducida por el brillo sobrenatural de los diamantes. Lo de menos es el tamaño, es la forma en que centellean hasta cegarte.

—¿Quieres uno? —me pregunta Mario sin yo esperarlo.

Parpadeo atónita antes de comprender que sigue de coña.

—De acuerdo, uno bien gordo que no me quepa en el dedo y que cueste lo mismo que un piso —decido, poniendo voz de teleñeco.

—Y con menos no nos conformamos —completa él la frase. Me coge de la mano y me conduce al expositor de los

solitarios—. Dime cuál te gusta.

Su tono dispara mis alarmas. Lo miro con miedo.

—Bromeas, claro.

—En absoluto. Venga, elige uno, el que más te guste, uno bien gordo que no te quepa en el dedo y que cueste lo mismo que...

Sonrío tensa. El empleado de Gomez&Molina, un afroamericano talla armario de tres cuerpos, pulcro, embutido en un Armani a punto de estallar por las costuras, se ha tomado en serio la oferta de Mario y está desplegando una docena de expositores almohadillados desde donde los

solitarios más preciosos me hacen guiños. Tardo medio segundo en ponerme bizca. Abro la boca, pero sin emitir sonidos.

—Te recuerdo que tengo una American Express echando fuego en el bolsillo, y muchas ganas de complacerte —me susurra Mario al oído.

Mis vellos vuelan, todos en pie.

—Sí, pero no hasta este punto escandaloso.

Frunce el entrecejo. Cualquiera diría que mi más que sensato rechazo lo ofende.

—¿No quieres un brillante?

Niego con la cabeza. Debe de estar

loco, cualquiera de estas chucherías cuesta un pastizal y el sueldo de varios meses de un humano. Y lo que desde luego no quiero es un anillo de compromiso. No.

—Qué chica tan rara. Creía que los diamantes eran los mejores amigos de una mujer y... comoquiera que siga la canción.

Me agarro juguetona de su brazo. Trato de limarle el mal humor.

—Tú eres mi mejor amigo, brillas igual, no necesito asegurarte y además hablas. Tengo reventados los pies con estos zapatos, te invito a merendar.

Acepta sin discutir, sin imponer

nada, convirtiendo un mal trago en un momento perfecto, amable, que me une un poquito más a él.

Armada con mi novela, salgo al mundo. Para el estreno en Madrid he seleccionado un conjunto de pantalón, chaqueta amarilla y camiseta de Bart Simpson debajo. Paso por la peluquería, donde me alisan la melena con unos bucles divinos en las puntas. Estoy tan nerviosa que me repiquetean las rodillas. La campaña de publicidad previa al evento ha sido bestial, no creo merecer tanto bombo; lo único que han

conseguido es acrecentar mi pánico a defraudar, a no estar a la altura de las circunstancias. Pero las cifras que arroja la preventa antes del lanzamiento son apabullantes, permiten optimismo sin remordimientos.

Me planto delante de Mario y, como me hace una seña en forma de tirabuzón con el dedo, giro sobre las puntas de los zapatos y le muestro el resultado de tanto desvelo.

—Preciosa, terciopelo.

—Y atacada de los nervios.

Cojo carrerilla, corro hacia él y, sin importarme un comino que se me arrugue la ropa, pego un salto y me

encaramo a su cintura. Me engancho a su cuello y, mientras busco su boca con la mía, asumiendo que perderé el lápiz de labios en acto de servicio, su erección se me clava en la entrepierna y me arranca un suspiro. Estoy hambrienta, ansío un subidón de adrenalina que me colme... y me calme a partes iguales.

—¿Me deseas suerte desde dentro?

—Tiño de insinuación la frase.

Mario aspira el perfume de mi pelo.

—¿Nos da tiempo? Qué estupidez de pregunta, parezco un novato.

#TengoUnaNovelaQueV

Me arranca la ropa con desesperación, faltando a su costumbre de doblarla y colocarla en algún respaldo, a salvo de desastres. Moñas, ¿eh? Esta vez la arroja al suelo, cegado por las ganas de tenerme. Su lengua aventaja a la mía,

asola mis rincones, mi arco de cupido, mis comisuras, y luego recorre cadenciosa mi mejilla y busca el lóbulo de la oreja, donde deja un par de pequeños mordiscos. El reguero de besos cae cuello abajo hasta mi escote, ya casi libre de impedimentos, a excepción del sujetador.

—Quítate la ropa, cariño —lo animo.

Mario ha hecho del desnudarse sin dejar de besarme todo un arte, sólo aventajado por Álex Conde, que lo conseguía sin salir de mi interior.

Tengo que conseguir de una vez por todas dejar de compararlos.

En medio minuto sólo nos queda la parte inferior de nuestra ropa íntima. Saltamos a la cama, olvidando que en apenas una hora tendré que comparecer ante una cantidad inconcreta de gente y mostrarme ingeniosa y encantadora. Noto que mi *culotte* se desliza a gran velocidad lejos de mis muslos y cae al suelo. La boca avariciosa de mi chico se interna entre mis pliegues. Arqueo espalda y cuello, mis pechos adquieren el debido protagonismo con los pezones erectos y sensibles. Me los pellizco con suavidad, acompañando el rítmico vaivén de esa lengua húmeda y caliente que se bate sobre mi vulva y empieza a

enloquecerme. Hace rato que he hundido los dedos entre los mechones de Mario y doy breves tirones para marcarle la intensidad de la caricia. Responde a la perfección. Por eso, cuando poso las manos en sus hombros, le doy un tirón sutil y le indico que ascienda, no titubea. Se acomoda entre mis piernas y mi vientre se estremece.

—Sofía, estás empapada.

Como respuesta, entorno los ojos, me mordisqueo el labio y hago lo posible por recordarle a la vampiresa que fui en el club de Marbella.

—De una sola embestida —pido en un susurro semiconsiente—. Entra en

mí.

Lo hace, se interna hasta el fondo de mi ser y me siento plena, deliciosamente herida primero, en casa después, en cuanto mi elástica vagina se amolda y lo arroja. Entonces lo obligo a girar y me coloco encima, a horcajadas, a un paso del orgasmo alucinante que merezco. Sé que la danza de mis pechos cerca de su cara lo vuelve loco. Me lame los pezones, los retiene entre los dientes y tira, yo cabalgo deleitándome en los temblores que anticipan un clímax que no tarda en estallar, como un volcán en erupción. Mario me sigue, lo noto dentro, hincharse y explotar, derramarse

en mis entrañas con un gruñido de profunda satisfacción.

Sé que no me sobra el tiempo, pero me permito el lujo de relajarme sobre su pecho, dejar que me abrace, aún sin separarnos, unidos por el sexo, recuperando dos respiraciones que hace unos segundos han sido jadeos.

—Mario —balbuceo. Él aprieta el abrazo a modo de respuesta—. Gracias por todo. Por estar aquí, por apoyarme. Eres grande, importante en mi vida.

—Me basta con formar parte de ella, terciopelo. Y que tú lo tengas muy claro. —Me besa la coronilla—. El resto me sobra. No hay nada en el mundo que no

haría por ti.

La certeza de su tono me cala hasta los huesos. Me conmueve. Sé que cree en lo que promete y que se entrega con total sinceridad. Yo soy, sin duda, lo que Mario buscaba.

Cuando hago mi entrada triunfal en la librería, mis labios enrojecidos hablan de besos, mis mejillas ruborizadas y el brillo de mis ojos de la más apetitosa de las lujurias. Me devoraba el terror a que no viniera nadie, que pese a las cifras de preventa y todas esas chorradas en las que creo

con reserva, mi libro y la historia que plasmo en él no interesara lo más mínimo a los habitantes de este planeta.

Vuelvo a equivocarme. La librería está a tope, las sillas todas ocupadas, el público de pie, colmando los laterales y el fondo. Oigo la satisfacción tiñendo la voz de mi editora al presentarme como la gran promesa, la revelación en el género que inauguro y que, según sus optimistas vaticinios, dará mucho de que hablar, y el temblor innegable en mis palabras cuando doy las gracias. Me voy envalentonando con el transcurrir de los minutos, con los cabeceos de la gente que apoya mi exposición. Se forma una

burbuja de complicidad entre ellos y yo, tan formidable y gratificante que de buen grado me quedaría toda la noche atendiendo sus consultas personalizadas. Soy por primera vez consciente de que esta novela, escrita desde la humildad, ayudará a muchas personas, y algo parecido al júbilo revienta los diques de mi discreta contención.

—Sólo puedo darte mi más sincera enhorabuena, Sofía; has estado soberbia, aguda, ocurrente, ágil y divertida —dice mi agente durante la cena.

Tanto halago junto me abruma. Mario responde por mí:

—Mi chica es muy valiosa, aún no

sabes cuánto.

—Sí que lo sé, por eso la fiché antes de que otro agente con más atractivos y posibles me la robara.

Me guiña un ojo, pero crea una tensión dialéctica con Mario, encaminada a demostrar a cuál de los dos pertenezco en mayor medida. Siento un vuelco en el estómago y es una pena, porque me empaña un momento inigualable.

Victoria es una profesional como la copa de un pino, un hacha en su oficio, sabe qué teclas hay que tocar para que el piano suene. Tengo la certeza de que mi carrera, si es que de esto sale algo

salvable, está segura en sus manos. Es simpática y amable, pero a Mario parece contrariarle cada vez que abre la boca.

Cenamos en un precioso local, no lejos de la Gran Vía madrileña, y estamos lo que se dice eufóricos. Victoria me da detalles sueltos y entusiastas de los próximos eventos, de la Feria del Libro en junio, de mi siguiente cita en Valencia, Barcelona... Mario se muestra hosco y ausente, como si la cosa no fuera con él, y sólo recupera la humanidad cuando, tras los postres, ella se excusa alegando agotamiento en grado máximo y nos deja

solos.

—¿Unos cócteles? —sugiere—. Hay un sitio por aquí cerca, donde los ponen de muerte súbita.

—Preferiría no moverme más que para saltar a la cama. —Ahogo un bostezo—. Estoy hecha puré, ha sido un día intenso, demasiadas emociones juntas.

La verdad es que me cabrea su actitud cuando Victoria está presente. Él no es así, un puercoespín mudo, es un hombre sensual, dulce y encantador, sumamente educado. Está claro que no la traga. Lo que no sé es por qué.

—Bien, miraremos aquí mismo la

carta de combinados entonces, a ver qué cae.

—¿Qué te disgusta de ella?

—¿De quién?

—No te hagas el tonto. De Victoria, no disimules lo atravesada que la tienes.

Todavía tiene la desfachatez de negarlo, sin apartar de en medio la dichosa cartulina de los cócteles.

—No soy de extremos, Sofía, para que alguien se me atraviere...

No pienso dejar que se escabulla. Hago más firme mi mirada.

—Repito, ¿qué es lo que tanto te desagrada de esa encantadora mujer?

Sus labios se fruncen y toma una

determinación: la de sincerarse.

—Te trata como si le pertenecieses.

—En cierto modo, lo que hago le pertenece —razono.

—Lo que escribes, no te equivoques, y siempre que tú lo permitas.

—¿Y qué hay de malo en eso? Hace su trabajo y lo hace muy bien, Mario, relájate.

—Es una dominante que no admite rivales, nadie que le haga sombra.

Aprieto los labios.

—Supongo que te refieres a ti mismo.

—Decide acerca de tu vida, adónde vas y adónde no vas.

—Compartimos objetivo: vender muchos libros. Iré a donde Victoria diga y organice, mientras sea mi agente, y tú prometerás no volver a desinflarme la ilusión de una tarde perfecta, como acabas de hacer ahora.

Encaja los dientes con fuerza. La rabia hace palpar el pequeño músculo de su mandíbula, pero hace un gesto de tensa rendición, agita las manos delante de mi cara y controla su carácter.

—De acuerdo, será como tú quieras. Quedas en manos de esa bruja, todo sea que luego tengas que arrepentirte.

—No seas agorero, me sorprende tanta rudeza con ella, eso es todo.

Después del tiempo que llevamos juntos, creo que te conozco y tú no...

Su mueca se vuelve afilada.

—No, cielo, en absoluto. Ni cerca estás siquiera de saber qué puedo darte.

Trago saliva. La energía que impregna sus palabras es desconcertante.

—Vamos a tomarnos esa copa y a disfrutar en nuestro hotel con la cama king-size —propongo, desviando la mirada.

—Tengo otros planes —silabea, y pide la cuenta a toda prisa.

Mi estómago da un vuelco.

—¿Conoces algún club aquí en

Madrid...? Dijiste que los había por todas partes.

Levanto la vista y me encuentro sus ojos oscuros clavados en mí. Me estremezco.

—¿Te apetece? —pregunta para asegurarse.

—Claro que sí.

—¿He creado un monstruo?

Entorno los ojos y me hago la interesante. Sí, un monstruo que se aburre.

—Eso parece. Todo es posible en estos días, profesor Jones.

No deja de admirarme el despliegue de medios decorativos de estos locales, digamos peculiares, ideados para que la gente viva su sexualidad en modo osadía, sin trabas, y, no obstante, observando ciertas reglas. Los clientes apoyados en la barra son muy distinguidos y se observan con cordialidad. Cualquiera te aborda con una sonrisa cortés y entabla conversación. A las novatas faltas de tablas como yo, enseguida se nos nota. Tengo además la impresión de que, a mis espaldas, Mario dirige la orquesta y espanta a los pretendientes si no son de su agrado.

De pronto llega un espécimen bien distinto. No he visto a nadie por debajo de una media muy alta, de modo que puedo decir que este tío, que supera al resto, es es-pec-ta-cu-lar. Altísimo, con el pelo muy rubio, un poco de punta. Lleva un traje oscuro y camisa blanca sin corbata, con los tres primeros botones desabrochados. Combina un aire bohemio y trasnochado con una elegancia innata y es pero que muy sexi. Me examina sin disimulo, aquí no es necesario, me ofrece la copa que sostiene en las manos y frunce los labios. No cabe duda de que en el sorteo de la vida le tocó cuerpo de dios y

rostro de follador exitoso. Mis pezones han dado la alerta de bienvenida y la humedad que se concentra en mi entrepierna evidencia mis ganas de guerrear.

—Vamos a ver el espectáculo — oigo decir a Mario, que enlaza mi cintura con gesto posesivo y me aleja del supertipo.

—¿Qué espectáculo? ¿Por qué? — pregunto remoloneando, con las pupilas fijas en el hermoso regalo que dejo atrás, un vikingo del siglo XXI, dispuesto a comerme hasta el código de barras del vestido.

Tengo la sensación de que él también

se decepciona con mi marcha. Soy arrastrada, con suma caballerosidad eso sí, hasta una mesa dispuesta para la cena, con velas y centro floral, en primera fila de una tarima redonda de unos tres metros de diámetro, rodeada por visillos de gasa púrpura que bajan desde el lejano techo.

—Déjate guiar, sé adónde te traigo —me dice Mario, con esa voz cadenciosa con la que suele disipar mis tontas dudas.

El camarero se acerca en cuanto tomamos asiento.

—¿Champán?

—Agua con gas.

Mario gira hacia mí sus ojos perplejos.

—Pero ¿qué dices? Es nuestra noche.

—Me temo que todas son nuestra noche. No quiero acabar como siempre, borracha y a cuatro patas —le explico en un cuchicheo apresurado—. Mañana la resaca será infernal y yo no serviré para nada.

—Tendremos que celebrar tus éxitos, ¿no?

—Mejor serenos —me obstino.

Mario me hace muy poco caso.

—*Veuve Clicquot*, por favor. —Me mira sonriente y pacífico—. Sólo una

copa.

—De acuerdo, una copa.

Qué poca voluntad tengo, si es que en el fondo me gusta ese sabor un poco picante de las burbujas sobre la lengua, y el efecto despertador inmediato sobre mi libido. A la tercera copa de champán no hay quien me pare. No sé qué hacer conmigo, empiezo a necesitar un salvavidas que frene mi declive y parezco tenerlo justo enfrente, vestido de correcto azul marino, con camisa celeste y pañuelo de seda en torno al cuello. Tiene a medio club pendiente de sus evoluciones y el otro medio... del vikingo.

Con un cambio de luces, da comienzo el show. La iluminación general es muy escasa y así sigue, pero se encienden los focos de detrás del improvisado escenario, y quizá alguno más dentro de ese fantasmal círculo protegido con seda. Hay un hombre ahí dentro, tumbado en una especie de cama y, a juzgar por la silueta bien marcada de su entrepierna, completamente desnudo y listo para gozar. La música es insinuante y el cuerpo que se dibuja al trasluz casi perfecto. Podría ser un bailarín o un atleta.

Mario tira de su silla y se coloca a mi lado, hombro con hombro. Rodea mi

cabeza con una mano, me empuja a inclinarla y me besa la sien. A continuación posa la misma mano sobre mi muslo desnudo y siento la primera sacudida. Un calambrazo que inicia una larga serie de asedios a mi piel, un desafío a mi calma, mientras el macho tras la cortina se contorsiona y hace gala de su impresionante musculatura. No es necesario verle la cara, con esas dimensiones que luce a lo largo y a lo ancho, basta para humedecer a cualquier hembra en sus cabales.

El champán, las luces amortiguadas, la sensual melodía y la langosta hacen el resto. Me quemo. Dentro de la ropa, mi

piel arde.

#QuiénPerteneceAQuién

Una chica preciosa surge de un rincón del escenario. La vemos porque el cañón de luz carmesí se dirige a ella y la engulle. Es delicada, coqueta y proporcionada como una muñeca. Lleva puesto un tanga minúsculo, unas

pezoneras con plumitas y su resplandeciente melena negra, que cae por su espalda como el velo de una viuda. Traspasa la línea imaginaria que separa el mundo de esa cápsula erótica y se fusiona con el macho empalmado y solitario. Diría que es muy bien recibida. Él le abre los brazos, ella se cobija dentro, luego salta a su cintura, se sujeta con las piernas enroscadas y arquea la espalda hasta que su pelo roza el suelo. Él pasa la lengua por todo su vientre, de abajo arriba, y, con mucha lentitud, la gasa translúcida empieza a descorrerse...

Los largos dedos de Mario penetran

en mi interior. Me pilla tan absorta, saboreando el momento de intimidad entre estos dos, ese mágico instante prohibido en que se hacen visibles y él está arrancándole una pezonera con los dientes y ella gime, dejando al descubierto un pezón enorme y apetitoso. No tiene mucho pecho, pero posee los pezones más deseables que he visto en mi vida. Se me hace la boca agua.

Mi vagina está mojada y no opongo resistencia, separo las rodillas con cierto descaro; ya conozco la política de estos locales: guardar unas mínimas formas y gozar sin tabúes. Le dejo

bombear a ritmo constante, incrementar la lubricación que fluye y se acumula empapando mi tanga. Suelto un suspiro y reposo la cabeza en el hombro de Mario. Su pulgar presiona mi clítoris, lo roza apenas, y me dispara al cielo. Mi mano vuela al bulto de su pantalón. Está como una piedra, como a mí me gusta. Gimo bajito, animándolo a ser más osado en sus caricias. Ese vaivén sobre mi punto sensible está derritiéndome por microsegundos.

La segunda pezonera cae al suelo y alguien detrás de nosotros acaba de correrse con un sonoro alarido. La bailarina se queda desnuda de cintura

para arriba, aunque lo que aún lleva puesto no merezca llamarse prenda. Él la suelta, ella apoya en el suelo los tacones, se dirige sinuosa a la cama y se coloca, apoyada en manos y rodillas. Desde mi posición y en ese ángulo, todo lo que veo es un culo redondo y firme y el encaje del tanga que cubre su sexo. De inmediato se produce una lujuriosa conexión entre lo que veo y el mío, sensible por las caricias de Mario, y miro a la bailarina. Es como mirarme en un espejo. Empieza el juego.

El hombre del show no se anda con chiquitas. De un tirón rompe las tiras que sujetan el pedacito de tela y ella

queda tan expuesta como él. La visión de ese trasero me recuerda los lametones de Álex en la hendidura entre mis glúteos. También me acariciaron de ese modo en el club de Marbella y alguna vez Mario lo ha intentado. Pero sólo Álex me arrancó gritos de placer y logró que me estremeciera como una hoja entre sus brazos. Es lo que tiene ese hombre. Lo que emana y lo rodea, lo que ni siquiera él controla, es un poder avasallador.

Lleno de aire los pulmones y mantengo los ojos fijos en la sesión de sexo oral de que está gozando la bailarina a tan sólo dos metros de

distancia. Al habilidoso pulgar de Mario acaba de unirse el índice y juntos someten mi clítoris a un desesperante tormento de pequeños pellizcos. Mi mente fusiona la sensación que me provoca y que se expande en peligrosas ondas por mi vientre y mis pechos, con la imagen de esa lengua desconocida recorriendo ávida la vulva de la chica, húmeda y rosada, las puntas de los dedos que abren y separan los labios para mayor placer del público asistente.

Jesús, voy a correrme. Y no será en silencio.

Miro de soslayo las mesas vecinas. Mario es el único que mantiene una

aparente compostura. Los demás se devoran entre sí con la lengua fuera, imitando los lametones del show sobre el sexo de la bailarina, jadean como animales en proceso de apareamiento. Más atrás, una mujer joven se ha remangado el vestido hasta la cintura y se ha sentado a horcajadas sobre su pareja, que resulta ser otra mujer; la primera se encarga a gusto de su cuello, mientras la que permanece en la silla le mordisquea los pezones. Creo que no hay demasiado problema si permito que mi placer explote y se me lleve por delante.

La culpa la tiene también *I Feel*

Love, [30] de Donna Summer, que causa un demoledor efecto afrodisíaco en el personal. Contraigo la vagina, rodeo y aprieto los dedos de Mario, que aún me penetran y me abandonan. Suelto el aire en un suspiro largo y contenido, mientras todo mi cuerpo tiembla, dominado por el apocalipsis de un orgasmo brutal. Que sea en público, y que la enorme polla del showman esté ahora dentro de la boca de la bailarina, han tenido mucho que ver en la indescriptible intensidad.

Mario me mira y me regala sus bendiciones con una sonrisa más que satisfecha. Ahora quiero que me follén. Así de claro y bestia. Igual que los del

espectáculo, que se han hartado de usar las lenguas y acaban de empalarse en la postura del perrito.

—¿Podemos ir a algún reservado?
—cuchicheo al oído de mi chico.

—Enseguida lo organizo. ¿Solos o en compañía?

—Ese chico rubio de antes...

Dudo entre si ser o no tan directa. Decido que no hay nada que temer, al fin y al cabo sería ingenuo pensar que a estas alturas a Mario pueda molestarle que seamos más de dos...

Sin embargo, parece que me estrello contra un obstáculo inesperado.

—No. Él, no.

—¿Por qué? ¿Lo conoces? Ya sería causalidad, estamos a muchos kilómetros de Málaga.

—No voy a tener una sesión con alguien que te atrae sexualmente —me aclara con seca firmeza.

La indignación dispara mi tono de VOZ.

—¿Y con quién se supone que debo tenerla?

Me reprimo, porque el espectáculo aún no ha terminado y el club continúa sumido en esa atmósfera mística que yo casi acabo de romper.

—Esto es sexo lúdico —me explica con calma—, un simple juego. Nada de

química por encima de un encuentro.

Está sentando cátedra. No doy crédito a lo que oigo. Tampoco es que tuviera pensado llevarme al vikingo de vuelta al sur, ni adoptarlo.

—¿Estás celoso?

No me responde. Mira con obsesiva fijeza la escena que se desarrolla ante nuestros ojos y bebe champán hasta apurar la copa.

—¿Estás celoso de un hombre al que no conocemos? —insisto.

Mario aparta la servilleta y se pone en pie. Tiene la mano extendida, una clara indicación de que lo siga.

—Es tarde, vámonos.

Me lo pienso medio segundo. Contengo mi furia y arrastro la silla con brusquedad.

—Sí, será lo mejor.

Algo en el plano erótico acaba de resquebrajarse. He oído el sonido.

De vuelta en el hotel, mi chico expía sus culpas. Quizá se arrepiente de su brote psicótico y se esfuerza por salpimentar nuestro momento. Me inmoviliza las muñecas con un pañuelo de seda y me cubre los ojos con antifaz para deleitarse con una sesión de cunnilingus por la que medio planeta

asesinaría. Luego me folla desde atrás, colocada a cuatro patas, estrellando sus caderas contra mis nalgas, una y otra vez, sin pausa y a buen ritmo.

Me corro, sí, quién no lo haría, pero mi mente perversa, incluso mi piel, añoran al gigante rubio del bar y su gesto de perdonavidas. Demasiado retorcido para llamarse amor.

Al día siguiente, Victoria nos recoge. Hay previsto todo un itinerario por emisoras de radio y televisión, entrevistas, participación en coloquios y debates acerca del maltrato psicológico,

la aguda inteligencia de los lobos capaces de disfrazarse de príncipes azules para destruir tu vida, de su habilidad para manipular a la víctima, del implacable complejo de culpa que saben sembrar en el ánimo de quien se confía... Desde detrás de la pecera o las cámaras, según los casos, Mario analiza con interés todo lo que sucede, con los brazos cruzados sobre el pecho o las manos dentro de los bolsillos y un rictus de concentración extrema en su hermosa cara. Siempre que puede, se adelanta a estrecharle la mano al presentador o periodista, me presenta y deja en segundo plano a Victoria, que no lleva

nada bien eso de tener competencia. Y si la periodista es mujer, se cierne la catástrofe, porque el apabullante físico de Mario, su penetrante mirada y su voz sexi y aterciopelada, provocan cortocircuitos y desembragues de fondo. Enseguida todo se vuelven mieles y sonrisas incendiarias, las atonta de tal forma que se olvidan de mí, hasta temo que pasen de entrevistarme. Luego se retira a un discreto segundo plano y vigila y juzga, como buen perfeccionista, casi todo lo que los demás hacen.

—Cariño, ¿podrías dejar de protestar sólo por un día? —le ruego con los ojos en blanco—. Sólo uno,

hazlo por mí.

Quiero quitarle ese pliegue entre las cejas donde ya podría aparcar a *Martita*, así que, apelando a sus raíces, lo he arrastrado hasta un cotizado restaurante italiano. Pero ha sido peor el remedio que la enfermedad, no hay quien disipe esa rabia que acompaña su tono.

—¿Son tan incompetentes queriendo? —Se mesa el tupido cabello con frustración.

—Son equipos muy grandes, a veces las instrucciones no llegan a destino.

—Eso no es disculpa, ha sido un retraso de tres horas, ¡tres! Y porque han

accedido a grabar y a emitirlo en diferido. Tenías que salir en directo en el programa y ¿qué nos ofrecen a cambio?

—Eres puntilloso e insufrible. — Pongo morritos. Con él nunca fallan—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Besarme durante horas y volverme loco de placer esta noche — sugiere tentador.

Última jornada en Madrid y he necesitado una ducha pecaminosamente larga para despertarme del todo. Me siento incapaz de combinar de manera

adecuada un pantalón capri con una camisa y que no parezca un muestrario, y como vamos tarde, termino llamando a Victoria y le ruego que sea ella quien se desplace al hotel. Quedamos en vernos en la cafetería, ante una mesa inundada de tés, sin un mal cruasán que llevarme a la boca.

—¿No comes nada? —Mario se preocupa—. Te traigo lo que quieras.

—No, gracias, tengo náuseas. —Le sonrío—. Con el té bastará.

Victoria y él se saludan en medio de una desagradable tensión, amalgamada con cemento y toneladas de rencor. No puede ser que crean que no lo percibo ni

que me resulta indiferente.

—Este listado es el de los nuevos eventos que han surgido a raíz de las entrevistas en radio y televisión. —Me tiende un folio impreso a ambas caras.

No puedo creerlo.

—Entonces ¡han funcionado!

—Como un reloj suizo, ha sido una bomba. Ahora quieren escucharte en todas partes —me dice eufórica.

—¿Y por qué no se limitan a comprar el libro? —interrumpe Mario fingiendo inocencia—. Se supone que es escritora, no conferenciante. Si tanto les interesa lo que tiene que decir... bueno, las estanterías de los librereros andan

locas por vaciarse.

Victoria le dedica una mueca de desesperación.

—Quieren verla a ella.

—Menuda estupidez.

—Mario, por favor. —Detengo su avance con una mano en el antebrazo—. Continúa, Victoria, ¿de qué se trata?

—Asociaciones femeninas, grupos de hombres y mujeres maltratados. Las asociaciones mixtas son especialmente interesantes, y como tocas ambos supuestos en la novela...

—No es una novela, Victoria —la corrige Mario. Yo me quiero morir—. Es el resultado de casi dos años de

investigación.

Ella le muestra los dientes como una loba a punto de soltar una dentellada. Está claro que, por la razón que sea, mi agente es de las pocas terrícolas inmunes a los encantos de Mario y a él la infalibilidad que desprende la mujer, lo altera y lo irrita. Me retuerzo en mi silla.

—Cosa que no pongo en duda. — Victoria reacciona con profesionalidad —. Pero es psicología novelada, ya hemos hablado de ello, es lo que te distingue de otros autores —vuelca en mí su atención—, lo que convierte un trabajo estupendo en excelente.

Mario se aleja a revolver el buffet y Victoria resopla con los ojos en blanco.

—Una persona difícil —dice—. Atractivo hasta el punto de ser irresistible, pero insoportable.

Aflojo el ambiente denso con una risita ligera.

—Un poco puntilloso, no te lo discuto, pero incapaz de hacerle daño a una mosca. —Mis ojos vuelan sin querer hacia el trasero de mi chico, que se aprovisiona de huevos revueltos, y por una vez en muchos días, mi mirada se llena de ternura, no de lujuria.

—No digo que sea malo, Dios me libre; alguien como tú, experta en estos

temas, debe de tener un sensor extraordinario para detectar destructores con piel de cordero, pero...

No remata la frase. Mario regresa con su mejor sonrisa y dos tazas. Nos coloca delante una a cada una.

—Capuchinos para las *signorinas*, recién importados de Italia.

Le agradezco la tregua que acaba de ofrecerle a Victoria. Ella también afloja el rictus. Menos mal, todos felices. Al menos eso creo.

#BebéEnCamino

Sólo al organizar las salidas de fin de semana con Mario, tomo conciencia de que vuelvo a estar en el mismo término municipal que Álex, compartiendo zonas de ocio, y el miedo devorador a cruzármelo es tan nítido e intenso como

antes de marcharme de *tournée*. Está claro que, por alguna razón no avanzo, mis emociones están cosidas al suelo, sin evolucionar. Pero no es menos cierto que las cosas, mi vida principalmente, no volverán a su cauce si yo no las sujeto y las obligo a encajar. El primer paso de una nueva vida libre de temores es, sin duda, respirar hondo, vestirme para matar y tirarme al mundo a conquistar la calle del brazo de mi chico.

Me peino el pelo oscuro hacia atrás, tirante, me lo anudo en un moño bajo sobre la nuca y me maquillo con khol y rojo Paloma Picasso en los labios. Un

vestido de seda de color tostado, largo hasta los tobillos, apenas una fina tela que separa mi piel del exterior y que en un arrebato de total rebeldía uso sin sujetador y con muchos collares dorados. Un par de brazaletes a juego, zapatos de plataforma con pulsera y una chaqueta militar para romper cualquier intención *lady* en este look. Estoy guerrera. Y si me topo con Alejandro el Grande necesitareé munición en la recámara, dotes dramáticas y quintales de voluntad para fingir indiferencia.

Supongo que porque lo temo con toda mi alma.

Después de tapear por la calle

Larios, para las copas escogemos un bar pequeño, lleno de gente y que ninguno de los dos conoce. Si no es muy popular será complicado coincidir con nadie del grupo. Total, Ximena y Antonio no salen esta noche. El escenario es tétrico, las luces rojas indirectas crean sombras y expectativas. La gente se agita, poseída, al ritmo de la música, y los más osados se apoyan indolentes en la barra, con sus cubatas en la mano y aires de superioridad para otear un horizonte a sólo tres metros de distancia. Y allí lo veo.

En ese segundo fatídico se me detiene el corazón. Hacía tanto tiempo,

que de forma ingenua confiaba en ser inmune a su encanto. Álex es y no es el mismo; de algún modo sutil, sus talentos de chico malo son ahora más evidentes que nunca. Ha vuelto a fumar, porque sus labios jugosos sostienen un cigarro apagado. La sombra de una barba de tres días le recorre el rostro. Sus ojos verdes repasan aburridos el espacio sin ver, hasta que se topan con los míos.

Yo me quedo paralizada desde que lo detecto, allí, cobijado por su grupo de fieles. No resulta difícil distinguir a Víctor, alto entre la multitud, demasiado bebido y disipado como para verme. Los Rodríguez aúllan su *Sin*

documentos[31] y Álex me traspasa con una mirada atormentada, de profundo dolor o resentimiento. No quiero saberlo.

Una chica rubia dorado se acerca trotando y, a juzgar por su tambaleante comportamiento, ebria. Rodea su cuello con los brazos y no se ofende porque él, sin apartar de mí sus ojos, se desembarace de su agarre. Ella no repara en mí. Sostengo como puedo la mirada de él, aunque las piernas me tiemblan y no quiero que se note, pero Álex gira y encara el bar, regalándome una buena perspectiva de su ancha espalda y echándome un saco de

desprecio helado por la cabeza.

Cómo escuece el dardo que me atraviesa el pecho.

Mierda. Estoy muy nerviosa. Desquiciada más bien. Me tiembla la mano con que sostengo la copa y acabo vertiendo el líquido en el suelo, con parada y fonda en la delicada tela de mi vestido. El manchurrón que marcará el recuerdo indeleble de una noche espantosa, la noche en que entendí que lo sigo amando.

Noto cómo se me encogen las costillas, cómo empequeñecen y presionan mis pulmones. No me llega el aire y como no sé si se trata de un ataque

de pánico, nunca antes he sufrido ninguno, me dirijo hacia fuera a respirar.

Mario me sigue y se me planta delante.

—Es él, ¿verdad?

No respondo.

—Tienes una asignatura pendiente con ese tipo —me dice en un tono que no estoy dispuesta a pasar por alto.

Freno en seco y me vuelvo con un halo de energía *destroyer* a mi alrededor.

—Tienes toda la razón, es mi asignatura pendiente —contesto de mal humor. Si hay algo que justo ahora, en mi estado, no le aconsejo, es esa actitud

paternalista, como si Sofía fuese una pobre lela a la que hay que orientar—. La mía. Yo decidiré cuándo la he superado, si no te importa.

—Te jodió la vida; ¿cómo es posible que todavía...?

—Lo entenderé si no quieres soportarlo. Esto es un asunto conmigo misma, una prueba de madurez, llámalo como quieras, porque yo no encuentro el nombre.

Lo esquivo y, ahora, sin impedimentos, alcanzo la puerta. Aspiro varias bocanadas, cierro los ojos y arqueo el cuello. Espío el interior del bar, todo son brumas. Pero cuando me

decido a entrar, Mario me retiene por un brazo.

—¿Adónde vas?

—A zanjar parte de mis asuntos pendientes.

—Estás temblando, así no puedes presentarte delante de él. No debes demostrarle que te afecta.

—Es que me afecta, demonios, no para bien, pero lo que ocurrió no ha dejado de importarme.

Dios sabe que no quiero que sea así, odio que me domine un sentimiento no correspondido.

—Vamos a casa, tranquila, no ha pasado nada.

Me estrecha contra su cuerpo, me rodea y me protege con los brazos, su voz me acuna. Pero yo me siento desnuda. Sí ha pasado algo, un maremoto ha revuelto mi interior sin ningún miramiento y me hallo de nuevo en el punto de partida.

Nuestro abrazo lo corta de cuajo el timbre del teléfono que vibra y rebota dentro de mi bolsillo. Leo el nombre de Antonio en la pantalla y me convengo de que se trata de una confusión. Eso, o Ximena necesita algo y se ha quedado sin batería.

—Sofía, soy Antonio.

—Dime algo que no sepa —empiezo

de broma, hasta que me percató de su agitación. Jadea—. ¿Ocurre algo?

—Ximena está en el hospital, me ha pedido que te llame.

Una repentina náusea escala por mi garganta.

—¿Qué ha sucedido?

—De repente se ha sentido mal, ha empezado a sangrar... —Su voz se rompe en millones de pedacitos—. Ven, Sofía, corre, nos han dicho que puede perder el niño.

Nunca se me han hecho tan interminables cinco escasos kilómetros.

La calle que lleva al hospital es como una fantasmal carretera oscura que se alarga indefinidamente y no nos permite llegar jamás. Mario conduce concentrado y yo consulto agobiada el reloj cada tres segundos. Aparcamos el jeep en cualquier parte y nos arrojamamos dentro del ascensor. Antonio nos recibe en mitad del pasillo; me las arreglo para sondear su expresión facial mientras nos abrazamos.

—Está fuera de peligro, no te preocupes, acabo de mandarte un whatsapp.

Una campanita brota entonces de las entrañas de mi móvil. Ahí tenemos el

mensaje de calma. Un poco tarde, creo que voy a perder el corazón en una batalla contra la histeria. Antonio estrecha la mano de Mario.

—¿Y el bebé...?

—También. Todo dentro de la normalidad —resopla, blanco como la cal.

—¿Puedo verla?

—Sí, claro, aunque no te dejarán mucho rato; está muy débil, ha perdido un montón de sangre. —Se mesa el pelo, se muerde los labios y ahoga un sollozo.

Arrugo la cara, incapaz de articular una palabra sensata.

Intercambio una señal muda con

Mario, que me indica que esperará fuera. Giro el pomo de la habitación en la que está mi amiga. La veo en la cama, tan pálida como las sábanas, sólo su pelo rojo destaca entre tanta nieve. Tiene los ojos cerrados y los labios sin pintar. Ximena sin pintalabios es como un amanecer sin sol. Esos labios perfilados y desafiantes con los que sonrío, besa y alegra al personal forman parte de su esencia. Me estremezco al cogerle la mano y notarla helada.

—Amiga...

Con mucha dificultad abre los ojos.

—Sofía... Hemos estado a punto de fastidiarla. —Se acaricia la barriga, que

sigue diminuta.

—¿Estás bien, hermana?

Asiente con la cabeza. La veo muy fatigada, no voy a robarle más tiempo de descanso. Le beso la frente, luego la mano, y con los ojos encharcados le pregunto si necesita algo.

—Dormir, creo —responde bajito.

—Pues te dejo. Serás cerda, menudo susto me has dado... Ésta me la pagas, te juro que me la pagas. Pienso quedarme con tus sujetadores de Victoria's Secret —la amenazo camino de la puerta. La oigo reír. Más bien lo intenta.

—Dónde irás a meter esos melones...

La escena que la vida me planta por delante nada más abordar el pasillo es de *thriller*. Habría invertido mis paupérrimas finanzas con tal de ahorrármela. A la derecha, Antonio conversa con Álex apoyado en la pared, ambos con semblante tormentoso. De sobra sé que son amigos, pero ¿no podría haberse contentado con llamar? Uno puede ser la mar de amable con sólo emplear el móvil. A mi izquierda, Mario espera junto a la máquina del café, huraño, aislado y ceñudo.

Invierto una micra de segundo en ver

que ésta es la oportunidad que he malgastado, repitiéndose. En el bar he dicho que zanjaría cuestiones pendientes y esas cuestiones no son otra cosa que mi miedo cerval a que Álex se apodere de mí con su hipnotismo terrible. Imprimo fiereza a mis pasos, los hago más firmes, ensayo una sonrisa que se tuerce en cuanto me distraigo y me acerco. Antonio apoya la espalda, mientras su amigo lo conforta. Álex sujeta todo su peso en una sola mano contra la pared. Sin embargo, desvía la atención hacia mí y me perfora como una broca de diamante.

—Hola, Álex. Antonio, me alegro de

que no haya sido nada, sólo un susto.

—Un susto que por poco me mata.

—Nos abrazamos—. No estoy acostumbrado a esta clase de emociones fuertes.

—Ahora tiene que descansar y reponerse. Es muy probable que le recomienden reposo y desde ya te digo que te resultará difícil mantener ociosa a Ximena. Es hiperactiva por naturaleza.

—Pienso tramitar yo la baja con su empresa; de otro modo, la veo subiéndose en los tacones este mismo lunes.

—En cuanto se le pase el mareo —aseguro siguiéndole la broma. Es la

única forma de escapar de esas gemas verdes que dibujan regueros de lava allí donde se posan.

Entonces Antonio hace algo horrible, pide que lo disculpemos y entra a ver a su chica, dejándonos solos. Tengo que escapar. Congelo la sonrisa en una mueca y mi amago de fuga lo aborta Álex sujetándome el brazo.

—No te vayas tan pronto.

—Es que aquí no hago nada. — Masco cada letra que suelto—. Por suerte o por desgracia, nuestros amigos están juntos y piensan estarlo mucho tiempo. No me resulta agradable encontrarme contigo y tener que simular

que no me molesta, pero no voy a renunciar a alguien que es como una hermana para mí por un tío. —Trato de imprimir a mi discurso el máximo desdén posible.

—Sofía...

—Por muy fabuloso que se crea el tío en cuestión. —Ya he cogido carrerilla y voy a soltar todo el vinagre que llevo acumulado, aunque las palabras que escupo no sean exactamente las que quisiera decir. Manejo una especie de subtexto, donde lo primordial es la energía demoledora y el tono de mala leche—. Tendrán su niño, se casarán, y por los siglos de los

siglos, una celebración tras otra, hará que nos veamos las caras. Espero poder decirte algún día que no me duele. — Fijo mis pupilas brillantes en las tuyas, que parecen fuego—. Hoy no es ese día.

Doy por terminado mi *speech* y giro sobre mis talones buscando el apoyo de Mario, pero lo único que me encuentro es un corredor desierto.

—Se ha marchado —oigo a mi espalda. El tono es neutro, sin afán revanchista—. ¿Te llevo a casa?

—Ni lo sueñes mientras haya un taxi disponible —contesto muy digna.

Me alejo taconeando por el pasillo, rezando para no tropezar, sabiendo que

me mira el culo. Pero llevo el corazón encogido dentro del pecho. Mi capacidad pulmonar reducida casi a cero y el pulso acelerado.

En la puerta principal de urgencias encuentro a Mario, que me recibe con los brazos abiertos, en sentido literal. Me refugio en ese cuerpo enorme, capaz de cubrirme por entero. No voy a confesarle que estoy rota por dentro, pero cuando me besa con una necesidad que me traspasa, entiendo que está marcando territorio, quedando por encima de Álex como macho dominante, porque, aunque tengo cerrados los ojos, huelo su aroma, su olor de siempre. Sé

que Álex acaba de pasar por mi lado y que nos ha visto.

Paso la noche en el apartamento de Mario, cuando lo que me pide mi atormentada mente es esconderme en casa, ser fiel a lo conocido, acurrucarme en mi cama, entre mis sábanas y llorar despacito, hacia dentro, mi pena interminable.

Pero hay alguien que me quiere por encima de mis neuras, que se entretiene en acariciarme el pelo hasta dejarme dormida. Después de todo soy una chica afortunada, lo sé.

#LaVisitaQueNoEspero

Intercaladas con mis idas y venidas editoriales, he visto a más gente de la que hubiese deseado. No me forcéis a dar detalles que aún me escuecen. Llega el turno de mis antiguas compañeras, Carla y Helen. Tras comer, pedimos

unos cafés y unas pastas y les relato con énfasis los pormenores de mi ruta novelera y mi noviazgo, reservándome alguna que otra cosita que imagináis. No estamos demasiado lejos del despacho, las chicas han escogido el bar que más les gusta y no he querido contradecirlas. Tampoco es que me esconda, pero no daría precisamente saltos de alegría si viera aparecer a Silvia por esa puerta.

Antes lo digo, antes pasa.

Tres, dos uno... La imagen impactante de la rubia de ojos verdes vestida a la última, cuya cara se desencaja al descubrirnos a las tres conspiradoras brindando con taza y

riendo juntas, mientras la mantenemos al margen, se recorta en el umbral y nos petrifica. Sus ojos se clavan en los míos, huelen a apremio, sé que quiere decirme algo y no soy capaz de interpretarlo, pero no me cuesta sostenerle la mirada. Incluso me calmo mientras lucho conmigo misma. Es ella la primera que retira la vista. La desplaza a Helen, ignora a Carla.

—¡Sube al despacho enseguida —
ruge—, tenemos que hablar!

Helen se limita a asentir.

Silvia desaparece como si un huracán se la llevase, arrastrando todas sus mochilas de reproches y soberbia.

—¿Cómo nos ha encontrado? —
gime Carla desolada.

—Debió de oírme hablar por
teléfono —contesta Helen—. Ella o ese
perrillo faldero que tiene por novio,
que, por cierto, qué buenísimo sigue, el
cachocabrón.

—Menuda bronca te espera por mi
culpa —hipo.

—¿Bronca? Es mi jefa, hasta ahí
llega, pero no voy a permitir que me
organice el almuerzo ni decida con
quién puedo o no tratar. Faltaría más.

Me gustan los ovarios de esta chica.
Siempre me han gustado.

—Retomando: ¿qué piensas hacer

con tus clientes, Sofía? —Carla coloca un inteligente punto final al asunto «Ea, ea, ea, Silvia se cabrea».

—No sé, atenderlos en una cafetería. Buscaré algo alquilado en un centro de servicios... Antes me mato seis veces que volver a ese despacho.

Helen se aparta el flequillo de la cara con un gracioso ademán.

—Entre las dos estáis consiguiendo que yo también me plantee el abandono.

Álex

Parece que la ducha helada me ha calmado la ansiedad. Pero lo he pasado mal, odio ese hielo picado

cayéndome sin misericordia por la espalda y el pecho, acumulándose entre el pelo, haciéndome tiritar. Noto que los músculos se tensan y luego se inyectan en sangre. Todo se calienta con rapidez, es como conectarse a un enchufe que hace su trabajo con un poco de retraso. Salgo del baño envuelto en una toalla, todavía húmedo, cuando llaman al timbre. No espero a nadie, en esta ciudad no conozco un alma que quiera pasar por aquí un rato, así que me comporto como la vieja del visillo. Sí, utilizo la mirilla y espío fuera.

Cuatro caras conocidas y deformes por efecto de la lente: Víctor, Antonio, Miguel y Raúl conteniendo el entusiasmo y susurrándose información.

Tiro de la puerta.

—¿Qué coño...?

—¡Sorpreeeeeesaaaa!

Ya están con el pitorreo. Parecen un coro de ursulinas. Nos abrazamos y nos damos palmaditas en la espalda. Víctor, incluso, hace amago de arrancarme la toalla y tengo que sujetarla con una mano y, con la libre, meterle una colleja.

—No estarías follando —deja caer Raúl, examinando el aspecto del salón.

—Oye, tío, esto está de puta madre —canturrea Antonio. Se deja caer en el sofá azul.

—Pero ¿cómo es que...? —No acierto a acabar ni una pregunta.

Están locos de alegría, recorriendo mi apartamento como una manada de jamelgos salvajes.

—Te echábamos de menos, *brother*; desde que te has ido, las salidas de fin de semana son un muermo.

—Sin ti haciendo de cebo, las titis no se arriman como antes —añade Raúl, con un par de botellas de whisky en la mano.

Se las quito y lo mando a la nevera por cervezas.

—Ah, es eso —digo enfurruñado—, por lo visto eres el único que ha decidido decir la verdad.

—No, joder. —Víctor le suelta una mirada que corta el hielo—. Es por lo de echarte de menos y tal. Es sábado, mañana domingo, Sevilla no está lejos... En fin, hemos venido a visitarte y a que nos hagas de cicerone. —Abre los brazos en cruz—. ¡Dinos al menos que te alegras!

Me echo a reír.

—Sí, coño, claro que me alegro, la jodida fiesta del gayumbo. Es que me habéis pillado despistado,

pensaba pasarme dos días de relax, tumbado en el sofá, tragándome pelis.

—¿Sin salir de juerga? —vocean a un tiempo Raúl y Miguel.

—Tengo un curro interminable para el lunes —miento—, iba a... prepararlo.

—Cambio de planes. —Víctor da una palmada que es como el pistoletazo de salida de una carrera en la que no sé si me apetece participar—. Con lo que nos ha costado separar a éste de su chochito. — Señala despectivo a Antonio—. Tío, esto hay que celebrarlo.

—Los cinco juntos, como en nuestros mejores tiempos. —Raúl ya se ha subido a una silla y sujeta el botellín de cerveza por el gollete entre los dientes.

—Aquí no se duerme hasta el lunes —añade Miguel, que ya se me ha colado en la cocina y tiene medio cuerpo dentro del frigorífico.

—Sí, sobre todo porque no dispongo de tantas camas —murmuro, mirando a mi alrededor.

En el sofá sólo cabe una persona; todos somos grandes, de más de metro ochenta, y mi cama es mía y al que me lo discuta lo tiro por la terraza. Víctor se

aproxima esbozando una sonrisa interminable, y me atiza una «gracia» en el cuello que es más bien un intento de asesinato.

—No te preocupes, que de algún modo nos apañaremos. Y el que esta noche triunfe, que triunfaremos todos, que se busque un hotel.

Intercambio una mirada de resignación con Antonio, que arquea las cejas. No dudo de que se alegra de verme, pero esta invasión bereber lo incomoda tanto como a mí. Han cambiado las cosas. Desde la cocina, Miguel aúlla preguntando si tengo ensaladilla rusa.

Miro el reloj de reoj. Son las once y diez de la mañana. Esto va a ser pero que muy largo.

Lo peor de recibir visitas es que los que vienen den por hecho que estás a su disposición y sean demasiado colegas como para sacarlos de su error sin deprimirlos. Este inesperado asalto a mi forzada tranquilidad me obliga a vestirme y a salir a la calle a disfrutar de un día radiante, de unas calles repentinamente animadas por las compras del sábado y de unos jardines

maravillosos que preferiría no sufrir. Estoy rabioso y algo jodido, no quiero ver cosas bonitas, no las aprecio.

—Entonces ¿qué? ¿Cuántas han caído?

—¿Cuántas qué?

Creo que es la tercera o cuarta vez que Raúl me hace la misma pregunta. Es como si Víctor se muriera por saber la respuesta y lo enviase de mensajero.

—Sevillanas, joder, ¿qué va a ser?

—Ninguna —confieso con un resoplido. Lo dejo boquiabierto.

—No te creo.

—Me la suda.

—No te creo, tío; ¿cuánto llevas aquí? ¿Dos semanas? ¿Dos semanas sin...? —remata con un gesto obsceno en mitad de la calle.

Me hace gracia ver la cara de horror de dos señoras que acabamos de cruzarnos.

—Debes de tener los huevos como granadas sin anillas —silba Víctor, muy en su estilo.

—Mis huevos están en perfecto estado de salud, gracias por preguntar —ironizo.

Con este tipo de conversaciones de sumo interés y otras muy parecidas, almorzamos de tapeo, tomamos

café y damos cien mil vueltas. Víctor y Miguel compran unos ceniceros de souvenir y unos mandiles que imitan trajes de flamenca para sus madres.

—Ya llegáis a ser catetos —se mofa Antonio.

—¿Tú no le compras nada a tu churri?

—Si aparezco con un delantal, ya puedo perderme en el mapa.

Mientras los ruidosos «otros» pagan, entablo conversación con Antonio. Le pregunto por Ximena en una infantil ilusión de que en el paquete llegue algo de información sobre su mejor amiga, mi Sofía.

Pero vuelvo a equivocarme. En su larga retahíla ni siquiera la nombra.

Pasamos por casa el número justo de minutos necesarios para ducharnos, cambiarnos de ropa y dejarlo todo como si las tropas de Mordor hubieran desembarcado en mi pasillo.

—Tendrás chacha —aventura Víctor, con los calzoncillos en la mano.

—Viene el lunes —confirmo.

—Ah, genial. —Suelta los calzoncillos en el suelo.

—¡Eh, tú, no seas guarro! ¡Recoge eso! —Sigue arrastrando los pies tan campante. Les doy una buena

patada y los gayumbos planean por el aire—. ¡Que los recojas, te digo! ¡Qué asco!

Víctor se da la vuelta rubicundo y, de un tirón, se hace con la prenda usada y se la cuelga del hombro.

—Pues vaya si te has vuelto tiquismiquis. ¿A que no vengo más de visita y que te den?

Me sorprendo pensando que ya me han dado, que me importa un pimiento si conduce tres horas para correrse una de nuestras antiguas juergas por los viejos tiempos, y que lo que quería ya lo perdí. Esta ira contenida que escondo dentro cualquier día explotará y causará estragos. Sólo espero no causar muchas víctimas a mi alrededor.

Nada más poner el pie en la calle empiezan a acribillarme con preguntas del tipo «Qué garito es el mejor» y «Dónde hay más marcha», sazonadas con reiterados «Y dónde atracan las tías más buenas». Me acuerdo de Sienna y de su divertido grupo. Seguro que las vampiras adiestradas harían buenas migas con esta panda de buitres, de modo que encamino mis pasos al bareto donde las encontré, cerca del teatro.

Bingo. Allí están. Tan bonitas y revoltosas como las recordaba. Con ganas de caña, vestidos cortos, melenas largas. Pregunto por Sienna directamente y Lucía me dice que no ha salido porque está febrosa.

Los dos grupos se fusionan con rapidez y ojos brillantes. Parece que a mi bando les gusta, por lo menos se callan y sólo abren las bocazas para pedir cubatas y payasear con las chicas. No puede ser que mis amigos de siempre me estorben, pero en un rato nos distribuimos por la barra y el espacio del bar, cada cual a lo suyo; yo me acoplo con Antonio y su tranquila conversación y encuentro un hueco en el que anidar. Por primera vez en mucho tiempo, si exceptúo la noche con Sienna, me siento a gusto charlando con alguien. Antojos, el precio de las cunas y los miedos de unos padres primerizos en los que no reconozco a mi amigo, me tienen muy entretenido, porque, a pesar de la tienda de los horrores de la que me habla, lo veo feliz. Me alegro por él. Todo lo que le está pasando es nuevo y, por lo que oigo, formidable.

Hubo una época en que era igual que yo, un cabrón sin alma, que se zumbaba todo lo que ladrarse. Ahora es la demostración viva de que la gente

evoluciona y no muere. Le siguen brillando los ojos de emoción y mañana no amanecerá con resaca.

Pero como es mi amigo y se preocupa por mis ojeras, termina preguntándome por Camila. Mi eterna pesadilla.

—Lo raro es que no te esté dando la lata — comenta.

—¿Te digo por qué? Porque no me ve salir con nadie, porque sabe que no siento nada especial por ninguna chica. De estar aún con Sofía, desencadenaría una hecatombe galáctica.

—La conozco. Cierro los ojos y puedo verla — se mofa Antonio, fingiendo terror.

Asiento con lentitud. Camila puede superar quedarse sola, lo que no puede soportar es que la cambien por otra. El silencio habla por sí mismo hasta que llega Víctor y lo revienta.

—Tío, las tenemos a punto de caramelo — cuchichea muy achispado, la lengua trabada y un vaso de tubo en las manos.

—Pues ya sabes — digo perezoso—, pínchales el palo y ya tienes piruletas.

—¿Nos vamos a casa? Ya sabes... — se atropella

—, todos juntos antes de que se enfríen.

—En plan orgía —deduzco con intención.

Víctor me da un puñetazo simpático en la espalda.

—¡Exacto! ¡Eso mismo! ¡Va a ser inolvidable!

Voy a romper sus libidinosas expectativas en un sinfín de trozos diminutos.

—En mi casa ni lo sueñes. Buscaos un hotel.

—*Brother*, nadie te ha excluido...

—Me excluyo yo, gracias, no me apetece el plan.

—Hago girar el taburete y vuelvo a ponerme de cara a Antonio, dispuesto a retomar la conversación donde la hemos dejado.

Pero Víctor no está acostumbrado a perder si puede evitarlo.

—Oye, Álex, joder, no pases de mí. Nos has traído aquí por algo.

—Os he traído para que os calléis de una puñetera vez, para que veáis tías y babeéis, que es lo que os va. Ahora, si no te importa, me gustaría que siguieras con lo tuyo. —Señalo el grupo que habla a voces, ríen de tontadas y buscan pretextos para tocarse.

Efectivamente. Una tarta con la guinda en lo alto.

—Me cago en la puta, vaya si has cambiado,

hostias, menudo rancio. —No lo ha dicho de broma, echa chispas por los ojos y habla con los puños apretados. Masca cada letra que escupe.

Saco con brusquedad las llaves del bolsillo, agarro el brazo de Víctor, tiro de él y lo obligo a abrir la mano. El manajo metálico cae en el centro de su palma.

#AmistadesPeligrosas

Sofía

—Un viaje... —balbuceo—. Mario, un viaje ¿adónde? Ahora es imposible, tengo todas esas conferencias que dar...

—Cambia las fechas.

—¡No puedo! ¿Por qué no lo dijiste cuando nos reunimos con Victoria?

—Cariño, el viaje era una sorpresa, algo entre los dos, no tengo por qué contárselo a ella...

Me siento fatal. Quiero atender mis compromisos profesionales, pero también a Mario. Se acerca a mí y me coge las dos manos. Parecemos un par a punto de bailar.

—No te estoy pidiendo que canceles nada, sólo que no seas tan estricta con el programa. —Me besa dulcemente en los labios—. Tienes una vida, no hace falta que vuelvas a trabajar; podrás dedicarte a escribir, tranquila, sin horarios, todo

lo que quieras, pero tienes que imponer tu criterio e impedir que esa mujer se adueñe de tu tiempo.

—Te refieres a Victoria —farfullo—. Ella intenta ayudar a que me labre una carrera, no se apropia de nada.

—Vamos a volver a Barcelona, que tanto te gustó cuando fuiste a presentar el libro allí.

—Hace nada que regresamos, sería una tontería.

Me hace girar entre sus brazos y suelto una carcajada dichosa.

—A otra parte, otra ciudad que te inspire. ¿Qué me dices de París?

¿Qué puedo decir de París? Otro

sueño por cumplir. La fantasía de media humanidad.

—No necesito inspirarme —
respondo entre risas—, sino
documentarme. No escribo novela,
¿recuerdas? Escribo psicología
aplicada.

Describimos un par de vueltas y
termino enlazada a su cuello. Ese
piquito de sus labios mullidos me
provoca hambre a todas horas.

—Céntrate en tus clases, en el
departamento —le sugiero mimosa—, y
yo escribiré y atenderé mis citas
mientras tú...

—He pedido una excedencia.

Me envaró y me separó unos centímetros.

—¿Cuándo?

—Hace tres días recibí la confirmación. Sofía, no necesito trabajar, tengo más que de sobra para que vivamos muy bien, solos tú y yo, y disfrutar sin límites, cielo. Estaba esperando que aparecieras en mi vida para dar este salto. En soledad carecía de sentido.

Ni para bien ni para mal consigo reaccionar.

—¿Has dejado la universidad?

—Y a Paula y sus presiones.

—No me habías dicho que te

presionara. —Mis frases se enfrían.

—No había por qué ponerte celosa.

—Celosa —repito con el cejo muy fruncido.

Mario me besa la punta de la nariz.

—Te lo aseguro, es mejor así.

Suspiro.

—Bien, y ahora ¿en qué ocuparás tu tiempo?

—En acompañarte y cuidar de ti.

Algo pequeño se me remueve dentro.

Presumo de ser independiente, pero la idea de contar con la protección y el apoyo continuo de un hombre como Mario me tienta. Alguien desea cuidarme. Lo que me une a él no es, pese

a lo impactante de su físico, de carácter sexual. Ni siquiera es sólo pasión. Tiene más que ver con el agradecimiento y la ternura, con el latigazo de la soledad que él amortiguó en su día, y con la certeza de que mi corazón decidió pertenecerle a alguien que no me merecía, de quien debo mantenerme a salvo.

Álex

—Toma. Vete a casa, llévate a las chicas, fóllatelas a todas y luego ten la decencia de prepararles un buen café, pero no cuentes conmigo.

Víctor intercambia una mirada de profundo resentimiento con Antonio.

—Desde que esas dos zorras se cruzaron en vuestro camino no habéis vuelto a ser los mismos.

Sabemos que no es él quien habla, es el alcohol, pero tanto Antonio como yo saltamos de los taburetes como resortes.

—¿¿A quién has llamado «zorra»?! —ruge Antonio.

Detengo el avance de mi amigo con una mano apoyada en su pecho. Antonio es muy pacífico hasta que deja de serlo.

—Tranquilo, tío, tranquilo —le aconsejo.

—¿¿Acaso te refieres a Ximena?! —vocifera—. ¿Y a Sofía? ¿Ésas son a las que estás insultando?

—Eres un hijo de puta que no sabe respetar —le espeto a Víctor, todavía haciendo de muro de contención de la cólera de Antonio.

Víctor eleva las manos en gesto de rendición.

—De acuerdo, me he pasado. Vale que la tuya está embarazada, te va a hacer padre y todo eso, pero la tuya... —se dirige a mí. Entorno peligrosamente los ojos—. La tuya anda por ahí follando a diestro y siniestro sin importarle que tú llores su ausencia por las esquinas. Si lo sospechase, ibas a ver cómo se reía...

No me paro a pensar. Mi puño sale despedido e impacta directo en su mandíbula como un letal cañonazo. Víctor se tambalea cuan largo es y trastabilla antes de caer hacia atrás, contra la barra del bar. Me preparo para una nueva acometida, jadeando, encendido de furia, con los ojos empañados de tormenta. El resto del grupo acude a la carrera y Antonio me sujeta por la derecha. Lo veo todo rojo, sólo quiero quitarlos de en medio, que me suelten, poder darle su merecido a este imbécil rompebragas, que en su vida ha sentido nada digno por una mujer.

—Oye, venga, ¿a qué viene esto? —masculla Raúl.

—Joder, Álex, coño, ¿qué ha pasado? —interviene Miguel.

Lucía y las demás observan interrogantes y asustadas. Víctor se recupera del gancho y, frotándose el golpe de la cara, me mira como si me perdonase la vida. Arroja contra la madera del mostrador las llaves de mi apartamento y se dirige a la puerta, abriéndose paso a codazos.

—Haz con tu jodida vida lo que te plazca —creo que dice.

La rabia me tiene demasiado aturdido, no puedo pensar.

—¿Estás bien? —me pregunta una rubia de pelo ensortijado.

La gente se arremolina a nuestro alrededor. Recupero las llaves y le digo que sí.

—Vámonos de aquí —sugiere Antonio conciliador—, hemos bebido demasiado.

Al cabo de un rato, en el salón de casa, sólo estamos mi viejo amigo Antonio y yo, remojando el ciego con más ginebra y jamón serrano, maldiciendo el día en que seguimos las enseñanzas de Víctor.

—No puedo culparlo, si alguien se ha comportado como un gilipollas año tras año, ése he sido yo. —Me meso impaciente el cabello—. Si hasta creo que le he enseñado lo peor que sabe.

—Es un bestia de treinta y tres años que no piensa sentar la cabeza en su vida. Está obsesionado con pasarse por la piedra todo lo que se ponga a tiro, y con niñas de menos de veinte.

—Que lo haga —contesto con verdadero asco—,

pero que no se atreva a juzgarme. Lo que daría por que esto no hubiese pasado, él ni se lo imagina.

—¿El qué?

—Conocerla. Sentir lo que sentí.

—Lo que aún sientes —declara solemne.

No se lo discuto. Sólo lo miro con una desolación que me embarga entero.

—Y que no tengo más remedio que enterrar.

Antonio se moja los labios.

—Supongo que era mucho más fácil empezar a odiaros que reconocer lo que sentíais el uno por el otro. Ése es el único motivo de que hayáis iniciado esta guerra absurda.

—¿Guerra absurda? ¡Sale con otro desde hace meses!

—Lo suyo con Mario no es definitivo, te lo digo yo.

El ramalazo de celos es voraz, me estruja el vientre.

—¿Lo conoces? ¿Ya te lo ha presentado?

—Hemos coincidido varias veces, nada serio. Venga, Álex, tío, recapacita.

—Me he humillado, he ido a su casa, la he llamado

mil veces sin que se digne cogermelo. Joder, hasta le compré flores.

—¿Flores? ¿Tú?

—Flores. Yo. Imagina. Paso, Antonio, con Sofía no hay nada que hacer.

—Deberías hablar con tu hermana.

—¿Mi hermana? ¿Qué pinta en el cuadro mi hermana?

—Silvia tuvo bastante que ver en los enredos con Sofía.

Me dan ganas de carcajearme. Pero de mi garganta saldrían sonidos chirriantes y desagradables.

—No hubo tal cosa. Sofía venía jodida del tío que la engañó y yo quise ir deprisa sin ni siquiera tenerlo claro. Seguía demasiado enganchado emocional y psicológicamente al cepo de Camila.

—Silvia repartió información ambigua; con mucho arte y un par de capotazos inteligentes le dio a entender que no estabas interesado.

Me quedo un segundo en suspenso, con la mano y la copa en el aire camino de la boca. Sí, señor, directos a la diana del problema, hurgando donde más duele.

—¿Mi hermana hizo eso?

—Puedo asegurar que sí.

—Qué jodida... —Bebo un largo trago que baja hirviendo por mi garganta. Chasqueo la lengua—. Aunque no se hubiera entrometido, el final habría sido de igual forma un puto desastre.

—No estoy de acuerdo.

—Yo estaba confuso, acostumbrado al tira y afloja de Camila, a toda esa mierda, ni siquiera sabía si quería ir más allá con Sofía. Sólo salirme con la mía, follármela hasta cansarme. ¿Sabes cuántas chicas se me han resistido hasta ahora?

—Ella.

Niego con la cabeza con pesar. Es recordarla y todo gira doloroso y temible.

—Ella.

Sofía

Me he visto las cuatro primeras temporadas de *Breaking Bad* de un

tirón. He quedado con Mario por la noche, pero mientras la noche llega, tengo mucho en que pensar. Ayer me propuso mudarme a su colosal apartamento y cuando le pedí algo de tiempo para meditarlo, me dijo que no pretendía presionarme, que estaría bien que le respondiese algo ¡hoy! Termino de limarme las uñas, saco la caja donde guardo las lacas y elijo el color que más me llama. Soy incapaz de decidir entre el azul cobalto, el morado y el rojo de toda la vida, así que me pongo las botellitas delante, cierro los ojos y decido a ciegas. Morado. De acuerdo. Esto me condiciona bastante a la hora de

escoger ropa.

Estamos a punto de sumergirnos en el verano y, para cuando acabe, habré elaborado un plan de vida que abarque por lo menos el próximo año y medio.

—Y si me voy a vivir con él y no funciona, me vuelvo a mi casa y santas pascuas. —Separo los dedos, soplo las uñas de una mano y continúo sujetando el teléfono entre el cuello y el hombro, a pique de dislocarme.

—Di que sí, hija, no hay que pensar tanto las cosas, que se secan —me responde Ximena.

Tengo la ligera impresión de que me sigue la corriente.

—Dejo volar la intuición en libertad y actúo en consecuencia —digo secundándola.

Las dos reímos como dos crías en el recreo.

Un estridente pitido me atraviesa el cráneo. Tengo que cambiar de una vez ese puñetero timbre.

—Te dejo, guapa, debe de ser Mario.

—Uh, os dejo a solas, señorita enamorada.

—Cuídate, hermana; reposa y no te alteres.

—Qué asquito. Estoy gorda como un sollo.

Un segundo timbrazo impaciente. Nos despedimos. Salgo corriendo descalza y con un breve pijama de pantalón corto y camiseta de Mafalda con estrés y pelos de loca.

Más o menos como los míos, tampoco hay que ponerse muchas flores.

Tiro de la puerta con cierto entusiasmo, pero en lugar de un hombre moreno, atractivo y alto que me mira con devoción, me encuentro a una rubia guapísima, peripuesta, vestida de rosa pastel.

#Perdóname

Silvia y yo nos quedamos inmóviles. Petrificadas. Mirándonos sin saber cómo reaccionar. Mi corazón empieza a acelerarse, no muevo un músculo. Al final es ella la que cruza la línea.

—¿Vas a dejarme esperando en el

descansillo?

—¿A qué vienes?

—A aclarar varias cosas. —Hago amago de cerrar, pero Silvia se adelanta. En sus ojos no leo retos ni victorias, sino un ruego desmadejado—. Por favor. Si cuando acabe sigues odiándome, sólo tienes que pedirme que me marche y te juro que no volveré a molestarte. Pero deja al menos que me explique, no seas injusta.

Igual tiene algo de razón, me paso de radical y testaruda a veces. Asiento un poco con la cabeza y le abro hueco. De mala gana, que conste.

—Pasa. ¿Quieres un café?

—Una Coca-Cola light sin hielo y sin vaso, por favor.

—Es temprano —señalo.

—Estoy nerviosa.

Se sienta en una esquina del sofá un poco encogida, algo inusual en la filosofía de vida de Silvia Conde, que todo lo abarca, todo lo domina desde arriba.

Trasteo con torpeza. Por más que lo niegue, también yo estoy histérica. En lo que respecta a los miembros de esa familia, parece que el tiempo no cura, no pasa por encima de los agravios.

—Sofía, te fuiste del despacho sin decir adiós, sin una explicación.

—Ha pasado mucho tiempo —me atrincheró—, no creo que tenga ya importancia.

Destapo dos botellines, le tiendo uno y me siento. Estamos frente a frente, lo que nunca quise. Silvia habla mirándose los pies. Qué situación tan incómoda.

—Habría sido mejor no remover nada —afirmo.

—¿Ibas a dejarlo así?

—Parece que me lo estuvieras echando en cara.

—Es de cobardes, no te imagino haciendo eso.

—Yo a ti tampoco halagándome. ¿Has pensado que quizá no me conozcas

hasta el punto que creías?

—Has logrado que me coma la cabeza durante semanas. ¿Qué había podido hacer yo que te molestase tanto?

He sacado algo de picar. Patatas fritas y aceitunas, no tengo nada más. Bajo la bandeja temblorosa hasta la mesa.

—Sólo cabía una respuesta — prosigue—, tenía que ver con mi hermano.

Ni respondo ni le aclaro nada, se me ha secado la garganta.

—Nos manipulaste con engaños — vomito sin poderme contener. Compruebo que baja la mirada.

—No fue exactamente así...

—Nos distanciaste. Te haré una pregunta, Silvia, sólo una. ¿Por qué?

—Se mezclaron muchas razones. Por un lado, me aterrorizaba perderte como amiga. Sabía que mi hermano es un cabrón que te haría daño y yo me sentiría culpable. Quise advertirte, tú estabas muy ciega, no supe cómo hacerlo. Por otro lado... hacía mucho que buscaba a alguien como tú. Tengo espejos, Sofía, y no soy ciega. El tributo que paga una mujer guapa es muy alto y al final todas las que han dicho ser mis amigas han resultado ser unas zorras envidiosas.

Le aguanto como puedo la mirada, aunque las rodillas me tiemblan y no quiero que se note.

—¿Y traicioneras?

Veo que se ruboriza y baja de inmediato la vista al suelo. Me alegro de lo certero de mi puñalada. Estoy tan furiosa que escupiría al techo y se lo dedicaría a ella.

—No he venido a pasar un mal rato ni para incomodarte. —Ahí está de regreso la Silvia invencible—. He venido porque me importas, siempre me has importado.

—No mientas. Siempre pensaste que mi interés por ti giraba en torno a Álex y

te tomaste nuestra amistad muy poco en serio. Si lo mío era, según tú, interés, ¿qué era lo tuyo? ¡¿Soledad en grado máximo?! —chillo ofuscada.

—Te estás equivocando.

—Puede.

Me levanto del sofá con un hondo suspiro. Se me ha terminado la paciencia. Me acerco a la puerta de la calle, deseando que capte el mensaje, pero ella sigue sentada.

—Sofía, me voy a casar.

—Enhorabuena —contesto sin la menor emoción—. Es lo que se dice en estas circunstancias, ¿no?

—Me gustaría que estuvieras

presente. —Ahora sí se incorpora, agarra su bolso con ansia y galopa a mi encuentro—. No fue tan grave lo que pasó, podemos arreglarlo.

Reculo.

—No te digo que no. Pero por una vez, no será cuando tú quieras.

Hunde la cabeza entre los hombros y asiente. No soy ninguna sádica, estoy deseando que se marche, verla tan humillada es un martirio desagradable. Empleo bien la pausa, abro la puerta y espero con cortesía a que salga. Al rebasarme, vuelve a clavarme unos ojos de gato mojado.

—Espero que recapacites y vengas

—insiste, sin ímpetu en la voz—. Es dentro de tres semanas.

—Aún tengo tiempo de comprarme una pamea —concluyo huraña.

El problema de Mario en los eventos literarios es que no participa. Hablo de integrarse con los asistentes, de consumir en los cócteles y de fusionarse con el ambiente para que todo se distienda y yo no tenga que estar continuamente pendiente de él, atendiéndolo, dándole conversación y convirtiendo en casi inútil mi presencia allí. Ha conseguido fabricar un ovillo de

hilo invisible, uno de cuyos extremos sostiene entre los dedos para tirar de él cuando se le antoja. El otro está anudado en torno a mi cuello y me hace responder como un perro amaestrado.

—No sé, no tienes hernias ni acidez estomacal que justifique no ser un poquito más afable —me quejo. Estoy repantingada en su sofá, con los pies desnudos sobre su regazo. Le doy pequeñas pataditas de protesta.

—Lo soy contigo. —Se dedica a hacerme cosquillas en las plantas hasta que, entre risas, retiro las piernas.

—No, en serio, me refiero con la gente.

—Supongo que puedo elegir lo que me importa, y me importas tú. —Me guiña un ojo.

Está jugando conmigo y con la seriedad de esta charla.

—Yo no soy la gente y tampoco el núcleo del mundo. Hay más por ahí sueltos, personas que pueden enriquecerte con sus vivencias...

—Es que no me interesa, ¿por qué no quieres entenderlo?

—Pero ¡estudiaste Psicología! — señalo exasperada.

—Para cerciorarme de lo estúpida que es la humanidad, de lo cerca que andan de las plantas.

De repente siento una oleada de compasión hacia este hombre tan hermoso pero tan solo. Me aproximo, me acomodo en su regazo y le acaricio la cara.

—Cariño, te han hecho mucho daño.

Se revuelve incómodo y, por primera vez desde que lo conozco, se zafa de una caricia mía.

—No tanto, no exageres.

—No me obligues a elegir —le suplico—. No entre tú y lo que tanto amo.

Levanta una ceja y cambia la atmósfera a nuestro alrededor. Se electriza.

—¿Lo que amas? De no haber sido por mí, no habrías salido del hoyo, no tendrías agente, seguirías enviando copias de tu novela, mendigando una pizca de atención a las editoriales.

—Y te lo agradezco, tengo una deuda contigo.

Y me pregunto si existen las deudas pendientes con la gente que quieres y que se supone que te corresponde.

—Ni lo dudes.

Mario lo tiene muy claro.

—¿Para qué me ayudaste si ahora me cortas las alas? Te molesta que atienda cualquier cosa que no seas tú.

Mis palabras rebotan en el aire

como un eco monótono. Percibo el modo en que nos distanciamos. Ya no nos abrazamos. Mario me ha levantado de su regazo y ahora pasea nervioso de un lado a otro del salón. De repente se vuelve y en sus ojos incendiados leo una rabia desconocida.

—¡Porque me lo debes todo! ¡Todo!

Salto de mi asiento como un resorte.

No voy a consentir ciertas cosas, por muy en deuda que me sienta.

—¡No te debo nada! ¡Ni te pertenezco! —Pierdo un poco los papeles—. Estoy contigo porque unidos nos mejoramos, no porque me obligues.

—He invertido mucho para que seas

feliz.

—¿Mucho qué? ¿Mucho dinero? Nunca te lo he pedido; además, si tanto te intriga saberlo...

—¿Qué? Escúpelo.

—A ratos soy infeliz —digo sollozando y explotando—, tremenda e insoportablemente infeliz.

—Porque eres una desagradecida que no sabe lo que quiere. Deberías pedir disculpas.

—¿A quién? ¿A ti? ¿Al que decide lo que debería o no hacerme saltar de alegría? Mira, me bastan un puñado de cosas sencillas para sentirme plena: un buen libro, un té y un poco de

tranquilidad. Tenerte encima todo el tiempo, controlando hasta lo que pienso... es un infierno en el que no quiero seguir.

—¿Qué me estás diciendo con exactitud?

—Que mi libertad no es negociable, que estoy agobiada, que no sé cómo respirar bajo tu tutela. —Me revuelvo el pelo, inquieta y falta de ánimo.

Es todo. El límite que admito por hoy ha llegado. Creo que es mi primera discusión agria con Mario estando sobria por completo, y me deja exhausta, con mal sabor de boca. Es como si se hubiesen repartido por la casa muchos

reproches que no se han dicho.

—¿Te marchas? —pregunta, cuando me ve recoger mis cosas a puñados bajo los brazos.

—Voy a dormir a casa.

Corre a mi lado y me abraza. Me mantengo rígida y lejana.

—Sofía, por favor...

—Déjalo, Mario, estoy agotada. Mañana tengo dos conferencias, sólo quiero dormir.

—Quédate, te lo ruego, no vamos a discutir más. Cenaremos juntos en la terraza y repasaremos tu discurso.

Como hemos hecho otras veces. Lo miro. Odio esa cara de póquer que no sé

interpretar. Otra vez el obseso del control que se reprime para no ahuyentarme.

—Tú no tienes nada que repasar — mascullo—, soy yo la que da la charla.

—Sofía... —Es la segunda intentona por frenarme. Pero como respeta mi espacio, aprovecho y marco las distancias con un gesto de la mano.

—Me marchó a casa, lo prefiero. — De puntillas, le beso los labios. Los tiene helados—. En la consola de la entrada tienes una carta —le digo—. Viene de Italia.

No veo que se interese por las noticias que le manda su familia. No, al

menos, mientras salgo por la puerta.

Llevo puesta una falda midi de color coral, confeccionada en punto de seda, con corte de capa. Con ella puesta, mis piernas parecen mucho más bronceadas y mi cintura más estrecha. Cargo dos bolsas de supermercado llenas de mierdas con las que pienso encerrarme y, dueña del descansillo de mi escalera, giro sobre mí misma sólo para disfrutar del vuelo de la tela flotando a mi alrededor. Como las chicas de los años cincuenta, como la Sandy de *Grease* gorjeando su *Summer Nights*.[\[32\]](#) La falda se expande, se convierte en un

plato que me rodea. Mis piernas y parte del *culotte* de encaje que cubre mi trasero quedan al descubierto. No importa, no hay en los alrededores un alma que pueda...

Oño. Sí la hay. No puedo creerlo.

Porque acaba de abrirse la puerta cromada del ascensor y pillo a Álex, ¡a Álex!, contemplando extasiado el espectáculo, con la boca abierta y los ojos verdes brillando como gemas encendidas. Ni siquiera se habrá dado cuenta de quién soy, espero, sólo una loca bailando en soledad con el pandero al aire. Es posible que todavía pueda salir huyendo escaleras abajo... ¿Tenía

que ser él?

—¿Sofía?

Me atormenta esa voz sexi. Sí, me ha reconocido.

—Cosas como ésta me provocan infartos —asegura mofándose.

Yo lo mato. Y luego me tiro por la terraza.

—¿Qué quieres? —gruño. Sé muy bien en qué tono hablar. Y él también lo sabría de no estar mirándome descaradamente el culo—. No me salgas con que vienes a visitar a mi vecina, porque tiene noventa y tres años, dentadura postiza y, para colmo, no la conoces.

Con toda desfachatez se encoge de hombros y sale del ascensor. A mí me va a dar un ictus. No puede ser que sólo verlo me arrastre un torbellino de sexo y recuerdos, se me incendien las mejillas y note en la ropa interior una incómoda humedad que lo dice todo.

Soy un zorrón enamorado que se niega la evidencia.

—Podría intentarlo, pero mejor cojo un atajo. Venía a ver si con un poco de suerte me abrías la puerta.

Parpadeo atónita. ¿A estas alturas?

—¿Entramos y hablamos con tranquilidad? —insiste.

Sé que resulta infantil, pero la mano

con que sujeto las llaves de mi apartamento, corre a esconderse a mi espalda. Álex sonríe de medio lado y yo me quiero desmayar.

—Ni lo sueñes. —«No soy tan necia y t  sigues siendo de lo más peligroso del mundo conocido»—. La eterna excusa del hablar cuando no se tiene nada que decir —me burlo.

—¿Un t ? Aquí cerca y rapidito.

—Tampoco.

—¿Has quedado con alguien?

—Te has vuelto cotilla desde que no nos vemos.

—Siempre he sido cotilla con las cosas que me importan.

—Entonces va a ser que ahora te importan cosas que antes te resbalaban.

—Deberías darme la enhorabuena, poco a poco me voy encontrando a mí mismo.

—No estoy del todo segura de que te guste lo que vas a encontrar —lo zahiero con mala intención.

Sus ojos verdes desaparecen medio segundo entre sus pestañas.

—Es muy posible que tengas razón, pero aun así tengo que intentarlo. De eso trata la vida: ensayar, equivocarse y agradecer que alguien a quien le importas te restriegue por las narices tus errores. ¿Qué tal te va con...?

Un golpe desdeñoso de mentón para señalar más allá de su espalda. Deduzco que se refiere a Mario, pero tiene demasiado orgullo como para tratarlo con respeto.

—Muy bien, fenomenal, es posible que esté mejor que nunca. —Me dejo llevar por el entusiasmo, y el placer de ver cómo palidece no tiene precio.

Me acorrala contra la pared, apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y pega su cuerpo al mío para asegurarse de que no tenga fácil escapatoria. Enseguida nota que tiemblo.

—A pesar de tu estridente felicidad, estás nerviosa. Dime por qué.

—No lo estoy, es que quiero que te vayas. No sé qué demonios vienes a hacer a mi casa.

Desvió la cara y fijo la vista en la pared, necesito librarme de su horrible influjo y del calor que desprende y que me está envolviendo.

—Estás temblando —repite con autoridad. Alza una mano y pasa el dorso por mi mejilla—. Dame cualquier razón salvo que te doy miedo, porque me moriría de pena.

Puede que se esté riendo de mí. Ha sonado muy melodramático, aunque también muy intenso. Sin querer, fijo los ojos en sus labios húmedos.

—Mi único terror es que pienses besarme —balbuceo.

«Y no sepa cómo detener esta tormenta de deseo que me nace directamente en las entrañas.»

—Prueba a pararme. —Presiona un poco más—. Prueba a pararme, porque yo no pienso desperdiciar mi oportunidad.

#CorroPeligroYLoSé

Apoyo las manos en su pecho, ese pecho duro y esculpido que tan bien conozco, esos músculos marcados con descaro bajo la ropa, que me ponen mala. Entrecierro los ojos y Álex aprovecha mi segundo de debilidad para acercarse

más aún y pegar su frente a la mía. Estamos como siempre quise que estuviésemos, compartiendo un momento íntimo donde el protagonista es el jadeo ansioso que brota de mi garganta conectada al corazón, a un paso de sellar promesas con los labios, como en las películas de amor.

—No puede ser que esté haciendo esto. —Me remuevo contra su cuerpo. Ida, estremecida, a punto del llanto.

—Yo fui antes, yo llegué primero a tu vida. No fue él, fui yo.

Es cierto. Rotunda e irreverentemente cierto.

Lo noto distinto, más sosegado. Ya

no es aquel manojito de nervios hiperactivo que conocí y sus carcajadas son suaves y roncadas. No espera. Tampoco se lo he prohibido, así que su boca busca la mía, apresura mis labios con extrema lentitud y los saborea. Me entrego toda, me derrito en su abrazo y, mientras su lengua me recorre con delicadeza, percibo que no es un beso violento y desesperado, como solían ser los nuestros. Es un beso peculiar, lleno de promesas. Si no lo conociera, a él y sus debilidades, me atrevería a afirmar que es un beso de enamorado.

Cuando me doy cuenta, estoy respondiendo con toda el alma y las

lágrimas resbalan por mis mejillas. Álex se separa, frunce un poco el cejo y me las seca con la punta de los dedos. Yo no las toco, no molestan, no me importa que corran libres; mostrar mis emociones, que han vuelto en tropel, supone una especie de liberación.

Y de repente lo odio por creerse con derecho a irrumpir de nuevo en mi vida, por actuar como si pudiésemos desenterrar nuestra vieja intimidad, por dar por sentado que lo sigo amando. No puedo evitar sentirme pequeña, ridícula, vulnerable. Álex Maldito Conde. Me cuesta controlar la voz, es un hilo quebradizo y agotado.

—Sal de mi vida. Si te queda una chispa de humanidad y alguna vez me has querido.

Mis palabras lo desconciertan. Se endereza y el espacio que se abre entre los dos me permite escapar en dirección a la escalera y, de ahí, en una carrera desesperada y sin cuartel, a la calle. Me refugio en el primer centro comercial que se me pone a tiro, agazapada entre gente distraída hasta que cierran y sólo entonces, cuando cae la noche cerrada, vuelvo a casa. Como es obvio, junto a mi puerta, de Álex sólo queda el aroma.

Nadie me ha preguntado si soy más de turismo rural que de aceras. Me temo que soy cien por cien urbanita, que estoy más en mi salsa taconeando en un parque que escalando pedruscos. El musgo resbala. Pero no es ésa la principal razón por la que respondo refunfuñando a la invitación de Mario.

—Ya lo tengo todo preparado —se justifica él con un velo de pesar en sus dulces ojos castaños.

—Descarado, me chantajeas emocionalmente con total falta de remordimientos.

—Tengo muchas ganas: tú, el aire puro del campo, una cama, champán y

fresas... —Me estrecha juguetón entre sus brazos. Yo echo atrás la cabeza y dejo que me lama el cuello.

—Si vamos a ir, es sólo que... bueno, tengo mucho trabajo.

Cambia de cojín, se acurruca a mi lado, atrapa mi cintura y me besa por toda la cara. El delicioso reguero de cosquillas, tras una sesión de sexo que no ha sido para lanzar cohetes al espacio.

—Voy a recordarte que eres una chica liberada que puede darse el lujo de no trabajar.

—Eso no es cierto. No paso consulta, no hago lo que hacía antes,

pero esto es trabajo: participar de forma activa en la promoción del libro, tomar notas para el siguiente...

Me interrumpe la inspiración su gesto de desagrado.

—¿Ya pensando en el siguiente?

—Por supuesto, ¿qué creías? ¿Que iba a ser flor de un día?

Le doy un empujón cariñoso. Él responde aprisionando mis labios con los suyos. Huele a café delicioso, recorro su boca con la lengua, mi cuerpo olvida el pasado, también que son las diez de la mañana, se humedece y pide mambo.

—Vamos a mejorar la experiencia

de antes, que ha sido pobretona — propone.

Vaya, ¿él también lo ha notado? Sexo mediocre sin entusiasmo por parte de ninguno de los dos.

—Victoria me ha pedido que vaya pensando... —intento explicar, mientras los tirantes de mi pijama resbalan desde los hombros. Las yemas de sus dedos escriben frases completas en la piel de mi escote.

—Victoria, Victoria, Victoria. Mujer exigente donde las haya. —Muerde con suavidad mi clavícula. Me estremezco. Mis pezones saltan y se endurecen.

—Cumple con su función. Dice que

deberíamos aprovechar la racha de popularidad...

Pierdo la prenda superior, mis pechos se liberan y Mario me sienta a horcajadas en su regazo. Pasa los labios por encima, de uno a otro, atrapa un pezón con los dientes y lo tortura con la punta de la lengua. Gimo en una especie de ronroneo, mientras mis dedos se enroscan en su pelo oscuro y un poco largo a la altura de la nuca.

—Tú siempre serás popular, terciopelo. Una vez te conocen, no te olvidan. Les pasará como a mí, les sorberás el seso.

Una succión más pasional me

sobresalta. Ha sido casi dolorosa, combinada con un mordisco que no tiene nada de sutil. Pero tras el calambrazo inicial, noto que la excitación crece. También la suya, la tengo clavada entre las piernas, casi la siento palpar.

—Sin promoción no habrá Dios que me conozca —murmuro, entregada a la tarea de desabrocharle la camisa del pijama de algodón de seda que usa para dormir.

Despejo su torso increíble, cubierto en la cantidad justa por un vello masculino suave y de lo más erótico. Deslizo las manos, lo abarco todo y dejo que lama el lateral de mi cuello y

profundice en mi oreja.

—¿Vamos a repetir? —pregunto con un coqueteo. Lo estoy deseando, los polvos mañaneros siempre han sido mi fuerte y el anterior sólo puede calificarse de birria.

Mario sustituye una respuesta tradicional por un incorporarse conmigo enganchada a su cintura. Me sujeta por debajo de las nalgas, me devora la boca con ansiedad, vamos directos de vuelta a la cama.

—De momento, este fin de semana viajamos al campo. Árboles silvestres y mucho tiempo que perder —me dice como algo ya confirmado—. Verás cómo

te inspiras.

Desde el momento en que mi espalda toma contacto con el colchón, ya no quiero saber nada más. Sólo que la curva de excitación sexual siga su feliz camino, que nuestras pieles transmitan la calidez que les sobra, y que se fundan una con otra. Las ganas se concentran en mi vientre en forma de pinchazos que se reparten por mis pechos, mi garganta y mi clítoris. De los besos mojados hemos pasado a las caricias tradicionales con la punta de los dedos a lo largo del costado. Consigue ponerme el vello de punta. No me quito de la cabeza que, de tener compañía y estar mirando, mi

chico estaría mucho más motivado. Veo crecer el ritmo de su erección con cara de auténtica ansia, la agarro con las dos manos y me la meto en la boca.

Es suave y caliente, está hinchada. Recorro el tronco con lengua y labios, me detengo a la altura del frenillo y jugueteo. Lo veo echar atrás la cabeza y jadear. Es su equivalente a «Sigue así, nena, me gusta, me encanta», me estimula. Succiono la punta con fuerza, dos, tres veces, asegurándome de que siente el efecto. La sangre bombea en su interior y lo ensancha más aún. Subo el ritmo de mis chupetones, los combino con pequeños mordisquitos inocentes,

exploro el terreno con la lengua.

Creo haber logrado una excitación brutal en él, sin ayuda ajena.

—Para, terciopelo —me pide con un grito ahogado—, para o no respondo.

—Pues no respondas, que nadie te ha preguntado

—Quiero que tú...

—Chis —digo sin dejarle acabar.

Lo cierto es que no me preocupa tanto tener o no un orgasmo. No hace ni una hora he disfrutado de dos encadenados, gracias a la habilidad de su lengua danzando sobre mi sexo, y para él no ha quedado nada. Es su turno. Lo mío, necesidad de hacerlo disfrutar

con mis caricias. Que sepa, sin tener que confesarlo, que desde que llegó a mi vida estoy menos desamparada y perdida.

Cuando está a punto de estallar, me arrebatata el pene de un suave tirón, me coge por la cintura y gira en vertical hasta cubrirme con su peso. Ahora él manda y en un suspiro se me ha colado dentro, hasta el fondo. Mi vagina lubricada no opone resistencia, se desliza como el vástago de una maquinaria perfecta y un par de embestidas bastan para conducirnos al limbo.

Lo siento por todo el cuerpo, un

orgasmo que me recorre, brutal. Pero claro, tengo los ojos cerrados y, a ratos, en mi mente, no es él quien me ama.

El engañoso sexo, que todo lo cura.

Soy una facilona. Llego a la conclusión de que con una ración de buenos polvos pierdo la concentración y se me convence de casi cualquier cosa. Tenía planteado oponerme al fastidioso fin de semana, la puñetera naturaleza, lejos de los tranquilizadores ruidos de la urbe, pero aquí estoy. No han tenido que atarme ni amordazarme. Por increíble que parezca, he venido

voluntariamente y hasta he preparado mi maleta con cierta dosis de felicidad.

Propuse invitar a Ximena y a Antonio, compartir con ellos oxígeno y charlas al calor de la hoguera, un plan mucho más apetecible que enfrentarnos solos a tantas horas sin ni siquiera un triste televisor. Pero mi insociable novio no quiere saber nada de acompañantes. Hasta se permite el lujo de llamarlos «interrupciones».

—No puedo creer que hables así de mi mejor amiga —lo regaño. Vamos en su jeep dando saltos por unos caminos del infierno—. A todos los efectos, y de aquí a la eternidad, hazte a la idea de

que es la hermana que nunca tuve. Sólo porque tú no te trates con tu hermano... —Me muerdo la lengua. Qué bruta soy, demonios—. Lo siento. Lo siento, de verdad.

—No pasa nada —asegura sombrío.

—Esa carta que llegó de Italia...

Desvía la mirada hacia la derecha. Evita contestar. Luego se centra en el volante.

—Nada importante. Informes periódicos acerca de las empresas.

Hago como que me lo creo. Su energía está alterada, como diría Luluis, soy capaz de percibirlo. Apoyo la frente en el cristal de la ventanilla, cierro los

párpados y rememoro el beso de Álex. Un beso robado que me mortifica día y noche desde que me lo dio. Que ensombrece los que Mario me regala.

Me duele el corazón. Porque se dejó ver, me mató con ese beso y ha vuelto a desvanecerse. Si estando con Mario no puedo olvidarlo, no soy más que un fraude.

Estamos sentados en el porche de una cabaña de madera acondicionada al detalle, en el cogollo de la sierra de los Alcornocales. Tiene mucho encanto, con su chimenea de piedra oscura, leña

cortada y apilada lista para usar, una despensa bien pertrechada con cientos de cervezas, refrescos y varias botellas de vino, y la mejor cama del mundo, teniendo en cuenta el entorno silvestre. No habría sobrevivido dos noches en saco de dormir. En ocasiones agradezco el sibaritismo de Mario, que su condición para recorrer mundo sea no renunciar a las comodidades más puntillosas.

Manoseo mi libreta negra. Trato de cazar una inspiración que marque el punto de partida de mi nuevo proyecto, como un tirador al plato. Me esquivo, la muy gorrina. El espantoso síndrome de

la página en blanco, que además dinamita mi seguridad y crece con la presión. Cada vez que Victoria indaga, yo le miento y le aseguro que la cosa marcha, pero me niego a desvelarle nada hasta tener un primer borrador. Va a ponérseme la nariz como a Pinocho.

—Estás muy callada —observa Mario—, más bien ausente.

—«Espeluznada» sería la palabra. La editorial quiere una novela y yo no tengo ni una letra.

—¿Es mucho pedir que me dediques algo de atención? Con alguien que anda todo el día en las nubes, no hay quien mantenga una conversación adulta.

Lo miro, hago un puchero y nos reímos.

—Eso soy. Una puñetera niñata inmadura.

Coloco los pies sobre la baranda de madera. Esperaba que Mario me desautorizara el autoinsulto.

—Tengo la sensación de que no soy importante para ti.

Bufo. Otra vez con eso. Puede ser muy pero que muy insistente y bastante obsesivo. Sus continuas reclamaciones de atención empiezan a parecerse a una prensa hidráulica.

—Cariño, eres muy importante para mí, pero hay otras cosas. —Sonrío

paciente.

Responde como un peque en una rabieta.

—Las haré desaparecer si me roban tu tiempo.

—¡Dios! Te aseguro que soy capaz de quererte y escribir al mismo tiempo.

Pero no parece demasiado satisfecho con mis razones.

—No sé, imaginé que al dejar la psicología...

—¿Dispondrías al cien por cien de mí? —Mi voz es tan aguda, tan discordante, que me incordia—. Tengo una vida, joder, soy una persona.

—No hace falta alterarse.

—¡Me altero si me da la gana! ¡Lo he dicho mil veces! No soy una persona que no trabaje, simplemente he cambiado de actividad. ¡Y me estoy asfixiando!

Arrastro la silla con mi violenta explosión. Abandono el porche, tiro la libreta al suelo. El arranque de genio me separa de la mantita con la que me cubría las piernas y me empuja al nido verde del bosque. Puede que esté sobrerreaccionando, pero las quejas reprimidas durante meses, la desproporcionada vigilancia de Mario sobre todo lo que hago, mis agobios, saltan por los aires a borbotones a las

primeras de cambio.

—Sofía, vuelve —me pide.

No le presto la menor atención.
¿Hablabas de indiferencia? Ahí la tiene.

—Voy a dar una vuelta a ver si se me ocurre algo —gruño.

—Espera. —Aparta su manta y me sigue conciliador.

—Mario, ¿sería mucho pedir disfrutar de media hora de intimidad?

Corre tras de mí, me alcanza por detrás y me abraza por encima de los hombros.

—Chis...

—Chis no, necesito mi espacio, tienes que dármelo —gimoteo.

—Quiero ayudarte. Charlaremos de temas por los que se interesa la gente cotidiana. Verás como en menos de una hora tenemos tema para tu nueva novela.

¿Quién podría rechazar tan prometedor ofrecimiento? Yo no. Entrelazamos nuestros dedos y machacamos tierra bajo la suela de los zapatos. Me encanta cómo cruje al caminar.

#MierdaDeCampo

Decidido. El aire puro, purísimo, me embota.

El silencio, lejos de traerme paz, me adormece. Boto de nerviosismo, loca por regresar al hogar, a mis sesenta metros cuadrados pintados de color, a

escapar de mí. En contacto con la naturaleza me miro demasiado dentro y no sé si me gusta lo que encuentro. Pero mi próximo libro tiene tema y es un bombazo gracias a las sesudas reflexiones de Mario, y además estoy cocinando una tortilla de patatas espectacular. Valgo como aprendiz de maruja.

Al final, el paseo por los alrededores se ha ido animando y con el tirón de la conversación se ha convertido en un maratón en toda regla. Hemos combatido el frío con marcha atlética y al volver a la cabaña, pegajosos y sudados, por culpa de una

ducha demasiado estrecha, hemos terminado retozando entre la encimera y la alfombra rústica del baño.

Mi cuerpo reacciona sorprendentemente activo al toque de Mario, a la llamada de sus besos. Pero mi alma vuela lejos de él, de mí, de nosotros, de mi propio presente. Es una irritante sensación de desarraigo, de estar dividida, rota en un montón de pedazos que se niegan a juntarse.

Tras el sexo, nos acomodamos en el sofá de pana marrón, ponemos música para dar ambiente y nos servimos tortilla y unos copazos con lo que encontramos. Todo lo que huela a

alcohol y esté fuera del botiquín nos vale. Tranquilidad y completa felicidad. Sin embargo, lo que llega a continuación me desconcierta. Su petición me pilla con las defensas bajas, demasiado relajada y distraída.

—Háblame de él.

Me hago la tonta para ganar tiempo.

—Sofía, háblame del hombre que marcó tu pasado reciente —repíte con firmeza.

—Veo que te circunscribes a alguien concreto, no te interesan en general los hombres de mi vida.

—Desde luego, no los que están olvidados y almacenados.

De lo que deduzco que considera las heridas de mi historia con Álex bien abiertas, en carne viva. No anda equivocado. Por mucho que me cueste admitirlo, todavía no he hecho las paces con mis emociones más espinosas: abandono, rechazo, decepción y hasta estafa, si se me apura. Todas ellas poco honorables.

—Bueno, en mi relación con Sergio puse muchas esperanzas —arranco—. Eran ya tres años, el peso de la cotidianidad, un proyecto de boda... Su infidelidad me pulverizó. —Abro una pausa invitándolo a cambiar de tema, pero lo único que hace es sonreír,

mirarme expectante y alabar el sabor de mi tortilla—. Puede decirse que no estaba precisamente lista para conocer a nadie. Menos, para embarcarme en algo de más de cuatro días.

—Imagino, entonces, su interés por que las cosas funcionaran.

He captado su retintín. Me duele, porque la verdad no se parece en nada a sus fantasías celópatas.

—Nada de eso. Quería jugar, divertirse sin comprometerse.

—Pero tú tampoco buscabas un acuerdo de matrimonio. ¿Qué fue lo que te alejó?

«¿Aparte de la sensación de

importarle menos que el parche de nicotina de mi portero?»»

—Si puedo evitarlo, no comparto mi vida con gente intoxicada —digo con vehemencia. Por primera vez soy del todo sincera conmigo misma.

Mario prosigue con naturalidad.

—¿Se drogaba?

—No ese tipo de intoxicación, no. Una relación anterior, muy destructiva. Quedaban enganches emocionales; ella lo adiestró a responder a golpe de drama, a identificar las escenas de celos con el interés amoroso. Venía tan plagado de emociones erróneas...

—Si admites mi opinión, creo que

sigue igual. A eso, hay que sumar que es un chulo engreído que cree que con sólo chasquear los dedos, las mujeres de medio planeta se desmayan.

Lo miro neutra. No seré grosera y no aclararé que en realidad y, por desgracia, así es.

—Eso os pasa a todos los tíos guapos —contesto más animada, menos trascendente—; dime que no es cierto.

—¿Me lo preguntas porque me consideras guapo?

Arqueo una ceja.

—Venga ya, doctor Jones, las bragas de las universitarias han besado el suelo más veces de las que puedo contar.

Apuesto a que todavía están de luto por tu excedencia.

—Yo no soy un cretino prepotente.

—Cuestión de puntos de vista.

—¿Lo soy?

—A tu manera. Él a la suya.

He blasfemado. Lo sé. Y por si me quedaban dudas, Mario suelta la copa de un manotazo y se aparta de mí como si contagiase el ébola.

—Por favor, vas a conseguir que vomite.

—Qué encantador te pones cuando se te lleva la contraria. ¿Lo ves? A tu estilo eres un arrogante. Mucho.

Lo deajo mudo con mis conclusiones.

Todo tío apabullantemente guapo debería recibir una cura de humildad al menos dos veces por mes y yo encuentro una especie de placer maligno al infligirle a Mario su castigo. Procuro ensayar una expresión cándida, para cuando me espía con el rabillo del ojo.

—¿Tenemos postre o sólo vino dulce?

Desciende de una nube gloriosa, afloja el entrecejo y me repasa con lascivia.

—Tu postre lo guardo en el dormitorio.

Ya estoy harta de que se esfuerce por hacerme disfrutar, de que nos revolquemos como animales en celo y él no se corra. Si sumo mi agobiante complejo de culpabilidad por haber permitido que Álex me besara, por haberle respondido con ardor, y por seguir deseándolo aunque no quiera... tengo el cóctel molotov perfecto.

—Ya sé que estamos en un boquete en el fin del mundo, pero ¿no habría por aquí, en algún pueblo cercano, un garito morboso y borderline en el que se celebren...?

—¿Orgías?

—Justo eso.

—Definitivamente no.

—Lástima. Me apetecía algo de diversión.

Contra todo pronóstico, mi comentario lo parte en dos.

—Compruebo que no te basta con lo que te proporciono en soledad.

No entiendo nada. Los hombres ¿en qué idioma se expresan?

—¿Por qué diablos te enfadas tanto? ¿No eras tú el forofo de las «terapias alternativas»?

—Me temo que las has abrazado con exceso de simpatía.

Ahora resulta que va a ser eso.

La presentación en la Casa del Libro de Valencia supera con mucho las expectativas de mi agente. Victoria ha contratado una cantante de boleros de voz prodigiosa, que aligera la monotonía de las charlas con fragmentos de temas populares, cuya letra analizada pone la carne de gallina: dependencia, enganches enfermizos, morir de amor, la necesidad extrema... Todos los principios considerados inmutables desde el origen de los tiempos y que han acarreado mucha desgracia y más dolor. El amor es un sentimiento maravilloso, universal e ilimitado que nos hace

inmensos, pero un mal uso, un mal entendimiento del modo en que debemos practicarlo, nos convierte en marionetas perdidas, manipuladas por otro cerebro y otra voluntad que no son los nuestros, de los que dependeremos hasta para funciones tan básicas como respirar. Somos uno. Somos completos aun sin pareja. El amor, si es auténtico, no destruye, te hace crecer.

Algunos de los pasajes que desgrana la voz de la chica describen con todo lujo de detalles el maremoto de mis emociones junto a Álex. Parece mentira que alguien que pasa por tu vida tan sólo unos meses, te marque a fuego con esa

hondura.

Ximena lo llama obsesión. Yo, amor verdadero. Sólo que en este caso, peligrosamente tóxico. Hay ciertas personas a las que no debe una acercarse y ciertos momentos del existir, cuando uno se está recomponiendo, en que lo más sensato es enterrarse, formar capullo y relacionarse lo menos posible. En nuestra tragicómica historia confluyó todo. Un alarde de mala suerte.

Los libros se agotan. Los ávidos lectores abandonan la tienda con un ejemplar bajo el brazo, más contentos que la gitana del whatsapp. Todos estamos que nos salimos de la emoción,

incluido Mario, que no para de abrazarme, besarme y, superando su épica timidez, sacarse fotos con mis seguidoras, que hacen cola embelesadas con su varonil belleza.

—Espero que tu segundo trabajo sea igual de bueno que el primero, Sofía. — Victoria ordena cosas en su bolso Gucci.

Ya nos hemos despedido de todo el mundo, incluido el director del centro comercial, que ha tenido a bien descender de sus alturas para comprobar que el éxito del evento era real, no producto de la imaginación de alguna vendedora borracha. Han acabado las felicitaciones y la gente sale despacio,

charlando en animados corrillos. Asumo la pregunta de Victoria y me alivia tener una respuesta en la recámara que no sea mentira y gorda.

—Eso no soy quién para juzgarlo, te diré que se trata de una bilogía.

—¡Uau!

—Es un tema demasiado farragoso, una sola novela no bastaría, sobre todo porque quiero darle un final feliz.

—La vida rara vez regala finales felices —replica ella con frialdad.

Seguramente no ha tenido mucha suerte en el amor, por eso trabaja tantas horas.

—Me niego a perder la esperanza —

replico—. Además, es un libro, no tiene por qué ser real, tiene que cosquillearnos.

Victoria deja ir una especie de gorjeo.

—Ah, la felicidad, divino tesoro... ¿O era la juventud?

—No te burles. Cuando mis lectores pasen la última página, quiero dejarles una sonrisa bobalicona instalada en la boca. Que quieran más, que hayan cargado las pilas de su propia vida.

—El libro que todos desearían escribir —resume mi agente curvando los labios.

—Imagino que pecho de ambiciosa,

pero ésa es mi meta. Lejana, puede que hasta inaccesible, pero si no la marco alta, no llegaré siquiera a la mitad.

Victoria se me queda mirando de un modo extraño, como si me viese por primera vez.

—Eres desconcertante. Una te evalúa y ve una chica guapa, muy guapa, vestida a la moda, con encanto y glamur, que sabe sonreír y responde a las entrevistas con sensatez. Pero en cuanto se hurga un poco...

Me tenso, porque deja la frase en el aire y eso no puede significar nada bueno. Me repasa con ojos nublados y una emoción que no acierto a definir. No

quiero caerle mal a Victoria, de verdad que no quiero.

—La mayoría de las veces — prosigue—, cuando ya he decidido que alguien me gusta, rasco con la uña y encuentro otro material, algo imperceptible desde la superficie, que me obliga a rectificar: basta un poco de intimidad para retractarse. «Bah, no es tan fabulosa como imaginé.» Tenemos manías, fobias, somos egoístas y abusones, y me incluyo. Pero tú... Eres una experiencia nueva en mis sesenta años, Sofía, eres mejor por dentro que por fuera.

Me abraza sin avisar, me estrecha

fuerte, noto agradecimiento y un cariño semejante a si me abrazase mi madre. Mario se mantiene a un lado, contemplando silencioso y emocionado la escena.

—Bueno, tengo que dejaros. — Victoria se retira con tanta prisa como ha llegado y la pillo secándose una lagrimita—. Sería un placer cenar con vosotros, pero debo coger el último avión. Mañana a primera hora me esperan en Londres para gestionar la traducción al inglés de algunas obras. La tuya entre otras.

Me deja atónita con la noticia. Exclamo algo embrollado que ni yo

entiendo, me tapo la boca con las manos y me pongo a dar saltos. Apostado al fondo de la sala, el guarda de seguridad nos hace señas para que desalojemos.

—Era una sorpresa, pero no me he podido contener. Aún no está cerrado, te lo advierto, y esta gente varía de opinión según las nubes.

—Me da igual, Victoria, ya me has completado el día —canturreo loca de felicidad—. ¿La has oído, Mario? ¡Al inglés!

Mi chico ha vuelto a desaparecer, engullido por un señor huraño y frío, igual de guapo, pero mucho menos tratable. Se limita a asentir con un ligero

cabeceo. Me da que saltar de alegría, no es que salte.

Victoria y yo repetimos achuchones ya en la calle. Mario se contenta con un formal apretón de manos y nos separamos de ella.

—No te veo muy contento —le espeto, como si las palabras me quemasen en la lengua—. Con lo de la traducción, digo.

—Bueno, ya la has oído, no es definitivo.

—Ya, pero para el caso que lo fuera, no detecto el entusiasmo...

—¿Lógico? —remata por mí. Asiento—. ¿Por qué lógico? Si entras

con un mínimo de repercusión en el mercado anglosajón la cosa se nos irá de las manos. Viajes, aeropuertos y aviones, mucha gente loca por tocarte, autógrafos y ni un minuto de tranquilidad.

Lo miro como si le saliera humo rosa por las orejas.

—Oye, que no soy Rihanna.

—Da lo mismo —refunfuña. Propina una patada a una piedra en la acera—. Sé cómo funcionan estas cosas: empiezan lento y enseguida se desmadran

Me detengo en mitad de la calle. Tiro de su brazo para que se vuelva y

me mire.

—Tienes demasiada fe en mí, cariño.

—Eres condenadamente buena. He ayudado a fabricar unas alas enormes...

—¿Y te arrepientes?

—Ahora temo perderte.

—No vas a perderme porque venda un par de miles de libros. Es sólo trabajo.

—Te me escurres de entre los dedos, el tiempo que les dedicas a otras cosas lo perdemos nosotros.

Es oírlo y sentir que una bomba me succiona la esencia vital. Soy incapaz de concentrarme con tanto afán en una sola

cosa de mi vida. La pluralidad está ahí, pavoneándose, para disfrutarla.

Cuando voy a replicar, dulce pero rotunda, convencida de que en algún momento Mario entenderá que permitirme ser persona y respirar no implica renunciar a mí, ni siquiera a parte, oigo mi nombre a nuestra espalda, una voz femenina que me llama.

—¡Sofía!

Me vuelvo para mirar. Una chica de pelo castaño por encima del hombro asoma la cabeza desde la entrada de un bar, agitando una mano en el aire. Reconozco vagamente su cara. Ha asistido a la presentación y ahora me

sonríe. Desando mis pasos para acercarme; Mario me sigue de mala gana, a prudente distancia.

—¿Quieres... queréis tomar algo con nosotras? No sé si te acuerdas de mí, acabas de firmarme un libro.

Trato de fingir que tengo cierta idea. Espero que no se le ocurra ilusionarse con que recuerdo su nombre, porque tengo la memoria del pez Dory.

—No pasa nada, mujer —ríe al ver mis desvelos—, con la interminable cola de lectores que has atendido sería un milagro. —Me tiende la mano—. Inés, presidenta de la Asociación Psiquiátrica de Valencia. Estamos aquí

todo el grupo, pasad.

—En realidad íbamos a cenar —la interrumpe Mario.

Su tono amable no hace la intervención menos grosera. Noto subir la sangre y agolparse en mis mejillas.

#PasandoApuros

Menos mal que la naturalidad con que reacciona Inés desarma a cualquiera.

—Aquí ponen unas tapas de escándalo y aún no hemos empezado. Será un lujo poder discutir contigo ciertos aspectos de la charla de esta

noche. Nos ha parecido tan reveladora...

La mesa es larga, hay por lo menos nueve comensales, todas mujeres, que se incorporan entusiastas a darme la bienvenida. No se me escapan las muchas miradas de admiración, que son todas para Mario. Distingo a Ana, la psiquiatra contratada por Victoria, que ha introducido la mesa de debate. Aceptamos las sillas que nos ofrecen, nos sumamos a las raciones de picoteo ibérico ya ordenadas, añadimos dos copas de Ribera del Duero, y en un par de minutos la conversación fluye amena como si nos conociésemos de toda la vida. Está siendo enriquecedora.

Lástima que Mario, que sabe tanto o más que yo del tema, se autoexcluya y se mantenga ausente, ceñudo y más visible de lo que desea, gracias a su mal humor.

Cuando más entusiasmada parloteo, noto que se levanta, me besa la coronilla, musita un «Disculpa» y desaparece. Deduzco que va al baño. Pero una hora más tarde, a pesar de lo distraída que me tiene esta panda, Mario aún no ha vuelto y yo no puedo mantener el culo pegado a la silla. En la pantalla de mi móvil parpadea un mensaje en el que adivino una generosa dosis de sarcasmo, que dice:

Te veo muy a gusto, te dejo con tus fans seguidoras.

Guardo el móvil en el bolsillo de mi chaqueta, para detectar la vibración a la primera si llama o vuelve a enviar otro mensaje, y no hacerlo esperar. Temo haberlo enfadado y yo también, al mismo tiempo, me siento ofendida, insultada y humillada delante de estas mujeres. Tengo una pareja que en mitad de una cena me abandona.

—Estaba agotado, se ha marchado al hotel para dejarme en mi salsa — explico con una sonrisa de papel cebolla, frágil y falsa. Todo por justificar su ausencia.

La verdad es que no sé dónde se ha metido.

Las chicas aplauden con sonrisas lo afortunada que soy con un novio tan comprensivo, aunque «el comprensivo» esconde un monumental enfado tras su cortés frase. La certeza no me deja disfrutar del resto de la conversación ni de la noche. Tras despedirme y rechazar el ofrecimiento de Inés para llevarme en su coche, todo con tal de que no sospeche el miedo que tengo al desenlace del día que no ha terminado, me encuentro sola en la calle, parando un taxi y dándole la dirección del hotel, que de casualidad conozco por mi manía

compulsiva de coleccionar tarjetas de visita que nunca miro y enseguida pierdo.

Reviso una y otra vez el contenido del móvil, más mensajes, alguna llamada perdida... nada. Un sexto sentido me avisa de que no lo encontraré desnudo en la cama, durmiendo como un niño.

Cuando voy a pagar la carrera, se desencadena el fin de los tiempos. Hurgo en el fondo de mi bolso, que no es la fosa de las Marianas, pero no hay nada.

—¡Mi cartera! —grito bajo la atenta inspección del taxista—. ¡Mi cartera! ¡No la encuentro!

Con un suspiro que no tiene nada de resignado, el conductor acciona la luz trasera y el asiento que ocupó se ilumina para hacerme la búsqueda más exitosa. Pongo el bolso del revés y, una por una, voy devolviendo las cosas al interior. Se me hace un desagradable nudo en el estómago cuando reparo en la espantosa verdad.

—Me han robado la cartera en el restaurante. —Estoy a punto de echarme a llorar. Palpo mis bolsillos, tengo tres euros disponibles—. ¿Cuánto le debo?

—Son veintidós.

—Esto... —Me humedezco los labios. Mis dedos rozan la cubierta de

mis ejemplares de cortesía—. ¿No le... no le gustaría que le diera estos libros? Puedo dedicárselos.

—Señorita, no me queda tiempo para leer. Y si me queda, prefiero la tele.

Madre mía, valiente cara de ogro se le está poniendo al amable señor.

—Bien, espere, lo arreglo enseguida —digo atropellada, accionando la manija de la puerta.

—¡¿Adónde va?! —me grita.

—En recepción del hotel me prestarán dinero, aguarde un momento.

—Deje aquí el bolso —me advierte.

Obedezco, muy apurada. Con tres

ejemplares de mi novela bajo el brazo, entro en el lujoso hotel que Mario reservó para la noche. La recepcionista me recibe y su sonrisa «especial domingos», vira a preocupada en cuanto me ve la cara.

—¿Me compraría usted unos libros?

—¿Disculpe? ¿Está usted hospedada aquí?

—Los he escrito yo —informo con azoro, sin perder carrerilla—. Se los llevaría dedicados. Y si usted... ustedes no leen —corrijo, desde el momento en que su ojiplática compañera se suma al grupo de «estupefactas tras el mostrador»— siempre pueden tomarlos

como un regalo original.

—Bueno, es que... —titubean, sin duda impresionadas por mi cara de consternación profunda.

—Por favor, se lo ruego, son sólo quince euros.

La recién llegada acepta el libro que les tiendo, mira la ilustración de portada, que es muy impactante, y pasa la mano por encima con veneración. La adoro al instante. Una amante de los libros que lo canta a la legua.

Se unen dos más, con el mismo uniforme. Lo mío ya es de espectáculo de barraca.

—Necesito pagar el taxi, está

esperando ahí fuera —las presiono todavía un poco más.

—Si necesita algo...

—Me han robado la cartera —confieso con los ojos anegados en lágrimas. El mal rato que ha arrancado con la desaparición de Mario, me tiene rota por dentro y se ha desbordado—, pero soy escritora, debería poder vivir de lo que escribo —añado con tanta pasión que parezco un alegato de la crisis del libro.

—Yo me quedaré con uno, señorita Echegaray —me sorprende la de más edad, moño y cara de jefa.

La debo de obsequiar con tal mueca

de alivio, que las demás se apresuran a hacerle los coros.

—Yo también.

—Y yo.

—Hasta podría quedarme con uno para mi hermana si le quedan disponibles.

—En el taxi, tengo más ejemplares en el taxi. Gracias —digo, sorbiendo mocos, muertecita de vergüenza—. ¿A nombre de quién la dedicatoria?

Acabo mi bochornosa colecta con cuatro nuevas lectoras que podría incluir en la categoría de fanáticas, seis novelas vendidas, un taxi abonado y pasta en el bolso, que, no obstante, no basta para

pagar el hotel. Desde mi móvil, ya en la habitación donde, por descontado, Mario no parece haber puesto un pie, llamo a Ximena, ahogada en mi propio mar de desconsuelo.

—Pero ¡será cerdo! ¿Cómo ha podido dejarte tirada de esa manera?

—Todo por una puñetera pataleta.

—Para despellejarlo. ¡Ay, una patadita! —exclama, refiriéndose a su tripa.

—Me ha tocado la lotería con los tíos, vaya tela.

—Espero que si vuelves a verlo sea para mandarlo a la mismísima mierda.

—Ha tenido que soportar

compartirme toda la tarde —hipo, con el nudo de la garganta más apretado a cada palabra que articulo.

—¿Te oyes?! —aúlla mi amiga—. ¿Te estás oyendo? ¿Que ha tenido que compartirme? ¡Era tu maldita presentación! ¿Qué coño esperaba? ¿Que soltases el discurso mirando a la pared?

—Ha venido muchísima gente, me han tenido firmando y respondiendo preguntas hasta las tantas, lo he dejado solo y aburrido y, cuando al fin parece que nos vamos de cena romántica...

—Calla, Sofía, por lo que más quieras, estoy a punto de vomitar.

Hablo y me siento terriblemente culpable. Puede que sea un tirón subconsciente que tenga más que ver con lo ocurrido en el descansillo de mi escalera y sigue martilleando, que con atender a mis lectores. Pero está todo embrollado, no ando muy lúcida a la hora de ver qué es qué.

—Lo conozco, conozco sus reacciones viscerales y no he debería haber aceptado la cena con esas psiquiatras.

—Joder, hermana, yo sí que parezco tu psicoanalista. Anda, repite conmigo: este tío es un capullo de escaparate, no he hecho nada malo.

«Sí, sí que lo he hecho, sólo que no te lo he contado. He besado a Álex.»

—Y para colmo el robo...

Siento que la bola engorda y no me permite respirar. Estoy triste, pero también enfadada. Arrepentida por una parte, furiosa por la otra. Y creo que estar colérica y rabiosa es más racional y me hace más fuerte. Lo otro es enterrar la cara bajo las almohadas y berrear hasta quedarme afónica.

—Bah, mañana me pasas un mensaje con el importe de la factura y les hago una transferencia, propina incluida — resuelve Ximena con sencillez. El cielo se abre para mí—. Desde aquí te

invalido las tarjetas... Ya sabes el papeleo coñazo que te aguarda con el nuevo DNI.

—Ya, ya, ¿cómo he podido ser tan idiota?

—¿A la hora de escoger novio? Acaba la frase, bonita, acaba la frase como corresponde. Y me fastidia, no creas, Mario me gustaba. Un poco demasiado correcto y predecible, pero vendía seguridad.

¿Mario predecible? No voy a sacarla de su error a las dos de la madrugada y por teléfono. Bastante tiene con atenderme y hacerse cargo de mis desgracias.

—Te dejo, Ximena, es muy tarde, tienes que descansar. Cojo el vuelo de las once de la mañana.

—Pasa por la oficina, podemos comer juntas.

—¿La oficina?! —chillo—. ¿Has vuelto?

—Sólo para echar un vistazo y que me dé el aire, coño, que me ahogo dentro de esta cárcel de pladur que Antonio llama piso.

—Bien entonces. Y gracias otra vez.

—¿Estás gili? Gracias entre tú y yo a estas alturas...

Cuelgo despacito. Sí, gracias y mil veces gracias, porque la confianza que

tengamos con una persona sólo debe servir para demostrarle con más facilidad cuantísimo la queremos, no al contrario. Odio lo de «La confianza da asco». Simplemente lo odio.

La sorpresa me la llevo al día siguiente, cuando me acerco a pagar. Nadie en recepción estaba anoche, imagino que tienen turnos excluyentes.

—Su habitación está pagada, señorita Echegaray. De hecho, con un amplio margen por si hacía uso del servicio de habitaciones.

—¿Ha sido la editorial? —pregunto extrañada. La chica consulta su pantalla.

—No, Mario Vallés.

Abro y cierro la boca como un pez moribundo, sin llegar a decir nada, porque no hay nada que decir, aparte, claro está, de «Maldito cabrón».

—De acuerdo, pueden devolverle el margen y enviarle la factura.

—No es necesario, según las instrucciones del señor Vallés, el importe que sobre queda de propina. ¡Ah! —parece recordar algo de repente—. Dejó una nota para usted.

Trastea en el casillero y me entrega un sobrecito beige, pequeño y coqueto, con mi nombre escrito en el anverso. Identifico sin problemas la letra de Mario.

—Gracias —musito.

Me vuelvo para leerlo en intimidad, no sea que la rubia cotilla esta, que me mira un poco atravesada, quiera espiar por encima del hombro.

Una pena que me cambiaras por un grupo de fans aburridas. Tenía preparada una fabulosa sorpresa para nuestra noche, un club de esos que tanto te gustan.

Aprieto la mano y dejo dentro la nota, convertida en una bola. «Genial, profesor Jones, ha encontrado la manera de quedar por encima, incluso en tan aberrantes circunstancias. Enhorabuena,

puede usted poner los pies sobre la mesita del café y resoplar orgulloso.»

«En cuanto a ti, querida Sofía, encuentra el remedio y no vuelvas a complicarte la vida con ningún imbécil, que te los buscas de libro.»

#PáginasPorPasar

Me encanta mi casa, mi pequeño agujero florido, mi hogar. Es un apartamento amueblado en Ikea, de dos dormitorios y un solo baño, cuyo alquiler pago con mil sacrificios, pero que representa el perfecto descanso del guerrero. Más

bien de la guerrera. Yo.

Ésta es mi vida, tonos estridentes y materiales baratos. Sofía, prohibido deprimirse.

Mario cree conocerme, por eso no da señales de vida, querrá que sea yo quien lo busque. O no. Puede que con ello mida mi interés por lo nuestro. Yo lo interpreto como una declaración de guerra.

Debería explorar mi interior más a fondo, preguntarme por qué me desentiendo de Mario con tanta facilidad, pero no lo hago. La irritación me ciega y, probablemente, me haga perder lo único bueno que ha llegado a

mi vida en muchos meses.

Los días pasan y ninguno de los dos da el menor paso en pos de una reconciliación.

Me parece que avanzo en círculos, si es que caminando en círculos se llega a alguna parte. Siempre termino desparramada en el salón de Ximena, buscando respuestas. Como psicóloga soy un chiste.

—De verdad, cuando lo veas, le dices que ha perdido una fan incondicional —me sermonea refiriéndose a Mario—, dile que me gustaba, dile...

—No voy a decirle nada, puede que

ni siquiera vuelva a verlo —le espeto sombría.

Ximena se queda con la boca abierta y el tenedor cargado de lechuga suspendido en el aire.

—Hija, no exageres. Ha estado feo lo que ha hecho, castígalo un poquito y luego ya, si eso... que te lo chupe. Un buen cunnilingus siempre hace las paces más fluidas.

Ríe maliciosa, imaginando una tórrida escena de sexo oral, pero yo continúo seria y pensativa.

—No sé cómo expresarlo; estoy triste, sí, y un poco vacía, pero también siento una especie de ¿alivio?

—¿Alivio? ¿Y eso por qué? Mario está como un queso italiano ahumado y besa el suelo que pisas. Es un poco rancio, lo sé, tampoco te vayas a creer que Antonio es la alegría de la huerta, pero para algo estamos nosotras, que sabemos cómo compensarlo. —Observa atenta mis expresiones que son... ninguna —. Qué, ¿no te vale? ¿Qué buscas? ¿Un payaso? Porque te advierto que no tienes más que salir a la calle, los hay a puñados.

Me muerdo el interior del carrillo y suspiro queda.

—A lo mejor ése es el problema, que no sé bien lo que quiero. Al final

tendrá razón el catedrático.

Abro una pausa que Ximena respeta y emplea en analizarme con su ojo de águila sagaz. Empiezo a ponerme nerviosa y cambio de tema.

—Dentro de una semana se casa Silvia. ¿Vas a ir?

—Invitados estamos y Antonio se empeña. Imagino que por no hacerle el feo a... —vacila— su amigo.

—A Álex. No es Voldemort, puedes pronunciar su nombre.

—Pues por él. Supongo que tengo poco o nada en común con los estiradísimos amigos de su hermana, la siempre perfecta —dice ahuecando la

voz con malicia—. ¡Oh! Disculpa, tú fuiste uno de ellos. —Le arrojo la servilleta a la cabeza. Preñada y todo, detiene el proyectil con sus agudos reflejos—. Y necesite apoyo moral. ¿Irás?

Ahí la tengo. Mi gran duda con mayúsculas.

—Vino a casa, me pidió disculpas.

—¿Silvia? ¡Waaaas! Si no lo veo no lo creo.

—Han pasado varios meses, ya no lo considero tan grave. Es más, si me apuras, parece una travesura infantil sin demasiada trascendencia. No fueron sus maquinaciones lo que nos separó, fue

nuestra propia inseguridad. La mía — específico.

—Algo tuvo ella que ver, no le quites todo el hierro al asunto.

—Veo que te sigue cayendo regular.

—No está contenta si no tiene el mundo a sus pies. Y lo peor es que cree merecerlo.

—Mejor eso que pensar que lo que te llega es demasiado bueno para lo poco que vales. Me aterrorizó la presencia de una antigua novia en la vida de Álex, sobredimensioné el elemento Camila. De haber creído más en mí misma habría luchado. En lugar de eso, salí huyendo.

—No te recuerdo insegura precisamente —ironiza Ximena, picando pedacitos de pan.

—Las vibraciones que emite Álex son cualquier cosa menos fiables. Es como si mientras te folla te susurrase al oído «No te encariñes, nena, eres para un rato».

—Por lo que cuenta Antonio, contigo no.

Le planto la palma de la mano sobre la boca y la hago callar.

—Por favor, no empecemos de nuevo. Aún tengo páginas que pasar.

Y esas páginas se llaman Mario.

¿Qué siento por él? Muchas cosas contradictorias que me empujan al abismo y me producen confusión. Me inquieta esta súbita desaparición de casi tres días, qué la ha motivado y qué espera lograr con su comportamiento cavernícola. ¿Azuzar mi interés? Menuda jugarreta de guardería, impropia de alguien tan maduro y centrado.

Salgo del ascensor cabizbaja, con la llave de mi apartamento en las manos y allí me lo encuentro, con los brazos cruzados y la espalda contra la pared, aguardando desde sabe Dios cuándo.

Los hombres toman el descansillo de mi escalera por una parada de autobús urbano.

—¿Qué tal tu almuerzo con Ximena?

—Su tono es sereno y tranquilizador. El contenido de su pregunta no.

—¿Me espías? —Recuerdo de pronto mi odisea de abandono en Valencia y se me revuelven las tripas.

—Un poco. Lo justo y necesario.

—No me hagas juegos de palabras, no los soporto en ciertos momentos. Sobre todo cuando quien bromea debería pedir perdón de rodillas.

—A eso vengo. A suplicar tus disculpas.

Sí, sí, a suplicar. Su tono es arrogante y parece indicar justo lo contrario, pero está guapo a morir. Con el pelo revuelto y los ojos brillantes, en vaqueros, una camisa azul clara remangada sobre los antebrazos y ese suave vello que me gusta acariciar con la yema de los dedos, asomando bajo los botones de la camisa y las mangas.

—Después de dejarme tirada como una colilla sin avisar siquiera —jadeo, ocultando la febril calentura que de repente me sube por el cuello.

No cabe duda, pienso con la entrepierna. Todo porque tiene mirada de follador nato, de nuevo

parece un Mario distinto del Mario de siempre.

—Organicé tu hospedaje y te dejé en grata compañía. Sé entender cuándo sobro.

Agito el manajo de llaves sin usar delante de su cara.

—Tu extrema sensibilidad a ciertas cosas me colma. Eres egocéntrico, exagerado y muy puntilloso. ¿Cómo puede molestarte que atienda a la gente? Esas chicas vinieron a la presentación, tenían aportaciones interesantes que hacer...

Adelanta un paso y me coge por la cintura. Tira y me pega a su cuerpo.

Nuestra bocas quedan casi a orillas del roce.

—Abre de una vez esta maldita puerta.

¿Cedo? Por poco lo hago. Por un instante no es exactamente a Mario a quien veo; esa chulería canalla, esa sexualidad atractiva es más propia de... No. Él no.

Me aparto y me zafo de su agarre con un manotazo.

—¿Dónde te has metido estos días? Te he llamado mil veces. Saltaba tu contestador y los mensajes...

—Lo sé, no he respondido. Sofía, estaba dándote tiempo.

Lo miro como si acabara de rescatarme de un incendio.

—¿Tiempo? ¿Para...? —repito sin fuerzas.

—Aclarar lo que sientes por mí, que mucho me temo no es ni por asomo lo que yo siento por ti.

—¿Dónde has estado?

—En Italia —contesta con gravedad.

Le sostengo la mirada. Luego manoseo las llaves.

—Será mejor que entremos.

Trato de olvidar el intenso erotismo que emana hoy, aparco mis ganas de tocarlo, mi sed de piel desnuda y, de forma muy civilizada, le ofrezco un

capuchino, que como buen italiano acepta de inmediato.

—¿Negocios? —dejo caer con retintín.

—Ojalá. Mi hermano.

Me tiemblan con violencia los dedos al cargar la cafetera. La cierro de un fuerte golpe. Él se ha adueñado del sofá, apoya los codos en las rodillas y hunde la cabeza. Me sobrecoge.

—Tu hermano mayor.

—El mismo. —Suspira—. Tiene cáncer. Está muy mal.

Giro despacio sobre mis talones con la cafetera apretada contra el pecho.

—Oh, Dios mío.

—Si después de tantos años no ha sido agradable volver a verlo, imagina en esas condiciones. —Su mirada está vidriosa y perdida. Ya no hay sexo. Vibra apesadumbrado y contagia con su triste emoción todo el aire de mi apartamento.

—¿Tienes que... volver? —casi no me atrevo a preguntar.

—Me temo que sí.

Le doy la espalda con un movimiento veloz y me aplico lo mejor que puedo con el café. Es una conversación embarazosa en la que yo aún tengo un saco de reproches que echarle en cara, sólo que, dada la

situación, no me atrevo.

—Vaya —mascullo sin elevar la voz.

—Es un momento tan bueno como cualquier otro para aclarar dónde estamos.

—Tú en el salón de mi casa. Yo en la cocina, discutiendo con la tapa de la cafetera.

—Sin ironías, terciopelo, sabes a qué me refiero.

Ha rebajado el tono hasta el susurro y me clava unos ojos inmisericordes. Es el Mario frío de cuando juega a mirar. Sé lo que reclama y no sé si puedo proporcionárselo. La cafetera aúlla al

fuego y eso me sirve de excusa para no regresar al salón. Da igual, mi casa es tan pequeña que podemos charlar como si estuviésemos en la misma habitación.

—¿Me dices por qué aceptaste salir conmigo si no lo habías olvidado a él?

Su pregunta resuena como un cañonazo. Jamás imaginé que seríamos tres en esta conversación tan incómoda.

—Te agradeceré que te ciñas a ti y a mí.

—¿Me utilizaste?

—Desde luego que no. —Me revuelvo—. Lo que había en el fondo de mi corazón no podía sacarlo, pero quería vivir, sentir cosas nuevas,

enamorar-me de nuevo.

Mario vuelve a serenarse.

—Sé que te exigí un grado de compromiso para el que no estabas preparada. Me refiero a cuando empezamos.

—Ya. —Suspiro—. ¿Y por eso te pones celoso en cuanto le dirijo la palabra a alguien?

—Eso no tiene nada que ver. Te quiero y te necesito al cien por cien.

—¿Me quieres? —repito desconcertada—. Creo que lo dices con demasiada irreflexión.

—El cien por cien de ti, de tu atención y de tu tiempo —insiste, sin

responder a lo realmente importante.

—Por eso me empujas a la cama con otros y te quedas mirando —escupo sarcástica—. Encima disfrutas.

—Aciertas.

—Perdona que te lo diga, es difícil de digerir.

—Una cosa es divertirse con un juego sexual. Otra muy distinta, los sentimientos.

Por un instante sólo hay silencio. Si no soy por completo sincera, no tendrá sentido nada de lo que pretendo llegar a ser en la vida. Me agarro a la rabia para defenderme.

—Hice lo que hice y muchas veces

pienso que era asqueroso.

—No, no lo era. Tus prejuicios lo son, aunque diría que los apartaste con bastante éxito. ¿Te pudo el morbo? — Sonríe remolón. Se ha acercado y trata de acariciarme la cara.

—No me toques.

—Te pregunté si querías, te lo pregunté muchas veces.

—¡Estaba borracha! —grito desesperada. ¿A quién trato de engañar? Nadie me obligó, me lancé a la aventura buscando pasión—. No me quieres, es imposible que te ponga verme follar con otro delante de tus narices.

—Sofía, esto no tiene nada que ver

con el amor, pensé que lo habías entendido.

—¿Sabes qué? No debería estar teniendo esta conversación contigo. — Veo que frunce el cejo—. Debería estar charlando con Ximena, analizaríamos fríamente los hechos, yo sacaría conclusiones y actuaría en consecuencia. Antes de ti, mis relaciones eran... convencionales.

—En el plano sexual.

—Eso también.

Me acerco con la bandeja temblorosa y las tazas. La dejo en la mesa y vuelvo por su café. Él se cruza conmigo, se acomoda de nuevo entre los

cojines de mi sofá.

—¿Y por qué ahora los reparos?
¿Por qué de repente?

—No me gusta la parte de mí que estoy descubriendo con eso que tú llamas juegos, ¿vale?

Pone los ojos en blanco. Es lógico hasta cierto punto que no me crea. Incluso yo me escucho y me oigo ridícula. Aun así, siento que mi deber es defenderme.

—No soy ninguna mojigata, pero para mí hacer el amor siempre ha sido un acto de entrega. No me molestaría jugar de vez en cuando si eso te hace feliz...

—Feliz a mí. ¿A ti no? —me reta.

Bajo la mirada.

—Sí, admito que es excitante. Pero ¡odio descubrirme echándolo de menos! Si al menos al hacerlo solos... —Ahí me atranco, no sé desenredar la maraña de frases que se apelotonan en mi boca.

—No se quedase corto, no te faltase pasión —dice por mí.

Trago saliva. Joder, qué duro.

—Algo así.

—Entiendo. —Aprieta la mandíbula, entrelaza los dedos y mira la alfombra —. Conmigo te aburres.

—Jesús, Mario, no lo describas de una forma tan cruda, no es necesario.

—Estás siendo condescendiente.

—Créeme que no. Eres un sueño de hombre; supongo que de vez en cuando te miras al espejo, no hará falta que te lo diga.

—¿Es suficiente? Tarde o temprano el físico nunca lo es.

Recupero el hilo. Tengo que mantener el control o Mario me llevará por donde le dé la gana. No voy a confesar cosas que no han pasado, por mucho que su lado masoquista pretenda oírlas.

—Me mostraste un mundo que no creía necesitar hasta que...

—Te enganizó. —Amplía la sonrisa

amarga—. Siempre pasa.

—Pero si entre nosotros existiera la química necesaria...

Rechaza discutir ese espinoso aspecto de «nosotros». Se pone repentinamente de pie, muy alterado. Reculo. No estoy acostumbrada a explosiones en su plácido carácter.

—¡Son formas anticuadas de quererse! Es más importante el apoyo mutuo, lo que ocurre en la rutina fuera de la cama. Dentro, del modo que sea, lo lícito es divertirse.

Veo que huye. Me quedan tantos celos en el tintero y, pese a la mala experiencia que estamos viviendo esta

tarde, la sensación de un paso adelante, de aclarar, lo compensa todo.

—¡No te marches! Queda mucho por decir.

Por encima del hombro me dirige una mirada devastadora.

—Tú tienes muchos reproches que hacerme y yo no estoy de ánimo como para soportarlos todos juntos. Concédete un par de días, aclara lo que sientes por mí. Voy a necesitar que tomes una decisión en firme, Sofía, quiero que estés lista.

Lo que quiero yo es gritarle que si al tocarme quemase mis bragas no necesitaría orgías, ni tríos, ni chutes de

adrenalina en vena. Pero veo que discutir sirve de poco. Mario es testarudo y controlador. Controlador...

—¿Tú mandas? ¿Tú ordenas cuándo hablar y cuándo callar y yo obedezco?

—Alguien tiene que poner las reglas y, a diferencia de ti, yo no me dejo llevar por las hormonas.

Señor... qué tentación de tirarle algo contundente a la cabeza. Corro tras él y lo alcanzo ya con la puerta abierta.

—¡Otra cuestión! Tu modo de entender la vida en pareja es demasiado absorbente. Demasiado...

Se muerde el labio inferior. Qué guapo está, lamento decirlo.

—Seguiremos mañana. —Levanta las manos y me roza la mandíbula—. Piensa en mí, terciopelo.

#AbrirLosOjosDuele

Álex

Cada vez es menos fácil encontrar un hueco para el coche en la zona donde tenemos el estudio. Los vehículos se amontonan junto a la acera y, cuando se acerca el buen tiempo, la misión vira a imposible. Después de aparcar a no menos de novecientos metros del principio de la calle peatonal, me bajo y me

despido de mi coche, deseándole mejor hibernación que al oso Yogui. Llega la temporada de moto, una oda a la libertad y el fin de los problemas de aparcamiento. Estoy activando el cierre remoto cuando la veo venir calle abajo. Se me encoge el estómago. Camila rebusca algo en un bolso gigantesco, al tiempo que camina. No me ha visto y me gustaría que no me viera. A la hora que es y por esta calle, no hay muchas probabilidades de que no vaya a mi estudio. La simple idea de que vuelva a la carga después de creer que me la había quitado de encima para siempre, me marea. Volver a las andadas, ella tratando de conectar, yo rechazándola, sería mi muerte. Permanezco quieto, paralizado con el mando en la mano y, cuando se cansa de hurgar en el fondo de la bolsa de cuero, se la cuelga al hombro y descubre la parte de su cuerpo que venía tapando, me quedo sin resuello: Camila está embarazada por lo menos de cinco meses.

El estupor me ralentiza. Por eso cuando alza los ojos no llego a apartar los míos y se produce la inevitable colisión. Me mira entre asustada y vergonzosa y vuelve a clavar la atención en las losetas de la acera bicolor. Pasa muy cerca, sin saludar ni dar

muestras de conocerme.

Bien, es posible que podamos dar esta pesadilla por felizmente finiquitada. ¿Quién será el desgraciado que...?

Meneando con incredulidad la cabeza, recorro la calle y llego hasta el portal del estudio. Me encuentro a Víctor, pensativo, malhumorado y un tanto pálido, fumando con ansiosas caladas, apoyado en el quicio de la puerta. Desde el encontronazo en Sevilla, nuestra amistad se ha resentido, el trabajo en equipo es tenso, no como antes, y salimos de juerga mucho menos. Pero nada me impide palmearle el hombro por los viejos tiempos y saludarlo con un gruñido de león, nuestra contraseña. Él responde de igual manera.

En cuanto subo, corro directo al mostrador de Mariana.

—¿Ha venido Camila buscándome?

Por el súbito cambio de color de su rostro percibo que se le disparan las alarmas. Es mucho lo que esta pobre mujer ha tenido que soportar.

—No, ¿por?

—¿Ni siquiera ha llamado preguntando por mí?

—No que yo sepa. No me asustes, Álex.

—Simple curiosidad —la calmo con un floreo de mano—, no hay de qué preocuparse.

—¿Puedo hablar contigo un minuto?

La petición de Víctor me llega por la espalda y le hago señas para que me siga, sin volverme. Entramos en mi despacho y, mientras me deshago de llaves, maletín, teléfono y demás artefactos infernales, él cierra la puerta y aguarda solemne.

—No te lo vas a creer —le cuento animoso—, acabo de cruzarme con Camila, embarazada por obra y gracia de algún descerebrado.

Noto que se le forma un surco profundo entre las cejas.

—¿Habéis hablado?

—Después de tantísimos pollos ha hecho como si no me conociera. Un alivio, la verdad.

—También es maldita casualidad —farfulla entre dientes, apenas lo entiendo—. Álex, me marchó a Francia.

—Jodido cabrón, más vacaciones; ¿cuántos días?

—No lo has entendido, me marchó a vivir a Francia.

La sonrisa se me borra de la cara.

—Entonces no es que no lo haya entendido, es que no me has contado toda la historia. ¿Te ha salido trabajo de lo tuyo?

—No.

Joder, odio las conversaciones escuetas a base de monosílabos. Además, algo grave pasa si aún no nos hemos sentado.

—Oye, si es por nuestro mal rollo, ya está olvidado, podemos...

—En realidad es por una chica —confiesa, rascándose detrás de la oreja con un brazo contorsionado por detrás.

Me quedo muerto. Es como darme en la frente con una piedra.

—A ver, repite eso. Te vas a mudar de país por una chica. ¿Tú? ¿Víctor Valverde el rompebragas? ¿El «nomepilla» nadie? ¿El..?

—¡Ya está bien de ridiculizarme! —ruge.

—Hey, nada de ridiculizarte, me hace gracia que hayas decidido centrar la polla, eso es todo. Comprenderás que, dados tus antecedentes, me sorprenda. ¿Quién es ella? ¿La conozco?

Lo veo morderse los labios, abajo y arriba,

histórico y desconcentrado.

—En realidad sí.

—No nos has presentado a ninguna...

—Se ha quedado embarazada. Por eso nos vamos, a empezar desde cero.

Existen las chispas eléctricas y los auténticos cataclismos energéticos. Lo mío se parece más bien a lo segundo, cuando las piezas encajan en una posición lógica. Buceo en la expresión malherida de Víctor y entonces es cuando ato cabos.

—¿Camila? —Sueno horrorizado, que Dios me perdone.

Asiente con lento pesar.

—¿Desde cuándo?

—Hará año y pico, mes más, mes menos.

Se me endurece la garganta.

—Repite eso.

—Sí, estabais saliendo todavía. Pero lo vuestro era una mierda del tamaño de Gibraltar, tú la herías continuamente.

Salgo de detrás de mi mesa hecho un basilisco.

—¿Que yo la trataba mal? ¿Yo a ella?

—Álex, cálmate.

—¡La traté mucho mejor de lo que se merecía! Debería haberla ingresado en un manicomio y haberme lavado las manos; en lugar de eso, la respeté y pasé por el aro todo lo que hizo falta, por miedo a sus gritos, a sus dramas, a sus reproches... —Busco sus pupilas que de continuo huyen—. ¿Estás seguro de dónde te metes?

—Ya llevo mucho tiempo metido. —Se frota la cara y jadea—. Me utilizaba de paño de lágrimas y...

—Sí, ahórrame los detalles. Siempre has ido recogiendo mis sobras, Víctor, eres lo que se llama un jodido mejor amigo —ironizo con los dientes apretados.

—No seas cínico, tío, si no la querías...

—Mira —respondo muy despacio, mascando las palabras como si en realidad triturase sus huesos—, no voy a arrancarte la cabeza como te mereces, porque eso sería admitir que Camila me importa y prefiero ser sincero, pero ya te estás marchando. No te molestes en recoger nada, mandaré tus cosas a tu dirección de Málaga, la de Francia no la necesito.

—Oye, comprendo que te joda, al menos ten en cuenta que he dado la cara. Otro en mi lugar...

Lo corto con un violento puñetazo en la mesa que

la hace temblar. El bote salta por los aires con todos sus bolígrafos.

—¡Que te largues he dicho, joder! ¿Voy a tener que repetirlo?

Sale por patas del despacho sin mirar atrás. La decepción indescriptible de la traición, la mentira y una amistad rota en jirones me perfora el pecho. Lo veo atravesar la recepción ante una ojiplática Mariana y, de confirmación, el monumental portazo. Mejor. Creo que acabo de echar doble vuelta de llave sobre esta historia, para después tirarla al váter.

La llave, no la historia. La historia ya apestaba hacía siglos.

Sofía

Me recupero a mí misma pasando por la peluquería. Un par de horas y cuando salgo soy rubia de nuevo. Un poco

menos que al principio, pero mucho más yo. Psicológicamente, una vocecita me confirma que he quemado otra etapa de mi vida, que algo he aprendido y que es hora de apretar los dedos alrededor del timón. El resto de mí se tambalea.

Mi compromiso con Mario, prometí meditar, lo he sepultado bajo horas y horas de charla profunda con Ximena. La acompaño a la revisión médica, hasta hemos visitado a su madre en la residencia. Cualquiera cosa con tal de esquivar esa nueva cita que pende sobre mi cabeza igual que una espada, aunque a mi amiga apenas si he ido más allá de confesarle que esta relación me pesa

más que me enriquece. Su consejo, escueto e hiriente: «Mándalo a tomar por el culo y punto pelota».

El par de días vuela y él pide respuestas. Está en su derecho y yo bastante más fortalecida tras la pausa. Me empeño en citarnos en una cafetería, un sitio neutral, pero mi intento queda en agua de borrajas.

—Dime al menos que tendremos algo de intimidad para solventar nuestras cosas.

Debería decirle que no hay nada que solventar, que esto es el adiós. Sin embargo, estoy sentada en el sofá, con las rodillas apretadas y las manos entre

ellas. Con un pantalón estampado de Bob Esponja, una camiseta blanca semitrasparente y la melena recogida con una pinza. Mario me mira sin rastro de orgullo ni de satisfacción. Sólo con la decepción que seguramente le causo.

—Me llamaste controlador. No te digo que no lo sea.

Late una provocación oscura en su tono.

—A otras chicas puede que les guste —digo—, hay quien interpreta ese exceso de celo como interés, incluso como amor. —Pienso en Camila—. Siento no ser ese tipo de mujer.

Evita mirarme. Aprieta los labios y

lo único que me llega es un suspiro corto y seco. Es un poco violento estar aquí sin llenar este silencio, después de lo que acabo de soltar. No le he ofrecido nada para beber, ni comida; somos dos militares cabreados pensando si firman o no un armisticio. Al final digo:

—No puedo creer que seas tan civilizado.

—Lo soy. El catedrático aburrido y clasicón, ¿recuerdas?

—Te digo que no estoy hecha para ti y no reaccionas.

Me dirige una media sonrisa presuntuosa.

—No querrás que grite, porfíe y

amenace con suicidarme. Tengo cosas de las que ocuparme.

—Entonces, todo ese amor que pregonas me parece una farsa —lo acuso, elevando la voz.

Joder, no logro entenderme. La intención es dejarlo y ahora voy y me enfado porque no lucha por retenerme, por ser demasiado frío. Tiene razón, son las hormonas, seguro.

—¿Eh? —insisto desafiante—. Tanto que decías quererme.

—¡No me provoques! —estalla de súbito—. ¡Te quiero, claro que te quiero! Eres, de todo lo que tengo, lo que más me importa, pero ¡estás

enamorada de otro, hostias! ¿Crees que soy imbécil?

Su inesperada cólera me desequilibra.

—Yo... no.

—Tú sí, Sofía. No has dejado de tenerlo presente ni una sola noche. Cada vez que te tocaba, cuando te besaba y te hacía el amor, me preguntaba qué sentías, si era mejor o peor que él, si te hacía vibrar, si conservarías mis caricias en tu memoria igual que conservas las suyas. ¡He vivido cada segundo de esta relación temiendo perderte! —zanja con desgarrada aspereza.

Cierro los ojos y contengo un sollozo. He destrozado a un buen hombre que no se lo merecía.

—Lo siento. —Es todo lo que puedo decir y no es suficiente, lo sé con certeza—. Lo he intentado.

—¿Has intentado quererme? Por Dios, Sofía, no digas eso, creo que merezco algo mejor.

Desde luego que sí, pero no digo nada. Cualquier frase hecha sonaría a burla.

Tiene la cabeza entre las manos, se mesa el pelo. Me empieza a temblar la barbilla, temo romper a llorar sin consuelo de un momento a otro. Me

siento tan tan mal... La sensación de herida profunda crece cuando vuelve en sí, me acaricia el dorso de la mano con la punta de los dedos y plantea su oferta:

—De acuerdo. Eso fue antes. Todo eso vino antes y es posible cambiarlo. Vuelvo a Italia, me gustaría que reiniciaras algo allí conmigo. Lo dejaremos atrás a él, sus recuerdos, lo que te hiciera sentir... todo fuera de nuestras vidas.

—Ma-Mario... —tartamudeo, con la garganta seca al extremo.

Como tantas otras veces, me manda callar, aunque con un mohín aniñado que surte efecto de inmediato.

—Seremos sólo tú y yo. No tienes que contestarme ahora, puedo esperar.

—¿Cuánto?

—¿Por ti? Lo que haga falta.

Hago acopio del escaso valor que me queda y formo una montañita.

—¿Y si te digo que nunca viviré esa vida que te espera en Italia?

Retrocede, más asombrado que contrariado. Juraría que no se lo esperaba.

—No sé a qué voy a enfrentarme — se defiende incómodo.

—Precisamente. No voy a repetir la historia de tu madre, lo siento. Puede que no tenga claras muchas cosas, pero

eso, te aseguro que como el agua. —Me acaricio nerviosa los labios.

—Tengo que ocuparme de mi hermano, maldita sea, es la única familia que me queda.

Busco su complicidad con una sonrisa.

—No te lo discuto, yo haría lo mismo, pero sin arrastrar a nadie en ese viaje.

—Vas a dejar que lo haga solo, vas a matarme de soledad y de miedo.

—Es tu elección, no la mía.

—¿Y si decidiera renunciar?

—Puede que fuese lo mejor, pensando en ti.

—Lo digo pensando en nosotros —
me corrige con irritación.

—Quizá no deberías pensar en esos
términos, al menos conmigo.

—Sofía, ¿qué intentas decirme?

—Que Italia y lo que allí te espera
es sólo un motivo entre varios. Que el
hecho de que te quedes es probable que
no nos cambie.

—¿Me estás dejando? —Se le
quiebra la voz.

Es horrible, pero parece que por fin
lo entiende. Se me despedaza el alma,
una parte de mí anhela seguir atada a él
y a su control, a la seguridad que emana.
Otra tiene pánico de su propia

oscuridad. Cuando voy a responder algo, casi con seguridad desechable, una música increíble inunda toda mi casa. Es *Tremo e t'amo*, [33] de Bocelli, y no sé a ciencia cierta de dónde proviene. ¿De dentro de las paredes?

—No me respondas, en serio. — Mario se ha puesto en pie, me coge de una mano y tira gentil en su dirección.

Por lo visto, pretende que bailemos. Apenas doy un paso en falso, me enlaza la cintura y me acorrala contra su pecho fornido. Apoyó allí la mano libre, insegura y turbada.

—¿Qué es esa música? —pregunto a media voz—. No es mía.

—¿No es extraordinaria? —Trata de desviar mi atención.

Yo me pongo aún más rígida.

—¿Cómo has hecho para que funcione? ¿De dónde sale?

Parece reacio a darme la información que reclamo y mis ojos hacen su trabajo, inspeccionan el limitado espacio, las estanterías, los muebles, y allí está. Un pequeño pero sofisticado aparato electrónico que no me pertenece, feliz, acomodado entre libros, pasando desapercibido. Manoteo para librarme de Mario, que ha hundido la cara en el hueco de mi cuello y me roba el perfume con una inspiración

profunda. Me huele tan hondo que me duele. Tiene los ojos húmedos y el rictus desencajado.

—Dime que no has entrado sin estar yo. —No contesta—. Dime que no tienes una copia de las llaves de este apartamento.

#DimeQueNoLoHasHec

Reculo hacia el sofá y lo dejo solo en mitad de la improvisada pista de baile. Mi mirada es sancionadora y severa. La suya, avergonzada y esquiva. Cuando mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca un llaverito con dos

llaves colgando, casi me da un ataque.

—¡No puedo creerlo! —Se las arrebató de un tirón—. ¿Por qué narices... no me las pediste? Te las habría dado.

—Me dejé llevar por la excitación de lo prohibido —aclara, como si compartiese un secreto.

Ha vuelto a cambiar de cara. Ahora es desafiante y libidinosa. Bocelli sigue desgranando su melodía triste y preciosa. Es un final, ahora sí. Todo huele a final.

Ni me lo pienso. Mi mano golpea su mejilla, movida por algo cercano a la desesperación. Mario toca su piel

enrojecida, tratando mi bofetada como si fuese una caricia. Me siento vulnerable, violada, pero lo que más me enfurece es que haya traicionado nuestra confianza, que me dé motivos para no quererlo.

—No es que no me la merezca — dice.

—¿Qué más cosas has instalado en mi casa? —pregunto arrastrando las letras de la frase.

—Todo mi amor por los rincones. Pero compruebo que no te basta.

—No es momento para bromas. Si tienes algo que añadir, por ejemplo una disculpa, déjala caer antes de salir por esa puerta.

—No voy a suplicarte, ¿lo sabes?

—No espero que me supliques, pero sí que te avergüences de lo que has hecho.

—Lo que hice lo hice por amor. Puede que suene manido, sin embargo en mi caso te juro que me sale del alma.

No contesto, sólo le lanzo una mirada fría, si bien al separarse del todo me asalta la seguridad de que no lo veré más, de que lo pierdo para siempre, y un dolor agudo me recorre en vertical.

—Mario... —Mi tono, que suena a arrepentimiento, saca de sus labios una sonrisa lobuna.

—Vas a tratar de detenerme, porque,

cuando me haya ido, correrás a sus brazos y te perderás de nuevo.

—Márchate —le ruego—. Márchate ahora mismo.

—He sido tu único freno hasta ahora. Sincérate, Sofía, al menos contigo misma.

Puesto que él no toma la iniciativa, voy hasta la puerta con paso decidido y la abro. Mario observa cada uno de mis movimientos desde el salón, acaparando el espacio disponible. Su expresión de sufrimiento se me hace insoportable.

—Me estás matando, ¿lo sabes? Si recapacitaras... —insiste.

Casi me da risa.

—No hay nada que pensar. Quiero que te vayas.

Asiente y sale. Sin besarnos, sin decirnos adiós, sin un abrazo que simbolice todo lo bueno que nos hemos dado. Agito las llaves en el aire.

—Dejar este mal sabor de boca, ¿era preciso? —le reprocho.

Para mi sorpresa, se encoge de hombros y se mete, lentamente, las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Por intentar bailar esta última canción contigo? Sí, merecía la pena el riesgo.

Abro las ventanas. Tranquilos, no voy a lanzarme de cabeza a la calle, aunque la escena de ruptura ha sembrado en mí una desazón de la que tardaré en curarme. El ambiente está viciado de extrañeza, de dolor y de frustración. En los días que siguen recorro mi casa de cabo a rabo, la desmonto en busca de cámaras en miniatura, micrófonos o cualquier otro artefacto de espionaje de los que veo que se habla en internet y, por descontado, cambio la cerradura de la puerta. Detesto a Mario, lo que me ha hecho, y a la vez me odio a mí misma por no amarlo como se merecía. Me puede el arrepentimiento, me pregunto si

pude intentarlo más y mejor, para luego responderme que el amor no se fuerza ni se intenta, sólo fluye. Mis ideas se mueven en caótico tirabuzón.

La casa está limpia y él no vuelve a dar señales de vida. No llama, no escribe. ¿Será posible que haya pasado página tan pronto? ¿Debería alegrarme? ¿Y *Barón*? ¿Se lo ha llevado a Italia? Imagino que sí, pero quisiera saberlo, me obsesiono un poco con el perro. Ximena dice que son pretextos del subconsciente para contactar con Mario, que los deje pasar. Estoy de acuerdo con ella, pero la semana se me hace tan cuesta arriba... Sólo tomo repentina

conciencia del paso de los días cuando tengo que salir con Ximena en busca de un traje para la boda de Silvia.

Dios. Dios. Dios. La boda. Volver a verlo me sube el estómago a la garganta.

—A nadie se le ocurre asistir a un bodorrio embarazada hasta las trancas como lo estoy yo —protesta mi amiga, sosteniendo dos perchas de las que cuelgan dos vestidos que más bien parecen tiendas de campaña familiares.

—A tu preñez le quedan varios meses, pero te advierto que si decides quedarte te haré compañía con mucho gusto.

—Voy a parecer una morcilla de

Burgos. Eso sí, de luxe. ¿Cuál de los dos...?

—Ninguno.

—Eso mismo pienso yo. —Los devuelve a su colgador—. Joder, esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

—Porque eres muy cabezota; vamos a una tienda especializada y allí tendrán, seguro, ropa de ceremonia para ballenatos.

—¡Ayyyyyy! ¡Qué graciosa se ha levantado hoy la rubiaaaa!

—¿Pasamos de la boda? —repito, ya que antes no se ha dignado responder.

Ximena me mira por encima de sus gafas.

—Estás cagada, amiga.

—Un poco. Me va a resultar violento.

—No podemos hacerle el feo a Álex.

—Ése es el problema. A mí, en concreto, Álex debería importarme carajo y medio.

—Pero no es así —aventura con cara de marisabidilla. No hay necesidad de contestar, Ximena se las sabe todas y me conoce hasta metida en un saco. Me coge la mano y enseguida se da cuenta de que tirito—. No estarás sola: Antonio y yo estaremos allí, aunque nos retiraremos pronto, no aguanto mucho

dentro de unos zapatos. Y tú lucirás tan bonita como la novia, para martirio chino de Álex. No hay de qué temer.

Si ella lo dice...

Álex

Confieso que me encomendé a todos los santos pidiendo distracciones, después de que un instinto ciego y suicida me arrastrase hasta el apartamento de Sofía, sin saber siquiera qué coño buscaba. Basándome en mis experiencias previas, supuse que habría peleas, alguna que otra lágrima y ruegos, sobre todo por mi parte. Lo que no imaginé ni en mis mejores sueños de loco enamorado era el recibimiento de una visión celestial, piernas y culo en todo su esplendor, sólo para mí, como una ofrenda a los dioses. Perdí por completo el poco seso que me quedaba, babeé hasta ahogarme y me hubiese arrojado de rodillas a sus pies suplicando

clemencia de habérmelo exigido. No sé ella, pero yo me encontré, en un abrir y cerrar de ojos, en el punto de partida, un año atrás, cuando la vi por primera vez. Ahora me doy cuenta de que no debería haber ido. Debería haber dejado correr una historia inacabada que nos hará muchísimo daño, porque no se puede desear a nadie con la intensidad con la que yo deseo a Sofía. Olvido que me juré respetar las distancias, que prometí que la dejaría ser feliz, sin mí a su lado estropeándolo todo. Lo olvido o lo aparco, porque no ha pasado un solo minuto desde que la perdí en que no me haya arrepentido de nacer gilipollas.

Desde entonces, lo único cuerdo que he hecho ha sido planear cómo hacerme el encontradizo y comprometerla sin agobiarla.

En esto, llega la madre de todas las distracciones: Víctor, Camila y viceversa. ¿Cómo describir el desgarró que siento sin resultar gore? Asco que viene mezclado con alivio, soportes para mi fortaleza mermada, no digo que no. La certeza de que Camila ha salido de mi universo para siempre. Pero ¿qué hay de mi amigo? Me ha defraudado, apuñalado y mentido. Mejor perderlo de vista, era mala persona. Aunque una

cosa es lo que la razón me dice y otra pretender que el organismo reaccione en consecuencia.

Lo echo de menos. Echo de menos la sensación de fraternidad que acompañaba sus llegadas, nuestros momentos de loca diversión. Durante años fue el hermano que no tengo.

Me seco una lágrima. Estoy de pie en medio del salón, en mi apartamento, con una copa en la mano y los ojos clavados en el cuadro de Sofía, esperando inspiración. Pasito a paso me vuelvo un moñas, joder. Ella irá a la boda de mi hermana y tengo que aprovechar el momento. Renunciar nunca ha sido una opción en realidad.

Sofía

Es sábado, son las doce de la mañana y salgo de casa emperifollada como una lady inglesa, con un vestido de vuelo

entallado a la cintura en gasa de color crema y con flores bordadas, muy Valentino, y *stiletos* dorados. Antonio y Ximena me recogen con su coche para ir juntos a la iglesia. Apenas consigo respirar, me arde la garganta y quiero salir corriendo, al tiempo que ansío acercarme a él, olerlo y recordar tantos momentos irrepetibles como viví a su lado. En contra de mi voluntad tozuda, Ximena me ha contado el escándalo Víctor-Camila. Sé que Olga fue un invento malvado de Silvia y, por lo visto, Álex, el hombre más sensual de Málaga, lleva meses sin compañía fija.

¿Debería excitarme el boletín de

noticias tanto como me excita? Mis tripas llevan días en plan pastilla efervescente, esto no puede ser sano.

Por fortuna, la iglesia está a reventar y, como llegamos tarde, nos acomodamos en los bancos del fondo. La familia de la novia se sienta a muchos metros de distancia, por lo que no puedo ver a Álex y espero, con todo mi corazón, que él tampoco me vea a mí. Las cabezas se vuelven hacia la entrada, donde la flamante novia hace su aparición y, al imitarlos, se me corta el aliento. Está sencillamente indescriptible. Con un diseño entre medieval y sirena de encaje champán

dorado, que se ciñe a su silueta curvilínea realzándola y se abre a los pies como un abanico de volantes. Las mangas de corola, el escote de barco rematado por una blonda de encaje y el velo, un tul ilusión del mismo color que deja entrever la exuberante belleza de la mujer que se esconde debajo.

Al pasar por nuestro lado, Silvia me mira. Su sonrisa confiada se dirige directa a mí, que no puedo apartar los ojos de ella. Se me han llenado de lágrimas emocionadas. El cosquilleo insistente en el estómago al pensar que él, dondequiera que se encuentre, nos estará viendo. Todo suma. Le hago a mi

antigua amiga una leve inclinación de cabeza que ella me devuelve antes de continuar caminando a ritmo de marcha nupcial.

—La *jodía porculo*, qué guapa va —
cuchichea Ximena, embutida en un traje precioso de color azul pavo real, al que no ha parado de sacarle faltas desde que lo pagó.

La ceremonia es, como casi todas las bodas, tediosa y conmovedora al mismo tiempo. Tras el beso a la novia, que todos aplaudimos sin que el rígido protocolo lo impida, salgo escopetada a

la calle, con Ximena enganchada del brazo, que dice que le falta el aire. Antonio se queda dentro para cumplimentar a los novios y yo juro que lo haré debidamente durante el convite.

Queda menos. Cada vez queda menos.

Me alborota la razón recordar la escena en mi descansillo. La manera en que perdí la cabeza, cómo me sedujo de nuevo con sólo chasquear los dedos. Álex es, en mi agenda, algo más que una asignatura pendiente. Suena más bien a destino implacable, un padecimiento que espera agazapado tras cada esquina para grabarme en la memoria que no me

libraré de él.

Muy cerca de su ático, en el palacete de Lira, reformado y con el nombre de Limonar 40, se celebra la fiesta. Son apenas las tres de la tarde de un fabuloso comienzo de verano, los invitados son recibidos con una copa de cava rosado y conducidos por personal uniformado a la antigua usanza al palacio de cristal, en los jardines. Entre el verde exuberante que nos rodea, el blanco de la decoración destaca más resplandeciente si cabe. Las mesas son redondas, de diez comensales, con hermosos centros florales blancos y, al frente, en la mesa presidencial, se

sientan los contrayentes y sus familias.

Trago saliva. Entre el gentío, Álex me localiza, igual que yo a él. No puedo impedir la violenta reacción de mi cuerpo, el vientre se me contrae, la energía sexual que emana llega hasta mí y me envuelve entera. Va con chaqué, masculino, elegante, brutalmente atractivo. Alrededor, el barullo sordo de la gente que ocupa sus sillas blancas, que ríe y conversa. No atino a concentrarme en nada que no sea la mirada que él y yo mantenemos enganchada. Es magnético.

—¿Sofía?

Me sacudo el aturdimiento. Sabe

Dios desde cuándo me está llamando Ximena. Balbuceo una disculpa torpona.

—Que si te parece nos sentamos. Me están matando estos puñeteros pies.

—Sí, sí, claro.

Rompo el vínculo que nos une a través de tocados y gente distinguida y trato de disfrutar de mis compañeros de mesa, es lo que toca. En unos minutos, mi corazón recupera su ritmo de latido y se acompasa. Mi cara ya no se crispa al sonreír, hasta río. Ximena, con su desparpajo, parece que me venda. A todo el mundo le parece chic lo de mi profesión de psicóloga reconvertida en escritora y muy interesante el tema de

fondo de mi novela. Yo le correspondo con la misma moneda: pertenecer a la Málaga Film Office y guardar en la recámara cientos de anécdotas de rodajes con actores famosos deja mis triunfos a la altura del betún. Pronto la conversación es tan distendida y animada, las risas tan recurrentes, que las mesas vecinas nos miran de reojo con envidia.

—¿Os apetecen unos pastelitos? — me ofrezco—. Han montado un Cupcake Bar.

—A mí me traes chucherías y gominolas del Candy Bar, que también lo hay —pide Ximena con un puchero.

—Cielo, sabes que no te viene bien tanto azúcar —la reprende Antonio con delicadeza.

Ella se acaricia la tripa.

—Para lo que me queda... No me dará tiempo a engordarlo. ¿Me traes un descafeinado?

Quién se niega a esta mujer imposible. Su novio y la que suscribe saltan de sus sillas, prestos a cumplir sus deseos. Apostada junto al carrito rosa plagado de pecados, oigo sonar *What is Love*,^[34] de Haddaway. Se estrena la fiesta y los más ansiosos empiezan a abandonar sus sillas para mover el esqueleto. Mi trasero se

contonea dentro de los tules de la falda.

—Por fin te dejas cazar.

Me muerdo el labio inferior. Giro sobre mis tacones con el plato de dulces y gominolas en la mano. Ya sé de quién se trata, su aroma a menta y madera es una inolvidable tarjeta de presentación. Imprimo normalidad a mi sonrisa rígida.

—Nada de asesinatos en la fiesta de tu hermana. Haya paz.

Me devoran sus pupilas. Noto que la mitad de la sangre de mi cuerpo ha decidido concentrarse en mis mejillas.

—Estás preciosa.

—Tú deberías salir cada mañana de casa dentro de ese chaqué.

—Ni me lo recuerdes —se afloja el nudo de la corbata—, me estoy ahogando. De no ser por mi madre y por Silvia...

—Habrías venido en vaqueros. — Suelto una risita que afloja el ambiente.

—Cómo me conoces.

No es lo que ha dicho, es la pasión con que lo ha pronunciado. Creo que el ligero temblor que mueve el plato me delata.

—¿Todo bien? —Pregunta idiota donde las haya, pero no soporto su escrutinio. Contener las ganas de matarlo y besarlo a un tiempo es francamente complicado, terminaré

desparramando las gominolas de Ximena por el suelo.

—Tirando —responde enigmático—. ¿Todo eso vas a comerte?

—Son para repartir.

—Te acompaño a la mesa —sentencia sin pedir permiso. Me coloca una mano en la cintura, me empuja con suavidad y me mata por dentro—. Así me río un rato con Antonio, que esto es un muermo de mucho cuidado.

#PielQueArde

A nadie parece importarle mi sufrimiento a fuego lento y celebran con entusiasmo nuestra llegada. Bueno, la de Álex, yo ya pertenecía a este grupo. Algunos comensales se disculpan y se marchan a bailar. Todo es terrorífico

movimiento a nuestro alrededor, del que apenas soy consciente. Él intercambia unas frases de cortesía y hastío *bodil* con su amigo y mi amiga y pasa a concentrarse en mí, que devoro un cupcake tras otro.

—¿Se te puede preguntar qué piensas hacer este fin de semana?

—¿Lo poco que queda de él?

—Puntillosa...

—Recuperar horas de sueño y dejarme los dedos en el teclado.

—¡Es cierto, ahora eres toda una reputada escritora! —alaba con exagerados aspavientos.

—Retira ese adjetivo, que siempre

me ha sonado fatal. A prostíbulo.

Suelta una carcajada. Limpia, sonora, divina.

—De acuerdo. Afamada.

—Mucho mejor. —Controlo la fogosidad que me produce su cercanía.

—¿Y qué más?

—Comeré. Treinta horas de guarrerías. Arroz con leche, pan y chorizo...

—¡Por amor del cielo! ¿Juntos?

—Suena asqueroso, pero combinan genial.

—Tú y tus mezclas marcianas. Siempre te ha gustado mezclar dulce con salado.

Otro disparo al nido de nuestros recuerdos. Lluve ternura. Me ruborizo en nanosegundos, adoro que no haya olvidado mis manías.

—Sigo igual.

—Sigues igual en otras muchas cosas. —Su mano resbala por mi costado, dejando un reguero cosquilleante y desciende hasta mi trasero. Me lo pellizca con todos los dedos—. Tienes el culo igual de apretado.

—¡Saca de ahí esa mano!

—Dice mi padre que más vale pedir perdón que permiso.

—Tampoco has pensado en

disculparte, manos largas... —refunfuño.

—Vamos a bailar.

Entre la maraña de risas y charlas cruzadas, presto atención a ver qué tocan y me asaltan los primeros compases de la versión de Leslie Grace de *Will You Still Love Me Tomorrow*[\[35\]](#) con todas su campanitas, sus coros moñas y sus rasgueos de guitarra. No. No. No. Se me abre el alma en dos.

Álex sigue tirando de mi muñeca y allí donde sus dedos tocan, la piel se abrasa.

—Venga, mujer, no me seas rancia, esto es una boda aburridísima y formal,

vamos a desmadrarnos un poco.

Desmadrarnos. Es la mejor propuesta que me han hecho en mucho tiempo. Pero no con esta canción. No, por favor.

Sin embargo, me resisto poco. Nos dirigimos de la mano hacia la pista de baile y ya me parece demasiado atrevimiento. Los brazos de Álex me envuelven antes de que pueda negarme y pierdo la voluntad y la noción de lo que me rodea. Como antes, como siempre, solos. Nosotros y nuestra canción. Esa letra que me causa tanta pena. Seguir la cantando bajito es preferible a ser consciente del cuerpo glorioso que se

adosa al mío, una maravilla de la naturaleza que parece haber mejorado (si eso es posible) en los meses que ha estado lejos. Me escuece suponer que una larga cola de lagartas se lo hayan beneficiado. Pero ¿qué digo? Ni que yo hubiese estado rezando el rosario. Estaba con Mario y jugaba siempre que podía, no tengo derecho a quejarme. Además..., se me empieza a ir la pinza, ya vuelvo a pensar en Álex como algo mío. Corro peligro de muerte a merced de sus ojos diabólicos que me recorren con codicia.

Lo peor es que se nos han terminado los chistes malos y todo se está

volviendo intimidad. Me cerca, me atrapa, me encarcela.

—No me olisquees, pareces un perro —protesto, cuando lo veo acercarse a mi pelo y aspirar fuerte.

—Chis. Robo tu esencia, me temo que es lo único que no podrás evitar.

Mi corazón se acelera a tal punto que deja en patucos a los tambores de Moria. Quizá ayude dejar de bailar pegada a él como un sello de colección. El caso es que no puedo moverme, tengo la inquietante convicción de que es el lugar al que pertenezco. Sus manos se extienden y me abarcan. Acarician mi espalda despacio y con discreción,

aunque me aterroriza que todos los asistentes a la boda nos vigilen. Vamos a ser la comidilla a la hora de las copas. La pobre ilusa Sofía, soltera de nuevo, se acerca peligrosamente ciega al asaltacunas Álex Conde. Redoble de castañuelas. Las voces coordinadas de los coros de Leslie me gritan al oído y mi quimera explota y se desvanece de golpe. Me alejo de Álex con un empujón muy poco diplomático, coincidiendo con el final de la canción. Una canción maravillosa, que resume la tortura infinita de mi amor por él.

—Quita, que corra el aire.

Estoy enfadada, merezco un

guantazo. La primera oportunidad que se me presenta y ya me arrojo en sus brazos como una yonqui.

Vale, la segunda.

—Ni de coña te suelto ahora que te tengo. —Afianza los dedos en torno a mí, me los clava en la carne. Gimo rezando para que no me oiga—. Bailaremos lo que nos pongan, a ritmo de tango. Así. —Se acerca más. Va a darme un infarto fulminante, me moriré delante de los novios y les fastidiaré la boda—. Bien pegados.

Lo que nos ponen es *Love Me Like You Do*,[\[36\]](#) de Ellie Goulding, que me descompone. Yo sí que pediría a gritos

que me tocase como sólo él sabe hacerlo. En lugar de eso, espeto:

—El tango lo bailas con tu madre, que está desconsolada por no ser la madrina.

—Ya le tocará cuando tú y yo nos casemos.

Directo al hígado. Me deja KO con el comentario y saca partido de mi nebulosa para coger la flor blanca que lleva en el ojal y enterrarla entre mis mechones. Sus dedos rozan mi oreja y me estremezco de pies a cabeza.

—Me muero por besarte —susurra.

—Deja de beber. Aparte de estar poniéndote borroso, dices estupideces.

—Terminaré aceptando que me despiertas el instinto animal, ojos de plata, que lo que siento cada vez que te veo no cabe en un llamarse «amigos» ni «hermano de tu amiga». Yo te quiero para mí.

Campana de ring. Fin del primer asalto.

—Instinto animal —repito—. No has debido compararnos con algo tan zafio. La has cagado, vaquero.

Agarro la flor, no vaya a perderla, y salgo disparada sin mirar ni la dirección siquiera. El caso es huir como de un contagio. Antonio me recoge por el camino y me arrastra de vuelta a la

mesa; Ximena tiene las piernas hinchadas y no baila porque la barriga le estorba. Sigue sentada, escupiendo mil maldiciones.

—Esto es como cargarse a la espalda la bombona de butano y tratar de seguir con la vida normal. Desesperante. ¿Y qué me dices del saco que llevo por vestido? No me has dicho nada, claro, como se te nota a la legua cuando mientes...

¿De qué demonios me está hablando? Recorro a toda mi energía para corresponderle con una frase mínimamente coherente.

—Pronto terminará, tendrás un bebé

divino y estarás tan impresionante como siempre. No seas chinche.

De paso, busco a Álex con el rabillo del ojo. Ha vuelto a la barra, ha apoyado la espalda y toda su magnífica envergadura en ella y desde allí me observa. Es duro jugar a hacerse la indiferente cuando lo que deseo es correr a su lado y devorarle la boca hasta entrar en coma. Y la jodida canción no ayuda. En éstas estoy cuando el frufú de un vestido de novia de más de cinco mil eurazos anuncia la llegada de Silvia. En la vida ha estado más guapa y eso es mucho decir. Reluce. Y Carlos... Bueno, por Carlos suspira

media lista de invitados, toda la que tenga nombre de mujer y no se haya cortado ya las venas por Álex.

—¿Lo estáis pasando bien? — pregunta al aire, pero me mira a mí.

—Formidable —se adelanta cínica Ximena—, no hay más que verme. Moraleja: si te preñas, escóndete hasta que se te pase.

—Exagerada... —Se vuelve para dedicarme su frase de agradecimiento —. Tenerte hoy aquí es muy importante para mí.

Sonrío a medias. Aún me duelen dos o tres cosas que no sé cómo perdonar, pero la abrazo y le deseo toda la

felicidad del mundo. En mis frases atropelladas incluyo una despedida.

—¿Ya? ¿Tan pronto os vais?

—Ay, sí, irse, magnífica idea. —

Ximena inicia su personal proceso de desatasque de la silla. Entre Antonio y yo la auxiliamos—. Tengo los zapatos incrustados en el empeine.

Cerca de la salida, mis ojos me traicionan y peinan la fiesta buscando a alguien. Alguien a quien tengo al lado, aunque no lo haya visto venir. Me coge del brazo y tira fuerte. De repente, estamos rodeados de jardines y de sombras del crepúsculo.

—Come conmigo mañana.

—¡Sofía! —Ximena me llama desde la calle—, ¿vienes?

—O pasado. Cuando tú quieras. Pon la fecha, pero dime que sí.

Noto su respiración agitada junto a mi cuello.

—Álex... —empiezo a decir.

Su beso lo corta todo. Hasta mi riego sanguíneo. El tictac de los relojes, el reclamo de mis amigos, mi determinación de olvidarlo. Me fundo en su aliento, en su dulce saliva. Una lengua endemoniada y febril que busca con ansia la mía y la enrolla en una danza imposible. Unos dientes que atrapan mi labio inferior, tiran de él y lo

mordisquean. Nos saboreamos mutuamente en lo que parece una eternidad. Dejo que sus caricias me conduzcan al placer absoluto sin negociaciones. Luego, con un suspiro, nos distanciamos. Apoya la frente en la mía con los ojos cerrados. Está tan guapo...

—No puedo más, te lo juro. —Su voz es un jadeo ronco y sexi—. ¿Mañana?

—¡Sofía! —Ahora es Antonio el que grita mi nombre.

¿Tan bien nos hemos escondido que no pueden vernos?

—Mañana —le prometo antes de

zafarme y salir corriendo como la Cenicienta.

Y hoy es mañana.

Como comprenderéis no he pegado ojo en toda la santa noche. Eso que en cuanto Sofía prueba el alcohol, cae rendida como un leño. Esta vez no ha funcionado.

Me recreo en el quitaojeras y en la ropa. Un vestido corto azul marino, con estratégicos cortes a la espalda y botas moteras al tobillo. Me cubro los brazos desnudos con una chupa de cuero que Álex alaba cuando frena su moto delante

de mi casa.

—Nena, me matas.

—Te he dicho que no hacía falta que me recogieses —digo agobiada por cambiar de tema.

—Ha sido todo un placer.

—Sólo es un almuerzo. —Me pongo muy seria—. Tú me lo pediste, yo te dije que sí. Por favor, no empecemos tan pronto con placeres que no vienen a cuento.

—Cerraré el pico y no diré más inconveniencias. Lo prometo.

—Si te miro la cara es para no creerte —afirmo mofándome, mientras le doy un pequeño puñetazo en el

hombro. Qué ancho. Y qué duro.

Miento. Mirarlo a la cara provoca desmayos. Porque sí. Porque ni siquiera es consciente de su belleza, porque no se preocupa de estar perfecto, sencillamente lo es. Me subo detrás de él, pego el pecho a su espalda y, ahogando un suspiro, me dejo llevar a donde quiera.

Los guiris se tuestan al sol del palmeral, bebiendo cerveza y vino blanco en una terraza aprovechada al máximo, con tantas mesas y sillas de mimbre como metros cuadrados hay

disponibles. Tienes que sortear muebles y arreglártelas por los pasillitos hasta la entrada principal si quieres cruzarla. Allí nos sentamos a tomar algo, compartiendo el sol de un día fabuloso con montones de cruceristas ociosos, de los que a diario hacen escala en Málaga.

Me retuerzo en la silla, tensa, nada cómoda. Álex y yo. Yo y Álex. Corazoncitos por lo alto, serpentinas a nuestro alrededor. ¿Por qué he cedido? ¿De qué diablos vamos a hablar si lo único que tengo en mente es pedirle de rodillas que me agarre una teta y me arrastre a la cama?

—Te agradezco esta tregua.

Y yo, que haya roto la gruesa capa de hielo.

—No es más que la prueba de que puedo comportarme civilizadamente. Ya ves, estar aquí contigo tomando un vodka-tonic, cuando me gustaría patearte los dientes.

«¿Cierto?»

Álex se inclina hacia mí, apoya los codos en las rodillas, me mira y me traspasa.

—¿Por qué me odias tanto?

Me quedo cavilando. ¿Es odio lo que siento? ¿Resentimiento porque no me quisiera? Más bien rencor por cómo era, por no poder culparlo de amar a

otras. En realidad, dudo que el excelentísimo señor Conde deposite su corazón en otra caja fuerte que no sea la suya propia. Con muchas llaves.

—No te odio, Álex. Eso sí, me gustaría pedirte un favor.

—Tú dirás.

—Que seas claro. Que seas rápido. Que ni te andes con rodeos ni intentes marearme. Y que no pierdas el tiempo hablando de tu hermana. Yo ya la he perdonado... hará una media hora.

Esboza una sonrisa tristonja que no le pega nada a su preciosa cara de pirata seductor.

—Muchos favores son éstos —

refunfuña.

—Concéntralos, así tendrás sólo uno.

—Has dicho que vaya al grano — resume con un suspiro.

—Lo más directo y escueto posible.

—Sofía, me gustaría que me dieras una jodida segunda oportunidad.

Parpadeo.

—Eso es ir directo y no lo que hace mi madre cuando pretende averiguar si salgo con alguien. ¿Cuándo te di la primera? —añado con chulería, pues parece que le pongo las cosas más fáciles.

—Exacto. Nunca.

—Quizá porque no pareció que te interesara.

—Si hay algo que deteste es que hablen en mi lugar. ¿Qué sabes tú de lo que a mí me interesaba?

—Hay formas de expresión, leer entre líneas, lenguaje no verbal... Seamos claros, Álex Conde. Tú sólo buscabas una aventurilla de un par de semanas, que se alargó mucho más de la cuenta, sólo porque no terminabas de creerte que yo no te hubiese entregado mis bragas, enamorada hasta los tuétanos.

—¿Me lo dice la fría mujer que buscaba diversión sin compromiso?

Eso me duele. Encajo el golpe lo mejor que puedo.

—¿Quién me considera una *femme fatale*? ¿Tú? ¿Basándote en qué?

#QueLuegoTodoSeSabe

Nada más pronunciar la frase me arrepiento. Es cierto, quise ir de liberal y moderna, escondí lo que sentía por miedo a espantarlo y me enredé en la maraña de mi propio no saber qué dirección tomar. Puede que, después de

todo, fuese Álex el que más claras tenía sus intenciones.

—Las cosas crecen o menguan conforme avanzan —prosigo—. Brotan emociones, uno empieza a sentir cosas...

—En eso estoy de acuerdo —dice secundándome con ardor.

—Cosas que empiezan a estorbar porque no contabas con ellas... —remato avinagrada.

—De nuevo y sin que sirva de precedente, has dado en el clavo.

Me quedo sin razones. Mi momento de vacilación lo autoriza, captura un mechón de mi pelo, lo acaricia y se lo desliza entre los dedos. Es un toque

eléctrico que conecta de inmediato sus ojos verdes entornados, su boca apetitosa, con el centro de mi sexo.

—Por fin vuelves a ser tú. —Sonríe tímido.

Recupero mi pelo por el sutil procedimiento del tirón.

—No irás a decirme que el color de un tinte cambia tanto las cosas. Las personas no cambian de la noche a la mañana, no es tan simple.

Hay mucha mala intención concentrada en esa frase, aunque Álex no la acuse.

—Nos miro y me pregunto a qué jugamos a estas alturas. Cómo me he

dejado enredar para venir y perder el domingo contigo —me quejo.

—Dímelo tú, yo no he podido sacarte de mi pecho desde que te vi ayer en la boda.

—Ya nos habíamos visto antes. Y antes de antes.

—Entonces mis tormentos vienen de largo. ¿Por qué estás tan rabiosa?

«Porque te quiero con toda mi alma y a ti no parece importarte.»

—Porque esta reunión, además de inútil es ridícula. Consumiendo alcohol como dos viejos conocidos sin serlo.

—¿Ah, no? ¿Qué somos entonces?

—Eso quisiera yo saber.

—Te lo diré: soy un hombre que quiere otra oportunidad. Sigo esperando que respondas.

—Ya estamos. Exigiendo. Sabrás que por ahí no llegas a ninguna parte.

—Estoy cansado de rogar algo que tú deseas igual que yo. Eso sí que es perder el tiempo; para hipócritas, los políticos.

Resoplo. Bufo. Vuelvo a resoplar. Cruzo los brazos sobre el pecho para disimular mi nerviosismo.

—Nos lo merecemos —insiste él.

Todo mi interior se expande en plan esponja suave.

—¿Y qué piensas hacer con esa

oportunidad, suponiendo que acepte dártela?

—Primero, convencerte de que has acertado.

Pongo los ojos en blanco.

—Tengo que consultarlo con la almohada —repongo escabulléndome.

—Ni lo sueñes. No estoy del todo convencido de que tu almohada esté de mi parte.

—Iríamos muy poco a poco. Nada de relaciones, ahora menos que nunca.

—Empecemos desde cero, como amigos —me ofrece, súbitamente animado—. Conseguiré que te fíes de mí.

—Eso no ocurrirá nunca, señor Conde.

—Veremos. ¿Te gustan los conciertos al aire libre?

Debe ser que el vodka-tonic acabó de atontarme y dije que sí.

—Pide un deseo.

—No he visto ninguna estrella fugaz.

Álex gruñe impaciente.

—No la hay. Te estás poniendo muy pejugueras, límitate a pedir un deseo.

—Vale. —Cierro los ojos—: Una casa preciosa en el quinto ñoño y que Papá Noel se pase de vez en cuando a

merendar.

Los vuelvo a abrir y delante tengo a Álex con cara de absoluta sorpresa. Su pelo que mueve con el aire, los ojos se le esconden, rasgados, cuando ríe.

—Vamos bien. ¿Y qué le pedirás al gordo Santa Claus?

—Qué fijación con pedir y pedir, no soy tan antojadiza. —Me rodeo las rodillas con los brazos y apoyo en ellas la barbilla—. Con su compañía me vale.

—Resumen: hay que vestirse de rojo para ser buena compañía y que me aceptes.

Está siendo irónico. Lo miro malévola por encima del hombro.

—¿Tratas de decirme algo? Porque no te recuerdo dando tantos rodeos.

—Pues sí. Pretendo arrancarte una confesión, que si te conceden un deseo, yo iré incluido de alguna forma en el lote.

Me da la risa floja. Presenciar un concierto encaramada al techo de un Q5 es una experiencia cuasi religiosa que todo el mundo debería probar alguna vez antes de morir. Yo estoy cerca de ese momento, aunque disimule y me haga la dura. Espiando la mano apoyada de Álex, que centímetro a centímetro se aproxima a mi cuerpo. Como los colegiales enamorados.

—Te aviso de que el centro de la galaxia es un cuerpo celeste desconocido y no tú, querido Álex.

Me sigue con una carcajada jovial que me envuelve.

—Al menos he conseguido que me llames «querido».

Devuelvo mi atención al escenario, a muchos metros de distancia, aunque perfectamente visible.

—No te fíes nunca de una mujer embriagada por la música.

—Dejemos la astronomía, hablemos de ti. De tu centro. ¿Sigues inmersa en esa filosofía del no enredarse con el amor?

—Nunca lo estuve. —Dejo vagar la mirada perdida a lo lejos—. Fueron maquinaciones de tu hermana la casada. No lo estuve, pero lo estoy —matizo.

—Justo ahora —concluye él con desánimo.

—Más que nunca. Los hombres sois un insufrible dolor de cabeza.

—Yo no.

—Tú más que nadie.

—Ya me estás etiquetando.

—Mentira, dejo que la gente se retrate solita antes de formarme una opinión. Por cierto, sigue así de disfrutón, no te lo reprocho, pero lejos.

—Lejos de ti —insiste para que

quede claro.

—De mí —afirmo rotunda y vuelco todo mi interés en la actuación.

Un grupo dispar de cantantes ejecutan *covers* de temas candentes. Algunos superan al artista original.

—Son buenos esta gente, ¿de qué los conoces?

—De nada en absoluto. Leí el anuncio del concierto en el periódico y decidí arriesgarme.

—Veo que te esfuerzas a tope con tal de buscar un plan que me halague —refunfuño medio en broma. Aquí nada va en serio, por mucho que forcemos el tono; lo que hacemos, bien mirado, es

embozar con borderías un abierto coqueteo.

—Sólo aspiraba a un ambiente tenebroso y con mucho ruido, donde pudiese meterte mano sin que me arresten.

Voy a soltarle cuatro frescas, pero me frena un goterón de litro que me salpica la nariz.

—Maldita sea —lo oigo farfullar.

—¿Llueve?

Ni pedido por encargo. Se abre el cielo y deja caer una tromba inesperada, potente y malvenida en mitad de una noche magnífica, que malogra el concierto y transforma la placentera

expañada en un caos de gente empapada que huye y pone a salvo los cachivaches del pícnic.

Entre risas, Álex se quita la cazadora y me la echa por encima.

—Vamos adentro —dice.

—Te vas a cargar el cuero —le advierto, retorciéndome sobre el techo del Q5, ingeniando el modo de bajarme sola.

—Ya compraremos otra.

Me guiña un ojo, me pasa las manos alrededor de la cintura y me alza en vilo. Miserable, pendenciero, don juan, canalla... No me mires así que no respondo.

Todo, incluida la carísima cazadora, le importa un comino, salvo colarse conmigo en el reducido habitáculo del coche. Al cerrar las puertas se amortigua el estallido del chaparrón y los cristales impiden ver. Se sacude el pelo mojado sin perder la sonrisa y yo me quedo catatónica, enganchada de sus pupilas. Si algún lumbreras se pregunta qué tendrán los ascensores, no te digo nada respecto al interior de los coches, donde la distancia máxima equivale a dos alientos.

Me quita de encima la chupa y la arroja al asiento trasero.

—Te aconsejaría que te libraras de

esa ropa mojada, pero seguro que te niegas, después de arrancarme los ojos.

No hace falta, ya me siento totalmente desnuda.

—Has acertado —replico cortante.

—Bien, al menos pondremos calefacción y un poco de música —acciona los botones de la radio—, que no se diga que nos vamos del concierto muertos de hambre.

Lo que faltaba.

La voz gruesa y oscura de Lana Del Rey irrumpe y se coloca alrededor con su *Young & Beautiful*.[\[37\]](#) Destenso los músculos y me dejo llevar por la canción, que me encanta. Mi espalda

descansa contra el respaldo anatómico del asiento. Estoy pensando en que debería reclinarlo mucho más, cuando un susurro sexi y provocativo me pregunta:

—¿La has visto?

—¿*El gran Gatsby*? —«Unas trescientas cincuenta y ocho mil veces»—. Sí, claro.

Saca un paquete de tabaco y lo manosea sin rumbo.

—¿Quieres uno?

—Ya hace que lo dejé. Y no he vuelto —añado afilada. Me falta silabear «No como otros».

—Tienes razón, menuda mierda.

Deja de fumar de una vez, maldito vicioso. —Los arroja al salpicadero y se recuesta con el brazo bajo la cabeza —. La de sacrificios que hace Di Caprio por esa imbécil.

Me choca el resentimiento que late en sus palabras.

—Es Gatsby, no Di Caprio.

Pone los ojos en blanco.

—Ya sabes.

—Es amor. Y por amor se hace todo si se es valiente.

—¿No debería haber esperado a cerciorarse de los sentimientos de ella? ¿Ser más prudente? No lanzarse a lo loco, arriesgarse a ciegas y llevarse ese

planchazo monumental.

Aprieta el botón central y la melodía arranca de nuevo como al principio.

«Mal lo llevas, Sofía, esta música te pone blandita, blandita...»

—Me quedo con sus noches, con sus bailes a la luz de la luna y sus excursiones locas. Me quedo con sus sonrisas y sus promesas de amor. De haber sido cauteloso como defiendes, habría renunciado a priori a sentir esas emociones. Una lástima, ¿no crees?

—Pero eran falsas.

—No duraron, que es distinto.

—Ella era una zorra interesada.

—Una cobarde más bien, que se

agarró a lo seguro para no saltar al vacío. Hay que tener muchos huevos para lanzarse sin red en nombre del amor.

Álex se apoya de costado y me taladra con sus ojos prodigiosos. El ambiente ha cambiado, está cargado con electricidad y sexo a borbotones.

—Muchos huevos —murmura acercándose, quedándose muy muy cerca. Nuestras frentes casi se rozan.

No puedo permitir que lo haga, aun a sabiendas de que estoy dentro de un coche, que no dispongo de espacio bastante como para respirar ni de escapatoria posible. Aun mintiéndome y

negándome que esto es lo que más ansío, mi gran regalo de felicidad envuelto en papel de celofán. Así que permanezco quieta, aguantando un poquito la respiración a la espera. La mano de Álex es tan cálida y suave como la recuerdo. Se desliza, recorre la línea de mi mandíbula y de ahí viaja al cuello. Su paso sedoso desencadena un temblor placentero que tira de mis pezones. Luego se ancla en la nuca, se engancha en mi pelo y da un tirón delicado mientras su pulgar acaricia mi labio inferior. Lo hace todo tan lento que no voy a poder contenerme. La explosión brotará desde el núcleo mismo de mis

células.

—Jamás he tenido con nadie una conversación como las tengo contigo.

—¿Rarunas? —bromeo—. ¿Acerca de cine?

—Escuchando. Importándome interpretar. Lo que necesitas, a lo que aspiras.

—Me alegro de haber dejado algún rastro positivo en tu vida.

—Dejaste mucho más que eso. Al irte se me abrió un agujero en el corazón. Al principio sólo cabía mi meñique —me lo enseña, estirado—, luego creció, se hizo lo bastante grande como para matarme.

Llegados a este punto no hay salvación posible para esta condenada a muerte. No entiendo por qué temo tanto beberme la vida tal como llega. Acepto que he acudido a esta cita buscando sus besos, su tacto inolvidable, su olor. Lo que ocurre es que me encuentro mucho más de lo que esperaba, cuando su voz aterciopelada y grave susurra cerca de mi oído:

—Quiéreme.

Mi corazón me golpea como loco las costillas. Me humedezco los labios, ignoro los espasmos de mi sexo que se anticipa al placer.

—Quiéreme, Sofía —repite,

catapultándome al confín de mi universo, nuestro universo en formación —, con ese amor en el que tú crees, el que puede con todo. Enséñame a sentirlo.

Me siento tan frágil que tengo ganas de llorar.

—Me destrozarás el corazón y arrojarás los pedacitos a los cuervos de Invernalía —gimoteo entregada.

Sus labios ya han rozado los míos con ligereza, como el toque sutil de una pluma, y el choque es eléctrico, me vincula a él. Nos une, irrompible.

Pero ahí está el miedo. El mío. Los suyos.

Y el *Summertime Sadness*[38] de la misma cantante, que se me cuele en los huesos y me vuelve temeraria.

—Yo también preferiría no quererte tanto —responde—. Si no fueras importante, perderte algún día no me aterrorizaría de este modo. Pero esto es lo que hay. Si no eres tú no es lo mismo, te juro que te temo igual que te deseo. Supongo que tendré que esforzarme como nunca en mi vida para no cagarla y que huyas.

#LoQueTePidoNoMeLoI

No me deja replicar. Susurra otro «Quiéreme, Sofía» que me tatúa el alma, y me besa.

Labios que se entreabren, su lengua que me busca y la magia se desencadena. No sé cómo he podido

sobrevivir sin sus caricias. Mi lengua también sale a su encuentro en círculos lentos. Los labios se tocan, se muerden, se recorren. Nuestras salivas se mezclan, pero ése es su estado natural, el único que puede mantenernos con vida. Me declaro frikifán absoluta del modo de besar de Álex, la manera en que recorre mis rincones secretos y me arranca suspiros.

—Esto no me basta —gime ronco contra mi boca.

—Quieres más.

—Te quiero toda.

—Desnúdame.

Esa mano libre que mientras su boca

me mantiene entretenida se desliza hasta un pecho, lo abarca y lo aprieta con suavidad, me derrite. El triángulo de las Bermudas de mis muslos bastaría para un naufragio. Álex lo adivina, porque tras batir un poco el pezón, que se marca duro bajo la ropa, decide bajar y darme el golpe de gracia. Encaja la mano sobre el vestido sin subirlo y mis piernas, por mero instinto, se separan y le franquean el paso. Aprieta y amasa con una delicadeza que pronto deja paso al desenfreno y la perversión. Porque he gemido pegada a sus labios y ésa es la señal que marca el inicio del banquete. Nos besamos a la desesperada. Sus

dedos pliegan mi ropa, es rápido y mortal, de un tirón, ya sólo quedan las braguitas de encaje.

Las gotas de lluvia tamborilean en los cristales de las ventanillas y en el techo.

Esos dedos que tanto amo, con los que he soñado noche tras noche, palpan la suave piel de mis muslos y me desquician. Me empleo a fondo con los cierres de su camisa vaquera. El pecho dibujado a cincel, pecado entre pecados hecho músculo y sedoso vello. Empujo la prenda hacia sus hombros y la dejo caer. Él se encarga de quitársela sin miramiento y arrojarla al asiento

trасero, el cajón de sastre adonde han ido a parar mi vestido y mi sujetador. El incomparable tacto de su piel contra mis pechos.

Álex me abraza y me ama como nadie. No voy a decir «me folla», porque esto es distinto. Sí, estamos dentro de un coche bajo la tormenta, acaba de sacarse los vaqueros y se coloca sobre mí. Me devora el cuello con largos lametones, tantea con los dedos la entrada de mi vagina, entra y sale de mis entrañas. Y a pesar de todo y por encima de todo, esto no es únicamente sexo.

La intensidad de las sensaciones que

experimento en cadena me abrumba. Entra en mí de una embestida y yo caigo al vacío donde burbujea la lava. Candente, explosiva, lista para abrasarme. Me corro con un par de envites y un alarido. Alex me sigue. La rapidez de nuestros orgasmos es la prueba inequívoca de nuestra ansia. Es gratificante verificar que nos hemos echado de menos. En mi caso, desde que lo encontré en el descansillo, he acumulado las ganas con tal maldad que ya gritaba pidiendo bromuro. Y no han hecho falta fantasías perversas, luces indirectas ni multitudes en el colchón. Me bastan él, sus manos y su aroma para perderme en la galaxia

del placer absoluto.

Puede que sea un cabrón asaltacunas, pero es mi cabrón asaltacunas. Hermoso e irreemplazable. Lo quiero. El placer más culpable de toda mi vida.

Su suspiro ronco y pesado me arranca de mi plácido estado de relajación poscoito. Lo miro. Nos miramos, aunque me temo que ninguno encuentra qué decir. Fingimos no ser, lo hemos hecho difícil.

¿Qué tal un «No me dejes nunca»? Hace juego con el emocionante «Quiéreme» de hace un rato. De antes del polvo, vamos. ¿O esas melosas

palabras, tan ajenas a Álex, eran el prolegómeno para metérmela y, una vez metido, nada de lo prometido?

Me invade una inquietud desagradable, un retortijón en la conciencia. De nuevo el terror de no poseerlo. La inseguridad, que nuestros lazos no sean firmes. Miro de reojo sus abdominales de anuncio y el espasmo en mi estómago se repite, más virulento. Me incorporo un poco y, ante su atónita mirada, palpo a ciegas el suelo y el asiento de atrás, buscando mi ropa. De forma atropellada, empiezo a vestirme.

—No irás a marcharte.

Joder, suena como un militar

organizando la tropa.

—Tengo... tengo que pensar —
balbuceo. No creo que se me entienda en
absoluto.

—Espera, tranquilízate y hablamos.
—Hace amago de abrazarme, desnudo y
espléndido, oculto a ojos del mundo
gracias a unos cristales más empañados
que los del polvo del *Titanic*.

Me las compongo para retorcerme e
impedir que me cace.

—No quiero hablar, esto es cosa
mía, tengo que pensar.

—Nena, relájate. Ha ocurrido sin
más. Ha ocurrido y ha sido maravilloso.

—Va a empezar todo de nuevo —

jadeo atolondrada—, de nuevo desde el principio.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Aún no lo sé, tengo que descubrirlo.

—¡Sofía!

Su grito me llega cuando ya empujo la portezuela y huyo bajo la lluvia. He logrado convertir una simple alarma mental en terror y el pánico en delirio. A mártir no hay quien me gane. Aquí recomienza mi calvario.

Álex

La he visto correr y me he quedado como un gilipollas, a verlas venir. Se me escurre de entre los dedos lo que más me importa y no hago nada.

Puede parecer absurdo, pero tengo un Pepito Grillo dando por saco dentro de mi cabeza, que me ha chillado que la deje ir.

No entiendo a las mujeres, no quiero dar pasos en falso, no con ella, maldita sea.

Necesito consejo de quien mejor la conoce: Ximena.

Sofía

Es jodido necesitar un pedo como el comer y no tener disponible más que a una preñada a la que pondré en riesgo de aborto con sólo oler mi copa. Pero necesito un chupito de absenta y si

tienen algo más fuerte, acepto sugerencias. De modo que arrastro a Ximena, que siempre está disponible para una juerga aun cuando no participe. Lo malo es que todo parecido de este funeral con una juerga es pura ciencia ficción.

—Soy una *loser* —gimoteo, apoyada trágica en la barra—. Mira, ¿lo lees aquí? —Me señalo entre las cejas—. Porque lo llevo escrito en la frente.

—Vamos a buscarnos una mesa maja, que en el taburete, aparte de parecer un loro en su aro, se me clava el tanga.

—Sólo a ti se te ocurre llevar tanga

estando embarazada.

—Para que veas, no eres la única perdedora, somos más en el club. Además, ¿por qué oño eres tú una perdedora?

Me revuelvo el pelo. Tengo ganas de tirarme al tranvía, en el supuesto de que Málaga tuviese tranvía.

—He vuelto a cagarla con Álex.

—Define «cagarla» —me pide sin pasión.

—No empieces con tus disparos, ¿eh? —Inspiro aire, me lleno los pulmones de valor—. He vuelto a enamorarme.

—Seguramente porque nunca dejaste

de estarlo.

Me gustaría arrearle con la silla en la cabeza, pero no es cuestión de descacharrarla, la he traído para que me proporcione consuelo. Al margen de eso, la quiero con todo mi inútil y aborrecible ser.

—No hables como si sentaras cátedra. ¿Los meses que estuve con Mario no han significado nada?

Suelta una carcajada.

—¡Ay, qué gracia! ¿Me lo preguntas a mí? —Saca pecho y señala con los dos pulgares—. Tú sabrás, pero lo que desde luego no han conseguido es que olvides a Alejandro el Grande.

La escruto con los ojos entornados.

—Oye, ni que te alegrara.

—El amor romántico siempre me alegra —contesta con el tono de quien plantea un acertijo—. Sofía, ese tío te quiere.

—Ese tío folla como Dios. Conmigo y con media España.

—Ha venido a verme. —Volteo la cabeza para mirarla con perplejidad—. Sí, suena raro. A pedir consejo. No a su amigo, no a su hermana. Acudió a mí —resume con aire orgulloso.

—¿Y qué le dijiste?

—Que te dejase vía libre.

—¿Y eso?

—Con tal de que tengas la imbeciloide sensación de que decides, de que estás al mando y te quedas a gusto. Porque no me engañes, esto es un asunto de control; tú controlas, él controla...

—Me dice cosas tan... tan sentidas.. tan... ya sabes.

—No, no sé.

—Que no me las creo, Ximena, que no parece él.

—Pero te mola.

—Hasta perder las bragas.

—¿Entonces...?

—Odio que sigan vivas esas antiguas necesidades mías, tocarlo y que

me toque, es terrible, resucitan en cuanto me lo encuentro, no importa lo mucho que me haya esforzado en sacarlo de aquí —me clavo la punta del índice en la sien— y de aquí. —Apunto dramática al corazón.

—Lo dicho. Es tu hombre.

—¡No me fío!

—Yo tampoco de que me toque la lotería, pero la sigo comprando, probablemente porque el segundo y medio de emoción que siento entre que escojo número, lo pago, guardo el décimo en la cartera y me olvido, es una alegría *p'al* cuerpo que ni loca me niego.

Suelto un suspiro capaz de

derrumbar las torres Kio.

—Me gustaría ser capaz, si no de confiar, de cerrar los ojos y flotar. Con Álex es todo complicado. —Niego con la cabeza con resignación—. Manipula a su antojo mis sentimientos, el muy cerdo.

—¡Deja ya de echarle la culpa de todo!

Me pega tal grito que salto y el vodka se desparrama por la mesa. Con una sonrisa malvada y una miradita tristonera a su vaso de agua con gas, muestra satisfacción y un soberbio «Que te jodan».

—Los tíos buenos se enamoran, sí,

incrédula del cuerno, eso pasa. ¡Oh, espera! ¿Demasiado bueno como para que te toque a ti? Tú no vales tanto, ¿es eso?

—Qué cruel sueñas, hija.

—Sueña fatal porque es una idiotez de primera, hermana. Si sucede sucedió, no le des más vueltas. Eres una reprimida.

—¿Qué dices? —pregunto indignada.

—Una reprimida de la felicidad.

—Eso te lo acabas de inventar. — Levanto el dedo, llamo al camarero y encargo otra copa. Para mi desgracia, es otro, una mujer, la que viene a limpiar el

desaguisado y a llevarse mi vodka-tonic inutilizado, con una mirada asesina de las que atraviesan en plan cañonazo.

—¿Sabes lo estúpido que resulta tener que estar vendiéndote algo sin lo que no puedes vivir? Es como tratar de convencerte de que respires.

No digo nada. Mi dosis de alcohol viene de camino y todo lo que tengo que hacer es concentrarme en ella. Lo cierto es que la he oído y, aunque me rebelo y no respondo, mis neuronas se activan.

—Antonio y yo vamos a dar una fiesta en casa —comenta con un suspiro resignado.

—¿Una *babyshower*?

—¡Qué coño! Una fiesta de pelotas.
Con Champín y cerveza sin alcohol para
la menda. Hay que joderse...

#UnaEstatuaQueNoResj

La fiesta es genial, como todas las fiestas. Sería el despiporre si Ximena estuviese en plena forma y en lugar de remolcar una barriga inmensa y unos tobillos de elefante, menease el culo como nos tiene acostumbrados. Tengo

que explicarle a mi sobrino o sobrina cuando nazca, no han querido desvelar el sexo del bebé, la cuantiosa diversión de que nos ha privado su proceso de fabricación.

No tardo en abstraerme del jaleo y salgo a la terraza a disfrutar del cielo estrellado de la noche. Dentro retumba la música y las risas de la gente. Yo no tengo ganas de reírme ni nada que celebrar. Álex no me ha llamado y, si exceptúo la cita con Ximena, no he vuelto a saber de él desde la noche... aquella. Debe de estar esperando que yo dé el primer paso. Es la oportunidad de oro para poner punto final a lo que no

debería haberse reiniciado.

Ximena acude y se me sienta al lado con muchas dificultades.

—¿Estás bien? Te veo beber un poco... mucho.

—Envidiosa, preñada.

—Es de garrafón, ni caso.

—Estoy borracha, Xime.

Me obliga a reposar la cabeza sobre su hombro.

—Oye, toda esta melancolía tuya, si no es por Álex...

—No es por Álex —la corto escueta, antes de que coja carrerilla.

—Pues entonces siento mucho que Mario haya tenido que irse a Italia.

Verás como vuelve...

—¡No quiero que vuelva! —chillo.
Me callo a mí misma y bajo la voz—.
No quiero que vuelva, fui yo la que
cortó; que no vuelva, así estamos mejor.

—¿Entonces...? Te juro que no te
entiendo.

—Estoy bien —arrastro la lengua—,
bien, bien.

—Nos engañas a todos.

—Sólo a la gente, tú no eres gente,
por eso te lo estoy contando.

—Sorprendente. Lo pronto que has
echado al rincón al italiano. Tan fuerte
que te dio y ahora tan rápido...

—No me dio, Ximena, no me dio, no

te confundas. Una no siempre se enamora. Aunque lo desee con todas sus fuerzas. Las fuerzas, como los planes, se pegan batacazos de escándalo.

—Mira que quería que te funcionara, pero... ¿Puedo decirte lo que en el fondo me inspiraba ese chico tan formal y correcto?

—Lo mismo que a mí —me adelanto bizqueando—: un amigo buenorro que me ponía borrica.

—Pero nada más.

—Nada más —repito catatónica.

—El amor de tu vida anda por otra parte.

El amor de mi vida debería haberse

dignado aparecer por este festival de beodos incontrolados.

—Va a dejar de importarme confesarlo —suspiro resignada—; quiero a Álex, siempre ha sido él, todo el tiempo.

—Pero si acabas de decir que no es por él...

—Es por mí. A Álex quiero dejar de quererlo.

Ximena pone los ojos en blanco y se acaricia la tripa. Le ha crecido un montón el pelo, se lo ondula con pericia de profesional y se lo ha teñido de un color violeta atrevido y tan peculiar como su carisma.

—Loca.

—Loca no, borracha. Borracha perdida, y todo me importa un pito. — Miro hacia la puerta y salgo corriendo a dar la bienvenida a otro invitado—. ¡Raúl! Estoy feliz, feliz, ¡qué de tiempo sin verte! —Le echo los brazos al cuello y me quedo colgando—. ¿Una copita?

—Hola, Sofía. —Visiblemente incómodo, retira mi abrazo por las muñecas.

—Uiss, qué antipático.

—¿Sabes si viene Álex?

Me encojo de hombros.

—Ni idea, yo con Álex no me hablo casi.

Lo veo sacar el móvil y retirarse a una esquina con aire preocupado. Pese a mi bochornosa intoxicación ética, me quedan muy claras sus intenciones y no me reprimo. Primero lo persigo, luego le grito.

—¡Eso, llámalo! ¡Avísalo que no venga! ¡Que está aquí la bruja de Sofía, que se lo va a comer enterito! —agrego con malsano sarcasmo—. ¿Por qué no dejáis de meteros en nuestras vidas y os dedicáis a recomponer las putas vuestras?

Justo cuando estoy lanzando al aire mi proclama, me doy la vuelta y me topo cara a cara con Helen acompañada de

Miguel. Hacen una pareja de anuncio. Se le desencaja la cara, igual piensa que lo he dicho por ella.

—Sofía...

—Deja, Helen, deja —me zafo de su intento de abrazo—, no pasa nada, soy una chica borracha, no un marciano.

Todo el alcohol y la amargura que llevo horas ingiriendo, se me caen encima. La terraza da vueltas, se tambalea el suelo y a mí me estalla la cabeza. Helen se acerca de nuevo, insiste en acorralarme y la lucidez no me da para huir. Es Ximena la que acude al rescate. Me agarra por la cintura y se abre paso hasta la calle, dispersando al

grupo de moscones.

—Ya está bien, dejadla en paz, dejadla.

Acabamos las dos sentadas en un escalón de su portal, con el culo como un carámbano.

—Llamo un taxi y te acompaño a casa —me ofrece con dulzura.

—De eso nada. Es vuestra fiesta. En estos momentos, Antonio debe de estar odiándome. Sé buena anfitriona y vuelve a tentarlos con tu contoneo y a beber agua con gas.

—Estás chalada si piensas que voy a dejarte así.

—Tirada en un escalón, no, perri,

calentita dentro de un taxi, camino de mi casa, de mi cama... —Meto la cabeza entre las rodillas. Me acaricia el pelo —. Vas a ser una madre genial, rubia pelirroja.

—Eso espero, una nunca está preparada para una prueba de este calibre.

—Tampoco lo estamos para enamorarnos. Cuando el amor con mayúsculas llama a la puerta, nos cagamos de miedo.

—¿Vas a hacer algo? Respecto a Álex.

Suspiro con tristeza.

—Olvidarlo. Y aprender a no

colgarme de tíos guapísimos que nunca me querrán.

Ahí está. La cruda realidad que yo a duras penas consigo admitir. La base de mi pánico.

—No me explico de dónde sacas esa idiotez—replica Ximena con enfado.

—No te cabrees, él es así, libre y pasado de moda, no cree en el amor que yo venero.

Mi amiga se incorpora y me estudia con dureza.

—Para variar, podrías ser flexible. Darle una oportunidad a él, a ti misma.

Le hago indicaciones vagas con la mano para que suba a su apartamento.

Desde aquí se oye el estruendo de la música.

—¿Estarás bien?

—Necesito que me dé el aire, no te preocupes, ahora subo por el bolso.

—Jodida cabezota —la oigo renegar a mi espalda. Me da un poco la risa.

Salgo, más bien huyo, de la fiesta de Ximena. Él ni siquiera se ha molestado en venir; pronto empiezan las señales de humo, tonta del moco la que no las interprete. Un polvo en un coche para no empaparse, por muy megaperfecto que fuera, no cambia la mentalidad de nadie.

Y la filosofía de vida de Álex es venenosa y letal hasta para sí mismo.

Recorro la plaza de la Merced superando a bocanadas la necesidad de fumar, comer chicle o encaramarme a un árbol, qué sé yo. Miro la fachada restaurada del edificio que acabo de abandonar, las tres enormes ventanas del salón de Antonio y Ximena filtran a la calle luces de colores y un sonido amortiguado que te empuja a bailar. Hay un banco con una estatua de Picasso en hierro fundido y estoy tan sola que allí me siento. Una lunática que habla a objetos inanimados, esperando, desde luego, que no contesten. Me gustaría

cagarme en toda la estirpe de Álex y que se mostrase de acuerdo. Picasso, no él. Explicarle por qué he escogido, de los diez que tengo, precisamente este tono de rojo de labios. Sí. Diez. Y todos distintos. Hoy llevo el de las noches inolvidables.

Mal rayo me parta...

—No te cuento mis miserias porque te entrarían ganas de suicidarte —le digo al estático señor—. Pero podemos hacernos un *selfie*. ¿Hace?

Saco la cámara del bolsillo, que el bolso se me habrá olvidado, pero del móvil no me separo ni para ir al váter, por aquello de los mensajes, las

llamadas y un corto etcétera. Morir de anhelo, lo llaman. Me arrimo a la estatua, enfoco y disparo. Dos veces en alto y a lo ancho, porque con el pedal me tiembla la mano y no me quedo conforme. Ambas fotos están para quemarlas en medio de la plaza. Me pongo en pie, hago una graciosa reverencia y ordeno a mis pies que enfilen de nuevo el portal de la maldita fiesta.

Vale que fui yo la que escapó del coche como si me persiguiera Joffrey Lannister en porretas, pero ¿de forma tan fácil se diluyen sus sentimientos? Si la mitad de lo que promete es cierto, ¿tan

pronto se desalienta? Que soy mujer y tengo mis traumas. Después de lo escaldada que me tiene este capullo engreído, es lógico que si me pide amor se me pongan los pelos como a Chewaka. Su misión es perseguirme, persistir, vencer mis recelos. El pintor de hierro estaría conforme, aun sin entender los tonos del rojo carmín.

Despego las pupilas del suelo, donde las he clavado para no hociarme, y choco de frente con Álex. Es más de lo que una chica ebria y enamorada puede soportar, tan endemoniadamente guapo que es como mirar el sol de mediodía. Lleva vaqueros raídos, unas Converse

rojas y un jersey de punto ligero y manga larga, de un verde casi exacto al de sus iris. Un poco ausente y atormentado. Espurreo una carcajada cuando delante de sus narices trastabillo y tiene que sujetarme para que no bese el suelo.

—Mira por dónde, tú por aquí. Un poco tarde, ¿no? La fiesta de pelotas está a puntito de irse a la mierda. Ya no sirven más que café de pucherete y ensaimadas.

—No tengo ganas de fiesta, he venido a buscarte —dice su voz ronca y sensual.

—A mí. —Asiente. Me estremezco —. No me lo creo. Cada vez te creo

menos, Álex Conde; sería un puntazo si tu perfecta nariz creciese y me diera la razón, porque la tengo.

Resopla como si estuviese agotado.

—Ahora resulta que tú sales corriendo y yo soy quien miente. Aplausos —añade con burla.

Me encojo de hombros.

—Llámame caprichosa si te da la gana. Y quita.

Intento apartarlo del hueco de la puerta, que tapona con su corpachón formidable. No sólo no lo logro, sino que además me quedo enganchada en el cepo de su brazo.

—Ven aquí, borrachina.

No controlo demasiado bien lo que pasa. Veo borroso y ese perfil suyo me distrae en exceso. Su lengua dentro de mi boca me aturde. Su dulce sabor me invade y me roba la voluntad. Aspiro aire por la nariz para poder seguir profundizando y, bajo el amparo de su abrazo, enredada en su cuello, me derrito. Empujo la pelvis contra sus caderas, nuestras piernas se aprietan y me deleito con una erección mayúscula que lleva mi nombre.

—Déjame, quiero irme. —Eso sí, de él no me despego. Como para creerme.

—Ni lo sueñes.

—Luego me llamarás

«complicación» y un sinfín de cosas espantosas que no quiero oír. —Me retuerzo un poquito, ahora sí.

—Complicame la vida, ojos de plata, hazme el favor.

Vuela mi enfado, asumo mis culpas y desempaño mi conciencia cuando la tierna caricia muta a diabólica lujuria. Los labios se deslizan unos contra otros, llegan los lametones ansiosos. Pero paramos para respirar y Álex me coge por los hombros y se separa una pizca para poder mirarme. Está intentando leerme, pero no voy a ponérselo nada fácil.

—Sabes que acabarás conmigo,

¿verdad?

—O tú conmigo. La eterna adivina adivinanza.

—Y cómo se llama esto, también lo sabes.

—No lo digas, no lo digas. —Intento cubrir su boca con mis manos heladas. Él atrapa mis dedos.

—No lo digo, pero los dos lo sabemos. —Suspira hondo. Menea la cabeza como asintiendo—. Me tienes desquiciado. Vamos a algún sitio donde podamos tomar algo.

—¿Más vodka? —propongo con un saltito de canguro borracho.

—Tú, café cargado.

—¿Café? Qué asco. Y qué mala persona eres.

Confío en que a estas horas resulte imposible encontrar abierto un garito donde sirvan líquidos no venenosos. Renuncio a mi bolso, mis llaves y demás pertenencias, que en casa de Ximena no corren peligro, y lo sigo dócil, aferrada a su mano, hasta su moto aparcada en la calle que sube al teatro Cervantes.

SEA. Nuestra matrícula, el sello de nuestra unión por encima de las vicisitudes. Su moto, mis recuerdos de un año atrás. El modo en que me coloca el casco y se molesta en abrochármelo, pellizcándome la barbilla, besándome la

punta de la nariz y los labios. Sufro un delirante *déjà vu*.

—Si exceptúo las familiaridades y los besos, éstos podríamos ser nosotros hace meses —dice. Me sorprende su capacidad para leerme el pensamiento.

—Podríamos —concedo, flotando por encima del bien y del mal.

—Suerte que no lo somos. Para algo sirve madurar, sufrir como cabrones y evolucionar.

—¡Jesús! Qué profundo —exclamo mofándome, muy atenta por que al levantar la pierna con esta minifalda vaquera no se me vean las bragas. No me ha quitado ojo en todo el proceso,

esperando que lo que queda al descubierto merezca la pena.

Os aseguro que lo merece; invertí tres horas en disfrazarme para la dichosa fiesta, contando con que Álex apareciera.

—¿Adónde vamos?

En realidad me importa un comino; ronronea el motor y no necesito más que abrazar su estrecha cintura, apoyar la cara en su espalda y abandonarme a una calenturienta imaginación que compone tórridas escenas con final feliz.

Ahora que caigo, llevamos rodando cinco minutos y no me ha contestado.

#SoñarDespierta

Como me he permitido cerrar los ojos y soñar despierta, el suave frenazo y el parón del motor me pillan desprevenida. Parpadeo. La luz es tenue y sufro de agotamiento terminal, pero sé distinguir un garaje urbano, privado, bajo tierra.

Álex aparca la Harley junto a su coche, de lo que deduzco:

—Estamos en tu casa.

El muy capullo me sonrío y me guiña un ojo.

—Me has traído a violetearme, fijo —adivino con malicia, más contenta que Ximena en las rebajas.

—No exactamente.

¡Ah! ¿No? Se desinfla mi globito de ilusión.

—¿A qué entonces?

—Además de guapa, impaciente; lo tienes todo.

—No me falta de nada, sólo un hombre sensato y fiel que me adore.

—Yo mismo. —Me ayuda a bajar.

—Tú estás demasiado cagado por si te enamoras y eso te hace ir de flor en flor, picando como un orco en época de celo.

—Que dicho sea de paso, lo impide.

Tira de mi brazo y corrige mi trayectoria. Creo que con el despiste, en lugar de dirigirme hacia el ascensor iba directa al escobero. Pulsa el botón de llamada y, mientras esperamos, me dedico a cambiar el peso de un pie a otro.

—¿Nerviosa?

—No. Me hago pis.

El detalle del impresionante retrato de mi cara colgado en la pared me impacta. Por lo demás, este ático continúa igual. Señor... El sitio perfecto para encerrarse a sufrir de desamor, armada con seis temporadas de *Sexo en Nueva York*, edición de luxe que me regaló Ximena, kilo y medio de regalizo rojo y un vibrador de conejito. En el cuchitril donde vivo se sufre mucho peor.

—¿Puedo entrar en el baño?

Álex da tres zancadas y lo abre para mí. *Simi* acaba de venir corriendo a restregarse en sus piernas. La odio, so

esquirola.

—No necesitas preguntar, estás en tu casa. Voy por ese café.

—No te molestes, no me lo pienso tomar —le advierto desde detrás de la puerta.

—¿Otro vodka-tonic, entonces?

Qué *jodío*, cómo se acuerda de lo que me gusta beber. Acoplada en la taza del váter, con mucha menos angustia, me pregunto si ese clon gigante de mi cara que adorna la pieza principal de esta casa ha estado ahí cuando él traía a otras chicas a practicar sexo salvaje bebiendo whisky hasta las tantas.

Acabo, me refresco la nuca y me

asomo al espejo.

Tengo cara de guarrilla libidinosa: los labios humedecidos e hinchados, los ojos me brillan de deseo, la melena rubia, sedosa y suelta. La camisa blanca con estampados de color en los antebrazos y cerca de los bajos, remetida sólo en parte bajo la cinturilla de la falda, y mis sempiternos tacones.

Lista para follar. ¿Y después? ¿Me iré como me iba antaño, con la sensación de estar usada y sucia? ¿De no ser suficiente, de la categoría correcta?

Me tapo la cara con las manos. No quiero llorar, me resisto con todas mis fuerzas. Pero qué mal lo hemos hecho

todo, intenso, físico, superficial. Buen sexo, inmejorable. Pero ¿dónde quedan los sentimientos? Porque lo que busco es amor. Amor verdadero, irreverente y grande. Ese amor que te convierte en hada, artífice de tu propio futuro. El mismo sentimiento que Álex afirma no conocer.

Tengo que irme, esto no acabará bien para la pequeña Sofía, deslumbrada por unos ojazos verdes que no tienen misericordia. Llamé a la puerta del enamorarse en el peor momento.

Salgo con atropello y cara de susto, muy despejada de repente. Se trata de huir de mi infierno en la Tierra, de modo

que activo los cinco sentidos. La distancia que separa el pasillo de la cocina no es kilométrica y cuando adivina que me escurro, Álex se interpone y me corta el paso.

—¿Adónde crees que vas?

—A mi casa, no me encuentro bien. Sólo dime si he hecho mucho el indio.

—Creía que habíamos quedado en compartir la penúltima y, por si cambiabas de parecer, he preparado Cola Cao con galletas.

Lo de las galletas me llega al alma. Dios, sabe ponerse tierno llegado el caso. Es un detalle tan infantil, tan cotidiano y tan mono... Desvió la mirada

del deseado pomo de la puerta hacia él. El hombre que tienta mi presente por enésima vez.

—No me has hecho el menor comentario. —Apunta al cuadro por encima del hombro—. O no lo has visto o te estás haciendo la dura.

—Joder, como para no verlo. Podrías haberte cortado un pelo con el tamaño —farfullo.

—Habría entendido que te pasara desapercibido, venías algo perjudicada.

—Lo normal en una fiesta.

—Pues ya me explicarás qué demonios hacías en la calle.

—A ti te lo voy a decir —respondo

envalentonada.

Él me sigue de cerca. Me coge la punta de un mechón de pelo y juguetea con él entre los dedos.

—¿Te gusta?

—Pintas muy bien, si es lo que quieres oír, pero te mereces una demanda por uso indebido de imagen.

—Ya está la fiera protestando. —
Ríe.

Oye, que le hago gracia. Y cuanto más me cabreo, más se ensancha su sonrisa y más audaces brillan sus ojos.

—¿Por qué yo? —musito con un débil hilo de voz emocionada.

Despacio, coge mi mano rígida y

hace que doble el codo para adosarla a la parte trasera de mi cintura. Me arrincona contra la pared y me acaricia la cara. Vuelvo a temblar.

—Porque te fuiste, o te eché, no lo sé bien, pero perdí lo que más quería y no pude soportarlo. Porque aprendí a base de echarte de menos. Porque si tus ojos me miraban cada noche y cada mañana, aún podía decirme que no todo estaba perdido, que podía arreglarlo. Un montón de gilipollecas hablando solo, como podrás imaginar.

Sí, sí, gilipollecas. Como le cuente mis retahílas conmigo misma, con o sin espejo, se parte en dos de risa.

—No viniste a buscarme —arremeto con inusitada furia.

—No me hiciste una señal —replica veloz—. Di la verdad, esperabas que yo hiciera todo el trabajo y yo, sencillamente, temía al ridículo. Sigo esperando que me confirmes que puede ser. —Besa mis labios tan despacio que convierte placer en tortura. Incluso así, besa tan bien que me incendio de pies a cabeza—. ¿Puedes?

Incapaz de hablar, cabeceo.

—Estoy listo, dispuesto a abrir puertas y ventanas, pero contigo, a tu lado. —Sus yemas dibujan un corazón en mi mejilla—. Sin miedo.

—¿Estás seguro?

—Ponme a prueba —me desafía—.

Nunca he estado tan seguro de algo. ¿Vas a confiar en mí?

Vuelvo a bajar la cara. Es un sí mudo. Estoy dispuesta a intentarlo, tan colgada por su amor que subiría de rodillas al Veleta si tuviese que demostrar algo.

—Entonces ¿somos novios? —insiste.

Y ese gesto aññado en un rostro tan varonil y sexi, me genera toda una conmoción interna de la que tardaré seis meses en recuperarme.

—Sí, somos novios. Bésame como

es debido.

Dicho y hecho. Arremete con ímpetu y asola mi boca como si en la calle las trompetas del Apocalipsis anunciaran el fin del mundo. Podría vivir sin problemas pegada a sus labios jugosos. Me arrastra al sofá. En el recorrido, la diferencia de altura me permite saltar y encaramarme a su cadera, sujeta a sus hombros, sin dejar de lamernos con desesperación.

Quiero abrirme de piernas para él y disfrutar durante horas.

No me explico de dónde salen las manos, pero la ropa se desprende de nuestros cuerpos y va cayendo al suelo

por el camino. Al tumbarme de espaldas en el cuero, ya estamos en ropa interior y vuelvo a sentir la seda de su piel frotándose con la mía, es una delicia. En este preciso momento, está claro que hay más sexo que romanticismo, pero no importa. El modo amable en que sus dedos recorren mi intimidad para que aülle de placer, la cadencia de sus caricias me cuentan cosas que prefiero no repetir. Es mío. Me lo grita su aliento y estoy tan contenta que sudo chispitas de colores.

Se escurre por encima de mi vientre, alcanza mi entrepierna y separa mis muslos. Ya no me ruboriza su mirada de

intensa codicia. Pasea la lengua por mi hendidura, respondo arqueando la espalda. Sujeta mi trasero, marca mi carne con su huella y me penetra. Entra y sale rápido de mi vagina, sensibilizando la zona con los dedos, pasando cerca del clítoris sin tocarlo. Consigue que cada roce se multiplique, se propague como una onda eléctrica. La tensión me golpea entera, me duele todo el cuerpo de puro deseo, de ganas de tenerlo dentro, muy dentro, donde no pueda escapar.

—Sube, sube. —Tiro de sus hombros, de su pelo. Al principio no me hace mucho caso. Cuando lo estima pertinente, se despide de mi sexo con un

mordisquito mortal y cambia de postura. Baja más aún. Su lengua alcanza mis tobillos, coge mi pie y lo levanta. Lo admira y se muerde el labio inferior mientras niega con la cabeza.

—¿Qué...?

Dejo de hablar cuando sus labios recorren mi planta y me vuelven loca. De ahí pasa a la unión entre los dedos, introduce la lengua entre ellos y finalmente se mete el pulgar en la boca, lo chupetea un poco y succiona. Dios, va a pararme el corazón, qué sensación tan erótica.

—Olvidé decirte que soy un fetichista de los pies. Los tienes

preciosos.

Dejo escapar un largo gemido. Creo que estas demostraciones mías lo excitan aún más.

—¿Qué sientes cuando te toco, Sofía? Dímelo, dime qué sientes, porque yo me derrito en mi propio calor, es enfermizo.

Respondo con un sollozo ahogado. Está pasando de nuevo, me asfixio en mi propio gozo.

Se recuesta y, al moverse, me golpea de modo fortuito los pezones. Aúllo y separo las rodillas. Cubre mi cuerpo, consigue que mi ansia ceda al notar su peso. Se mete en mí, me conquista hasta

el fondo. Jadeo al notar cómo se abre paso. Él gruñe ronco y salvaje.

—Joder, nena, cuánta falta me has hecho —susurra en mi oído.

Se balancea, entra y sale desde lo más profundo hasta fuera, casi por completo. Del todo. Para volver a entrar con un solo empujón que me pone la carne de gallina.

—¡No pares! ¡No pares! —grito, antes de deshacerme en un orgasmo delirante que tira de mí y me seduce. Olor a Álex.

Lo veo sonreír con los ojos llameantes, orgulloso de su hazaña y porque piensa seguir empujando entre

mis piernas hasta arrancarme otro momento vital, esa colección de instantes mágicos que recuerdas toda la vida. Connigo. Juntos. Al unísono. A veces, correrse no implica sólo una reacción física demoledora. A veces, y ésta es una de esas veces, es una promesa de entrega total.

Durante el poscoito llego a preocuparme por el estado del carísimo sofá. Pero como a su legítimo propietario parece importarle menos que nada, me relajo y me dedico a sacarle gusto al momento. Acurrucada contra su

pecho, adormilada con los dibujos que delinean sus dedos sobre mi cuero cabelludo, es una tentación quedarme a vivir en esta postura.

—Leí tu libro —murmura, haciendo trizas la calma.

Doy un respingo.

—¿En serio? ¿Y qué opinas?

—¿Has vivido eso, Sofía? ¿En tus propias carnes? ¿Que otra persona te manipule y te chantajee, que conozca tus puntos débiles y los apriete sin compasión, ese sentirse culpable de todo?

—No, no lo he vivido —le aclaro con debilidad.

Deposita un beso en mi sien.

—Chica afortunada. Me encargaré de que nunca bajas a ese infierno.

—He conocido el infierno de no tenerte —confieso algo avergonzada.

Me responde estrechando mi cuerpo contra el suyo.

—Esas hogueras las he visitado yo también. Idiotas. Era simple espera. Siempre, desde el primer día fui más tuyo que mío. Llegaste para cambiarlo todo, ojos de plata, era cuestión de paciencia.

Por encima de todo lo que me halagan sus palabras, me atrevo a regresar al tema de la novela. Es algo

que me interesa muchísimo.

—¿Te sentiste identificado con la historia?

Álex calla. Luego suspira y noto que traga saliva, porque su nuez sube y baja por su garganta y me arrepiento de haber hurgado en una herida que ya conozco. Por descontado que revivió sus peores momentos: Camila.

—Ella era así, justo así. Un verdugo con ojos de víctima indefensa, que no se detiene hasta destrozarte del todo. Que obtiene placer si te aniquila. Está todo ahí, tan claro y tan bien escrito que no he tardado en abrir los ojos.

Exploto de satisfacción. Con esa

intención lo escribí, ni más ni menos.

—Entender el proceso evita que en lo sucesivo se repitan patrones y se caiga con el mismo tipo de pareja tóxica —explico, cuidándome de usar la tercera persona para no señalarlo.

Se incorpora en parte y me mira de reojo.

—¿Usted maltrata psicológicamente de manera habitual, señorita Echegaray?

—Yo sólo amo con demencia.

—Porque no pienso separarme de usted en lo que me queda de vida.

Suelto una carcajada feliz.

—Lo que me recuerda que tengo algo pendiente. —Se incorpora desnudo

por completo y corre hacia la cocina. Todo el planeta y parte de Júpiter empeñarían sus ahorros con tal de contemplar este espectáculo.

—¡Ah, cacao y galletas! —recuerdo, al verlo venir con un plato, quizá demasiado grande, y una taza perdida en el centro.

—Caliente, caliente. —Su mohín pícaro me anima a seguir con el juego. Llega a la altura del sofá y se arrodilla sujetando el plato.

—¿Sólo para mí? Te advierto que ya no estoy borracha.

—Si lo estuvieses, no tendría sentido dártelo. Es para ti, pero a medio

plazo nos beneficiaremos los dos.

—Jolines, qué intriga.

Cojo el plato, y al ver lo que esconde, que no son precisamente galletas, pierdo el habla.

—¿Qué te parece mi letra?

#QuéTePareceMiLetra

Hay algo escrito con sirope de color caramelo, destacando contra el blanco del plato. Una frase elaborada por Álex y su particular idea de la sorpresa.

¿Quieres casarte conmigo?

—Álex, esto...

—No es una pregunta retórica —se apresura a aclararme—. Ni una broma, Dios me libre.

—No sé qué-qué decir —tartamudeo con la boca seca.

—Di que sí, joder, de lo contrario serás culpable de mi espantoso y cruento suicidio.

—Por favor —suplico—, no te lo tomes a guasa, es importante para mí.

Su mirada verde se intensifica y me traspasa de parte a parte.

—Y para mí, cariño. Espanto el miedo a que me rechaces como puedo.

Lo mío es humor negro cetrino.

—No voy a rechazarte. —Releo la frase una docena de veces—. Voy a decirte que sí.

—¿Seguro?

Hasta tragar me cuesta trabajo.

—Segurísimo. Y si me lo preguntas, sí, también tengo miedo. Más que vergüenza.

—El miedo atasca, pero no tenerte fue peor. Voy por el anillo.

—¿Qué...?

—¿Entiendes ahora por qué no he pasado por la fiesta? Compras pendientes.

Otra vez sale disparado, mientras

yo, que apenas puedo creer lo que está ocurriendo, beso el plato y me río, envuelta en tal nube de felicidad que podría morir de sobredosis. Vuelve con algo en la mano, su cara de chico malo y su sonrisa a medida. Es perfecto y todo mío.

—Tienes esa boca preciosa que tanto me gusta manchada de caramelo — me dice, al tiempo que se muerde el labio inferior con un gesto erótico y me descompone.

—Límpiame, si te atreves.

Vaya si se atreve. Lo que sea que guarda en la mano, lo esconde. Se inclina hacia mí y me asalta con un beso

escandaloso, indecente y tierno. Álex es el único hombre conocido capaz de ser todas esas cosas imposibles en una sola. Al distanciarse, siento que me arrancan un pedazo de alma. Se arrodilla otra vez y, al sujetar mi mano y deslizar el solitario en mi dedo, noto que tiembla.

Ya somos dos.

—Apuesto a que nunca en tu vida has pasado tanto rato de rodillas — bromeo para aplacar la tensión.

Tiene razón Álex; chistes desastrosos que rebajan el histerismo.

—Apuesta alto. —Carraspea, coge mi mano izquierda por la punta de los dedos—. Sofía Echegaray, alias ojos de

plata, ¿quieres casarte conmigo? Te recuerdo que hace un momento ya has dicho que sí.

Me río alborozada. Esto es mejor que la mejor fiesta de cumpleaños. Contemplo extasiada mi dedo, es un anillo de impresión, un diamante en talla brillante, que descompone la luz ambiental en un millar de arco iris. Significa tantas cosas bonitas y para tanto tiempo...

—Sí quiero, claro que quiero —
balbuceo sobrepasada.

No es demasiado glamuroso, pero sí sincero y desde más allá del alma. Estamos abrazados, fundidos, Álex

respira trabajosamente y junto al hueco de mi cuello musita un «Gracias» que no sé si debería haber oído.

Dos años más tarde...

Sigo aquí.

Seguimos. Juntos, más unidos que nunca. Y ella que lo dudaba, se ha vuelto inmune a mis poses de chico malo, juega conmigo e impone sus reglas. Creo que ni siquiera cuando más empeño pongo en domesticarla, me cree. Nunca he sido de esconder demasiado bien lo que siento y lo que siento cada hora que paso junto a Sofía es auténtica adoración. Se me nota. Y por primera vez no me importa; es mi mujer,

oficialmente desde que nos casamos. Emocionalmente desde que a ciegas la pinté. Me pertenece, le pertenezco, nos pertenecemos, nunca nada ha sido tan cierto ni tan verdad.

Ximena Dunne nos prohibió, en nombre de todo el santoral vikingo, celebrar la boda antes de que su bebé naciera. «Me niego a ir por segunda vez de boda vestida de butifarra con lentejuelas», dijo. O algo parecido, pero rugiendo como una dragona preñada, así es como la llama Sofía. La noche que Alejandro decidió venir al mundo (sí, al final fue niño y le pusieron mi nombre, no puedo sentirme más honrado), yo había alquilado un precioso velero que nos esperaba en el puerto deportivo de Benalmádena, dispuesto a perderme del mundo con mi chica durante todo el fin de semana. Sol, brisa del mar, noches a la luz de la luna llena, vino frío en copas heladas, un camarote de lujo para lunas de miel anticipadas, y todo el amor que nos cabía, para derrochar. Avisaron cuando recalábamos en La Herradura y a todo gas abandonamos la embarcación en manos de su patrón, para coger un taxi que nos llevase volando al Xanit International Hospital.

Coño, Ximena... Semana y media de adelanto.
Cómo no.

Pero fue ver a mi amigo Antonio con el pequeño entre los brazos, con el rostro desencajado de felicidad y los ojos llorosos, sentir los dedos de Sofía clavándose en los míos, leer la emoción en sus iris de plata, dejar correr la mía, y deshacerme entero. Al final no somos más que humanos con un montón de nervios que se excitan ante los estímulos, y en presencia de un verdadero amigo, las fachadas sobran.

Alejandro, mucho más rosado y guapo de lo que me esperaba en un recién nacido, pasó a manos de Sofía, y Antonio y yo aprovechamos para abrazarnos como hermanos y desearnos lo mejor de lo mejor del mundo entero.

—Ahora sí —dijo él entre suspiros—, ahora estamos todos.

—Ser tío me valdrá de entrenamiento para cuando sea padre, ¿no, Sofía? ¿Éste es nuestro rodaje?

Sofía no tenía ojos más que para el peque. Ni respondió.

—No vayas ahora tú a ponerte celoso, coño, que es mi hijo. —Antonio me regaló un codazo en las

costillas.

—Ya, ya.

—¿Entramos a ver a Ximena?

Ésta nos recibió y estaba preciosa. La maternidad había impregnado de luz su semblante y su eléctrica hiperactividad se había replegado, dejando paso a un sosiego adulto y hermoso. Éramos cuatro amigos locos de felicidad, que matarían por defender al otro. Lo que allí latía era sincero.

—A ver cuánto tardamos en reanudar los fines de semana de Trivial, cinefórum y Pictionary —Empecé a calcular.

—De momento, olvídate de que sea en vuestra casa —advirtió Ximena, haciéndole cucamonas a su niño—. Paso de estar de mudanza por un par de birras y unas risas. Venís vosotros, que estáis más libres, con menos biberones que trasladar.

Dirigí una mirada pícara a Sofía, que ella entendió muy bien. Hasta se ruborizó, la tonta. La quiero a morir.

—Eso de momento —dije con intención—. Aprovechad.

—¡Eh, eh, eh! Nada de sustos y sobresaltos. —

Ximena levantó un brazo y lo agitó en el aire—. Las cosas por su orden, primero la boda y...

—Habló quien pudo —interrumpió Sofía con las cejas arqueadas.

—Es verdad, tenemos pendiente nuestro propio bodorrio, qué desconsiderados —le recordó Antonio—. ¿Qué tal un enlace doble?

—Ni de coña —me negué en firme—. Tú el tuyo, yo el mío y el cura en casa de todos.

Ximena, Antonio y Sofía arrugaron a coro las narices.

—¿El cura?

Al final sí, han sido curas. Y flores, incienso, velas y toda la pesca eclesiástica. Las madres se empeñaron y los novios, que somos dóciles y nos doblegamos a lo que viene, decidimos seguirles la corriente sin poner demasiados impedimentos. Total, sólo es un día; ¿qué cuesta hacerlas felices en lugar de causarles un derrame e ir de entierro?

Lo dicho, no me conozco. El amor me ha idiotizado y me encanta. Todo es menos complicado ahora.

Lo medité camino de Dubái. Pasamos una luna de miel de veinte días explorando el desierto y la renombrada arquitectura de la ciudad más moderna del mundo, aunque, si soy sincero, nada me importa demasiado cuando mi mujer me mira. Si acepté ir en lugar de secuestrarla y encerrarme con ella en una choza hasta fin de mes, fue porque personalmente organizó el viaje como una sorpresa y, al revelarme nuestro destino, daba saltitos y palmoteaba como una cría en Navidad. A ciertas cosas no hay quien se resista.

Hubo un tiempo en que dije que Sofía me hacía débil. No. He comprendido que Sofía me hace sólo permeable, vulnerable a las emociones, y que eso es, a fin de cuentas, ser humano y beberse la vida. El resto no tiene demasiado sentido. Y fingir ser de acero, mucho menos.

Hoy, de vuelta en casa, conseguimos reunirnos toda «la familia»: Ximena, Antonio y el pequeño Alejandro, que berrea a pulmón cuando algo le desagrada. Este niño, como cantante de ópera no tendrá rival. Silvia y Carlos. Nosotros. Aprovechando que nos cruzamos en el camino de la cocina a la

terrazza para besarnos y repetirnos cuánto nos queremos.

—¡Hala, los pastelosos! —se burla mi hermana—. ¡Que corra el aireeee!

—Pero si nosotros estamos igual que ellos, ¿de qué te quejas? —Carlos llega por la espalda, la rodea con un brazo y le llena la cara de piquitos.

Aquí, entre los seis, hay azúcar para que la fábrica de Dónuts rebose.

—¡Cariño, ponme banda sonora de fregar los platos! —me pide Sofía, que va cargada con una pila de loza, camino de la cocina, seguida por Ximena, que lleva los vasos.

—No os entretengáis ahora en eso, aún queda carne en la barbacoa.

—Sólo cargamos el lavavajillas, que si no se acumula. —Se acerca a saltitos y me dedica un mimo—. Baladas de los cincuenta, porfa.

Claudico. Está tan bonita con ese vestido floreado de falda ancha y sus sandalias. Le miro los pies y algo adormecido se abre paso de inmediato bajo mi pantalón.

—¡Ehhhh! —me reprendo a mí mismo con un

suave toque, que espero que pase desapercibido—. Quitate la pajarita, hermano, no es hora de fiesta.

Por encima de la barra del bar, Sofía me sonrío con los ojos y me dedica un gesto lascivo cargado de promesas para más tarde. Cuando nos dejen solos. Corro al reproductor de música antes de que la cosa vaya a más y los eche a todos.

—Por cierto, recibí carta de Mario —la oigo contarle a Ximena—. Está fenomenal, no sabes lo que me alegro.

—¿Su familia...? —pregunta nuestra amiga con cierto escrúpulo.

—Su hermano murió y él se ha hecho cargo de sus sobrina Allegra de seis años.

—Va a tener entretenimiento, te lo aseguro. —Apunta con la barbilla hacia Alejandro, que lloriquea en la terraza, en brazos de su padre—. ¿Solo?

—No, eso es lo mejor, está prometido. Tengo una foto, espera.

Vuelve al salón a rebuscar en un cajón. Yo acabo de pulsar el Play con la versión de *Will You Still Love Tomorrow*[39] de Bryan Ferry, la cojo de la cintura al pasar, la obligo a danzar unos pasos y nos besamos.

—Te quiero —me susurra con la foto en la mano.

—Yo más. Siempre.

Regresa a la cocina y le muestra a Ximena la instantánea. Mientras la pelirroja silba, Sofía se enreda con café para todo un regimiento.

—Joder, qué chica tan guapa; ¡se parece a ti!

Mi mujer ríe. Me encanta ese cascabel que tiene por carcajadas.

—Eso dice Álex, que me han clonado.

—¿Álex ha visto esta foto? —cuchichea para que yo no la oiga. Aunque la oigo.

—Y ha leído la carta. ¿Qué hay de malo? Los rencores con Mario están olvidados y con mi marido no hay secretos.

—Se lo ve feliz. ¿Qué hay de sus actividades... sicilianas?

—Prefiero no preguntar. Él tampoco las menciona. Le deseo lo mejor, en serio. Es un buen chico y le agradezco este gesto conciliador que me ayuda a hacer las paces con mi mala conciencia.

—Me alegro infinito que el asunto se finiquitase sin rencores. Al final del túnel siempre está la luz...

—O un guardia civil con el boletín de multas, listo

para hacerte un gran boquete en el bolsillo, nunca se sabe. Saca la bandeja. Álex, cariño, ¿preguntas quién quiere café?

—Me temo que todos. Os ayudo con las tazas.

Ximena se vuelve cargada y le planta la bandeja entre las manos. De regalo, le endiña un culazo en la cadera que la hace tambalearse. Todo lo que lleva repiquetea.

—¿Os animáis a fabricarme un sobrino? No quiero ser la única con ojeras en esta jodida pandilla de gente guapa.

—¿Y vosotros a pasar por el altar? —replica Álex.

Ella suelta una carcajada.

—Algo hay, algo hay. Sonsaca si puedes a tu amigo del alma.

Y es cierto que algo hay. Nos traen una sorpresa con forma de fecha, la de su enlace para al cabo de un mes.

—¡Por fiiiiiiiiin! —aúlla Sofía, girando sobre sí misma como una peonza. Se abalanza en mis brazos —. Toca llorar.

La estrecho mientras las notas de esa canción

deliciosa recorren el espacio y se comen el tiempo. Beso su pelo. Sofía, mi niña, mi mujer.

—Ni se te ocurra llorar por nada en esta vida que no sea felicidad.

—Por eso mismo. Es la emoción de verla entrar en la iglesia, vestida de blanco... como cuando te vi a ti, Silvia...

—O nosotras a ti... —replican Ximena y mi hermana a dúo.

Cuando queremos darnos cuenta, están las tres gimoteando. Los hombres, como corresponde, nos carcajamos, aunque en el fondo nos chifla que sean tan sensibles. La canción llega a su término y parece que el ambiente se sosiega, que todo recobra una relativa paz. Nosotros charlando de nuestras cosas, Alejandro pasando de mano en mano con su sonrisa de un diente, y ellas tres, desbordadas de entusiasmo, planeando los detalles del bodorrio. Esto es vida. Rodeado de la gente que quieres y con la que te intoxica bien lejos. Salud mental, larga vida al rey.

Al cabo de unas horas de chistes y rondas de chupitos, todos se han marchado y vuelvo a poner música dedicada a nosotros.

—No es que no los quiera, los quiero con todo mi corazón, pero qué requetebién se está en casita sin huéspedes y a lo ancho —digo.

Sofía reconoce la canción, suelta un grito infantil y se tapa la cara con las manos.

—¿*Beds Are Burning*? [40] No te atreverás...

—Oh, sí, ya ves que me atrevo...

Voy reptando en su dirección, imitando al jaguar que acorrala a su presa. Ella se libra en un santiamén de las sandalias y sube al sofá de un salto. Escapa de mis garras entre alaridos y esto se convierte en una carrera endemoniada por encima del cuero, salpicada de risas locas.

—¡Ven aquí, ojos de plata! ¡Vas a comerte un heladoooo!

La atrapo, tiro de sus tobillos, la hago caer sobre los mullidos cojines y me lanzo encima. Cubrirla con mi peso y aspirar su perfume se ha convertido en uno de mis vicios. Le aparto el pelo de la cara y me pierdo en esos ojos sobrenaturales culpables de casi todo. Le beso un párpado. Luego el otro. Está toda roja; después del ataque de risa aún jadea y su sonrisa alimenta mis días.

—No sé quererte más, nena.

—¿Y cuando tengamos nuestro Alejandrino particular? Especialmente si es una Sofíita, con bucles dorados y la nariz respingona, que te domine con un puchero y el meñique...

—Como su madre, vaya.

—¿Tendrás corazón para todos?

—Os cobijaré debajo del ala, no importa lo mucho que abultéis. Si es necesario, extenderé la otra.

Pego mis labios a los suyos, que siguen siendo dulces y sedosos. Y aunque mi intención sea la vía lenta y amorosa, la pasión nos desborda y, en menos de un minuto, yacemos en el suelo como Dios nos trajo al mundo, convertidos en un nudo de piernas y brazos que se aprietan.

—Vamos a gastar este amor —le susurro, mientras la recorro con la boca, ávido, perdido en el mapa de su piel.

—El amor no se gasta, con el uso crece —dice tranquilizándome. Desliza las manos a mi entrepierna y agarra con suavidad lo que encuentra—. Creo que el pequeño lleva puesta la pajarita de fin de año.

Separo sus piernas y me cuelo entre ellas. Rozo

con la mejilla el desfiladero de sus muslos. Mi preciosa mujer huele de maravilla.

—Pues a comernos las uvas antes de que den las doce.

Agradecimientos

Una siempre asegura dejar un poco de su alma en sus personajes pero hay novelas que parecen llevársela toda. Hay tanto de mí en Sofía, de mis miedos e inseguridades, de mi humor, del volcarse en los amigos, del enamorarse

del amor, que no he podido dejar de gimotear mientras corregía. Sólo espero que esta historia especial, plena de emociones intensas, romanticismo, intriga, erotismo en mayúsculas y humor, os haga vibrar del modo que deseé mientras la desarrollaba. Esto y todo lo que hago es por vosotr@s, es un mensaje que sin receptor/a no tendría demasiado sentido. Vosotr@s ahí, disfrutando el resultado de mi trabajo, incorporáis el elemento coherencia y la razón última de todo el esfuerzo.

Gracias a mi querida Esther Escoriza, editora a lo grande, generosa y humana, sensible y trabajadora, una

persona que por encima de la función que desempeñe es más que digna de admiración. Por enamorarte de la novela pero, sobre todo, por enamorarte de Sofía. Nuestra Sofía, que somos un poco todas las mujeres.

A Ximena Dunne y Helen C. Rogue, a las que prometí sendos personajes, ¡y una siempre cumple lo que promete!, aunque sea despacio y tardecillo. Con el personaje de Ximena me he reído hasta llorar, es el contrapunto y la cómplice perfecta para nuestra protagonista. A todas las chicas del grupo «Las Amantes literarias» de Málaga, por su apoyo incondicional y su entusiasmo absoluto

al saber que la historia se ambientaba en nuestra preciosa ciudad. A las chicas del grupo «Cotorras Lectoras Madrileñas», en especial a Monica, Mabel, Kris, Mara, Bea, Paola... Sois el mejor regalo del pasado año, no sé cómo agradeceros el que hayáis estado ahí en todos mis momentos.

A Elizabeth, mi preciosa venezolana, mi compañera, mi amiga.

Y a toda nuestra pequeña-gran comunidad de lectoras/es, amantes del buen leer, del disfrute entre páginas, los que aún soñamos y no nos conformamos con no crecer, los que luchamos porque esta maravilla que son los libros no se

acabe nunca.

Va por vosotras/os.

Notas

[1]. *Cántame*, Marfer, 2010, interpretada por María del Monte. (*N. de la E.*)

[2]. Véase la nota 1.

[3]. *Gravity*, 2005 EMI/Capitol, interpretada por Coldplay. (*N. de la E.*)

[4]. *I Will Survive*, 2008 Dessca Entertainment Company, interpretada por Gloria Gaynor. (*N. de la E.*)

[5]. *Beds Are Burning*, 2008 Sony BMG Music Entertainment, interpretada por Midnight Oil.
(*N. de la E.*)

[6]. *All of Me*, 2013 G.O.O.D. Music/Columbia, interpretada por John Legend. (*N. de la E.*)

[7]. *One Year of Love*, (C) 2011 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (*N. de la E.*)

[8]. *I Want to Break Free*, (C) 2011 Hollywood Records, Inc., interpretada por Queen. (*N. de la E.*)

[9]. *Scusami Se Ti Amo*, Universal, interpretada por Gianluca Grignani. (*N. de la E.*)

[10]. *Goodbye my Lover*, Custard/Atlantic, interpretada por James Blunt. (N. de la E.)

[11]. *Stay*, Mis, interpretada por Rihanna. (*N. de la T.*)

[12]. *Lost*, Parlophone UK, interpretada por Coldplay. (*N. de la E.*)

[13]. Véase la nota 5.

[14]. *Whatcha Say*, Beluga Heights/Warner Bros, interpretada por Jason Derulo. (*N. de la E.*)

[15]. *Stay with Me*, (C) 2014 Capitol Records Ltd., interpretada por Sam Smith. (*N. de la E.*)

[16]. *Bang Bang*, (C) 2014 Republic Records, a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Jesse J. (*N. de la E.*)

[17]. *Will You Still Love Me Tomorrow*, 2005
Gusto Records Inc, interpretada por The
Shirelles. (*N. de la E.*)

[18]. Véase la nota 10.

[19]. *Tardes negras*, EMI Import, interpretada por Tiziano Ferro. (*N. de la E.*)

[20]. Véase la nota 17.

[21]. *Made to Love*, G.O.O.D.
Music/Columbia, interpretada por John
Legend. (*N. de la E.*)

[22]. *People Help The People*, Atlantic Records UK, interpretada por Birdy. (N. de la E.)

[23]. Véase la nota 5.

[24]. *Intro*, 2009 XL Recordings Ltd.,
interpretada por The XX. (*N. de la E.*)

[25]. *The Great Pretender*, (C) 2006
Hollywood Records, Inc, interpretada por
Queen. (*N. de la E.*)

[26]. *Bohemian Rhapsody*, (C) 2011
Hollywood Records, Inc., interpretada por
Queen. (*N. de la E.*)

[27]. *I Was Born to Love You*, (C) 2011
Hollywood Records, Inc., interpretada por
Queen. (*N. de la E.*)

[28]. *Dangerous*, Parlophone France,
interpretada por David Guetta. (*N. de la E.*)

[29]. *Will You Still Love Me Tomorrow*, (C) 2011 Universal Island Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Amy Winehouse. (*N. de la E.*)

[30]. *I Feel Love*, (C) 2005 Universal Music Enterprises, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Donna Summer. (*N. de la E.*)

[31]. *Sin documentos*, DRO/EastWest Spain, interpretada por Los Rodríguez. (*N. de la E.*)

[32]. *Summer Nights*, Universal Motown Records Group, interpretada por John Travolta y Olivia Newton-John. (*N. de la E.*)

[33]. *Tremo e t'amo*, (C) 1999 Sugar Srl,
interpretada por Andrea Bocelli. (*N. de la E.*)

[34]. *What is Love*, (C) 2009 Razor & Tie, interpretada por Haddaway. (*N. de la E.*)

[35]. *Will You Still Love Me Tommorrow*, Sony Music Latin, interpretada por Leslie Grace. (N. de la E.)

[36]. *Love Me Like You Do*, (C) 2015 Universal Studios and Republic Records a division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Ellie Goulding. (*N. de la E.*)

[37]. *Young & Beautiful*, (C) 2013 Lana Del Rey under exclusive licence to Polydor Ltd. (UK). Under exclusive licence to Interscope Records in the USA, interpretada por Lana Del Rey. (*N. de la E.*)

[38]. *Summertime Sadness*, (C) 2012 Lana Del Rey under exclusive licence to Polydor Ltd. (UK). Under exclusive licence to Interscope Records in the USA, interpretada por Lana Del Rey. (*N. de la E.*)

[39]. *Will You Still Love Me Tomorrow*, (C) 1993 Geffen Records, interpretada por Bryan Ferry. *(N. de la E.)*

[40]. Véase la nota 3.

Dos lunas para Sofía

Regina Roman

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por

grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Jose AS Reyes y rangizzz - Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Regina Roman, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
(España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub):
enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16688-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S.
L.

www.victorigual.com

NOVELA **ROMÁNTICA**

